



Provincia de Tierra del Fuego.
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



Colegio Provincial Ernesto Guevara

Colegio Provincial Ernesto Guevara

1º Año Polimodal

Lengua y literatura



Literatura Universal

Profesoras:
Andrade Jessica
Subiabre Paula

Año 2013



Programa de contenidos 2013

Asignatura: Lengua y literatura.

Profesores: Andrade Jessica, Subiabre Paula.

Curso: 1º Año polimodal.

EJE 1:

La literatura: concepto. Características. Géneros literarios: lírico, narrativo y dramático. Características y evolución. **Literatura clásica:** *La Edad Antigua*: el teatro en la Antigüedad. Los trágicos más importantes: Esquilo, Sófocles y Eurípides. Tragedia y comedia. Estructura. Tópicos de la época. Predestinación. "Antígona" Sófocles.

El informe. Características. Elaboración.

EJE 2:

Edad media: Contexto histórico social y cultural. Sistema feudal. Estado del idioma. Mester de Juglaría, Mester de Clerecía, Prosa Didáctica y Romancero. Características y autores representativos.

Fragmentos de "Poema de Mio Cid", Anónimo, "La canción de Rolando" "El Conde Lucanor", Infante Don Juan Manuel (selección), "Romance del enamorado y la muerte".

EJE 3:

Renacimiento y barroco: contexto histórico, social y cultural. Teatro moderno: características. Teatro isabelino: características y tipos. Shakespeare y su producción teatral. "Otelo" de William Shakespeare.

La picaresca. Características. "El Lazarillo de Tormes".

La novela moderna: Orígenes. La parodia. Las novelas de caballería. "El Quijote de la mancha" Miguel de Cervantes Saavedra.

EJE 4:

Neoclasicismo: contexto histórico, social y cultural. La ilustración. El siglo de las luces. "Las preciosas ridículas" Jean Baptiste Poquelin (Moliere)

Romanticismo: Contexto histórico, social y cultural. Características. Temáticas. El héroe romántico. "Rimas y leyendas" Gustavo Adolfo Becquer. Análisis integral de la poesía.

EJE 5:

Realismo y naturalismo: contexto histórico, social y cultural. Características. "El viejo" Guy de Maupassant.

Literatura contemporánea. La novela del siglo XX. "Rebelión en la granja" George Orwell. La Utopía y la distopía.

EJE 6:

Vanguardias: Contexto histórico social y cultural. Los ismos. Características literarias. Teatro de vanguardia: "Antígona" de Bertolt Brecht.

Bibliografía:

- ─ Cuadernillo proporcionado por la docente.
- ─ "Antígona" de Sófocles.
- ─ "Mio Cid" Anónimo (Fragmentos)
- ─ "Cantar de Rolando". Anónimo (Fragmentos).
- ─ "El conde Lucanor". Don Juan Manuel. (Selección)
- ─ "Romance del enamorado y la muerte" Anónimo.
- ─ "Romeo y Julieta" / "Otello" de William Shakespeare.
- ─ "El Lazarillo de Tormes" Anónimo
- ─ "El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha" Miguel de Cervantes Saavedra (Adaptación)
- ─ "El avaro" Jean Baptiste Poquelin (Moliere)
- ─ "Rimas y leyendas" Gustavo Adolfo Becquer. (Selección)
- ─ "El viejo" Guy de Maupassant.
- ─ "Rebelión en la granja". George Orwell.
- ─ "Antígona" Bertolt Brecht.



Literatura

¿QUÉ ES LA LITERATURA?

La definición de literatura se construye con el aporte de distintas perspectivas teóricas. En una primera aproximación, puede considerarse, como señala el escritor mexicano, Juan Rulfo, que la creación literaria es invención. Efectivamente, aquello que en principio permite diferenciar la literatura de otros textos es la ficción. Desde este punto de vista, la literatura se compone de un conjunto de textos ficticios o imaginarios que se contraponen con aquellos que no inventan sino que intentan registrar sucesos reales, por ejemplo, los textos de historia. Así fue en los orígenes para los antiguos griegos. La palabra poesía - que para ellos señalaba a la literatura en general- significaba "producción", "creación", es decir, denominaba un objeto artificial o artístico, inventado con palabras para imitar o representar las cosas tal como podrían suceder en la vida, y para producir en el receptor un goce estético que lo emocionara de un modo particular y produjera un aprendizaje.

El texto literario, como objeto artístico, se diferencia de otros textos por una manera particular de decir, un modo de trabajar con el lenguaje distinto del que usamos en la vida cotidiana. No sólo importa lo que se dice sino cómo se lo dice: el empleo del lenguaje atrae la atención sobre sí mismo. No se trata de un uso espontáneo sino de un trabajo consciente con las palabras que pretende generar un efecto estético.

Resumiendo, la literatura presenta dos rasgos fundamentales: la ficción y un uso particular del lenguaje que crea un objeto especial. Sin embargo, no todo lo que es producto de la imaginación y está hecho con palabras es literatura. Superman no lo es y el texto de una propaganda gráfica, tampoco. Para definir literatura, entonces, hay que sumar otros criterios.

LOS LECTORES Y LA LITERATURA

Algunos especialistas consideran que literatura es todo lo que en una época determinada es leído como literatura. Esta perspectiva incluye al Lector. Pero, ¿qué lectores son los que deciden qué textos son literarios y cuáles no?

Habitualmente, la escuela o las instituciones académicas, por ejemplo, la universidad, son las que definen lo que se lee como literatura. También las revistas especializadas y los suplementos culturales. Así, los textos señalados como prestigiosos por esas instituciones forman lo que se denomina el canon Literario, esto es, el conjunto de textos que se consideran literarios.

Pero el canon no es fijo ni eterno: depende del gusto estético y de las ideas que se tengan en determinado momento sobre la literatura. Y esto cambia con el tiempo. Por ejemplo, Roberto Arlt, un escritor de Buenos Aires que comenzó a escribir hacia 1924 y miró la ciudad y sus personajes de un modo nuevo, hoy es leído como un escritor valioso, pero en su momento era considerado un mal escritor porque hacía un uso agramatical del lenguaje y sus textos no tenían el estilo que se esperaba de una obra literaria.

FICCIÓN Y REALIDAD

¿Siempre es invención la literatura? ¿Qué sucede, por ejemplo, con los textos literarios que narran experiencias vividas o hechos reales, como las biografías noveladas o las novelas históricas? Algunos textos presentan límites borrosos entre realidad y ficción; sin embargo, cuando se trata de literatura, la ficción siempre interviene. Aunque parte de hechos reales, el escritor imagina, supone, omite algunas cosas y privilegia otras, esto es, inventa. Pero no lo hace para negar el mundo o la historia: la ficción tiene estrechas relaciones con la realidad. El escritor valora los hechos que narra, incluye sus ideas y dialoga en su texto con otros discursos sociales, con otras voces y puntos de vista, como las ideas políticas, culturales, éticas y artísticas de su época, porque la literatura es también ideología, es decir, un conjunto jerarquizado de ideas que permiten ver el mundo, analizarlo e interpretarlo.

LA FUNCIÓN ESTÉTICO-POÉTICA

Todas las obras que se consideran literarias producen una suerte de placer vinculado con lo bello. El que lee una novela o un poema encuentra un goce particular, diferente de otras formas del deleite. Ese goce que la literatura, como las obras artísticas en general, es capaz de generar, se denomina "placer estético". Esa es, precisamente, la característica que define y diferencia la literatura de otros productos hechos con palabras.

Por ejemplo, la finalidad de informar "a través de las palabras" se logra principalmente mediante la función informativa que, para tal fin, emplea una serie de estrategias particulares. Del mismo modo, la finalidad de



llamar la atención de alguien "a través de las palabras", se logra principalmente por medio de la función apelativa. La finalidad estética propia de las obras literarias se vale especialmente de la función estéticopoética. Esta función se caracteriza por interesarse en el mensaje mismo, no sólo por lo que se dice sino por cómo se lo dice; esto significa que el lenguaje pasa a ser el protagonista del texto a través de una cuidada selección y combinación de las palabras. En el lenguaje literario todas las palabras obedecen a sentidos precisos: entre varias opciones se elige una palabra y no otra, porque la seleccionada es la que mejor transmite la idea, es la expresión exacta que el autor quiere lograr.

Entonces, el lenguaje literario posee los siguientes rasgos que lo caracterizan:

- ❖ es plurisignificativo dado que tiene la capacidad de sugerir tantos significados como, en principio, acercamientos puedan hacerse al texto;
- ❖ tiene la capacidad de crear su propia realidad, su propio universo de ficción diferente de aquel en que están inmersos tanto el autor como el lector;
- ❖ posee una entidad lingüística propia, dado que las relaciones entre los significados y los significantes son distintas de las que las palabras tienen en el uso cotidiano. Por ejemplo, cualquier verso de un poema transmite más información que una simple secuencia de palabras;
- ❖ es connotativo, porque las palabras presentan valores semánticos (significados) peculiares y de su combinación puede surgir una nueva visión de la realidad, un nuevo concepto.

LOS GÉNEROS LITERARIOS

El concepto de género literario implica una forma de clasificar los textos en distintos grupos, cada uno de los cuales se diferencia por características propias. Entre la variedad de textos que existen, los géneros permiten que el lector reconozca algunos como poesías, por ejemplo, y los distinga de otros que serían novelas o cuentos.

El origen de los géneros se remonta a la Antigüedad clásica. Ya han visto que, para los griegos, poesía señalaba toda producción o creación literaria. En esa época, la literatura se escribía en versos, con una estructura rítmica y una métrica regular. Aristóteles, un filósofo del siglo IV a.c. y el primero en escribir un estudio sobre la literatura -la Poética- explica que el origen de este arte obedece a dos causas: por un lado, el acto de imitar, que es propio de los hombres desde la infancia; por el otro, el placer o goce que produce esa imitación en las personas.

Clasificación inicial

Si bien todas las obras literarias coinciden en la imitación y en el ritmo, Aristóteles señala que se diferencian entre sí por el tema que tratan. También, por el modo de imitar del poeta, "pues se puede imitar a los mismos objetos... o bien narrándolos o bien haciendo obrar y actuar a todos los imitados". Por último, advierte que los instrumentos o medios con los que se imita producen diferencias.

Así, según esos criterios, esto es, teniendo en cuenta el tema, el modo y los medios de imitar, la poesía se dividió en tres grandes géneros.

La poesía épica narraba extensas historias cuyos protagonistas eran héroes que realizaban hazañas y en las que se mezclaba lo real y lo ficticio. Esos relatos estaban compuestos en verso, se transmitían oralmente y contaban historias relacionadas con el origen y el destino del pueblo al que representaban. Son relatos épicos la Ilíada y la Odisea, atribuidos al poeta griego Homero, del siglo VIII a.c.

La poesía dramática, que también se escribía en verso, desarrollaba el diálogo y la actuación como medios para imitar o representar historias en escena. Según el contenido o temática de la historia, el teatro clásico distinguió la tragedia (de asunto serio y desenlace funesto) de la comedia (de tema gracioso y desenlace feliz), ambas representadas por las dos máscaras del teatro.

La poesía lírica agrupaba las piezas breves que se acompañaban con algún instrumento musical y estaban destinadas, en un principio, a ser cantadas. Solían transmitir emociones o sentimientos personales y estaban compuestas por un modo particular de combinar las palabras, una técnica que destacaba el poder sugestivo y evocador del lenguaje.

Los géneros a través del tiempo

Con el correr del tiempo, los textos narrativas y los teatrales fueron privilegiando las acciones de sus historias y las conductas de los personajes antes que la expresión de los sentimientos. Los escritores prefirieron, entonces, la prosa al verso, porque un lenguaje menos ornamentado y con una menor cantidad de imágenes favorecía el progreso de la narración. Así, el verso se fue identificando únicamente con la poesía.

A partir de entonces, se establecieron los tres géneros literarios fundamentales:

- ❖ el género narrativo, cuyas formas más comunes son el cuento y la novela;
- ❖ el género dramático o teatro, que comprende los textos escritos para ser representados;
- ❖ el género Lírico o poético, cuyos rasgos distintivos son el ritmo y la sonoridad, y que se caracteriza por hacer un uso figurativo del lenguaje.



Otros géneros y subgéneros

Sin embargo, esta división no es tan rígida. Muchas veces los límites se borran, las fronteras se desdibujan y en un mismo texto se cruzan dos o más géneros literarios.

Por otra parte, nuevos géneros y subgéneros han ido surgiendo a partir de ciertos cambios en las necesidades sociales y comunicativas. El ensayo, por ejemplo, un texto por lo general breve que intenta persuadir al lector y capturar su atención con recursos propios del lenguaje literario, debe su desarrollo y difusión a la importancia que adquirieron los periódicos: muchos autores escribieron ensayos para revistas y diarios de su tiempo.

A su vez, dentro de cada género, es posible reconocer subgéneros.

- Dentro del género narrativo se distinguen: el mito, la leyenda, la crónica, el cuento, la novela. A su vez, dentro del cuento y la novela, pueden reconocerse otros subgéneros: el realista, el fantástico, el maravilloso, el policial, el de ciencia ficción, etcétera.
- El género dramático comprende, entre otros, la tragedia, la comedia, la farsa, el sainete, el entremés.
- y dentro del género Lírico se pueden reconocer, por ejemplo, las diferencias entre un soneto, una elegía, un romance, un poema de versos libres.

Clasificación de las obras literarias

Todo conjunto amplio de elementos requiere para su mejor comprensión una división y clasificación interna. Con los textos literarios sucede lo mismo.

Desde la Grecia clásica hasta la actualidad, las personas interesadas en la literatura, es decir, los que la producen (escritores y editores) y los que la consumen (lectores y estudiosos), intentaron encontrar criterios que permitieran clasificar las obras. Los motivos que existen para proponer una clasificación son muchos, entre ellos los siguientes: al lector le permite reconocer que el libro que está por leer contiene una novela y no, por ejemplo, una obra de teatro y, a partir de eso, plantearse determinadas expectativas. El autor, por su parte, necesita conocer las pautas que caracterizan al texto que desea escribir: si fuera un cuento, debe reconocer sus particularidades para poder encarar su escritura. Para el editor (responsable de publicar y comercializar el texto) es fundamental tener en cuenta qué quiere hacer circular en la sociedad. A los estudiosos de la literatura les sirve para establecer relaciones entre los diferentes tipos de obras a las que dedican su investigación.

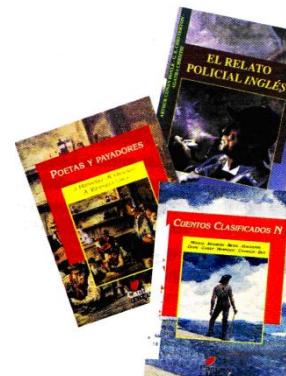
Los géneros literarios

Escritores, lectores, editores y estudiosos coinciden en clasificar de manera muy general las obras literarias. Según la división clásica, los textos literarios se reúnen en tres géneros: el **narrativo**, el **lírico** y el **dramático**.

Los géneros son formatos que se le asignan al material discursivo durante su escritura. Implican también una actitud de lectura: no se lee de la misma manera una novela de aventuras que un poema. La pertenencia de una obra literaria a un género está dada por una serie de rasgos que comparte con otros textos: por ejemplo, la estructura dialógica en los textos teatrales, o la voz narradora en los cuentos y las novelas.

Por otro lado, el hecho de que los especialistas coincidan acerca de la existencia de tres grandes grupos de obras, hace referencia al carácter convencional de los géneros, es decir, que nacen de un acuerdo acerca de sus rasgos particulares y diferenciadores.

También convencionales son las variantes históricas de los géneros. La forma de agrupar y caracterizar a las obras literarias no es algo dado de una vez y para siempre, sino que se va modificando junto con las sociedades que las producen y consumen. En la Edad Media, por ejemplo, se consideraba novela un formato muy distinto del actual, y algunos géneros antiguos han desaparecido, como es el caso de la poesía épica. Dentro de cada género, existen a su vez, otras clasificaciones. Así, dentro del teatro, están las comedias, las tragicomedias, las tragedias, etc.; o la novela puede ser policial, de aventuras, sentimental, psicológica, etc.



Características de los géneros

Los tres géneros literarios clásicos (narrativo, lírico y dramático) se diferencian por las características particulares que cada uno presenta. De esta manera, los textos incluidos en, por ejemplo, el género narrativo, tienen rasgos generales semejantes.

La particularidad esencial de los textos que conforman el género narrativo es la de contar hechos. La acción de contar supone plantear una ficción y comunicar el universo creado (ficcional) de hechos y experiencias. Quien está a cargo de contar, en estos textos, es el narrador. El material discursivo, por lo general, está en prosa. Las formas más comunes de la narrativa son el cuento y la novela, aunque también se incluyen en este género las fábulas, los mitos y las leyendas.



El género dramático, como su nombre lo indica (del griego *drama*: "acción") incluye las obras pensadas para ser representadas. La historia, en este caso, se reconstruye a través de las palabras (diálogos) y la presencia (actuación) de los personajes. A diferencia del discurso narrativo, que está mediatizado por la voz del narrador, en las obras dramáticas no hay intermediarios entre los espectadores y la vida que se hace presente en el desarrollo de la acción dramática.

La poesía (**género lírico**) es de estos tres géneros, por su diversidad y amplitud, el más difícil de definir. El profesor Jaime Rest señala en *Conceptos fundamentales de la literatura moderna* que "muchos son los autores y los críticos que han destacado en infinidad de ocasiones el hecho de que la poesía supone no sólo la introducción del verso sino también una concentración imaginativa del lenguaje, un pleno aprovechamiento del poder sugestivo y evocador que es propio de las palabras, una intrincada relación de los efectos sonoros y musicales" relacionados con el significado particular de las palabras. En definitiva, **musicalidad, ritmo y la presencia de la composición en verso, son las marcas más importantes de la poesía.**

Si bien las características anteriores son generales, existen textos que aunque pertenecen a un género emplean recursos propios de otro. Por ejemplo, de los géneros mencionados, los que generalmente se escriben en prosa son la narrativa y el teatro, mientras que la poesía se escribe en verso. Existen, sin embargo, muchas excepciones: una parte significativa de la obra poética del argentino Jorge Luis Borges (1899-1986) está escrita en prosa; el italiano Dante Alighieri (1265-1321) compuso su *Divina Comedia* en verso aunque no se trata de una poesía, ni mucho menos una obra de teatro como podría anticipar su título, y quizás se acerque más a lo que actualmente se considera una novela; gran parte del teatro clásico fue escrito en verso: *Fuenteovejuna*, del español Lope de Vega (1562-1635); *Romeo y Julieta*, del inglés William Shakespeare (1564-1616); *La vida es sueño*, del español Calderón de la Barca (1600-1681); *Fedra*, del francés Racine (1639-1699) son algunos ejemplos.

Maldición eterna a quien lea estas páginas del escritor argentino Manuel Puig (1932-1990), a pesar de que no tiene narrador, es una novela.

Actividades:

1. ¿Cuál es la finalidad de la clasificación en géneros del material literario?
2. Expliquen si la siguiente afirmación es correcta: "la clasificación en géneros que actualmente se aplica a los textos literarios fue y será la misma por siempre". Justifiquen su respuesta.
3. Expliquen las diferencias entre los tres géneros literarios.
4. Realiza un cuadro comparativo con los tres géneros literarios.

Literatura clásica

EL TEATRO GRIEGO.

Cuentan que en Grecia, hacia el siglo VI antes de Cristo, durante las festividades en honor al dios Dionisio, un coro de casi cincuenta hombres, vestidos con pieles de chivos o machos cabríos, danzaban y entonaban un himno o canto festivo, alrededor de un altar, en la plaza de un poblado. La imagen de Dionisio era transportada en procesión hasta allí. Cuando los chivos o sátiros interrumpían su canto para tomar aliento, se introducía entre las estrofas el recitado de uno solo. Surge, entonces el diálogo donde ya había acción. Así nace la tragedia. Así comienza el teatro occidental, unido a los festejos relacionados con los ritos de la vegetación, ya que Dionisio en Grecia, (como Osiris en Egipto) representa al dios que muere y resucita a imagen del ciclo de las estaciones.



El teatro se convierte en una institución del Estado para el griego y las representaciones son concursos en ocasión de realizarse en las ceremonias religiosas y cívicas llamadas Leneas y las más famosas, las Grandes Dionisíacas, celebradas estas últimas durante primavera, cuando la navegación era más fácil y llegaban extranjeros al Ática.

Hacia el 535 a.C Tespis logra ganar el primer concurso de tragedia, organizado por Pisístrato para el festival dionisiaco. Los que dieron impulso y desarrollo extraordinarios a la tragedia fueron los tres grandes autores: Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Esquilo, (segunda mitad del siglo VI a.C) agrega un segundo actor al ya introducido por Tespis y disminuye la importancia del coro, al mismo tiempo que intenta que el interés del espectador se



centre en la parte dialogada.

Sófocles (siglo V a.C.) introduce un tercer actor y aumenta el número de coreutas de doce a veinte hombres y da mayor vivacidad dramática a la obra.

Eurípides, (nacido a fines del siglo V a. C.) disminuye la importancia del coro, el cual muchas veces deja de asistir al desarrollo de la acción.

A sala llena

Los griegos del siglo de Pericles, al igual que nuestros contemporáneos, valoraban el esparcimiento producido por el teatro. Pero además sentían que participaban de un patrimonio común y veían en el teatro un elemento capaz de ayudarlos a entender su manera de vivir, su religión y su propio y peculiar espíritu. Es decir, aunaban el sentido lúdico con el cívico-religioso. Los teatros, construidos con madera y luego con piedra, podían albergar entre 15.000 y 30.000 espectadores y estaban ubicados al aire libre, en un anfiteatro, generalmente al pie de una colina. En la parte central estaba el altar en el que supuestamente se realizaban las ceremonias dedicadas a Dionisos antes de comenzar el espectáculo.

El público teatral estaba compuesto por atenienses y extranjeros, sin atender a su estado socioeconómico. A la tragedia asistían también las mujeres y los esclavos. Cuando los ciudadanos eran pobres, el Estado se encargaba de pagarles la entrada, lo que demuestra la importancia social que se otorgaba a estos espectáculos.

Acerca de los actores

Se los llamaba *hipocritai* -hipócritas, en castellano-, palabra que hoy también se usa para designar a una persona que finge o aparenta lo que no es o lo que no siente.

Los actores usaban un atuendo especial y, además, máscaras.

¿Cómo era el local teatral?

En un primer momento, el local dramático se construyó utilizando madera, luego piedra, y su forma era semicircular.

Tenía partes bien definidas:

- a) el auditorio era la parte en la que se ubicaba el público y consistía en una serie de gradas tabladas en la colina. En el espacio llamado *theatron*, el sacerdote de Dionisio ocupaba el asiento central;
- b) la *orchestra* era el círculo en el cual el coro se colocaba de espaldas al público;
- c) el *proscenio* era la parte posterior de la *orchestra* y de frente al auditorio, donde se desarrollaba el acto teatral propiamente dicho;
- d) la *skené* -escena- representaba habitualmente la fachada de un palacio o de un templo. Recordemos que los personajes de la tragedia griega pertenecen a la nobleza y sus acciones se desarrollan públicamente, en presencia de los ciudadanos (la vida de los reyes es pública, sus desdichas hieren a la ciudad) y ante los dioses, bajo cuya mirada el hombre se conduce. La *skené* estaba regulada por cierto número de convenciones que el público conocía a la perfección; la fachada, que cumplía la tarea de telón de fondo, tenía tres o cinco puertas y, según por cuál de ellas saliera el intérprete, eso significaba que el correspondiente personaje procedía de la ciudad en que transcurría la acción, de sus alrededores, de algún sitio más lejano o simplemente del interior del palacio o templo representado en la escena misma.



Estos locales teatrales tenían capacidad aproximadamente para 30.000 personas, como en el caso del teatro de Dionisio, en Atenas, o albergaban entre 15.000 y 17.000 espectadores, como el anfiteatro de Epidauro, en Corinto. Estaban ubicados al aire libre, por lo general en la ladera de una colina. Hoy en día siguen siendo utilizados como "salas" teatrales.

Los recursos escenográficos llamaban la atención de los espectadores. Entre ellos, encontramos:
-el *enquilema*, que servía para mostrar al público algo que había sucedido fuera de escena; en el momento indicado, se abría una de las puertas y se introducía una plataforma rodante, que era retirada una vez que se había visto lo que era necesario;
-una especie de grúa que traía a las deidades; otros personajes eran descolgados sobre el escenario o levantados por el aire; una *plataforma* elevada en la que hacían su aparición los dioses que intervenían favorablemente o no en el conflicto; esto último permitía la realización de otro recurso, llamado *deus ex machina*, que posibilitaba el ingreso de uno o más dioses en escena, para solucionar conflictos que sólo estaban en sus manos resolver;



- distintas máquinas útiles para producir sonidos, como los de los truenos y relámpagos.
La estructura de las obras del teatro griego

Contrariamente a las modernas, las piezas teatrales griegas no están divididas en actos o jornadas. Todas están escritas en verso y compuestas en cinco partes, que pueden variar según los autores:

- 1) **prólogo:** precede a la obra misma y permite conocer la prehistoria, es decir los antecedentes' de la acción que se desarrollará a continuación;
- 2) **párodos:** es el canto inicial, solemne, entonado por el coro al entrar a escena;
- 3) **episodios:** son los momentos en que la acción se desarrolla, evoluciona; se destaca, entre estos momentos, el **agón**, episodio que consiste en el diálogo entre los personajes más importantes;
- 4) **estásimos:** son cantos líricos a cargo del coro, que separa los episodios;
- 5) **éxodo:** es el episodio final de la obra.

Hablemos de la tragedia.

Los griegos representaban tragedias, comedias y piezas satíricas. Estas últimas se caracterizaban por tratar un tema heroico cómicamente.

En lo que respecta a las otras dos, Aristóteles, en su *Poética*, las distingue de esta manera: la **tragedia** es la imitación o retrato de los "mejores", entendiendo por "mejores" a las personas de alto rango social, que eran nobles no sólo por herencia, tradición o por el poder que ejercían, sino por la dignidad de sus acciones, óptimos para conducir la ciudad; la **comedia**, en cambio, era la imitación o retrato de los "peores", es decir, de la gente común, de los aspectos risibles de su comportamiento.

De la larga exposición que sobre la tragedia da Aristóteles, podemos sacar las siguientes conclusiones:

- La tragedia es una acción escénica, no un simple recitado, poniéndose así a las formas de la lírica y épica (definición formal);
- La tragedia es la imitación de acciones heroicas en deleitoso lenguaje (definición estética);
- La tragedia tiende a modificar el ánimo del espectador, provocando en él emociones de temor y de piedad, es decir que el espectador siente compasión por la situación trágica que vive el personaje y teme que a él pueda sucederle lo mismo (definición psicológica)
- La tragedia debe producir la purificación o "catarsis" de estas mismas pasiones de temor y de piedad que ella provoca, eliminando así en el hombre toda propensión pecaminosa por medio del ejemplo que propone. Purificación de las pasiones quiere decir que, una vez que la razón ha sobrepuesto a las emociones, depurándolas, el espectador experimenta una especie de higiene del alma que le permite aprehender la significación moral de la tragedia (definición ética).

Funciones del coro en la tragedia griega

El coro en la tragedia griega actuaba como intermediario. Los coros se involucraban en la acción, sus cantos eran importantes y explicaban a menudo el significado de los acontecimientos que precedían a la acción. El coro normalmente iba vestido de negro, se encontraba junto a la orquesta y acompañaba a la escena.

Sobre héroes y dioses.

Para poder entender la tragedia es necesario saber que la tragedia tiene como tema permanente el castigo de culpas humanas y éstas son concebidas como pecados. El acto pecaminoso es la soberbia o exceso (hybris) que lleva al hombre a cometer actos no permitidos por el destino, en la creencia de que puede realizarlos sin recibir el castigo de la justicia. En efecto, todo hombre, al nacer, recibe su porción de existencia o destino (moira) de acuerdo con la cual debe vivir. Todo intento de hacer algo que no esté en su moira realizar es obrar contra el destino. Pero, como el hombre ignora su suerte, no puede prever el pecado hasta que lo realiza de una manera irremediable, en medio de una ceguera, propiciada, en ocasiones, por los mismos dioses. El pecado es, por consiguiente, fruto de inmoderación del hombre; en otras oportunidades, resulta del conflicto entre la pasión arrebatada y la razón moderadora; a veces, el hombre es advertido de que puede pecar, pero arrastrado por su soberbia más allá de lo lícito, no hace caso de las advertencias de los dioses; finalmente, el hombre puede ser inocente y ser arrastrado al pecado por dioses que quieren castigar, en él, pecados de los antepasados. Por lo tanto, con esto, el poeta consigue crear en el espectador el temor y el pudor. Temor ante lo sagrado como miedo de contrariar con sus actos la voluntad inquebrantable de los dioses, empeñada en mantener el orden en el mundo. Este temor engendra el pudor, que debe ser entendido como respeto por lo divino.



La acción trágica se caracteriza por la existencia de la **peripecia**. Aristóteles la define como la "inversión de las cosas en sentido contrario"; con esto quiere decir que un rasgo de la tragedia es el cambio de suerte, de destino, de ideas, de fortuna del protagonista o héroe trágico. ¿Por qué se produce esta inversión? ¿Quién la determina? La respuesta es de carácter teológico: quienes determinan la inversión de los sucesos son los dioses o, de una manera más absoluta, el destino. Y la razón por la cual el pensamiento o los actos del héroe son invertidos en su perjuicio es que éstos han sido pensados o realizados contra el destino. Finalmente, esta inversión tiene el carácter de un castigo. Como los actos o el pensamiento de un héroe constituyen una violación del orden establecido, la desgracia que recae sobre sus hechos y sobre su persona es concebida como el castigo por su impiedad.

Este proceso que hemos señalado anteriormente con respecto al personaje trágico, que pasa de la buena a la mala fortuna, está en función directa con el efecto psicológico que la tragedia aspira a provocar en el espectador. En este sentido, el primer efecto es la simpatía (*sympatheia* -sufrir con, identificarse con-) por el héroe, que el poeta robustece asignándole una suma de virtudes, especialmente la de salvador o benefactor de la ciudad. Por esto, moralmente, Aristóteles señala que el héroe no debe ser rematadamente perverso ni excelente, ya que el castigo del primero no causa impresión por lo merecido, en tanto que la peripecia del segundo provoca compasión y no sentimiento de justicia. Psicológicamente, pues, el héroe debe ser vulnerable: debe haber en él una disposición al error, que lo haga pecar siendo bueno, pero sin llegar a señalarlo como perverso, ya que su castigo tiene que conmover al espectador. Esta modificación en la fortuna del personaje, dijimos, provoca una inversión psicológica en el espectador cuando sus sentimientos son conturbados por ella. A la simpatía inicial por el héroe le sucede el temor que provocan sus acciones pecaminosas y la posibilidad de ser castigado por los dioses; luego, al término de la pieza, la compasión por sus desgracias parece como sentimiento dominante. Pero el poeta trágico no se queda en esta simple evolución afectiva sino que la emplea en beneficio de la enseñanza que quiere brindar: el momento decisivo de la tragedia está en la **anagnórisis** o reconocimiento de los errores cometidos, además de asumir la responsabilidad que le corresponde. Los actos pecaminosos de los hombres se proyectan, de modo inmediato, sobre la ciudad en que viven.

Es la polis la que se perjudica y por eso hay una significación política de la tragedia. En este sentido recordemos que las instituciones de la ciudad no sólo garantizan al ciudadano una administración de la cosa pública, sino, fundamentalmente, el respeto de los -sus- derechos. El Estado mantiene la intangibilidad de la ley sosteniendo la armonía del cosmos político. La **eunomía** (buen gobierno) se asegura por el respeto a la ley, que no es sólo para las leyes, no escritas, de los dioses, cuya semejanza han surgido aquellas. Si la vida diaria puede mostrar al hombre ejemplos de individuos que han escapado del poder de la justicia luego de violar la ley, la tragedia enseña al ciudadano que la ley es inviolable y que si alguno escapa de la sanción de la ciudad, no así de la de los dioses. Existe interés político en que el hombre aprenda que toda culpa se expía sobre la tierra. El orden de la polis que él integra no puede ser quebrantado impunemente porque forma parte de la armonía universal.

Un hombre, todos los hombres.

La tragedia es ante todo, una lucha. De esos adversarios, uno es el héroe trágico, el protagonista, quien puede enfrentarse con lo cósmico o con los principios de la existencia histórica, o puede enfrentarse con los dioses. Lo curioso es el desenlace: en cualquier enfrentamiento se interpreta que el que fracasa es el culpable, no así en la tragedia griega, donde el triunfo está en el que sucumbe, es decir, se triunfa en el fracaso. ¿Por qué? Porque lo que triunfa es lo universal, el orden cósmico, el orden moral. El hombre trágico no es aquel que simplemente sufre lo espeluznante, sino el que sabe el porqué. Y no sólo lo sabe, sino que su alma cae en el más elocuente desgarramiento. El espectador se compadece, la tragedia se reviste de humanidad, porque desde el dolor se le dice al hombre: "eso eres tú". Su pequeñez -nuestra pequeñez- se revela en el dolor y en la acción trágica. Su grandeza -nuestra grandeza- se revela en nuestro sacrificio en pos del orden universal, del orden moral.

El héroe dramático no es sólo un hombre particular, sino el hombre, a través del cual el espectador descubre la esencia misma de lo humano, su propia esencia, su condición; el espectador ve en este hombre una nueva recreación del mito de la caída, pero también la esperanza del reconocimiento de las propias limitaciones ante el poder absoluto de la divinidad (*sophrosyne*).

Antígona y su pre-historia o quién es quién

El mejor "archivo familiar" lo encontramos en la reconstrucción de varias tragedias, no todas del mismo autor.



Pesa sobre los descendientes de Lábdaco, los Labdácidas, una maldición. Layo, rey de Tebas, al consultar el oráculo, sabe que el hijo que espera su mujer, Yocasta, lo matará. Para evitarlo, no bien nace el niño, cometan un filicidio: mandan matarlo. El encargado de arrojar al pequeño desde lo alto de un monte se apiada de él y lo cede a un pastor de Corinto recomendándole que nunca permita que ese niño vuelva a Tebas, pues está condenado a morir. El pastor de Corinto, sabiendo que Pólido y Mérope, reyes de esta ciudad, son estériles, decide llevárselo. Así, Edipo será criado como digno hijo de reyes sin saber que, estos padres no son sus padres verdaderos. Siendo Edipo ya adulto, consulta el oráculo, y como los dioses no mienten ni cambian de opinión, Edipo escucha el mismo mensaje: matará a su padre. Edipo, que ama a Pólido y, por supuesto, no desea matarlo ni siquiera accidentalmente, huye de Corinto para eludir el oráculo. En un cruce de caminos se encuentra con la comitiva real de Layo, con quien lucha -al igual que con su comitiva- y a quien mata. Tiempo después, al llegar a Tebas, ve una esfinge colocada por los dioses a las puertas de la ciudad. Esa esfinge presenta un enigma dispuesto a ser dilucidado por cualquier varón que se arriesgue a las consecuencias de su fracaso: ser devorado por ella. Si, por el contrario, acierta, será recompensado con el trono de Tebas y el matrimonio con Yocasta, la reina viuda. Edipo acierta y obtiene su premio: se casa con Yocasta, su madre, sin que ninguno de los dos intuya el vínculo que verdaderamente los une. Ellos tendrán cuatro hijos: Polinices, Etéocles, Antígona e Ismene, además de un reinado próspero.

A partir de aquí y con una terrible peste que devasta la ciudad de Tebas, sigue la historia de Edipo en la tragedia que lleva su nombre, *Edipo Rey*.

Ésta continúa en otra tragedia *Edipo en Colona*. Ciego y andrajoso, Edipo es guiado por su hija Antígona hacia un lugar en que según los oráculos deberá morir, además de augurarle que la tierra donde él muera será feliz y estará protegida de sus enemigos. Creonte quiere asegurarse esta felicidad para Tebas y pretende llevarse a Edipo. El pueblo de Colona, representado por el coro, defiende la voluntad de Edipo. Polinices también quiere llevarse a su padre, pues piensa que lo ayudará a recuperar el trono usurpado por su hermano Etéocles. Edipo no accede y, reconciliado consigo mismo y con los dioses, se prepara para morir en Colona, ciudad ateniense.

La lucha entre los hijos varones de Edipo y Yocasta está desarrollada en una tragedia de Esquilo, *Los siete contra Tebas*, tercera de una trilogía formada por *Layo*, en primer término y *Edipo* en segundo lugar.

Según *Los siete contra Tebas*, Etéocles es el rey de Tebas y mortal enemigo de su hermano Polinices. Estos dos, al igual que sus hermanas, serán víctimas también de la maldición que pesa sobre los Labdácidas. Polinices, de acuerdo con el rey de Argos, Adrasto, marcha contra Tebas. La tragedia comienza cuando el ejército de Argos -seis guerreros, además de Polinices- está instalado en plan de combate a las puertas de Tebas. Un emisario le dice a Etéocles el nombre de los siete guerreros, y vuelve con los nombres de los guerreros tebanos que se confrontarán con los argivos; contra Polinices se enfrentará el mismo Etéocles. Así se disputarán la herencia paterna. La muerte de ambos hermanos es narrada por un mensajero. Termina la obra con la decisión de los magistrados tebanos de no dar sepultura a Polinices, mientras entierran con todos los honores a Etéocles. Ante esta decisión se rebela Antígona, y mientras Ismene acompaña a su hermano Etéocles, Antígona acompaña a Polinices.

Sófocles retorna esta historia desde el momento en que Creonte asume el reinado de Tebas y la enfoca desde el personaje de Antígona en la tragedia que lleva su nombre.

Los trágicos más importantes

Los destacados autores que impulsaron un excepcional desarrollo de la tragedia fueron Esquilo, Sófocles y Eurípides (siglo V a.C.).

El poeta Esquilo (segunda mitad del siglo VI a. C.) fue durante un tiempo el maestro indiscutido de la escena ateniense. introdujo algunas innovaciones que consolidaron la tragedia. Incorporó un segundo actor y disminuyó el protagonismo del coro con lo que adquirió mayor importancia la parte dialogada. Los temas de sus tragedias se centraban en las relaciones de los seres humanos con los dioses y en las nociones de culpa, castigo y desmesura (la *hybris griega*). Entre las que han llegado hasta hoy, las más conocidas son *Prometeo encadenado* y la *Orestiada*.

El segundo de los grandes trágicos griegos fue Sófocles (siglo V a.C.) Tuvo una excelente formación literaria; fue un hombre de muy buena presencia, diestro en atletismo y destacado en declamación y canto. **Encarna la mentalidad progresista y el creciente individualismo que se expande en el siglo V.** La admirable construcción de sus tramas y la manera en que sus temas y personajes (tan parecidos y tan cercanos a nosotros por su humanidad) despertaban al mismo tiempo piedad y temor, llevaron a Aristóteles y a otros críticos griegos a considerarlo como el mejor autor de tragedias.

Entre las innovaciones que señalan la evolución de la técnica dramática, puede mencionarse: la incorporación de la



escenografía y de un tercer actor lo que permitió ahondar en la psicología de sus personajes; la reducción de la participación del coro, al que limitó a presenciar los acontecimientos y a comentarlos con ecuanimidad. Su *Edipo rey* constituye el ejemplo más perfecto del género trágico.

De las más de cien obras que escribió Sófocles, sólo se conservan siete tragedias, una obra satírica y más de mil tragrnentos.

Eurípides, coetáneo de Sófocles, fue el tercer gran autor de teatro. Escribió cerca de 92 obras, de las que se conservan 17 tragedias y una obra satírica completa, *Los cíclopes*. Denunció con singular valentía los múltiples prejuicios que existían en la sociedad ateniense, lo que le valió el repudio del sector más conservador pero el aplauso de los jóvenes que lo consideraban un representante de sus ideales. Sus personajes, conflictivos pero vitalmente humanos, presentan una sólida estructura psicológica por lo que es considerado más realista que sus predecesores. Para algunos críticos es el dramaturgo griego más moderno. Entre sus obras principales sobresale *Medea*, cuya protagonista es una mujer de vigoroso temperamento y gran inteligencia que se convierte en asesina debido al trato injusto que recibe.

	Esquilo	Sófocles	Eurípides
Los temas tratados son:	Tradicionales y religiosos		Tradicionales, sociales y religiosos.
Los personajes son:	Heroicos, con condiciones sobrehumanas, que progresivamente se vuelven más realistas.		Hombres comunes
Gobierna a los personajes	La justicia inexorable	La fatalidad	La pasión
El conflicto se da entre:	El hombre y las leyes divinas		El hombre y sus pasiones
Aspectos religiosos:	<ul style="list-style-type: none"> • Zeus justiciero como cabeza de dioses que se comportan como tales. • No hay evolución religiosa. 	<ul style="list-style-type: none"> • Los dioses a veces se equivocan • Evolución: <ul style="list-style-type: none"> a. Se sostiene que "la mejor suerte es no nacer" b. El hombre se transforma en dios. 	<ul style="list-style-type: none"> • Los dioses tienen iguales o peores defectos que los hombres: <ul style="list-style-type: none"> a- Son mentirosos b- Llevan a la muerte • No cree en los dioses.
Prevalece	Lo moral- lo religioso		Lo psicológico.

La comedia

Al igual que en el caso de la tragedia, el origen de la comedia no es sencillo de resolver. Según algunas evidencias proporcionadas por la literatura y la arqueología, en Atenas y en otras poblaciones menores, se realizaba una celebración denominada *comas* (de donde provendría el vocablo *comedia*), cuyos antecedentes serían muy antiguos. Estas ceremonias rituales se celebraban en primavera para festejar el renacimiento de la naturaleza y estaban destinadas a honrar a diversas deidades de la fertilidad y de la agricultura y, por supuesto, a Dionisos. Estos rituales tenían un tono carnavalesco y se supone que se aprovechaba la ocasión para burlarse y ridiculizar a personajes conocidos de la comunidad comparándolos con cualidades o defectos de los animales. En el período de apogeo, las comedias se representaban en los mismos locales que las tragedias puesto que ambas formaron parte de los cultos destinados a honrar a Dionisos.

Como en la tragedia, el elenco de la comedia estaba formado por un coro y actores individuales, pero sus esquemas no eran tan rígidos como los trágicos. La importancia del coro también fue disminuyendo con el paso del tiempo hasta desaparecer en las últimas obras. Sin embargo, el coro cómico subsistió durante más tiempo pues su actuación era muy festejada por sus bailes y cantos, el atuendo estrafalario (con abundancia de rellenos y aditamentos ridículos y hasta obscenos) que, obviamente, difería totalmente del empleado en las obras trágicas: no llevaban coturnos lo que les permitía desplazarse con agilidad sobre el escenario. Según algunos investigadores en determinadas circunstancias se movilizaban con zancos parodiando los recursos de la tragedia. Las máscaras también eran extravagantes y las usadas por el coro reproducían los rasgos distintivos de algunos animales.

El máximo exponente cómico de la comedia "antigua" fue **Aristófanes** (450-390 a.C.). Los temas eran tomados de las leyendas y mitos con espíritu poco respetuoso, ya que los dioses y héroes, que en las tragedias aparecían con solemne dignidad, en las comedias eran presentados como tontos, delincuentes o estafadores. Esto recordaba a los hombres que los vicios y las virtudes humanas también estaban presentes en los dioses. Además llama la atención el tono burlesco, mordaz, con que se presentaba a personajes encumbrados, inclusive del gobierno. Empleando la sátira dramática, Aristófanes ridiculizó a Eurípides en *Las ranas* y



Provincia de Tierra del Fuego.
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



a Sócrates en *Las nubes*. Según parece, Sócrates estaba presente en el estreno y se puso de pie para que el público pudiera apreciar la semejanza que existía entre su cara y la máscara que lo representaba.



Antígona. Sófocles

Personajes:

Antígona, hija de Edipo.

Ismene, hija de Edipo.

Creonte, rey, tío de Antígona e Ismene

Eurídice, reina, esposa de Creonte.

Hemón. Hijo de Creonte.

Tiresias, adivino, anciano y ciego.

Un guardián.

Un mensajero.

Coro de ancianos nobles de Tebas, presididos por el Corifeo.

La escena, frente al palacio real de Tebas con escalinata. Al fondo, la montaña. Cruza la escena Antígona, para entrar en palacio. Al cabo de unos instantes, vuelve a salir, llevando del brazo a su hermana Ismene, a la que baje bajar las escaleras y aparta de palacio.

ANTÍGONA. Hermana de mi misma sangre, Ismene querida, tú que conoces las desgracias de la casa de Edipo, ¿sabes de alguna de ellas que Zeus no hay a cumplido después de nacer nosotras dos? No, no hay vergüenza ni infamia, no hay cosa insufrible ni nada que se aparte de la mala suerte, que no vea yo entre nuestras desgracias, tuyas y mías; y hoy, encima, ¿qué sabes de este edicto que dicen que el estratega¹ acaba de imponer a todos los ciudadanos?. ¿Te has enterado ya o no sabes los males inminentes que enemigos tramaron contra seres queridos?

ISMENE No, Antígona, a mí no me ha llegado noticia alguna de seres queridos, ni dulce ni dolorosa, desde que nos vimos las dos privadas de nuestros dos hermanos, por doble, recíproco golpe fallecidos en un solo día². Después de partir el ejército argivo, esta misma noche, después no sé ya nada que pueda hacerme ni más feliz ni más desgraciada.

ANTÍGONA No me cabía duda, y por esto te traje aquí, superado el umbral de palacio, para que me escucharas, tú sola.

ISMENE ¿Qué pasa? Se ve que lo que vas a decirme te ensombrece.

ANTÍGONA Y, ¿cómo no, pues? ¿No ha juzgado Creonte digno de honores sepulcrales a uno de nuestros hermanos, y al otro tiene en cambio deshonrado? Es lo que dicen: a Etéocles le ha parecido justo tributarle las justas, acostumbradas honras, y le ha hecho enterrar de forma que en honor le reciban los muertos, bajo tierra. El pobre cadáver de Polinices, en cambio, dicen que un edicto dio a los ciudadanos prohibiendo que alguien le dé sepultura, que alguien le llore, incluso. Dejarle allí, sin duelo, insepulto, dulce tesoro a merced de las aves que busquen donde cebarse. Y esto es, dicen, lo que el buen Creonte tiene decretado, también para ti y para mí, sí, también para mí; y que viene hacia aquí, para anunciarlo con toda claridad a los que no lo saben, todavía, que no es asunto de poca monta ni puede así considerarse, sino que el que transgrediera alguna de estas órdenes será reo de muerte, públicamente lapidado en la ciudad. Estos son los términos de la cuestión: ya no te queda sino mostrar si haces honor a tu linaje o si eres indigna de tus ilustres antepasados.

ISMENE No seas atrevida: Si las cosas están así, ate yo o desate en ellas, ¿qué podría ganarse?

ANTÍGONA ¿Puedo contar con tu esfuerzo, con tu ayuda? Piénsalo.

ISMENE ¿Qué ardida empresa tramas? ¿Adónde va tu pensamiento?

ANTÍGONA Quiero saber si vas a ayudar a mi mano a alzar al muerto.

ISMENE Pero, ¿es que piensas darle sepultura, sabiendo que se ha públicamente prohibido?

ANTÍGONA Es mi hermano —y también tuyo, aunque tú no quieras—; cuando me prendan, nadie podrá llamarme traidora.

ISMENE ¡Y contra lo ordenado por Creonte, ay, audacísima!

ANTÍGONA El no tiene potestad para apartarme de los míos.

ISMENE Ay, reflexiona, hermana, piensa: nuestro padre, cómo murió, aborrecido, deshonrado, después de cegarse él mismo sus dos ojos, enfrentado a faltas que él mismo tuvo que descubrir. Y después, su madre y esposa —que las dos palabras le cuadran—, pone fin a su vida en infame, entrelazada soga. En tercer lugar, nuestros dos hermanos, en un solo día, consuman, desgraciados, su destino, el uno por mano del otro asesinados. Y ahora, que solas nosotras dos quedamos, piensa que ignominioso fin tendremos si violamos lo prescrito y trasgredimos la voluntad o el poder de los que mandan. No, hay que aceptar los hechos: que somos_ dos mujeres, incapaces de luchar contra hombres³; Y que tienen el poder, los que dan órdenes, y hay que obedecerlas—éstas y todavía otras más dolorosas. Yo, con todo, pido, si, a los que yacen bajo tierra su perdón, pues que obra forzada, pero pienso obedecer a las autoridades: esforzarse en no obrar como todos carece de sentido, totalmente.



ANTÍGONA Aunque ahora quisieras ayudarme, ya no lo pediría: tu ayuda no sería de mi agrado; en fin, reflexiona sobre tus convicciones: yo voy a enterrarle, y, en habiendo yo así obrado bien, que venga la muerte: amiga yaceré con él, con un amigo, convicta de un delito piadoso; por mas tiempo debe mi conducta agradar a los de abajo que a los de aquí, pues mi descanso entre ellos ha de durar siempre. En cuanto a ti, si es lo que crees, deshonra lo que los dioses honran.

ISMENE En cuanto a mí, yo no quiero hacer nada deshonroso, pero de natural me faltan fuerzas para desafiar a los ciudadanos.

ANTÍGONA Bien, tú te escudas en este pretexto, pero yo me voy a cubrir de tierra a mi hermano amadísimo hasta darle sepultura.

ISMENE ¡Ay, desgraciada, cómo terno por ti!

ANTÍGONA No, por mí no tiembles: tu destino, prueba a enderezarlo.

ISMENE Al menos, el proyecto que tienes, no se lo confíes. a nadie de antemano; guárdalo en secreto que yo te ayudare en esto.

ANTÍGONA ¡Ay, no, no: grítalo! Mucho más te aborreceré si callas, si no lo pregonas a todo el mundo.

ISMENE Caliente corazón tienes, hasta en cosas que hielan.

ANTÍGONA Sabe, sin embargo, que así agrado a los que más debo complacer.

ISMENE Si, si algo lograrás... Pero no tiene salida, tu deseo.

ANTÍGONA Puede, pero no cejaré en mi empeño, mientras tenga fuerzas.

ISMENE De entrada, ya, no hay que ir a la caza de imposibles.

ANTÍGONA Si continúas hablando en ese tono, tendrás mi odio y el odio también del muerto,
con justicia. Venga, déjanos a mí y a mi funesta resolución, que corramos este riesgo, convenida como estoy de que ninguno puede ser tan grave como morir de modo innoble.

ISMENE Ve, pues, si es lo que crees; quiero decirte que, con ir demuestras que estás sin juicio, pero también que amiga eres, sin reproche, para tus amigos.

Sale Ismene hacia el palacio; desaparece Antígona en dirección a la montaña. Hasta la entrada del coro, queda la escena vacía unos instantes.

CORO: Rayo de sol, luz la más bella —más bella, si, que cualquiera de las que hasta hoy

brillaron

en Tebas la de las siete puertas—, ya has aparecido, párpado de la dorada mañana que te mueves por sobre la corriente de Dirce⁴. Con rápida brida has hecho correr ante ti, fugitivo, al hombre venido de Argos, de blanco escudo, con su arnés completo, Polinices, que se levantó contra nuestra patria llevado por dudosas querellas, con agudísimo estruendo, como águila que se cierne sobre su víctima, como por ala de blanca nieve cubierto por multitud de armas y cascós de crines de caballos; por sobre los techos de nuestras casas volaba, abriendo sus fauces, lanzas sedientas de sangre en torno a las siete puertas, bocas de la ciudad, pero hoy se ha ido, antes de haber podido saciar en nuestra sangre sus mandíbulas y antes de haber prendido pinosa madera ardiente en las torres corona de la muralla, tal fue el estrépito bélico que se extendió a sus espaldas: difícil es la victoria cuando el adversario es la serpiente⁵, porque Zeus odia la lengua de jactancioso énfasis, y al verles cómo venían contra nosotros, prodigiosa avalancha, engreídos por el ruido del oro, lanza su tembloroso rayo contra uno que, al borde ultimo de nuestras barreras, se alzaba ya con gritos de victoria. Como si fuera un Tántalo⁶, con la antorcha en la mano, fue a dar al duro suelo, él que como un bacante en furiosa acometida, entonces, soplaban contra Tebas vientos de enemigo arrebato. Resultaron de otro modo, las cosas: rudos golpes distribuyó —uno para cada uno— entre los demás caudillos, Ares, empeñado, propicio dios. Siete caudillos, cabe las siete puertas apostados, iguales contra iguales, dejaron a Zeus, juez de la victoria, tributo broncíneo totalmente; menos los dos míseros que, nacidos de un mismo padre y una misma madre, levanta-ron, el uno contra el otro, sus lanzas —armas de principales paladines—, y ambos lograron su parte en una muerte común. Y, pues, exaltadora de nombres, la Victoria ha llegado a Tebas rica en carros, devolviendo a la ciudad la alegría, conviene dejar en el olvido las lides de hasta ahora, organizar nocturnas rondas que recorran los templos de los dioses todos; y Baco, las danzas en cuyo honor commueven la tierra de Tebas, que el nos guíe.

Sale del palacio, con séquito, Creonte.

CORIFEO Pero he aquí al rey de esta tierra, Creonte, hijo de Menecio, que se acerca, nuevo caudillo por las nuevas circunstancias reclamado; qué proyecto debatiendo nos habrá congregado, a esta asamblea de ancianos, que aquí en común hemos acudido a su llamada?

CREONTE Ancianos, el timón de la ciudad que los dioses bajo tremenda tempestad habían conmovido, hoy de nuevo enderezan, rumbo cierto. Si yo por mis emisarios os he mandado



aviso, a vosotros entre todos los ciudadanos, de venir aquí, ha sido porque conozco bien vuestro respeto ininterrumpido al gobierno de Layo, y también, igualmente, mientras regía Edipo la ciudad; porque sé que, cuando él murió, vuestro sentimiento de lealtad os hizo permanecer al lado de sus hijos. Y pues ellos en un solo día, víctimas de un doble, común destino, se han dado muerte, mancha de fratricidio que a la vez causaron y sufrieron, yo, pues, en razón de mi parentesco familiar con los caídos, todo el poder, la realeza asuma. Es imposible conocer el ánimo, las opiniones y principios de cualquier hombre que no se haya enfrentado a la experiencia del gobierno y de la legislación. A mí, quienquiera que, encargado del gobierno total de una ciudad, no se acoge al parecer de los mejores sino que, por miedo a algo, tiene la boca cerrada, de tal me parece —y no solo ahora, sino desde siempre— un individuo pésimo. Y el que en mas considera a un amigo que a su propia patria, éste no me merece consideración alguna; porque yo —sépalo Zeus, eterno escrutador de todo— ni puedo estarme callado al ver que se cierne sobre mis conciudadanos no salvación, sino castigo divino, ni podría considerar amigo mío a un enemigo de esta tierra, y esto porque estoy convencido de que en esta nave está la salvación y en ella, si va por buen camino, podemos hacer amigos. Estas son las normas con que me propongo hacer la grandeza de Tebas, y hermanas de ellas las órdenes que hoy he mandado pregonar a los ciudadanos sobre los hijos de Edipo: a Etéocles, que luchando en favor de la ciudad por ella ha sucumbido, totalmente el primero en el manejo de la lanza, que se le entierre en una tumba y que se le propicie con cuantos sacrificios se dirigen a los mas ilustres muertos, bajo tierra; pero a su hermano, a Polinices digo, que, exiliado, a su vuelta quiso por el fuego arrasar, de arriba a abajo, la tierra patria y los dioses de la raza, que quiso gustar la sangre de algunos de sus parientes y esclavizar a otros; a éste, heraldos he mandado que anuncien que en esta ciudad no se le honra, ni con tumba ni con lágrimas: dejarle insepulto, presa expuesta al azar de las aves y los perros, miserable despojo para los que le vean. Tal es mi decisión: lo que es por mí, nunca tendrán los criminales el honor que corresponde a los ciudadanos justos; no, por mi parte tendrá honores quienquiera que cumpla con el estado, tanto en muerte como en vida.

CORIFEO. Hijo de Meneceo, obrar así con el amigo y con el enemigo de la ciudad, éste es tu gusto, y si, puedes hacer uso de la ley como quieras, sobre los muertos y sobre los que vivimos todavía.

CREONTE. Y ahora, pues, como guardianes de las órdenes dadas...

CORIFEO. Impónle a uno más joven que soporte este peso.

CREONTE. No es eso: ya hay hombres encargados de la custodia del cadáver.

CORIFEO. Entonces, si es así, ¿qué otra cosa quieres aún recomendarnos?

CREONTE. Que no condescendáis con los infractores de mis órdenes.

CORIFEO. Nadie hay tan loco que deseé la muerte.

CREONTE. Pues ésa, justamente, es la paga: que muchos hombres se han perdido, por afán de lucro.

Del monte viene un soldado, uno de los guardianes del cadáver de Polinices. Sorprende a Creonte cuando estaba subiendo ya las escaleras del palacio. Se detiene al advertir su llegada.

GUARDIÁN. Señor, no te diré que vengo con tanta prisa que me falta ya el aliento ni que he movido ligero mis pies. No, que muchas veces me han detenido mis reflexiones y he dado la vuelta en mi camino, con intención de volverme; muchas veces mi alma me decía, en su lenguaje: "Infeliz, ¿cómo vas a donde en llegando serás castigado?"... "¿Otra vez te detienes, osado? Cuando lo sepa por otro Creonte, ¿piensas que no vas a sufrir un buen castigo?"... Con tanto darle vueltas iba acabando mi camino con pesada lentitud, y así no hay camino, ni que sea breve, que no resulte largo. Al fin venció en mí la decisión de venir hasta tí y aquí estoy, que, aunque nada podré explicarte, hablaré al menos; y el caso es que he venido asido a una esperanza, que no puede pasarme nada que no sea mi destino.

CREONTE. Pero, veamos: ¿qué razón hay para que estés así desanimado?

GUARDIÁN. En primer lugar te explicaré mi situación: yo ni lo hice ni vi a quien lo hizo ni sería justo

que cayera en desgracia por ello.

CREONTE. Buen cuidado pones en enristrar tus palabras, atento a no ir directo al asunto. Evidentemente, vas a hacernos saber algo nuevo.

GUARDIÁN. Es que las malas noticias suelen hacer que uno se retarde.

CREONTE. Habla, de una vez: acaba, y luego vete.

GUARDIÁN. Ya hablo, pues: vió alguien que enterró al muerto, hace poco: echo sobre su cuerpo árido polvo y cumplió los ritos necesarios.

CREONTE. ¿Qué dices? ¿Qué hombre pudo haber, tan osado?

GUARDIÁN. No sé sino que allí no había señal que delatara ni golpe de pico ni surco de azada; estaba el suelo intacto, duro y seco, y no había roderas de carro: fue aquello obra de obrero que no deja señal. Cuando nos lo mostró el centinela del primer turno de la mañana, todos tuvimos una desagradable sorpresa: el cadáver había desaparecido, no enterrado, no, pero con una leve capa de polvo encima, obra como de al quien que quisiera evitar una ofensa a



los dioses... Tampoco se veía señal alguna de fiera ni de perro que se hubiera acercado al cadáver, y menos que lo hubiera desgarrado. Entre nosotros hervían sospechas infamantes, de unos a otros; un guardián acusaba a otro guardián y la cosa podía haber acabado a golpes de no aparecer quien lo impidiera; cada uno a su turno era el culpable pero nadie lo era y todos eludían saber algo. Todos estábamos dispuestos a coger con la mano un hierro candente, a caminar sobre fuego a jurar por los dioses que no habíamos hecho aquello y que no conocíamos ni al que lo planeó ni al que lo hizo. Por fin, visto que, de tanta inquisición, nada sacábamos, habló uno de nosotros y a todos de terror nos hizo fijar los ojos en el suelo, y el caso es que no podíamos replicarle ni teníamos forma de salir bien parados, de hacer lo que propuso: que era necesario informarte a ti de aquel asunto y que no podía ocultártelo; esta opinión prevaleció, y a mí, desgraciado, tiene que tocarme la mala suerte y he de cargar con la ganga y heme aquí, no por mi voluntad y tampoco porque querráis vosotros, ya lo sé, que no hay quien quiera a un mensajero que trae malas noticias.

CORIFEO. (A Creonte.) Señor, a mi hace ya rato que me ronda la idea de si en esto no habrá la mano de los dioses.

CREONTE. (Al coro.) Basta, antes de hacerme rebosar en ira, con esto que dices; mejor no puedan acusarte a la vez de ancianidad y de poco juicio, porque en verdad que lo que dices no es soportable, que digas que las divinidades se preocupan en algo de este muerto. ¿Cómo iban a enterrarle, especialmente honrándole como benefactor, a él, que vino a quemar las columnatas de sus templos, con las ofrendas de los fieles, a arruinar la tierra y las leyes a ellos confiadas? ¿Cuándo viste que los dioses honraran a los malvados? No puede ser. Tocante a mis órdenes, gente hay en la ciudad que mal las lleva y que en secreto de hace ya tiempo contra mí murmuran y agitan su cabeza, incapaces de mantener su cuello bajo el yugo, como es justo, porque no soportan mis órdenes; y estoy convencido, éstos se han dejado corromper por una paga de esta gente que digo y han hecho este desmán, porque entre los hombres, nada, ninguna institución ha prosperado nunca tan funesta como la moneda; ella destruye las ciudades, ella saca a los hombres de su patria; ella se encarga de perder a hombres de buenos principios, de enseñarles a fondo a instalarse en la vileza; para el bien y para el mal igualmente dispuestos hace a los hombres y les hace conocer la impiedad, que a todo se atreve, Cuantos se dejaron corromper por dinero y cumplir estos actos, realizaron hechos que un día, con el tiempo, tendrán su castigo. (Al guardián.) Pero, tan cierto como que Zeus tiene siempre mi respeto, que sepas bien esto que en juramento afirmo: si no encontráis al que con sus propias

manos hizo esta sepultura, si no aparece ante mis propios ojos, para vosotros no va a bastar con sólo el Hades⁷, y antes, vivos, os voy a colgar hasta que confeséis vuestra desmesurada acción, para que aprendáis de dónde se saca el dinero y de allí lo saquéis en lo futuro; ya veréis como no se puede ser amigo de un lucro venido de cualquier parte. Por ganancias que de vergonzosos actos derivan pocos quedan a salvo y muchos más reciben su castigo, como puedes saber.

GUARDIÁN. ¿Puedo decir algo o me doy media vuelta, así, y me marcho?

CREONTE. Pero, étodavía no sabes que tus palabras me molestan?

GUARDIÁN. Mis palabras, éte muerden el oído o en el alma?

CREONTE. ¿A qué viene ponerte a detectar con precisión en que lugar me duele?

GUARDIÁN. Porque el que te hiere el alma es el culpable; yo te hiero en las orejas.

CREONTE. ¡Ah, está claro que tú naciste charlatán!

GUARDIÁN. Puede, pero lo qué es este crimen no lo hice.

CREONTE. Y un charlatán que, además, ha vendido su alma por dinero.

GUARDIÁN. Ay, si es terrible, que uno tenga sospechas y que sus sospechas sean falsas.

CREONTE. ¡Sí, sospechas, enfatiza! Si no aparecen los culpables, bastante pregonaréis con vuestros gritos el triste resultado de ganancias miserables.

Creonte y su séquito se retiran. En las escaleras pueden oír las palabras del guardián.

GUARDIÁN. ¡Que encuentren al culpable, tanto mejor! Pero, tanto si lo encuentran como si no -que en esto decidirá el azar-, no hay peligro, no, de que me veas venir otra vez a tu encuentro. Y ahora que me veo salvado contra toda esperanza, contra lo que pensé, me siento obligadísimo para con los dioses.

CORO. Muchas cosas hay portentosas, pero ninguna tan portentosa como el hombre; él, que ayudado por el noto tempestuoso llega hasta el otro extreme de la espumosa mar, atravesándola a pesar de las olas que rugen, descomunales; él que fatiga la sublimísima divina tierra, inconsúmible, inagotable, con el ir y venir del arado, año tras año, recorriéndola con sus mulas. Con sus trampas captura a la tribu de los pájaros incapaces de pensar y al pueblo de los animales salvajes y a los peces que viven en el mar, en las mallas de sus trenzadas redes, el ingenioso hombre que con su ingenio domina al salvaje animal montaraz; capaz de uncir con un yugo que su cuello por ambos lados sujetete al caballo de poblada crin y al toro también infatigable de la sierra; y la palabra por si mismo ha aprendido y el pensamiento, rápido como



el viento, y el carácter que regula la vida en sociedad, y a huir de la intemperie desapacible bajo los dardos de la nieve y de la lluvia: recursos tiene para todo, y, sin recursos, en nada se aventura hacia el futuro; solo la muerte no ha conseguido evitar, pero si se ha agenciado formas de eludir las enfermedades inevitables. Referente a la sabia inventiva, ha logrado conocimientos técnicos más allá de lo esperable y a veces los encamina hacia el mal, otras veces hacia el bien. Si cumple los usos locales y la justicia por divinos juramentos confirmada, a la cima llega de la ciudadanía; si, atrevido, del crimen hace su compañía, sin ciudad queda: ni se siente en mi mesa ni tenga pensamientos iguales a los míos, quien tal haga.

Entra el guardián de antes llevando a Antígona.

CORIFEO. No sé, dudo si esto sea prodigo obrado por los dioses... (Al advertir la presencia de Antígona). Pero, si la reconozco, ¿cómo puedo negar que ésta es la joven Antígona? Ay, misera, hija de misero padre, Edipo, ¿qué es esto? ¿Te traen acaso porque no obedeciste lo legislado por el rey? ¿Te detuvieron osando una locura?

GUARDIÁN. Si, ella, ella es la que lo hizo: la cogimos cuando lo estaba enterrando... Pero, Creonte, ¿dónde está?

Al oír los gritos del guardián, Creonte, recién entrado, vuelve a salir con su séquito.

CORIFEO. Aquí: ahora vuelve a salir, en el momento justo, de palacio.

CREONTE ¿Qué sucede? ¿Qué hace tan oportuna mi llegada?

GUARDIÁN. Señor, nada hay que pueda un mortal empeñarse en jurar que es imposible: la reflexión desmiente la primera idea. Así, me iba convencido por la tormenta de amenazas a que me sometiste: que no volvería yo a poner aquí los pies; pero, como la alegría que sobreviene mas allá de y contra toda esperanza no se parece, tan grande es, a ningún otro placer, he aquí que he venido —a pesar de haberme comprometido a no venir con juramento— para traerte a esta muchacha que ha sido hallada componiendo una tumba. Y ahora no vengo porque se haya echado a suertes, no, sino porque este hallazgo feliz me corresponde a mí y no a ningún otro. Y ahora, señor, tú mismo, según quieras, la coges y ya puedes investigar y preguntarle; en cuanto a mí, ya puedo liberarme de este peligro: soy libre, exento de injusticia.

CREONTE. Pero, ésta que me traes, ¿de qué modo y dónde la apresasteis?

GUARDIÁN. Estaba enterrando al muerto: ya lo sabes todo.

CREONTE. ¿Te das cuenta? ¿Entiendes cabalmente lo que dices?

GUARDIÁN. Si, que yo la vi a ella enterrando al muerto que tú habías dicho que quedase insepulto: ésto es que no es evidente y claro lo que digo?

CREONTE. Y cómo fue que la sorprendierais y cogierais en pleno delito?

GUARDIÁN. Fue así la cosa: cuando volvimos a la guardia, bajo el peso terrible de tus amenazas, después de barrer todo el polvo que cubría el cada vez, dejando bien al desnudo su cuerpo ya en descomposición, nos sentamos al abrigo del viento, evitando que al soplar desde lo alto de las peñas nos enviara el hedor que despedía. Los unos a los otros con injuriosas palabras despiertos y atentos nos teníamos, si alguien descuidaba la fatigosa vigilancia. Esto duró bastante tiempo, hasta que se constituyó en mitad del cielo la brillante esfera solar y la calor quemaba; entonces, de pronto, un torbellino suscitó del suelo tempestad de polvo —pena enviada por los dioses— que llenó la llanura, desfigurando las copas de los árboles del llano, y que impregnó toda la extensión del aire; sufrimos aquel mal que los dioses mandaban con los ojos cerrados, y cuando luego, después de largo tiempo, se aclaró, vimos a esta doncella que gemía agudamente como el ave condolida que ve, vacío de sus crías, el nido en que yacían, vacío. Así, ella, al ver el cadáver desvalido, se estaba gimiendo y llorando y maldecía a los autores de aquello. Veloz en las manos lleva árido polvo y de un aguamanil de bronce bien forjado de arriba a abajo triple libación vierte, corona para el muerto; nosotros, al verla, presurosos la apresamos, todos juntos, en seguida, sin que ella muestre temor en lo absoluto, y así, pues, aclaramos lo que antes pasó y lo que ahora; ella, allí de pie, nada ha negado; y a mí me alegra a la vez y me da pena, que cosa placentera es, si, huir uno mismo de males, pero penoso es llevar a su mal a gente amiga. Pero todas las demás consideraciones valen para mi menos que el verme a salvo.

CREONTE (a Antígona) Y tú, tú que inclinas al suelo tu rostro, ¿confirmas o desmientes haber hecho esto?

ANTÍGONA. Lo confirmo, si; yo lo hice, y no lo niego.

CREONTE. (Al guardián.) Tú puedes irte a dónde quieras, ya del peso de mi incisión.

Sale el guardián.

Pero tú (a Antígona) dime brevemente, sin extenderme; ¿sabías que estaba decretado no hacer esto?

ANTÍGONA. Si, lo sabía: ¿cómo no iba a saberlo? Todo el mundo lo sabe.



CREONTE. Y, así y todo, ¿te atreviste a pasar por encima de la ley?

ANTÍGONA. No era Zeus quien me la había decretado, ni Dike, compañera de los dioses subterráneos, perfiló nunca entre los hombres leyes de este tipo. Y no creía yo que tus decretos tuvieran tanta fuerza como para permitir que solo un hombre pueda saltar por encima de las leyes no escritas, inmutables, de los dioses: su vigencia no es de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe cuándo fue que aparecieron. No iba yo a atraerme el castigo de los dioses por temor a lo que pudiera pensar alguien: ya veía, ya, mi muerte -y cómo no?—, aunque tú no hubieses decretado nada; y, si muero antes de tiempo, yo digo que es ganancia: quien, como yo, entre tantos males vive, ¿no sale acaso ganando con su muerte? Y así, no es, no desgracia, para mí, tener este destino; y en cambio, si el cadáver de un hijo de mi madre estuviera insepulto y yo lo aguantara, entonces, eso si me sería doloroso; lo otro, en cambio, no me es doloroso: puede que a ti te parezca que obré como una loca, pero, poco más o menos, es a un loco a quien doy cuenta de mi locura.

CORIFEO Muestra la joven fiera audacia, hija de un padre fiero: no sabe ceder al infortunio.

CREONTE (Al coro.) Si, pero sepas que los mas inflexibles pensamientos son los mas prestos a caer: V el hierro que, una vez cocido, el fuego hace fortísimo y muy duro, a menudo verás cómo se resquebraja, lleno de hendiduras; sé de fogosos caballos que una pequeña brida ha domado; no cuadra la arrogancia al que es esclavo del vecino; y ella se daba perfecta cuenta de la suya, al transgredir las leyes establecidas; y, después de hacerlo, otra nueva arrogancia: ufanarse y mostrar alegría por haberlo hecho. En verdad que el hombre no soy yo, que el hombre es ella⁸ si ante esto no siente el peso de la autoridad; pero, por muy de sangre de mi hermana que sea, aunque sea mas de mi sangre que todo el Zeus que preside mi hogar, ni ella ni su hermana podrán escapar de muerte infamante, porque a su hermana también la acuso de haber tenido parte en la decisión de sepultarla. (A los esclavos.) Llamadla. (Al coro.) Si, la he visto dentro hace poco, fuera de si, incapaz de dominar su razón; porque, generalmente, el corazón de los que traman en la sombra acciones no rectas, antes de que realicen su acción, ya resulta convicto de su arteria. Pero, sobre todo, mi odio es para la que, cogida en pleno delito, quiere después darle timbres de belleza.

ANTÍGONA. Ya me tienes: ¿buscas aún algo más que mi muerte?

CREONTE. Por mi parte, nada más; con tener esto, lo tengo ya todo.

ANTÍGONA ¿Qué esperas, pues? A mí, tus palabras ni me placen ni podrían nunca llegar

a complacerme; y las mías también a ti te son desagradables. De todos modos, ¿cómo podía alcanzar más gloriosa gloria que enterrando a mi hermano? Todos éstos, te dirían que mi acción les agrada, si el miedo no les tuviera cerrada la boca; pero la tiranía tiene, entre otras muchas ventajas, la de poder hacer y decir lo que le venga en gana.

CREONTE. De entre todos los cadmeos, este punto de vista es solo tuyo.

ANTÍGONA. Que no, que es el de todos: pero ante ti cierran la boca.

CREONTE. ¿Y a ti no te avergüenza, pensar distinto a ellos?

ANTÍGONA. Nada hay vergonzoso en honrar a los hermanos.

CREONTE. ¿Y no era acaso tu hermano el que murió frente a él?

ANTÍGONA. Mi hermano era, del mismo padre y de la misma madre.

CREONTE. Y, siendo así, ¿cómo tributas al uno honores impíos para el otro?

ANTÍGONA. No sería a ésta la opinión del muerto.

CREONTE. Si tú le honras igual que al impío...

ANTÍGONA. Cuando murió no era su esclavo: era su hermano.

CREONTE. Que había venido a arrasar el país; y el otro se opuso en su defensa.

ANTÍGONA. Con todo, Hades requiere leyes igualitarias.

CREONTE. Pero no que el que obra bien tenga la misma suerte que el malvado.

ANTÍGONA. ¿Quién sabe si allí abajo mi acción es elogiable?

CREONTE No, en verdad no, que un enemigo.. ni muerto, será jamás mi amigo⁹

ANTÍGONA. No nací para compartir el odio sino el amor.

CREONTE Pues vete abajo y, si te quedan ganas de amar, ama a los muertos que, a mi, mientras viva, no ha de mandarme una mujer.

Se acerca Ismene entre dos esclavos.

CORIFEO. He aquí, ante las puertas, he aquí a Ismene; Lagrimas vierte, de amor por su hermana; una nube sobre sus cejas su sonrosado rostro afea; sus bellas mejillas, en llanto bañadas.

CREONTE. (A Ismene) Y tú, que te movías por palacio en silencio, como una víbora, apurando mi

sangre... Sin darme cuenta, alimentaba dos desgracias que querían arruinar mi trono. Venga, habla: ¿vas a decirme, también tú, que tuviste tu parte en lo de la tumba, o jurarás no saber nada?



ISMENE Si ella está de acuerdo, yo lo he hecho: acepto mi responsabilidad; con ella cargo.

ANTÍGONA. No, que no te lo permite la justicia; ni tú quisiste ni te di yo parte en ello.

ISMENE Pero, ante tu desgracia, no me avergüenza ser tu socorro en el remo, por el mar de tu dolor.

ANTÍGONA. De quién fue obra bien lo saben Hades y los de allí abajo; por mi parte, no soporto que sea mi amiga quien lo es tan solo de palabra.

ISMENE No, hermana, no me niegues el honor de morir contigo y el de haberte ayudado a cumplir los ritos debidos al muerto.

ANTÍGONA. No quiero que mueras tú conmigo ni que hagas tuyo algo en lo que no tuviste parte: bastará con mi muerte.

ISMENE ¿Y cómo podré vivir, si tú me dejas?

ANTÍGONA.. Pregúntale a Creonte, ya que tanto te preocupas por él.

ISMENE ¿Por qué me hieres así, sin sacar con ello nada?

ANTÍGONA. Aunque me ría de ti, en realidad te compadezco.

ISMENE Y yo, ahora, ¿en qué otra cosa podría serle útil?

ANTÍGONA. Sálvate: yo no he de envidiarte si te salvás.

ISMENE ¡Ay de mí, desgraciada, y no poder acompañarte en tu destino!

ANTÍGONA. Tú escogiste vivir, y yo la muerte.

ISMENE Pero no sin que mis palabras, al menos, te advirtieran.

ANTÍGONA. Para unos, tú pensabas bien..., yo para otros.

ISMENE Pero las dos ahora hemos faltado igualmente.

ANTÍGONA. Animo, deja eso ya; a ti te toca vivir; en cuanto a mí, mi vida se acabó hace tiempo, por salir en ayuda de los muertos.

CREONTE. (Al coro.) De estas dos muchachas, la una os digo que acaba de enloquecer y la otra que está loca desde que nació.

ISMENE Es que la razón, señor, aunque haya dado en uno sus frutos, no se queda, no, cuando agobia la desgracia, sino que se va.

CREONTE. La tuya, al menos, que escogiste obrar mal juntándote con malos.

ISMENE ¿Qué puede ser mi vida, ya, sin ella?

CREONTE. No, no digas ni "ella" porque ella ya no existe.

ISMENE Pero, ¿cómo?, ¿matarás a la novia de tu hijo?¹⁰

CREONTE. No ha de faltarle tierra que pueda cultivar.

ISMENE Pero esto es faltar a lo acordado entre el y ella.

CREONTE. No quiero yo malas mujeres para mis hijos.

ANTÍGONA -Ay, Hemón querido! Tu padre te falta al respeto.

CREONTE Demasiado molestas, tú y tus bodas.

CORIFEO. Así pues, épiensas privar de Antígona a tu hijo?

CREONTE Hades, él pondrá fin a estas bodas.

CORIFEO. Parece, pues, cosa resuelta que ella muera.

CREONTE Te lo parece a ti, también a mí. Y, venga ya, no más demora; llevadlas dentro, esclavos; estas mujeres conviene que estén atadas, y no que anden sueltas: huyen hasta los más valientes, cuando sienten a la muerte rondarles por la vida.

Los guardas que acompañaban a Creonte, acompañan a Antígona e Ismene dentro del palacio. Entrar también Creonte.

CORO. Felices aquellos que no prueban en su vida la desgracia. Pero si un dios azota de males la casa de alguno, la ceguera no queda, no, al margen de ella y hasta el final del linaje la acompaña. Es como cuando contrarios, enfurecidos vientos tracos hinchan el oleaje que sopla sobre el abismo del profundo mar; de sus profundidades negra arena arremolina, y gimen ruidosas, oponiéndose al azote de contrarios embates, las rocas de la playa. Así veo las penas de la casa de los Labdácidas cómo se abaten sobre las penas de los ya fallecidos: ninguna generación liberará a la siguiente, porque algún dios la aniquila, y no hay salida. Ahora, una luz de esperanza cubría a los últimos vástagos de la casa de Edipo; pero, de nuevo, el hacha homicida de algún dios subterráneo la siega, y la locura en el hablar y una Erinis en el pensamiento. ¿Qué soberbia humana podría detener, Zeus, tu poderío? Ni el sueño puede apresarla, él, que todo lo domina, ni la duración infatigable del tiempo entre los dioses. Tú, Zeus, soberano que no conoces la vejez, reinas sobre la centelleante, esplendorosa serenidad del Olimpo. En lo inminente, en lo porvenir y en lo pasado, tendrá vigencia esta ley: en la vida de los hombres, ninguno se arrastra —al menos por largo tiempo— sin ceguera. La esperanza, en su ir y venir de un lado a otro, resulta útil, si, a muchos hombres; para muchos otros, un engaño del deseo, capaz de confiar en lo vacuo: el hombre nada sabe, y le llega cuando acerca a la caliente brasa el pie. Resulta ilustre este dicho, debido no sé a la sabiduría de quién: el mal parece un día bien al hombre cuya mente lleva un dios a la ceguera; brevísimamente es ya el tiempo que vive sin ruina.



Sale Creonte de palacio. Aparece Hemón a lo lejos.

CORIFEO. (A Creonte.) Pero he aquí a Hemón, el más joven de tus vástagos: éviene acaso dolorido por la suerte de Antígona, su prometida, muy condolido al ver frustrada su boda?

CREONTE. Al punto lo sabremos, con más seguridad que los adivinos. (A Hemón.) Hijo mío, éviene

aquí porque has oído mi última decisión sobre la doncella que a punto estabas de esposar y quieres mostrar tu furia contra tu padre?, éo bien porque, haga yo lo que haga, soy tu amigo?

HEMON Padre, soy tuyo, y tú derechamente me encaminas con tus benévolos consejos que siempre he de seguir; ninguna boda puede ser para mí tan estimable que la prefiera a tu buen gobierno.

CREONTE. Y así, hijo mío, has de guardar esto en el pecho: en todo estar tras la opinión paterna; por eso es que los hombres piden engendrar hijos y tenerlos sumisos en su hogar; porque devuelvan al enemigo el mal que les causó y honren, igual que a su padre, a su amigo; el que, en cambio, siembra hijos inútiles, équé otra cosa podrías decir de él, salvo que se engendró dolores, motivo además de gran escarnio para sus enemigos? No, hijo, no dejes que se te vaya el conocimiento tras el placer, a causa de una mujer; sabe que compartir el lecho con una mala mujer, tenerla en casa, esto son abrazos que hielan... Porque, équé puede herir mas que un

mal hijo? No, despréciala como si se tratara de algo odioso, déjala; que se vaya al Hades a encontrar otro novio. Y pues que yo la hallé, sola a ella, de entre toda la ciudad, desobedeciendo, no voy a permitir que mis órdenes parezcan falsas a los ciudadanos; no, he de matarla. Y ella, que le vaya con himnos al Zeus que protege a los de la misma sangre. Porque si alimento el desorden entre los de mi sangre, esto constituye una pauta para los extraños. Se sabe quién se porta bien con su familia según se muestre justo a la ciudad. Yo confiadamente creo que el hombre que en su casa gobierna sin tacha quiere también verse bien gobernado, él, que es capaz en la inclemencia del combate de mantenerse en su sitio, modélico y noble compañero de los de su fila; en cambio, el que, soberbio, a las leyes hace violencia, o piensa en imponerse a los que manda, éste nunca puede ser que reciba mis elogios. Aquel que la ciudad ha instituido como jefe- a éste hay que oírle, diga cosas baladíes, ejemplares o todo lo contrario. No hay desgracia mayor que la anarquía: ella destruye las ciudades, conmociona y revuelve las familias; en el combate, rompe las lanzas y promueve las derrotas. En el lado de los vencedores, es la disciplina lo que salva a muchos. Así pues, hemos de dar nuestro brazo a lo

establecido con vistas al orden, y, en todo caso, nunca dejar que una mujer nos venza; preferible es —si ha de llegar el caso— caer ante un hombre: que no puedan enrostrarnos ser mas débiles que mujeres.

CORIFEO. Si la edad no nos sorbió el entendimiento, nosotros entendemos que hablas con prudencia lo que dices.

HEMÓN Padre, el más sublime don que de todas cuantas riquezas existen dan los dioses al hombre es la prudencia. Yo no podría ni sabría explicar por qué tus razones no son del todo rectas; sin embargo, podría una interpretación en otro sentido ser correcta. Tú no has podido constatar lo que por Tebas se dice; lo que se hace o se reprocha. Tu rostro impone respeto al hombre de la calle; sobre todo si ha de dirigírtete con palabras que no te daría gusto escuchar. A mí, en cambio, me es posible oírlas, en la sombra, y son: que la ciudad se lamenta por la suerte de esta joven que muere de mala muerte, como la más innoble de todas las mujeres, por obras que ha cumplido bien gloriosas. Ella, que no ha querido que su propio hermano, sangrante muerto, desapareciera sin sepultura ni que lo deshicieran ni perros ni aves voraces, éno se ha hecho así acreedora de dorados honores? Esta es la oscura petición que en silencio va propagándose. Padre, para mí no hay bien mas preciado que tu felicidad y buena ventura: équé puede ser mejor ornato que la fama creciente de su padre, para un hijo, y que, para un padre, con respecto a sus hijos? No te habitúes, pues; a pensar de una manera única, absoluta, que lo que tú dices —mas no otra cosa—, esto es lo cierto. Los que creen que ellos son los únicos que piensan o que tienen un modo de hablar o un espíritu como nadie, éstos aparecen vacíos de vanidad, al ser descubiertos. Para un hombre, al menos si es prudente, no es nada vergonzoso ni aprender mucho ni no mostrarse en exceso intransigente; mira, en invierno, a la orilla de los torrentes acrecentados por la lluvia invernal, cuántos árboles ceden, para salvar su ramaje; en cambio, el que se opone sin ceder, éste acaba descuajado. Y así, el que, seguro de si mismo, la escota de su nave tensa, sin darle juego, hace el resto de su travesía con la bancada al revés, hacia abajo. Por tanto, no me extremes tu rigor y admite el cambio. Porque, si cuadra a mi juventud emitir un juicio, digo que en mucho estimo a un hombre que ha nacido lleno de ciencia innata, mas, con todo —como a la balanza no le agrada caer por ese lado¹²—, que bueno es tomar consejo de los que bien lo dan.

CORIFEO. Lo que ha dicho a propósito, señor, conviene que lo aprendas. (A Hemón) Y tú igual de él; por ambas partes bien se ha hablado.

CREONTE. Si, encima, los de mi edad vamos a tener que aprender a pensar según el natural de jóvenes de la edad de éste.



HEMÓN. No, en lo que no sea justo. Pero, si es cierto que soy joven, también lo es que conviene mas en las obras fijarse que en la edad.

CREONTE. Valiente obra, honrar a los transgresores del orden!

HEMÓN. En todo caso, nunca dije que se debiera honrar a los malvados.

CREONTE. ¿Ah no? ¿Acaso no es de maldad que está ella enferma?

HEMÓN. No es eso lo que dicen sus compatriotas tebanos.

CREONTE. Pero, ¿es que me van a decir los ciudadanos lo que he de mandar?

HEMÓN. ¿No ves que hablas como un joven inexperto?

CREONTE. ¿He de gobernar esta tierra según otros o según mi parecer?

HEMÓN. No puede, una ciudad, ser solamente de un hombre.

CREONTE. La ciudad, pues, ¿no ha de ser de quien la manda ?.

HEMÓN. A ti, lo que te iría bien es gobernar, tú solo, una tierra desierta¹³.

CREONTE. (Al coro.) Está claro: se pone del lado de la mujer.

HEMÓN. Si, si tú eres mujer, pues por ti miro.

CREONTE. ¡Ay, miserable, y que oses procesar a tu padre!

HEMÓN. Porque no puedo dar por justos tus errores.

CREONTE. ¿Es, pues, un error que obre de acuerdo con mi mando?

HEMÓN. Si, porque lo injurias, pisoteando el honor debido a los dioses.

CREONTE. ¡Infame, y detrás de una mujer!

HEMÓN. Quizá, pero no podrás decir que me cogiste cediendo a infamias.

CREONTE. En todo caso, lo que dices, todo, es a favor de ella.

HEMÓN. También a tu favor, y al mío, y a favor de los dioses subterráneos.

CREONTE. Pues nunca te casarás con ella, al menos viva.

HEMÓN. Si, morirá, pero su muerte ha de ser la ruina de alguien.

CREONTE. ¿Con amenazas me vienes ahora, atrevido?

HEMÓN. Razonar contra argumentos vacíos; en ello, ¿que amenaza puede haber?

CREONTE. Querer enjuiciarme ha de costarte lágrimas: tú, que tienes vacío el juicio.

HEMÓN. Si no fueras mi padre, diría que eres tú el que no tiene juicio.

CREONTE. No me fatigues más con tus palabras, tú, juguete de una mujer.

HEMÓN. Hablar y hablar, y sin oír a nadie: ¿es esto lo que quieras?

CREONTE. ¿Con que si, eh? Por este Olimpo, entérate de que no añadirás a tu alegría el insultarme, después de tus reproches. (A unos esclavos.) Traedme a aquella odiosa mujer

para que aquí y al punto, ante sus ojos, presente su novio, muera.

HEMÓN. Eso si que no: no en mi presencia; ni se te ocurra pensarla, que ni ella morirá a mi lado ni tú podrás nunca más, con tus ojos, ver mi rostro ante ti. Quédese esto para aquellos de los tuyos que sean cómplices de tu locura.

Sale Hemón, corriendo.

CORIFEO. El joven se ha ido bruscamente, señor, lleno de cólera, y el dolor apesadumba mentes tan jóvenes.

CREONTE. Dejadle hacer: que se vaya y se crea mas que un hombre; lo cierto es que a estas dos muchachas no las separará de su destino.

CORIFEO. ¿Cómo? Así pues, ¿piensas matarlas a las dos?

CREONTE. No a la que no tuvo parte, dices bien.

CORIFEO. Y, a Antígona, ¿qué clase de muerte piensas darle?

CREONTE. La llevaré a un lugar que no conozca la pisada del hombre y, viva, la enterrare en un subterráneo de piedra, poniéndole comida, solo lo que baste para la expiación, a fin de que la ciudad quede sin mancha de sangre, enteramente. Y allí, que vaya con súplicas a Hades, el único dios que venera: quizá logre salvarse de la muerte. O quizás, aunque sea entonces, pueda darse cuenta de que es trabajo superfluo, respetar a un muerto.

Entra Creonte en palacio.

CORO. Eros invencible en el combate, que te ensañas como en medio de reses, que pasas la noche en las blandas mejillas de una jovencita y frecuentes, cuando no el mar, rústicas cabañas. Nadie puede escapar de ti, ni aun los dioses inmortales; ni tampoco ningún hombre, de los que un día vivimos; pero tenerte a ti enloquece¹⁴. Tú vuelves injustos a los justos y los lanza a la ruina; tú, que, entre hombres de la misma sangre, también esta discordia has promovido, y vence el encanto que brilla en los ojos de la novia al lecho prometida. Tú, asociado a las sagradas leyes que rigen el mundo; va haciendo su juego, sin lucha, la divina Afrodita.

CORIFEO. Y ahora ya hasta yo me siento arrastrado a rebelarme contra leyes sagradas, al ver esto, y ya no puedo detener un manantial de lágrimas cuando la veo a ella, a Antígona, que a su tálamo va, pero de muerte.



Aparece Antígona entre dos esclavos de Creonte, con las manos atadas a la espalda.

ANTÍGONA. Miradme, ciudadanos de la tierra paterna, que mi último camino recorro, que el esplendor del sol por última vez miro: ya nunca más; Hades, que todo lo adormece, viva me recibe en la playa de Aqueronte, sin haber tenido mi parte en himeneos, sin que me haya celebrado ningún himno, a la puerta nupcial... No. Con Aqueronte, voy a casarme.

CORÍFEO. Ilustre y alabada te marchas al antro de los muertos, y no porque mortal enfermedad te haya golpeado, ni porque tu suerte haya sido morir a espada. Al contrario, por tu propia decisión, fiel a tus leyes, en vida y sola, desciendes entre los muertos al Hades.

ANTÍGONA. He oído hablar de la suerte tristísima de Níobe, la extranjera frigia, hija de Tántalo, en la cumbre del Sípilo, vencida por la piedra que allí brotó, tenazmente agarrada como hiedra. Y allí se con sume, sin que nunca la dejen —así es fama entre los hombres— ni la lluvia ni el frío, y sus cejas, ya piedra, siempre destilando, humedecen sus mejillas. Igual, a igual qué ella, me adormece a mí el destino.

CORÍFEO. Pero ella era una diosa, de divino linaje, y nosotros mortales y de linaje mortal. Pero, con todo, cuando estés muerta ha de oírse un gran rumor: que tú, viva y después, una vez muerta, tuviste tu sitio entre los héroes próximos a los dioses.

ANTÍGONA ¡Ay de mi, escarnecidal! ¿Por qué, por los dioses paternos, no esperas a mi muerte y, en vida aún, me insultas?. ¡Ay, patria! ¡Ay, opulentos varones de mi patria! ¡Ay, fuentes de Diro! ¡Ay, recinto sagrado de Tebas, rica en carros! También a vosotros, con todo, os tomo como testigos de cómo muero sin que me acompañe el duelo de mis amigos, de por qué leyes voy a un túmulo de piedras que me encierre, tumba hasta hoy nunca vista. Ay de mi, mísera, que, muerta, no podré ni vivir entre los muertos; ni entre los vivos, pues, ni entre los muertos.

CORÍFEO. Superando a todos en valor, con creces, te acercaste sonriente hasta tocar el sitial elevado de Dike, hija. Tú cargas con la culpa de algún cargo paterno.

ANTÍGONA. Has tocado en mi un dolor que me abate: el hado de mi padre, tres veces renovado como la tierra tres veces arada; el destino de nuestro linaje todo de los ínclitos Labdácidas. ¡Ay, ceguera del lecho de mi madre, matrimonio de mi madre desgraciada con mi padre que ella misma había parido! De tales padres yo, infortunada, he nacido. Y ahora voy, maldecida, sin casar, a compartir en otros sitios su morada. ¡Ay, hermano, qué desgraciadas bodas obtuviste: tú, muerto, mi vida arruinaste hasta la muerte!

CORÍFEO. Ser piadoso es, si, piedad, pero el poder, para quien lo tiene a su cargo,

no es, en modo alguno, transgredible: tu carácter, que bien sabías, te perdió
ANTÍGONA Sin que nadie me llore, sin amigos, sin himeneo, desgraciada, me llevan por camino ineludible. Ya no podré ver, infortunada, este rostro sagrado del sol, nunca más. Y mi destino quedará sin llorar, sin un amigo que gima.

CREONTE (*Ha saltado del palacio y se encara con los esclavos que llevan a Antígona.*) ¿No os dais cuenta de que, si la dejarais hablar, nunca cesaría en sus lamentaciones y en sus quejas? Lleváosla, pues, y cuando la hayáis cubierto en un sepulcro con bóveda, como os he dicho, dejadla sola, desvalida; si ha de morir, que muera, y, si no, que haga vida de tumba en la casa de muerte que os he dicho. Porque nosotros, en lo que concierne a esta joven, quedaremos así puros¹⁹, pero ella será así privada de vivir entre los vivos.

ANTÍGONA. ¡Ay tumba! ¡Ay, lecho nupcial! ¡Ay, subterránea morada que siempre más ha de guardarme! Hacia ti van mis pasos para encontrar a los míos. De ellos, cuantioso número ha acogido ya Perséfona²⁰, todos de miserable muerte muertos: de ellas, la mía es la última y la más miserable; también yo voy allí abajo, antes de que se cumpla la vida que el destino me había concedido; con todo, me alimento en la esperanza, al ir, de que me quiera mi padre cuando llegue; sea bien recibida por ti, madre, y tú me aceptes, hermano querido. Pues vuestras cadáveres, yo con mi mano los lavé, yo los arreglé sobre vuestras tumbas hice libaciones. En cuanto a ti, Polinices, por observar el respeto debido a tu cuerpo, he aquí lo que obtuve... Las personas prudentes no censuraron mis cuidados, no, porque, ni se hubiese tenido hijos ni si mi marido hubiera estado consumiéndose de muerte, nunca contra la voluntad del pueblo hubiera sumido este doloroso papel. ¿Que en virtud de qué ley digo esto? Marido, muerto el uno, otro habría podido tener, y hasta un hijo del otro nacido, de haber perdido el mío. Pero, muertos mi padre, ya, y mi madre, en el Hades los dos, no hay hermano que pueda haber nacido. Por esta ley, hermano, te honré a ti más que a nadie, pero a Creonte esto le parece mala acción y terrible atrevimiento. Y ahora me ha cogido, así, entre sus manos, y me lleva, sin boda, sin himeneo, sin parte haber tenido en esposales, sin hijos que criar; no, que así, sin amigos que me ayuden, desgraciada, viva voy a las tumbas de los muertos: ¿por haber transgredido una ley divina?, ¿y cuál? ¿De qué puede servirme, pobre, mirar a los dioses? ¿A cuál puedo llamar que me auxilie? El caso es que mi piedad me ha ganado el título de impía, y si el título es válido para los dioses, entonces yo, que de ello soy tildada, reconoceré mi error; pero si son los demás que van errados, que los males que sufro no sean mayores que los que me imponen, contra toda justicia.



CORIFEO. Los mismos vientos impulsivos dominan aún su alma.

CREONTE. Por eso los que la llevan pagarán cara su demora

CORIFEO. Ay de mí, tus palabras me dicen que la muerte está muy cerca, si.

CREONTE. Y te aconsejo que en lo absoluto confíes en que para ella no se ha de cumplir esto cabalmente.

Los esclavos empujan a Antígona y ella cede, lentamente, mientras va hablando.

ANTÍGONA ¡Oh tierra tebana, ciudad de mis padres! ¡Oh dioses de mi estirpe! Ya se me llevan, sin demora; miradme, ciudadanos principales de Tebas: a mí, a la única hija de los reyes que queda; mirad qué he de sufrir, y por obra de qué hombres. Y todo, por haber respetado la piedad.

Salen Antígona y los que la llevan.

CORO. También Dánae tuvo que cambiar la celeste luz por una cárcel con puerta de bronce: allí encerrada, fue uncida al yugo de un tálamo funeral. Y sin embargo, también era — ay, Antígona! — hija de ilustre familia, y guardaba además la semilla de Zeus a ella descendida como lluvia de oro. Pero es implacable la fuerza del destino. Ni la felicidad, ni la guerra, ni una torre, ni negras naves al azote del mar sometidas, pueden eludirlo. Fue uncido también el irascible hijo de Drías, el rey de los edonos; por su cólera mordaz, Dioniso le sometió, como en coraza, a una prisión de piedra; así va consumiéndose el terrible, desatado furor de su locura. El si ha conocido al dios que con su mordaz lengua de locura había tocado, cuando quería apaciguar a las mujeres que el dios poseía y detener el fuego báquico; cuando irritaba a las Musas que se gozan en la flauta. Junto a las oscuras Simplégades, cerca de los dos mares, he aquí la ribera del Bósforo y la costa del tracio Salmides²⁴, la ciudad a cuyas puertas Ares vio cómo de una salvaje esposa recibían maldita herida de ceguera los dos hijos de Fineo, ceguera que pide venganza en las cuencas de los ojos que manos sangrientas reventaron con puntas de lanzadera. Consumiéndose, los pobres, su deplorable pena lloraban, ellos, los hijos de una madre tan mal maridada; aunque por su cuna remontara a los antiguos Erectidas²⁵, a ella que fue criada en grutas apartadas, al azar de los vientos paternos, hija de un dios, Boréada, veloz como un corcel sobre escarpadas colinas, también a ella mostraron su fuerza las

Moiras, hija mía.

Ciego y muy anciano, guiado por un lazarillo, aparece, corriendo casi, Tiresias.

TÍRESIAS. Soberanos de Tebas, aquí llegamos dos que el común camino mirábamos con los ojos de solo uno: esta forma de andar, con un guía, es, en efecto, la que cuadra a los ciegos.

CREONTE ¿Qué hay de nuevo, anciano Tiresias?

TIRESIAS. Ya te lo explicaré, y cree lo que te diga el adivino.

CREONTE Nunca me aparté de tu consejo, hasta hoy al menos.

TIRESIAS. Por ello rectamente has dirigido la nave del estado.

CREONTE Mi experiencia puede atestiguar que tu ayuda me ha sido provechosa.

TIRESIAS. Pues bien, piensa ahora que has llegado a un momento crucial de tu destino.

CREONTE. ¿Qué pasa? Tus palabras me hacen temblar.

TIRESIAS. Lo sabrás, al oír las señales que sé por mi arte; estaba yo sentado en el lugar en donde, desde antiguo, inspecciono las aves, lugar de reunión de toda clase de pájaros, y he aquí que oigo un hasta entonces nunca oído rumor de aves: frenéticos, crueles gritos ininteligibles. Me di cuenta que unos a otros, garras homicidas, se herían: esto fue lo que deduje de sus estrepitosas alas; al punto, amedrentarlo, tanteé con una víctima en las encendidas aras, pero Hefesto no elevaba la llama; al contrario, la grasa de los muslos caía gota a gota sobre la ceniza y se consumía, humeante y crujiente; las hieles esparcían por el aire su hedor; los muslos se quemaron, se derritió la grasa que los cubre. Todo esto —presagios negados, delitos que no ofrecen señales— lo supe por este muchacho: él es mi guía, como yo lo soy de otros. Pues bien, es el caso que la ciudad está enferma de estos males por tu voluntad, porque nuestras aras y nuestros hogares están llenos, todos, de la comida que pájaros y perros han hallado en el desgraciado hijo de Edipo caído en el combate. Y los dioses ya no aceptan las súplicas que acompañan al sacrificio y los muslos no llamean. Ni un pájaro ya deja ir una sola serial al gritar estrepitoso, acadios como están en sangre y grosura humana. Recapacita, pues, en todo eso, hijo. Cosa común es, si, equivocarse, entre los hombres, pero, cuando uno yerra, el que no es imprudente ni infeliz, caído en el mal, no se está quieto e intenta levantarse; el orgullo un castigo comporta, la necedad.

Cede, pues, al muerto, no te ensañes en



quien tuvo ya su fin: équé clase de proeza es rematar a un muerto? Pensando en tu bien te digo que cosa dulce es aprender de quien bien te aconseja en tu provecho.

CREONTE Todos, anciano, como arqueros que buscan el blanco, buscáis con vuestras flechas a este hombre (*se señala a sí mismo*) ni vosotros, los adivinos, dejáis de atacarme con vuestra arte: hace ya tiempo que los de tu familia me vendisteis como una mercancía. Allá con vuestras riquezas: comprad todo el oro blanco de Sardes y el oro de la India. Pero a él no lo veréis enterrado ni si las águilas de Zeus quieren su pasto hacerle y lo arrebaten hasta el trono de Zeus; ni así os permitiré enterrarlo, que esta profanación no me da miedo; no, que bien sé yo que ningún hombre puede manchar a los dioses. En cuanto a ti, anciano Tiresias, hasta los más hábiles hombres caen, e ignominiosa es su caída cuando en bello ropaje ocultan infames palabras para servir a su avaricia.

TIRESIAS. Ay, ¿hay algún hombre que sepa, que pueda decir...

CREONTE. ¿Qué? ¿Con qué máxima, de todas sabida, vendrás ahora?

TIRESIAS. ...en qué medida la mayor riqueza es tener juicio?

CREONTE. En la medida justo, me parece, en que el mal mayor es no tenerlo.

TIRESIAS. Y, sin embargo, tú naciste de esta enfermedad cabal enfermo.

CREONTE. No quiero responder con injurias al adivino.

TIRESIAS. Con ellas me respondes cuando dices que lo que vaticino yo no es cierto.

CREONTE. Sucede que la familia toda de los adivinos es muy amante del dinero.

TÍRESIAS. Y que gusta la de los tiranos de riquezas mal ganadas.

CREONTE ¿Te das cuenta de que lo que dices lo dices a tus jefes?

TIRESIAS. Sí, me doy cuenta, porque si mantienes a salvo la ciudad, a mí lo debes.

CREONTE Tú eres un sagaz agorero, pero te gusta la injusticia.

TIRESIAS. Me obligarás a decir lo que ni el pensamiento debe mover.

CREONTE. Pues muévelo, con tal de que no hables por amor de tu interés.

TIRESIAS. Por la parte que te toca, creo que así será.

CREONTE. Bien, pero has de saber que mis decisiones no pueden comprar.

TÍRESIAS. Bien está, pero sepas tú, a tu vez, que no vas a dar muchas vueltas, émulo del sol, sin que, de tus propias entrañas, des un muerto, en compensación por los muertos que tú has enviado allí abajo, desde aquí arriba, y por la vida que indecorosamente has encerrado en una tumba, mientras tienes aquí a un muerto que es de los dioses subterráneos, y al que privas de su derecho, de ofrendas y de piadosos

ritos. Nada de esto es de tu incumbencia, ni de la de los celestes dioses; esto es violencia que tú les haces. Por ello, destructoras, vengativas, te acechan ya las divinas, mortíferas Erinis, para cogerte en tus propios crímenes. Y ve reflexionando, a ver si hablo por dinero, que, dentro no de mucho tiempo, se oirán en tu casa gemidos de hombres y de mujeres, y se agitarán de enemistad las ciudades todas los despojos de cuyos caudillos hayan llegado a ellas —impuro hedor— llevadas por perros o por fieras o por alguna alada ave que los hubiera devorado. Porque me has azuzado, he aquí los dardos que te mando, arquero, seguros contra tu corazón; no podrás, no, eludir el ardiente dolor que han de causarte.

(Al muchacho que le sirve de guía)

Llévame a casa, hijo, que desahogue éste su cólera contra gente más joven y que aprenda a alimentar su lengua con más calma y a pensar mejor de lo que ahora piensa.

Sale Tiresias con el Lazarillo.

CORIFEO. Se ha ido, señor, dejándonos terribles vaticinios. Y sabemos —desde que estos cabellos, negros antes, se vuelven ya blancos— que nunca ha predicho a la ciudad nada que no fuera cierto.

CREONTE. También yo lo sé y tiembla mi espíritu; porque es terrible, si, ceder, pero también lo es resistir en un furor que acabe chocando con un castigo enviado por los dioses.

CORIFEO. Conviene que reflexiones con tiento, hijo de Meneceo.

CREONTE. ¿Qué he de hacer? Habla, que estoy dispuesto a obedecerte.

CORIFEO. Venga, pues: saca a Antígona de su subterránea morada, y al muerto que yace abandonado levántale una tumba.

CREONTE. Esto me aconsejas? ¿Debo, pues, ceder, según tu?

CORIFEO. Si, y lo antes posible, señor. A los que perseveran en errados pensamientos les cortan el camino los daños que, veloces, mandan los dioses.

CREONTE. Ay de mí: a duras penas pero cambio de idea sobre lo que he de hacer; no hay forma de luchar contra lo que es forzoso.

CORIFEO. Ve pues, y hazlo; no confíes en otros.



CREONTE. Me voy, si, así mismo, de inmediato. Va, venga, siervos, los que estáis aquí y los que no estáis, rápido, proveeros de palas y subid a aquel lugar que se ve allí arriba. En cuanto a mí, pues así he cambiado de opinión, lo que yo mismo ate, quiero yo al presente desatar, porque me temo que lo mejor no sea pasar toda la vida en la observancia de las leyes instituidas.

CORO. Dios de múltiples advocaciones, orgullo de tu esposa cadmea, hijo de Zeus de profundo tronar, tú que circundas de viñedos Italia y reinas en la falda, común a todos, de Deo en Eleusis, oh tú, Baco, que habitas la ciudad madre de las bacantes, Tebas, junto a las húmedas corrientes del Ismeno y sobre la siembra del feroz dragón²⁷. A ti te ha visto el humo, radiante como el relámpago, sobre la bicúspide peña, allí donde van y vienen las ninfas caricias, tus bacantes, y te ha visto la fuente de Castalia. Te envían las lomas frondosas de hiedra y las cumbres abundantemente orilladas de viñedos de los monjes de Nisa, cuando visitas las calles de Tebas la ciudad que, entre todas, tú honras como suprema, tú y Semele, tu madre herida por el rayo. Y ahora, que la ciudad entera está poseída por violento final, acude, atraviesa con tu pie, que purifica cuanto toca, o la pendiente del Parnaso o el Euripo, ruidoso estrecho ó, tú, que diriges la danza de los astros que exhalan fuego, que presides nocturnos clamores, hijo, estirpe de Zeus, muéstrate ahora, señor, con las tías que son tu comitiva, ellas que en torno a ti, enloquecidas danzan toda la noche, llamándote Yacco, el dispensador²⁹.

MENSAJERO Vecinos del palacio que fundaron Cadmo y Anfión³⁰, yo no podría decir de un hombre, durante su vida, que es digno de alabanza o de reproche³¹; no, no es posible, porque el azar levanta y el azar abate al afortunado y al desafortunado, sin pausa. Nadie puede hacer de adivino porque nada hay fijo para los mortales. Por ejemplo Creonte —me parece— era digno de envidia: había salvado de sus enemigos a esta tierra de Cadmo, se había hecho con todo el poder, sacaba adelante la ciudad y florecía en la noble siembra de sus hijos. Pero, de todo esto, ahora nada queda; porque, si un hombre ha de renunciar a lo que era su alegría, a éste no le tengo por vivo: como un muerto en vida, al contrario, me parece. Si, que acreciente su heredad, si le place, y a lo grande, y que viva con la dignidad de un tirano; pero, si esto ha de ser sin alegría, todo junto yo no lo compraba ni al precio de la sombra del humo, si ha de ser sin comentario,

Se abre la puerta de palacio e, inadvertida por los de la escena, aparece Eurídice, esposa de Creonte, con unas doncellas.

- CORIFEO** ¿Cuál es este infortunio de los reyes que vienes a traernos?
MENSAJERO Murieron. Y los responsables de estas muertes son los vivos.
CORIFEO. ¿Quién mató y quién es el muerto? Habla.
MENSAJERO Hemón ha perecido, y él de su propia mano ha vertido su sangre.
CORIFEO. ¿Por mano de su padre o por la suya propia?
MENSAJERO. El mismo y por su misma mano: irritada protesta contra el asesinato perpetrado por su padre.
Desaparecen tras la puerta Eurídice y las doncellas.
CORIFEO. ¡Oh adivino, cuán de cabal adivino fueron tus palabras!
MENSAJERO Pues esto es así, y podéis ir pensando en lo otro.

Tras un breve silencio, reaparece Eurídice que baja hasta la mitad de la escalinata y luego se acerca hasta ellos para oír el discurso del mensajero.

- CORIFEO.** Ahora veo a la infeliz Eurídice, la esposa de Creonte, que sale de palacio, quizás para mostrar su duelo por su hijo o acaso por azar.
EURÍDICE. Algo ha llegado a mí de lo que hablabais, ciudadanos aquí reunidos, cuando estaba para salir con ánimo de llevarle mis votos a la diosa Palas; estaba justo tanteando la cerradura de la puerta, para abrirla, y me ha venido al oído el rumor de un mal para mi casa; he caído de espaldas en brazos de mis esclavas y he quedado inconsciente; sea la noticia la que sea, repetídmela: no estoy poco avezada al infortunio y sabré oírla.
MENSAJERO. Yo estuve allí presente, respetada señora, y te diré la verdad sin omitir palabra; total, épara qué ablandar una noticia, si luego he de quedar como embustero? La verdad es siempre el camino más recto. Yo he acompañado como guía a tu marido hacia lo alto del llano, donde yacía aún sin piedad, destrozado causado por los perros, el cadáver de Polinices. Hemos hecho una súplica a la diosa de los caminos y a Plutón³², para que nos fueran benévolos y detuvieran sus iras; le hemos dado un baño purificador, hemos cogido ramas de olivo y quemado lo que de él quedaba; hemos amontonado tierra patria hasta hacerle un túmulo bien alto. Luego nos encaminamos a donde tiene la muchacha su tálamo nupcial, lecho de piedra y cueva de Hades. Alguien ha oído ya, desde lejos, voces, agudos lamentos, en torno a la tumba a la que faltaron fúnebres honras, y se acerca a nuestro



amo Creonte para hacérselo notar; éste, conforme se va acercando, mas le llega confuso rumor de quejumbrosa voz; gime y, entre sollozos, dice estas palabras: "Ay de mi, desgraciado, soy acaso adivino? ¿Por ventura recorro el mas aciago camino de cuantos recorri en mi vida? Es de mi hijo esta voz que me acoge. Venga, servidores, veloces, corred, plantaros en la tumba, retirad una piedra, meteros en el túmulo por la abertura, hasta la boca misma de la cueva y atención: fijaros bien si la voz que escucho es la de Hemón o si se trata de un engaño que los dioses me envían." Nosotros, en cumplimiento de lo que nuestro desalentado jefe nos mandaba, miramos, y al fondo de la caverna, la vimos a ella colgada por el cuello, ahogada por el lazo de hilo hecho de su fino velo, y a él caido a su vera, abrazándola por la cintura, llorando la perdida de su novia, ya muerta, el crimen de su padre y su amor desgraciado. Cuando Creonte le ve, lamentables son sus quejas: se acerca a él y le llama con quejidos de dolor: "Infeliz, équé has hecho? ;Que pretendes? ¿Qué desgracia te ha privado de razón? Sal, hijo, sal; te lo ruego, suplicante." Pero su hijo le miró de arriba a abajo con ojos terribles, le escupió en el rostro, sin responderle, y desenvainó su espada de doble filo. Su padre, de un salto, esquiva el golpe: él falla, vuelve su ira entonces contra sí mismo, el desgraciado; como va, se inclina, rígido, sobre la espada y hasta la mitad la clava en sus costillas; aún en sus cabales, sin fuerza ya en su brazo, se abraza a la muchacha; exhala súbito golpe de sangre y ensangrentada deja la blanca mejilla de la joven; allí queda, cadáver al lado de un cadáver; que al final, mísero, logró su boda, pero ya en el Hades: ejemplo para los mortales de hasta qué punto el peor mal del hombre es la irreflexión.

Sin decir palabra, sube Eurídice las escaleras y entra en palacio.

CORIFEO. ¿Por qué tenías que contar todo tan exacto? La reina se ha marchado sin decir palabra, ni para bien ni para mal?

MENSAJERO. También yo me he extrañado, pero me alimento en la esperanza de que, habiendo oído la triste suerte de su hijo, no haya creído digno llorar ante el pueblo: allí dentro, en su casa, mandará a las esclavas que organicen el duelo en la intimidad. No le falta juicio, no, y no hará nada mal hecho.

CORIFEO. No sé: a mí el silencio así, en demasía, me parece un exceso gravoso, tanto como el griterío en balde.

MENSAJERO Si, vamos, y, en entrando, sabremos si esconde en su animoso corazón algún resuelto designio; porque tú llevas razón: en tan silencioso reaccionar hay algo

grave.

Entra en palacio. Al poco, aparece Creonte con su séquito, demudado el semblante, y llevando en brazos el cadáver de su hijo.

CORIFEO. Mirad, he aquí al rey que llega con un insigne monumento en sus brazos, no debido a ceguera de otros, sino a su propia falta.

CREONTE. Ió, vosotros que véis, en un mismo linaje, asesinos y víctimas: mi obstinada razón que no razona, ioh errores fatales! ¡Ay, mis órdenes, que desventura! Ió, hijo mío, en tu juventud —iprematuro destino, ay ay, ay ay!— has muerto, te has marchado, por mis desatinos, que no por los tuyos.

CORIFEO. ¡Ay, que muy tarde me parece que has visto lo justo!

CREONTE. ¡Ay, mísero de mí! ¡Sí, ya he aprendido! Sobre mi cabeza —pesada carga— un dios ahora mismo se ha dejado caer, ahora mismo, y por caminos de violencia me ha lanzado, batiendo, aplastando con sus pies lo que era mi alegría, ¡Ay, ay! los, esfuerzos, desgraciados esfuerzos de los hombres!

MENSAJERO (*Sale ahora de palacio.*) Señor, la que sostienes en tus brazos es pena que ya tienes, pero otra tendrás en entrando en tu casa; me parece que al punto la verás.

CREONTE. ¿Cómo? ¿Puede haber todavía un mal peor que éstos?

MENSAJERO Tu mujer, cabal madre de este muerto (*señalando a Hemón*), se ha matado: recientes aún las heridas que se ha hecho, desgraciada.

CREONTE. Ió, ió, puerto infernal que purificación alguna logró aplacar, épor qué me quieras, por que quieras matarme? (*A mensajero.*) Tú, que me has traído tan malas, penosas noticias, écómo es esto que cuentas? ¡Ay, ay, muerto ya estaba y me rematas! ¿Qué dices, muchacho, que dices de una nueva víctima? Víctima —ay, ay, ay, ay— que se suma a este azote de muertes: émi mujer yace muerta?

Unos esclavos sacan de palacio el cadáver de Eurídice.

CORIFEO. Tú mismo puedes verla: ya no es ningún secreto.

CREONTE. Ay de mi, infortunado, que veo cómo un nuevo mal viene a sumarse a este: équé, pues? ¿Qué destino me aguarda? Tengo en mis brazos a mi hijo que acaba de morir, mísero de mi, y ante mi veo a otro muerto. ¡Ay, ay, lamentable suerte, ay, del hijo y de la madre!



MENSAJERO Ella, de afilado filo herida, sentada al pie del altar doméstico, ha dejado que se desate la oscuridad en sus ojos tras llorar la suerte ilustre del que antes murió, Menecio³³, y la de Hemón, y tras implorar toda suerte de infortunios para el asesino de sus hijos.

CREONTE. ¡Ay, ay! ¡Ay, ay, que me siento transportado por el pavor! ¿No viene nadie a herirme con una espada de doble filo, de frente? ¡Mísero de mí, ay ay, a que mi será desventura estoy unido!

MENSAJERO Según esta muerta que aquí está, el culpable de una y otra muerte eras tú.

CREONTE Y, ella ¿de qué modo se abandonó a la muerte?

MENSAJERO Ella misma, con su propia mano, se golpeó en el pecho así que se enteró del tan lamentable infortunio de su hijo.

CREONTE. ¡Ay! ¡Ay de mí! De todo, la culpa es mía y nunca podrá corresponder a ningún otro hombre. Si, yo, yo la mate, yo, infeliz. Y digo la verdad. ¡Ió! Llevadme, servidores, lo más rápido posible, moved los pies, sacadme de aquí: a mí, que ya no soy más que quien es nada.

CORIFEO. Esto que pides te será provechoso, si puede haber algo provechoso entre estos males. Las desgracias que uno tiene que afrontar, cuanto más brevemente mejor.

CREONTE. ¡Que venga, que venga, que aparezca, de entre mis días, el último, el que me lleve a mi postrer destino! ¡Que venga, que venga! Así podré no ver ya un nuevo día.

CORIFEO Esto llegará a su tiempo, pero ahora, con actos conviene afrontar lo presente: del futuro ya se cuidan los que han de cuidarse de él.

CREONTE. Todo lo que deseo está contenido en mi plegaria.

CORIFEO Ahora no hagas plegarias. No hay hombre que pueda eludir lo que el destino le ha fijado.

CREONTE. (A sus servidores.) Va, moved los pies, llevaos de aquí a este fatuo (*por él mismo*). (Imprecando a los dos cadáveres.) Hijo mío, yo sin quererlo te he matado y a ti también, esposa, mísero de mí... Ya no sé ni cuál de los dos inclinarme a mirar. Todo aquello en que pongo mano sale mal y sobre mi cabeza se ha abatido un destino que no hay quien lleve a buen puerto

Sacan los esclavos a Creonte, abatido, en brazos. Queda en la escena sólo con el coro; mientras desfila, recita el final el corifeo.

CORIFEO Con mucho, la prudencia es la base de la felicidad. Y, en lo debido a los dioses, no hay que cometer ni un desliz. No. Las palabras hinchadas por el orgullo comportan, para los orgullosos, los mayores golpes; ellas, con la vejez, enseñan a tener prudencia.



Trabajo práctico de lengua y literatura

Tema: Antígona.

Recuerda:

- La docente se reserva 1 (un) punto por ortografía, coherencia y cohesión.
- Podes utilizar la obra para realizar el trabajo práctico.
- El trabajo debe ser realizado de **forma individual**.
- El trabajo práctico debe ser entregado con carátula conteniendo: curso, fecha de entrega, docente, alumnos, materia.
- Fecha de entrega:

Consignas.

1. ¿Cuál es el tema principal de esta tragedia? Justifica con citas textuales.

2. Responde:

a. ¿Con que personajes se ve enfrentada Antígona en la historia? ¿Por qué razones se producen estos enfrentamientos?

b. A los siguientes personajes se les plantean disyuntivas difíciles de resolver.
Creonte: Por miedo a perder su autoridad como rey se vuelve un tirano.

Antígona: Debe decidir entre aceptar el dictado de Creonte o revelarse ante él.

Hemon: Debe optar entre ser leal a su padre o a Antígona.

Ismena: Debe decidir vivir sola o morir con su hermana.

-Explica cual es la elección de cada uno de los personajes y cuáles son los motivos de esas decisiones.

c. ¿Cuál es el mandato que dio Creonte con respecto a cada uno de los hermanos de Antígona e Ismene?

d. ¿Por qué fueron dadas órdenes contrarias con respecto a cada uno de ellos y cuál crees que es la importancia de cada mandato? Justifica tu respuesta con lo que dirá más adelante el Creonte cuando habla por primera vez con el coro.

e. A partir de la discusión entre las hermanas podríamos decir que existen dos tipos de mandato o ley que deben ser cumplidas: la ley de Creonte y de los ciudadanos, y la ley de los dioses.

1. ¿Puedes señalar cuál sería la ley de Creonte y cuál la de los dioses?

2. ¿Cuál de las dos hermanas estaría cumpliendo cada ley? ¿Con cuál te quedarías vos? ¿Por qué?

f. El Coro es un integrante importante de la tragedia, como hemos visto, pero no siempre lo que dice parece tener una relación directa con lo que está pasando en la obra. Muchas veces, incluso, es difícil comprender sus intervenciones ¿Quiénes integran el coro en esta obra? ¿De qué tema hablan en la primera entrada? En la segunda intervención del coro, este manifiesta admiración por la grandeza del hombre: ¿Qué razones da el coro para asegurar que el hombre "es la maravilla más sorprendente del mundo? También se menciona que esta maravilla tiene una contracara miserable ¿En qué consiste la miseria humana? ¿Cómo la vemos en esta obra?

3. Sobre los personajes.

a. Creonte es el rey de los tebanos, ¿Que sentimientos despierta en sus súbditos (Pueblo, coro, mensajero, guardián)? Justifica con fragmentos de la obra.

b. ¿En qué consiste el pecado de HYBRIS cometido por Creonte? ¿Qué personajes se lo hacen notar?

d. ¿Qué lugar ocupa la mujer en la sociedad según el argumento de Antígona? Justifica.

e. ¿Qué estrategia utiliza Hemón para convencer a su padre de que no mate a Antígona? ¿Funciona la estrategia? ¿Por qué?

f. ¿Qué función cumple Tiresias en la obra? Investiga el rol que cumple en la obra de Edipo Rey. ¿Es la misma? ¿Por qué?

g. El suicidio de Antígona trae otras muertes: la de Hemón y la de Eurídice.

1. ¿Merece Creonte estas pérdidas tan dolorosas? Justifica.

2. ¿Qué hay detrás de ellas, más que las muertes en sí, que llevan al personaje a la anagnórisis?



EL INFORME

¿QUÉ ES UN INFORME?

Es común que los investigadores redacten informes acerca del desarrollo de la investigación que están llevando a cabo. También, las empresas utilizan este tipo de texto para explicar la evolución que está teniendo su actividad o porque alguien externo le solicita una serie de informaciones. El informe puede tener como finalidad exponer los resultados parciales de una investigación que se está desarrollando, puede detallar los resultados finales acerca de ella o puede ser el producto de un trabajo en equipo.

El informe es la exposición de los resultados obtenidos en una investigación de campo bibliográfica sobre un determinado tema; por eso, su propósito es principalmente informativo.

El informe es un texto que se utiliza en distintos ámbitos: académicos, científicos, literarios, periodísticos o jurídicos. En todos los casos, se trata de exponer de forma ordenada la información requerida. Es común que este tipo de texto sea publicado en las revistas de divulgación científica, dando cuenta del avance de determinada investigación.

CARACTERÍSTICAS DEL INFORME:

- Se centra en un único tema bien delimitado.
- Se exponen claramente los objetivos, se describen los procedimientos utilizados para la recolección de datos y se explicitan las conclusiones.
- Es un texto expositivo explicativo.
- No posee lenguaje subjetivo.
- Utiliza adjetivos descriptivos.
- Tiene por finalidad informar sobre resultados parciales o finales de un trabajo de investigación.
- Se emplean construcciones sintácticas sencillas con conceptos claros y definidos.

ESTRUCTURA DEL INFORME.

Es fundamental que todos los trabajos científicos mantengan un orden interior que permita desarrollar, de la forma más clara posible, los temas tratados. Esto se logra mediante una cuidadosa organización de los contenidos, de modo tal que todas las partes que componen el texto guarden una estrecha vinculación entre sí.

Si bien las características de cada trabajo y el tema tratado serán esenciales para definir la mejor manera de transmitir los conocimientos, en líneas generales, los informes se estructuran en tres secciones principales: la introducción, el desarrollo y la conclusión.

El primer paso antes de redactar un informe es elegir el tema sobre el que se quiere investigar. Un problema o tema de investigación es un conjunto de interrogaciones que el científico se plantea en relación con un aspecto de la realidad y que debe responderse mediante la actividad científica. Para ello el investigador consulta diversas fuentes documentales o escritas como por ejemplo: diccionarios, encyclopedias, libros especializados, diarios, revistas o videos, etc. También es muy útil entrevistar a especialistas en el tema que brindarán una visión particular. Luego de esto las partes del informe son las siguientes:

➤ **Introducción:** en esta sección se presentan los objetivos específicos y se describe el tema sobre el que se tratará la investigación, así como también los conceptos principales que servirán de base en el desarrollo. Por otra parte el autor incluye todos los datos necesarios para situar al lector y hacer más comprensible la lectura del texto, como por ejemplo, por qué se llevó a cabo la investigación, y qué se intenta modificar o explicar a través del trabajo. Es decir, luego de leer esta sección del informe el receptor debe estar en condiciones de responder a las siguientes preguntas. ¿Cuál es el tema? ¿Cuál es el objetivo que persigue el investigador? ¿Cómo está organizado el trabajo? También en esta sección el autor explica si se trata de una investigación documental o técnico-científica.

➤ **Desarrollo:** el desarrollo constituye la esencia del trabajo, ya que es aquí donde se exponen los datos obtenidos o recolectados. Si el informe es el resultado de una investigación documental, el investigador organizará la información reunida relacionando los autores consultados o introduciendo aquellas referencias que resulten importantes para el desarrollo del tema elegido. Si se trata de un informe que expone los resultados de una investigación de campo, el autor detallará los materiales



utilizados y describirá, paso por paso, los procedimientos empleados para obtener determinados resultados.

➤ **Conclusión:** es la sección final del informe. Aquí se resumen los datos más importantes que se desarrollaron en el cuerpo del trabajo, sin agregar información nueva. En general, se trata de una sección breve en la que el autor incluye **alguna valoración personal** del trabajo realizado o sobre el tema tratado, y permite al lector saber cuál es la postura del investigador sobre el problema tratado.

PRESENTACIÓN DEL INFORME:

El texto del informe está acompañado de ciertos elementos que lo completan y que se denominan paratextos. Estos elementos sirven para situar al lector con respecto al autor del trabajo, la institución a la que pertenece, la estructura interna del informe y la bibliografía consultada para llevar a cabo la investigación. Los paratextos más importantes son los siguientes:

- **La portada:** se coloca delante del texto principal y, en ella, se especifica el título del informe, el nombre completo del autor o los autores, el nombre de la institución, el lugar y el año de su realización.
- **El índice:** contiene los títulos y subtítulos que aparecen en el interior del informe, con la indicación de la página donde se encuentran.
- **Los apéndices:** son secciones relativamente independientes del texto principal y ayudan a una mejor comprensión del informe. Se coloca después de las conclusiones, pero antes de la bibliografía. Pueden ser: imágenes, tablas, mapas o cuadros.
- **La bibliografía:** es la lista completa, por orden alfabético, de todas las fuentes escritas que se hayan utilizado para elaborar el informe. En esta lista se incluyen los textos citados en el interior del trabajo y aquellas lecturas que sirvieron de base para su desarrollo. Deben escribirse: (nombre del libro, editorial, año de edición) o en su defecto, copiar las páginas web de forma completa.

TIPOS DE INFORME:

De acuerdo con el tipo de investigación, los informes se dividen en dos grandes grupos: informes sobre investigación documental e informes sobre investigación técnico- científica. Estos tipos de textos se diferencian porque los datos y procedimientos utilizados son distintos.

EL INFORME DOCUMENTAL:

Este informe se elabora a partir de la investigación bibliográfica sobre un determinado tema. Se seleccionan los datos extraídos de distintas fuentes y se los organiza de acuerdo con los objetivos generales del trabajo. La redacción del texto es el resultado de la organización y del análisis de la información obtenida a través de la consulta del material impreso. La organización del material dependerá de cada autor, así como también, de los objetivos y del tema planteado.

Los pasos para redactar este informe son:

- 1- Plantear el tema principal.
- 2- Establecer el objetivo general del informe.
- 3- Resumir la bibliografía consultada sobre el tema.
- 4- Comparar las ideas de los distintos autores.
- 5- Redactar las conclusiones del informe.

EL INFORME TÉCNICO- CIENTÍFICO.

Este informe es el resultado del trabajo de experimentación del investigador. Los datos obtenidos surgen de provocar algún cambio en el ambiente y de verificar la reacción de una sustancia o de un ser vivo frente a esa alteración. Luego de realizar la experimentación el informe debe incluir:

- 1- El objetivo general de la investigación y el objetivo particular de la experimentación.
- 2- El detalle de los materiales utilizados y las condiciones en que el experimento fue realizado.
- 3- La descripción, paso a paso, del procedimiento efectuado, con el detalle de los cambios que se hayan ido produciendo.
- 4- Las conclusiones a las que se ha llegado luego de la experimentación.

Ambos tipos de informes tienen la finalidad de revelar los avances de la investigación sobre un determinado tema. Pero se diferencian en el material, en los procedimientos utilizados y en las conclusiones a las que se llega.

ACTIVIDAD A ELECCIÓN DE LA DOCENTE.

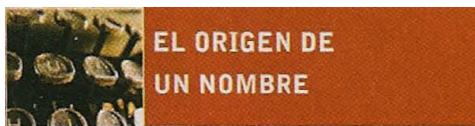
Producción de un informe (temas, tipo y fecha a elección de la docente)



Edad media

Contexto histórico, social y cultural.

El concepto de "Edad Media" fue establecido por los historiadores del siglo XVII, quienes fijaron su comienzo en la caída del Imperio Romano (476) y su término, en la caída de Constantinopla (es decir, del Imperio Romano de Oriente o Imperio Bizantino) en manos de los turcos (1453).



La noción de Edad Media fue una creación de los humanistas del Renacimiento italiano (siglos xv y xvi). Dieron este nombre al largo período histórico que separaba las culturas clásicas griega y romana (Edad Antigua) del presente que ellos vivían y en el que trataban de recuperar los ideales de aquella época.

Ese tiempo intermedio entre la Antigüedad y el Renacimiento era concebido como un tiempo de barbarie y oscuridad que los humanistas habían venido a superar. **Este concepto peyorativo de la Edad Media persiste hasta nuestros días:** la expresión "método medieval" refiere a algo retrógrado, arcaico, bárbaro y francamente negativo.

En el siglo xix, los románticos recuperaron otra visión de la Edad Media, fascinados por el mundo novelesco de los caballeros andantes y la atmósfera de magia y leyenda que, a sus ojos, envolvía los relatos de aquella época. De modo que el concepto de Edad Media cargó con el doble malentendido de la desvalorización humanista y de la mitificación romántica.

XX con la desaparición del Imperio Turco.

A principios del siglo VIII, los árabes invadieron España y la isla de Sicilia. Cruzaron los montes Pirineos para avanzar sobre toda Europa, pero fueron derrotados en Poitiers por un caudillo franco, Carlos Martel. Uno de los descendientes de este guerrero fue Carlomagno, fundador de un imperio que aseguró las fronteras del Occidente europeo contra todos los invasores (árabes desde el Sur, vikingos desde el Norte).

Con Carlomagno se inició una nueva etapa histórica, la Alta Edad Media (siglos IX a XI), en la que hubo un importante florecimiento de la cultura, conocido como Renacimiento Carolingio. En este período, los monjes eruditos reunidos por Carlomagno impulsaron la recuperación de los autores clásicos y el perfeccionamiento del latín como lengua literaria. La educación y la cultura literaria estuvieron a cargo de escuelas monásticas, situadas en los monasterios, aisladas del mundo en lugares apartados.

Pero estas comunidades aún primitivas, alimentadas por una economía rural de subsistencia, vivían a la defensiva frente a los ataques externos de vikingos y normandos. Esta situación perduró hasta el año 1000; luego hubo un cambio, producto del establecimiento de rutas comerciales, una mayor producción de la tierra, un aumento del bienestar de la población y una primera acumulación de riquezas. En esas nuevas condiciones, el Occidente europeo pasó a la ofensiva y atacó al Islam: así se dio inicio a las Cruzadas, expediciones para recuperar Jerusalén y los lugares santos.

La Temprana y la Alta Edad Media

Luego de la desaparición del Imperio Romano de Occidente como resultado de las invasiones y migraciones de los pueblos germánicos del centro de Europa, se inició un período que se puede llamar la Temprana Edad Media (siglos V a VIII). En ese tiempo, se produjo la lenta asimilación de los pueblos germánicos por la cultura latina y la separación cada vez más profunda entre el Occidente latino y el Oriente griego.

En el plano cultural, la Iglesia cristiana actuó como salvaguarda de los restos de la cultura latina: fue un tiempo de supervivencia frente a condiciones políticas y sociales adversas en el que los monasterios, aislados en el campo o la montaña, atesoraron los preciosos códices con las obras de los autores clásicos (Virgilio, Horacio, Ovidio). La expansión de los árabes a lo largo del siglo VII por el Cercano Oriente y el norte de África provocó un enfrentamiento entre cristianos y musulmanes que sólo terminó a principios del siglo



La Plena Edad Media

El llamado Renacimiento del siglo XII abrió un nuevo período, la Plena Edad Media (siglos XII y XIII). Y correspondió a una cultura urbana, sostenida en una nueva institución educativa, las escuelas catedralicias (ubicadas junto a la catedral y dirigidas por el obispo, por lo tanto, ya no aisladas en un monasterio cerrado, sino en contacto con todo el mundo en el centro de la ciudad). Allí surgió el movimiento literario de los modernos que seguían a sus modelos admirados (Virgilio y Ovidio, fundamentalmente), y se consideraban en condiciones de igualados con su obra, escrita en latín, pero también traducida a las incipientes lenguas romances, es decir las que habían nacido de la combinación del latín vulgar con los idiomas vernáculos, hablados originalmente en cada región, para dar origen a los modernos italiano, francés, etcétera.

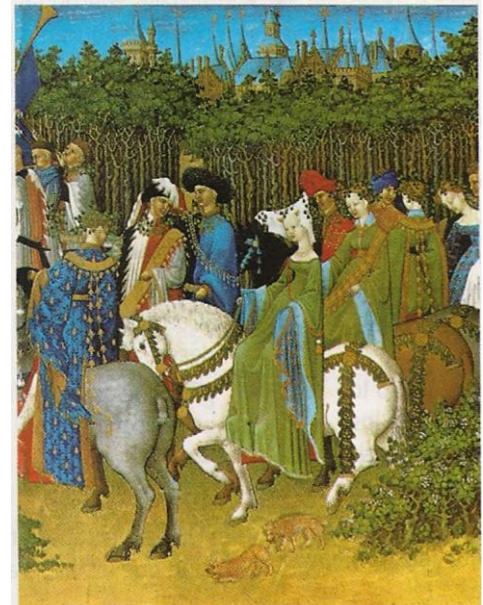
De este impulso renovador en la cultura y la literatura nació una institución fundamental para Occidente: la universidad. A principios del siglo XII, algunas de las más afamadas escuelas catedralicias, en París, en Oxford, en Bolonia, se ampliaron hasta convertirse en estudios generales o universidades, con planes de estudio más ambiciosos y renovados. El recibimiento de la filosofía griega (traducida del griego al árabe y del árabe al latín, gracias a las escuelas de traductores situadas en España) provocó una revolución en el pensamiento occidental.

A esta etapa corresponde el auge del feudalismo en lo político y en lo económico. El feudalismo era un modo de producción basado en la explotación de la tierra mediante contratos personales entre un señor y un vasallo. El señor proveía protección (militar y política), el vasallo proveía alimentos, bienes, servicio militar, consejo político, según fuera su posición en la escala social. Los reyes ocupaban el estrato superior de esta pirámide, pero su poder se disgregó por delegación en los grandes nobles del reino, lo que generó permanentes conflictos entre la monarquía y la aristocracia.

La Baja Edad Media

La crisis de este sistema político y económico inauguró la última etapa, la Baja Edad Media (siglos XIV y XV). El agotamiento del sistema de explotación de la tierra, cuyos medios de producción no estaban en condiciones de satisfacer las necesidades de una población creciente, sumado al largo ciclo de depresión económica agravado por sequías y epidemias, generó una crisis política general cuyas consecuencias perduraron hasta fines del siglo xv.

Además, la aparición de una nueva fuente de riqueza, el dinero, que fue desplazando a la propiedad de la tierra, unida al surgimiento de un nuevo grupo social, la burguesía, que basaba su poder en el dinero, puso en crisis la ideología señorial y caballeresca, y abrió el camino para que los reyes afianzaran su poder y sentaran las bases de los Estados nacionales de la Europa moderna. En este clima de inestabilidad política y social, conocida como "el orden feudo-burgués", tuvo lugar paradójicamente un fenómeno de auge cultural y literario, ya no sostenido por la Iglesia sino por círculos letrados laicos reunidos en torno al rey o un gran señor. La literatura en lenguas romances alcanzó su máximo desarrollo y estuvo en condiciones de competir en pie de igualdad con la literatura escrita en latín.



El medioevo, época de señores feudales y caballeros

Con la caída del Imperio romano de Occidente en el año 476 d. C., Europa entra en una grave crisis. Roma ya no es más el centro político y cultural, y su autoridad imperial se distribuye entre los jefes militares de los ejércitos regionales, quienes luchan entre sí por fijar su territorio, mientras avanzan los primeros invasores germánicos.

Como no había un gobierno unitario que dominara las distintas entidades políticas, durante los tres siglos posteriores se formaron reinos gobernados por una aristocracia guerrera que se vinculaba a partir del parentesco y ejercía sobre los campesinos un régimen señorial. Ese régimen los transformaba en siervos que, a cambio de ocuparse de las tierras de su señor y entregar parte de su propia cosecha, recibían una humilde vivienda con un pequeño terreno y protección ante los forajidos y demás señores.

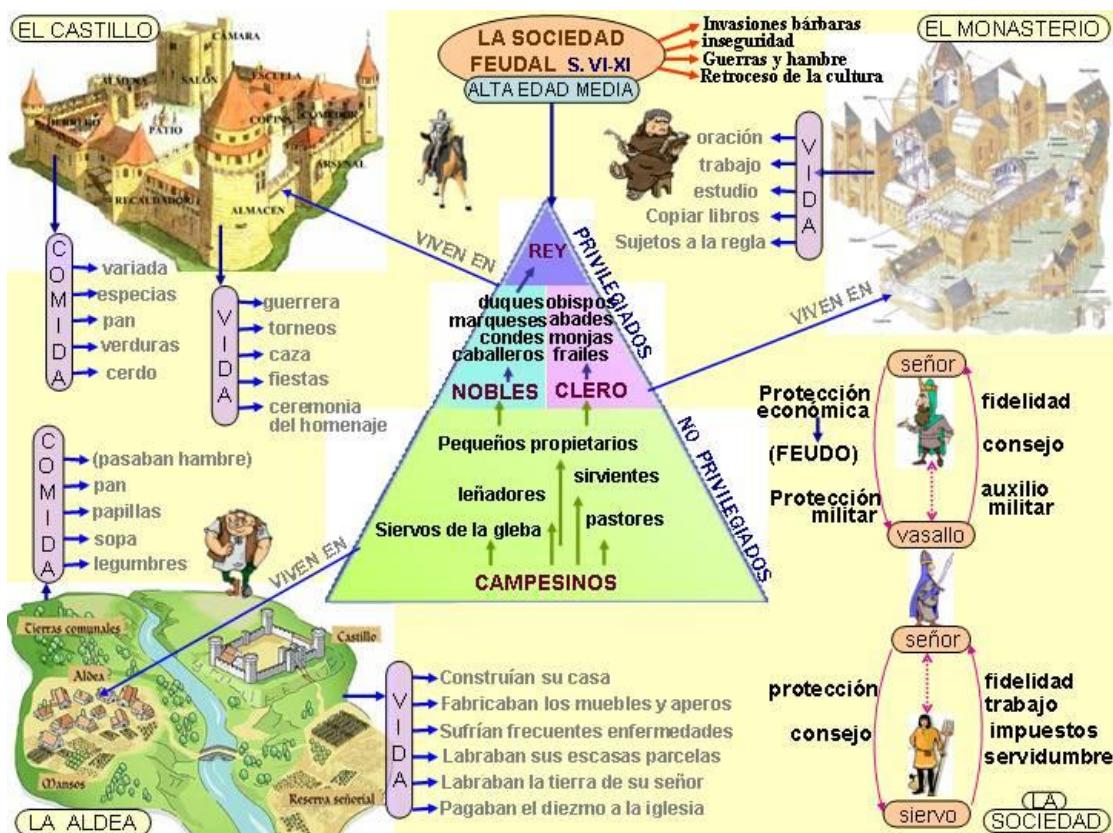
En el siglo IX, Carlomagno (descendiente de un terrateniente) expande su reino hasta incluir las actuales Francia, Alemania, Austria, Suiza, los Países Bajos y el norte de Italia. Solo treinta años después de su muerte, en el año 843, el imperio se subdivide entre sus herederos y comienza el declive.

Tras el hundimiento del Imperio carolingio y la amenaza de nuevas invasiones bárbaras, surge a finales



del siglo IX el régimen feudal, que suponía un contrato de fidelidad entre el vasallo y su señor. El primero se comprometía a servir a su señor político-militar y entregarle un tributo económico, a cambio de la concesión de feudos (casi siempre en forma de tierras y trabajo).

En armonía con la profunda religiosidad cristiana que caracteriza al pensamiento medieval, la única institución que ejerce un poder "universal" en esa Europa fragmentada es la Iglesia, y la guerra -que cobra un sentido trascendente- se transforma en una cruzada contra los infieles.



La literatura europea medieval

Cuando se lee un texto medieval en un libro impreso, se está realizando una actividad absolutamente impensable en la Edad Media. En principio, porque no existía la imprenta en aquel tiempo (precisamente, la invención de la imprenta y la difusión de los libros impresos fueron acontecimientos culturales que marcaron, entre otros, el final de ese período histórico). Toda obra literaria se originaba en la oralidad o en la manuscritura, es decir que la actividad literaria dependía completamente de la voz y de la mano. Si, además, se tiene en cuenta que la gran mayoría de la población era analfabeta, se comprenderá la enorme importancia de la difusión oral. Casi toda la literatura medieval fue compuesta para ser escuchada, ya fuera mediante la recitación o la lectura en voz alta.

La composición de las obras

El hecho de saber que la obra literaria que se compone no va a ser leída sino que va a ser escuchada, forzosamente afecta el modo de componerla: la expresión será más enfática, se apelará a diversos tipos de repeticiones, en fin, se usarán todos los recursos para dejar una impresión fuerte en la imaginación de la audiencia y para asegurar una correcta comprensión del sentido (puesto que no existe la posibilidad de volver la página atrás y releer hasta entender lo que se quiere decir). Por supuesto que el público medieval tenía una memoria auditiva muchísimo más desarrollada, y esta fue una condición fundamental para que el fenómeno literario fuera posible.

A esto habría que agregar que la palabra pronunciada y la palabra escrita no tienen la estabilidad y la exactitud mecánica de la palabra impresa. Cada vez que un poema oral se recitaba, cada vez que una obra escrita se copiaba (a mano), inevitablemente se producían cambios y variaciones, involuntarios o premeditados.

En consecuencia, la obra literaria medieval era muy inestable, estaba en proceso de variación permanente.

Por supuesto que esta inestabilidad no era la misma para todos los géneros. Si se trataba de



transmitir la Biblia o los autores clásicos de la Antigüedad, escritos en latín, el prestigio y la relevancia de estos modelos provocaban en los copistas un afán por respetarlos minuciosamente y no introducir la menor modificación. En cambio, si se trataba de una obra escrita en lengua vernácula (es decir, en la lengua moderna de raíz latina o germánica, según los países, hablada por cada nación y que comenzaba a consolidarse en la Alta Edad Media), se la consideraba parte de un patrimonio común en cuya elaboración podían participar todos los que se considerasen dignos de hacerla.

Una última diferencia notable tiene que ver con los contenidos y la extensión de lo que se entendía por literatura. En el amplio campo del fenómeno literario medieval se encuentra, además de la poesía y de la ficción, núcleo de lo que hoy se entiende por literatura propiamente dicha, otro tipo de obras, tales como bestiarios (sobre animales), lapidarios (tratados sobre las propiedades de las piedras), libros de viajes, crónicas y hasta un género que se podría llamar de "autoayuda", con consejos para bien vivir.

Fenómenos orales y escritos

Es necesario comprender que oralidad y escritura no son simples modalidades de expresión literaria, sino que constituyen tecnologías culturales al servicio de la comunicación de los miembros de una sociedad. La preeminencia de una u otra tendrá inevitables consecuencias en la supremacía de unas formas literarias sobre otras y en la dirección de la evolución literaria lo que se tratará de ilustrar en los párrafos siguientes.

Ahora se deja de lado el fenómeno de la literatura escrita en latín durante la Edad Media, ciertamente muy importante, para centrar la explicación en la literatura de las nacientes lenguas modernas.

Actuación juglaresca

Durante la Alta Edad Media y hasta fines del siglo XII, en una sociedad casi completamente iletrada donde la oralidad era dominante, la figura más importante era la del juglar y su actividad, la actuación juglaresca, fue la principal práctica literaria. Apoyándose en el ejercicio adiestrado de la memoria, y el dominio de la gestualidad y el espacio de actuación -la escena - juglaresca, en torno de la cual se congregaba el público-, el juglar componía o repetía poemas líricos y épicos. Precisamente, el poema épico, o cantar de gesta, era su realización más importante.



Los juglares fueron durante este período toda una institución cultural, porque cumplían la función de intermediarios entre la memoria colectiva y comunidad, de custodios del patrimonio cultural comunitario. Su recitación y su canto no sólo servían para entretenir al público, sino que constituyan un acto de celebración de la identidad compartida.

Surgimiento del verso escrito

A lo largo del siglo XII se produjo un cambio en la actitud de la Iglesia, a la que pertenecía la minoría letrada de la sociedad, que comenzó a preocuparse por llegar a un público más amplio que no sabía leer y que ya no entendía el latín. Para ello, comenzó a valorar los recursos del juglar y a componer obras en lenguas vernáculas. En este momento, la escritura empezó a desplazar a la oralidad: los cantares de gesta orales empezaron a ponerse por escrito y los poemas épicos tardíos se compusieron directamente por escrito. Aparecieron poemas líricos y narrativas cultos que referían nuevas historias: historias de la Antigüedad, como las hazañas de Alejandro Magno; historias de caballerías, como las aventuras del Rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda; - historias sagradas, como los milagros de la Virgen María.

A lo largo del siglo XIII la escritura siguió desarrollándose y encarando empresas literarias más ambiciosas, ya no sólo en verso sino también en prosa: aparecieron las traducciones de la Biblia al francés y al castellano antiguos, crónicas universales y compilaciones de todas las aventuras del ciclo del rey Arturo. Todas estas obras enormes sólo fueron posibles por una innovación tecnológica: la difusión del papel, soporte de la escritura, mucho más barato y disponible que el pergamino. Por supuesto que la aparición de una nueva forma no significó la desaparición de las anteriores: la oralidad y la escritura convivieron hasta el fin de la Edad Media y aún después de la aparición de la imprenta.



La poesía épica medieval

Un género que se destaca en la Edad Media es el de la poesía épica. La poesía épica medieval tiene sus raíces en la épica germánica, pero sólo floreció a fines del siglo XI en Francia y de allí se extendió por el resto de la Europa occidental. Comparte los rasgos característicos de toda poesía heroica (desde Hornero hasta el siglo xx, desde Europa hasta los confines de Asia y África).

Las características de este tipo de poesía son las siguientes:

1. es una poesía centrada en la figura de un héroe, a través del cual se exaltan las virtudes más apreciadas por una comunidad (fuerza, valentía, voluntad, ingenio, astucia). El héroe épico otorga dignidad al género humano, porque muestra lo que es capaz de lograr el hombre, ensancha los límites de su experiencia, encarna el afán de superar la fragilidad humana para alcanzar una vida más plena. Es necesario aclarar, por último, que el héroe épico no posee poderes sobrenaturales (no vuela, ni lanza rayos ni ve a través de los muros), sino las capacidades de cualquier mortal, sólo que en grado superlativo;
2. es poesía de acción, porque el héroe manifiesta sus virtudes en la acción, de eso resulta una poesía esencialmente narrativa que atrae el interés hacia su héroe mostrando lo que hace: buscar el honor a través del riesgo. En esto aprovecha la tendencia general de todo público a disfrutar de un relato bien contado y a rechazar las moralizaciones y los adoctrinamientos; por eso, la poesía heroica carece de comentarios e intromisiones del narrador en la historia contada;
3. su narración es objetiva y de carácter realista, por lo tanto no hay introspección psicológica de los personajes y sus acciones transcurren no en ámbitos fantásticos (un mundo submarino o un reino aéreo), sino en ambientes cotidianos para el público: castillos, bosques, caminos, monasterios, poblaciones;
4. posee Linealidad y unidad de acción, es decir que el argumento relata las hazañas del héroe en forma continua sin distraerse en digresiones ni abordar argumentos secundarios;
5. su unidad de composición es el verso y no la estrofa; la versificación se organiza en tiradas de versos de extensión muy variada;
6. se trata de poesía de génesis oral, de allí su carácter lineal y su versificación no estrófica, porque para hacerla comprensible y memorizable debía tener una estructura simple;
7. remite a una edad heroica, es decir que los hechos que narra se ubican en un tiempo pasado en que esa comunidad habría alcanzado su máxima gloria. Ese tiempo heroico sirve de modelo que los hombres de cada comunidad intentan alcanzar y es motivo de orgullo y de afirmación de una identidad cultural. Como se ve, la referencia a una edad heroica está ligada a la función social que cumple la poesía épica, que consiste en la exaltación de los valores de un pueblo o de los valores de un grupo social (los guerreros, por ejemplo) que se ofrecen como modelo para toda la comunidad (además, por supuesto, de la función recreativa y la conmemorativa, la épica también es una forma popular de la historia).

Mester de Juglaría y mester de clerecía.

Mester de juglaría:

La actividad épica de los juglares cae dentro de lo que desde antiguo se ha dado en llamar mester de juglaría. La palabra "mester" proviene del latín *ministerium* y significa "oficio", "profesión" o "arte", en este caso de juglares. Estos eran creadores o recreadores de las gestas que divulgaban. Las principales características de este mester son las siguientes:

- Poesía en lengua vulgar, compuesta en el llano romance del habla cotidiana.
- Poesía oral, destinada al canto o la recitación y no a la lectura.
- Poesía popular, dirigida a todo el pueblo, para deleitar a reyes, señores, doctos e ignorantes.
- Poesía tradicional, porque los cantares de gesta que obtienen los favores del público y que se popularizan, se transmiten de boca en boca y de generación en generación, haciéndose tradicionales.
- Poesía colectiva, porque cuando un poema se hace tradicional, si bien nace como creación de un autor individual es reelaborado y refundido por otros y termina por ser una producción colectiva e impersonal.
- Poesía anónima, por su carácter colectivo, popular y tradicional.
- Poesía de metro irregular, que fluctúa entre las 10 y las 20 silabas.
- Poesía de rima asonante o imperfecta.
- Poesía apegada a formas lingüísticas arcaizantes.



Mester de clerecía.

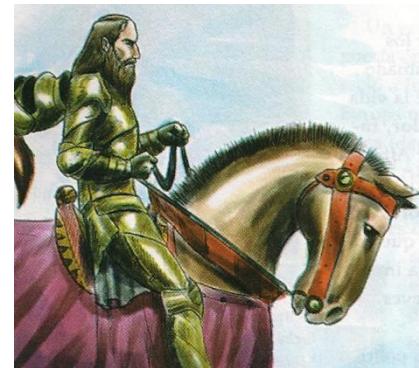
Este mester a diferencia del anterior fue producido por clérigos, es decir, por hombres doctos o letrados, capaces de leer latín. La palabra "clerecía" significa o tiene como sinónimo "saber". Este nuevo mester nace como una necesidad que sienten los clérigos de divulgar en lengua romance los conocimientos que atesoraban los manuscritos de las bibliotecas, casi siempre monásticas, que frecuentaban.

Las obras fundamentales son: "El libro de Alexandre"; "El libro de Apolonio" y el "Poema de Fernán González". Aunque el máximo representante es el Arcipreste de Hita con el "Libro del buen amor"

Mester de Juglaría	Mester de Clerecía.
Diferencias.	
<ul style="list-style-type: none"> • Métrica irregular • Series indefinidas de cantidad variable de versos. • Rima asonante • Temática limitada a la historia de España. • Asuntos tomados de la realidad circundante o de la tradición oral. • Poesía oral • Poesía colectiva, impersonal y tradicional. 	<ul style="list-style-type: none"> • Métrica regular • Estrofas de cuatro versos o <i>Cuadernavía</i>. • Rima consonante. • Temática variada (sacra, novelesca, histórica) • Asuntos tomados de fuentes escritas latinas. • Poesía escrita • Poesía individual
Semejanzas.	
<ul style="list-style-type: none"> • Uso de la lengua vulgar o romance • Público o auditorio similar: el pueblo en un sentido amplio. • Divulgación oral. • Empleo de recursos juglarescos comunes. • Aspiración de entretenir al público. • Género narrativo o épico. 	

Gesta del Cid

En el caso de la poesía épica española, se ha conservado uno de los poemas de mayor calidad artística de toda la época medieval: El llamado "Cantar de Mio Cid", que está basado en la parte final de la vida de un personaje histórico, Ruy Díaz de Vivar, el cid caudillo, famoso guerrero que vivió entre los años 1043 y 1099, sirvió al rey Alfonso VI de Castilla, fue desterrado en dos oportunidades, y con un ejército propio conquistó la ciudad y reino de Valencia, en poder de los moros. Su actuación tuvo como marco histórico la guerra de la Reconquista, que enfrentó a cristianos y moros, en España durante siete siglos, desde la invasión de los árabes en 711 hasta la conquista de Granada por los reyes católicos en 1492.



Pero el poema no relata con fidelidad de cronista la gran empresa política y militar del Cid, sino que selecciona algunos hechos de su vida (primeros éxitos guerreros, la conquista de Valencia) e inventa otros (el matrimonio de sus hijas, su afrenta con los infantes de Carrión, el juicio y los duelos resultantes) de acuerdo con los patrones épicos comunes de acuerdo a todas las obras del género.



La organización del poema

El poema se organiza en tres cantares que la crítica ha llamado el "Cantar del Destierro", el "Cantar de las Bodas" y el "Cantar de la Afrenta de Corpes"; pero en rigor su estructura argumental tiene dos partes: se narra un doble proceso de pérdida y recuperación de la honra.

La primera línea argumental comienza con el destierro del héroe, injustamente castigado por el rey Alfonso, que ha prestado oídos a falsas acusaciones de los cortesanos enemigos del Cid (la pérdida del primer folio del único manuscrito conservado del poema impide saber cuáles fueron esas acusaciones). Una vez en tierra de moros, logra una serie de victorias que van acrecentando sus riquezas y que van acercando más guerreros que quieren compartir su gloria, hasta que alcanza su mayor triunfo con la conquista de Valencia. Luego de enviar tres embajadas con regalos al rey Alfonso, consigue reunirse con su familia en Valencia y, por último, se reconcilia con su rey a orillas del río Tajo. Como se ve, el tema central de esta línea narrativa es la relación entre el señor y el vasallo: el Cid demuestra ser un buen vasallo: finalmente, el rey se convierte en un buen señor.

La segunda línea argumental comienza allí mismo con la concertación de las bodas de las hijas del héroe con los infantes de Carrión, hijos del conde Carrión y, por lo tanto, miembros de la alta nobleza enemiga del Cid, que como infanzón, pertenece a la baja nobleza rural. Los infantes de Carrión se revelan como cobardes tanto en el palacio del Cid (episodio del León), como en la batalla y, ante tal deshonra, planean vengarse golpeando y torturando a sus esposas. El Cid reclama justicia al rey, que convoca a un juicio en Toledo.

El juicio termina con unos duelos donde los infantes son vencidos y deshonrados, al tiempo que las hijas del Cid se casan con mejores partidos: los príncipes de Navarra y de Aragón. El tema central aquí es el enfrentamiento entre la alta nobleza y la baja nobleza en el marco domésticas de la familia del héroe.

Cantar de Mio Cid.

1. El Cid se va al destierro

1. *El Cid deja sus casas y sus tierras*
Con sus ojos tan fuertemente llorando,
volvía la cabeza, se las quedaba mirando: vio
puertas abiertas, postigos sin candados, y las
perchas vacías, sin pieles y sin mantos, y sin
halcones, y sin azores mudados.
Suspiró Mio Cid, que se sentía muy preocupado;
habló Mio Cid, bien y muy mesurado:
"Gracias doy, Señor padre, que estás en lo alto,
esto me han urdido mis enemigos malos".

2. Presagio victorioso

Allí empiezan a cabalgar, allí sueltan las riendas.
A la salida de Vivar tuvieron la corneja diestra, al
entrar en Burgos tuviéronla a la izquierda'.
Se encogió el Cid de hombros, sacudió la cabeza:
"Albricias, Álvar Fáñez, pues se nos echa de la
tierra, pero con gran honra volveremos a
Castilla".

3. Entrada en Burgos

Mio Cid Ruy Díaz por Burgos entró,
en su compañía sesenta pendones,
salián a verlo mujeres y varones;
burgueses y burguesas están en los balcones;
llorando de sus ojos, tanto es su dolor.
Por sus bocas todos decían esta opinión:
"¡Dios, qué buen vasallo, si tuviese buen señor!"

4. La ira del rey

Lo invitarían con agrado, pero ninguno se
animaba: el rey don Alfonso tenía muy gran saña;

Antes de la noche entró en Burgos su carta,
con gran recaudo y debidamente sellada:
que a Mio Cid Ruy Diaz nadie le diese posada,
y aquél que se la diese supiese, por su palabra,
que perdería sus bienes, más los ojos de la cara,
y aun además los cuerpos y las almas.
Gran pesar tenían las gentes cristianas;
se esconden de Mio Cid, no osan decirle nada.
[...]

Una niña de nueve años ante su vista estaba:
"Ya Campeador, en buena hora te ceñiste la
espada. El rey lo ha prohibido, de él entró anoche
su carta, con gran recaudo y debidamente
sellada:
que no nos atreviéramos a abrirte ni acoger por
nada, si no, perderíamos nuestros bienes y las
casas,
y además los ojos de las caras.

Cid, con nuestro mal no vas a ganar nada;
mas el Creador te ayude con todas sus virtudes
santas". Esto la niña dijo y se volvió a su casa.
Ya lo ve el Cid que del rey no tenía gracia.
Apartase de la puerta, por Burgos cabalgaba,
llegó a Santa María, entonces descabalga.
Se hincó de rodillas, de corazón rogaba.
La oración hecha, luego cabalgaba;
Mio Cid Ruy Díaz, el que en buena hora ciñó
espada,
acampó en la ribera, cuando no lo acoge nadie en
casa;
a su alrededor, una buena compañía.



Así acampó el Cid, como si estuviera en la montaña. En la ciudad de Burgos le han prohibido comprar nada

De todas las cosas cuantas haya de vianda
Ni aun le querrían vender lo que un dinero valga.

2 Batalla contra los reyes moros Fáriz y Galbe

34 Consejo del Cid con sus caballeros

(...)

La mañana siguiente, el sol iba a despuntar, armado va Mio Cid y cuantos con él están:

Hablabla Mio Cid como me oirán contar: "Todos salgamos fuera, que nadie quede atrás, excepto dos peones, por la puerta guardar; si muriéramos en el campo, en el castillo nos entrarán, si venciéramos la batalla, nuestra riqueza crecerá.

Y vos, Pedro Bermúdez, mi enseña tomad; como sois muy bueno la tendréis sin mal arte; mas no ataqueís con ella, si yo no os lo mandaré".

Al Cid besó la mano, la enseña va a tomar.

Abrieron las puertas, afuera al ataque van; viéronlo las rondas de los moros, a su ejército van a retornar. ¡Qué deprisa van los moros! y se volvieron a armar

Con tal ruido de tambores la tierra se iba a quebrar;

Veráis armarse moros, deprisa entrar en haz.

Por la parte de los moros, dos enseñas principales, e hicieron dos haces de peones mezclados,

equién los podría contar?

Las haces de los moros ya se mueven adelante, para a Mio Cid y los suyos poderlos agarrar.

"Quietos estad, guerreros, aquí en este lugar, no ataque ninguno, hasta que yo lo mande".

Aquel Pedro Bermúdez no lo pudo aguantar, la enseña tiene en alto, comenzó a espolonear: "¡El Creador te valga, Cid Campeador leal!

Voy a meter vuestra enseña en aquella mayor haz;

los que en deber lo tengan, veré cómo la socorrerán". Dijo el Campeador: "¡No sea, por caridad!" Repuso Pedro Bermúdez: "De todos modos se hará".

Espoloneó el caballo, metiólo en la mayor haz. Los moros lo reciben, la enseña le quieren sacar, danle grandes golpes, mas no lo pueden bajar. Dijo el Campeador: "¡ayudadle, por caridad!".

35. Atacan los cristianos

Embrazan los escudos ante los corazones, bajan las lanzas, envueltas en los pendones, inclinaron las caras por sobre los arzones', íbanlos a herir con fuertes corazones.

A grandes voces llama el que en buena hora nació: "¡Heridlo.. caballeros, por amor del Creador!

Yo soy Ruy Diaz, el Cid Campeador!"

Todos atacan el lugar donde pelea Pedro Bermúdez.

Trescientas lanzas son, todas tienen pendones; sendos moros mataron, todos de sendos golpes; a la tornada que hacen otros tantos muertos son. (...)

38. El Cid en el campo de batalla

A Minaya Álvar Fáñez le mataron el caballo, bien lo socorren los guerreros cristianos.

La lanza está quebrada, a la espada metió mano, aunque de pie, buenos golpes va dando.

Lo vio Mio Cid Ruy Díaz el Castellano, se fue junto a un alguacil' que tenía un buen caballo; le dio tal espadazo con su diestro brazo, lo cortó por la cintura, la mitad tiró al campo. A

Minaya Álvar Fáñez le iba a dar el caballo: "Cabalgad Minaya, vos sois mi diestro brazo, Hoy, en este día, de vos tendré gran bando; firmes están los moros, aún no se van del campo". Cabalgó Minaya, la espada en la mano, por estas fuerzas diestramente lidiando, a los que alcanza los va despachando.

Mio Cid Ruy Diaz, el que bien fue criado, al rey Fáriz tres golpes le había dado; dos le fallan, y uno lo ha agarrado: por la loriga abajo la sangre goteando, volvió la rienda, para huírse del campo. Por aquel golpe el combate ha terminado. (...)

40. Exaltación y botín

A Minaya Álvar Fáñez bien le anda el caballo, de estos moros mató treinta y cuatro; espada tajadora sangriento trae el brazo, por el codo abajo la sangre goteando.

Dice Minaya: "Ahora me he contentado, que a Castilla irán buenos recados, que mio Cid Ruy Díaz batalla campal ha ganado".

Tantos moros yacen muertos que pocos vivos ha dejado, porque a los que huían los fueron alcanzando.

Ya se vuelven los del en buena hora criado.

Andaba Mio Cid sobre su buen caballo, la cofia arrugada ¡Dios, cómo es bien barbado! el almofar a cuestas, la espada en la mano. Vio a los suyos, cómo van llegando:

"Gracias a Dios, Aquel que está en lo alto, porque en tal batalla los hemos derrotado". Los de Mio Cid el campamento han saqueado, escudos y armas y otros bienes estimados; de los moriscos, cuando hubieron llegado, hallaron quinientos diez caballos.

Gran alegría reina entre los cristianos, sólo quince de los suyos en el campo han quedado. Traen tanto oro y plata que no pueden calcularlo; con esta ganancia ricos quedan los cristianos. (...)

III. El episodio del león

112. Se escapa el león del Cid.

En Valencia estaba Mio Cid con todos sus vasallos. Con él sus yernos ambos, los infantes de Carrión. Echado en un escaño', dormía el Campeador, un mal accidente, sabed que les pasó: salióse de la red y desatóse el león.

En gran miedo se vieron en medio de la corte; embrazan los mantos los del Campeador, y rodean el escaño, y se quedan junto a su señor. Fernán González, el infante de Carrión, no vio ahí dónde meterse, ni cuarto abierto ni



torre; metióse bajo el escaño, tan grande fue su pavor.
Diego González por la puerta salió,
diciendo por su boca: "No veré más Carrión".
Tras una viga de lagar se metió con gran pavor;
el manto y el brial todos sucios los sacó.
En esto despertó el que en buena hora nació;
vio cercado el escaño por sus buenos varones:
"¿Qué es esto, guerreros, qué queréis vosotros?"
- "Ya señor honrado, un susto nos dio el león". Mio Cid apoyó el codo, en pie se levantó,
el manto lleva al cuello y se dirigió hacia el león;
el león cuando lo vio mucho se avergonzó,
ante Mio Cid la cabeza bajó y el rostro humilló.
Mio Cid don Rodrigo del cuello lo tomó,
lo lleva de la mano, en la red lo metió.
Por maravilla lo tiene quien allí lo vio;
retornan al palacio para la corte.
Mio Cid por sus yernos preguntó y no los halló;
aunque los están llamando ninguno responde,
cuando los hallaron así vinieron sin color;
no visteis tal broma como iba por la corte;
la mandó prohibir Mio Cid el Campeador.
Quedaron muy ofendidos los infantes de Carrión,
muchísimo les pesa por lo que les pasó.

IV. La afrenta de Corpes

128. La afrenta de las hijas del Cid en el robledo de Corpes.

[...]
Hallaron un vergel con una limpia fuente; mandan plantar la tienda los infantes de Carrión, con cuantos van con ellos ahí duermen esa noche, con sus mujeres en brazos les muestran amor; mal se lo cumplieron al salir el sol!
Mandaron cargar las mulas con los grandes bienes, Está recogida la tienda donde se albergaron de noche, adelante había ido el séquito de los dos;
así lo mandaron los infantes de Carrión, que ahí no quedase ninguno, mujer ni varón, salvo sus mujeres ambas, doña Elvira y doña Sol: solazarse quieren con ellas a plena satisfacción.
Los cuatro solos quedan, el resto se marchó, tan gran mal urdieron los infantes de Carrión:
"Creedlo bien, doña Elvira y doña Sol, aquí seréis deshonradas, en estos fieros montes.
Hoy nos marcharemos abandonándolas a las dos; no tendréis parte en las tierras de Carrión. Irá este recado al Cid Campeador:
Nos vengaremos en ésta de la del león". Allí les quitan los mantos y los pellizones",
Las dejan en cueros, con las camisas y los ciclatones. Espuelas llevan calzadas los malos traidores,
en la mano tienen los cintos, muy fuertes azotes.
Cuando esto vieron ellas, hablaba doña Sol:
"Por Dios les rogamos, don Diego y don Fernando, dos espadas tenéis de filos cortadores,
A una dicen Colada y a la otra Tizón, cortadnos las cabezas, seremos mártires las dos.
Los moros y los cristianos censurarán esta

acción,
pues por lo que hayamos hecho no lo merecemos las dos. Tan cruel castigo no hagáis con las dos: si fuéramos golpeadas vuestra deshonra será mayor:
Os lo reclamarán en vistas o en cortes".
Lo que ruegan las dueñas nada les importó.
Entonces les empiezan a dar los infantes de Carrión, con las cinchas corredizas las golpean con gran furor; con las espuelas agudas, cuyo recuerdo es peor,
les rompían las camisas y las carnes a las dos; limpia salía la sangre sobre el ciclatón, bien lo sienten ellas en su corazón.
¡Qué ventura sería ésta si quisiese el Creador que apareciese de pronto el Cid Campeador!
Mucho las golpearon, pues despiadados son; sangrientas las camisas y todos los ciclatones. Cansados están de herir los infantes de Carrión, rivalizando ambos en cuál daba mejores golpes. Ya no pueden hablar doña Elvira y doña Sol, por muertas las dejaron en el robledo de Corpes.
(...)

131. Rescate de las hijas del Cid

Se iban jactando los infantes de Carrión, mas yo les diré de aquel Félez Muñoz: sobrino era del Cid Campeador;

mandáronle ir delante, por su gusto no obedeció. Cuando iba de camino le dolío el corazón, de todos los otros aparte se salió, en un monte espeso Félez Muñoz se metió, hasta que viese venir a sus primas, ambas a dos o qué han hecho los infantes de Carrión. Los vio venir y oyó la conversación, ellos no lo veían ni tenían de ello noción; sabed bien que si lo viesen no escapara de muerte. Se van los infantes, pican con el espolón". Por el rastro volvióse Félez Muñoz, halló a sus primas, desmayadas las dos. Gritando: "primas, primas", enseguida descabalgó, sujetó el caballo, a ellas se dirigió:

"Ya primas, mis primas, doña Elvira y doña Sol, mal se esforzaron los infantes de Carrión. Dios quiera que por esto les den mal galardón".

Las va volviendo en sí a ellas ambas a dos;

tan golpeadas están que hablar no pueden, no.

(...)

Se van recobrando doña Elvira y doña Sol,

abrieron los ojos y vieron a Félez Muñoz.

"Esforzáos, primas, por amor del Creador.

En cuanto no me hallen los infantes de Carrión,

con gran prisa seré buscado yo;

si Dios no nos ayuda será nuestra perdición".

(...)

Las va confortando e infundiendo valor, hasta que se esfuerzan y a ambas las tomó, y rápido en el caballo las montó;

con su manto a ambas las cubrió,

el caballo tomó por la rienda y enseguida de allí las sacó.

(...)

Edición modernizada de Leonardo Funes.



La figura del héroe en el *Cantar de Mio Cid*

Como se dijo, el héroe épico reúne en su figura las virtudes más apreciadas por la comunidad en la que surge el cantar de gesta. Encarna los deseos de la humanidad de superar su fragilidad y ampliar los límites de su experiencia vital. Sus hazañas son la prueba de lo que el hombre es capaz y esto es así porque el héroe épico no posee poderes sobrenaturales: sus facultades son las mismas que las de cualquier persona, sólo que las tiene en grado superlativo. Según la cualidad que predomine en él, el héroe resultará el más valiente, el más fuerte o el más astuto de los mortales.

En el mundo épico, no hay lugar para las ambigüedades: los buenos son claramente buenos y los malos son despreciablemente malos. También son extremadas las pasiones que mueven a los personajes: el villano de la historia sufre algún tipo de ofensa que lo mueve a cumplir una terrible venganza sobre el héroe o su clan que, a su vez, el héroe castigará de manera sangrienta. Esto es lo habitual en la épica germánica y, también, en la francesa y aun en la misma épica española (como en el *Cantar de los siete infantes de Lara*, por ejemplo). Pero en el *Cantar de Mio Cid*, esta particularidad aparece atenuada. No en vano se dice que el Cid es el último de los héroes épicos: su carácter tardío (el poema se compuso a principios del siglo XIII) ha influido en la condición heroica del personaje.

Un personaje virtuoso

El Cid aparece como un personaje virtuoso, caracterizado por la mesura (es decir, la prudencia y el buen sentido). No es un héroe épico definido por la ferocidad guerrera o la rebeldía, sino un personaje que enfrenta las desgracias y se lanza al combate con prudencia y sensatez: en eso reside su grandeza. El Cid asume con resignación las injusticias que sufre y evita responder de manera violenta y airada. Tanto es así, que la reparación de su honor mancillado por la terrible afrenta que recibe de los infantes de Carrión no se logra mediante una venganza sangrienta, sino mediante un proceso judicial expresamente solicitado por el Cid. También se manifiesta esa mesura del héroe en el hecho de que, pese al injusto destierro que sufre, no desea nunca enfrentarse con su rey y sigue respetando el vínculo de vasallaje (aunque la costumbre de la época le permitía romper el vasallaje y aun atacar las tierras del rey sin ser considerado un traidor).

Otros detalles que muestran esa sensatez primordial del héroe son su preocupación por el bienestar de los integrantes de su hueste y su generosidad con los vencidos.

Dos aspectos más ayudan a configurar ese perfil: su piedad religiosa y su amor por la familia. En el episodio de la entrada en Burgos camino del destierro, pese a la situación de desamparo y a la comprobación del desamor del rey, momento de mayor desgracia del héroe, mantiene su fe religiosa y acude a la iglesia de Santa María para rezar antes de la partida. Si se añaden a esto los numerosos lugares en que el héroe invoca a Dios, a la Virgen y a los santos, en demanda de ayuda o como agradecimiento, se hace evidente su religiosidad.

Entre la familia y el deber.

En cuanto al amor familiar del Cid, queda de relieve en tres aspectos que basta con mencionar: lo dramático de la despedida entre el héroe y su familia cuando parte al destierro, la alegría del reencuentro en Valencia, en la escena en que muestra orgulloso sus ricas conquistas a su mujer y a sus hijas, que miran asombradas la grandeza de los dominios del Cid, y por último, el hecho de que la peor desonra recibida, sea la que le causan a través de la afrenta a sus hijas.

Esto no anula la faceta de guerrero valeroso e inteligente, que, como héroe épico, el Cid debe mostrar. Esta faceta brilla especialmente cuando vence a los reyes moros Fariz y Galbe, y cuando personalmente mata al rey Bucar con un golpe extraordinario.

Finalmente, la superioridad de su figura y la dimensión mítica que alcanza se hacen muy evidentes en el episodio del león. Mientras que los infantes de Carrión huyen aterrorizados (uno se arroja en un lagar, y el otro se esconde bajo el escaño donde duerme el Cid) y los hombres del Cid rodean el escaño enrollando sus mantos en el brazo izquierdo a modo de escudo para defenderse y defender a su señor del león suelto, el Cid se levanta con toda calma, y, sin tomar ninguna precaución, enfrenta a la fiera. El león se humilla ante el Cid y se deja conducir mansamente de regreso a la red- no existían entonces jaulas con barrotes de hierro: este hecho extraordinario marca el agudo contraste entre la bajeza de los villanos y la estatura superior del héroe, ante quien hasta la naturaleza se rinde.



Provincia de Tierra del Fuego.
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



El héroe y sus compañeros.

La figura del Cid, queda nítidamente delineada como un compendio de valor y habilidad guerrera junto con mesura, prudencia y sensatez. Definiendo así el héroe épico, la trama del *Cantar del Mío Cid*, se traza como un doble proceso de pérdida y recuperación de la honra por parte del héroe, que vence ambas pruebas y alcanza la cumbre de toda buena fortuna.

Al lado del protagonista, se encuentran otros personajes secundarios que también poseen rasgos de heroicidad. Está en primer lugar, Minaya Alvar Fañez, sobrino del Cid y su principal lugarteniente, que se destaca por su fidelidad, su valentía y su buen consejo. Otro de sus sobrinos, que se encuentra en un escalón inferior, es Pedro Bermúdez, guerrero temerario e inquieto, por su misma impaciencia y ansiedad, llega a lanzarse a la batalla sin esperar la orden del Cid, arrastrando tras de sí, toda la hueste castellana; pero también, en otros momentos de la historia, demuestra su corazón noble y una lealtad incondicional a su tío y señor.

Por último, en el poema, se observan dos recursos fundamentales de la composición oral: la fórmula y los epítetos. Estas especies de clichés expresivos sirven de comodines para ir armando los versos mientras se está recitando. El epíteto épico se aplica sistemáticamente para caracterizar a un personaje, por lo que viene a ser el equivalente de la fórmula aplicada a personas. Lo más frecuentes son las referidas al Cid: el campeador, el que en buena hora ciñó espada, el que en buena hora nació. Pero también otros personajes aparecen señalados con etiquetas: Alvar Fañez, mi diestro brazo; Jimena, mujer honrada; y aún puede serlo una ciudad, como Valencia, la mayor.

Actividades:

- 1- ¿Por qué nadie se atreve a recibir al Cid cuando entra en Burgos? ¿Creen que la gente de la ciudad lo aprecia, o no? Justifiquen.
- 2- ¿Qué cualidades demuestra tener el personaje en la batalla? Ejemplifiquen con citas textuales.
- 3- Subrayen en el texto los epítetos referidos al Cid.
- 4- ¿Qué cualidades del Cid se ponen de manifiesto en el episodio del León? Comparen la actitud del héroe con la de los infantes de Carrión. ¿Por qué se dice que los infantes "quedaron muy ofendidos"?
- 5- Determina el motivo del ultraje que los infantes llevan a cabo con las hijas del Cid ¿Qué aspectos de su forma de ser quedan al descubierto en el robledo de Corpes?
- 6- Identifica en los fragmentos anteriores lo siguiente:
 - a- Su deseo de no enfrentarse con su rey y seguir respetando el vínculo de vasallaje;
 - b- Su preocupación por el bienestar de los integrantes de su hueste.
- 7- Citen ejemplos que demuestren que el Cid es un guerrero valeroso e inteligente.
- 8- Menciona a los personajes secundarios que acompañan al Cid y que manifiestan rasgos de heroicidad.

El cantar de Roldán.

Con la ayuda de los doce pares de Francia, el rey Carlomagno conquista, en el siglo VIII la mayor parte de España para la fe católica. Solo ha logrado resistir sus embates el rey Marsil, en Zaragoza, quien decide ganarse la confianza de Carlomagno para luego traicionarlo.

Como el valor de los doce pares -sobre todo el de Roldán, sobrino de Carlomagno- infunde un heroísmo en los franceses que los hace invencibles, Marsil urde un plan para matarlos y amedrentar a las tropas.

Para cumplir su propósito, Marsil soborna a Canelón, uno de los hombres de confianza del rey, que envidia la gloria de Roldán al punto de desechar su muerte.

En consecuencia, aquel brinda a Marsil la estrategia para asesinado: emboscar a los doce pares en Roncesvalles, la posición más vulnerable al cruzar los Pirineos, y atacarlos con tropas numerosas reiteradamente hasta vencerlos.

A su regreso, Canelón persuade a Carlomagno para que confíe en Marsil. Como Roldán descree de sus buenas intenciones, lo desafía a que sea él quien proteja la retaguardia. El sobrino del rey acepta y Carlomagno no tiene más remedio que consentir tan temerario deseo. Así los doce pares con veinte mil soldados ocupan, camino a Francia, la posición más riesgosa del ejército.



LXXXI

Oliveros ha trepado a una alta cumbre. Desde allí se ve claramente el reino de España y la gran turba de los sarracenos, que se apiñan. [...] Son tantos, que nadie podría hallar su número. A despecho suyo, le sobrecoge gran espanto. Lo más de prisa que le es dado, desciende de la altura y se acerca a los franceses para darles la noticia.

LXXXIII

-Los infieles son innumerables, y nuestros franceses muy escasos. Roldán, mi compañero, haced sonar vuestro cuerno. Carlos lo oirá y retornará con las tropas -aconseja Oliveros.
-Sería obrar como un loco -responde Roldán-. Perdería mi renombre en la dulce Francia. (...)

LXXXVIII

Al ver Roldán que el combate es inminente, se torna más bravo que el leopardo o el león. E interpela a sus franceses y a Oliveros:

- [...] El emperador que nos dejó sus franceses ha escogido estos veinte mil, bien cierto de que no ha entre ellos cobarde alguno. Por su señor deben soportar grandes aflicciones, sufrir intensos fríos y calores sofocantes, perder la sangre y la piel. Golpear con vuestras lanzas y yo con Durandarte, mi buena espada que el rey me ha donado. Si yo perezco, podrá decir el que la tenga:
-Esta fue la espada de un noble vasallo.

XCI

Llega Roldán a los puertos de España, montado en Vigilante, su ligero corcel. Se endosó la armadura, que le sienta muy bien, y avanza, gallardo, blandiendo su lanza.

[...] Bravo es su porte, su rostro, claro y risueño. Junto a él va su compañero, y los franceses lo aclaman por su escudo. [...]

CX

La batalla es asombrosa y abrumadora. [...] Mueren por centenas y por miles los infieles. El que no huye, no escapa de la muerte. Los franceses pierden allí sus mejores sostenes. Nunca verán a sus padres y a sus parientes, ni a Carlomagno, el poderoso emperador, que les aguarda en los puertos. [...]

CXI

Los franceses han luchado con vigor y gran ánimo. Caen los infieles por miles y en tumulto. De los cien mil, apenas dos han logrado salvarse. El arzobispo, uno de los pares, dice:

-¡Bien se portan los nuestros! ¡Ningún rey tuvo

mejor ejército bajo el sol!

[...] Mientras, avanza contra ellos, con sus huestes numerosas, el rey Marsil.

CXXXIV

El conde Roldán, con gran esfuerzo y congoja, muy dolorido, tañe por fin su olifante. Brotá la clara sangre por su boca. Tiene rota una sien. El sonido del cuerno se derrama a lo lejos. Carlos lo escucha al desfilar por los puertos [...]

CXXXVIII

Altos son los montes, sombrías las cañadas profundas, y raudos los torrentes. Por doquiera suenan los clarines, y todos a un tiempo responden al tañido del olifante. [...] y ruegan a Dios que preserve a Roldán hasta que lleguen al campo de batalla todos juntos. Entones, cerca de él, lucharán con denuedo.

Pero han tardado mucho. Ya no pueden llegar a tiempo.

CXLII

Como se sabe que allí no habrá cuartel, se lucha muy rudamente en tal batalla. Por eso los franceses crecen en arrojo, como leones. Y he aquí que viene contra ellos Marsil, con gran traza de barón. Monta en un caballo que él llama Gañún. Le espolea y acomete. [...] El conde Roldán está muy cerca y dice al infiel: -¡Dios te maldiga! ¡Has matado villanamente a mis compañeros! Lo pagarás, antes de separernos, y te haré parender el nombre de mi espada.

Gentilmente le acomete y le parte la muñeca derecha. [...]

Y cien mil infieles se escapan. Llameles quien fuere, ellos ya no han de volver.

CXLIII

Mas esto, ¿de qué sirve? Si huyó Marsil, ha quedado su tío Marganice, que domina en Cartago y en Etiopía, una tierra maldita. Tiene bajo su mando africanos. Se juntan de ellos más de cincuenta mil. Cabalgan intrépidos y fieros, y gritan la contraseña infiel.

-Vamos a ser todos mártires -dice entonces Roldán-. Sé muy bien que ya es acabada nuestra vida. ¡Pero mal haya aquel que no se venda caro! [...] Cuando venga a este campo Carlos, mi señor, podrá ver qué escarmiento hicimos en los moros. Por uno de los nuestros hallará quince de ellos muertos, y no dejará, en verdad, de bendecirnos.

El cantar de Roldán. (Versión de Benjamín Jarnés). Madrid, Alianza Editorial, 1983.
Fragmento



Actividades:

El cantar de Roldán

1. Respondé en tu carpeta.
 - a) ¿Qué atributos comparten Roldán y Oliveros? ¿En qué radica su diferencia?
 - b) ¿Con qué elementos materiales cuenta Roldán para vencer a sus enemigos? e) ¿Cuál es el bien que Roldán teme perder más que su vida?
 - c) ¿Qué opina Oliveros al respecto?
2. Colocá V (verdadero) o F (falso), según corresponda. Justificá las opciones elegidas basándote en los hechos del cantar.

Ante la inminente derrota, Roldán cambia de opinión y finalmente, toca el olifante porque quiere...

- Salvar su vida y la de Oliveros
- Torcer el rumbo de la batalla con los refuerzos de Carlomagno.
- Que Carlomagno compruebe la traición de Ganelón y vengue sus muertes.
- Que Carlomagno compruebe el heroísmo con que lucharon pese a la derrota.
- Advertir a Carlomagno que los sarracenos iban tras él para asesinarlo.

3. Ubica en un mapa las zonas de España en las que transcurren los hechos de cada cantar.
4. En ambos cantares los caballeros tienen un enemigo en común: los moros o sarracenos. En pocas líneas, mencioná cómo se los caracteriza.
5. Explica en qué se asemeja y en qué se diferencia la relación que le Cid establece con Minaya y la que Roldán mantiene con Olivero.
6. Compará a estos héroes épicos y completá el siguiente cuadro.

	El Cid Campeador	El caballero Roldán.
Edad aproximada		
Temperamento		
Rango social.		
Habilidades por las que trasciende su nombre.		
Trato hacia sus pares y subalternos		
Peligros que enfrenta.		

7. Explicá por qué el Cid y Roldán, pese a sus diferencias de edad y temperamento, reúnen las características del vasallo ejemplar.
8. Incluyendo a modo de ejemplo citas de los textos leídos, realiza en tu carpeta un listado de las obligaciones que el buen vasallo tenía con su rey.
9. Transcribí un fragmento de "El cantar de Roldán" que muestre el carácter religioso del hombre medieval.

Los romances.

Los **romances**, series indefinidas de versos octosílabos con rima asonante en los versos pares, son poemas que los juglares y trovadores transmitían declamando, cantando o intercalando canto y declamación. A partir del siglo *XV*, comenzaron a recopilarse en colecciones nominadas **romanceros**.

Los llamados **romances viejos** se remontan a los siglos *XIV* y *XV* son anónimos y narran episodios destacados de la vida de personajes históricos, aunque también los hay de tema amoroso.



Actividades.

- 1- Lee el siguiente romance y localiza en él los versos que permiten situar al Cid y a doña Jimena en su juventud.

ROMANCE VIII CARTA DE DOÑA JIMENA AL REY

En los solares de Burgos a su Rodrigo aguardando,
tan encinta está Jimena, que muy cedo aguarda el parto;
cuando demás dolorida una mañana en disanto,
bañada en lágrimas tiernas, escribe al rey don Fernando:
"A vos, el mi señor rey, el bueno, el aventurado,
el magno, el conquistador, el agradecido, el sabio,
la vuestra sierva Jimena, fija del conde Lozano,
desde Burgos os saluda, donde vive lacerando.
Perdonédesme señor, que no tengo pecho falso,
y si mal talante os tengo, no puedo disimulallo.
¿Qué ley de Dios vos otorga que podáis, por tiempo tanto
como ha que fincáis en lides, descasar a los casados?
¿Qué buena razón consiente que a mi marido velado
no le soltéis para mí sino una vez en el año?
Y esa vez que lo soltáis, fasta los pies del caballo
tan teñido en sangre viene, que pone pavor mirallo;
y no bien mis brazos toca cuando se duerme en mis brazos,
y en sueños gime y forcejea, que cuida que está lidiando,
y apenas el alba rompe, cuando lo están acuciando
las esculcas y adalides para que se vuelva al campo.
Llorando vos lo pedí y en mi soledad cuidando
de cobrar padre y marido, ni uno tengo, ni otro alcanzo.
Y como otro bien no tengo y me lo habedes quitado,
en guisa lo lloro vivo cual si estuviese enterrado.
Si lo facéis por honralle, asaz Rodrigo es honrado,
pues no tiene barba, y tiene reyes moros por vasallos.
Yo finco, señor, encinta, que en nueve meses he entrado
y me pueden empecer las lágrimas que derramo.
Dad este escrito a las llamas, non se fega de él palacio,
que en malos barruntadores no me será bien contado."

- 2- Explica cuál es el propósito de la carta y mencioná los argumentos que emplea doña Jimena para persuadir al rey.
- 3- Marca la opción correcta.
- a- Jimena emplea epítetos elogiosos para dirigirse al rey porque...
- Lo aprecia.
- Era la costumbre de la época.
- Quiere obtener su benevolencia.
- 4- Según Doña Jimena ¿Cuáles son las consecuencias que provoca el vasallaje en su matrimonio, en la conformación de su familia y en la salud del Cid?



Renacimiento

El término de "Renacimiento" designa el período de renovación artística e intelectual, que se desarrolló en Europa entre los siglos XV y XVI. En realidad, hay que entenderlo como un conjunto histórico que abarca no sólo las artes, sino también, la política, la ciencia, la religión. En síntesis, **todas las manifestaciones de la vida del hombre**. El nombre "Renacimiento" corresponde a una denominación hecha tiempo después y está ligado con el deseo de esta época de recuperar la cultura grecolatina de la Antigüedad.

Los cambios sociales.

Como sucede con todos los períodos históricos, los cambios de esta etapa no surgieron de la nada, sino que constituyeron, sobre todo, el fin de un proceso que había empezado en la Baja Edad Media (desde la mitad del siglo XIII hasta el comienzo del Renacimiento) y que se relacionaba con un **espíritu de libertad**, ligado al **florecimiento de las ciudades**.

Los habitantes de los núcleos urbanos medievales habían luchado por obtener cierta independencia respecto de los señores feudales, especialmente, en lo relativo a la supervisión de sus mercados y a la elección de sus magistrados. Así, las ciudades fueron logrando capacidad de **acción política independiente**.

Además de la organización municipal, existieron factores económicos que fueron determinantes para este proceso de transformación: la quiebra del régimen feudal generó el despegue del **capitalismo**, con el consiguiente **enriquecimiento del artesano y de la actividad mercantil**. Esto permitió la aparición de un nuevo agente social, **el burgués**, un hombre distinto, a la vez, banquero, comerciante e industrial.

Esta creciente independencia produjo un **cambio de mentalidad**: los hombres de esta época eran dueños de una experiencia diferente que les permitía pensar **una nueva relación con el mundo**. De este modo, se fue haciendo sólida la **idea del individuo como centro del universo**, concepto fundamental del pensamiento renacentista.

La vida política y la religión.

En esta época, apareció **un nuevo modelo de Estado** con el poder concentrado en las grandes monarquías. Esto generó la aparición de **una nueva figura real**: el soberano renacentista, cabeza absoluta del gobierno, distinto del rey de la época feudal, dependiente del apoyo y del sostén de la nobleza. En 1513, Nicolás Maquiavelo escribió *El Príncipe*, obra en la que se creó la idea del **estadista moderno**, impensable para la mentalidad medieval.

El **pensamiento religioso también se renovó**. Como las ideas del Renacimiento permitieron un mayor desarrollo de la **individualidad**, el hombre comenzó a vivir de un modo diferente su relación con la naturaleza y con Dios. Se inició así un proceso de transformación religiosa que causó serias crisis y enfrentamientos. El monje agustino alemán Martín Lutero inició la **Reforma**, movimiento que rompió la unidad religiosa de Europa y que originó las iglesias protestantes, independientes del poder del Papa. Como reacción, los católicos comenzaron, más tarde con la **Contrarreforma**, un movimiento destinado a combatir los efectos de la Reforma protestante.

El renacimiento en la cultura.

Sin duda, uno de los aspectos de la renovación renacentista que más ha perdurado en la historia es el relacionado con la **cultura en cualquiera de sus manifestaciones** las artes plásticas, la música, la literatura y la filosofía.

El **interés por la Antigüedad clásica** (de allí, el nombre de "Renacimiento", que alude justamente a la gloria de aquella etapa que "renace") definió la temática de las artes plásticas renacentistas. La historia y los mitos de Grecia y de Roma se establecieron como una de las fuentes más importante de motivos para las pinturas de la época-junto con los temas religiosos y los retratos de familias-.

Respecto de sus premisas estéticas, tanto la pintura como la escultura y la arquitectura perseguían con interés las **formas proporcionadas, armoniosas y ordenadas**. La representación naturalista de la figura humana constituyó otra de las búsquedas del momento; en las obras, es notable la permanente **presencia de imágenes masculinas y femeninas en variedades de expresiones, gestos y posturas**.

En Italia, especialmente en Florencia, trabajaron pintores, como Rafael Sanzio, Sandro Botticelli y Leonardo de Vinci; también escultores, como Miguel Ángel Buonarroti y Benvenuto Cellini; y arquitectos, como Filippo Brunelleschi, León Bautista Alberti y el propio Miguel Ángel. Las artes musicales también experimentaron cambios, los cuales se observan en el gran desarrollo de las **formas polifónicas**.



Por otra parte, en la vida cultural de este período. Cobró gran importancia la figura del **mecenas**, un individuo de la alta burguesía bajo cuya protección económica trabajaban los artistas. Aunque, muchas veces, producían por encargo, pintores, escultores, músicos y poetas dedicaron espontáneamente una gran cantidad de obras a sus protectores.

El Humanismo

En muchos aspectos, "Humanismo" y "Renacimiento" son considerados prácticamente sinónimos. Pero aunque ambos persiguieron un ideal de humanidad inspirado en la época clásica, el concepto de Renacimiento tiene un mayor alcance y designa todos los fenómenos del período histórico, mientras que **Humanismo remite, sobre todo, a las letras, las bellas artes y la filosofía**.

Los humanistas eran, en su mayoría, maestros y desplegaron un **método nuevo de enseñanza**: *los Studia Humanitatis*, que se concentraban, especialmente, en el **lenguaje**. Consistían en cinco disciplinas (Gramática, Poética, Retórica, Historia y Filosofía Moral), cuyo eje consistía en que **la palabra es un elemento fundamental para el desarrollo del ser humano**. Por eso, para estos intelectuales eran relevantes **la lectura y la explicación de la gramática y la poética de los autores clásicos**; es decir, el estudio concentrado y la imitación de sus formas de escribir y de componer. Pero su trabajo no se trataba de una mera imitación de esas formas, sino de una **actualización de los modelos** a las novedades de su tiempo.

TEATRO ISABELINO

William Shakespeare (sus aportes)
Inglés (1564-1616)

Isabel reina desde hace seis años cuando William Shakespeare nace en 1564. Cuando muere, en 1616, Jacobo I ocupa el trono desde hace trece años. Durante este período, Inglaterra, débil Estado con escasa población, bastante pobre, oscurecida y mal conocida en el exterior, pasa al rango de gran potencia, alcanza un grado sorprendente de prosperidad material y brilla en el dominio de las letras.

Hasta mediados del siglo XVI, el espíritu del Renacimiento no se propagó más allá de los círculos de la Corte y aún dentro de ella se manifestaba más bien bajo su forma erudita que bajo su aspecto creador. Los italianos, y también los franceses, seguían considerando a los ingleses como semibárbaros. En cuanto al idioma, nadie o casi nadie lo conocía en el exterior.

Con todo, este atraso no constituyó una pérdida sin remedio. Cuando terminó la guerra civil y la reforma religiosa se halló bien encaminada; cuando los peligros exteriores estuvieron conjurados, por lo menos transitoriamente, muchas circunstancias se habían aunado para que Inglaterra recuperara el tiempo perdido y lo hiciese a pasos agigantados.

Ardientes, atrevidos, los ingleses de la época son también brutales y sanguinarios. La ebriedad es frecuente en todas las clases sociales y genera querellas sangrientas; la violación es moneda corriente; las peleas terminan a menudo en un asesinato; los espectáculos de mayor éxito son las luchas a muerte entre animales y también las ejecuciones capitales.

Isabel, al asumir el reinado, es recibida con entusiasmo. Pone en práctica una política circunspecta, se rodea de buenos consejeros, trata con consideración al Parlamento, se dedica a restablecer las finanzas, concierta la paz con Francia.

Glorioso, el reinado de Isabel sería lo contrario de apacible. Intrigas, confabulaciones, revueltas, ejecuciones y asesinatos se sucederían en él sin interrupción y harán de este período un largo drama entrecortado por escenas de bravura y episodios cómicos.

Sin agricultura y su industria se desarrollan, sus "mercaderes aventureros"¹ acumulan enormes fortunas y no parece haber ya límites para el lujo desplegado por esos grandes señores. Por último, se produce allí un súbito y extraordinario florecimiento de autores dramáticos, de poetas, de músicos y de pensadores. En 1591 es cuando el más grande, el que los resume a todos, William Shakespeare, estrena Enrique VI, su primera pieza.

Sin duda el rasgo más dominante de la Inglaterra de la época de Shakespeare es la coexistencia de la brutalidad de *las costumbres* con el refinamiento de la cultura. No solamente muchos gentiles hombres saben igualmente bien componer un soneto o una elegía que manejar la espada o la daga, sino que además, una cantidad de comerciantes mediocres, de artesanos y hasta de campesinos, compran libros y los estudian. La traducción de la Biblia al lenguaje del vulgo ha dado a las masas el gusto por la lectura; los cantos y las baladas populares ponen la poesía al alcance de los humildes; la instrucción se propaga.

El globo

Capas sociales: La antigua aristocracia ha sido aniquilada en gran parte por la guerra de las Dos Rosas y los descendientes de lo que ha subsistido de ella han degenerado. La nueva, enriquecida gracias a la confiscación de los bienes de los monjes, no es muy altanera, ni muy cerrada,



Es indudable que unos sesenta grandes señores, dueños absolutos de sus posesiones, son pares del reino y gozan por consiguiente de una posición eminente, así como también de derechos particulares. Pero las otras personas de calidad no tienen nada muy sustancial que los distinga del común de los mortales ni exenciones fiscales, ni privilegios jurisdiccionales.

Por encima de la clase noble, pero apenas separada de ella por un margen móvil, está la burguesía: gentes de trajes largos, mercaderes pudientes, terratenientes medianos. Los primeros, sean magistrados, abogados, médicos, profesores u hombres de la iglesia, constituyen una categoría activa, ambiciosa, y en general muy instruida.

La enorme mayoría de la nación se compone de la masa, de contornos mal definidos, de campesinos, artesanos, obreros y hombres de mar.

El estudio de las obras de Shakespeare, no puede descuidar el fondo histórico nacional, porque en una época en tantos aspectos cerrada y confinada, los problemas del individuo eran inseparables de los problemas del estado.

El teatro isabelino, del que Shakespeare formaba parte, resumía la supervivencia de un teatro popular y una experiencia social. La tradición popular medieval se fundió así con la experiencia colectiva y la conciencia histórica. El drama popular iba a ser enriquecido por el humanismo renacentista. El humanismo añadiría temas, formas y estructuras novedosas. El teatro isabelino, lograba una síntesis de valores populares y renacentistas.

La época de Shakespeare fue una época de marcada individualización, emanada de las reflexiones filosóficas sobre el hombre, nacida del estudio empírico de las pasiones y de la teoría de los caracteres, surgida de un estilo de vida caballeresco y cortesano. Cervantes y Shakespeare son los videntes de la individualización, deben sus logros a esta captación de la historia que vivieron.

Fueron tres las novedades que introdujo el drama humanístico en el teatro:

- Transformó el teatro medieval, que era esencialmente la representación y pantomima, en obra de arte literaria.
- Aisló, para realizar la ilusión, la escena, del público.
- Concentró la acción tanto en el espacio como en el tiempo, sustituyendo, la desmesura épica de la Edad Media por la concentración dramática del Renacimiento.

En definitiva, el teatro de Shakespeare tiene algo de Renacimiento, y también de Barroco.

William Shakespeare Vida

Resulta imposible llevar a cabo una exposición completa y rigurosa de la vida de este famoso autor inglés pues son muy pocos los datos comprobados que se tienen de él. Se mantiene tradicionalmente que nació el 23 de abril de 1564, y se sabe a ciencia cierta que fue bautizado al día siguiente, en Stratford-upon-Avon. Tercero de ocho hermanos, fue el primer hijo varón de un próspero comerciante, y de Mary Arden, hija a su vez de un terrateniente católico. Probablemente, estudió en la escuela de su localidad y, como primogénito varón, estaba destinado a suceder a su padre al frente de sus negocios. Sin embargo, según un testimonio de la época, el joven Shakespeare tuvo que ponerse a trabajar como aprendiz de carnicero, por la difícil situación económica que atravesaba su padre. Según otro testimonio, se convirtió en maestro de escuela. Lo que sí parece es que debió disfrutar de bastante tiempo libre durante su adolescencia, pues en sus obras aparecen numerosas y eruditas referencias sobre la caza con y sin halcones, algo poco habitual en su época y ambiente social. En 1582 se casó con Anne Hathaway, hija de un granjero, con la que tuvo una hija, Susanna, en 1583, y dos niños - un niño, que murió a los 11 años de edad, y una niña - en 1585. Al parecer, hubo de abandonar Stratford ya que le sorprendieron cazando ilegalmente en las propiedades de sir Thomas Lucy, el juez de paz de la ciudad. Se supone que llegó a Londres hacia 1588 y, cuatro años más tarde, ya había logrado un notable éxito como dramaturgo y actor teatral. Foco después, consiguió el mecenazgo de Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton. La publicación de dos poemas eróticos según la moda de la época, *Venus y Adonis* (1593) y *La violación de Lucrecia* (1594), y de sus Sonetos (editados en 1609 pero que ya habían circulado en forma de manuscrito desde bastante tiempo atrás) le valieron la reputación de brillante poeta renacentista. Los Sonetos describen la devoción de un personaje que a menudo ha sido identificado con el propio poeta, hacia un atractivo joven cuya belleza y virtud admira, y hacia una oscura y misteriosa dama de la que el poeta encaprichado. El joven se siente a su vez irresistiblemente atraído por la dama, con lo cual se cierra un triángulo, descrito por el poeta con una apasionada intensidad que, no obstante, no llega a alcanzar los extremos de sus tragedias, sino que, más bien, tiende al refinamiento en el análisis de los sentimientos de los personajes. De hecho, la reputación actual de Shakespeare se basa, sobre todo, en las 38 obras teatrales de las que se tienen indicios de su participación, bien porque las escribiera, modificara o colaborara en su redacción. Aunque hoy son muy conocidas y apreciadas, sus contemporáneos de mayor nivel cultural las rechazaron, por considerarlas, como al resto del teatro, tan sólo un vulgar entretenimiento.

La vida de Shakespeare en Londres estuvo marcada por una serie de arreglos financieros que le permitieron compartir los beneficios de la compañía teatral en la que actuaba, la Chamberlain's Men, más



tarde llamada King's Men, y de los dos teatros que ésta poseía, The Globe y Blackfriars. Sus obras fueron representadas en la corte de la reina Isabel I y del rey Jacobo I con mayor frecuencia que las de sus contemporáneos, y se tiene constancia de que solo en una ocasión estuvo a punto de perder el favor real. Fue en 1599 cuando su compañía representó las obras de la deposición y el asesinato del rey Ricardo II, a petición de un grupo de cortesanos que conspiraban contra la reina Isabel, encabezado por un ex-favorito de la reina, Robert Devereux, y por el conde de Southampton, aunque en la investigación que siguió al hecho, la compañía teatral quedó absuelta de toda complicidad.

A partir del año 1608, la producción dramática de Shakespeare decreció considerable, pues se estableció en su ciudad natal donde compró una casa llamada New Place. Murió el 23 de abril de 1616 y fue enterrado en la iglesia de Stratford.

Obra

Aunque no se conoce exactitud la fecha de composición de muchas de sus obras, su carrera literaria se suele dividir en cuatro períodos: 1) antes de 1594; 2) entre 1594 y 1600; 3) entre 1600 y 1608; y 4) desde 1608. Dada la dificultad para fechar con exactitud sus obras de crónicas de su tiempo, así como de cuentos y narraciones ya existentes, tal y como era costumbre en aquellos años.

Primer periodo (antes de 1594):

Se caracterizó por la experimentación. Poseían un alto grado de formalidad y a menudo resultaban un tanto predecibles y amaneradas. Escribió: *Enrique VI, Primera, Segunda y Tercera parte* (hacia 1590-1592), y *Ricardo III* tratan de las funestas consecuencias que para el país tuvo la falta de liderazgo. Su estilo y estructura contienen referencias al teatro medieval y de los primeros dramaturgos isabelinos como Marlowe a través de quien conoció al dramaturgo clásico latino Séneca. Sus escenas son sangrientas y su lenguaje colorista y redundante. Escribió numerosas comedias (*La comedia de las equivocaciones* 1592), *Los dos hidalgos de Verona* (1594) *Trabajos de amor perdidos*.

Segundo periodo (1594-1600):

Profundización en su individualidad como autor teatral, comedias alegres, historia inglesa y dos de sus mejores tragedias. Cabe destacar a *Ricardo II* (1595), *Enrique IV, Primera y Segunda parte* (1597) y *Enrique*. Están pobladas de escenas serias y cómicas. Introducción de elementos trágicos y cómicos. Sobresale en su época de comedias *Sueño de una noche de verano* (1595). *El mercader de Venecia* (1596) donde aparecen las cualidades renacentistas de la amistad viril y el amor platónico. Aparece la comedia *Mucho ruido y pocas nueces* (1599) insensible según los críticos con los personajes femeninos.

Se caracterizan por su lírico, su ambigüedad y ser bellas, encantadoras e inteligentes sus heroínas las obras *Comogostéis* (1600) y *Noche de Epifanía* (1600). Otra de las comedias es *Las alegres casadas de Windsor* (1599), farsa sobre la vida de clase media. Marcan el final de este periodo dos grandes tragedias *Romeo y Julieta* (1595) y *Julio César* (1599).

Tercer periodo (1600-1608):

Escribió sus mejores tragedias las llamadas comedias oscuras o amargas. La poesía de la lengua se convierte en un instrumento dramático, registra las evoluciones del pensamiento humano y las dimensiones de una situación dramática. *Hamlet* (1601) su obra universal. *Otelo, el moro de Venecia* (1604). *El rey Lear* (1605), *Antonio y Cleopatra* quién glorificada por los versos más sensuales de toda su producción. *Macbeth* (1606). Otras obras revelan la amargura en las tragedias pues sus personajes no poseen categoría trágica ni grandeza alguna *Troilo y Cressida* (1602). Otra obra que se piensa fue escrita en colaboración con otro dramaturgo es *Timón de Atenas* (1608).

Otras comedias oscuras, llamadas "obras problemáticas" que no entran en ninguna categoría son *A buen fin no hay mal principio* (1602) y *Medida por medida* (1604), que cuestionan la moral oficial.

Cuarto periodo (Desde 1608):

Comprende tragicomedias románticas. Creó numerosas obras en las que interviene la magia, la piedad, el arte o la gracia. Sugiere con frecuencia la esperanza en la existencia de una redención para el género humano. Escritas con una gravedad que aleja de las comedias de los períodos anteriores, pero suelen tener finales felices. Su carácter es exótico y alejado en el tiempo de los escenarios en los que se desarrollan. Las tragicomedias representan, para muchos, un giro de tuerca.

La tragicomedia romántica *Pericles, príncipe de Tiro* (1608) y *Cimbelino*, como así también *El cuento de invierno* (1610), muestran sufrimiento aunque al final consiguen felicidad. En la cima de su lírico encontramos *La tempestad* (1611). Dos obras finales son *Enrique VIII* (1613) y *Los dos nobles caballeros* (1613 y publicada en 1634).



Provincia de Tierra del Fuego.
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



Importancia literaria:

Hasta el siglo XVIII, Shakespeare fue considerado únicamente como un genio difícil. Se han propuesto teorías según las cuales sus obras fueron escritas por alguien de una educación superior, tal vez por el estadista: filósofo sir Francis Bacon, o por el conde de Southampton, protector del autor, o incluso por el dramaturgo Christopher Marlowe, el cual, según la opinión de algunos estudiosos, no murió en una reyerta ciega taberna, sino que huyó al continente, donde siguió escribiendo. A pesar de la controvertida identidad de Shakespeare: obras fueron admiradas ya en su tiempo por Ben Jonson y otros autores, que vieron en él una brillantez destinada a perdurar en el tiempo; Jonson dijo que Shakespeare "no era de una época, sino de todas las épocas". Del siglo XIX en adelante, sus obras han recibido el reconocimiento que merecen en el mundo entero. Casi todas sus obras continúan hoy representándose y son fuente de inspiración para numerosos experimentos teatrales, pues comunican un profundo conocimiento ciega la naturaleza humana, ejemplificado en la perfecta caracterización después variadísimos personajes. Su habilidad en el uso del lenguaje poético y de los recursos dramáticos, capaz de crear una unidad estética a partir de una multiplicidad de expresiones y acciones, no tiene par dentro de la literatura universal. Autores teatrales ingleses posteriores, como John Webster, Philip Massinger y John Ford tornaron prestadas ideas de sus obras, y su influencia en los autoría restauración, en especial sobre John Dryden, William Congreve y Thomas Otway resulta más que evidente. Por otro lado, en numerosos escritores de nuestro siglo, como Pinter, Beckett y George Bernard Shaw se ven las huellas de Shakespeare.



William Shakespeare

DRAMATIS PERSONÆ

EL DUX DE VENECIA.

BRABANCIO, *senador*.

OTROS SENADORES.

GRACIANO, *hermano de Brabancio*.

LUDOVICO, *pariente de Brabancio*.

OTELO, *noble moro, al servicio de la República de Venecia*.

CASSIO, *teniente suyo*.

IAGO, *su alférez*.

RODRIGO, *hidalgo veneciano*.

MONTANO, *predecesor de Otelo en el gobierno de Chipre*.

BUFÓN, *criado de Otelo*.

DESDÉMONA, *hija de Brabancio y esposa de Otelo*.

EMILIA, *esposa de Iago*.

BLANCA, *querida de Cassio*.

UN MARINERO, ALGUACILES, CABALLEROS, MENSAJEROS, MÚSICOS, HERALDOS y
ACOMPAÑAMIENTO.



ESCENA: En el primer acto, en Venecia; durante el resto de la obra, en un puerto de mar de la isla de Chipre.

Acto Primero

Escena Primera

Venecia. -Una calle

Entran RODRIGO e IAGO

RODRIGO.- ¡Basta! ¡No me hables más! Me duele en el alma que tú, Iago, que has dispuesto de mi bolsa como si sus cordones te pertenecieran, supieses del asunto...

IAGO.- ¡Sangre de Dios! ¡No queréis oírme! ¡Si he imaginado nunca semejante cosa, aborrecedme!

RODRIGO.- Me dijiste que sentías por él odio.

IAGO.- ¡Execradme si no es cierto! Tres grandes personajes de la ciudad han venido personalmente a pedirle, gorra en mano, que me hiciera su teniente; y a fe de hombre, sé lo que valgo, y no merezco menor puesto. Pero él, cegado en su propio orgullo y terco en sus decisiones, esquiva su demanda con ambages ampulosos, horriblemente hinchados de epítetos de guerra; y, en conclusión, rechaza a mis intercesores; «porque ciertamente (les dice) he elegido ya mi oficial». ¿Y quién es este oficial? Un gran aritmético, a femia; un tal Miguel Cassio, un florentino, un mozo a pique de condenarse por una mujer bonita, que nunca ha hecho maniobrar un escuadrón sobre el terreno, ni sabe más de la disposición de una batalla que una hilandera, a no ser la teoría de los libros, que cualquiera de los cónsules togados podría explicar tan diestramente como él. Pura charlatanería y ninguna práctica es toda su ciencia militar! Pero él, señor, ha sido elegido, y yo (de quien sus ojos han visto la prueba en Rodas, Chipre y otros territorios cristianos y paganos)tengo que ir a sotavento y estar al paro por quien no conoce sino el deber y el haber por ese tenedor de libros. Él, en cambio, ese calculador, será en buen hora su teniente; y yo (¡Dios bendiga el título!), alférez de su señoría moruna.

RODRIGO.- ¡Por el cielo, antes hubiera sido yo su verdugo!

IAGO.- Pardiez, iy qué remedio me queda! Es el inconveniente del servicio. El ascenso se obtiene por recomendación o afecto, no según el método antiguo en que el segundo heredaba la plaza del primero. Juzgad ahora vos mismo, señor, si en justicia estoy obligado a querer al moro.

RODRIGO.- En ese caso, no seguiría yo a sus órdenes.

IAGO.- ¡Oh! Estad tranquilo, señor. Le sirvo para tomar sobre él mi desquite. No todos podemos ser amos, ni todos los amos estar fielmente servidos. Encontraréis más de uno de esos bribones, obediente y de rodillas flexibles, que, prendado de su obsequiosa esclavitud, emplea su tiempo muy a la manera del burro de su amo, por el forraje no más, y cuando envejece, queda cesante. ¡Azotadme a esos honrados lacayos!

Hay otros que, observando escrupulosamente las formas y visajes de la obediencia y ataviando la fisonomía del respeto, guardan sus corazones a su servicio, no dan a sus señores sino la apariencia de su celo, los utilizan para sus negocios, y cuando han forrado sus vestidos, se rinden homenaje a sí propios. Estos camaradas tienen cierta inteligencia, y a semejante categoría confieso pertenecer. Porque, señor, tan verdad como sois Rodrigo, que a ser yo el moro, no quisiera ser Iago. Al servirlo, soy yo quien me sirvo. El cielo me es testigo; no tengo al moro ni respeto ni obediencia; pero se lo apparento así para llegar a mis fines particulares. Porque cuando mis actos exteriores dejen percibir las inclinaciones nativas y la verdadera figura de mi corazón bajo sus demostraciones de deferencia, poco tiempo transcurrirá sin que lleve mi corazón sobre mi manga para darlo a picotear a las cornejas. ¡No soy lo que parezco!

RODRIGO.- ¡Qué suerte sin igual tendrá el de los labios gordos si la consigue así!

IAGO.- Llamad a su padre. Despertadle. Encarnizaos con el moro, envenenad su dicha, pregonad su nombre por las calles, inflamad de ira a los parientes de ella, y aunque habite en un clima fértil, infectadlo demoscas. Por más que su alegría sea alegría, abrumadle, sin embargo, con tan diversas vejaciones, que pierda parte de su color.

RODRIGO.- He aquí la casa de su padre. Voy a llamarle a gritos.

IAGO.- Hacedlo, y con el mismo acento pavoroso e igual prolongación lúgubre que cuando en medio dela noche y por descuido alguien descubre el incendio en una ciudad populosa.

RODRIGO.- ¡Eh! ¡Hola! ¡Brabancio! ¡Señor Brabancio! ¡Hola!

IAGO.- ¡Despertad! ¡Eh! ¡Hola! ¡Brabancio! ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Mirad por vuestra casa, por vuestrahija y por vuestras talegas! ¡Ladrones! ¡Ladrones!

Entra BRABANCIO, arriba, asomándose a una ventana

BRABANCIO.- ¿Qué razón hay para que se me llame con esas vociferaciones terribles? ¿Qué sucede?

RODRIGO.- Signior, ¿está dentro toda vuestra familia?

IAGO.- ¿Están cerradas vuestras puertas?



BRABANCIO.- ¿Por qué? ¿Con qué objeto me lo preguntáis?

IAGO.- ¡Voto a Dios, señor! ¡Os han robado! Por pudor, poneos vuestro vestido. Vuestro corazón está roto. Habéis perdido la mitad del alma. En el momento en que hablo, en este instante, ahora mismo, un viejo morueco negro está topetando a vuestra oveja blanca. ¡Levantaos, levantaos! ¡Despertad al son de la campana a todos los ciudadanos que roncan; o si no, el diablo va a hacer de vos un abuelo! ¡Alzad, os digo!

BRABANCIO.- ¡Cómo! ¿Habéis perdido el seso?

RODRIGO.- Muy reverendo señor, ¿conocéis mi voz?

BRABANCIO.- No. ¿Quién sois?

RODRIGO.- Mi nombre es Rodrigo.

BRABANCIO.- Tanto peor llegado. Te he advertido que no rondes mis puertas. Me has oído decir con honrada franqueza que mi hija no es para ti; y ahora, en un acceso de locura, atiborrado de cena y de tragos que te han destemplado, vienes por maliciosa bellaquería a turbar mi reposo.

RODRIGO.- Señor, señor, señor...

BRABANCIO.- Pero puedes estar seguro de que mi carácter y condición tienen en sí poder para que te arrepientas de esto.

RODRIGO.- Calma, buen señor.

BRABANCIO.- ¿Qué vienes a contarme de robo? Estamos en Venecia. Mi casa no es una granja en pleno campo.

RODRIGO.- Respetabilísimo Brabancio, vengo hacia vos con alma sencilla y pura.

IAGO.- ¡Voto a Dios, señor! Sois uno de esos hombres que no servirían a Dios si el diablo se lo ordenara. Porque venimos a haceros un servicio y nos tomáis por rufianes, dejaréis que cubra a vuestra hija un caballero berberisco. Tendréis nietos que os relinchen, corceles por primos y jacas por deudos.

BRABANCIO.- ¿Quién eres tú, infame pagano?

IAGO.- Soy uno que viene a deciros que vuestra hija y el moro están haciendo ahora la bestia de dos espaldas.

BRABANCIO.- ¡Eres un villano!

IAGO.- Y vos sois... un senador.

BRABANCIO.- Tú me responderás de esto. Te conozco, Rodrigo.

RODRIGO.- Señor, responderé de todo lo que queráis. Pero, por favor, decidme si es con vuestro beneplácito y vuestro muy prudente consentimiento (como en parte lo juzgo) como vuestra bella hija, a las tantas de esta noche, en que las horas se deslizan inertes, sin escolta mejor ni peor que la de un pillo al servicio del público, de un gondolero, ha ido a entregarse a los abrazos groseros de un moro lascivo...: si conocéis el hecho y si lo autorizáis, entonces hemos cometido con vos un ultraje temerario e insolente; pero si no estáis informado de ello, mi educación me dice que nos habéis reprendido sin razón. No creáis que haya perdido yo el sentimiento de toda buena crianza hasta el punto de querer jugar y bromear con vuestra reverencia. Vuestra hija, os lo digo de nuevo (si no le habéis otorgado este permiso), se ha hecho culpable de una gran falta, sacrificando su deber, su belleza, su ingenio, su fortuna a un extranjero, vagabundo y nómada, sin patria y sin hogar. Comprobadlo vos mismo inmediatamente. Si está en su habitación o en vuestra casa, entregadme a la justicia del Estado por haberos engañado de esta manera.

BRABANCIO.- ¡Golpead la yesca! ¡Hola! ¡Dadme una vela! ¡Despertad a todas mis gentes!... Este accidente no difiere mucho de mi sueño. El temor de que sea cierto me opriime ya. ¡Luz, digo! ¡Luz! (Desaparece de la ventana.)

IAGO.- Adiós, pues debo dejaros. No me parece conveniente, ni conforme con el puesto que ocupo, ser llamado en justicia (como sucederá, si me quedo) a deponer contra el moro. Porque, a la verdad, aunque esta aventura le cree algunos obstáculos, sé que el Estado no puede, sin riesgos, privarse de sus servicios. Son tan grandes las razones que han movido a la República a confiarle las guerras de Chipre (en curso a la hora presente), que no hallarían, ni aun al precio de sus almas, otro de su talla para dirigir sus asuntos. Por consiguiente, aunque le odio como a las penas del infierno, las necesidades de mi vida actual me obligan, no obstante, aizar el pabellón, y la insignia del afecto, simple insignia, verdaderamente. Si queréis hallarle con seguridad, conducid hacia el Sagitario a los que se levanten para ir en su busca, que allí estaré con él. Y contestó, adiós. (Sale.)

Entran, arriba, BRABANCIO y CRIADOS con antorchas

BRABANCIO.- ¡Es una desgracia demasiado cierta! Ha partido, y lo que me queda por vivir de mi odiada vejez no será ya sino amargura.- ¡Hola, Rodrigo! ¿Dónde la viste? ¡Oh, hija miserable!- ¿Con el moro, dices?- ¿Quién quisiera ser padre?- ¿Cómo supiste que era ella?- ¡Ah, me engaña por encima de toda imaginación!- ¿Qué os dijo?- ¡Traed más luces! ¡Despertad a todos mis parientes!- ¿Creeís que se han casado?



RODRIGO.- Verdaderamente, lo creo.

BRABANCIO.- ¡Oh!, cielo!- ¿Cómo pudo salir?- ¡Oh, traición de la sangre!- Padres, no os fiéis desde hoy de las almas de vuestras hijas por lo que las veis obrar. ¿No existen encantos que permiten abusar de la juventud y de la inocencia? ¿No habéis leído de estas cosas, Rodrigo?

RODRIGO.- Sí, en verdad, señor.

BRABANCIO.- ¡Que se llame a mi hermano!- ¡Oh, que no la hubiereis tenido vos! ¡Vayan los unos en una dirección, y los otros en otra!- ¿Sabéis dónde podríamos cogerles a ella y al moro?

RODRIGO.- Creo que a él podré descubrirle, si os place proveeros de una buena guardia y venir conmigo.

BRABANCIO.- Por favor, guiadnos. Llamaré en todas las casas. Puedo mandar en la mayor parte.-Traed armas, eh! Y levantad a algunos oficiales del servicio de noche.- Marchemos, buen Rodrigo. Yo recompensaré vuestras molestias. (*Salen.*)

Escena Segunda

El mismo lugar.-Otra calle

Entran OTELO, IAGO y personas del séquito con antorchas

IAGO.- Aunque he matado hombres en el servicio de la guerra, tengo, sin embargo, por caso de verdadera conciencia cometer un asesinato con premeditación. Me falta a veces maldad, que me sería útil. Nueve o diez veces pensé haberle dado aquí, con mi puñal, debajo de las costillas.

OTELO.- Más vale que hayan pasado así las cosas.

IAGO.- Ciento, pero charlaba en demasía y profería términos tan injuriosos y provocativos contra vuestro honor, que con la poca piedad que tengo, me ha costado mucho trabajo soportarle. Pero, os lo ruego, señor, ¿os habéis casado de veras? Estad seguro de esto, de que el magnífico es muy estimado, y posee en realidad una voz poderosa, dos veces tan influyente como la del dux. Os obligará a divorciarlos, u os opondrá tantos inconvenientes o vejaciones, que la ley (con todo el poder que tiene para reforzarla) le dará cable.

OTELO.- Que obre a tenor de su enojo. Los servicios que he prestado a la Señoría reducirán al silencio sus querellas. Aún está por saberse (y lo proclamaré cuando me conste que la jactancia es un honor) que derivo mi vida y mi ser de hombres de regia

estirpe, y en cuanto a mis méritos, pueden hallar, a cara descubierta, a tan alta fortuna como la que he alcanzado. Porque sabe, Iago, que sin el amor que profeso a la gentil Desdémona, no quisiera por todos los tesoros del mar trazar límites fijos y estrechos a mi condición libre y errante. Pero mira! ¿Qué luces son aquéllas?

Entran CASSIO, a distancia, y ciertos oficiales con antorchas

IAGO.- Son del padre, que se ha despertado, y de sus amigos. Debieraís iros dentro.

OTELO.- No; que se me encuentre; mi dignidad, mi rango y mi conciencia sin reproche me mostrarán tal como soy. ¿Son ellos?

IAGO.- ¡Por Jano! Creo que no.

OTELO.- ¡Los servidores del dux y mi teniente! ¡Los plácemes de la noche caigan sobre vosotros, amigos! ¿Qué noticias hay?

CASSIO.- El dux os envía sus saludos, general, y requiere vuestra presencia sin demora, en este mismo instante.

OTELO.- ¿De qué creéis que se trate?

CASSIO.- A lo que he podido adivinar, de algo referente a Chipre. Es un asunto de cierta prisa. Esta misma noche las galeras han enviado una docena de mensajeros sucesivos, pisándose los talones unos a otros; y buen número de cónsules están ya levantados y reunidos con el dux. Se os ha llamado aceleradamente, y cuando han visto que no se os hallaba en vuestro alojamiento, el Senado ha despachado tres pesquisas diferentes para proceder a vuestra busca.

OTELO.- Está bien que seáis vos quien me haya encontrado. Voy a decir sólo una palabra aquí en la casa, e iré con vos. (*Sale.*)

CASSIO.- ¿Qué hacía aquí, alférez?

IAGO.- A fe mía, esta noche ha abordado a una carraca de tierra; si la presa es declarada legal, se hace rico para siempre.

CASSIO.- No entiendo.

IAGO.- Se ha casado.

CASSIO.- ¿Con quién?

Vuelve a entrar OTELO

IAGO.- Por mi fe, con... Vamos, capitán, équeréis venir?

OTELO.- Soy con vos.

CASSIO.- He aquí otra tropa que viene a buscaros.



IAGO.-Es Brabancio. General, tened cuidado. Viene con malas intenciones.

Entran BRABANCIO, RODRIGO y oficiales con antorchas y armas

OTELO.- ¡Hola, teneos!

RODRIGO.- Signior, es el moro.

BRABANCIO.- ¡Sus, a él! ¡Al ladrón! (*Desenvainan por ambas partes.*)

IAGO.- ¡A vos, Rodrigo! ¡Vamos, señor, soy vuestro hombre!

OTELO.- Guardad vuestras espadas brillantes, pues las enmoheraría el rocío. Buen signior, se obedecerá mejor a vuestros años que a vuestras armas.

BRABANCIO.- ¡Oh, tú, odioso ladrón! ¿Dónde has escondido a mi hija? Condenado como eres, has debido hechizarla, pues me remito a todo ser de sentido, si a no estar cautiva en cadenas de magia es posible que una virgen tan tierna, tan bella y tan dichosa, tan opuesta al matrimonio que esquivó los más ricos ya puestos galanes de nuestra nación, hubiera incurrido nunca en la mofa general, escapando de la tu tela paterna para ir a refugiarse en el seno denegrido de un ser tal como tú, hecho para inspirar temor y no deleite. Séame juez el mundo si no es de toda evidencia que has obrado sobre ella con hechizos odiosos, que has abusado de su delicada juventud por medio de drogas o de minerales que debilitan la sensibilidad. Haré que se examine el caso. Es probable, palpable al pensamiento. Te prendo, pues, y te acuso, como corruptor de personas y practicante de artes prohibidas y fuera de la ley. Apoderaos de él; si resiste, sometedle a sus riesgos y peligros.

OTELO.- ¡Detened vuestras manos, vosotros, los que estáis de mi parte, y vosotros también, los del otro partido! Si mi réplica fuera reñir, la sabría sin apuntador. ¿Dónde queréis que vaya a responder a vuestro cargo?

BRABANCIO.- A la cárcel, hasta que el plazo establecido por la ley y el curso regular de la justicia te llamen a responder.

OTELO.- ¿Qué sucederá si obedezco? ¿Cómo podría entonces satisfacer al dux, cuyos mensajeros están aquí, a mi lado, para conducirme ante él, a propósito de cierto asunto urgente del Estado?

OFICIAL.- Es cierto, muy digno signior. El dux se halla en Consejo y estoy seguro de que ha enviado a buscar a vuestra noble persona...

BRABANCIO.- ¡Cómo! ¡El dux en Consejo! ¿Y a esta hora de la noche? Llevadle. No es una causa ociosa la mía. El dux mismo o cualquiera de mis hermanos de Estado no pueden sino

sentir mi ultraje comosi les fuera propio. Porque si tales acciones pudieran tener paso libre, los esclavos y los paganos fuerannuestros estadistas. (*Salen.*)

Escena Tercera

El mismo lugar.-Cámara del Consejo

El DUX y los SENADORES sentados a una mesa; oficiales en funciones de servicio

DUX.- No hay concordancia en estas noticias para que se le dé crédito.

SENADOR PRIMERO.- Son muy divergentes, en verdad. Mis cartas dicen ciento siete galeras.

DUX.- Y las mías ciento cuarenta.

SENADOR SEGUNDO.- Y las mías, doscientas. Sin embargo, aunque no estén conformes en la cifraexacta (y en casos como éste, en que los informes se hacen por conjetura, son frecuentes las diferencias),todas confirman, no obstante, la existencia de una flota turca y haciendo velas con rumbo a Chipre.

DUX.- Bien mirado, parece, en efecto, muy probable. No estoy tan convencido de las inexactitudes para que el hecho capital de estas noticias no me inspire un sentimiento de inquietud.

UN MARINERO (*dentro*).- ¡Hola, eh! ¡Hola, eh!

Entra el MARINERO

OFICIAL.- Un mensajero de las galeras.

DUX.- ¡Hola! ¿Qué ocurre?

MARINERO.- La armada turca se dirige a Rodas. Se me envía a anunciarlo aquí al gobierno de parte del signior Angelo.

DUX.- ¿Qué decís de este cambio?

SENADOR PRIMERO.- No puede ser, no resiste al ensayo de la razón. Es un simulacro paramantenemos en una contemplación falsa. Cuando consideramos la importancia de Chipre para el turco ycomprendemos, además, que no sólo esta isla concierne más al turco que Rodas, sino también que puede tomarla con más facilidad, pues no está armada de semejantes medios de defensa, antes carece por completo de los recursos de que se halla provista Rodas, si reflexionamos en esto, no podemos creer que sea el turco tan torpe que relegue a último lugar la isla que le incumbe en primero y abandone una tentativa fácil y provechosa, para despistar y sostener un peligro infructuoso.

DUX.- Ciento, con toda seguridad, que no piensa en Rodas.



OFICIAL.- Aquí llegan más noticias.

Entra un MENSAJERO

MENSAJERO.- Los otomanos, reverendo e ilustre dux, se dirigen con rumbo fijo hacia la isla de Rodas, habiéndoseles unido en ruta su flota posterior.

SENADOR PRIMERO.- Sí, es lo que yo pensaba. ¿De cuántas naves se compone, en vuestra opinión?

MENSAJERO.- De treinta velas, y ahora virando ponen proa con franca apariencia de llevar sus designios hacia Chipre. El signior Montano, vuestro fiel y muy valeroso servidor, os presenta sus respetuosos deberes, informándoos del hecho y suplicándoos que le creáis.

DUX.- Es cierto, entonces, que van contra Chipre. ¿No se encuentra en la ciudad Marcos Luccicos?

SENADOR PRIMERO.- Está ahora en Florencia.

DUX.- Escribidle de nuestra parte, para que vuelva a correo seguido.

SENADOR PRIMERO.- He aquí venir a Brabancio y al valiente moro.

Entran BRABANCIO, OTELO, IAGO, RODRIGO y oficiales

DUX.- Valeroso Otelo, es menester que os empleemos inmediatamente contra el otomano, nuestro común enemigo. (A Brabancio.) No os veía. Sed bien venido, noble signior; necesitamos de vuestro consejo y devuestra ayuda esta noche.

BRABANCIO.- Y yo de los vuestros. Que vuestra virtuosa gracia me perdone. No son mis funciones, nitodo lo que he oído de los asuntos de Estado, lo que me ha levantado del lecho; ni el interés público tiene influencia en mí. Porque mi dolor particular es de una naturaleza tan desbordante, tan impetuosa y parecida alas aguas de una esclusa, que engulle y sumerge las demás penas, y él queda siempre igual.

DUX.- Pues qué ocurre?

BRABANCIO.- ¡Mi hija! ¡Oh, mi hija!

DUX y SENADORES.- ¿Muerta?

BRABANCIO.- ¡Sí, para mí! Ha sido seducida, me la han robado y pervertido con sortilegios y medicinas compradas a charlatanes, pues la naturaleza, no siendo ella imbécil, ciega o coja de sentido, no podría haberse engañado tan descabelladamente sin el auxilio de la brujería.

DUX.- Sea quien fuere el que por este odioso procedimiento ha privado así a vuestra hija de sí propia y a vos de ella, sufrirá la aplicación del sangriento libro de la ley interpretado por vos mismo, como os convenga en su texto más implacable; sí, lo será, aun cuando vuestra acusación recayera en nuestro propio hijo.

BRABANCIO.- Lo agradezco humildemente a Vuestra Gracia. He aquí el hombre, este moro, a quien ahora, por mandato especial, habéis traído aquí, parece, para asuntos de Estado.

DUX y SENADORES.- Sentimos por ello el más profundo pesar.

DUX.- (A Otelo.) ¿Qué podéis responder a esto en defensa propia?

BRABANCIO.- Nada, sino que es así.

OTELO.- Muy poderosos, graves y reverendos señores, mis muy nobles y muy amados dueños; es por demás cierto que me he llevado la hija de este anciano; es cierto que me casé con ella: la verdadera cabeza y frente de mi crimen tiene esta extensión, no más. Soy rudo en mis palabras, y poco bendecido con el dulce lenguaje de la paz, pues desde que estos brazos tuvieron el desarrollo de los siete años, salvo durante las nueve postreras lunas, han hallado siempre sus más caros ejercicios en los campos cubiertos de tiendas. Y fuera de lo que concierne a las acciones guerreras y a los combates, apenas puedo hablar de este vasto universo. Por consiguiente, poco embelleceré mi causa hablando de mí mismo. No obstante, con vuestra graciosa autorización, os haré llanamente y sin ambages el relato de la historia entera de mi amor. Os diré qué drogas, qué encantos, qué conjuros, qué mágico poder (pues de tales procedimientos se me acusa) he empleado para seducir a su hija.

BRABANCIO.- Una virgen nunca desenvuelta, de un carácter tan apacible y tímido, que al menor movimiento enrojecía; y, a despecho de su naturaleza, de sus años, de su país, de su reputación, de todo, caer enamorada de quien tenía miedo de mirar! Mostraría un juicio mutilado y muy imperfecto quien declarase que la perfección puede errar a tal punto contra todas las reglas de la naturaleza; y ante un hecho parecido, debe buscarse la explicación en las prácticas astutas del infierno. Mantengo, pues, de nuevo que ha operado sobre ella con algunas poderosas mixturas sobre la sangre, o por alguna poción conjurada a este efecto.



DUX.- Mantenerlo no es probarlo. Necesitáis testimonios mucho más precisos y más claros que esas ligeras aserciones y las probabilidades superficiales de esas ordinarias apariencias.

SENADOR PRIMERO.- Pero hablad, Otelo. ¿Habéis conquistado y emponzoñado por medios indirectos y violentos las afecciones de esta joven doncella? ¿O ha sucedido ello por plegarias y esas bellas instancias que el corazón dirige al corazón?

OTELO.- Os lo suplico, enviad a buscar la dama al Sagitario y que se explique respecto de mí delante de su padre. Si en el relato me halláis culpable, no os contentéis con retirarme la confianza y el cargo que os debo, sino que vuestra sentencia caiga sobre mi propia vida.

DUX.- Traed acá a Desdémona.

OTELO.- Alférez, guiadles; vos conocéis mejor el sitio. (*Salen Iago y acompañamiento.*) Y mientras llega, tan sinceramente como confieso al cielo los vicios de mi sangre, así explicaré, con la misma franqueza, a vuestros graves oídos, cómo conquisté el amor de esta bella dama, y ella el mío.

DUX.- Referidlo, Otelo.

OTELO.- Su padre me quería; me invitaba a menudo; interrogábame siempre sobre la historia de mi vida, detallada año por año; acerca de las batallas, los asedios, las diversas suertes que he conocido. Yo le contaba mi historia entera desde los días de mi infancia hasta el momento mismo en que mandaba hablar. Le hacía relación de muchos azares desastrosos, de accidentes patéticos por mar y tierra; de cómo había escapado por el espesor de un cabello a una muerte inminente; de cómo fui hecho prisionero por el insolente enemigo y vendido como esclavo; de cómo me rescaté y de mi manera de proceder en mi historia de viajero. Entonces necesitaba hacer mención de vastos antros y de desiertos estériles, de canteras salvajes, de peñascos y de montañas cuyas cimas tocaban el cielo, y hacía de ellos la descripción. Luego hablaba de los caníbales, que se comen los unos a los otros (los antropófagos), y de los hombres que llevan su cabeza debajo del hombro.

Desdémona parecía singularmente interesada por estas historias, pero las ocupaciones de la casa la obligaban sin cesar a levantarse; las despachaba siempre con la mayor diligencia posible, luego volvía y devoraba mis discursos con un oído ávido. Habiéndolo yo observado, elegí un día una hora oportuna y hallé fácilmente el medio de arrancarle del fondo de su corazón la súplica de hacerla por entero el relato de mis viajes, de que había oído algunos

fragmentos, pero sin la debida atención. Accedí a ello, y frecuentemente le robé lágrimas, cuando hablaba de alguno de los dolorosos golpes que habían herido mi juventud. Acabada mi historia, me dio por mis trabajos un mundo de suspiros. Juró que era extraño, que en verdad era extraño hasta el exceso, que era lamentable, asombrosamente lamentable; hubiera deseado no oírlo, no obstante anhelar que el cielo le hiciera nacer de semejante hombre. Me dio las gracias y me dijo que si tenía un amigo que la amara me invitaba a contarle mi historia, y que ello bastaría para que se casase con él. Animado con esta insinuación, hablé. Me amó por los peligros que había corrido y yo la amé por la piedad que mostró por ellos. Ésta es la única brujería que he empleado. Aquí llega la dama; que sea testigo de ello.

Entran DESDÉMONA, IAGO y acompañamiento

DUX.- Pienso que un relato así hubiera vencido también a mi hija. Mi buen Brabancio, tomad por el lado mejor este asunto hecho trizas. Los hombres se defienden más seguramente con armas rotas que con sus manos desnudas.

BRABANCIO.- Oídme, os ruego. ¡Que ella confiese que recorrió la mitad del camino, y entonces que la destrucción caiga sobre mi cabeza si mi más fuerte censura se dirige contra este hombre! Venid acá, linda señorita. ¿Descubrís entre toda esta noble compañía a quién debéis sobre todo obediencia?

DESDÉMONA.- Mi noble padre, noto aquí un deber compartido. Os estoy obligada por mi vida y mi educación; mi vida y mi educación me enseñan qué respeto os debo. Sois el dueño de mi obediencia, ya que hasta aquí he sido vuestra hija. Mas he aquí mi esposo; y la misma obediencia que os mostró mi madre, prefiriéndoos a su padre, reconozco y declaro deberla al moro, mi marido.

BRABANCIO.- ¡Dios sea con vos! He terminado. Si place a Vuestra Gracia, ocupémonos de los asuntos del Estado -más me hubiera valido adoptar un hijo que engendrar eso-. Ven acá, moro. Te otorgo aquí con todo mi corazón lo que te negaría con todo mi corazón, si no lo tuvieras ya. Gracias a ti, alhaja, me siento feliz en el fondo de mi alma por no haber tenido más hijos; pues tu escapada me enseñaría a ser lo bastante tirano para ponerles trabas. He acabado, señor.

DUX.- Dejadme hablar como hablaríais vos mismo, y pronunciar una máxima que podrá servir de escalón o peldaño a estos enamorados para recobrar vuestro favor. Cuando los remedios son inútiles, los pesares que se ligaban a nuestras esperanzas dan fin por la



inutilidad misma de los remedios. Llorar una desgracia consumada e ida es el medio más seguro de atraerse otra desgracia nueva. Cuando no puede salvarse lo que se lleva el hado, lo mejor es transformar por la paciencia esta injuria en mofa. El hombre robado que sonríe roba alguna cosa al ladrón; pero a sí mismo se roba el que se consume en un dolor sin provecho.

BRABANCIO.- En ese caso, que el turco nos arrebate Chipre; no perderemos nada, mientras podamos reírnos. Lleva fácilmente esta máxima el que no lleva sino el torpe consuelo que encierra; pero lleva a la vez su dolor y la máxima el que para pagar la pena se ve obligado a pedir prestado a la pobre paciencia. Estas máximas, azúcar y hiel a un tiempo e igualmente fuertes de ambos lados, son equívocas. Las palabras no son más que palabras y todavía no he escuchado que se pueda penetrar en un corazón roto a través del oído. Os lo ruego humildemente, ocupémonos de los asuntos del Estado.

DUX.- El turco navega rumbo a Chipre con poderosos preparativos. Otelo, la capacidad de resistencia de esta plaza os es particularmente conocida, y aunque tengamos allí un sustituto de probada suficiencia, sin embargo, la opinión, soberana señora de las circunstancias, halla en vos competencia más segura. Por consiguiente, debéis resignaros a ensombrecer el resplandor de vuestra nueva fortuna con esta más porfiada y borrascosa expedición.

OTELO.- La tirana costumbre, muy graves senadores, ha hecho de la cama pedernal y acero de la guerra mi lecho de pluma tres veces cernido. Ante las aventuras peligrosas, siento, lo confieso, un ardor natural y pronto. Me encargo, pues, de la presente guerra contra los otomanos. En consecuencia, inclinándome humildemente ante vuestro poder, solicito en favor de mi esposa disposiciones conformes a su rango, lugar de residencia y un sueldo en consonancia con su condición, y la casa y servidumbre que reclama su nacimiento.

DUX.- Puede alojarse en casa de su padre, si accedéis.

BRABANCIO.- No lo consiento.

OTELO.- Ni yo.

DESDÉMONA.- Ni yo tampoco. Me niego a residir allí; para evitar a mi padre los sentimientos de impaciencia que mi vista le haría experimentar. Muy gracioso dux, otorgad a mi petición una acogida favorable y que vuestro asentimiento me cree una protección que asista mi sencillez.

DUX.- ¿Qué deseáis, Desdémona?

DESDÉMONA.- Que he amado al moro lo suficiente para pasar con él mi vida, el estrépito franco de mi conducta y la tempestad afrontada de mi suerte lo proclaman a son de trompeta en el mundo. Mi corazón está sometido a las condiciones mismas de la profesión militar de mi esposo. En su alma es donde he visto el semblante de Otelo y he consagrado mi vida y mi destino a su honor y a sus valientes cualidades. Así, caros señores, si se me deja aquí como una falena de paz, mientras él marcha a la guerra, se me priva de participar en los ritos de esta religión de la guerra por la cual le he amado, y tendré que soportar por su querida ausencia un pesado ínterin. Dejadme partir con él.

OTELO.- Vuestro asentimiento, señores. Os lo suplico, que tenga vía libre su voluntad. Sedme testigos, cielos, de que no lo pido, pues, para satisfacer el paladar de mi apetito, ni para condescender con el ardor - difuntos en mí los transportes de la juventud - y la satisfacción propia. Y el cielo guarde a vuestras buenas almas de pensar que olvidaré vuestros serios y grandes asuntos porque ella esté conmigo. No, cuando los ojos ligeros del alado Cupido encapiroten en voluptuosa indolencia mis facultades de pensamiento y de acción hasta el punto de que mis placeres corrompan y manchen mis ocupaciones, que las amas de casa hagan una cazuela de mi yelmo y toda indigna y baja adversidad haga frente a mi estimación.

DUX.- Se quede o parta, decidlo vos particularmente; el asunto reclama urgencia y debe responderle la prontitud.

SENADOR PRIMERO.- Es menester que partáis esta noche.

DESDÉMONA.- ¿Esta noche, señor?

DUX.- Esta noche.

OTELO.- Con todo mi corazón.

DUX.- Nosotros volveremos a reunirnos aquí a las nueve de la mañana. Otelo, dejad tras vos alguno de vuestros oficiales y os llevará nuestro despacho, con todas las demás ordenanzas de títulos y mando que os conciernen.

OTELO.- Si place a Vuestra Gracia, dejaré aquí a mi alférez; es un hombre honrado y fiel. Dejo a su cuidado acompañar a mi esposa y remitirme todo cuanto vuestra virtuosa gracia juzgue necesario enviarre.

DUX.- Sea. Buenas noches a todos. (A Brabancio.) Noble señor, si es verdad que a la virtud no le falta el encanto de la belleza, vuestro yerno es más bello que atezado.



SEÑADOR PRIMERO.- ¡Adiós, bravo moro! Tratad bien a Desdémona.

BRABANCIO.- Vela por ella, moro, si tienes ojos para ver. Ha engañado a su padre y puede engañarte a ti. (*Salen el Dux, Senadores, Oficiales, etc.*)

OTELO.- ¡Mi vida en prenda de su fe! Honrado Iago, debo confiarle mi Desdémona. ¡Por favor, pon a tu mujer a su servicio, y llévalas luego en la ocasión más favorable! Ven, Desdémona. Sólo tengo una hora para emplearla contigo en el amor, asuntos mundanos y disposiciones que tomar. (*Salen Otelo y Desdémona.*)

RODRIGO.- ¡Iago!...

IAGO.- ¿Qué dices, noble corazón?

RODRIGO.- ¿Qué piensas que debo hacer?

IAGO.- ¡Pardiez!, irte a la cama y dormir.

RODRIGO.- Voy a ir a ahogarme inmediatamente.

IAGO.- Está bien; si lo haces, no te estimaré en lo sucesivo. ¡Pardiez, que eres un hidalgo estúpido!

RODRIGO.- Estúpido es vivir cuando la vida se convierte en un tormento; y, además, tenemos la receta para morir cuando la muerte es nuestro médico.

IAGO.- ¡Oh, cobardía! He contemplado el mundo por espacio de cuatro veces siete años, y desde que pude distinguir entre un beneficio y una injuria, jamás hallé un hombre que supiera estimarse. Antes de decir que me ahogaría por el amor de una pintada de Guinea, cambiaría de humanidad con un babuino.

RODRIGO.- ¿Qué habré de hacer? Confieso que es para mí una vergüenza estar apasionado hasta ese punto, pero no alcanza mi virtud a remediarlo.

IAGO.- ¿Virtud? ¡Una higa! De nosotros mismos depende ser de una manera o de otra. Nuestros cuerpos son jardines en los que hacen de jardineros nuestras voluntades. De suerte que si queremos plantar ortigas o sembrar lechugas; criar hisopo y escardar tomillo; proveerlo de un género de hierbas o dividirlo en muchos, para hacerlo estéril merced al ocio o fétil a fuerza de industria, pardiez, el poder y autoridad correctiva de esto residen en nuestra voluntad. Si la balanza de nuestras existencias no tuviese un platillo de razón para equilibrarse con otro de sensualidad, la sangre y bajeza de nuestros instintos nos llevarían a las consecuencias más absurdas. Pero poseemos la razón para templar nuestros movimientos de furia, nuestros agujones carnales, nuestros apetitos sin freno; de donde deduzco lo siguiente: que lo que llamás amor es un esqueje o vástago.

RODRIGO.- Puede ser.

IAGO.- Simplemente una codicia de la sangre y una tolerancia del albedrío. ¡Vamos, sé un hombre! ¡Ahogarte! ¡Ahóguense gatos y cachorros ciegos! He hecho profesión de ser tu amigo, y protesto que estoy ligado a tus méritos con cables de una solidez eterna. Jamás podría servirte mejor que ahora. Echa dinero en tu bolsa, síguenos a la guerra, cambia tus rasgos con una barba postiza. Echa dinero en tu bolsa, digo. No puede ser que Desdémona continúe mucho tiempo enamorada del moro -echa dinero en tu bolsa-, ni él de ella. Tuvo en ésta un principio violento, al cual verás responder una separación violenta. -Echa sólo dinero en tu bolsa-. Estos moros son inconstantes en sus pasiones -llena tu bolsa de dinero-; el manjar que ahora le sabe tan sabroso como las algarrobas, pronto le parecerá tan amargo como la coloquintida. Ella tiene que cambiar a causa de su juventud. Cuando se sacie de él, descubrirá los errores de su elección. Por consiguiente, echa dinero en tu bolsa. Si te empeñas en condenarte, elige un medio más delicado que el de la sumersión. Recoge todo el dinero que puedas. Si la santimonía y un voto frágil entre un berberisco errante y una superstuta veneciana no son una tarea demasiado dura para los recursos de mi inteligencia y de toda la tribu del infierno, la poseerás. Por consiguiente, procúrate dinero. ¡Mala peste con ahogarte! Eso es ponerse fuera de razón. Trata más bien de que te ahorquen después de satisfacer tu deseo, que de ahogarte y partir sin ella.

RODRIGO.- ¿Quieres servir fielmente a mis esperanzas, si me decido a la realización?

IAGO.- Confía en mí. -Ve, hazte con dinero- Te lo he dicho a menudo y te lo vuelvo a repetir una y mil veces: odio al moro; mi causa está arraigada en mi corazón; la tuya no es menos sólida; estamos estrechamente unidos en nuestra venganza contra él. Si puedes hacerle cornudo, te darás a ti mismo un placer y a mí una diversión. El tiempo está preñado de muchos acontecimientos que habrá de parir. ¡Adelante! ¡En marcha! Ve, provéete de dinero. Hablaremos de esto mañana con más espacio. Adiós.

RODRIGO.- ¿Dónde nos encontraremos mañana por la mañana? IAGO.- En mi alojamiento.

RODRIGO.- Estaré contigo temprano.

IAGO.- Márchate.-¿Me oís, Rodrigo?

RODRIGO.- ¿Qué decís?

IAGO.- ¡Nada de ahogarse! ¿Entendéis?

RODRIGO.- He cambiado de opinión. Voy a vender todas mis tierras.



IAGO.- Marchaos. ¡Adiós! Poned bastante dinero en vuestra bolsa. (*Sale Rodrigo.*) Así hago siempre de un imbécil mi bolsa. Porque profanaría la experiencia que he adquirido, si gastara mi tiempo con un idiota semejante, a no ser para mi provecho y diversión. Odio al moro y se dice por ahí que ha hecho mi oficio entre mis sábanas. No sé si es cierto; pero yo, por una simple sospecha de esa especie, obraré como si fuera seguro. Tiene una buena opinión de mí; tanto mejor para que mis maquinaciones surtan efecto en él. Cassio es un hombre arrogante... Veamos un poco... Para conseguir su puesto y dar libre vuelo a mi venganza por una doble bellaquería... ¿Cómo? ¿Cómo?... Veamos... El medio consiste en engañar, después de algún tiempo, los oídos de Otelo susurrándole que Cassio es demasiado familiar con su mujer. Cassio tiene una persona y unas maneras agradables para infundir sospechas; tallado para perder a las mujeres. El moro es de naturaleza franca y libre, que juzga honradas a las gentes a poco que lo parezcan y se dejará guiar por la nariz tan fácilmente como los asnos... ¡Ya está! ¡Helo aquí engendrado! ¡El infierno y la noche deben sacar esta monstruosa concepción a la luz del mundo! (*Sale.*)

Acto Segundo

Escena Primera

Puerto de mar en Chipre. Una explanada cerca del muelle

Entran MONTANO y dos CABALLEROS

MONTANO.- ¿Qué distinguis desde el cabo en el mar?

CABALLERO PRIMERO.- Nada en absoluto. Las olas están demasiado altas. No logro descubrir una vela entre el cielo y el océano.

MONTANO.- Me parece que el viento ha armado en tierra una batahola. Jamás sacudió nuestras murallas un huracán más fuerte. Si ha braveado tanto sobre el mar, ¿qué cuadernas de roble han podido quedar en sus muescas, cuando las montañas de agua disolvíanse encima? ¿Qué resultará de todo esto para nosotros?

CABALLERO SEGUNDO.- La dispersión de la flota turca, pues no tenéis más que acercaros a la espumosa orilla para ver cómo las olas irritadas semejan lanzarse a las nubes: cómo la ola sacudida por los vientos, con su alta y monstruosa cabellera, parece arrojar agua sobre la constelación de la ardiente Osa y querer extinguir las guardas del Polo, siempre fijo. No he presenciado jamás semejante perturbación en el oleaje colérico.

MONTANO.- Si los de la flota turca no se han guarecido y ensenado, han debido de ahogarse. Es imposible que hayan podido resistir.

Entra un tercer CABALLERO

CABALLERO TERCERO.- ¡Noticias, muchachos! ¡Nuestras guerras se han acabado! ¡Esta tempestad desencadenada zurró tan bien a los turcos, que renuncian a sus proyectos! Una gallarda nave de Venecia ha sido testigo del terrible naufragio y desastre de la mayor parte de su flota.

MONTANO.- ¿Cómo? ¿Es verdad?

CABALLERO TERCERO.- La nave está aquí en el puerto, una veronesa. Miguel Cassio, teniente del bizarro moro Otelo, acaba de desembarcar. El moro mismo está sobre el mar y viene con poderes amplios a Chipre.

MONTANO.- Me alegro mucho. Es un digno gobernador.

CABALLERO TERCERO.- Pero este mismo Cassio -aunque da noticias consoladoras relativas a las pérdidas de los turcos- tiene, sin embargo, el aire triste, y ruega a Dios por que el moro se halle sano y salvo, pues han sido separados por la horrible y violenta tempestad.

MONTANO.- Quieran los cielos que esté salvo, pues he servido bajo sus órdenes y el hombre manda como un soldado perfecto. ¡Hola!... Vamos a la ribera del mar, tanto para ver el navío que acaba de venir como para escudriñar con nuestros ojos la llegada del brazo Otelo, y hagamos centinela hasta que, a fuerza de mirar, el mar y el azul del cielo se confundan a nuestra vista.

CABALLERO TERCERO.- Vamos, hágase así, pues a cada minuto deben esperarse nuevos arribos.

Entra CASSIO

CASSIO.- Os doy las gracias, valeroso guerrero de esta isla belicosa, que habláis en esos términos del moro. ¡Oh, que los cielos le defiendan contra los elementos, pues le he perdido en una mar peligrosa!

MONTANO.- ¿Va bien equipado?

CASSIO.- Su barco está sólidamente construido, y su piloto es de una reputación muy experta y reconocida: así, mis esperanzas, no perdidas hasta la muerte, manténense en la confianza de una atrevida cura.

VOZ.- (Dentro.) ¡Una vela, una vela, una vela!



Entra un cuarto CABALLERO

CASSIO.- ¿Qué ruido es ése?

CABALLERO CUARTO.- La ciudad está vacía. Sobre el borde del mar se estacionan hileras de gentes, que gritan: «¡Una vela!»

CASSIO.- Mis esperanzas se figuran que es el gobernador. (*Oyense disparos de cañón.*)

CABALLERO SEGUNDO.- Hacen salvas de cortesía. En todo caso, amigos nuestros.

CASSIO.- Por favor, señor, id a ver, y venid a informarnos de quién es el que llegó.

CABALLERO SEGUNDO.- Voy allá. (*Sale.*)

MONTANO.- Pero, buen teniente, ¿se ha casado vuestro general?

CASSIO.- De la manera más feliz. Ha hecho la conquista de una doncella que puede luchar con toda descripción y sobrepuja a toda fama; de una joven que excede los conceptos de las plumas brillantes y que por las galas esenciales de su naturaleza, fatiga la imaginación del artista. -¡Hola! ¿Quién ha entrado en el puerto?

Vuelve a entrar el CABALLERO SEGUNDO

CABALLERO SEGUNDO.- Es un tal Iago, alférez del general.

CASSIO.- Ha hecho la más favorable y rápida travesía. Las tempestades mismas, las mares gruesas, los vientos mugidores, las rocas estriadas y las congregadas arenas, traidores apostados para sorprender las inocentes quillas, como por sentimiento de la belleza, han renunciado a su natural mortífero, para dejar ir con toda seguridad a la divina Desdémona.

MONTANO.- ¿De quién se trata?

CASSIO.- De la que os hablaba, de la capitana de nuestro gran capitán, remitida a la conducción del audaz Iago, cuya llegada aquí avanza con una rapidez de siete días nuestras suposiciones. ¡Gran Júpiter, protege a Otelo e hincha su velamen con tu propio y poderoso aliento, a fin de que honre esta playa con su gallarda nave, que sienta en los brazos de Desdémona las ardientes palpitaciones del amor, que infunda renovado fuego en nuestro extinguido coraje, y traiga consuelo a toda Chipre!...

Entran DESDÉMONA, EMILIA, IAGO, RODRIGO y personas del acompañamiento

CASSIO.- ¡Oh, mirad! ¡Los tesoros de la nave llegan de la ribera! ¡Vosotros, hombres de Chipre, permitid que ella os tenga de rodillas! ¡Salve a ti, dama, y que la gracia del cielo te circuya alrededor y te rodee por todas partes!

DESDÉMONA.- Os lo agradezco, valeroso Cassio. ¿Qué noticias podéis darme de mi señor?

CASSIO.- Todavía no ha llegado; ni sé otra cosa sino que se encuentra bien y estará aquí dentro de poco.

DESDÉMONA.- ¡Oh, temo, no obstante!... ¿Cómo perdió vuestra compañía?

CASSIO.- La gran contienda entre el mar y los cielos nos separó... Pero iescuchad! ¡Una vela!

VOCES. (*Dentro.*) ¡Una vela! ¡Una vela! (*Oyense de pronto disparos de artillería.*)

CABALLERO SEGUNDO.- Envían sus saludos a la ciudadela. Son también amigos.

CASSIO.- ¡Id por noticias! (*Sale el Caballero.*) Buen alférez, sed bien venido. (*A Emilia.*) Sed bienvenida, señora. -Buen Iago, no os incomodéis si llevo tan lejos mis maneras; es mi educación la que me impulsa a esta osada muestra de cortesía. (*Besa a Emilia.*)

IAGO.- Señor, si os regalara con sus labios tanto como me da a menudo con su lengua, ya os bastaría.

DESDÉMONA.- ¡Ay! ¡Pero si no habla!

IAGO.- A fe mía, de sobra. Lo noto siempre que me entran ganas de dormir. Pardiez, estoy seguro de que delante de Vuestra Señoría pone un poco su lengua en el corazón y sólo murmura con el pensamiento.

EMILIA.- Tenéis pocos motivos para hablar así.

IAGO.- Vamos, vamos, sois pinturas fuera de casa, cascabeles en vuestros estrados, gatos monteses envuestras cocinas, santas en vuestras injurias, diablos cuando sois ofendidas, haraganas en la economía doméstica y activas en la cama.

DESDÉMONA.- ¡Oh, vergüenza de ti, calumniador!

IAGO.- No, es la verdad, o soy un turco: os levantáis para vuestros recreos y os vais a la cama para trabajar.

EMILIA.- No os encargaré de escribir mi elogio.

IAGO.- No, no me lo encarguéis.

DESDÉMONA.- ¿Qué escribiríais de mí si tuvierais que hacer mi elogio?

IAGO.- ¡Oh, encantadora dama! No me encarguéis de semejante obra, pues no soy más que un censurón.

DESDÉMONA.- Vamos, prueba. ¿Ha venido alguien al puerto?

IAGO.- Si, señora.



DESDÉMONA.- No estoy alegre. Pero engaño la disposición en que me encuentro, haciendo parecer lo contrario. Veamos, ¿cómo haríais mi elogio?

IAGO.- No pienso en ello; pero, a la verdad, mi inspiración se agarra a mi mollera como la liga a la frisa; sale arrancando sesos y todo. Sin embargo, mi musa está de parto y he aquí lo que da a luz.

Si una mujer es rubia e ingeniosa, belleza e ingenio son, el uno para usarlo, la otra para servirse de ella.

DESDÉMONA.- ¡Lindo elogio! ¿Y si es morena e ingeniosa?

IAGO *Si es morena y a esto tiene ingenio, hallará un blanco que se acomodará con su negrura.*

DESDÉMONA.- De mal en peor.

EMILIA.- ¿Y si es hermosa y necia?

IAGO *La que fue hermosa nunca fue necia, pues su misma necesidad le ayudó a procurarse un heredero.*

DESDÉMONA.- Ésas son viejas paradojas para hacer reír a los tontos en las cervecerías. ¿Qué miserable elogio reservas a la que es fea y necia?

IAGO *Ninguna hay a la vez tan fea y necia que no haga las mismas travesuras que las bellas ingeniosas.*

DESDÉMONA.- ¡Oh, crasa ignorancia! A la peor es a la que mejor encomias. Pero ¿qué elogio tributarías a una mujer realmente virtuosa? ¿A una mujer que, con la autoridad de su mérito, se atreviera justamente a desafiar el testimonio de la malignidad misma?

IAGO

*La que siempre fue bella y nunca orgullosa,
que tuvo la palabra a voluntad y nunca armó ruido;
que jamás le faltó oro, y no fue nunca fastuosa;
que ha contenido su deseo, siéndole fácil decir: «ahora puedo»;
la que en su cólera, cuando tenía a mano la venganza,
impuso silencio a su injuria y despidió a su desagrado,
aquella cuya prudencia careció de la suficiente fragilidad
para cambiar una cabeza de pescado por una cola de salmón;
la que pudo pensar, y nunca descubrió su alma;
aquella a la que seguían los enamorados y nunca miró tras sí;*

esta fue una criatura, si tales han existido...

DESDÉMONA.- ¿Para hacer qué?

IAGO *Para dar de mamar a los tontos y registrar cosas frívolas.*

DESDÉMONA.- ¡Oh, conclusión muy coja e impotente! No aprendas de él, Emilia, aunque sea tu marido, ¿Qué decís vos, Cassio? ¿No es un censor muy grosero y licencioso?

CASSIO.- Habla a su manera, señora. Os agradará más como soldado que como hombre de letras.

IAGO.- (Aparte.) La coge por la palma de la mano... Sí, bien dicho. -Cuchichean... Con una tela de araña tan delgada como ésa, entramparé una mosca tan grande como Cassio. Sí, sonríele, anda. Yo te atraparé en tu propia galantería... Decís verdad; así es, en efecto... Si semejantes manejos os hacen perder vuestra tenencia, sería mejor que no hubiereis besado tan a menudo vuestros tres dedos, lo que os pone en trance de daros aún aires de galanteador. ¡Magnífico! ¡Bien besado y excelente cortesía! Así es, verdaderamente. ¡Cómo! ¿Otra vez vuestros dedos a sus labios? ¡Que no pudieran serviros de cánulas de clister! (Suena una trompeta.) - ¡El moro! ¡Conozco su trompeta!

CASSIO.- Es él, seguramente.

DESDÉMONA.- Vamos a su encuentro a recibirlle.

CASSIO.- Mirad, aquí viene.

Entra OTELO y acompañamiento

OTELO.- ¡Oh, mi linda guerrera!

DESDÉMONA.- ¡Mi querido Otelo!

OTELO.- Mi asombro es tan grande como mi contento, al ver que habéis llegado aquí antes que yo. ¡Oh, alegría de mi alma! ¡Si a todas las tempestades suceden calinas como ésta, soplen los vientos hasta despertar la muerte! Y que mi barca, luchando con esfuerzo, escale montañas de agua tan altas como el Olimpo y descienda en seguida tan bajo como la distancia que separa el cielo del infierno! ¡Si me sucediera ahora morir, sería este momento el más dichoso! Porque mi alma posee una felicidad tan absoluta, que temo que otra parecida no le esté reservada en el ignorado porvenir.

DESDÉMONA.- ¡No permitan los cielos que nuestro amor y nuestra felicidad cesen de crecer antes de que acaben nuestros días!

OTELO.- ¡Amén respondo a esta plegaria, poderes celestes! ¡No puedo hablar, como quisiera, de este contento! ¡Me ahoga aquí mismo! ¡Es demasiada alegría!... ¡Que esto y



esto (*besando a Desdémona*) sean las mayores discordias que conozcan jamás nuestros corazones!

IAGO.- (*Aparte.*) ¡Oh, ahora estáis bien templados! ¡Pero a fe de hombre honrado, yo aflojaré las clavijas que producen esta música!

OTELO.- Venid, diríjamonos al castillo.- ¡Noticias, amigos! Nuestras guerras han dado fin. Los turcos perecieron ahogados.- ¿Cómo se encuentran mis antiguos conocidos de esta isla?- Panalito de miel, seréis bien acogida en Chipre. He hallado mucho afecto entre sus habitantes. ¡Oh, dulce amada mía, estoy hablando sin ton ni son, y desvarío en mi propia felicidad!- Por favor, buen Iago, anda a la bahía y desembarca mis cofres. Conduce al patrón a la ciudadela; es un bravo, y su excelencia merece mucho respeto. Vamos, Desdémona, una vez más, bien hallada en Chipre. (*Salen Otelo, Desdémona y acompañamiento.*)

IAGO.- Ve a reunirte conmigo inmediatamente en el puerto.- Avanza aquí. Si eres valiente (y dicen que hasta los hombres de baja extracción cuando están enamorados adquieren una nobleza que no les es natural), escúchame. El teniente vela esta noche en el cuerpo de guardia... Pero antes debo decirte esto: Desdémona está positivamente enamorada de él.

RODRIGO.- ¡De él! ¡Cómo! Eso no es posible.

IAGO.- Pon el dedo así, y deja que se instruya tu alma. Advierte con qué vehemencia ha amado en principio al moro, sólo por sus fanfarronadas y las fantásticas mentiras que lo contó. ¿Y le amará siempre por su charlatanería? Que tu discreto corazón no piense en ello. Sus ojos tienen que alimentarse. ¿Y qué hallará en mirar al diablo? Cuando la sangre se enerve con el acto del goce, necesitará para encenderla otra vez y dar a la saciedad un nuevo apetito, encanto en las formas, simpatía en los años, modales y belleza, cosas todas de que carece el moro. Luego, falta de estos atractivos necesarios, su delicada sensibilidad hallará que se ha engañado, comenzará a sentir náuseas, a detestar y a aborrecer al moro. La naturaleza misma será en esta ocasión su institutriz y la compelirá a alguna segunda elección. Ahora, señor, esto concedido y son premisas muy concluyentes y naturales, ¿quién se encuentra tan bien colocado como Cassio en el camino de esta buena suerte: un bribón por demás voluble, sin otra conciencia que la precisa para envolverse en meras formas de apariencia urbana y decente, para la más amplia satisfacción de sus inclinaciones salaces y clandestinamente desarregladas? Pardiez, nadie; nadie en el mundo, pardiez. Es un pillo de lo más sutil y resbaladizo, un buscador de ocasiones, con

una vista que puede acuñar y falsificar oportunidades, aun cuando la verdadera oportunidad no se le presente nunca. ¡Un granuja diabólico!

Además, el tunante es guapo, joven y posee todos aquellos requisitos que buscan la ligereza y el poco seso. Un belitre completamente importuno, y la mujer le ha distinguido ya.

RODRIGO.- No puedo creer esto de ella. Está llena de los sentimientos más virtuosos.

IAGO.- ¡Virtuosos rabos de higa! El vino que bebe está hecho de uvas; si hubiera sido virtuosa, jamás habría amado al moro. ¡Virtuoso pudín! ¿No viste cómo le golpeaba en la palma de la mano? ¿No lo advertiste?

RODRIGO.- Sí, lo advertí; pero era sólo cortesía.

IAGO.- ¡Liviandad, por esta mano! ¡El índice y oscuro prólogo a la historia de su luxuria y culpables pensamientos! ¡Sus labios se encontraban tan cerca, que sus alientos se abrasaban juntos! ¡Pensamientos villanos, Rodrigo! Cuando estas intimidades recíprocas abren la marcha, el general y el grueso del ejército llegan bien pronto, y la conclusión es quedar incorporados. ¡Psh!... Pero, señor, dejaos dirigir por mí; os he traído de Venecia. Velad esta noche. En cuanto a la consigna, ya os la daré. Cassio no os conoce... Yo no estaré lejos de vos. Hallad alguna ocasión de encolerizar a Cassio, sea hablándole demasiado alto, seareabajando su disciplina, o por cualquier medio que os plazca, cuya hora no podrá por menos de proporcionaros la ocasión propicia.

RODRIGO.- Bien.

IAGO.- Señor, él es arrojado y muy repentino en su cólera, y quizás os golpee; provocadle para que lo haga, pues yo entonces me serviré de esta ocasión para excitar a los de Chipre a una revuelta, cuya pacificación no podrá operarse sino por la destitución de Cassio. De esta manera haréis más corto el viaje a vuestros deseos, gracias a los medios de que dispondré entonces para hacerles avanzar, una vez que sea felizmente descartado el obstáculo que, mientras existiera, no nos permitiría contar con la realización de nuestras esperanzas.

RODRIGO.- Lo haré, si logro hallar cualquier ocasión.

IAGO.- La hallarás, te respondo de ello. Ven a reunirte conmigo dentro de un instante en la ciudadela. Es menester que haga desembarcar sus efectos. Adiós.

RODRIGO.- Adiós. (*Sale.*)



IAGO.- Que Cassio la ama, lo creo en verdad. Que ella ame a Cassio es posible y muy fácil de creer; el moro (a pesar de que yo no pueda aguantarle) es de una naturaleza noble, constante en sus afectos, y me atrevo a pensar que se mostrará para Desdémona un ternísimo esposo. Ahora, yo la quiero también; no por deseo carnal -aunque quizás el sentimiento que me guía sea tan gran pecado-, sino porque ella me proporciona en parte el sazonamiento de mi venganza. Pues abrigo la sospecha de que el lascivo moro se ha insinuado en mi lecho, sospecha que, como un veneno mineral, me roe las entrañas, y nada podrá contentar mi alma hasta que liquide cuentas con él, esposa por esposa; o, si no puedo, hasta que haya arrojado al moro en tan violentos celos que el buen sentido no pueda curarle. Para llegar a este objeto, si ese pobre desdichado de Venecia, a quien señalo el rastro para su ardiente caza, sigue bien la pista, cogeré a nuestro Miguel Cassio en una desventaja y le ultrajaré a los ojos del moro de la manera más grosera, pues temo también que Cassio vigile mi gorro de dormir. Quiero que el moro me dé las gracias, me ame y me recompense por haber hecho de él un asno insigne, y turbado su paz y quietud hasta volverle loco. El plan está aquí, pero todavía confuso.

¡El verdadero semblante de la bellaquería no se descubre nunca hasta que ha hecho su obra! (*Sale.*)

Escena Segunda

Una calle

Entran OTELO, DESDÉMONA, CASSIO y acompañamiento

HERALDO.- Es gusto de Otelo, nuestro noble y valiente general, que, en vista de las noticias ciertas que acaban de recibirse, significando la pérdida pura y simple de la flota turca, los habitantes solemnizan este acontecimiento, unos por medio de bailes, otros con hogueras de regocijo, todos entregándose a las diversiones y fiestas a que les lleve su inclinación, pues además de estas felices noticias, hoy es el día de la celebración de su matrimonio. Esto es lo que por orden suya se proclama. Todos los tinieles del castillo están abiertos, y hay plena libertad para festejar desde la hora presente de las cinco hasta que la campana haya dado las once. ¡Los cielos bendigan la isla de Chipre y a nuestro noble general Otelo! (*Salen.*)

Escena Tercera

Sala en el castillo

Entran OTELO, DESDÉMONA, CASSIO y acompañamiento

OTELO.- Buen Miguel, atended a la guardia esta noche. Sepámos poner a nuestros placeres estos honrados límites, a fin de no rebasar nosotros mismos los linderos de la discreción.

CASSIO.- Iago ha recibido las instrucciones necesarias; pero, no obstante, inspeccionaré todo con mis propios ojos.

OTELO.- Iago es muy honrado. Buenas noches, Miguel. Mañana, lo más temprano que os sea posible, tengo que hablar con vos. Vamos, amor querido. (*A Desdémona.*) Hecha la adquisición, es menester gozar el fruto, y esta ventura está aún por llegar entre vos y yo. Buenas noches. (*Salen Otelo, Desdémona y acompañamiento.*) 2

Entra IAGO

CASSIO.- Bien venido, Iago. Debemos hacer la guardia.

IAGO.- No a esta hora, teniente; no han dado las diez aún. Nuestro general nos ha despedido tan pronto por amor de su Desdémona, y no podemos ciertamente censurarlo; todavía no se ha refocilado con ella de noche, y es bocado digno de Júpiter.

CASSIO.- Es una dama exquisitísima.

IAGO.- Y que le gusta el regodeo, os lo garantizo.

CASSIO.- Es, en verdad, la criatura más lozana y deliciosa.

IAGO.- ¡Qué ojos tiene! ¡Parece que tocan una llamada a la provocación!

CASSIO.- Uhos ojos incitantes; y, sin embargo, diría que su mirada es sumamente modesta.

IAGO.- Y cuando habla, ¿no suena su voz como una alarma amorosa?

CASSIO.- Es, en verdad, la perfección misma.

IAGO.- Bien; que la felicidad sea entre sus sábanas. Venid, teniente, tengo media azumbre de vino, y ahí fuera aguardan un par de galanes de Chipre, que de buena sana beberían una medida a la salud del atezado Otelo.

CASSIO.- Esta noche no, buen Iago; tengo una cabeza de las más débiles y desdichadas para la bebida.

Quisiera que la cortesanía inventara algún otro modo de agasajo.

IAGO.- ¡Oh! Son amigos nuestros. Una copa tan sólo. Yo beberé por vos.

CASSIO.- No he bebido esta noche más que una sola copa, y ésa prudentemente bautizada, y ved, no obstante, qué perturbación ha causado en mí. Me aflige esta flaqueza, y no me atrevería a imponer la carga de una segunda copa a mi debilidad.



IAGO.- ¡Qué hombre! Ésta es una noche de fiesta; lo desean los galanes.

CASSIO.- ¿Dónde están?

IAGO.- Ahí en la puerta. Por favor, decidles que entren.

CASSIO.- Lo haré; pero me disgusta. (*Sale Cassio.*)

IAGO.- Si puedo inducirle a que acepte siquiera una copa, con lo que ya ha bebido esta noche, se pondrá tan pendenciero y agresivo como el perro de mi joven dama. Por su parte, mi loco imbécil de Rodrigo, a quien el amor ha vuelto ya casi el cerebro del revés, bebe esta noche, copa tras copa, en honor de Desdémona y forma parte de la guardia. También he regado esta noche con abundantes libaciones a los tres mancebos de Chipre (espíritus nobles e hirvientes, singularmente meticulosos en punto de honor, verdaderos elementos -agua, fuego, aire y tierra- de esta isla), que están asimismo de guardia. Ahora, entre esta bandada de borrachos, haré que nuestro Cassio cometa alguna acción que pueda ofender a la isla. Pero helos que vienen aquí. Si las consecuencias responden al plan que he soñado, mi barca navegará libremente contra viento y marea.

Vuelve a entrar CASSIO, seguido de MONTANO y otros CABALLEROS, con criados que traen vino

CASSIO.- ¡A fe de Dios, ya me han dado un vaso lleno!

MONTANO.- Bien poco, por mi buena fe; ni siquiera una pinta, como soy soldado.

IAGO.- ¡Venga vino, hola! (*Canta.*)

*Y dejadme sonar, sonar el potín;
y dejadme sonar el potín;
el soldado es un hombre,
la vida es sólo un instante;
beba, pues, el soldado hasta el fin.*

¡Vino, muchachos!

CASSIO.- ¡Por el cielo, una excelente canción!

IAGO.- La aprendí en Inglaterra, donde, por cierto, se hallan los más bravos bebedores. Vuestro danés, vuestro germano y vuestro panzudo holandés -¡a beber, hola!- no valen nada comparados con vuestro inglés.

CASSIO.- ¿Tan experto bebedor es vuestro inglés?

IAGO.- ¡Pardiez! Os bebe con una facilidad que dejará pálido como la muerte a vuestro danés; no ha menester que sude para derribar a vuestro alemán; y en cuanto a vuestro holandés, le provocará un vómito antes de que llene el segundo vaso.

CASSIO.- ¡A la salud de nuestro general!

MONTANO.- Os la acepto, teniente, y beberé antes que vos.

IAGO.- ¡Oh, dulce Inglaterra! (*Canta.*)

*El rey Esteban fue un digno par,
su calzas le costaban sólo una corona;
hallábalas muy caras a seis peniques;
y así llamaba granuja al sastre.*

*Era un galán de alto renombre,
y tú sólo eres de baja condición.*

El orgullo es el que pierde a la nación.

Echa, por tanto, tu capa vieja sobre ti.

¡Venga vino, hola!

CASSIO.- Pardiez, esta canción es más linda que la otra.

IAGO.- ¿Queréis oírla de nuevo?

CASSIO.- No; pues creo que es indigno de su puesto el que hace estas cosas... Bien... Dios está por encima de todo; y hay almas que se salvarán y otras que no se salvarán.

IAGO.- Es cierto, mi buen teniente.

CASSIO.- Por lo que a mí respecta... -sin ofender al general ni a ningún hombre de rango...-, espero salvarme.

IAGO.- Y yo también, teniente.

CASSIO.- Sí, pero con vuestro permiso, no primero que yo... El teniente ha de salvarse antes que el alférez... Pero no hablamos más de esto. Ocupémonos de nuestros asuntos... ¡Perdonadnos nuestros pecados!... Señores, atendamos a nuestros asuntos. ¡No creáis que estoy bebiendo, señores!... He aquí a mi alférez... Ésta es mi mano derecha, y ésta mi izquierda... No estoy borracho aún. Puedo tenerme muy bien, y hablo bastante acorde.

TODOS.- ¡Perfectamente bien!

CASSIO.- Pues muy bien entonces. Conque, no debéis pensar que estoy borracho. (*Sale.*)

MONTANO.- ¡A la explanada, maeses; vamos, montemos la guardia!



IAGO.- Ya veis ese camarada que acaba de marcharse... Es un soldado digno de servir al lado de César y de mandar en jefe. Y, sin embargo, notad su vicio. Hace un equinoccio exacto con su virtud; el uno es tan largo como la otra. ¡Qué lástima! Temo que la confianza que en él deposita Otelo no provoque una perturbación en esta isla, si su debilidad se manifiesta en tiempo inoportuno.

MONTANO.- Pero ¿está así con frecuencia?

IAGO.- Ese estado sirve casi siempre de prólogo a su sueño. Permanecería sin dormir una doble vuelta de reloj si la embriaguez no arrullara su cuna.

MONTANO.- Estaría bien que el general fuese informado de ello. Quizá no lo note, o que su bondad natural, apreciando tan sólo las virtudes que aparecen en Cassio, no preste atención a sus defectos. ¿No es verdad?

Entra RODRIGO

IAGO.- (Aparte.) ¡Hola, Rodrigo! ¡Por favor, corred detrás del teniente; andad! (Sale Rodrigo.)

MONTANO.- Y es muy de sentir que el noble moro arriesgue un puesto tan importante como el de su segundo en las manos de un hombre a quien domina un vicio tan arraigado. Sería una acción loable hablar de ello al moro.

IAGO.- No seré yo quien lo haga, por esta bella isla. Quiero bien a Cassio, y haría cualquier cosa por curarle de ese defecto. Pero iescuchad! ¿Qué ruido es ése?

VOCES.- (Dentro.) ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Entra CASSIO, persiguiendo a RODRIGO

CASSIO.- ¡Sinvergüenza! ¡Canalla!

MONTANO.- ¿Qué ocurre, teniente?

CASSIO.- ¡Un bribón!... ¡Enseñarme mi deber! ¡Voy a aplastar al bellaco hasta encajarlo en una cesta de mimbre!

RODRIGO.- ¡Aplastarme!

CASSIO.- ¡Cómo! ¡Chachareas, belitre? (Golpeando a Rodrigo.)

MONTANO.- Vaya, buen teniente; os lo ruego, señor, tened vuestra mano.

CASSIO.- ¡Dejadme, señor, u os aporrearé los cascos!

MONTANO.- ¡Vamos, vamos, estáis ebrio!

CASSIO.- ¡Ebrio! (Se batén.)

IAGO.- (Aparte a Rodrigo.) ¡Pronto, digo! ¡Corred y gritad: «¡Un motín!»! (Sale Rodrigo.) ¡Vamos, buen teniente!... ¡Ay, caballeros!... ¡Auxilio, holá!... ¡Señor Montano!... ¡Señor!... ¡Auxilio, señores!... ¡He aquí una linda guardia, en verdad!... (Toca a rebato una campana.) ¿Quién toca esa campana? ¡Diablo, eh! ¡La ciudad va a levantarse! ¡Poder de Dios!... ¡Teneos, teniente! ¡Os veréis para siempre deshonrado!

Vuelve a entrar OTELO, con personas del séquito

OTELLO.- ¿Qué pasa aquí?

MONTANO.- ¡Voto a Dios! ¡Sangro sin cesar! ¡Estoy herido de muerte!

OTELLO.- ¡Teneos, por vuestras vidas!

IAGO.- ¡Teneos, eh, teniente!... ¡Señor Montano! ¡Caballeros!... ¿Habéis perdido todo sentimiento del lugar en que estamos y de vuestros deberes?... ¡Teneos! ¡El general os habla! ¡Teneos, por pudor!

OTELLO.- ¡Alto! ¡Hola! ¡Eh! ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Nos hemos vuelto turcos y hacemos contra

nosotros mismos lo que el cielo no nos ha permitido hacer contra los otomanos? ¡Por pudor cristiano, cesad en esta querella bárbara! ¡El que dé un paso para tratar de satisfacer su furia, tiene en poco su alma! ¡Muere al primer movimiento! ¡Que calle esa terrible campana, que llena de espanto hasta poner fuera de sí a los habitantes de la isla!... ¿Qué sucede, señores? Honrado Iago, tú, que tienes aire de morir de pesar, habla. ¿Quién ha comenzado esta riña? Te lo mando, por tu afecto.

IAGO.- Lo ignoro... Eran amigos ahora, hace un instante, en este cuartel, y en tan buenas relaciones como novio y novia cuando, recién casados, se desnudan para ir al lecho; y, de repente (como si algún planeta hubiera sembrado la locura), tiran de sus espadas y se arrojan, pecho a pecho, uno contra otro en lucha sangrienta. No puedo decir quién fue el que empezó esta reyerta extraña, y quisiera haber perdido en una acción gloriosa estas piernas que me han traído aquí para que la presencie.

OTELLO.- ¿Cómo es posible, Miguel, que os hayáis olvidado de vos mismo hasta este extremo?

CASSIO.- Os lo ruego, perdonadme; no puedo hablar.

OTELLO.- Digno Montano, siempre habéis sido correcto. El mundo ha notado vuestra gravedad y la placidez de vuestra juventud, y vuestro nombre es altamente estimado por los censores más sesudos. ¿Qué ha sucedido, pues, para que deslustréis así vuestra



reputación y consintáis en trocar la rica estima de que gozáis por la calificación de quimerista nocturno? Dadme una respuesta

MONTANO.- Notable Otelo, estoy herido de cuenta. Vuestro oficial, Iago, puede informaros mientras ahorro palabras que ahora me producen un poco de malestar- de todo cuanto sé. Ni por mi parte creo haber dicho ni hecho nada censurable esta noche, a menos que el cuidado de sí propio sea a veces un vicio y el defendernos cuando la violencia nos ataca, un pecado.

OTELO.- ¡Por el cielo!, la sangre comienza ahora a regirme, en lugar de mis facultades más tranquilas; y la pasión, ennegreciendo mi mejor juicio, trata de guiar mi conducta. ¡Si me muevo tan sólo o levanto este brazo, el mejor de vosotros va a sucumbir bajo mi castigo! Decidme cómo ha empezado esta odiosa querella; quién la promovió, y el que sea reconocido culpable de esta falta así fuera mi hermano gemelo, nacido a la misma hora que yo, me perderá para siempre. ¡Cómo! ¡Venir a levantar una rencilla particular y doméstica en una ciudad de guerra, todavía agitada, el corazón de cuyos habitantes está henchido de miedo, en plena noche y en el cuerpo de guardia, y de seguridad! ¡Es monstruoso! -Iago, ¿quién la empezó?

MONTANO.- Si por camaradería o espíritu de cuerpo faltas en lo más mínimo a la verdad, no eres soldado.

IAGO.- No me toquéis tan de cerca. Preferiría que se me arrancase esta lengua de la boca antes que ofender a Miguel Cassio. Sin embargo, estoy seguro de que, diciendo la verdad, no le perjudicaré en nada.

He aquí lo que ha sucedido, general: Estábamos Montano y yo de charla, cuando viene un individuo gritando: «¡Auxilio!» y Cassio persiguiéndole con la espada tendida y decidido a descargar un golpe sobre él. Señor, este caballero colocose delante de Cassio para rogarle que se contuviera, y yo mismo me lancé tras el individuo que gritaba, de miedo que con sus clamores -como ha pasado- no sembrara el terror en la ciudad. Pero él, ágil de talones, me impidió que lograra mi objeto, y volví, tanto más rápido cuanto escuché el choque y caída de espadas y a Cassio jurando en altas voces lo que jamás hasta esta noche hubiera podido afirmar. Cuando hube retorna (porque esto fue breve), les hallé el uno contra el otro, en guardia y esgrimiendo, exactamente en la situación en que estaban cuando llegasteis para separarlos. No puedo decir otra cosa de este asunto... Pero los hombres son hombres; los mejores se olvidan a veces... Aunque Cassio haya

maltratado un poco a este caballero -pues cuando los hombres se hallan enfurecidos hieren a aquellos que más aprecian-, sin embargo, creo yo que Cassio ha recibido seguramente de parte del que huyó algún ultraje extraordinario que la paciencia no podía tolerar.

OTELO.- Sé, Iago, que tu honradez y tu amistad te inducen a atenuar el hecho, para que pese menos sobre Cassio.- Cassio, te estimo; pero no serás nunca más mi oficial.

Vuelve a entrar DESDÉMONA, con su séquito

¡Mirad si mi gentil amada no se ha despertado!... (A Cassio.) ¡Haré contigo un escarmiento!

DESDÉMONA.- ¿Qué pasa?

OTELO.- Todo acabó, dulce prenda; vamos al lecho. (A Montano.) Señor, yo mismo seré el cirujano de vuestras heridas. Conducidle. (Se llevan a Montano.) Iago, recorre con cuidado la ciudad y apacigua a los que esta querella vil haya alarmado.- Venid, Desdémona; es la vida del soldado: despertarse de su balsámico sueño por los ruidos del combate. (Salen todos, menos Iago y Cassio.)

IAGO.- ¡Cómo! ¿Estáis herido, teniente?

CASSIO.- Sí, y sin remedio posible.

IAGO.- ¡Pardiez, no quieran los cielos!

CASSIO.- ¡Reputación, reputación, reputación!... ¡Oh! ¡He perdido mi reputación!... He perdido la parte inmortal de mi ser, y lo que me resta es bestial... ¡Mi reputación, Iago, mi reputación!

IAGO.- Tan cierto como soy hombre honrado, creí que habíais recibido alguna herida corporal; éstas son más graves que las de la reputación. La reputación es un prejuicio inútil y engañoso, que se adquiere amenudo sin mérito y se pierde sin razón. No habéis perdido reputación ninguna, a menos que vos mismo la reputéis perdida. ¡Qué, hombre! Aún hay medios de recobrar el favor del general. Habéis sido lanzado ahora en un momento de mal humor, castigo impuesto más por política que por malignidad, tal como uno cuando apalease a su perro inofensivo para espantar a un imperioso león. Suplicadle otra vez, y será vuestro.

CASSIO.- Antes le suplicaré que me desprecie que engañar a tan buen comandante, proponiéndole un oficial tan ligero, tan dado a la bebida y tan imprudente... ¡Emborracharse! ¡Y parlotear como un loro! ¡Y disputar! ¡Baladronear! ¡Jurar! ¡Y discutir!



como un pelafustán con su propia sombra...! Oh tú, espíritu invisible del vino! Si careces de nombre con que se te pueda conocer, llámame demonio!

IAGO.- ¿A quién perseguíais con vuestra espada? ¿Qué os había hecho?

CASSIO.- No lo sé.

IAGO.- ¿Es posible?

CASSIO.- Recuerdo un cúmulo de cosas, mas nada distintamente; una querella, pero ignoro por qué...

¡Oh! ¡Que los hombres se introduzcan un enemigo en la boca para que les robe los sesos! ¡Que constituya para nosotros alegría, complacencia, júbilo y aplauso convertirnos en bestias!

IAGO.- Vamos, ya estáis bastante sereno. ¿Cómo os habéis restablecido tan pronto?

CASSIO.- Plugo al diablo. Embriaguez cede el sitio al demonio de la ira. Una imperfección me muestra a la otra, para que pueda francamente despreciarme a mí mismo.

IAGO.- Vamos, sois un moralista bastante severo. Considerando la hora, el lugar y la situación del país, hubiera deseado de todo corazón que esto no hubiese ocurrido; pero, puesto que las cosas han pasado así, enmendarlas en provecho propio.

CASSIO.- Le pediré de nuevo mi plaza; íme responderá que soy un borracho! Aunque tuviera yo tantas bocas como la hidra, semejante contestación las cerraría todas. ¡Ser hace un momento un hombre razonable, convertirse de pronto en imbécil y hallarse acto seguido hecho una bestia! ¡Oh, qué extraña cosa!... Cada copa de más es una maldición, y el ingrediente, un diablo.

IAGO.- Vamos, vamos, el buen vino es un buen compañero, si se le trata bien. No claméis más contra él. Por cierto, buen teniente, supongo creeréis que os estimo.

CASSIO.- Bien lo he experimentado, señor... ¡Borracho yo!

IAGO.- Vos y todo hombre viviente puede embriagarse en un momento dado, amigo. Voy a deciros lo que tenéis que hacer. La mujer de vuestro general es ahora el general... Puedo decirlo así, ya que ahora se ha dedicado por entero a la contemplación, a la admiración y al culto de sus cualidades y gracias... Confesaos a ella francamente, pedidla hasta mostraros importuno su ayuda para recobrar vuestro puesto. Es de una naturaleza tan generosa, tan sensible, tan amable, tan angélica, que su virtud considera como un vicio no hacer más de lo que se le pide. Suplicadla que entablille esta juntura rota entre vos y su

marido, y apuesto mi fortuna contra cualquier cosa que valga la pena de nombrarse a que vuestra afición recíproca se convertirá en más fuerte después de esta fractura.

CASSIO.- Me dais un buen consejo.

IAGO.- Protesto que es con toda la sinceridad de mi afecto y mi honrada bondad.

CASSIO.- Lo creo francamente, y mañana a primera hora suplicaré a la virtuosa Desdémona que interceda por mí. Desespero de mi suerte, si fracaso en esta solicitud.

IAGO.- Estáis en el verdadero camino. Buenas noches, teniente. Es menester que atienda a la guardia.

CASSIO.- Buenas noches, honrado Iago. (*Sale.*)

IAGO.- ¿Y quién se atrevería a decir que represento el papel del villano, cuando el consejo que doy es honrado y sincero, de una realización probable y el único medio, en verdad, de aplacar al moro? En efecto, es muy fácil inclinar a la complaciente Desdémona a toda honrada solicitud. Está fabricada de una naturaleza tan liberal como los libres elementos. Y en cuanto a ganar al moro, es para ella una tarea fácil - aun cuando se tratara de renunciar a su bautismo, a todos los sellos y a todos los símbolos de redención -, pues su alma se halla tan agarrotada en los lazos de su amor, que Desdémona puede hacer y deshacer, como plazca a su capricho representar el papel de Dios con su débil resistencia. ¿En qué soy, pues, un malvado, porque aconsejo a Cassio la línea de conducta que ha de llevarle directamente al logro de su bien?

¡Divinidad del infierno!... Cuando los demonios quieren sugerir los más negros pecados, principian por ofrecerlos bajo las muestras más celestiales, como hago yo ahora. Pues mientras este honrado imbécil solicite apoyo de Desdémona para reparar su fortuna, y ella abogue apasionadamente en favor suyo acerca del moro, insinuaré en los oídos de Otelo esta pestilencia, de que intercede por él por lujuria del cuerpo; y cuando más se esfuerce ella en servir a Cassio, tanto más destruirá su crédito ante el moro. Así, la envistaré en su propia virtud y extraeré de su propia generosidad la red que coja a todos en la trampa.

Entra RODRIGO

¿Qué hay, Rodrigo?

RODRIGO.- Sigo aquí la cacería, no como el sabueso que levanta la pieza, sino como el lebrel que sólo aúlla en la jauría. Mi dinero está casi agotado; esta noche he sido apaleado de lo lindo, y creo que el desenlace de todo esto consistirá en la experiencia que habré



sacado a costa de mis sinsabores. Y así, sin dinero ninguno y con un poco más de seso, me volveré a Venecia.

IAGO.- ¡Qué pobres gentes las que carecen de paciencia! ¿Qué herida se ha curado sino poco a poco?

Sabes que obramos por ingenio y no por brujería. Y el ingenio se sujeta a las dilaciones del tiempo. ¿Es que no marchan bien las cosas? Cassio te ha apaleado, y tú, a cambio de una ligera contusión, has dejado cesante a Cassio. Aunque hay muchas cosas que crecen lozanas bajo el sol, sin embargo, los frutos que florecen primero son también los primeros en madurar. Ten paciencia un instante... ¡Por la misa, está amaneciendo!

El placer y la acción hacen aparecer breves las horas. Retírate. Ve adonde indique tu boleta de alojamiento.

Parte, digo; sabrás más cosas después. ¡Anda, márchate! (*Sale Rodrigo.*) Dos cosas hay que hacer... mi esposa debe disponer a su ama en favor de Cassio. Voy a prepararla, y yo, al mismo tiempo, tendré cuidado de llevar al moro aparte y conducirle precisamente en el momento en que pueda hallar a Cassio solicitando a su mujer... ¡Sí, ése es el medio! ¡No dejemos que este plan languidezca por frialdad y demora! (*Sale e.*)

Acto tercero

Escena primera

Delante del castillo

Entran CASSIO y algunos MÚSICOS

CASSIO.- Tocad aquí, maestros... Yo recompensaré vuestras molestias... Algo que sea breve, y expresad el «¡Buenos días, general!» (*Música.*)

Entra el BUFÓN

BUFÓN.- Pardiez, maestros, ¿han estado vuestros instrumentos en Nápoles, que hablan tan de nariz?

MÚSICO PRIMERO.- ¿Cómo, señor, cómo?

BUFÓN.- Por favor, ¿son de aire esos instrumentos?

MÚSICO PRIMERO.- Sí, pardiez; lo son, señor.

BUFÓN.- ¡Oh! ¿Entonces van a traer cola?

MÚSICO PRIMERO.- ¿Dónde va a estar la cola, señor?

BUFÓN.- A fe, señor, en muchos instrumentos que conozco. Pero, maestros, aquí tenéis dinero. Al general le agrada tanto vuestra música, que os suplica, por amor de Dios, que no hagáis más ruido con ella.

MÚSICO PRIMERO.- Bien, señor, no lo haremos.

BUFÓN.- Si tenéis una música que no sea audible, tocadla; pero en cuanto a la música que se oye, como quien dice, al general le importa poco.

MÚSICO PRIMERO.- No tenemos música de esa clase, señor.

BUFÓN.- Entonces meted las flautas en vuestros sacos, porque me voy. Idos, desvaneceos en el aire; partid. (*Salen los músicos.*)

CASSIO.- ¿Me oyes, mi honrado amigo?

BUFÓN.- No, no oigo a vuestro honrado amigo, pero os oigo.

CASSIO.- Por favor, guárdate esas sutilezas. Aquí tienes una pobre moneda de oro; si la dama que sirve a la esposa del general está levantada, dile que un tal Cassio solicita el favor de hablar con ella un instante.

¿Lo harás?

BUFÓN.- Acaba de saltar del lecho. Si tengo un tropiezo con ella, lo haré con gusto.

CASSIO.- Hazlo, mi buen amigo. (*Sale el Bufón.*)

Entra IAGO

¡En buen hora, Iago!

IAGO.- ¿Es que no os habéis ido a dormir?

CASSIO.- A fe mía, no había roto el día antes de que nos separáramos. Iago, me he tomado la libertad de enviar aviso a vuestra esposa; quiero solicitar de ella que consienta en procurarme acceso acerca de la virtuosa Desdémona.

IAGO.- Voy a enviárosla inmediatamente. Y yo hallaré un medio de alejar al moro, para que vuestra conversación tocante a vuestro asunto tenga más libertad.

CASSIO.- Os lo agradezco humildemente. (*Sale Iago.*) No he conocido un florentino más amable y honrado.

Entra EMILIA

EMILIA.- Felices días, buen teniente. Estoy afligida por vuestra desgracia, pero todo se arreglará sin dilación. El general y su esposa hablan del caso, y ella aboga por vos vigorosamente. El moro replica que aquel a quien habéis herido es una persona de gran autoridad en Chipre, y de una parentela poderosa, y que no podía dejar de destituirlos sin



faltar a la prudencia; pero declara que os estima y que no son necesarias otras solicitudes que las de su amistad para decidirle a coger por los cabellos la primera ocasión de volver a llamaros.

CASSIO.- Sin embargo, os suplico -si lo juzgáis conveniente y hacedero- que me procuréis la oportunidad de tener una breve charla a solas con Desdémona.

EMILIA.- Entrad, os ruego; yo os procuraré sitio donde tengáis tiempo de abrir libremente vuestro corazón.

CASSIO.- Os quedo muy obligado. (*Salen.*)

Escena segunda

Aposento en el castillo

Entran OTELO, IAGO y CABALLEROS

OTELO.- Entrega estas cartas al piloto, Iago, y que presente al Senado mis respetos. Yo, en tanto, iré a pasearme del lado de las murallas; acude allí a reunirte conmigo.

IAGO.- Bien, mi buen señor, lo haré.

OTELO.- ¿Vamos a inspeccionar ese fuerte, caballeros?

CABALLEROS.- Estamos a las órdenes de Vuestra Señoría. (*Salen.*)

Escena tercera

Jardín del castillo

Entran DESDÉMONA, CASSIO y EMILIA

DESDÉMONA.- Ten la seguridad, mi buen Cassio, de que emplearé todas mis facultades en tu favor.

EMILIA.- Hacedlo, buena señora, os garantizo que esta desgracia aflige a mi esposo como si fuera suya.

DESDÉMONA.- ¡Oh, es un honrado compañero! No lo dudéis. Cassio, os haré a mi esposo y a vos amigos como antes.

CASSIO.- Bondadosa dama, suceda lo que quiera a Miguel Cassio, no será jamás otra cosa que vuestro muy fiel servidor.

DESDÉMONA.- Lo sé... Os doy las gracias. Estimáis a mi marido, le conocéis desde hace mucho tiempo; y estad bien seguro de que no os tendrá en reserva sino en la medida y durante el tiempo que le imponga la política.

CASSIO.- Sí, señora; pero esta política puede durar tanto tiempo, nutrirse de pretextos tan delicados e insignificantes, complicarse de tal modo a consecuencia de las

circunstancias, que yo ausente y ocupado mi puesto, mi general olvidará mis afectos y mis servicios.

DESDÉMONA.- No temas eso; te respondo de tu empleo ante Emilia aquí presente. Certifícate de que cuando hago una promesa de amistad, la cumplo hasta el último artículo. Mi señor no tendrá nunca reposo; le mantendré en vela hasta que le domé; le abrumaré a palabras hasta hacerle perder la paciencia; su lecho será como una escuela; su mesa, como un confesonario: mezclaré en todas sus ocupaciones la petición de Cassio. Así, alegrate, Cassio, pues tu solicitador morirá antes de abandonar tu causa.

EMILIA.- Señora, he aquí venir a mi señor.

CASSIO.- Señora, me despido.

DESDÉMONA.- No, quédate y me oirás hablar.

CASSIO.- Ahora no, señora; estoy muy desazonado e incapaz de servir a mis propios asuntos.

DESDÉMONA.- Bien; haced como juzguéis conveniente. (*Sale Cassio.*)

Entran OTELO e IAGO

IAGO.- ¡Ah! No me agrada esto.

OTELO.- ¿Qué dices?

IAGO.- Nada, señor; o si..., no sé qué.

OTELO.- ¿No era Cassio el que acaba de separarse de mi mujer?

IAGO.- ¿Cassio, señor? No, seguramente; no puedo suponer que se escapara así, como un culpable, al veros llegar.

OTELO.- Creo que era él.

DESDÉMONA.- ¡Hola, esposo mío! Acabo de conversar aquí con un solicitador, un hombre que pena por vuestro desagrado.

OTELO.- ¿A quién os referís?

DESDÉMONA.- Vaya, a vuestro teniente Cassio. Mi buen señor, si tengo gracia o poder para conmoveros, aceptad la sumisión que os ofrece para reconciliarse con vos; pues si no es un hombre que osestima sinceramente; si no es un hombre que ha pecado por ignorancia y no a sabiendas, no sé reconocer unseemblante honrado. Te lo suplico, reintégrale en su empleo.

OTELO.- ¿Es el que se aleja de aquí hace un instante?



DESDÉMONA.- Sí, en verdad, y tan humillado, que me dejó una parte de su pesar para sufrir con él. Mi querido amor, llamadle.

OTELO.- Ahora no, dulce Desdémona; otra vez será.

DESDÉMONA.- Pero esta otra vez, éserá pronto?

OTELO.- Lo antes posible, para agradarlos, querida.

DESDÉMONA.- ¿Esta noche, a la hora de cenar?

OTELO.- No; esta noche, no.

DESDÉMONA.- ¿Mañana, a la hora de comer, entonces?

OTELO.- No comeré en casa; me reúno con los capitanes en la ciudadela.

DESDÉMONA.- Vaya, entonces mañana por la noche, o el martes por la mañana; o el martes a mediodía, o por la noche; o el miércoles por la mañana... Por favor, señala el momento; pero que no exceda de tres días. Por mi fe, él está arrepentido; y, sin embargo, su falta (salvo si se tiene en cuenta la regla que, según dicen, exige que en la guerra se haga el escarmiento de los mejores) no es una de esas faltas que, según la opinión común, merezca apenas una reprensión particular. ¿Cuándo volverá? Decidme, Otelo. Me pregunto con asombro en mi alma qué podréis pedirme que yo os negase, o que os concediera con esta vacilación. ¡Cómo! ¡Miguel Cassio, que os acompañaba cuando me cortejabais, y que a menudo ha tomado vuestro partido, cuando yo hablaba de vos desventajosamente! ¡Y que tenga yo ahora necesidad de tantos esfuerzos para llamarle! Creedme, no sé qué haría...

OTELO.- ¡Por favor, basta! ¡Que venga cuando quiera! ¡No he de negarte nada!

DESDÉMONA.- Vaya, esto no es una merced. Es como si os rogara que llevárais guantes, que os alimentarais de platos nutritivos, que no os resfriarais o solicitara de vos que hicieseis un servicio particular a vuestra propia persona. No, cuando me proponga realmente poner a prueba vuestro amor, será con una cosa de gran importancia, difícil y arriesgada de conceder.

OTELO.- No te negaré nada. Por tanto, te suplico que me otorgues esto: dejarme un instante a solas contigo.

DESDÉMONA.- ¿Y os lo voy a negar? Adiós, querido esposo.

OTELO.- ¡Adiós, Desdémona mía! Al punto iré a tu encuentro.

DESDÉMONA.- Ven, Emilia.- Haced como el corazón os dicte. Lo que quiera que deseéis, soy obediente. (*Sale con Emilia.*)

OTELO.- ¡Adorable criatura! ¡Que la perdición se apodere de mi alma si no te quiero! ¡Y cuando no te quiera, será de nuevo el caos!

IAGO.- Mi noble señor...

OTELO.- ¿Qué dices, Iago?

IAGO.- ¿Es que conocía Miguel Cassio vuestro amor cuando hacías la corte a la señora?

OTELO.- Lo conoció desde el principio hasta el fin. ¿Por qué me preguntas eso?

IAGO.- Sólo por la satisfacción de mi pensamiento; no por nada más grave.

OTELO.- ¿Y cuál es tu pensamiento, Iago?

IAGO.- No creí que tuviera entonces conocimiento con ella.

OTELO.- ¡Oh, sí!, y a menudo nos ha servido de intermediario.

IAGO.- ¿De veras?

OTELO.- «¡De veras!» Sí, de veras... ¿Percibes algo en esto? ¿No es él honrado?

IAGO.- ¿Honrado, señor?

OTELO.- «¡Honrado!» Sí, honrado.

IAGO.- Mi señor, por cosa así le tengo.

OTELO.- ¿Qué es lo que piensas?

IAGO.- ¿Pensar, señor?

OTELO-«¡Pensar, señor!» ¡Por el cielo, me sirve de eco, como si encerrara en su pensamiento algún monstruo demasiado horrible para mostrarse!... Tú quieres decir algo... Te oí decir ahora... que no te agradaba eso, cuando Cassio abandonó a mi mujer. ¿Qué es lo que no te agradaba? Y cuando te he dicho que estaba en mis secretos, durante el curso entero de mis amores, has exclamado: «¿De veras?» Y tus cejas se han contraído haciendo plegarse la frente en forma de bolsa, como si hubieras querido encerrar en tu cerebro alguna concepción horrible. Si me estimas, muéstrame tu pensamiento.

IAGO.- Señor, sabéis que os estimo.

OTELO.- Lo creo, y precisamente porque sé que estás lleno de afecto y de honradez y que pesas tus palabras antes de proferirlas es por lo que tus reticencias me asustan más; pues tales modos de conducirse son perfidias habituales en un bellaco desleal y mentiroso; pero en un hombre justo son revelaciones veladas que se escapan de un pecho incapaz de dominar su emoción.

IAGO.- Por lo que toca a Miguel Cassio, me atrevería a jurarlo, pienso que es un hombre honrado.



OTELO.- Y yo también.

IAGO.- Los hombres debieran ser lo que parecen; iojalá ninguno de ellos pareciese lo que no es!

OTELO.- Ciento, los hombres debieran ser lo que parecen.

IAGO.- Por eso, pues, pienso que Cassio es un hombre honrado.

OTELO.- No, en eso hay aún más. Exprésame tus pensamientos tal como los rumias interiormente; y manifiesta los peores de ellos por lo que las palabras tienen de peor.

IAGO.- No, mi buen señor, perdonadme. Aunque comprometido a todo acto de leal obediencia, no estoy obligado a descubrir lo que todos los esclavos son libres de ocultar. ¿Revelar mis pensamientos? Pardiez, suponed que son viles y falsos -écuál es el palacio en que no se introducen alguna vez villanas cosas?-. ¿Quién tiene un corazón tan puro donde las sospechas odiosas no tengan sus audiencias y se sienten en sesión con las meditaciones permitidas?

OTELO.- Conspiras contra tu amigo, Iago, si, creyéndolo ultrajado, dejas su oído extraño a tus pensamientos.

IAGO.- Os suplico -aunque quizá soy mal inclinado en mis conjeturas (pues confieso que es una enfermedad de mi naturaleza sospechar el mal, y mis celos imaginan a menudo faltas que no existen)- que vuestra cordura, sin embargo, no conceda ninguna importancia a un hombre cuya imaginación se halla tan propensa a equivocarse, ni construya una armazón de inquietudes sobre el fundamento poco sólido de sus observaciones, imperfectas. No convendría a vuestro reposo, ni a vuestro bienestar, ni a mi fortaleza varonil, honradez y prudencia, permitir que conocierais mis pensamientos.

OTELO.- ¿Qué quieres decir?

IAGO.- Mi querido señor, en el hombre y en la mujer el buen nombre es la joya más inmediata a sus almas. Quien me roba la bolsa, me roba una porquería, una insignificancia, nada; fue mía, es de él y había sido esclava de otros mil; pero el que me hurta mi buen nombre, me arrebata una cosa que no le enriquece y me deja pobre en verdad.

OTELO.- ¡Por el cielo! ¡Conoceré tus pensamientos!

IAGO.- No podríais, aunque mi corazón estuviera en vuestra mano; con mayor razón mientras se halla bajo mi custodia.

OTELO.- ¡Ah!...

IAGO.- ¡Oh, mi señor, cuidado con los celos! Es el monstruo de ojos verdes, que se divierte con la vianda que le nutre. Vive feliz el cornudo que, cierto de su destino, detesta a su ofensor; pero, ioh, qué condenados minutos cuenta el que idolatra y, no obstante, duda; quien sospeche y, sin embargo, ama profundamente!

OTELO.- ¡Oh suplicio!

IAGO.- Pobreza y contento es riqueza, y riqueza abundante; pero riquezas infinitas componen una pobreza estéril como el invierno para el que teme siempre ser pobre... ¡Cielo clemente, libra de los celos a las almas de toda mi casta!

OTELO.- ¡Qué! ¿Qué es eso? ¿Crees que habría de llevar una vida de celos, cambiando siempre de sospechas a cada fase de la luna? No, una vez que se duda, el estado del alma queda fijo irrevocablemente.

Cámbiate por un macho cabrío el día en que entregue mi alma a sospechas vagas y en el aire, semejantes a las que sugiere tu insinuación. No me convertiré en celoso porque se me diga que mi mujer es bella, que come con gracia, gusta de la compañía, es desenvuelta de frase, canta, toca y baila con primor. Donde hay virtud, estas cualidades son más virtuosas. Ni la insignificancia de mis propios méritos me hará concebir el menor temor o duda sobre su infidelidad, pues ella tenía ojos y me eligió. No, Iago, será menester que vea, antes de dudar: cuando dude, he de adquirir la prueba; y adquirida que sea, no hay sino lo siguiente..., dar en el acto un adiós al amor y a los celos.

IAGO.- Me alegro de eso, pues ahora tendré una razón para mostrároslo más francamente la estima y obediencia que os profeso. Por tanto, obligado como estoy, recibir este aviso... No hablo aún de pruebas.

Vigilad a vuestra esposa, observadla bien con Cassio. Haced uso de vuestros ojos así..., sin celos ni confianza. No quisiera que vuestra franca y noble naturaleza fuese engañada por su misma generosidad.

Vigiladla. Conozco bien el carácter de nuestro país: en Venecia las mujeres dejan ver al cielo las tretas que no se atreven a mostrar a sus maridos. Toda su conciencia estriba, no en no hacer, sino en tener oculto.

OTELO.- ¿Eso me cuentas?

IAGO.- Engañó a su padre, casándose con vos; y cuando parecía estremecerse y tener miedo a vuestrasmiradas, fue entonces cuando las apetecía más.

OTELO.- Así fue, en efecto.



IAGO.- Sacad entonces la conclusión. La que tan joven pudo disimular hasta el punto de tener los ojos de su padre tan estrechamente cerrados como la madera de roble, tan cerrados que él lo tomó por cosa de magia... Pero soy muy de censurar; os pido humildemente perdón por este exceso de cariño.

OTELO.- Te quedo por siempre obligado.

IAGO.- Veo que esto ha confundido un poco vuestro ánimo.

OTELO.- Ni una iota, ni una iota.

IAGO.- Por mi fe, que lo temo; creedme. Espero consideréis que lo que os digo dimana de mi afecto por vos...; pero veo que os habéis emocionado; debo rogaros que no deis a mis palabras una conclusión más grave ni una extensión más larga que la de una sospecha.

OTELO.- Es lo que haré.

IAGO.- De otro modo, señor, mis palabras obtendrán resultados terribles, a los cuales no tienden mis pensamientos. Cassio es mi digno amigo... Mi señor, veo que estáis turbado.

OTELO.- No, no tan turbado... No creo que Desdémona no sea honrada.

IAGO.- ¡Que viva así mucho tiempo, y otro tanto vos para creerla tal!

OTELO.- Y, sin embargo, cuando la naturaleza se desvía de sí...

IAGO.- Sí, al está el mal. Así -para hablaros claramente-, digamos que no haber aceptado tantos partidos como se le proponían con hombres de su país, de su color, de su condición, a lo que vemos tiende siempre la naturaleza, ¡hum! esto denota un gusto muy corrompido, una grosera desarmonía de inclinaciones, pensamientos contra naturaleza... Pero perdonadme. No es a ella precisamente a quien me refiero; y, sin embargo, temería que su alma, retornando a un juicio más frío, llegara a compararlos con las figuras de su país y se arrepintiera tal vez.

OTELO.- Adiós, adiós. Si más adviertes, comunicame más. Encarga a tu mujer que observe. Déjame, Iago.

IAGO.- Mi señor; tomo licencia para marcharme. (*Yéndose.*)

OTELO.- ¡Por qué me habré casado? -¡Este honrado individuo ve y sabe más, mucho más delo que cuenta!

IAGO.- (*Volviendo.*) Mi señor, quisiera suplicar a Vuestro Honor que no escudriñase más en este asunto.

Dejadlo al tiempo. Aunque sea conveniente que Cassio recobre su empleo (pues a decir verdad lo desempeña con aptitud), sin embargo, si os place tenerlo por algún tiempo en

desgracia, podríais de este modo estudiarlo a él y a sus procedimientos. Advertid si vuestra esposa insiste en su reposición con vigor e inoportunidad vehemente. Por aquí se verá mucho. Mientras tanto, pensad que soy por demás exagerado en mis temores (como tengo grandes motivos para creerlo), y suplico a Vuestro Honor la considere libre de toda sospecha.

OTELO.- No te inquiete mi indiscreción.

IAGO.- Me despido nuevamente de vos. (*Sale.*)

OTELO.- Este camarada es de una excesiva honradez y sabe penetrar con espíritu claro en los resortes de las acciones humanas. Si yo descubriese que ella es un halcón montano, aun cuando tuviera por grillos las fibras de mi corazón, la soltaría con un silbido y la dejaría a merced del viento, para que buscarse su presa al azar. Quizá porque soy atezado y carezco de esos dones melosos de conversación que poseen los pisaverdes; o quizás porque descendiendo la pendiente de los años -aunque todavía no mucho- es ida para mí. Quedo engañado, y mi único consuelo debe execrarla. ¡Oh, maldición del casamiento! ¡Que podamos llamarnos dueños de estas mimadas criaturas, y no de sus apetitos! Mejor quisiera ser un sapo y vivir de la humedad de un calabozo que guardar para usos ajenos un rincón de aquello que amo. Empero es el castigo de los grandes; tienen menos prerrogativas que las gentes bajas. Es un destino inevitable, como la muerte. Esta maldición horcada se cierre sobre nosotros desde el instante mismo en que venimos al mundo. Ved, aquí llega. Si es pérflida, ioh, entonces el cielo se burla de sí mismo! ¡No puedo creerlo!

Vuelven a entrar DESDÉMONA y EMILIA

DESDÉMONA.- ¡Hola, mi querido Otelo! Vuestra comida y los nobles insulares, a quienes habíais invitado, aguardan vuestra presencia.

OTELO.- Soy de censurar.

DESDÉMONA.- ¿Por qué habláis con una voz tan débil? ¿No os sentís bien?

OTELO.- Me duele aquí en la frente.

DESDÉMONA.- Es de velar, sin duda. Eso va a disiparse. Dejadme que la vendé, y dentro de una hora no sentiréis nada.

OTELO.- Vuestro pañuelo es demasiado chico. (*Aparta el pañuelo, que cae.*) Dejadlo. Voy con vos.



DESDÉMONA.- Estoy verdaderamente afligida de que no os halléis bien. (*Salen Otelo y Desdémona.*)

EMILIA.- Me encanta haber encontrado este pañuelo. Es el primer recuerdo que ella recibió del moro. Mi porfiado marido me ha acariciado cien veces para que lo robara; mas ella ama tanto la prenda -pues él la conjuró a que la guardara siempre-, que la lleva constantemente sobre sí para besarla y hablarla. Voy a hacer que saquen copia de la labor y se la daré a Iago. Lo que intenta con ello, sábelo el cielo, no yo; yo no sé nada, sino satisfacer su fantasía.

Entra IAGO

IAGO.- ¡Hola! ¿Qué hacéis ahí sola?

EMILIA.- No me riñáis; tengo una cosa para vos.

IAGO.- ¡Una cosa para mí! Es una cosa vulgar...

EMILIA.- ¿Eh?

IAGO.- Tener una mujer boba.

EMILIA.- ¡Oh! ¿Eso es todo? ¿Qué me daríais ahora por este moquero?

IAGO.- ¿Qué moquero?

EMILIA.- «¡Qué moquerol!» Pardiez, el moquero que el moro dio como primer regalo a Desdémona, que tantas veces me aconsejaste hurtar.

IAGO.- ¿Y se lo has hurtado?

EMILIA.- No, a fe mía; lo dejó caer por descuido, y como estaba yo presente, me aproveché de esta ocasión favorable para cogerlo. Miradle, aquí está.

IAGO.- Eres una buena chica; dámelo.

EMILIA.- ¿Qué intentáis hacer con él, para haberme instado tan reiteradamente a que lo escamotease?

IAGO.- (*Arrebatandole el pañuelo.*) ¡Pardiez! ¿Qué os importa? EMILIA.- Si no es para algún asunto de importancia, devolvédmelo. ¡Pobre señora! Va a volverse loca cuando advierta que le falta.

IAGO.- Fingid no saber de ello. Tengo necesidad de él. Idos, dejadme. (*Sale Emilia.*) Voy a extraviar este pañuelo en la habitación de Cassio y a dejarle que lo encuentre. Bagatelas tan ligeras como el aire son para los celosos pruebas tan poderosas como las afirmaciones de la Sagrada Escritura. Esto puede acarrear algo.

El moro se altera ya bajo el influjo de mi veneno. Las ideas funestas son, por su naturaleza, venenos que en principio apenas hacen sentir su mal gusto; pero a poco que obran sobre la sangre, abrasan como minas de azufre... Tenía yo razón. ¡Mirad, aquí viene! ¡Ni adormidera, ni mandrágora, ni todas las drogas soporíferas del mundo te devolverán jamás el dulce sueño que poseías ayer!

Vuelve a entrar OTELO

OTELO.- ¡Ah! ¡Ah! ¡Pérfida conmigo!

IAGO.- ¡Pardiez! ¿Qué hay, general? ¡No más de eso!

OTELO.- ¡Atrás! ¡Vete! ¡Me ha puesto en el potro! Juro que vale más ser engañado mucho que saber sólo un poco.

IAGO.- ¿Qué es esto, mi señor?

OTELO.- ¿Qué sentimiento tenía yo de sus horas furtivas de lujuria? Yo no las veía, no pensaba en ellas, no me hacían sufrir. La noche última dormí bien, comí bien, estaba alegre y mi espíritu era libre; no hallaba en su boca los besos de Cassio. Al que ha sido robado, no apercibiéndose la falta de lo sustraído, dejadle en la inocencia del hurto, y no habrá sido robado del todo.

IAGO.- Estoy apesadumbrado de oíros esto.

OTELO.- Habría sido feliz, aun cuando el campamento entero, con gastadores y todo, hubiera gozado de su dulce cuerpo, con tal de no haber sabido nada. ¡Oh! Ahora, iadiós para siempre a la tranquilidad del espíritu! ¡Adiós al contento! ¡Adiós a las tropas empenechadas y a las potentes guerras, que hacen de la ambición una virtud! ¡Oh, adiós!... ¡Adiós al relinchante corcel y a la aguda trompeta, al tambor que despierta el ardor del alma, al penetrante pífano, a las reales banderas y a todo lo que constituye el orgullo, la pompa y el aparato de las guerras gloriosas! ¡Y a vosotras, máquinas asesinas, cuyas bocas crueles imitan los terribles clamores del inmortal Júpiter, adiós! ¡La carrera de Otelo ha dado fin!

IAGO.- ¿Es posible, señor?

OTELO.- ¡Villano, ten por seguro que me probarás que mi amada es una puta; tenlo por seguro; dame la prueba ocular; o, por la salud de mi alma eterna, más te valiese haber nacido perro que tener que contestar a mi cólera en alerta!

IAGO.- ¿A esto hemos llegado?



OTELO.- Házmelo ver, o, a lo menos, pruébalo de tal suerte, que la prueba no deje ni gozne ni perno de que pueda colgarse una duda; o iay de tu vida!

IAGO.- Mi noble señor...

OTELO.- Si haces esto para calumniarla y atormentarme, no reces más; abandona toda compasión; acumula horrores sobre horrores; comete actos que hagan llorar al cielo y asombrar a la tierra, pues nada puedes añadir a tu condenación más terrible que esto.

IAGO.- ¡Oh, gracia divina! ¡Oh, cielos, perdonadme!... ¿Sois un hombre? ¿Tenéis alma o sentimiento?...

Quedad con Dios; aceptad la renuncia de mi cargo... ¡Oh, miserable imbécil que vives para ver tu honradez transformada en vicio!... ¡Oh, mundo monstruoso! ¡Toma nota, toma nota, oh mundo, de lo peligroso que resulta ser recto y honrado!... Os doy las gracias por esta provechosa lección; y desde ahora no querré a ningún amigo, ya que el afecto produce tales ofensas.

OTELO.- No, quédate... Debieras ser honrado.

IAGO.- Debiera ser prudente, pues la honradez es una tontería que siempre trabaja en balde.

OTELO.- Por el universo, creo que mi esposa es honrada y creo que no lo es; pienso que tú eres justo; y pienso que no lo eres. ¡Quiero tener alguna prueba! Su nombre que era tan puro como el semblante de Diana, es ahora tan embadurnado y negro como mi propio rostro... Si existen cuerdas, cuchillos, venenos, fuego o torrentes para ahogarse, no lo soportaré... ¡Quisiera estar plenamente convencido!

IAGO.- Veo, señor, que os devora la pasión. Me arrepiento de haberos arrojado a este estado. ¿Querrías satisfacción?

OTELO.- «¡Querríais!» Pues claro que quiero.

IAGO.- Y podéis. Mas ¿cómo? ¿Cómo querríais que fuese esta satisfacción, señor? ¿Querríais vos, el espectador, quedarnos con la boca abierta mirándola bestialmente topeteada?

OBELO.- ¡Muerte y condenación! ¡Oh!

IAGO.- Sería, creo, una empresa difícil y enojosa inducirles a dejarse sorprender así. ¡Malditos sean, pues, si otros ojos mortales fuera de los suyos los ven acostados! Entonces ¿qué? ¿Cómo proceder? ¿Qué he de deciros? ¿Dónde está la convicción?... Es imposible que sorprendáis tal cosa, aun cuando estuvieran tan excitados como las cabras,

tan ardientes como los monos, tan lúbricos como los lobos en el celo y tan imprudentemente tontos como los ignorantes en estado de embriaguez. Pero, sin embargo, os lo digo, si la opinión, fundada en una fuerte evidencia circunstancial, que conduce directamente a las puertas de la verdad, puede daros satisfacción, la obtendréis.

OTELO.- ¡Dame la prueba palpable de que es desleal!

IAGO.- No me gusta el oficio; pero ya que tan adelante he ido en este asunto - agujoneado por la locura de la honradez y la amistad-, seguiré más lejos aún. Estaba yo acostado hace poco tiempo con Cassio, y como rabiara de dolor de muelas, no podía dormir. Hay una clase de hombres tan indiscretos de alma, que en sus sueños mascullan sus negocios. Uno de esta especie es Cassio. Le oí decir en sueños: «¡Encantadora Desdémona, seamos prudentes; ocultemos nuestros amores!» Y entonces, señor, me cogía y estrujaba la mano, diciendo: «¡Oh, dulce criatural!» Y luego me besaba con fuerza, como si quisiera arrancar por la raíz besos que brotarán de mis labios. Después pasó su pierna sobre mi muslo, suspiró y me besó. Y acto seguido repuso: «¡Maldito sea el destino que te ha entregado al moro!»

OTELO.- ¡Oh, monstruoso! ¡Monstruoso!

IAGO.- ¡Bah!, esto no es más que un sueño.

OTELO.- Sí, pero denota una conclusión predeterminada; es un indicio grave, aunque sólo sea un sueño.

IAGO.- Y esto puede ayudar a justificar otras pruebas que parecen demasiado menudas.

OTELO.- ¡La desgarraré toda en pedazos!

IAGO.- Bien, mas sed prudente. Aún no vemos nada definitivo. Puede que sea todavía honrada. Decidme tan sólo... ¿No habéis visto nunca en manos de vuestra mujer un pañuelo con un bordado moteado de fresas?

OTELO.- Le di uno semejante; fue mi primer presente.

IAGO.- Lo ignoraba; pero he visto un pañuelo de esa clase -estoy seguro de que era de vuestra mujer- en poder de Cassio, con el que se limpiaba hoy la barba.

OBELO.- ¡Si fuera ése!...

IAGO.- Fuera ése u otro cualquiera de su propiedad, esto habla contra ello con los demás indicios.



OTELO.- ¡Oh! ¿Por qué no ha de tener el miserable cuarenta mil vidas? ¡Una sola es demasiado pobre, demasiado débil para mi venganza! ¡Ahora veo que es verdad!... Mira aquí, Iago... ¡Todo mi amor apasionado lo soplo así al cielo! ¡Voló!... ¡Levántate, negra venganza, del fondo del infierno! ¡Cede, oh amor, tu corona y el corazón en que estabas entronizado, a la tiranía del odio! ¡Hínchate, pecho, bajo la cargazón que llevas, pues se compone de lenguas de áspides!

IAGO.- Serenos, sin embargo.

OTELO.- ¡Oh, sangre, sangre, sangre!

IAGO.- Paciencia, os digo. Quizá mudéis de pensamiento.

OTELO.- ¡Iago, jamás!... Como el mar del Ponto, cuya corriente helada y curso siempre adelante no conoce nunca el reflejo, sino que continúa derecho su camino hacia el Propontico y el Helesponto, así mis pensamientos sanguinarios, con paso violento, no volverán atrás nunca, no refluirán jamás hacia el humilde amor hasta que no sean engullidos en una inmensa venganza proporcionada a la ofensa... ¡Ahora, por ese cielo de mármol, empeño aquí mis palabras (*arrodillándose*) para la ejecución religiosa de un juramento sagrado!

IAGO.- No os levantéis todavía... (*Arrodillándose.*) ¡Sed testigos, luceros que eternamente brilláis en lo alto; y vosotros, elementos que nos envolvéis por todas partes, sed testigos de que Iago pone aquí las armas de su inteligencia, de sus manos y de su corazón al servicio del ultrajado Otelo! ¡Que mande, y por sanguinaria que sea la obra, será para mí un acto de piedad el obedecer! (*Se levantan.*)

OTELO.- Acojo tu afición, no con vanos agradecimientos, sino con aceptación reconocida, y quiero inmediatamente ponerte a prueba. ¡Dentro de tres días que te oiga yo decir que Cassio no vive!

IAGO.- ¡Mi amigo está muerto! ¡Es cosa bien hecha a vuestra instancia! Pero que ella viva.

OTELO.- ¡Sea condenada la impúdica bribona! ¡Oh, sea condenada! Vamos, ven conmigo a un lugar apartado. Quiero retirarme a fin de buscar algunos medios de muerte rápida para la linda diablesa. Desde ahora, eres mi teniente. (*Sale.*)

IAGO.- Soy siempre vuestro.

Escena Cuarta

Delante del castillo

Entran DESDÉMONA, EMILIA y el BUFÓN

DESDÉMONA.- ¿Sabéis, pícaro, dónde se aloja Cassio?

BUFÓN.- No me atrevo a decir que se aloja en ninguna parte.

DESDÉMONA.- ¿Por qué, amigo?

BUFÓN.- Es un soldado, y para mí decir que un soldado miente es darle de puñaladas.

DESDÉMONA.- ¡Quita allá! ¿Dónde se aloja?

BUFÓN.- Deciros dónde se aloja es deciros dónde miente.

DESDÉMONA.- ¿Puede sacarse algún sentido de esas palabras?

BUFÓN.- No sé dónde se aloja; inventarle un alojamiento y decir que se aloja aquí o allá sería mentir por mi propia garganta.

DESDÉMONA.- ¿Podéis inquirir de él e informaros religiosamente?

BUFÓN.- Catequizaré a todo el mundo para buscarle. Es decir, que haré preguntas y contestaré según las respuestas.

DESDÉMONA.- Buscadle y pedidle que venga acá. Decidle que he movido a mi esposo en favor suyo y que espero que todo irá bien.

BUFÓN.- Hacer esto entra en el círculo de las cosas que puede abarcar el ingenio de un hombre, y por consiguiente voy a intentar realizarlo. (*Sale.*)

DESDÉMONA.- ¿Dónde pude haber perdido ese pañuelo, Emilia?

EMILIA.- Lo ignoro, señora.

DESDÉMONA.- Créeme, hubiera preferido perder mi bolsa llena de cruzados, pues si mi noble moro no fuera un alma leal y exento de esa bajeza de que están hechos los seres celosos, sería esto bastante para despertar en él malos pensamientos.

EMILIA.- ¿No es celoso?

DESDÉMONA.- ¿Quién, él? Pienso que el sol bajo el cual ha nacido secó en él semejantes humores.

EMILIA.- Miradle dónde viene.

DESDÉMONA.- No quiero dejarle ahora, hasta que llame a Cassio.

Entra OTELO

¡Hola! ¿Cómo estáis, mi señor?

OTELO.- Bien, mi querida mujer... (*Aparte.*) ¡Oh, qué difícil es disimular! ¿Cómo os encontráis,

Desdémona?

DESDÉMONA.- Bien, esposo mío.



OTELO.- Dadme vuestra mano. Esta mano está húmeda, señora.

DESDÉMONA.- Aún no he sentido la edad, ni conocido los pesares.

OTELO.- Esto arguye liberalidad y corazón pródigo. ¡Cálida, cálida y húmeda! Esta mano requiere renunciación de la libertad, ayunos y plegarias, mucha mortificación y ejercicio de votos; pues hay en ella un diablo joven y sudoroso que habitualmente se insurrecciona. Es una mano tierna, una mano franca.

DESDÉMONA.- Podéis decirlo así, en verdad, pues esta mano fue la que os entregó mi corazón.

OTELO.- ¡Una mano generosa! Antes eran los corazones los que daban las manos. Pero nuestro nuevo blasón es... manos, no corazones.

DESDÉMONA.- No sé nada de eso. Vengamos ahora a vuestra promesa.

OTELO.- ¿Qué promesa, paloma?

DESDÉMONA.- He enviado a decir a Cassio que venga a hablar con vos.

OBELO.- Tengo un catarro tenaz y pícaro que me molesta. Préstame tu pañuelo.

DESDÉMONA.- Aquí está, mi señor.

OTELO.- El que yo os he dado.

DESDÉMONA.- No lo llevo encima.

OTELO.- ¿No?

DESDÉMONA.- No, por cierto, mi señor.

OTELO.- Es una lástima. Ese pañuelo se lo dio una egipcia a mi madre. Era una maga que casi podía leer los pensamientos de las gentes. Y le dije que mientras lo conservara, la haría atractiva y sometería eternamente a mi padre a su amor; pero que si lo perdía o entregaba, los ojos de mi padre se apartarían de ella con disgusto, y su alma se lanzaría a la caza de nuevas inclinaciones amorosas. Al morir, me lo dio y recomendóme que cuando el destino quisiera que me casara, se lo entregase a mi esposa. Así lo he hecho; tened cuidado, pues, acariciadlo como a las niñas de vuestros lindos ojos; extraviarlo o perderlo sería una desgracia que nada podrá igualar.

DESDÉMONA.- ¿Es posible?

OTELO.- Es la verdad. Hay magia en su tejido; una sibila que contó en el mundo doscientas evoluciones del Sol, realizó el bordado en su furor profético; los gusanos que produjeron la seda estaban encantados, y el tinte era de corazones de vírgenes momificadas, que su arte había sabido conservar.

DESDÉMONA.- ¡De veras! ¿Es cierto?

OTELO.- Certísimo; por consiguiente, cuidadlo bien.

DESDÉMONA.- Entonces, ipluguiera al cielo que no lo hubiese visto jamás!

OTELO.- ¡Ah! ¿Por qué?

DESDÉMONA.- ¿Por qué habláis con un tono tan brusco?

OTELO.- ¿Es que se ha extraviado? ¿Desapareció? Hablad. ¿Está fuera de su sitio?

DESDÉMONA.- ¡El cielo nos bendiga!

OTELO.- ¿Qué decís?

DESDÉMONA.- No está perdido; pero ¿y si lo estuviera?...

OTELO.- ¡Cómo!

DESDÉMONA.- Digo que no está perdido.

OTELO.- Id a buscarle, dejárme ver.

DESDÉMONA.- Bien, lo haré, señor; pero no ahora; es un ardid para esquivar mi demanda. Os lo suplico, que Cassio sea llamado nuevamente.

OTELO.- Id a buscarme el pañuelo. Mi espíritu recela.

DESDÉMONA.- Vamos, vamos, no hallaréis nunca un hombre más capaz.

OTELO.- ¡El pañuelo!

DESDÉMONA.- Por favor, habladme de Cassio.

OTELO.- ¡El pañuelo!

DESDÉMONA.- Un hombre que toda su vida ha fundado su fortuna en vuestra amistad, que compartió vuestros peligros...

OTELO.- ¡El pañuelo!

DESDÉMONA.- En verdad, sois censurable.

OTELO.- ¡Atrás! (*Sale.*)

EMILIA.- ¿No está ese hombre celoso?

DESDÉMONA.- Jamás había visto nada semejante. De seguro que hay algo extraordinario en ese pañuelo. Me siento muy desgraciada con haberlo perdido.

EMILIA.- Ni en un año ni en dos se nos muestra un hombre. No son todos más que estómagos, y nosotras tan sólo su alimento. Nos comen glotonamente, y cuando están saciados, nos vomitan. Mirad, aquí llega Cassio y mi marido.

Entran CASSIO e IAGO



IAGO.- No hay otro remedio. Ella es quien debe llevarlo a cabo. ¡Y mirad qué dicha! ¡Id e importunadla!

DESDÉMONA.- ¡Hola, buen Cassio! ¿Qué noticias tenéis que darme que os conciernan?

CASSIO.- Señora, torno a mis primeras solicitudes. Os lo ruego, haced que por vuestra virtuosa intervención vuelva a existir y constituya una parte del afecto de aquel a quien honro enteramente y con todo el respeto de mi corazón. Desearía no soportar más dilaciones. Si mi ofensa es de una orden tan grave que nimis servicios pasados, ni mis pesares presentes, ni los méritos que me propongo en el porvenir pueden rescatarme de nuevo en su amistad, saber esto debe constituir al menos mi beneficio; entonces me resignaré a esta necesidad forzada y me confinaré en alguna otra carrera, abandonándome a la limosna de la fortuna.

DESDÉMONA.- ¡Ay, tres veces noble Cassio! ¡Mis súplicas desentonan en este momento! Mi esposo no es ya mi esposo, y si su semblante estuviera tan cambiado como su honor, no lo reconocería. Así me ayuden todas las almas santas, como he intercedido por vos, y con un entusiasmo y una libertad que me han hecho blanco de su disgusto. Menester es que os revistáis de paciencia por algún tiempo. Haré lo que pueda, y más por vos de lo que osara hacer por mí misma. Básteos esto.

IAGO.- ¿Está mi señor encolerizado?

EMILIA.- Acaba de salir de aquí hace un instante, y ciertamente en una extraña inquietud.

IAGO.- ¿Puede encolerizarse? Le he visto cuando el cañón hacía saltar en el aire sus regimientos, y semejante a un demonio arrancaba de sus brazos a su propio hermano... ¿Y puede encolerizarse? Entonces es una cosa de importancia. Voy en su busca. Algo grave acontece, en verdad, si está encolerizado.

DESDÉMONA.- Hazlo, por favor, Iago. (*Sale Iago.*) Sin duda, algún asunto de Estado, alguna noticia procedente de Venecia, o algún complot sordamente tramado, cuya revelación ha tenido aquí en Chipre, que habrá turbado la claridad de su inteligencia. Y en tales casos, aunque las cosas grandes sean el objeto verdadero de las almas humanas, precisan éstas, no obstante, luchar con las cosas inferiores. Así suele ocurrir. Nos duele un dedo, y este mal va a comunicar a los otros miembros que están sanos una sensación de sufrimiento. Ciertamente, no debemos pensar que los hombres son dioses, ni esperar de ellos siempre las mismas atenciones que el día de la boda. Censuradme fuerte, Emilia;

soldado indisciplinado como soy, estaba en trance de acusar a su dureza ante el tribunal de mi alma; pero ahora noto que habrá sobornado al testigo y que él es falsamente acusado.

EMILIA.- Roguemos al cielo que sean negocios de Estado como pensáis y no alguna imaginación o quimera celosa que os ataña.

DESDÉMONA.- ¡Ay, día desgraciado! Nunca le di motivo.

EMILIA.- Pero las almas celosas no se pagan de tal respuesta. No son siempre celosas con motivo; son celosas porque son celosas. Los celos son un monstruo que se engendra y nace de sí mismo.

DESDÉMONA.- ¡El cielo guarde de ese monstruo el alma de Otelo!

EMILIA.- Amén, señora.

DESDÉMONA.- Iré a buscarle. Cassio, daos un paseo por aquí; si le hallo en buenas disposiciones, defenderé vuestra causa y me esforzaré con todo mi poder en que se gane.

CASSIO.- Doy humildemente las gracias a vuestra señoría. (*Salen Desdémona y Emilia.*)

Entra BLANCA

BLANCA.- ¡Dios os guarde, amigo Cassio!

CASSIO.- ¿Qué hacéis fuera de casa? ¿Cómo os encontráis, mi muy bella Blanca? A la verdad, dulce amor, me dirigía a vuestro domicilio.

BLANCA.- Y yo iba a vuestro alojamiento, Cassio. ¡Cómola! ¡No venir en toda una semana! ¡Siete días y siete noches! ¡Ciento sesenta y ocho horas! ¡Y las horas de ausencia del ser amado son ciento sesenta y ocho veces más enojosas que las del cuadrante! ¡Oh, qué fatigosas de contar!

CASSIO.- Perdonadme, Blanca. He permanecido todo este tiempo abrumado por pensamientos de plomo; pero saldaré esta cuenta de ausencia por visitas más frecuentes. Amable Blanca, copiadme esta labor.

(*Entregándole el pañuelo de Desdémona.*)

BLANCA.- ¡Oh, Cassio! ¿De dónde viene esto? Algún presente de una nueva amiga. ¡Ahora comprendo la causa de vuestra ausencia cruel! ¿A esto hemos venido a parar? Bien, bien.

CASSIO.- ¡Quitad allá, mujer! Arrojad a los dientes del diablo, que os las ha dado, vuestras viles sospechas. Estás ahora celosa porque suponéis que es un recuerdo de alguna querida. ¡No, por mi buena fe, Blanca!

BLANCA.- Pues ¿de quién procede?



CASSIO.- Lo sé menos que vos. Lo hallé en mi aposento. Me gustó mucho la labor, y antes que sea reclamado -como probablemente lo será- quisiera tener una copia. Tomadlo y hacedla, y dejadme por un momento.

BLANCA.- ¡Dejaros! ¿Por qué?

CASSIO.- Espero aquí al general, y no es recomendable para mí, ni mi deseo, que me vea en compañía de una mujer.

BLANCA.- ¿Por qué, os lo ruego?

CASSIO.- No porque no os ame.

BLANCA.- Es sólo porque no me amáis. Por favor, acompañadme un poco y decidme si os veré esta noche temprano.

CASSIO.- No puedo acompañaros sino un instante, pues necesito esperar aquí, pero os veré en seguida.

BLANCA.- Muy bien; me acomodaré a las circunstancias. (*Salen.*)

Acto Cuarto

Escena Primera

Delante del castillo

Entran OTELO e IAGO

IAGO.- ¿Podéis pensar así?

OTELO.- Pienso así, Iago.

IAGO.- ¡Qué! Darse un beso en la intimidad...

OTELO.- Un beso que nada autoriza.

IAGO.- O estarse desnuda en el lecho con su amigo una hora o más, no supone malicia alguna.

OTELO.- ¡Desnuda en el lecho, Iago, y sin malicia alguna? ¡Eso es usar de hipocresía con el diablo! ¡Los que tienen intenciones virtuosas, y no obstante, obran así, el diablo tienta su virtud y ellos tientan al cielo!

IAGO.- Si nada hacen, es un desliz venial; ahora, si doy a mi mujer un pañuelo...

OTELO.- Bien, ¿qué?

IAGO.- Pues que es de ella, señor; y, siendo suyo, pienso que puede darlo a quien le plazca.

OTELO.- También es guardiana de su honor. ¿Puede entregarlo?

IAGO.- ¡Su honor es una esencia que no se ve! A menudo ocurre que quienes lo poseen no lo tienen. Pero en cuanto al pañuelo...

OTELO.- ¡Por el cielo! De buena gana lo hubiera olvidado... Me dijiste -¡Oh, esto viene a mi memoria como el cuervo a una casa infectada, presagiando desdicha a todos!-, me dijiste que tenía él mi pañuelo.

IAGO.- Sí, ¿y qué hay con eso?

OTELO.- Nada bueno, pues.

IAGO.- Y ¿qué sería si os dijera que le había visto ultrajaros? ¿O que le oí decir -pues hay tres bribones que, cuando con sus solicitudes importunas o sus comedias de pasión han persuadido o ablandado a alguna dama, no pueden por menos de divulgar lo que debían callarse-

OTELO.- ¿Ha dicho alguna cosa?

IAGO.- Sí, mi señor; pero no más que pueda desmentir; estad seguro de ello.

OTELO.- ¿Qué dijo?

IAGO.- Pues que había.... no sé qué había hecho.

OTELO.- ¿Qué? ¿Qué?

IAGO.- Que se había acostado...

OTELO.- ¿Con ella?

IAGO.- Con ella, o encima de ella, como queráis...

OTELO.- ¡Acostado con ella! ¡Acostado encima de ella!... ¡Dormido con ella!... ¡Eso es asqueroso!... ¡El pañuelo!... ¡Confesiones!... ¡El pañuelo! ¡Que confiese y sea ahorcado por su trabajo!... ¡Que sea ahorcado primero, y que confiese después!... ¡Tiembla al pensarlo!. ¡La naturaleza no se dejaría invadir por la sola sombra de una pasión sin algún fundamento! ¡No son vanas palabras las que así me estremecen! ¡Puf!... ¡Sus narices, sus orejas, sus labios!... ¿Es posible?... ¡Confesión!... ¡El pañuelo!... ¡Oh, demonio!... (*Cae en convulsiones.*)

IAGO.- ¡Opera, medicina mía, opera! ¡Así se atrapa a los tontos crédulos! ¡Y así pierden fama y honra muchas damas castas y dignas!- ¿Qué hay? ¡Eh! ¡Mi señor! ¡Mi señor, digo! ¡Otelo!

Entra CASSIO

IAGO.- ¡Hola, Cassio!

CASSIO.- ¿Qué sucede?

IAGO.- ¡Mi señor ha caído en un ataque de epilepsia! ¡Es su segundo acceso! Tuvo otro ayer.

CASSIO.- Frotadle las sienes.



IAGO.- No, dejadle. El letargo debe seguir su curso tranquilo. Si no, va a echar espuma por la boca y a estallar inmediatamente en un acceso de locura salvaje. Mirad, se mueve. Retiraos por algunos momentos. Volverá pronto en sí. Cuando haya partido, tengo necesidad de hablaros de un asunto de gran importancia.

(Sale Cassio).- ¿Cómo va eso, general? ¿No os habéis herido en la cabeza?

OTELO.- ¿Te burlas de mí?

IAGO.- ¡Yo burlarme de vos! ¡No, por el cielo! ¡Quisiera que soportaseis vuestra suerte como un hombre!

OTELO.- ¡Un hombre cornudo es un monstruo y una bestia!

IAGO.- ¡Entonces hay muchas bestias en una ciudad populosa, y bastantes monstruos civilizados!

OTELO.- ¿Lo ha confesado ya?

IAGO.- Buen señor, sed un hombre; pensad que todo camarada barbudo, que está uncido como vos, puede tirar en la misma yunta. Hay en estas horas millones de hombres vivos que se acuestan de noche en lechos compartidos por todo el mundo, y se atreven a jurar que son suyos propios. Vuestro caso es mejor.

¡Oh, es un ultraje del infierno, una archimofa del diablo! ¡Besar una libertina en un lecho legítimo y suponerla casta! No. Vale más saberlo todo, y sabiendo lo que soy, sé lo que ella será.

OTELO- ¡Oh! Eres listo; es cierto.

IAGO.- Permaneced un instante tranquilo y limitaos a oírme con paciencia. Mientras estabais aquí, desvanecido en vuestro dolor (pasión sumamente indigna de un hombre semejante), vino Cassio. Me las ingené para despedirle, dándole una excusa aceptable sobre vuestro desvanecimiento, y le encargué que volviera dentro de un rato para hablarle, lo que me prometió. Agazapaos tan sólo en algún escondite, y advertid las muecas, escarnios y notorios desdenes que residen en cada región de su semblante; pues le haré repetir su historia..., decir dónde, cómo, cuántas veces, desde cuánto tiempo, cuándo ha copulado y si se propone copular de nuevo con vuestra mujer. Os lo digo, notad, sólo sus gestos... Pero, pardiez, paciencia, o diré que sois el frenesí en todo y por todo y que no tenéis nada de hombre. OTELO.- ¿Me escuchas, Iago? Verás que soy de lo más prudente en mi paciencia; pero también -¿me oyes?- de lo más sanguinario.

IAGO.- Eso no es falta; sin embargo, todo a su debido tiempo. ¿Queréis retiraros? (Otelo se oculta.)

Ahora voy a preguntar a Cassio por Blanca; una ama de casa que vende sus favores para comprarse pan y vestidos. Esta infeliz está loca por Cassio. Es el castigo de la puta, engañar a mil y ser engañada por uno...

Cuando oye hablar de ella, no puede refrenar un acceso de risa. -Aquí viene. Cuando sonría, Otelo se pondrá furioso, y sus celos ignoros interpretarán al revés las sonrisas, los gestos y la conducta ligera del pobre Cassio.

Vuelve a entrar CASSIO

¿Cómo os va ahora, teniente?

CASSIO.- Tanto peor cuanto me dais un título cuya ausencia me mata.

IAGO.- Solicitad con ahínco a Desdémona, estad seguro de él. (Hablando bajo.) Ahora, si esta merced dependiera de la viudedad de Blanca, iqué pronto la hubieras conseguido!

CASSIO.- ¡Ay, pobre infeliz!

OTELO.- (Aparte.) ¡Ved cómo se ríe ya!

IAGO.- Nunca he visto a una mujer amar tanto a un hombre.

CASSIO.- ¡Ay, pobre picarona! Creo, en verdad, que me quiere.

OTELO.- (A parte.) Ahora lo niega débilmente, y esto le hace estallar de risa.

IAGO.- ¿Oís, Cassio?

OTELO.- (Aparte.) Ahora lo apremia a que lo cuente todo. ¡Bravo, bien dicho; bien dicho!

IAGO.- Asegura que os casaréis con ella. ¿Tenéis esa intención?

CASSIO.- ¡Ja, ja, ja!

OTELO.- (Aparte.) ¡Triunfáis, romano, triunfáis!

CASSIO.- ¡Casarme con ella!... ¿Cómo? ¡Una mujer corrida! Por favor, ten alguna caridad con mi talento. No lo creas tan desequilibrado. ¡Ja, ja, ja!

OTELO.- (A parte.) Eso es, eso es, eso es, eso es: los que ganan ríen.

IAGO.- A fe mía, corro el rumor de que vais a casaros con ella.

CASSIO.- Por favor, dime la verdad.

IAGO.- Si no es así, soy un perfecto canalla.

59

OTELO.- (A parte.) ¿Me habéis contado ya los días? Bien.



Provincia de Tierra del Fuego,
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



CASSIO.- Es una invención de esa misma mona. Está persuadida de que me casaré con ella por un capricho de su vanidad y de su amor propio, pero no por el hecho de una promesa de mi parte.

OTELO.- (A parte.) Iago me hace serias; ahora comienza la historia.

CASSIO.- Estaba aquí ahora mismo; me persigue por todas partes. El otro día me encontraba a la orilla del mar hablando con unos venecianos, cuando se presenta esa alocada y me coge así por el cuello..., exclamando: «¡Oh, mi querido Cassio!» Como si lo viera. Es lo que quiero decir su gesto. Y se cuelga, y se recuesta y llora sobre sí y me atrae y me rechaza. ¡Ja, ja, ja!

OTELO.- (A parte.) Ahora le cuenta cómo le ha introducido en mi alcoba. ¡Oh! ¡Veo vuestra nariz, perono el perro al que habré de arrojarla!

CASSIO.- Bien, es menester que deje su compañía.

IAGO.- ¡Dios me proteja! Mirad dónde viene.

CASSIO.- ¡Es otra tal fuina! ¡Pardiez, y qué perfumada!

Entra BLANCA

¿Qué os proponéis con esta persecución de mi persona?

BLANCA.- ¡Que el diablo y su mujer os persigan! ¿Qué intención os guía con este pañuelo que me habéis dado hace un instante? ¡Linda necia he sido con tomarlo! ¿Y he de copiar el dibujo? ¿Que verosímil que encontraseis esta pieza de labor en vuestro aposento, y no sepáis quién la dejó allí? Es el presente de alguna moza del partido. ¿Y he de copiar el dibujo? Tened... Dádselo a vuestro caballito de palo. Venga de donde viniere, no lo copiaré.

CASSIO.- ¿Qué os sucede, mi dulce Blanca? ¿Que os sucede? ¿Qué os sucede?

OTELO.- (Aparte.) ¡Por el cielo! ¡Ése debe ser mi pañuelo!

BLANCA.- Si queréis venir a cenar conmigo esta noche, podéis. Si no queréis, vendid cuando os halléis preparado. (*Sale.*)

IAGO.- ¡Corred tras ella, corred tras ella!

CASSIO.- A fe mía, es preciso; de lo contrario, va a vociferar por las calles.

IAGO.- ¿Cenaréis en su casa?

CASSIO.- Sí; es mi intención.

IAGO.- Bien; quizá vaya a veros, pues tengo absoluta necesidad de hablar con vos.

CASSIO.- Venid, os ruego. ¿Vendréis?

IAGO.- Iré; no tenéis que decir más. (*Sale Cassio.*)

OTELO.- (Adelantándose.) ¿Cómo le mataré, Iago?

IAGO.- ¿Advertisteis cómo se reía de su delito?

OTELO.- ¡Oh, Iago!

IAGO.- ¿Y visteis el pañuelo?

OTELO.- ¿Era el mío?

IAGO.- ¡El vuestro, por esta mano! ¡Y ved cómo aprecia a esa insensata mujer, vuestra esposa! ¡Se lo da, y él se lo regala a su meretriz!

OTELO.- ¡Quisiera estar nueve años matándole! - ¡Tan linda mujer! ¡Tan bella mujer! ¡Tan amable mujer!

IAGO.- Vaya, es menester olvidar eso.

OTELO.- ¡Sí, que se pudra! ¡Qué perezca y baje al infierno esta noche! ¡Porque no vivirá! ¡No; mi corazón se ha vuelto de piedra! ¡Lo golpeo, y me hiere la mano!... ¡Oh! ¡El mundo no contiene más adorable criatura! ¡Podría yacer al lado de un emperador y dictarle órdenes!

IAGO.- Pardiez, os apartáis del asunto.

OTELO.- ¡Que la ahorquen!... Sólo digo lo que es... ¡Tan delicada con la aguja!... ¡Tan admirable en la música! ¡Oh! ¡Cuando canta, haría desaparecer la ferocidad de un oso!... ¡De un ingenio tan agudo y fértil!

¡Y tan ocurrente!

IAGO.- Tanto peor por todas esas cualidades.

OTELO.- ¡Oh, mil veces, mil veces peor! Y luego, ide un carácter tan blando!

IAGO.- Sí, demasiado blando.

OTELO.- En efecto, es verdad..., no obstante, ¡qué lástima, Iago! ¡Qué lástima, Iago!. ¡Oh, Iago!

IAGO.- Si tan prendado estáis de su perfidia, dadle patente para pecar; pues si a vos no os molesta, a nadie le importa nada.

OTELO.- ¡La haré trizas!... ¡Ponerme los cuernos!

IAGO.- ¡Oh! Es vergonzoso en ella.

OTELO.- ¡Y con mi teniente!

IAGO.- ¡Más vergonzoso aún!

OTELO.- ¡Procúrame un veneno, Iago! Esta noche... No quiero tener explicaciones con ella, de miedo que su cuerpo y su hermosura no desarmen aún mi alma... Esta noche, Iago.



IAGO.- No os sirváis del veneno. ¡Estranguladla en su lecho, en ese mismo lecho que ella ha mancillado!

OTELO.- ¡Bien, bien! ¡Es una justicia que me place! ¡Muy bien!

IAGO.- Y en cuanto a Cassio, dejad que corra de mi cuenta. Sabréis más a medianoche.

OTELO.- ¡Excelentemente bien! (*Oyese dentro una trompeta.*) ¿Qué trompeta es ésa?

IAGO.- Algún mensaje de Venecia, de seguro.- Es Ludovico, que viene de parte del dux. Y mirad, vuestra esposa llega con él.

Entran LUDOVICO, DESDÉMONA y acompañamiento

LUDOVICO.- ¡Dios os guarde, digno general!

OTELO.- A vos, de todo corazón, señor.

LUDOVICO.- El dux y los senadores de Venecia os cumplimentan. (*Le entrega un despacho.*)

OTELO.- Beso el instrumento de sus órdenes. (*Abre el despacho y lee.*)

DESDÉMONA.- ¿Y qué noticias traéis, querido primo Ludovico?

IAGO.- Me alegro mucho de veros, signior. Sed bien venido a Chipre.

LUDOVICO.- Os doy las gracias. ¿Cómo está el teniente Cassio?

IAGO.- Vive, señor.

DESDÉMONA.- Primo, ha surgido una desavenencia lamentable entre él y mi esposo; pero vos pondréis todo bien.

OTELO.- ¿Estáis segura de ello?

DESDÉMONA.- Mi señor...

OTELO.- (*Leyendo.*) No dejéis de hacerlo, como veréis...

LUDOVICO.- No llamaba. Está ocupado en leer el escrito. ¿Es que hay división entre mi señor y Cassio?

DESDÉMONA.- Una división desgraciada. Me alegraría mucho reconciliarlos, por el afecto que tengo a Cassio.

OTELO.- ¡Fuego y azufre!

DESDÉMONA.- Mi Señor...

OTELO.- ¿Estáis en vuestro juicio?

DESDÉMONA.- ¡Cómo! ¿Se ha enojado?

LUDOVICO.- Puede que le haya excitado la carta, pues creo que se le llama a Venecia y se le manda que delegue su gobierno en Cassio.

DESDÉMONA.- Me alegro de ello, os lo aseguro.

OTELO.- ¿De veras?

DESDÉMONA.- Mi señor...

OTELO.- Celebro al veros loca.

DESDÉMONA.- ¿Cómo, amado Otelo?

OTELO.- ¡Diableal! (*La golpea.*)

DESDÉMONA.- No he merecido esto.

LUDOVICO.- Mi señor, nadie creería esto en Venecia, aun cuando yo jurara que lo había visto. Es demasiado. Dadle una reparación; llora.

OTELO.- ¡Oh, diablesa, diablesa! Si la tierra pudiera fecundarse con lágrimas de mujer, cada gota que viertes se convertiría en un cocodrilo. ¡Fuera de mi vista!

DESDÉMONA.- No permaneceré para ofenderos. (*Yéndose.*)

LUDOVICO.- Dama obediente, en verdad. Suplico a vuestra señoría que la llame.

OTELO.- ¡Señora!...

DESDÉMONA.- Mi señor...

OTELO.- ¿Qué deseáis con ella, caballero?

LUDOVICO.- ¿Quién, yo, señor?

OTELO.- Sí; habéis deseado que la hiciera volver. Señor, puede tornar, y retornar, y, sin embargo, marchar adelante, y volver todavía; y puede llorar, señor, llorar!; y es obediente, como decís..., iobediente!.... imuy obediente!.... Continuad con vuestras lágrimas... En lo que respecta a este despacho, señor... ¡Oh, emoción bien fingida!... Recibo la orden de regresar.. Marchaos; enviaré por vos en seguida...

Señor, obedeceré el mandato y volveré a Venecia... ¡Fuera de aquí, andando! (*Sale Desdémona.*) Cassioocupará mi puesto. Con esto... señor, os ruego que me acompañéis a cenar esta noche. ¡Sed bien venido a Chipre, señor! - ¿Cabrones y monos? (*Sale.*)

LUDOVICO.- ¿Es éste el noble moro a quien nuestro Senado proclama por voto unánime capaz de cuanto sea posible? ¿Es ésta la naturaleza en quien no hacen mella las pasiones? ¿Cuya sólida virtud no podían rozar ni herir la bala del accidente ni el dardo de la ocasión?

IAGO.- Está muy cambiado.

LUDOVICO.- ¿Tiene los sentidos cabales? ¿No está su cerebro en delirio?



IAGO.- Es lo que es. No debo permitirme el aliento de una censura. Lo que podría ser -si pudiera serlo- es... ¡Pluguiera al cielo que lo fuese!

LUDOVICO.- ¡Cómo! ¡Pegar a su mujer!

IAGO.- A fe mía, eso no estuvo bien. Sin embargo, quisiera tener la seguridad de que ese golpe no sea el más violento.

LUDOVICO.- ¿Es su costumbre, o es que ese despacho obró sobre su sangre, y por primera vez inoculó en él tal demasia?

IAGO.- ¡Ay, ay! No es honrado en mí decir lo que he visto y conocido. Vos le observaréis, y sus maneras de obrar os instruirán tan bien, que puedo ahorrar mis palabras. Seguidle y notaréis cómo va a continuar.

LUDOVICO.- Me pesa haberme engañado sobre él. (*Salen.*)

Escena Segunda

Aposento en el castillo

Entran OTELO y EMILIA

OTELO.- ¿No habéis visto nada, entonces?

EMILIA.- Jamás he oído nada, ni nunca he sospechado.

OTELO.- Sí; vos habéis visto a ella y a Cassio juntos.

EMILIA.- Pero en esas ocasiones no vi nada malo, y he oído cada una de las sílabas pronunciadas entre ellos.

OTELO.- ¿Qué, no cuchichearon nunca?

EMILIA.- Jamás, mi señor.

OTELO.- ¿Ni ella os ha alejado?

EMILIA.- Nunca.

OTELO.- ¿Para buscar su abanico, sus guantes, su antifaz, ni nada?

EMILIA.- Jamás, mi señor.

OTELO.- Es extraño.

EMILIA.- Me atrevo a jurar que es honrada. Apostaría a ello mi alma a cara y cruz. Si pensáis de otra manera, arrojad ese pensamiento..., engaña a vuestro corazón. Si algún miserable os infundió eso en la cabeza, que el cielo pueda recompensarle con la maldición de la serpiente; porque, si no es honrada, casta y leal, entonces no hay ningún hombre feliz; la más pura de las mujeres es despreciable como la calumnia.

OTELO.- Mandadla que venga aquí.-Id. (*Sale Emilia.*) Dice bastante. Sin embargo, es una simple alcahueta que no puede decir mucho. Es una ramera astuta, un gabinete de infames secretos cerrados a llave; a pesar de ello, se arrodilla y ora. Se lo he visto hacer.

Entran DESDÉMONA y EMILIA

DESDÉMONA.- Mi señor, ¿qué me queréis?

OTELO.- Por favor, venid acá, polluela.

DESDÉMONA.- ¿Qué os place mandarme?

OTELO.- Dejadme ver vuestros ojos. Miradme a la cara.

DESDÉMONA.- ¿Qué horrible humorada es ésta?

OTELO.- (*A Emilia.*) ¡A alguna de vuestras funciones, dueña! ¡Dejad solos a los que quieren procrear, y cerrad la puerta! ¡Tosed y exclamar ¡Ejem!, si alguien viene! ¡A vuestro oficio, a vuestro oficio! ¡Vamos, despachad! (*Sale Emilia.*)

DESDÉMONA.- Os lo suplico de rodillas: ¿qué significa vuestro discurso? Comprendo que la cólera reside en vuestras palabras; pero no las entiendo.

OTELO.- Vamos a ver: ¿quién eres tú?

DESDÉMONA.- Vuestra esposa, mi señor; vuestra sincera y leal esposa.

OTELO.- ¡Vamos, júralo y condénate! Te asemejas tanto a un ángel del cielo que los demonios podrían temer apoderarse de ti. ¡Así, condénate doblemente! ¡Jura... que eres honrada!

DESDÉMONA.- El cielo lo sabe con toda verdad.

OTELO.- ¡El cielo lo sabe con toda verdad que eres perfida como el infierno!

DESDÉMONA.- ¿Hacia quién, mi señor? ¿Con quién? ¿Cómo soy perfida?

OTELO.- ¡Ah, Desdémona!... ¡Aparta, aparta, aparta!

DESDÉMONA.- ¡Ay! ¡Aciago díal... ¿Por qué lloráis? ¿Soy yo el motivo de esas lágrimas, mi señor? Si por ventura sospecháis que ha sido mi padre el instrumento de vuestra llamada, no me echéis a mí la culpa. Si habéis perdido su afecto, yo lo he perdido también.

OTELO.- Aun cuando pluguiera al cielo ponerme a prueba el dolor; aun cuando hubiera hecho llover sobre mi cabeza desnuda toda clase de males y de vergüenzas; aun cuando me hubiera sumergido en la miseria hasta los labios; aun cuando me redujese a la cautividad con mis últimas esperanzas, aún habría podido encontrar en un rincón de mi alma una gota de paciencia. Pero ¡ay! ¡Hacer de mí la imagen fija que el escarnio del mundo señalará con su dedo lento y móvil!... ¡Oh! ¡Oh! Sin embargo, todavía aguantara esto; bien,



muy bien. ¡Pero ser arrojado del santuario en que depositó mi corazón; del santuario donde tengo que vivir, o renunciar a la vida; del manantial hacia donde se desliza mi corriente para no secarse! ¡Ser arrojado de él o conservado como una cisterna para que sucios sapos se enlacen y engendren dentro!... ¡Paciencia, tú, joven querubín de labios de rosa, cambia de compleción! ¡Cambia, así, y adquiere una fisonomía siniestra como el infierno!

DESDÉMONA.- Espero que mi noble señor me estima honrada.

OTELO.- ¡Oh, sí! ¡Como las moscas estivales en el matadero, que, apenas creadas, se reproducen zumbando! ¡Oh, flor, tan graciosamente bella, tan deliciosamente odorífera que los sentidos se embriagan en ti! ¡Ojalá nunca hubieras venido al mundo!

DESDÉMONA.- ¡Ay! ¿Qué pecado de ignorancia he cometido?

OTELO.- Esta rica vitela, este libro tan admirable, ése hizo para que escribiese encima: «puta»? «¡Qué habéis cometido!» «¡Cometido!» ¡Oh, ramera pública! ¡Si dijera lo que has hecho, mis mejillas volverían rojas como las fraguas y reducirían a cenizas todo pudor!... «¡Qué has cometido!»... ¡El cielo tápase ante ello la nariz, y la Luna cierra los ojos! ¡El viento lascivo que besa todo lo que encuentra, se esconde en los antros profundos de la tierra por no escucharlo!... «¡Qué has cometido!» ¡Impudente prostituta!

DESDÉMONA.- ¡Por el cielo, me estáis injuriando!

OTELO.- ¿No sois una prostituta?

DESDÉMONA.- ¡No, tan cierto como soy cristiana! Si conservar este vaso para mi señor, libre de todo otro contacto impuro e ilegítimo, es no ser una prostituta, no lo soy.

OTELO.- ¡Cómo! ¿No sois una puta?

DESDÉMONA.- ¡No, como espero mi salvación!

OTELO.- ¿Es posible?

DESDÉMONA.- ¡Oh cielos! ¡Apiadaos de nosotros!

OTELO.- Os pido perdón, en ese caso. Os tomé por esa astuta cortesana de Venecia que se casó con

Otelo.- ¡Y vos, dueña, que tenéis el oficio contrario a San Pedro y guardáis las puertas del infierno!...

Vuelve a entrar EMILIA

¡Vos! ¡Vos! ¡Sí, vos! ¡Ya hemos concluido! Aquí tenéis dinero por vuestro trabajo. ¡Por favor! Dad la vuelta a la llave y guardadnos el secreto. (*Sale.*)

EMILIA.- ¡Ay! ¿Qué se imagina este hombre? ¿Cómo os halláis, madama? ¿Cómo os encontráis, mi buena señora?

DESDÉMONA.- Por mi fe, medio dormida.

EMILIA.- Buena señora, ¿qué tenéis con mi señor?

DESDÉMONA.- ¿Con quién?

EMILIA.- Vaya, con mi señor, señora.

DESDÉMONA.- ¿Quién es tu señor?

EMILIA.- El vuestro, amable señora.

DESDÉMONA.- No tengo ninguno. No me hables, Emilia. No puedo llorar, ni dar otra respuesta sino la que se traduzca en lágrimas. Te lo suplico, esta noche coloca en mi lecho mis sábanas nupciales... Recuérdalo... Y llama que venga tu marido.

EMILIA.- ¡He aquí un cambio, en verdad! (*Sale.*)

DESDÉMONA.- Era justo que así fuese tratada, muy justo. ¿De qué modo me he conducido para inspirarle la más pequeña sospecha de mi más leve falta?

Vuelve a entrar EMILIA con IAGO

IAGO.- ¿Qué deseáis, señora? ¿Qué os sucede?

DESDÉMONA.- No puedo decirlo. Los que enseñan a los párvulos lo hacen con medios dulces y fáciles tareas. Hubiera podido reñirme de tal modo; pues, en buena fe, soy una niña cuando se me regaña.

IAGO.- ¿De qué se trata, señora?

EMILIA.- ¡Ay, Iago! El señor la ha calificado de puta, la ha abrumado de tal manera a despre6c8ios y en términos tan viles, que un corazón inocente no lo podría soportar.

DESDÉMONA.- ¿Merezco yo ese nombre, Iago?

IAGO.- ¿Qué nombre, amable señora?

DESDÉMONA.- El que dice que me ha llamado mi señor.

EMILIA.- La llamó puta. Un mendigo, en su borrachera, no habría dirigido tales insultos a su coima.

IAGO.- ¿Por qué ha obrado así?

DESDÉMONA.- No lo sé. Estoy segura de no ser nada parecido.

IAGO.- No lloréis, no lloréis... ¡Ay, día aciago!

EMILIA.- ¿Ha renunciado a tantos matrimonios, abandonado a su padre, a sus amigas, para ser llamada puta? ¿No es para hacer llorar?



DESDÉMONA.- ¡Es mi mala suerte!

IAGO.- ¡Maldito sea por ello! ¿Cómo le dio esta locura?

DESDÉMONA.- ¡Sábelo el cielo!

EMILIA.- ¡Que me ahorquen el no hay algún sempiterno villano, algún bellaco bullicioso e insinuante, algún granuja lisonjero y mentiroso que le ha imbuido esta idea en la cabeza para obtenerse un empleo! ¡Que me ahorquen si no es así!

IAGO.- ¡Quita allá! No hay un hombre semejante. Es imposible.

DESDÉMONA.- ¡Si lo hubiere, que el cielo le perdone!

EMILIA.- ¡Que lo perdone una cuerda y que el infierno roa sus huesos! ¿Por qué había de llamarla prostituta? ¿Con quién se trata? ¿En qué sitio? ¿En qué tiempo? ¿En qué forma? ¿Qué verosimilitud tiene?

¡El moro ha sido engañado por algún bribón más que infame, por algún pillo vil y redomado, por algún despreciable truhán! ¡Oh, cielo! ¡Que no denuncies a semejante gentuza, y coloques un látigo en la diestra de todo hombre honrado, para que esos canallas fuesen azotados desnudos en el mundo entero, desde el Oriente al Occidente!

IAGO.- Hablad más bajo.

EMILIA.- ¡Oh, vergüenza de ellos! ¡Algún escudero de esa laya fue el que os volvió del revés el juicio y os hizo sospechar que yo había tenido que ver con el moro!

IAGO.- ¡Sois una loca! ¡Idos!

DESDÉMONA.- ¡Ay, Iago! ¿Cómo me las arreglaré para ganar de nuevo el corazón de mi esposo? Buen amigo, ve a hallarle, pues por esta luz del cielo, no sé cómo le he perdido. ¡Doblo aquí mis rodillas, y si alguna vez he pecado voluntariamente contra su amor en palabras, obras o pensamientos; si alguna vez mis ojos, mis oídos u otro cualquiera de mis sentidos han experimentado placer ante otra presencia que no la suya; si no le amo aún tiernamente, como siempre le he amado, como siempre le amaré, aun cuando me arrojase en la miseria por el divorcio, que toda esperanza de consuelo me abandone! El desafecto puede hacer mucho; y su desafecto puede poner fin a mi vida, mas no corromper mi amor. No puedo pronunciar la palabra «puta»; ahora que la digo, me produce horror. Y en cuanto a cometer el acto que justifica ese nombre, ni todas las vanidades de la tierra podrían inducirme a él.

IAGO.- Os lo suplico, tened paciencia; esto no es más que un momento de mal humor. Son los negocios del Estado que le inquietan, y os riñe entonces.

DESDÉMONA.- ¡Si no fuera otra cosa....

IAGO.- Es sólo eso, os lo garantizo. (*Trompetas.*) ¡Oíd cómo esos instrumentos convocan a cenar! Los embajadores de Venecia esperan la vianda. Entrad y no lloréis. Todo se arreglará a satisfacción. (*Salen Desdémona y Emilia.*)

Entra RODRIGO

¡Hola, Rodrigo!

RODRIGO.- No hallo que obres lealmente conmigo.

IAGO.- ¿Qué prueba lo contrario?

RODRIGO.- Cada día me das la entretenida con algún pretexto, Iago; y a lo que ahora me parece, más bien me frustras todas las ocasiones favorables, que me provees del menor asomo de esperanza. Estoy decidido, en verdad, a no aguantarlo más tiempo. Ni tengo ya humor para digerir apaciblemente lo que he soportado como un tonto.

IAGO.- ¿Queréis oírme, Rodrigo?

RODRIGO.- A fe mía, os he oído demasiado, pues entre vuestras palabras y vuestras obras no hay parentesco alguno.

IAGO.- Me acusáis muy injustamente.

RODRIGO.- De nada que no sea verdad. He agotado todos mis recursos. Las joyas que os entregué para que las hicieras llegar a Desdémona hubieran medio corrompido a una monja. Me decís que las ha recibido, y, en cambio, me dais promesas consoladoras de reconocimiento y de intimidad cercana; pero no veo que nada de esto se realice.

IAGO.- Bien; adelante; muy bien.

RODRIGO.- «¡Muy bien! ¡Adelante!» ¡Pues no puedo ir adelante, amigo! Ni está ello muy bien, sino que, por el contrario, todo va muy mal, y comienzo a advertir que he sido engañado.

IAGO.- ¡Muy bien!

RODRIGO.- ¡Os repito que no está muy bien! Deseo yo mismo presentarme a Desdémona. Si quiere devolverme mis alhajas, abandonaré su corte y expresaré mi arrepentimiento por mis solicitudes ilícitas. Si no, estad bien seguro de que exigiré satisfacciones de vos.

IAGO.- ¿Habéis acabado ya?

RODRIGO.- Sí, y nada he dicho que no tenga intención de hacer, os lo declaro.



IAGO.- Vaya, ahora veo que hay energía en ti, y a partir de este momento te tendré en mejor opinión que te tenía. ¡Dame tu mano, Rodrigo! Has concebido contra mí sospechas muy justificadas; pero, sin embargo, protesto que he obrado muy lealmente en tu asunto.

RODRIGO.- No lo ha parecido.

IAGO.- Os concedo que, verdaderamente, no lo ha parecido, y vuestra sospecha no carece de juicio y discernimiento. Pero, Rodrigo, si hay en ti lo que ahora más que nunca tengo las mayores razones para creer que posees -quiero decir resolución, arrojo y denuedo-, muéstralos esta noche; si a la velada siguiente no gozas a Desdémona, quítame de este mundo a traición e inventa artificios contra mi vida.

RODRIGO.- Bien. ¿De qué se trata? ¿Es algo que entra en la esfera de lo posible y del buen sentido?

IAGO.- Señor, ha venido una comisión especial de Venecia para colocar a Cassio en el puesto de Otelo.

RODRIGO.- ¿Es cierto? ¡Cómo! En ese caso Otelo y Desdémona regresarán a Venecia.

IAGO.- ¡Oh, no! Él se va a Mauritania y se lleva consigo a la hermosa Desdémona, a menos que algún accidente no le obligue a prolongar aquí su estancia; para lo cual no hay medio más seguro que eliminar a Cassio.

RODRIGO.- ¿Qué entendéis por eliminarle?

IAGO.- Pardiez, hacerle imposible de ocupar el puesto de Otelo; saltarle los sesos.

RODRIGO.- ¿Y es eso lo que quisierais que hiciera?

IAGO.- Sí, si os atrevéis a procurarlos una ventaja y a ejercer un derecho. Cena esta noche con una mujer de mala vida, y allí iré a buscarle. Aún no sabe nada de su honorable fortuna. Si queréis espiarle a la salida, que yo haré de suerte que suceda entre doce y una, podréis acometerle a vuestro placer; yo estaré cerca de vos para secundar vuestro atentado, y caerá entre nosotros. Vamos, no os quedéis ahí estupefacto, sino venid conmigo. Os mostraré tan claro la necesidad de su muerte, que vos mismo os creceréis obligado a dársela. Ha llegado la hora exacta de la cena, y la noche avanza rápidamente. ¡A la obra!

RODRIGO.- Es preciso que me deis para eso algunas razones más.

IAGO.- Y las tendréis cumplidas. (*Salen.*)

Escena Tercera

Otro aposento en el castillo

Entran OTELO, LUDOVICO, DESDÉMONA, EMILIA y personas del séquito

LUDOVICO.- Os lo ruego, señor, no os molestéis más.

OTELLO.- ¡Oh, perdonadme! me sentaré bien dar un paseo.

LUDOVICO.- Buenas noches, señora; doy humildemente las gracias a Vuestra Señoría.

DESDÉMONA.- ¡Sea muy bien venido Vuestro Honor!

OTELLO.- ¿Queréis acompañarme a pasear, señor? ¡Oh, Desdémona!...

DESDÉMONA.- ¿Mi señor?...

OTELLO.- Idos al instante al lecho. Estaré de vuelta inmediatamente. Despedid a vuestra doncella.

Procurad cumplirlo.

DESDÉMONA.- Lo haré, mi señor. (*Salen Otelo, Ludovico y personas del séquito.*)

EMILIA.- ¿Qué sucede ahora? Tiene el aspecto más amable que antes. 72

DESDÉMONA.- Dice que va a volver incontinenti. Me ha ordenado que me vaya al lecho y pedido que os despida.

EMILIA.- ¡Despedirme!

DESDÉMONA.- Son sus órdenes. Por consiguiente, mi buena Emilia, dame mi vestido de noche, y adiós.

No debemos contrariarle ahora.

EMILIA.- ¡Ojalá no le hubiese visto nunca!

DESDÉMONA.- No lo quisiera así. Mi amor le está tan enteramente sometido, que hasta su mal humor, sus reprensiones y ceño -por favor, desabróchame- tienen gracia y fineza.

EMILIA.- He puesto en el lecho las sábanas que me ordenasteis colocar.

DESDÉMONA.- Me es igual todo... ¡Por mi fe! ¡Qué locas son nuestras mentes! Si muero antes que tú, te suplico que me envuelvas en una de estas mismas sábanas.

EMILIA.- Vamos, vamos, no digáis tonterías.

DESDÉMONA.- Mi madre tenía una doncella de nombre Bárbara. Se había enamorado, y encontróse con que el galán a quien amaba se volvió loco y la abandonó. Sabía cierta canción del «Sauce»; era una antigua canción, pero expresaba bien su destino y murió cantándola. ¡Esta noche no quiere irse del alma esta canción! Me da mucha pena no poder inclinar mi cabeza a un lado y cantarla como la pobre Bárbara. Por favor, date prisa.

EMILIA.- ¿Iré a buscaros vuestra camisa de noche?

DESDÉMONA.- No. Desabróchame aquí... Ese Ludovico es un hombre muy apuesto.



EMILIA.- ES un hombre guapo.

DESDÉMONA.- Habla bien.

EMILIA.- Sé de una dama de Venecia que hubiera ido descalza a Palestina por un toque de su labio inferior.

DESDÉMONA.- (Cantando.)

*La pobre alma sentose suspirando al pie de un sicomoro,
cantad todo al sauce verde;
la mano sobre su seno, la cabeza sobre su rodilla,
cantad: sauce, sauce, sauce;
las frases ondas corrían tras ella y murmuraban sus suspiros,
cantad: sauce, sauce, sauce;
sus lágrimas amargas caían y ablandaban las piedras...*

Quítame esto. (Canta.)
Cantad: sauce, sauce, sauce.

Por favor, despáchate; va a venir en seguida. (Canta.)

Cantad todos que un sauce verde debe ser mi guirnalda.

Que nadie le censure; yo apruebo su desdén.

No, no es eso lo que sigue. ¡Escucha! ¿Quién llama?

EMILIA.- Es el viento.

DESDÉMONA.- (Cantando.)

He llamado a mi amor amor perjuro; pero ¿qué dijo entonces?

Cantad: sauce, sauce, sauce,

si cortejo a otras mujeres, dormiréis con otros hombres.

Ahora, márchate. ¡Buenas noches! Me escuecen los ojos. ¿Es presagio de lágrimas?

EMILIA.- Eso no significa nada.

DESDÉMONA.- Lo había oído decir. ¡Oh, estos hombres, estos hombres! ¿Crees tú en conciencia - dímelo, Emilia- que hay mujeres que ofenden a sus maridos con tan grueso ultraje?

EMILIA.- Ya lo creo que las hay; sin duda.

DESDÉMONA.- ¿Cometerías semejante acto por el mundo entero? EMILIA.- ¿Qué, no lo cometerías vos?

DESDÉMONA.- ¡No, ante la luz del cielo!

EMILIA.- Ni yo tampoco ante la luz del cielo; preferiría hacerlo en las tinieblas.

DESDÉMONA.- ¿Cometerías tal acto por el mundo entero?

EMILIA.- El mundo es una cosa grande. Es un gran precio para un pequeño vicio.

DESDÉMONA.- Pienso, en verdad, que no lo harías.

EMILIA.- En verdad, pienso que lo haría, y que lo desharía cuando lo hubiese hecho. Pardiez, claro que no lo haría por un anillo doble, por algunas medias de linón, ni por unas sayas, basquiñas, ni gorros, ni por cualquier otra pequeña asignación; pero ipor el mundo entero! Pardiez; ¿quién no haría cornudo a su marido para ascenderlo a monarca? Arrostraría para ello el purgatorio.

DESDÉMONA.- ¡Sea yo maldita si hiciera semejante iniquidad por el mundo entero!

EMILIA.- ¡Bah!, la iniquidad no es una iniquidad sino para el mundo, y teniendo al mundo por haberla cometido, no sería una iniquidad en un mundo vuestro, lo que os permitiría bien pronto repararla.

DESDÉMONA.- No creo que exista semejante mujer.

EMILIA.- Sí, y una docena, y más aún de suplemento para aprovisionar el mundo, que les serviría de juego. Pero yo creo que cuando las mujeres caen, la falta es de sus maridos; pues o no cumplen con sus deberes y vierten nuestros tesoros en regazos extraños, o estallan en celos mezquinos imponiéndonos sujeciones, o nos pegan y reducen por despecho nuestro presupuesto acostumbrado. Pardiez, tenemos hiel, y aunque poseamos cierta piedad, no carecemos de espíritu de venganza. Sepan los maridos que sus mujeres gozan de sentidos como ellos; ven, huelen, tienen paladares capaces de distinguir lo que es dulce de lo que es agrio, como sus esposos. ¿Qué es lo que procuran cuando nos cambian por otras? ¿Es placer? Yo creo que sí.

¿Es el afecto lo que les impulsa? Creo que sí también. ¿Es la fragilidad que así desbarra? Creo también que es esto. ¿Y es que no tenemos nosotras afectos, deseos de placer y fragilidad como tienen los hombres? Entonces que nos traten bien, o sepan que el mal que hacemos son ellos quienes nos lo enseñan.

DESDÉMONA.- Buenas noches, buenas noches. El cielo me inspire costumbres que me permitan no extraer mal del mal, sino mejorarme por el mal. (Salen)

Acto Quinto

Escena Primera

Chipre.-Una calle



Entran IAGO y RODRIGO

IAGO.- Aquí, ponte detrás de este saledizo; vendrá en seguida. Lleva desnuda tu buena tizona, y vete al bulto. ¡Pronto, pronto! No temas nada. Estaré a tus codos. Esto nos salva o nos pierde; piénsalo bien, y tente firme en tu resolución.

RODRIGO.- Colócate a mano; puedo fallar el golpe.

IAGO.- Heme aquí a tu lado, y ponte en guardia. (*Se retira a corta distancia.*)

RODRIGO.- No tengo fe en la empresa; y, sin embargo, me ha dado razones satisfactorias. No es más que un hombre menos. ¡Afuera, espada mía! ¡Moriré! (*Se pone en guardia.*)

IAGO.- He restregado esta joven pústula casi hasta lo vivo, y vedle inflamarse de cólera. Ahora, que mate a Cassio, o que Cassio le mate a él, o que se maten ambos, por cualquier camino salgo ganancioso. Si sobrevive Rodrigo, me requerirá para hacerle restitución del oro y las joyas que le he sonsacado bajo pretexto de presentes a Desdémona. Esto no debe ser. Si Cassio subsiste, hay en su vida una hermosura cotidiana que hará fea la mía; y, además, el moro podría desenmascararme ante él. Me hallo en gran peligro. No, debe morir... Pero chitón, oigo que viene.

Entra CASSIO

RODRIGO.- Conozco sus pasos, es él. ¡Villano, eres muerto! (*Tira una estocada a Cassio.*)

CASSIO.- Esta estocada me hubiera sido funesta, en verdad; pero mi cota es mejor de lo que tú suponías.

¡Voy a poner la tuya a prueba! (*Desenvaina y hiere a Rodrigo.*)

RODRIGO.- ¡Oh, muerto soy! (*Iago hiere por detrás a Cassio en una pierna, y sale.*)

CASSIO.- ¡Estoy lisiado para siempre! ¡Socorro, hola! ¡Al asesino! ¡Al asesino! (*Cae.*)

Entra OTELO a distancia

OTELO.- ¡La voz de Cassio!... ¡Iago cumple su palabra!

RODRIGO.- ¡Oh, qué villano soy!

OTELO.- ¡Es muy verdad!

CASSIO.- ¡Oh, auxilio! ¡Hola! ¡Luz! ¡Un cirujano!

OTELO.- ¡Es él!... ¡Oh, bravo Iago! ¡Hombre honrado y justo, que posees tan noble sentimiento del ultraje hecho a tu amigo! ¡Tú me enseñas mi deber!... ¡Favorita, vuestra amante yace muerto y vuestra hora maldita se acerca! ¡Ya estoy aquí, prostituta! ¡Quedan borrados de mi corazón esos hechizos, tus ojos! ¡Tulecho, mancillado por la lujuria, será manchado con sangre lujuriosa! (*Sale.*)

Entran LUDOVICO y GRACIANO, a distancia

CASSIO.- ¡Eh! ¡Hola! ¿No hay ronda? ¿Ni un transeúnte? ¡Al asesino! ¡Al asesino!

GRACIANO.- Es algún accidente desgraciado. ¡La voz es verdaderamente pavorosa!

CASSIO.- ¡Oh, socorro!

LUDOVICO.- ¡Escuchad!

RODRIGO.- ¡Oh, miserable malvado!

LUDOVICO.- Dos o tres gemen... Es una noche oscura. Pueden ser lamentos engañosos. Guardémonos de acercarnos al sitio de donde parten sin más amparo.

RODRIGO.- ¿Nadie viene? Entonces me desangraré hasta morir. LUDOVICO.- ¡Escuchad!

GRACIANO.- ¡Aquí llega uno en camisa, con luz y armas!

Vuelve a entrar IAGO con una luz

IAGO.- ¿Quién va? ¿Quién arma tanto estrépito gritando: «¡Al asesino!»?

LUDOVICO.- No lo sabemos.

IAGO.- ¿No habéis oído gritar?

CASSIO.- ¡Aquí, aquí! ¡En nombre del cielo, auxiliadme!

IAGO.- ¿Qué ocurre?

GRACIANO.- Es el alférez de Otelo, si no me engaño.

LUDOVICO.- El mismo, en verdad; un camarada muy valiente.

IAGO.- ¿Quién sois, que gritáis aquí de una manera tan dolorosa?

CASSIO.- ¡Iago?... ¡Oh! ¡Estoy aquí inutilizado, asesinado por miserables! Préstame algún auxilio.

IAGO.- ¡Ay de mí, teniente! ¿Qué villanos han hecho esto?

CASSIO.- Pienso que uno de ellos está aquí muy próximo y en un estado que no le permite marcharse.

IAGO.- ¡Oh, traidores malvados!... (*A Ludovico y Graciano.*) ¿Quiénes estás ahí? Venid y prestad alguna ayuda.

RODRIGO.- ¡Oh, favor aquí!

CASSIO.- ¡Ése es uno de ellos!

IAGO.- ¡Oh, vil asesino! ¡Oh, miserable! (*Apuñala a Rodrigo.*)

RODRIGO.- ¡Oh, maldito Iago! ¡Oh, inhumano perro!... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!



IAGO.- ¡Matar a los hombres en las tinieblas!... ¿Dónde están esos ladrones sanguinarios?... ¡Qué silencio reina en la ciudad!... ¡Hola! ¡Al asesino! ¡Al asesino!... ¿Quién podéis ser vosotros? ¿Sois gente de bien o de mal?

LUDOVICO.- Juzgadnos cuando nos hayáis puesto a prueba.

IAGO.- ¿El signor Ludovico?

LUDOVICO.- El propio, señor.

IAGO.- Os pido perdón. Ved aquí a Cassio herido por villanos.

GRACIANO.- ¡Cassio!

IAGO.- ¿Cómo os va, hermano?

CASSIO.- Mi pierna está partida en dos.

IAGO.- ¡Pardiez, no lo permita el cielo!... ¡Luz, caballeros!... Voy a vendarle con mi camisa.

Entra BLANCA

BLANCA.- ¿Qué ocurre? ¡Hola! ¿Quién gritaba?

IAGO.- «¿Quién gritaba?»

BLANCA.- ¡Oh, mi querido Cassio! ¡Midulce Cassio! ¡Oh, Cassio! ¡Cassio! ¡Cassio!

IAGO.- ¡Oh, notable bribona!... Cassio, ¿sospecháis quiénes sean los que así os han lisiado?

CASSIO.- No.

GRACIANO.- Estoy afligido de hallaros en este estado. Iba en busca vuestra.

IAGO.- Prestadme una liga... Así... ¡Oh, que no tuviéramos una litera para trasladarle fácilmente de aquí!

BLANCA.- ¡Ay, se desvanece! ¡Oh, Cassio! ¡Cassio! ¡Cassio!

IAGO.- Caballeros, sospecho que esta porquería aquí presente sea cómplice en la infamia... Paciencia un instante, buen Cassio. Marchemos, marchemos. Dadme una luz, ¿Conocemos esta cara, o no? ¡Ay! ¿Mi amigo y querido compatriota Rodrigo?... No. ¡Sí, de seguro!... ¡Oh, cielos! ¡Rodrigo!

GRACIANO.- ¡Cómo! ¿El de Venecia?

IAGO.- El mismo, señor. ¿Le conocíais?

GRACIANO.- ¡Que si le conocía! Sí.

IAGO.- ¿El signor Graciano? Os pido vuestro gentil perdón. Estos accidentes sanguinarios deben disculpar mi falta de cortesía por haberlos olvidado de tal manera.

GRACIANO.- Me alegro de veros.

IAGO.- ¿Cómo os halláis, Cassio? ¡Oh! ¡Una litera, una litera!

GRACIANO.- ¡Rodrigo!

IAGO.- ¡Él, él mismo! ¡Es él! (Traen una litera) ¡Oh, bien hecho!... La litera. Que algún hombre de bien le lleve cuidadosamente de aquí. Voy en busca del cirujano del general. (A Blanca.) En cuanto a vos, señora, ahorraos vuestro trabajo. -El que yace aquí asesinado, Cassio, era mi querido amigo. ¿Qué disentimiento había entre vos?

CASSIO.- Ninguno en el mundo; ni conocía a ese hombre.

IAGO.- (A Blanca.) ¡Cómo! ¿Palidecéis? -¡Oh, sacadle al aire! (Cassio y Rodrigo son sacados afuera.)

Espereas, buenos caballeros.- ¿Estáis pálida, señora? -¿No advertís el terror de sus ojos? -Pardiez, si estáis ya sobrecogida de espanto, sabremos más en seguida. ¡Contempladla bien! Por favor, miradla. ¿Lo notáis, señores? ¡La culpabilidad habrá de rebelarse, aun cuando la lengua esté muda!

Entra EMILIA

EMILIA.- ¡Ay! ¿Qué sucede? ¿Qué sucede, esposo?

IAGO.- Cassio acaba de ser asaltado aquí, en la oscuridad, por Rodrigo y otros individuos que se han dado a la fuga. Le han medio matado y Rodrigo está muerto.

EMILIA.- ¡Ay, el buen caballero! ¡Ay, el buen Cassio!

IAGO.- ¡He ahí los frutos de la putería! -Por favor, Emilia, ve a informarte dónde ha cenado Cassio esta noche. (A Blanca.) ¡Cómo! ¿Os hace esto temblar?

BLANCA.- Ha cenado en mi casa; pero esto no me hace temblar.

IAGO.- ¡Oh! ¿Ha cenado en vuestra casa? Os lo ordeno, venid conmigo.

EMILIA.- ¡Vergüenza, vergüenza de ti, puta!

BLANCA.- ¡Yo no soy una puta, sino una mujer de vida tan honrada como vos que me insultáis así!

EMILIA.- ¿Como yo? ¡Quita allá! ¡Vergüenza de ti!

IAGO.- Amables caballeros, vamos a ver curar al pobre Cassio. -Venid, señora, nos contareis otro cuento. -

Emilia, corre a la ciudadela y refiere a mi señor y a mi señora lo que ha ocurrido. -¿Queréis ir delante?

(Aparte.) ¡Esta noche hago mi suerte o me destruyo por completo! (Salen.)

Escena Segunda

Dormitorio en el castillo. -Desdémona duerme en el lecho. -Arde una luz

Entra OTELO



OTELO.- ¡He ahí la causa! ¡He ahí la causa, alma mía!... ¡Permitidme que no la nombre ante vosotras, castas estrellas!... ¡He ahí la causa!... Sin embargo, no quiero verter su sangre, ni desgarrar su piel, más blanca que la nieve, y tan lisa como el alabastro de un sepulcro. Pero debe morir o engañará a más hombres.- ¡Apaguemos la luz, y después apaguemos su luz! Si te extinguo, agente de la claridad, y me arrepiento enseguida, podré reanimar tu primitiva llama; pero una vez tu luz extinta, ioh, tú, el modelo más acabado de la hábil naturaleza!, no sé dónde está aquel fuego de Prometeo que volviera a encender tu luz. Cuando haya arrancado tu rosa, no podré darla de nuevo su potencia vital. Necesariamente habrá de marchitarse. (*Besando a Desdémona*.) ¡Quiero aspirarla en el tallo!- ¡Oh, aliento embalsamado que casi persuade a la justicia a romper su espada! - ¡Uno más! ¡Otro aún! ¡Quédate así, cuando estés muerta y te mataré, y acto seguido volveré a amarte! ¡Otro más! ¡El último!... ¡Nunca beso tan dulce fue tan fatal!... ¡Fuerza es que lloro!... Pero son lágrimas crueles... ¡Este dolor es celestial; hiere allí donde ama!- Se despierta.

DESDÉMONA.- ¿Quién está ahí? ¿Otelo?

OTELO.- Sí, Desdémona.

DESDÉMONA.- ¿Queréis venir al lecho, mi señor?

OTELO.- ¿Habéis rezado esta noche Desdémona?

DESDÉMONA.- Sí, mi señor.

OTELO.- Si recordáis de algún crimen que os deje aún irreconciliada con el cielo y la gracia divina, solicidad pronto el perdón.

DESDÉMONA.- ¡Ay, mi señor! ¿Qué queréis decir con esas palabras?

OTELO.- Bien, hacedlo, y sed breve. Daré un corto paseo mientras. No quisiera matar tu espíritu sin hallarse preparado. No... ¡No lo permita el cielo!... ¡No quisiera matar tu alma!

DESDÉMONA.- ¿Habláis de matar?

OTELO.- Sí, de matar hablo.

DESDÉMONA.- ¡Entonces, el cielo tenga piedad de mí!

OTELO.- ¡Amén, con todo mi corazón!

DESDÉMONA.- Aunque habláis de esa manera, espero que no me mataréis.

OTELO.- ¡Hum!

DESDÉMONA.- Y, sin embargo, os temo, pues sois fatal cuando vuestros ojos ruedan así. Por qué deba temer, lo ignoro, puesto que no sé de culpabilidad. No obstante, lo siento, tengo miedo.

OTELO.- ¡Piensa en tus pecados!

DESDÉMONA.- Son amores que os llevo.

OTELO.- Sí, y por eso vas a morir.

DESDÉMONA.- Da una muerte contranatural el que mata porque se le ama. ¡Ay! ¿Por qué os mordéis así vuestro labio inferior? Alguna pasión sanguinaria agita todo vuestro ser. Ésos son los presagios. Mas, sin embargo, espero, espero que no es a mí a quien amenazan.

OTELO.- ¡Silencio, y estate quieta!

Desdémona.- Así lo haré. Pero ¿qué ocurre?

OTELO.- ¡Aquel pañuelo que tenía yo en tanta estima y que te regalé, lo diste a Cassio!

DESDÉMONA.- ¡No, por mi vida y por mi alma! Enviad a buscar a ese hombre y preguntadle.

OTELO.- ¡Dulce alma, ten cuidado, ten cuidado con el perjurio! ¡Estás en tu lecho mortuorio!

DESDÉMONA.- Sí, pero no para morir aún.

OTELO.- Sí, en seguida; por tanto, confiesa francamente tu crimen, pues negarlo artículo por artículo con juramento no podría disipar ni destruir la firme convicción bajo cuyo peso gimo. ¡Vas a morir!

DESDÉMONA.- ¡Entonces que el Señor tenga piedad de mí!

OTELO.- ¡Amén, te digo!

DESDÉMONA.- ¡Y tened piedad también vos! No os he ofendido jamás en mi vida; nunca he amado a Cassio, sino con esa estimación corriente que autoriza el cielo. Nunca le di presente alguno.

OTELO.- ¡Por el cielo, he visto mi pañuelo en sus manos! ¡Oh, mujer perjurial! ¡Cambias mi corazón en piedra, y vas a hacerme cometer un asesinato, cuando me proponía un sacrificio! ¡Yo vi el pañuelo!

DESDÉMONA.- Lo habrá hallado entonces. Yo nunca se lo di. Haced que venga y que confiese la verdad.

OTELO.- La ha confesado.

DESDÉMONA.- ¿Qué ha confesado, mi señor?

OTELO.- Que se ha... servido de ti.

DESDÉMONA.- ¿Cómo? ¿Ilícitamente?

OTELO.- Sí.

DESDÉMONA.- ¡No lo diré!

OTELO.- ¡No, su boca está cerrada! ¡Corrió de cuenta del honrado Iago!

DESDÉMONA.- ¡Oh! ¡Mi temor adivinal... ¡Cómo! ¿Ha muerto?



OTELO.- ¡Aunque hubiera tenido tantas existencias como cabellos, mi apetito de venganza las habrá devorado todas!

DESDEMONA.- ¡Ay! ¡Le han traicionado y estoy perdida!

OTELO.- ¡Fuera, puta! ¿Le lloras en mi cara?

DESDEMONA.- ¡Oh, desterradme, mi señor, pero no me matéis!

OTELO.- ¡Abajo, ramera!

DESDEMONA.- ¡Matadme mañana! ¡Dejadme vivir esta noche!

OTELO.- ¡No, si resistís!...

DESDEMONA.- ¡Media hora tan sólo!

OTELO.- Si se hace, no habrá vacilaciones.

DESDEMONA.- ¡Sólo el tiempo de recitar una plegaria!

OTELO.- ¡Es demasiado tarde! (*La ahoga.*)

DESDEMONA.- ¡Oh, Dios! ¡Dios! ¡Dios!

EMILIA.- (*Dentro.*) ¡Mi señor! ¡Mi señor! ¡Eh! ¡Hola! ¡Mi señor! ¡Mi señor!

OTELO.- ¿Qué ruido es ése?... ¿No está muerta?... ¿No está del todo muerta?... ¡Aunque cruel, soy, sin embargo, compasivo!... ¡No quiero prolongar su sufrimiento!- ¡Así, así!

EMILIA.- (*Dentro.*) ¡Eh! ¡Hola! ¡Mi señor! ¡Mi señor!

OTELO.- ¿Quién está ahí?

EMILIA.- (*Dentro.*) ¡Oh, mi buen señor! ¡Quisiera deciros una palabra!

OTELO.- Sí...- Es Emilia.- ¡En seguida voy!...- ¡Está muerta!- ¡Quizá venga a hablar de la muerte de Cassio! El ruido ha sido grande.- ¡Ah! ¿Ni un movimiento más? ¡Inmóvil como la tumba! ¿La dejaré que entre? ¿Sería bueno? Creo que se mueve aún.- No.- ¿Qué es preferible? Si entra, seguramente querrá hablar a mi mujer. ¡Mi mujer! ¡Mi mujer! ¿Qué mujer?... ¡Yo no tengo mujer! ¡Oh, idea insopportable! ¡Oh, aplastante hora! ¡Pienso que ojalá hubiera en este momento un enorme eclipse de Sol y Luna, y que el aterrado globo se entreibriese en este desorden!

EMILIA.- (*Dentro.*) ¡Oh, mi buen señor! Os lo suplico, permitidme que os hable.

OTELO.- Te había olvidado. ¡Oh, entra, Emilia!- Silencio.- Pronto.- Corramos las cortinas.- ¿Dónde estás? (*Abre la puerta.*)

Entra EMILIA

¿Qué te sucede?

EMILIA.- ¡Oh, mi buen señor! Acaba de cometerse ahí un infame asesinato.

OTELO.- ¡Cómo! ¿Ahora?

EMILIA.- ¡Ahora mismo, señor!

OTELO.- ¡Es el efecto de la desviación total de la Luna! Se aproxima a la Tierra más que de costumbre, y vuelve locos a los hombres.

EMILIA.- Cassio, señor, ha matado a un joven veneciano llamado Rodrigo.

OTELO.- ¡Rodrigo muerto! ¡Y Cassio también!

EMILIA.- No, Cassio no ha sido muerto.

OTELO.- ¡Cassio no ha sido muerto! ¡Entonces desentona la muerte, y la melodiosa venganza suena discordante!

DESDEMONA.- ¡Oh, injustamente, injustamente asesinada!

EMILIA.- ¡Ay! ¿Qué grito es ése?

OTELO.- «¡Ése!» ¿Cuál?

EMILIA.- ¡Horror! ¡Ay! ¡Si era la voz de mi señora!... ¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Hola! ¡Auxilio!- ¡Oh, señora!

iHablad otra vez! ¡Dulce Desdémona! ¡Oh, dulce señora, hablad!

DESDEMONA.- ¡Muero inocente!

EMILIA.- ¡Oh! ¿Quién ha cometido este crimen?

DESDEMONA.- Nadie. Yo misma. Adiós. Encomendadme a mi bondadoso señor. ¡Oh, adiós! (*Muere.*)

OTELO.- Pero ¿cómo puede haber sido asesinada?

EMILIA.- ¡Ay! ¿Quién sabe?

OTELO.- Le habéis oído decir a ella misma que no fui yo.

EMILIA.- Así lo ha dicho. Debo atenerme necesariamente a la verdad.

OTELO.- ¡Bajó al infierno abrasador como embustería! ¡Yo fui quien la mató!

EMILIA.- ¡Más ángel por eso ella, y vos más negro diablo!

OTELO.- ¡Se había dado a la impudicia, y era una puta!

EMILIA.- ¡La calumnias, y eres un diablo!

OTELO.- ¡Era pérflida como la onda!

EMILIA.- ¡Y tú eres temerario como el fuego, al decir que fue pérflida! ¡Oh, ella fue celestialmente leal!

OTELO.- ¡Cassio la había seducido! Pregúntalo, si no, a tu esposo. ¡Oh, sería yo condenado por dejajode todas las profundidades del infierno, de no haber llegado, sobre el terreno de lo justo, a esta extremidad! Tu marido sabía todo.

EMILIA.- ¡Mi marido!



OTELO.- Tu marido.

EMILIA.- ¿Que había faltado a la fe conyugal?

OTELO.- Sí, con Cassio. Pues si hubiera sido fiel, aun cuando el cielo fabricara para mí otro mundo semejante, compuesto de un crisólito entero y puro, no la hubiera cambiado por él.

EMILIA.- ¿Mi marido?

OTELO.- Sí, él fue quien me lo advirtió primero; es un hombre honrado, y detesta el fango que se adhiere a las acciones inmundas.

EMILIA.- ¡Mi marido!

OTELO.- ¿Qué significa esas repeticiones, mujer? Tu marido he dicho.

EMILIA.- ¡Oh, señora! La vileza ha hecho trampas con el amor! ¿Ha dicho mi marido que era desleal?

OTELO.- El mismo, mujer. Tu marido, repito. ¿Entiendes la palabra? Mi amigo, tu marido, el honrado, el honrado Iago.

EMILIA.- ¡Si ha dicho eso, púdrase su alma perniciosa medio grano al día! ¡Miente desde el fondo de su corazón! ¡Estaba demasiado prendada de su elección, por demás horrible!

OTELO.- ¡Ah!

EMILIA.- ¡Haz lo peor que quieras! Esta acción es tan poco digna del cielo, como tú poco digno de ella.

OTELO.- ¡Silencio! Os irá mejor.

EMILIA.- No tienes para hacerme mal la mitad de fuerza que yo para sufrirlo. ¡Oh, crédulo! ¡Oh, imbécil! ¡Tan inconsciente como el barro! Has cometido una acción ¡No me inquieta tu espada! ¡Te daré a conocer, aunque perdiera veinte vidas! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Hola! ¡Socorro! ¡El moro ha matado a mi señor! ¡Al asesino! ¡Al asesino!

Entran MONTANO, GRACIANO e IAGO

MONTANO.- ¿Qué ocurre? ¡Hola, general!

EMILIA.- ¡Oh! ¿Habéis venido, Iago? Menester es que hayáis obrado bien, para que las gentes os echen sus crímenes sobre vuestras espalda.

GRACIANO.- ¿Qué sucede?

EMILIA.- ¡Desmiente a este malvado, si eres un hombre! Dice que le has contado que su esposa era desleal. Sé que no lo has hecho; tú no eres un villano semejante. Habla, pues mi corazón se desborda.

IAGO.- Le he dicho lo que pensaba, y nada que no haya podido conocer y verificar por sí mismo.

EMILIA.- ¿Pero le dijisteis alguna vez que ella era desleal?

IGAO.- Se lo he dicho.

EMILIA.- Le habéis dicho una mentira, una odiosa y condenada mentira. ¡Por mi alma, una mentira, una mentira criminal! ¡Ella desleal con Cassio! ¿Habéis dicho con Cassio?

IGAO.- Con Cassio, señora. Vamos, retened vuestra lengua.

EMILIA.- No retendré mi lengua; estoy obligada a hablar. ¡Mi señora yace ahí, asesinada en su lecho!...

TODOS.- ¡Oh, no lo permita Dios!

EMILIA.- ¡Y son vuestros informes los que le han hecho cometer este asesinato!

OTELO.- ¡No os pasméis, señores! ¡Es la pura verdad!

GRACIANO.- ¡Terrible verdad!

MONTANO.- ¡Oh, acto monstruoso!

EMILIA.- ¡Infamia! ¡Infamia! ¡Infamia! ¡No me cabe duda! ¡La sospecho! ¡La olfateo! ¡Oh, infamia!...

¡La presumía ya! ¡Me mataré de pena!... ¡Oh, infamia, infamia!

IGAO.- ¡Cómo! ¿Estáis loca? ¡Os lo mando; volved a casa!

EMILIA.- ¡Buenos caballeros, permitidme que hable! Es justo que lo obedezca, pero no ahora. ¡Quizá, Iago, no vuelva nunca al hogar!

OTELO.- ¡Oh, oh, oh! (Cae sobre el lecho.)

EMILIA.- ¡Sí! ¡Déjate caer y ruge! ¡Pues ha matado a la más tierna inocente que alzó jamás los ojos al cielo!

OTELO.- (Levantándose.) ¡Oh! ¡Era impura! (A Graciano.) Apenas os conozco, tío. ¡Ahí yace vuestra sobrina, cuyo aliento, en verdad, acaban de cortar estas manos! ¡Sé que este acto aparece horrible y cruel!

GRACIANO.- ¡Pobre Desdémona! ¡Cuánto me alegro de que no exista tu padre! ¡Tu casamiento fue para él un golpe mortal, y la sola pena que cortó en dos el viejo hilo de su vida! Si viviera ahora, este espectáculo le impulsaría a algún acto de desesperación. ¡Sí! ¡Maldeciría a su buen ángel, le arrojaría de su lado y se atraería la reprobación del cielo!

OTELO.- ¡Lástima da! Pero no obstante, sabe Iago que cometió mil veces con Cassio el acto vergonzoso. Cassio mismo lo ha confesado. Y ella recompensó sus trabajos amorosos con aquel testimonio y prenda de amor que yo le entregué en los primeros días; yo lo he visto en sus manos; era un pañuelo, un antiguo presente que mi padre había hecho a mi madre.



EMILIA.- ¡Oh, cielo! ¡Oh, poderes celestiales!

IAGO.- (*A Emilia.*) ¡Voto a Dios! ¡Callaos!

EMILIA.- ¡Lo revelaré! ¡Lo revelaré! ¿Callarme, señor? ¡No, no! ¡Hablaré tan libremente como el viento del Norte! ¡El cielo, los hombres, los diablos, todo, todo, todo, puede gritar vergüenza contra mí, pero hablaré!

IAGO.- Sed juiciosa, e idos a casa.

EMILIA.- ¡No quiero! (*Iago intenta herir a Emilia.*)

GRACIANO.- ¡Quitad! ¡Levantar vuestra espada contra una mujer!

EMILIA.- ¡Oh, moro estúpido! El pañuelo de que hablas lo encontré yo por casualidad y se lo entregué a mi marido; pues a menudo, con suma insistencia (más que mereciera, en verdad, una bagatela semejante), me había suplicado que lo robara.

IAGO.- ¡Infame puta!

EMILIA.- ¡Darlo ella a Cassio! ¡No, ay! ¡Yo lo encontré y se lo di a mi marido!

IAGO.- ¡Mientes, basura!

EMILIA.- ¡Por el cielo, no miento! ¡No miento, caballeros! ¡Oh, imbécil asesino! ¿Qué había de hacer un mastuerzo semejante con una esposa tan buena?

OTELO.- ¿No hay en el cielo otras piedras sino las que sirven para el trueno? ¡Insigne villano! (*Se precipita sobre Iago. Iago hiere a Emilia y sale.*)

GRACIANO.- ¡Esta mujer cae! ¡De seguro que ha matado a su esposa!

EMILIA.- ¡Sí!... ¡Oh! ¡Colocadme al lado de mi señora!

GRACIANO.- Ha huido, pero hirió de muerte a su mujer.

MONTANO.- ¡Es un infame malvado! Tened esta arma que acabo de quitar al moro; guardad la puerta al exterior; no le dejéis pasar, matadlo antes. Voy a correr tras ese bellaco, que es un esclavo maldito. (*Salen Montano y Graciano.*)

OTELO.- ¡Ya ni valor me queda, pues cualquier muñeco enfermizo puede arrebatarme la espada! Pero ¿por qué el honor había de sobrevivir a la honestidad? ¡Que vayan en compañía!

EMILIA.- ¿Qué presagiaba tu canción, señora? ¡oyeme! ¿Puedes escucharme? ¡Quiero imitar al cisne y morir en la música! (*Cantando.*)

Sauce, sauce, sauce...

¡Moro, era casta! ¡Te amaba, moro cruel! ¡Así posea mi alma la dicha suprema como digo la verdad! ¡Y hablando como pienso, muero!... ¡Muero! (*Muere.*)

OTELO.- ¡Tengo otra arma en esta habitación! ¡Es una espada española, templada en la onda fría! ¡Oh, hela aquí!... ¡Tío, es menester que salga!

GRACIANO.- (*Dentro.*) ¡Si lo intentas, te costará caro! No tienes armas, y a la fuerza habrás de someterte.

OTELO.- ¡Mírame aquí dentro, entonces, y háblame; o desarmado como estoy, me precipitaré sobre ti!

Vuelve a entrar GRACIANO

GRACIANO.- ¿Qué ocurre?

OTELO.- ¡Mirad! ¡Tengo un arma! Nunca una mejor pendió del muslo de un soldado. He visto el día en que, con este débil brazo y esta buena espada, me abría un camino a través de obstáculos veinte veces más potentes que vuestra resistencia... Pero ioh, alarde inútil! ¿Quién puede oponerse a su destino? No ocurre así ahora. No temáis, aunque me veáis armado. He aquí el fin de mi viaje, mi postrera etapa, el faro a que hago vela por última vez. ¿Retrocederéis de espanto? Vano temor. Dirige tan solo un junco contra el pecho de Otelo y se retirará. ¿Dónde habría de ir Otelo? Veamos, ¿qué aspecto presentas ahora? ¡Oh, mujer nacida bajo una mala estrella! ¡Pálida como tu camisa! ¡Cuando nos encontremos en el tribunal de Dios, tu aspecto presente bastará para precipitar mi alma fuera del cielo, y los demonios se apoderarán de ella! ¡Fría, fría, mi bien! ¡Fría, como tu misma castidad! ¡Oh, maldito, maldito esclavo!... ¡Demonios, arrojadme a latigazos de la vista de esta aparición celestial! ¡Hacedme rodar en los vientos sin reposo! ¡Asadme en azufre! ¡Sumergidme en las simas profundas del fuego líquido! ¡Oh, Desdémona! ¡Desdémona! ¡Muerta! ¡Oh, oh, oh!

Entran LUDOVICO, MONTANO, CASSIO, llevado en una litera, y OFICIALES, con IAGO preso

LUDOVICO.- ¿Dónde está ese furioso y por demás desventurado? OTELO.- ¡Éste es el que fue

Otelo! Vedme aquí.

LUDOVICO.- ¿Dónde está ese áspid? ¡Que avance ese malvado!

OTELO.- Miro sus pies; pero es una fábula. ¡Si eres un diablo, no puedo matarte! (*Otelo, hiere a Iago.*)



LUDOVICO.- ¡Quitadle la espada!

IAGO.- Sangro, señor; pero no he sido muerto.

OTELO.- Tanto mejor; quisiera que vivieses, pues a mi juicio es una dicha morir.

LUDOVICO.- ¡Oh, tú, Otelo, un tiempo tan eminente, caído en los lazos de un esclavo maldito!

¿Qué se dirá de ti?

Otelo.- Pues cualquier cosa: asesino honorable, si queréis, pues nada he hecho por odio, sino todo por amor.

LUDOVICO.- Ese miserable ha confesado en parte su villanía, ¿Consentisteis él y vos en la muerte de Cassio?

OTELO.- Sí.

CASSIO.- Nunca os he dado motivo, querido general.

OTELO.- Lo creo, y os pido perdón. Por favor, ¿queréis preguntar a ese semidiablo por qué ha hechizado así mi alma y mi cuerpo?

IAGO.- No me preguntéis nada; sabéis lo que sabéis. A partir de este momento no pronunciaré ni una palabra.

LUDOVICO.- ¡Cómo! ¿Ni para rezar?

GRACIANO.- Los tormentos abrirán vuestros labios.

OTELO.- Bien; haces muy bien.

LUDOVICO.- Señor, debéis saber lo que ha ocurrido y que ignoráis aún, creo. Aquí hay una carta hallada en el bolsillo del difunto Rodrigo; y aquí otra; una de ellas revela que la muerte de Cassio debía ser ejecutada por Rodrigo.

OTELO.- ¡Oh, villano!

CASSIO.- ¡Colmo de la barbarie y de la estupidez!

LUDOVICO.- Ahora he aquí otra carta llena de reproches, igualmente hallada en su bolsillo. A lo que parece, Rodrigo tenía intención de remitírsela a este infame malvado; pero Iago, en el ínterin, vino y le dio satisfacción.

OTELO.- ¡Oh, pernicioso miserable! ¿Cómo llegó a vuestras manos, Cassio, aquel pañuelo que pertenecía a mi mujer?

CASSIO.- Lo hallé en mi habitación, y él mismo ha confesado no hace un instante que lo depositó allí para un proyecto especial que ha respondido a su deseo.

OTELO.- ¡Oh, necio, necio, necio!

CASSIO.- Se ve, además, en la carta de Rodrigo, por los reproches que le dirige, que Iago fue quien lo impulsó a insultarme en el cuerpo de guardia; de donde se siguió que perdería mi

empleo; y hace unos instantes, tras haber parecido largo tiempo muerto, ha hablado; Iago fue quien lo excitó; Iago quien le dio de puñaladas.

LUDOVICO.- (A Otelo.) Os es preciso abandonar esta habitación y venir con nosotros. Se os ha quitado vuestro poder y vuestro mando, y Cassio gobierna en Chipre. En cuanto a este miserable, si existe alguna crueldad refinada que pueda hacerle sufrir mucho y por mucho tiempo, no escapará a ella. Vos quedaréis preso a buen recaudo hasta que la índole de vuestra falta sea conocida por el Estado de Venecia. Vamos, conducidle.

OTELO.- ¡Poco a poco! Una palabra o dos antes que partáis. He rendido algunos servicios al Estado, y lo saben los senadores. Pero no hablemos de eso... Os lo suplico, cuando en vuestras cartas narréis estos desgraciados acontecimientos, hablad de mí tal como soy; no atenuéis nada, pero no añadáis nada por mi malicia. Si obráis así, trazaréis entonces el retrato de un hombre que no amó con cordura, sino demasiado bien; de un hombre que no fue fácilmente celoso; pero que una vez inquieto, se dejó llevar hasta las últimas extremidades; de un hombre cuya mano, como la del indio vil, arrojó una perla más preciosa que toda su tribu; de un hombre cuyos ojos vencidos, aunque poco habituados a la moda de las lágrimas, vertieron llanto con tanta abundancia como los árboles de la Arabia su goma medicinal. Pintadme así, y agregad que una vez en Alepo, donde un malicioso turco en turbante golpeaba a un veneciano e insultaba a la República, agarré de la garganta al perro circunciso y dile muerte... ¡así! (Se da de puñaladas.)

LUDOVICO.- ¡Oh, desenlace sangriento!

GRACIANO.- Todo lo que se hable es perdido.

OTELO.- ¡Te besé antes de matarte!... ¡No me queda más que este recurso: darme la muerte para morir con un beso! (Cae sobre Desdémona y muere.)

CASSIO.- Lo temía, pero creí que no tenía armas; pues poseía un gran corazón.

LUDOVICO.- (A Iago.) ¡Oh perro espartano, más cruel que la angustia, el hambre o la mar! ¡Mira el trágico fardo de este lecho! ¡He aquí tu obra! Este espectáculo emponzoña la vista. Cubridlo Graciano, guardad la casa y coged los bienes del moro, pues lo heredáis. A vos, señor gobernador, incumbe la sentencia de este infernal malvado. Fijad el tiempo, el lugar, el suplicio. ¡Oh, que sea terrible! Yo voy a embarcarme inmediatamente, y a llevar al Estado, con un corazón doloroso, el relato de este doloroso acontecimiento. (Salen.)

FIN DE «OTELO, EL MORO DE VENECIA»



El relato picaresco.

La picaresca es un género que surge en España alrededor de 1554. La obra que le da nacimiento al género es la *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, cuyo autor se desconoce. Cuando se habla de este género y de la obra mencionada, se refiere a ellos con el nombre de novela picaresca.

La picaresca irrumpió en el panorama literario de la época en oposición a otras formas literarias, y puede caracterizarse a partir de los siguientes rasgos:

1. **El personaje central es el pícaro**, un niño o joven perteneciente a una clase social baja que, por lo general, ha perdido a sus padres. Además, no posee un oficio cierto y encuentra ocupación en servir a un amo. Es un marginal, un vagabundo a quien lo acosan el hambre y el maltrato, y que debe recurrir a ardides y engaños para sobrevivir.
2. **La historia es una sucesión de núcleos narrativos**, que se corresponden con las experiencias que el protagonista va teniendo con varios amos pertenecientes a distintas clases sociales.
3. **Su carácter es realista; y su aspecto, satírico**. La descripción de los amos y las desventuras que el personaje vive con ellos son motivo para desarrollar una aguda crítica a las clases sociales más altas. La crítica va dirigida, en especial, a la nobleza, que peca de soberbia, y a algunos representantes de la Iglesia, cuyo comportamiento contradice el espíritu del cristianismo.
4. **El ambiente en el que se desarrolla la obra muestra los aspectos más bajos de la sociedad**: el hambre, el delito, la corrupción, la mendicidad.
5. **La obra tiene una forma autobiográfica**. La novela picaresca está escrita en primera persona. Es el mismo pícaro quien cuenta sus andanzas, con un lenguaje popular. El narrador, por medio de un relato divertido, revela su profunda amargura y su desencanto por la vida.

La historia del Lazarillo de Tormes.

La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades consta de un prólogo y de siete tratados. El relato comienza con el nacimiento del protagonista en Salamanca, a orillas del río Tormes, y refiere cómo, siendo aún un niño, su madre, sola y de muy escasos recursos, lo entrega a un ciego para que le sirva de guía. Aquí se inicia el camino de sus adversidades, ya que este ciego es un hombre astuto y avaro que, de manera cruel, va enseñando a Lázaro a sobrevivir.

Cansado de sus malos tratos, el jovencito lo abandona y pasa a servir a un clérigo, que resulta ser tanto o más mezquino que su amo anterior. El hambre le hace agudizar su astucia y roba para comer. Su tercer amo es un escudero. Este es un hidalgó venido a menos, cuyo orgullo le hace aparentar lo que no es. Le da buen trato pero es tan pobre, que Lázaro tiene que salir a buscar alimento para él y para su amo.

El escudero, acosado por las deudas y por la falta de dinero para afrontarlas, huye y lo abandona. A partir de allí, Lázaro pasa por varios nuevos amos y deja de ser un niño: los golpes y el hambre lo han hecho prontamente adulto. Al final del relato, ha obtenido un lugar dentro de la sociedad, pero no tiene honor, ya que su mujer lo engaña. Él, de todas formas, prefiere ignorar ese engaño con tal de no perder la posición que tanto le ha costado conseguir.

La historia de un antihéroe

¿Cuál es la historia de Lázaro? La de un individuo que lucha por saciar el hambre, salir de la marginalidad, encontrar un lugar en la sociedad. Y, en esa lucha, el personaje va pasando por distintas pruebas (coincidentes con diferentes amos) hasta llegar a conseguir el bien deseado. Dicho así, Lázaro parecería cumplir con el periplo de un héroe; sin embargo, su figura es la del antihéroe, opuesto al héroe épico y al caballero andante.

Como sucede con muchos héroes, su nombre está acompañado por su lugar de origen, Lázaro de Tormes; pero hay ironía en el término: no nace Lázaro en un lugar encumbrado, sino en un humilde molino junto al río. No son sus padres honorables señores, ni reyes ni nobles: su padre es un molinero y su madre, una lavandera que, al quedar viuda, se une a un negro que tiene que hurtar para mantener a su familia. Si el caballero andante vivía en ambientes cortesanos y servía a un famoso señor, Lázaro vive en la miseria y sirve a un mendigo ciego, a un clérigo embustero o a un hidalgó sin fama ni fortuna. No lo mueven los grandes ideales; no hay princesas que liberar ni enemigo usurpador de reinos con quien batallar: lo mueve un solo deseo, lograr el alimento de cada día, a veces, conseguir un vaso de vino. Finalmente, no es una doncella ni una princesa la mujer con quien se casa: es una criada de pasado bastante dudoso.

El caballero medieval llevaba muchos años de duro entrenamiento para fortalecer su físico y su espíritu a fin de sobrellevar la ruda vida del guerrero. Generalmente, siendo casi un niño, quedaba a las órdenes de un ayo que le enseñaba todo lo que debía saber antes de ser armado caballero. Lázaro también es separado de su madre siendo aún pequeño, pero su primero y único maestro va a ser el ciego, quien le



dice: "Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostrare". Y Lázaro reconoce: "después de Dios, éste (el ciego) me dio la vida, y siendo ciego me alumbró y adestró en la carrera de vivir".

Los aprendizajes con el ciego.

Con el ciego, Lázaro aprende a ser desconfiado. Este aprendizaje se inicia con el tremendo golpe en la cabeza que su amo le da contra el toro de piedra. Pero antes le advierte: "Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo". Es que el ciego parece ser el mismo diablo por su astucia y descubre los ardides del niño, quien debe pagar muy caro por ello. Así lo demuestra el episodio del jarro de vino: "Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dól se me metieron por la cara, rompiéndola por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé". Lecciones y golpes. Así se puede resumir el tiempo que vive Lázaro con su primer amo. Y el chico aprende la lección: así lo demuestra en el golpe final que le da al ciego, golpe con el cual cierra el Tratado Primero. La venganza se ha consumado.

El camino hacia la adulterz.

El segundo amo de Lázaro es un clérigo más avaro aún que el amo anterior: "Escapé del trueno y di en el relámpago", dice Lázaro y urde tretas para salvarse, dado que la tacañería del religioso lo mata de hambre. "A cabo de tres semanas, que estuve con él, vine a tanta flaqueza que no podía tener en las piernas de puro hambre". Pero su amo lo echa al fin.

El único dueño hacia el que Lázaro siente alguna estima es el tercero, escudero orgulloso hasta el absurdo. El libro llama a ese orgullo "la negra honrilla", porque sirve de poco. El escudero sale cada día a la calle, en vano, con la esperanza de ser contratado por algún caballero. Es incapaz de trabajar con sus manos para sobrevivir, pero disimula la miseria saliendo a la calle con un palillo de dientes para hacer creen quien lo mire que ha comido. Es el muchacho quien busca de comer, robando o mendigando, para ambos.

Los siguientes amos marcan un camino descendente - si sabe- para Lázaro. Recién en el Tratado Séptimo, el pícaro consigue "un oficio real, viendo que no hay nadie que medre sino los que le tienen": lo nombran pregonero en Toledo. Un arcipreste lo favorece, lo hace casar con una criada de él, y hasta invita a ambos a almorzar los domingos y feriados en su casa. Es verdad que "las malas lenguas que nunca faltaron" no los dejan vivir, sugiriendo que su mujer es la querida del sacerdote. Pero Lázaro, aferrándose a su cargo y desestimando los valores éticos, se niega a escuchar tales rumores. Y así terminan los tres. Lázaro, finalmente, ha llegado a tener cierto grado de prosperidad: por lo menos, come dignamente y tiene paz en su casa.

¿Hay algo más contrario a las virtudes del caballero cortesano, ejemplo de buenos modales y conducta honorable? El pícaro, el antihéroe, en su conflictiva búsqueda de una casa y un plato de comida en ambientes miserables, y por medio de recursos poco dignos, fue una creación típicamente española. La aparición de este protagonista marginal en la literatura mostró que, en un ambiente de miseria y hambre, no hay lugar para la existencia de personajes virtuosos.

ACTIVIDADES

- 1- Con La vida de Lazarillo de Tormes y sus fortunas y adversidades nace un nuevo género literario. Expliquen por qué ese género recibe el nombre de "novela picaresca".
- 2- ¿De qué manera la obra crítica a la sociedad de la época?
- 3- ¿Qué significa que la obra tienen carácter autobiográfico?
- 4- De acuerdo con el argumento del texto y con o que les permite imaginar, realicen una descripción física y del carácter de Lázaro.
- 5- Describan las características del ciego con quien trabaja Lázaro.
- 6- Lean y expliquen qué significan estas palabras del niño: "Parescióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba. Dije entre mí: Verdad dice éste, que me cumple avivar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer".
- 7- ¿Qué opinan ustedes acerca de la venganza que toma Lázaro al final de este primer tratado? Justifiquen su respuesta.
- 8- Señalen en el texto los adjetivos y las expresiones que muestran la pobreza en la que viven los personajes.



Provincia de Tierra del Fuego.
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



- 9- El texto refleja, a su manera, la realidad social del momento en el que fue producido. Comparen esa imagen de la realidad con las escenas protagonizadas por los chicos de la calle que viven en las grandes ciudades actuales. ¿Qué semejanzas y qué diferencias encuentran?
- 10- En el Tratado Séptimo se ve a Lázaro convertido en un hombre. ¿Qué cambios observan en él? Compárenlo con el niño que era cuando vivía con el ciego.
- 11- ¿Cómo calificarían el final de la historia? Expongan sus opiniones y traten de sacar una conclusión.
- 12- Expliquen por qué Lázaro es un antihéroe.
- 13- Los siguientes son algunos de los rasgos del héroe épico; busquen en los fragmentos del texto del Lazarillo, las características opuestas a esos rasgos. Justifiquen con citas textuales.
- a. El héroe no es vengativo con su enemigo. No se complace con su padecimiento.
 - b. El honor es el máximo valor. Por él, dará la vida.
 - c. La mujer amada es la figura que lo inspira para luchar por sus ideales.
 - d. El héroe lucha por el bien común. Al obtener el bien deseado, lo dona a su señor o a su comunidad.
- 14- ¿Cuáles son los aprendizajes del niño junto al ciego? ¿Qué cotos tienen esos aprendizajes?
- 15- ¿Cómo son los restantes amos con los que Lázaro se relaciona?
- 16- ¿Qué opinan de la relación que existe entre Lázaro y el ciego? Justifiquen su respuesta.
- 17- Busquen textos de distintos formatos (periodísticos, científicos, literarios) que aborden el tema de los niños sin hogar. Compartan entre ustedes esos textos y comenten la situación en la que se enmarca la vida de sus protagonistas. Entre las distintas fuentes que pueden consultar para ampliar el tema, se encuentra la Declaración de los derechos del niño y del adolescente.
- 18- Con el material encontrado, reúnanse en grupos y escriban distintas propuestas para mejorar la situación de los chicos de la calle.



LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

Autor desconocido.

Edición de Burgos, 1554.

Prólogo

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite; y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto, para ninguna cosa se debería romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algún fruto.

Porque si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio: "La honra cría las artes."

¿Quién piensa que el soldado que es primero del escala, tiene más aborrecido el vivir? No, por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así, en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas preguntén a su merced si le pesa cuando le dicen: "¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!" Justó muy ruimamente el señor don Fulano, y dio el sayete de armas al truhán, porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas. ¿Que hiciera si fuera verdad?

Y todo va desta manera: que confesando yo no ser más santo que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico a vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso por muy extenso, parecióme no tomarle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona. Y también porque consideren los que heredaron nobles

estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto.

Tratado Primero

Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue.

Pues sepa vuestra merced ante todas cosas que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fue desta manera. Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña, que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí: de manera que con verdad puedo decir nacido en el río.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo que fue preso, y confesó y no negó y padeció persecución de justicia. Espero en Dios que está en la Gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue, y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno de ellos, y víñose a vivir a la ciudad, y alquiló una casilla, y metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Éste algunas veces se venía a nuestra casa, y se iba a la mañana. Otras veces de día llegaba a la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leños, a que nos calentábamos.

De manera que, continuando con la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar.

Y acuérdome que, estando el negro de mi padre trebezando con el mozuelo, como el niño via a mi madre y a mí blancos, y a el no, huía de él con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decía: "¡Madre, coco!".



Respondio él riendo: "¡Hideputa!"

Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí: "¡Cuantos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!"

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llego a oídos del mayordomo, y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada, que para las bestias le daban, hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos hacía perdidas, y cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba, y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni fraile, porque el uno hurtá de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto.

Y probósele cuanto digo y aún más. Porque a mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondía, y descubría cuanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras que pormandado de mi madre a un herrero vendí.

Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y a mi madre pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho comendador ni entrase, ni al lastimado Zaide en la suya acogiese.

Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia; y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana. Y allí, padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar, y a mí hasta ser buen mozuelo, que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestrarle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual por ensalzar la fe había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano.

Él le respondió que así lo haría, y que me recibía no por mozo sino por hijo. Y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí, y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y ambos llorando, me dio su bendicion y dijo:

"Hijo, ya se que no te veré más. Procura ser bueno, y Dios te guié. Criado te he y con buen amo te he puesto: Valete por tí."

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo:

"Lázaro, llega el oído a este toro, y oirás gran ruido dentro dél."

Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres dias me duro el dolor de la cornada, y dijome:

"Necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo".

Y rió mucho la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba. Dije entre mí:

"Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer."

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró jerigonza, y como me viese de buen ingenio, holgábese mucho, y decía:

"Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré."

Y fue así, que después de Dios, éste me dio la vida, y siendo ciego me alumbró y adestró en la carrera de vivir.

Huelgo de contar a vuestra merced estas niñerías para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuánto vicio.

Pues, tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabía de coro. Un tono bajo, reposado y muy sonable que hacía resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer.

Allende desto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas; si traía hijo o hija.

Pues en caso de medicina, decía que Galeno no supo la mitad que él para muela, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión, que luego no le decía:



"Haced esto, haréis estotro, cosed tal yerba, tomad tal raiz."

Con esto andábbase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decían creían. Déstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

Mas también quiero que sepa vuestra merced que, con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi, tanto que me mataba a mí de hambre, y a sí no me demediaba de lo necesario. Digo verdad; si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte que siempre, o las más veces, me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo. Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y su llave, y al meter de todas las cosas y sacarlas, era con tan gran vigilancia y tanto por contadero, que no bastaba hombre en todo el mundo hacerle menos una migaja; mas yo tomaba aquella laceria que el me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada.

Después que cerraba el candado y se descuidaba pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza; y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podía sisar y hurtar, traía en medias blancas; y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábase el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentia que no era blanca entera, y decía:

-¿Qué diablo es esto, que después que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban? En ti debe estar esta desdicha.

Tambien él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz. Yo así lo hacia. Luego él tornaba a dar voces, diciendo:

"¿Mandan rezar tal y tal oración?", como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos, y yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocía la falta, y por reservar su vino a salvo nunca después desamparaba el jarro, antes lo

tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la mano, y así bebía seguro.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sotil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo, y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrabame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobreccilla lumbre que teníamos, y al calor della luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destillarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada.

Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.
"No diréis, tío, que os lo bebo yo -decía-, pues no le quitáis de la mano."

Tantas vueltas y tiento dio al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido.

Y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando en el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.

Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él me metieron por la cara, rompiéandomela por muchas partes, y me quebrólos dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose decía:

"¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud".
Y otros donaires que a mi gusto no lo eran.



Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar de él; mas no lo hice tan presto por hacerlo mas a mi salvo y provecho. Aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonarle el jarrazo, no daba lugar al maltratamiento que el mal ciego dende allí adelante me hacía, que sin causa ni razón me hería, dándome coscorrones y repelándome.

Y si alguno le decía por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo:

"¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña."

Santiguándose los que lo oían, decian:

"¡Mira quién pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad!".

Y reían mucho el artificio, y decíanle:

"Castigaldo, castigaldo, que de Dios lo habréis."

Y el con aquello nunca otra cosa hacia. Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal y daño: si había piedras, por ellas, si lodo, por lo más alto. Que aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mi de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía más: tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea vuestra merced a cuánto se extendía el ingenio de ste astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fue venir a tierra de Toledo, porque decia ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refran: "Más da el duro que el desnudo." Y venimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos; donde no, a tercero día hacíamos San Juan.

Acaeció que, llegando a un lugar que llaman Almoroz al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo dellas en limosna. Y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábäsele el racimo en la mano. Para echarlo en el fardel tornábäse mosto, y lo que a él se llegaba.

Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar como por contentarme, que aquel día me había dado muchos codillazos y golpes. Sentámonos en un valladar y dijo:

"Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas del tanta parte como yo. Partirlo hemos desta manera: tú picarás una vez y yo otra; con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño."

Hecho así el concierto, comenzamos; mas luego al segundo lance; el traidor mudó de propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él, mas aun pasaba adelante: dos a dos, y tres a tres, y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano y meneando la cabeza dijo:

"Lázaro, engañado me has. Juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres."

"No comí -dije yo- mas épor que sospecháis eso?"

Respondió el sagacísimo ciego:

"¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas."

A lo cual yo no respondí. Yendo que íbamos así por debajo de unos soportales, en Escalona, adonde a la sazón estabámos en casa de un zapatero, había muchas sogas y otras cosas que de esparto se hacen, y parte dellas dieron a mi amo en la cabeza. El cual, alzando la mano, tocó en ellas, y viendo lo que era díjome:

"Anda presto, mochacho; salgamos de entre tan mal manjar, que ahoga sin comerlo."

Yo, que bien descuidado iba de aquello, miré lo que era, y como no vi sino sogas y cinchas, que no era cosa de comer, díjele:

"Tío, épor qué decís eso?"

Respondióme:

"Calla, sobrino; según las mañas que llevas, lo sabrás y verás como digo verdad."

Y así pasamos adelante por el mismo portal y llegamos a un mesón, a la puerta del cual había muchos cuernos en la pared, donde ataban los recueros sus bestias, y como iba tentando si era allí el mesón adonde el rezaba cada día por la mesonera la oración de la emparedada, asíó de un cuerno, y con un gran suspiro dijo:

"¡O mala cosa, peor que tienes la hechura! De cuántos eres deseado poner tu nombre sobre cabeza ajena y de cuán pocos tenerte ni aun oír tu nombre, por ninguna vía!"

Como le oí lo que decía, dije:

"Tío, équé es eso que decís?"



"Calla, sobrino, que algún día te dará este, que en la mano tengo, alguna mala comida y cena."

"No le comeré yo -dije- y no me la dará."

"Yo te digo verdad; si no, verlo has, si vives."

Y así pasamos adelante hasta la puerta del mesón, adonde pluguiere a Dios nunca allá llegáramos, según lo que me sucedía en él.

Era, todo lo más que rezaba por mesoneras y por bodegoneras y turroneras y rameras y así por semejantes mujercillas, que por hombre casi nunca le vi decir oración.

Reíme entre mí, y aunque muchacho noté mucho la discreta consideración del ciego.

Mas, por no ser prolijo dejó de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron, y quiero decir el despidente y con él acabar. Estábamos en Escalona, villa del duque della, en un mesón, y diome un pedazo de longaniza que la asase. Ya que la longaniza había pringado y comido las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa y mandó que fuese por él de vino a la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual, como suelen decir, hace al ladrón, y fue que había cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal que, por no ser para la olla, debió ser echado allí.

Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me ví con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que había de gozar, no mirando qué me podría suceder, pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador, el cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó a dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos había escapado.

Yo fuí por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza, y cuando vine hallé al pecador del ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aún no había conocido por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas pensando tambien llevar parte de la longaniza, hallóse en frío con el frío nabo. Alterose y dijo:

"¿Qué es esto, Lazarillo?"

"¡Lacerado de mí! -dije yo-. ¿Si queréis a mí echar algo? ¿Yo no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí, y por burlar haría esto."

"No, no -dijo él-, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible"

Yo torné a jurar y perjurar que estaba libre de aquel trueco y cambio; mas poco me aprovechó, pues a las astucias del maldito ciego nada se le escondía. Levantóse y asióme por la cabeza, y llegóse a olerme; y como debió sentir el huelgo, a uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abríame la boca más de su derecho y desatentadamente metía la nariz. La cual el tenía luenga y afilada, y a aquella sazón con el enojo se había aumentado un palmo. Con el pico de la cual me llegó a la gulilla.

Y con esto y con el gran miedo que tenía, y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aún no había hecho asiento en el estómago, y lo más principal: con el destierto de la cumplidísima nariz medio cuasi ahogándome, todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase y lo suyo fuese devuelto a su dueño. De manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estomago que le dio con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra malmaxcada longaniza a un tiempo salieron de mi boca.

iOh, gran Dios, quién estuviera aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fue tal el coraje del perverso ciego que, si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida. Sacaronme de entre sus manos, dejándose las llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rasguñado el pescuezo y la garganta. Y esto bien lo merecía, pues por su maldad me venían tantas persecuciones.

Contaba el mal ciego a todos cuantos allí se allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro como de la del racimo, y agora de lo presente. Era la risa de todos tan grande que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta; mas con tanta gracia y donaire recontaba el ciego mis hazañas que, aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacia sinjusticia en no se las reír.

Y en cuanto esto pasaba, a la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice, por que me maldecía, y fue no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello que la mitad del camino estaba andado. Que con sólo apretar los dientes se me quedaran en casa, y con ser de aquel malvado, por ventura lo retuviera mejor mi estómago que retuvo la longaniza, y no pareciendo ellas pudiera negar la demanda. Pluguiere a Dios que lo hubiera hecho, que eso fuera así que así.



Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le había traído, lavaronme la cara y la garganta, sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires, diciendo:

"Por verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres en mas cargo al vino que a tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida."

Y luego contaba cuántas veces me había descalabrado y harpado la cara, y con vino luego sanaba.

"Yo te digo -dijo- que si un hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú."

Y reían mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y después acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin duda debía tener espíritu de profecía, y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel día me dijo salirme tan verdadero como adelante V.M. oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dejarle, y como lo traía pensado y lo tenía en voluntad, con este postrer juego que me hizo afirmélo más. Y fue así, que luego otro día salimos por la villa a pedir limosna, y había llovido mucho la noche antes. Y porque el día también llovía, y andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo había, donde no nos mojábamos; mas como la noche se venía y el llover no cesaba, díjome el ciego:

"Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra, más recia. Acojámonos a la posada con tiempo."

Para ir allá, habíamos de pasar un arroyo que con la mucha agua iba grande. Yo le dije: "Tío, el arroyo va muy ancho; mas si queréis, yo veo por donde travesemos más aína sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos a pie enjuto."

Parecióle buen consejo y dijo:

"Discreto eres; por esto te quiero bien. Llévame a ese lugar donde el arroyo se ensangosta, que agora es invierno y sabe mal el agua, y mas llevar los pies mojados."

Yo que vi el aparejo a mi deseo, saquéle debajo de los portales, y llevélo derecho de un pilar o poste de piedra que en la plaza estaba, sobre la cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y digole:

"Tío, éste es el paso más angosto que en el arroyo hay."

Como llovía recio, y el triste se mojaba, y con la priesa que llevábamos de salir del agua que encima de nos caía, y lo más principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento (fue por darme de él venganza), creyóse de mí y dijo:

"Ponme bien derecho, y salta tú el arroyo."

Yo le puse bien derecho enfrente del pilar, y soy un salto y póngome detrás del poste como quien espera tope de toro, y díjele:

"¡Sus! Salta todo lo que podáis, porque deis desde cabo del agua."

Aun apenas lo había acabado de decir cuando se abalanza el pobre ciego como cabrón, y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás, medio muerto y hendida la cabeza.

"¿Cómo, y olistes la longaniza y no el poste? !Ole! !Ole! -le dije yo.

Y dejéle en poder de mucha gente que lo había ido a socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote, y antes que la noche viniese di conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios del hizo, ni curé de lo saber.

Tratado Segundo

Cómo Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó

Otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fuime a un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo que, llegando a pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar a misa. Yo dije que sí, como era verdad; que, aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una dellas fue ésta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo.

Escapé del trueno y di en el relámpago, porque era el ciego para con éste un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo más sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en éste. No sé si de su cosecha era, o lo había anexado con el hábito de clerecía.

Él tenía un arca viejo y cerrado con su llave, la cual traía atada con un agujeta del paletoque. Y en viniendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado, y tornada a cerrar el arca. Y en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele estar en otras: algún tocino colgado al humero, algún queso puesto en alguna tabla o en el armario, algún canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran. Que me parece a mí que aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara.



Solamente había una horca de cebollas, y tras la llave en una cámara en lo alto de la casa. Déstas tenía yo de ración una para cada cuatro días; y cuando le pedía la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al falsopecto y con gran continencia la desataba y me la daba diciendo:

"Toma, y vuélvela luego, y no hagais sino golosinar"

Como si debajo della estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dije, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo. Las cuales él tenía tan bien por cuenta, que, si por malos de mis pecados me desmandara a más de mi tasa, me costara caro.

Finalmente, yo me finaba de hambre.

Pues, ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar. Verdad es que partía comigo del caldo. Que de la carne, itan blanco el ojo!, sino un poco de pan, y pluguiera a Dios que me demediara.

Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que costaba tres maravedís. Aquella le cocía y comía los ojos y la lengua y el cogote y sesos y la carne que en las quijadas tenía, y dábame todos los huesos roídos, y dábamelos en el plato, diciendo: "Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el Papa."

"¡Tal te la dé Dios!", decía yo paso entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él, vine a tanta flaqueza que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Víme claramente ir a la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran. Para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en qué darle salto. Y aunque algo hubiera, no podía cegarle, como hacía al que Dios perdone, si de aquella calabazada feneció. Que todavía, aunque astuto, con faltarle aquel preciado sentido no me sentía; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenía.

Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caía que no era de él registrada. El un ojo tenía en la gente y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el casco como si fueran de azogue. Cuantas blancas ofrecían tenía por cuenta. Y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponía sobre el altar.

No era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví o, por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino, mas aquel poco que de la ofrenda había metido en su arcaz compasaba de tal forma que le turaba toda la semana.

Y por ocultar su gran mezquindad decíame:

"Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros."

Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezámos, a costa ajena comía como lobo y bebia mas que un salvador.

Y porque dije de mortuorios, Dios me perdone, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana sino entonces. Y esto era porque comíamos bien y me hartaban. Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase el suyo. Y cuando dábamos sacramento a los enfermos, especialmente la extremaunción, como manda el clérigo rezar a los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oración, y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que la echase a la parte que más servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de aqueste mundo.

Y cuando alguno déstos escapaba, ¡Dios me lo perdone!, que mil veces le daba al diablo. Y el que se moría otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas. Porque en todo el tiempo que allí estuve, que sería casi seis meses, solas veinte personas fallecieron, éstas bien creo que las maté yo, o por mejor decir, murieron a mí recuesta. Porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme a mí vida. Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba. Que si el día que enterrabamos yo vivía, los días que no había muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando a mi cuotidiana hambre, más lo sentía. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo también para mí, como para los otros, deseaba algunas veces; mas no la veía, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dejaba: la primera, por no me atrever a mis piernas, por temer de la flaqueza que de pura hambre me venía; y la otra, consideraba y decía:

"Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre y, dejándole, tope con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura, pues si déste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenecer?"

Con esto no me osaba menear, porque tenía por fé que todos los grados había de hallar más ruines Y a abajar otro punto, no sonara Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues, estando en tal aflicción, cual plega al Señor librarr de ella a todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un día que el cuitado ruin y lacerado de mi amo había ido fuera del lugar, llegóse acaso a mi puerta un calderero, el cual yo creo que fue ángel enviado a mí por la mano de Dios en aquel hábito. Preguntome si tenía algo que adobar.



"En mí teniades bien que hacer, y no haríades poco si me remediasedes", dije paso, que no me oyó.

Mas como no era tiempo de gastarlo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Santo, le dije:

"Tío, una llave de este arca he perdido, y temo mi señor me azote. Por vuestra vida, veáis si en éas que traéis hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré."

Comenzó a probar el angélico caldedero una y otra de un gran sartal que dellas traía, y yo ayudalle con mis flacas oraciones. Cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arca. Y, abierto, díjele:

"Yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ahí el pago."

El tomó un boido de aquéllos, el que mejor le pareció, y dandome mi llave se fue muy contento, dejándome más a mí.

Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida, y aun, porque me vi de tanto bien señor, parecióme que la hambre no se me osaba allegar. Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada que el ángel había llevado.

Y otro día, en saliendo de casa, abro mi paraíso panal, y tomo entre las manos y dientes un boido, y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta; y comienzo a barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste vida. Y así estuve con ello aquel día y otro gozoso. Mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aqueldescanso, porque luego al tercero día me vino la terciana derecha.

Y fue que veo a deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arca volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oración y devociones y plegarias decía:

"!Sant Juan y ciégale!"

Después que estuvo un gran rato echando la cuenta, por días y dedos contando, dijo:

"Si no tuviera a tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habían tomado de ella panes; pero de hoy más, solo por cerrar la puerta a la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos: nueve quedan y un pedazo."

"!Nuevas malas te dé Dios!", dijo yo entre mí.

Parecióme con lo que dijo pasarme el corazon con saeta de montero, y comenzóme el estómago a escrobar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fue fuera de casa. Yo, por consolarme, abro el arca, y como vi el pan, coméncelo de adorar, no osando recebillo.

Contélos, si a dicha el lacerado se errara, y hallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer fue dar en ellos mil besos y, lo más delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que el estaba; y con aquel pasé aquel día, no tan alegre como el pasado.

Mas como la hambre creciese, mayormente que tenía el estomago hecho a más pan aquellos dos o tres días ya dichos, moría mala muerte; tanto, que otra cosa no hacía en viéndome solo sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios, que socorre a los afligidos, viéndome en tal estrecho, trujo a mi memoria un pequeño remedio. Que, considerando entre mí, dije:

"Este arquetón es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros. Puédesse pensar que ratones, entrando en él, hacen daño a este pan. Sacarlo entero no es cosa conveniente, porque vera la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se sufre."

Y comienzo a desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban; y tomo uno y dejo otro, de manera que en cada cual de tres o cuatro desmigajé su poco; despues, como quien toma gragea, lo comí, y algo me consolé. Mas él, como viniese a comer y abriese el arca, vio el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habian hecho. Porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arca de un cabo a otro y viole ciertos agujeros por do sospechaba habian entrado. Llamóme, diciendo:

"!Lázaro! !Mira, mira qué persecucion ha venido aquesta noche por nuestro pan!"

Yo híceme muy maravillado, preguntandole quéería.

"!Que ha de ser! -dijo él-. Ratones, que no dejan cosa a vida."

Pusímonos a comer, y quiso Dios que aun en esto me fue bien, que me cupo más pan que la laceria que me solía dar. Porque rayó con un cuchillo todo lo que penso ser ratonado, diciendo:

"Cómete eso, que el ratón cosa limpia es."

Y así aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos, o de mis unas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba.

Y luego me vino otro sobresalto, que fue verle andar solícito, quitando clavos de las paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerro todos los agujeros de la vieja arca.

"!Oh, Señor mío! -dijo yo entonces- , ¡A cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nacidos, y cuán poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Heme aquí que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi laceria, y estaba ya cuanto que alegre y de buena ventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando a este lacerado de mi amo y poniéndole más diligencia de la que él de suyo se tenía (pues los míseros por la mayor



parte nunca de aquélla carecen), agora, cerrando los agujeros del arca, cierrase la puerta a mi consuelo y la abriese a mis trabajos."

Así lamentaba yo, en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dio fin a sus obras, diciendo:

"Agora, donos traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que en esta casa mala medra tenéis."

De que salió de su casa, voy a ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni aun por donde le pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y vi los dos o tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados, y dellos todavía saqué alguna laceria, tocandolos muy ligeramente, a uso de esgremidor diestro. Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta, siempre, noche y día, estaba pensando la manera que ternía en sustentar el vivir. Y pienso, para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí.

Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podría valer y aprovecharme del arca, sentí que mi amo dormía, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito y, habiendo en el día pensado lo que había de hacer y dejado un cuchillo viejo que por allí andaba en parte do le hallase, voyme al triste arca, y por do había mirado tener menos defensa le acometí con el cuchillo, que a manera de barreno dél usé. Y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazón, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió, y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca y, al tiento, del pan que hallé partido hice según de yuso está escrito. Y con aquello algún tanto consolado, tornando a cerrar, me volví a mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco.

Lo cual yo hacía mal, y echabalo al no comer. Y así sería, porque cierto en aquel tiempo no me debían de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro día fue por el señor mi amo visto el daño así del pan como del agujero que yo había hecho, y comenzó a dar a los diablos los ratones y decir:

"¿Qué diremos a eso? ¡Nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora!"

Y sin duda debía de decir verdad. Porque si casa había de haber en el reino justamente de ellos privilegiada, aquélla de razón había de ser, porque no suelen morar donde no hay qué

comer. Torna a buscar clavos por la casa y por las paredes y tablillas y a tapárselos. Venida la noche y su reposo, luego era yo puesto en pie con mi aparejo, y cuantos él tapaba de día, destapaba yo de noche.

En tal manera fue, y tal priesa nos dimos, que sin duda por esto se debió decir: "Donde una puerta se cierra, otra se abre." Finalmente, parecíamos tener a destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día, rompía yo de noche; Y en pocos días y noches pusimos la pobre despensa de tal forma, que quien quisiera propiamente della hablar, más corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamara, segun la clavazón y tachuelas sobre sí tenía.

De que vio no le aprovechar nada su remedio, dijo:

"Este arcaz está tan maltratado y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón a quien se defienda. Y va ya tal que, si andamos más con él, nos dejará sin guarda. Y aun lo peor, que aunque hace poca, todavía hará falta faltando, y me pondrá en costa de tres o cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro a estos ratones malditos."

Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso que a los vecinos pedía, contino el gato estaba armado dentro del arca. Lo cual era para mí singular auxilio; porque, puesto caso que yo no había menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del boidgo.

Como hallase el pan ratonado y el queso comido y no cayese el ratón que lo comía, dábase al diablo, preguntaba a los vecinos qué podría ser comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer ni quedar dentro el ratón, y hallar caída la trampilla del gato.

Acordaron los vecinos no ser el ratón el que este daño hacía, porque no fuera menos de haber caído alguna vez.

Dijole un vecino: "En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y ésta debe ser sin duda. Y lleva razón que, como es larga, tiene lugar de tomar el cebo; y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase a salir."

Cuadró a todos lo que aquél dijo, y alteró mucho a mi amo; y dende en adelante no dormía tan a sueño suelto. Que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roía el arca. Luego era puesto en pie, y con un garrote que a la cabacera, desde que aquello le dijeron, ponía, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía, y a mí no me dejaba dormir. Íbase a mis pajas y trastornábalas, y a mí con ellas, pensando que se iba para mí y se



Provincia de Tierra del Fuego,
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



envolvía en mis pajas o en mi sayo. Porque le decían que de noche acaecía a estos animales, buscando calor, irse a las cunas donde estén criaturas y aun morderlas y hacerles peligrar.

Yo las más veces hacia del dormido, y en las mañanas decíame él:

"¿Esta noche, mozo, no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para ti a la cama, que son muy frías y buscan calor."

"Plega a Dios que no me muerda -decía yo-, que harto miedo le tengo."

De esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que, mi fe, la culebra (o culebro, por mejor decir) no osaba roer de noche ni levantarse al arca; mas de día, mientras estaba en la iglesia o por el lugar, hacia más saltos: los cuales daños viendo él y el poco remedio que les podía poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo.

Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave que debajo de las pajas tenía, y pareciome lo mas seguro meterla de noche en la boca. Porque ya, desde que viví con el ciego, la tenía tan hecha bolsa que me acaeció tener en ella doce o quince maravedís, todo en medias blancas, sin que me estorbasen el comer; porque de otra manera no era señor de una blanca que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy a menudo.

Pues así, como digo, metía cada noche la llave en la boca, y dormía sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella; mas cuando la desdicha ha de venir, por demás es diligencia. Quisieron mis hados, o por mejor decir mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debía tener, de tal manera y postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba salía por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba, según mi desastre quiso, muy recio, de tal manera que el sobresaltado de mi amo lo oyó y creyo sin duda ser el silbo de la culebra; y cierto lo debia parecer.

Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó a mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra. Y como cerca se vio, pensó que allí en las pajas do yo estaba echado, al calor mío se había venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descargó en la cabeza un tan gran golpe, que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó.

Como sintió que me había dado, según yo debía hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se había llegado a mí y dandome grandes voces, llamándome, procuró recordarme. Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me había hecho, y con mucha prisa fue a buscar lumbre. Y llegando con

ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desampare, la mitad fuera, bien de aquella manera que debía estar al tiempo que silbaba con ella.

Espantado el matador de culebras qué podría ser aquella llave, miróla, sacándomela del todo de la boca, y vio lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fue luego a proballa, y con ella probó el maleficio.

Debió de decir el cruel cazador:

"El ratón y culebra que me daban guerra y me comían mi hacienda he hallado."

De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas de cómo esto que he contado oí, después que en mi torné, decir a mi amo, el cual a cuantos allí venían lo contaba por extenso.

A cabo de tres días yo torné en mi sentido y vine echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada y llena de aceites y ungüentos y, espantado, dije:

"¿Qué es esto?"

Respondíome el cruel sacerdote:

"A fe, que los ratones y culebras que me destruían ya los he cazado."

Y miré por mí, y víme tan maltratado que luego sospeche mi mal.

A esta hora entró una vieja que ensalmaba, y los vecinos. Y comiéndanme a quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo. Y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho y dijeron:

"Pues ha tornado en su acuerdo, placera a Dios no será nada."

Y tornaron de nuevo a contar mis cuitas y a reírlas, y yo, pecador, a llorarlas. Con todo esto, dieronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron remediar. Y así, de poco en poco, a los quince días me levante y estuve sin peligro, mas no sin hambre, y medio sano.

Luego otro día que fui levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacome la puerta fuera y, puesto en la calle, díjome:

Lázaro: de hoy más eres tuyo y no mío. Busca amo y vete con Dios. Que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego."

Y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna a meter en casa y cierra su puerta.



Tratado Tercero

Cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él

Desta manera me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza y, poco a poco, con ayuda de las buenas gentes di comigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde con la merced de Dios dende a quince días se me cerró la herida; y mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna, mas después que estuve sano, todos me decían:

"Tú, bellaco y gallofero eres. Busca, busca un amo a quien sirvas."

"¿Y adónde se hallará ése -decía yo entre mí- si Dios ahora de nuevo, como crió el mundo, no le criase?"

Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio, porque ya la caridad se subió al cielo, topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden. Miróme, y yo a él, y dijome:

"Muchacho: ¿buscas amo?"

Yo le dije:

"Sí, señor."

"Pues vente tras mí -me respondió- que Dios te ha hecho merced en topar contigo. Alguna buena oración rezaste hoy."

Y seguíle, dando gracias a Dios por lo que le oí, y también que me parecía, segun su hábito y continente, ser el que yo había menester.

Era de mañana cuando este mi tercero amo topé. Y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasábamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones. Yo pensaba y aun deseaba que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque ésta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario; mas muy a tendido paso pasaba por estas cosas.

"Por ventura no lo vee aquí a su contento -decía yo- y querrá que lo compremos en otro cabo."

Desta manera anduvimos hasta que dio las once. Entonces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él, y muy devotamente le vi oír misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fue acabado y la gente ida. Entonces salimos de la iglesia.

A buen paso tendido comenzamos a ir por una calle abajo. Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer. Bien consideré que debia ser hombre, mi nuevo amo, que se proveía en junto, y que ya la comida estaría a punto tal y como yo la deseaba y aun la había menester.

En este tiempo dio el reloj la una después de mediodía, y llegamos a una casa ante la cual mi amo se paró, y yo con él; y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta y entramos en casa. La cual tenía la entrada obscura y lóbrega de tal manera que parecía que ponía temor a los que en ella entraban, aunque dentro de ella estaba un patio pequeño y razonables cámaras.

Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa y, preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él. Y hecho esto, sentóse cabo en ella, preguntándome muy por extenso de dónde era y cómo había venido a aquella ciudad.

Y yo le di más larga cuenta que quisiera, porque me parecía mas conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla que de lo que me pedía. Con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara. Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las dos y no le ver más aliento de comer que a un muerto.

Después desto, consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que yo había visto eran paredes, sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcazo como el de marras. Finalmente, ella parecía casa encantada. Estando así, dijome:

"Tú, mozo, ¿has comido?"

"No, señor -dije yo-, que aún no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré."

"Pues, aunque de mañana, yo había almorcado, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así. Por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos."

Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné a llorar mis trabajos. Allí se me vino a la memoria la consideracion que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que aunque aquél era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor. Finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera.

Y con todo, disimulando lo mejor que pude:

"Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. Deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fui yo loado della hasta hoy dia de los amos que yo he tenido."



"Virtud es ésa -dijo él- y por eso te querré yo más. Porque el hartar es de los puercos y el comer regladamente es de los hombres de bien."

"¡Bien te he entendido! -dije yo entre mí- ¡Maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre!"

Púseme a un cabo del portal y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habian quedado de los de por Dios. Él, que vio esto, dijome:

"Ven acá, mozo. ¿Qué comes?"

Yo lleguéme a él y mostrele el pan. Tomóme el un pedazo, de tres que eran el mejor y más grande, y díjome:

"Por mi vida, que parece éste buen pan."

"¡Y como! ¿Agora -dije yo-, señor, es bueno?"

"Sí, a fe -dijo él-. ¿Adónde lo hubiste? ¿Si es amasado de manos limpias?"

"No sé yo eso -le dije-; mas a mí no me pone asco el sabor dello."

"Así plega a Dios" -dijo el pobre de mi amo.

Y llevándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados como yo en lo otro.

"Sabrosísimo pan está -dijo-, por Dios."

Y como le sentí de qué pie coxqueaba, dime priesa. Porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comedría a ayudarme a lo que me quedase. Y con esto acabamos casi a una. Y mi amo comenzó a sacudir con las manos unas pocas de migajas, y bien menudas, que en los pechos se le habian quedado. Y entró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo, y desque hubo bebido convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dijome:

"Señor, no bebo vino."

"Agua es, -me respondió-. Bien puedes beber."

Entonces tomé el jarro y bebí, no mucho, porque de sed no era mi congoja.

Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo metíome en la camara donde estaba el jarro de que bebimos, y dijome:

"Mozo, párate allí y veras, como hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante."

Púseme de un cabo y él del otro y hecimos la negra cama, en la cual no había mucho que hacer. Porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa

encima de un negro colchón. Que, por no estar muy continuada a lavarse, no parecía colchón, aunque servia de él, con harta menos lana que era menester. Aquél tendimos, haciendo cuenta de ablandarle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenía dentro de sí. Que puesto sobre el cañizo todas las cañas se señalaban y parecían a lo proprio entrecuesto de flaquisimo puerco. Y sobre aquel hambriento colchón un alfamar del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, dijome:

"Lázaro, ya es tarde, y de aquí a la plaza hay gran trecho. También en esta ciudad andan muchos ladrones que siendo de noche capean. Pasemos como podamos y mañana, venido el día, Dios hará merced. Porque yo, por estar solo, no estoy proveído, antes he comido estos días por allá fuera, mas agora hacerlo hemos de otra manera."

"Señor, de mí -dije yo- ninguna pena tenga vuestra merced, que sé pasar una noche y aun más, si es menester, sin comer."

"Vivirás más y más sano -me respondió-. Porque como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco."

"Si por esa vía es -dije entre mí-, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha tenella toda mi vida."

Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubón. Y mandóme echar a sus pies, lo cual yo hice. Mas imaldito el sueño que yo dormí! Porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse. Que con mis trabajos, males y hambre, pienso que en mi cuerpo no había libra de carne; y también, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad. Maldíjeme mil veces (Dios me lo perdone) y a mi ruin fortuna, allí lo más de la noche, y, lo peor no osándome revolver por no despertarle, pedí a Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida, levantámonos, y comienza a limpiar y sacudir sus calzas y jubón y sayo y capa. Y yo que le servía de pelillo. Y vístese muy a su placer de espacio. Echéle aguamanos, peinóse y puso su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponía, dijome:

"¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta! No hay marco de oro en el mundo por que yo la diese. Mas así ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó a ponelle los aceros tan prestos como ésta los tiene."

Y sacóla de la vaina y tentóla con los dedos, diciendo:

"¿Vesla aquí? Yo me obligo con ella cercenar un copo de lana."

Y yo dije entre mí:



"Y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras."

Tornóla a meter y ciñóselo y un sartal de cuentas gruesas del talabarte Y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y a veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo:

"Lázaro, mira por la casa en tanto que voy a oír misa, y haz la cama, y ve por la vasija de agua al río, que aquí bajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto pueda entrar."

Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente al conde de Arcos, o a lo menos camarero que le daba de vestir.

"Bendito seáis vos, Señor -quedé yo diciendo-, que dais la enfermedad y ponéis el remedio! ¿Quién encontrará a aquel mi señor que no piense, según el contento de sí lleva, haber anoché bien cenado y dormido en buena cama, y aun agora es de mañana, no le cuenten por muy bien almorzado? Grandes secretos son, Señor, los que vos hacéis y las gentes ignoran! ¿A quién no engañará aquella buena disposición y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día sin comer, con aquel mendrugo de pan que su criado Lázaro trajo un día y una noche en el arca de su seno, do no se le podía pegar mucha limpieza, y hoy, lavándose las manos y cara, a falta de paño de manos, se hacía servir de la halda del sayo? Nadie por cierto lo sospechará. ¡Oh Señor, y cuántos de aquéstos debéis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra lo que por vos no sufrirían!"

Así estaba yo a la puerta, mirando y considerando estas cosas y otras muchas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle, y como lo vi trasponer, tornéme a entrar en casa, y en un credo la anduve toda, alto y bajo, sin hacer represa ni hallar en qué. Hago la negra dura cama y tomo el jarro y doy comigo en el río, donde en una huerta vi a mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta. Antes muchas tienen por estilo de irse a las mañanicas del verano a refrescar y almorcizar sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, segun las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar.

Y como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías, diciéndoles mas dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron de él que estaba bien enterneциdo, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorcizar con el acostumbrado pago.

Él, sintiéndose tan frío de bolsa quanto estaba caliente del estómago, tomóle tal calofrío que le robó la color del gesto, y comenzó a turbarse en la plática y a poner excusas no válidas.

Ellas, que debían ser bien instituidas, como le sintieron la enfermedad, dejaronle para el que era.

Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné, con mucha diligencia, como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné a casa. De la cual pensé barrer alguna parte, que era bien menester; mas no hallé con qué. Puseme a pensar qué haría, y parecióme esperar a mi amo hasta que el día diera media y si viniese y por ventura trajese algo que comiesemos; mas en vano fue mi experiencia.

Desque vi ser las dos y no venía y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó, y tornome a mi menester. Con baja y enferma voz e inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo a pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecía. Mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí que aunque en este pueblo no había caridad ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di que, antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo y más de otras dos en las mangas y senos. Volvíme a la posada y al pasar por la tripería pedí a una de aquellas mujeres, y diome un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas.

Cuando llegué a casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entro, vínose para mí. Pensé que me quería reñir la tardanza, mas mejor lo hizo Dios.

Preguntóme do venía. Yo le dije:

"Señor, hasta que dio las dos estuve aquí, y de que vi que V.M. no venía, fuime por esa ciudad a encomendarme a las buenas gentes, y hanme dado esto que veis."

Mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traía, a lo cual él mostro buen semblante y dijo:

"Pues esperado te he a comer, y de que vi que no veniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso. Que mas vale pedirlo por Dios que no hurtarlo. Y así él me ayude como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives comigo, por lo que toca a mi honra. Aunque bien creo que será secreto, segun lo poco que en este pueblo soy conocido. Nunca a él yo hubiera de venir!"



"De eso pierda, señor, cuidado -le dije yo-, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esa cuenta ni yo de darla."

"Agora pues, come, pecador. Que, si a Dios place, presto nos veremos sin necesidad. Aunque te digo que después que en esta casa entré, nunca bien me ha ido. Debe ser de mal suelo, que hay casas desdichadas y de mal pie, que a los que viven en ellas pegan la desdicha. Ésta debe de ser sin duda de ellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella aunque me la den por mía."

Sentéme al cabo del poyo y, porque no me tuviese por glotón, callé la merienda; y comienzo a cenar y morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mío, que no partía sus ojos de mis haldas, que aquella sazón servían de plato. Tanta lástima haya Dios de mí como yo había de él, porque sentí lo que sentía, y muchas veces había por ello pasado y pasaba cada día. Pensaba si sería bien comedirme a convidarle; mas por me haber dicho que había comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente, yo deseaba aquel pecador ayudase a su trabajo del mío, y se desayunase como el día antes hizo, pues había mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre.

Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo, porque, como comencé a comer y él se andaba paseando llegóse a mí y díjome:

"Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi a hombre, y que nadie te lo verá hacer que no le pongas gana aunque no la tenga."

"La muy buena que tú tienes -dije yo entre mí- te hace parecer la mia hermosa."

Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abría camino para ello, y díjele:

"Señor, el buen aparejo hace buen artífice. Este pan esta sabrosísimo y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada, que no habrá a quien no convide con su sabor."

"¿Uña de vaca es?"

"Sí, señor."

"Dígote que es el mejor bocado del mundo, que no hay faisán que así me sepa."

"Pues pruebe, señor, y verá que tal está."

Póngole en las uñas la otra y tres o cuatro raciones de pan de lo más blanco y asentóseme al lado, y comienza a comer como aquel que lo había gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera.

"Con almodrote -decía- es éste singular manjar."

"Con mejor salsa lo comes tú", respondí yo paso.

"Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hubiera comido bocado."

"!Así me vengan los buenos años como es ello!" -dijo yo entre mí.

Pidióme el jarro del agua y díselo como lo había traído. Es señal que, pues no le faltaba el agua, que no le había a mi amo sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos fuimos a dormir como la noche pasada.

Y por evitar prolijidad, desta manera estuvimos ocho o diez días, yéndose el pecador en la mañana con aquel contento y paso contado a papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que había tenido y buscando mejoría, viniese a topar con quien no sólo no me mantuviese, mas a quien yo había de mantener. Con todo, le quería bien, con ver que no tenía ni podía mas. Y antes le había lastima que enemistad; y muchas veces, por llevar a la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal.

Porque una mañana, levantándose el triste en camisa, subió a lo alto de la casa a hacer sus menesteres, y en tanto yo, por salir de sospecha, desenvolvíle el jubón y las calzas que a la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso hecho cien dobleces y sin maldita la blanca ni señal que la húbiese tenido mucho tiempo.

"Éste -decía yo- es pobre y nadie da lo que no tiene, mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo que, con dárselo Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre, aquéllos es justo desamar y aquéste de haber mancilla."

Dios es testigo que hoy día, cuando topo con alguno de su hábito, con aquel paso y pompa, le he lástima, con pensar si padece lo que aquél le vi sufrir; al cual con toda su pobreza holgaría de servir mas que a los otros por lo que he dicho. Sólo tenía del un poco de descontento. Que quisiera yo me no tuviera tanta presunción; mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad. Mas, según me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada. Aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar. El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado, pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fue, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el Ayuntamiento que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad, con pregón que el que de allí adelante topasen fuese punido con azotes. Y así, ejecutando la ley, desde a cuatro días que el pregón se dio, vi



llevar una procesión de pobres azotando por las cuatro calles. Lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme a demandar.

Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa y la tristeza y silencio de los moradores, tanto que nos acaeció estar dos o tres días sin comer bocado, ni hablaba palabra. A mí diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodón, que hacían bonetes y vivían par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento. Que de la laceria que les traían me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenía tanta lastima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que comió. A lo menos, en casa bien lo estuvimos sin comer. No sé yo cómo o donde andaba y qué comía. ¡Y verle venir a mediodía la calle abajo con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta!

Y por lo que toca a su negra que dicen honra, tomaba una paja de las que aun asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los dientes que nada entre sí tenían, quejándose todavía de aquel mal solar diciendo:

"Malo está de ver, que la desdicha desta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste, oscura. Mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer. Ya deseo que se acabe este mes por salir de ella."

Pues, estando en esta afigida y hambrienta persecución un día, no sé por cual dicha o ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real. Con el cual él vino a casa tan ufano como si tuviera el tesoro de Venecia; y con gesto muy alegre y risueño me lo dio, diciendo:

"Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano. Ve a la plaza y merca pan y vino y carne: iquebremos el ojo al diablo! Y más, te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa, y en ésta desastrada no hemos de estar más de en cumplimiento el mes. ¡Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré! Por Nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno; mas ital vista tiene y tal obscuridad y tristeza! Ve y ven presto, y comamos hoy como condes."

Tomo mi real y jarro y a los pies dándoles priesa, comienzo a subir mi calle encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. Mas équé me aprovecha si está constituido en mi triste fortuna que ningún gozo me venga sin zozobra? Y así fue éste. Porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que emplearía que fuese mejor y mas provechosamente gastado, dando infinitas gracias a Dios que a mi amo había hecho con dinero,

a deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traían.

Arriméme a la pared por darles lugar, y desque el cuerpo pasó, venían luego a par del lecho una que debía ser mujer del difunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mujeres; la cual iba llorando a grandes voces y diciendo:

"Marido y señor mío, écadónde os me llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y obscura, a la casa donde nunca comen ni beben!"

Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije:

"¡Oh desdichado de mí! Para mi casa llevan este muerto."

Dejo el camino que llevaba y hendí por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo a todo el más correr que pude para mi casa. Y entrando en ella cierro a grande priesa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome de él, que me venga a ayudar y a defender la entrada. El cual, algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo:

"¿Qué es eso, mozo? ¿Qué voces das? ¿Qué has? ¿Por qué cierras la puerta con tal furia?"

"¡Oh señor -dije yo- acuda aquí, que nos traen aca un muerto!"

"¿Como así?", respondió él.

"Aquí arriba lo encontré, y venía diciendo su mujer: "Marido y señor mío, écadónde os llevan? ¡A la casa lóbrega y obscura, a la casa triste y desdichada, a la casa donde nunca comen ni beben! Acá, señor, nos le traen."

Y ciertamente, cuando mi amo esto oyó, aunque no tenía por qué estar muy risueño, rió tanto que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenía ya yo echada la aldaba a la puerta y puesto el hombro en ella por más defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habían de meter en casa. Y despues fue ya más harto de reir que de comer, el bueno de mi amo dijome:

"Verdad es, Lázaro; segun la viuda lo va diciendo, tú tuviste razón de pensar lo que pensaste; mas, pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre, y ve por de comer."

"Déjalos, señor, acaben de pasar la calle", dije yo.

Al fin vino mi amo a la puerta de la calle, y ábrela esforzándome, que bien era menester, según el miedo y alteración, y me torno a encaminar. Mas aunque comimos bien aquel día, maldito el gusto yo tomaba en ello. Ni en aquellos tres días torné en mi color; y mi amo muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi cosideracion.



De esta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fue este escudero, algunos días, y en todos deseando saber la intención de su venida y estaba en esta tierra. Porque desde el primer día que con él me asenté, le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenía.

Al fin se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba. Porque un día que habíamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su hacienda y díjome ser de Castilla la Vieja, y que había dejado su tierra no más de por no quitar el bonete a un caballero su vecino.

"Señor -dijo yo- si él era lo que decís y tenía mas que vos, éno errábades en no quitárselo primero, pues decís que él tambien os lo quitaba?"

"Sí es y sí tiene, y también me lo quitaba él a mí; mas, de cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano."

"Parésceme, señor -le dije yo- que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo y que tienen más."

"Eres muchacho -me respondió- y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues te hago saber que yo soy, como vees, un escudero; mas ¡vótote a Dios!, si al conde topo en la calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algún negocio, o atravesar otra calle, si la hay, antes que llegue a mí, por no quitárselo. Que un hidalgo no debe a otro que a Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdome que un día deshonre en mi tierra a un oficial, y quise poner e él las manos, porque cada vez que le topaba me decía: "Mantenga Dios a vuestra merced." "Vos, don villano ruin -le dije yo- épor qué no sois bien criado? Émantengaos Dios, me habéis de decir, como si fuese quienquiera?" De allí adelante, de aquí acullá, me quitaba el bonete y hablaba como debía."

"¿Y no es buena manera de saludar un hombre a otro -dijo yo- decirle que le mantenga Dios?"

"¡Mira mucho de enhoramala! -dijo él-. A los hombres de poca arte dicen eso, mas a los más altos, como yo, no les han de hablar menos de: "Beso las manos de vuestra merced", o por lo menos: "Bésoos, señor, las manos", si el que me habla es caballero. Y así, de aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento nunca más le quise sufrir, ni sufriría ni sufriré a hombre del mundo, del rey abajo, que Mantengaos Dios me diga."

"Pecador de mí -dijo yo-, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue."

"Mayormente -dijo- que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas, que a estar ellas en pie y bien labradas, diez y séis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrían más de doscientas veces mil maravedís, según se podrían hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que, a no estar derribado como está, daría cada año mas de doscientos palominos. Y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra. Y vine a esta ciudad, pensando que hallaría un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la iglesia, muchos hallo, mas es gente tan limitada que no los sacarán de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla, también me ruegan; mas servir con éstos es gran trabajo, porque de hombre os habéis de convertir en malilla y si no. "Anda con Dios" os dicen. Y las más veces son los pagamentos a largos plazos, y las más y las más ciertas, comido por servido. Ya cuando quieren reformar conciencia y satisfaceros vuestros sudores, sois librados en la recámara, en un sudado jubón o raida capa o sayo. Ya cuando asienta un hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria. ¿Pues por ventura no hay en mí habilidad para servir y contestar a éstos? Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentille tan bien como otro, y agradalle a las mil maravillas. Reílle ya mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo. Nunca decirle cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese. Ser muy diligente en su persona en dicho y hecho. No me matar por no hacer bien las cosas que él no había de ver. Y ponerme a reñir, donde lo oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba. Si riñese con algún su criado, dar unos puntilllos agudos para la encender la ira y que pareciesen en favor del culpado. Decirle bien de lo que bien le estuviese y, por el contrario, ser malicioso, mofador, malsinar a los de casa y a los de fuera; pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas; y otras muchas galas de esta calidad que hoy día se usan en palacio y a los señores dél parecen bien. Y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos, antes los aborrecen y tienen en poco y llaman necios y que no son personas de negocios ni con quien el señor se puede descuidar. Y con éstos los astutos usan, como digo, el día de hoy, de lo que yo usaría; mas no quiere mi ventura que le halle."

Desta manera lamentaba también su adversa fortuna mi amo, dándome relación de su persona valerosa.

Pues, estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja. El hombre le pide el alquiler de la casa y la vieja el de la cama. Hacen cuenta, y de dos en dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara. Pienso que fueron doce o trece reales. Y él les dio muy buena



respuesta: que saldría a la plaza a trocar una pieza de a dos, y que a la tarde volviese. Mas su salida fue sin vuelta.

Por manera que a la tarde ellos volvieron, mas fue tarde. Yo les dije que aún no era venido. Venida la noche, y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuíme a las vecinas y contéles el caso, y allí dormí.

Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino, mas a estotra puerta. Las mujeres le responden:

"Veis aquí su mozo y la llave de la puerta."

Ellos me preguntaron por él y díjele que no sabía adónde estaba y que tampoco había vuelto a casa desde que salió a trocar la pieza, y que pensaba que de mí y de ellos se había ido con el truco.

De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano. Y helos do vuelven luego con ellos, y toman la llave, y llámanme, y llaman testigos, y abren la puerta, y entran a embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa y hallaronla desembarazada, como he contado, y dícenme:

"¿Que es de la hacienda de tu amo, sus arcas y paños de pared y alhajas de casa?"

"No sé yo eso", le respondí.

"Sin duda -dican ellos- esta noche lo deben de haber alzado y llevado a alguna parte.

Señor alguacil, prended a este mozo, que él sabe dónde está."

En esto vino el alguacil, y echóme mano por el collar del jubón, diciendo:

"Muchacho, tú eres preso si no descubres los bienes deste tu amo."

Yo, como en otra tal no me hubiese visto -porque asido del collar, sí, había sido muchas e infinitas veces; mas era mansamente dél tratado, para que mostrase el camino al que no veía- yo hube mucho miedo, y llorando prometíle de decir lo que preguntaban.

"Bien está -dican ellos-, pues dí todo lo que sabes, y no hayas temor."

Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome que tenía.

"Señores -dije yo-, lo que este mi amo tiene, según él me dijo, es un muy buen solar de casas y un palomar derribado."

"Bien está -dican ellos-. Por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y a qué parte de la ciudad tiene eso?", me preguntaron.

"En su tierra", respondí.

"Por Dios, que está bueno el negocio -dijeron ellos-. ¿Y adonde es su tierra?"

"De Castilla la Vieja me dijo él que era", le dije yo.

Ríeronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo:

"Bastante relación es ésta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese."

Las vecinas, que estaban presentes, dijeron:

"Señores: éste es un niño inocente, y ha pocos días que está con ese escudero, y no sabe del más que vuestras merecidas, sino cuanto el pecadorcito se llega aquí a nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios, y a las noches se iba a dormir con él."

Vista mi inocencia, dejaronme, dandome por libre. Y el alguacil y el escribano pidieron al hombre y a la mujer sus derechos, sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido, porque ellos alegaron no ser obligados a pagar, pues no había de qué ni se hacía el embargo. Los otros decían que habían dejado de ir a otro negocio que les importaba más por venir a aquél.

Finalmente, después de dadas muchas voces, al cabo carga un porquerón con el viejo alfamar de la vieja, aunque no iba muy cargado. Allá van todos cinco dando voces. No sé en que paró. Creo yo que el pecador alfamar pagara por todos, y bien se empleaba, pues el tiempo que había de reposar y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Así, como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruin dicha. Pues, señalándose todo lo que podía contra mí, hacía mis negocios tan al revés, que los amos, que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.

Tratado Cuarto

Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaeció con él

Hube de buscar el cuarto, y éste fue un fraile de la Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron. Al cual ellas le llamaban pariente. Gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitar. Tanto que pienso que rompía el más zapatos que todo el convento. Éste me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida; mas no me duraron ocho días. Ni yo pude con su trote durar más. Y por esto y por otras cosillas que no digo, salí dél.

Tratado Quinto

Cómo Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó

En el quinto por mi ventura di, que fue un buldero, el más desenvuelto y desvengonzado y el mayor echador dellas que jamás yo vi ni ver espero ni pienso que nadie vio. Porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sotiles invenciones.



En entrando en los lugares do habían de presentar la bula, primero presentaba a los clérigos o curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni substancia: una lechuga murciana, si era por el tiempo, un par de limas o naranjas, un melocotón, un par de duraznos, cada sendas peras verdiniales. Así procuraba tenerlos propicios porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses a tomar la bula.

Ofreciéndosele a él las gracias, informábase de la suficiencia dellos. Si decían que entendían, no hablaba palabra en latín por no dar tropezón; mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua. Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo que más con dineros que con letras y con reverendas se ordena, hacíase entre ellos un Santo Tomás y hablaba dos horas en latín: a lo menos, que lo parecía aunque no lo era.

Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba cómo por mal se las tomasen, y para aquello hacía molestias al pueblo e otras veces con mañosos artificios. Y porque todos los que le veía hacer sería largo de contar, diré uno muy sotil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos o tres días, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían tomado bula, ni a mí ver tenían intención de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello y, pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo, para otro día de mañana despedir la bula.

Y esa noche, después de cenar, pusieronse a jugar la colacion él y el alguacil. Y sobre el juego vinieron a reñir y a haber malas palabras. El llamó al alguacil ladrón, y él otro a el falsario. Sobre esto, el señor comisario mi señor, tomó un lanzón que en el portal do jugaban estaba. El aguacil puso mano a su espada, que en la cinta tenía.

Al ruido y voces y que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos y métense en medio, y ellos muy enojados procurándose desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Mas como la gente al gran ruido cargase y la casa estuviese llena della, viendo que no podían afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas. Entre las cuales el alguacil dijo a mi amo que era falsario y las bulas que predicaba que eran falsas.

Finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban a ponellos en paz, acordaron de llevar el alguacil de la posada a otra parte. Y así quedo mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiése el enojo y se fuese a dormir, se fue, y así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fue a la iglesia y mandó tañer a misa y al sermón para despedir la bula. Y el pueblo se juntó, el cual andaba murmurando de las bulas, diciendo cómo eran falsas y que el mismo alguacil riñendo lo había descubierto. De manera que tras que tenían mala gana de tomarla, con aquello de todo la aborrecieron.

El señor comisario se subió al púlpito y comienza su sermón, y a animar la gente a que no quedasen sin tanto bien e indulgencia como la santa bula traía.

Estando en lo mejor del sermón, entra por la puerta de la iglesia el alguacil y, desque hizo oración, levantóse y con voz alta y pausada cuerdamente comenzó a decir:

"Buenos hombres: oídme una palabra, que después oiréis a quien quisieredes. Yo vine aquí con este echacuero que os predica, el cual engaño y dijo que le favoreciese en este negocio y que partíramos la ganancia. Y agora, visto el daño que haría a mi conciencia y a vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente que las bulas que predica son falsas, y que no le creáis ni las toméis, y que yo, directe ni indirecte, no soy parte en ellas, y que desde agora dejo la vara y doy con ella en el suelo. Y si en algún tiempo éste fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seáis testigos cómo yo no soy con él ni le doy a ello ayuda, antes os desengaño y declaro su maldad."

Y acabó su razonamiento. Algunos hombres honrados que allí estaban se quisieron levantar y echar el alguacil fuera de la iglesia, por evitar escándalo. Mas mi amo les fue a la mano y mandó a todos que so pena de excomunión no le estorbasen: mas que le dejases decir todo lo que quisiese. Y así, el también tuvo silencio, mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho.

Como calló, mi amo le preguntó, si quería decir más, que lo dijese. El alguacil dijo:
"Harto hay más que decir de vos y de vuestra falsedad, mas por agora basta."

El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito y, puestas las manos y mirando al cielo, dijo así:

"Señor Dios, a quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y a quien nada es imposible, antes todo posible: tú sabes la verdad y cuán injustamente yo soy afrentado. En lo que a mí toca, yo lo perdonó porque tú, Señor, me perdone. No mires a aquel que no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria a ti hecha, te suplico, y por justicia te pido, no disimules. Porque alguno que esta aquí, que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando credito a las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y pues estanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea desta manera: que si es verdad lo que aquél dice y que traigo maldad y falsedad, este púlpito se



hunda conmigo y meta siete estados debajo de tierra, do él ni yo jamás parezcamos; y si es verdad lo que yo digo y aquél, persuadido del demonio, por quitar y privar a los que están presentes de tan gran bien, dice maldad, también sea castigado y de todos conocida su malicia."

Apenas había acabado su oración el devoto señor mío, cuando el negro alguacil cae de su estado y da tan gran golpe en el suelo que la iglesia toda hizo resonar, y comenzó a bramar y echar espumajos por la boca y torcella, y hacer visajes con el gesto, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquel suelo a una parte y a otra.

El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oían unos a otros. Algunos estaban espantados y temerosos. Unos decían:

"El Señor le socorra y valga."

Otros: "Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio."

Finalmente, algunos que allí estaban, y a mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas a los que cerca dél estaban. Otros le tiraban por las piernas y tuvieron reciamente, porque no había mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase.

Y así le tuvieron un gran rato, porque más de quince hombres estaban sobre él, y a todos daba las manos llenas, y si se descuidaban, en los hocicos.

A todo esto, el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia, que el planto y ruido y voces que en la iglesia había no eran parte para apartarle de su divina contemplación.

Aquellos buenos hombres llegaron a él, y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer a aquel pobre que estaba muriendo, y que no mirase a las cosas pasadas ni a sus dichos malos, pues ya de ellos tenía el pago; mas si en algo podría aprovechar para librarse del peligro y pasión que padecía, por amor de Dios lo hiciese, pues ellos veían clara la culpa del culpado y la verdad y bondad suya, pues a su petición y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró y miró al delincuente y a todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dijo:

"Buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado; mas pues Él nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que nos manda, y Su Majestad perdone a éste que le ofendió poniendo en su santa fe obstáculo. Vamos todos a suplicarle."

Y así bajó del púlpito y encomendó a que muy devotamente suplicasen a Nuestro Señor tuviese por bien de perdonar a aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar dél el demonio, si Su Majestad había permitido que por su gran pecado en él entrase.

Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban a cantar con voz baja una letanía. Y viéndole él con la cruz y agua bendita, después de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo y los ojos que casi nada se le parecía sino un poco de blanco, comienza una oración no menos larga que devota, con la cual hizo llorar a toda la gente como suelen hacer en los sermones de Pasión, de predicador y auditorio devoto, suplicando a Nuestro Señor, pues no quería la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados.

Y esto hecho, mandó traer la bula y púsosela en la cabeza; y luego el pecador del alguacil comenzó poco a poco a estar mejor y tornar en sí. Y desque fue bien vuelto en su acuerdo, echóse a los pies del señor comisario y demandóle perdón, y confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno, por hacer a él daño y vengarse del enojo; lo otro y mas principal, porque el demonio recibía mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula.

El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos; y a tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella: marido y mujer, e hijos e hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos, y cuando a ellos llegábamos, no era menester sermón ni ir a la iglesia, que a la posada la venían a tomar como si fueran peras que se dieran de balde. De manera que en diez o doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermón.

Cuando el hizo el ensayo, confieso mi pecado que también fui de ello espantado y creí que así era, como otros muchos; mas con ver después la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacían del negocio, conocí cómo había sido industriado por el industrioso e inventivo de mi amo.

Acaecímos en otro lugar, el cual no quiero nombrar por su honra, lo siguiente. Y fue que mi amo predicó dos o tres sermones y do a Dios la bula tomaban. Visto por el asunto de mi amo lo que pasaba y que, aunque decía se fiaban por un año, no aprovechaba y que estaban tan rebeldes en tomarla y que su trabajo era perdido, hizo tocar las campanas para despedirse. Y hecho su sermón y despedido desde el púlpito, ya que se quería abajar, llamó al escribano y a



mí, que iba cargado con unas alforjas, e hízonos llegar al primer escalón, y tomo al alguacil las que en las manos llevaba y las que yo tenía en las alforjas, púsolas junto a sus pies, y tornóse a poner en el púlpito con cara alegre y arrojar desde allí de diez en diez y de veinte en veinte de sus bulas hacia todas partes, diciendo:

"Hermanos míos, tomad, tomad de las gracias que Dios os envía hasta vuestras casas, y no os duela, pues es obra tan pía la redención de los captivos cristianos que están en tierra de moros. Porque no renieguen nuestra santa fe y vayan a las penas del infierno, siquiera ayudadles con vuestra limosna y con cinco paternostres y cinco avemarías, para que salgan de cautiverio. Y aun también aprovechan para los padres y hermanos y deudos que tenéis en el Purgatorio, como lo veréis en esta santa bula."

Como el pueblo las vio así arrojar, como cosa que se daba de balde y ser venida de la mano de Dios, tomaban a más tomar, aun para los niños de la cuna y para todos sus difuntos, contando desde los hijos hasta el menor criado que tenían, contandolos por los dedos. Vímonos en tanta priesa, que a mí áinas me acabaran de romper un pobre y viejo sayo que traía, de manera que certifco a V.M. que en poco más de una hora no quedó bula en las alforjas, y fue necesario ir a la posada por más.

Acabados de tomar todos, dijo mi amo desde el púlpito a su escribano y al del Concejo que se levantasen; y para que se supiese quién eran los que habían de gozar de la santa indulgencia y perdones de la santa bula y para que él diese buena cuenta a quien le había enviado, se escribiesen.

Y así luego todos de muy buena voluntad decían las que habían tomado, contando por orden los hijos y criados y defuntos.

Hecho su inventario, pidió a los alcaldes que por caridad, porque él tenía que hacer en otra parte, mandasen al escribano le diese autoridad del inventario y memoria de las que allí quedaban, que, según decía el escribano, eran más de dos mil.

Hecho esto, él se despidió con mucha paz y amor, y así nos partimos deste lugar. Y aun, antes que nos partiésemos, fue preguntado él por el teniente cura del lugar y por los regidores si la bula aprovechaba para las criaturas que estaban en el vientre de sus madres.

A lo cual él respondió que según las letras que él había estudiado que no. Que lo fuesen a preguntar a los doctores más antiguos que él, y que esto era lo que sentía en este negocio.

Y así nos partimos, yendo todos muy alegres del buen negocio. Decía mi amo al alguacil y escribano:

«¿Qué os parece, como a estos villanos, que con sólo decir Cristianos viejos somos, sin hacer obras de caridad, se piensan salvar sin poner nada de su hacienda? Pues, por vida del licenciado Pascasio Gómez, que a su costa se saquen más de diez cautivos.»

Y así nos fuimos hasta otro lugar de aquél cabo de Toledo, hacia la Mancha, que se dice, adonde topamos otros más obstinados en tomar bulas. Hechas mi amo y los demás que íbamos nuestras diligencias, en dos fiestas que allí estuvimos no se habían echado treinta bulas.

Visto por mi amo la gran perdición y la mucha costa que traía, y el ardideza que el sotil de mi amo tuvo para hacer despender sus bulas, fue que este día dijo la misa mayor, y después de acabado el sermón y vuelto al altar, tomó una cruz que traía de poco más de un palmo, y en un brasero de lumbre que encima del altar había, el cual había traído para calentarse las manos porque hacía gran frío, púsole detrás del misal sin que nadie mirase en ello. Y allí sin decir nada puso la cruz encima la lumbre. Y, ya que hubo acabado la misa y echada la bendición, tomóla con un pañuelo, bien envuelta la cruz en la mano derecha y en la otra la bula, y así se bajó hasta la postrera grada del altar, adonde hizo que besaba la cruz. E hizo señal que viniesen adorar la cruz. Y así vinieron los alcaldes los primeros y los más ancianos del lugar, viiniendo uno a uno como se usa.

Y el primero que llegó, que era un alcalde viejo, aunque él dio a besar la cruz bien delicadamente, se abrasó los rostros y se quitó presto afuera. Lo cual visto por mi amo, le dijo:

«¡Paso, quedo, señor alcalde! ¡Milagro!»

Y así hicieron otros siete o ocho, y a todos les decía:

«¡Paso, señores! ¡Milagro!»

Cuando él vio que los rostriquemados bastaban para testigos del milagro, no la quiso dar más a besar. Subióse al pie del altar y de allí decía cosas maravillosas, diciendo que por la poca caridad que había en ellos había Dios permitido aquel milagro y que aquella cruz había de ser llevada a la santa iglesia mayor de su Obispado; que por la poca caridad que en el pueblo había, la cruz ardía.

Fue tanta la prisa que hubo en el tomar de la bula, que no bastaban dos escribanos ni los clérigos ni sacristanes a escribir. Creo de cierto que se tomaron más de tres mil bulas, como tengo dicho a vuestra merced.

Después, al partir, él fue con gran reverencia, como es razón, a tomar la santa cruz, diciendo que la había de hacer engastonar en oro, como era razón.



Fue rogado mucho del Concejo y clérigos del lugar les dejase allí aquella santa cruz por memoria del milagro allí acaecido. Él en ninguna manera lo quería hacer y al fin, rogado de tantos, se la dejó. Conque le dieron otra cruz vieja que tenían antigua de plata, que podrá pesar dos o tres libras, segun decían.

Y así nos partimos alegres con el buen trueque y con haber negociado bien. En todo no vio nadie lo susodicho sino yo. Porque me subía por el altar para ver si había quedado algo en las ampollas, para ponello en cobro, como otras veces yo lo tenía de costumbre. Y como allí me vio, pusose el dedo en la boca haciéndome señal que callase. Yo así lo hice porque me cumplía, aunque, después que vi el milagro, no cabía en mí por echallo fuera. Sino que el temor de mi astuto amo no me lo dejaba comunicar con nadie, ni nunca de mí salió. Porque me tomó juramento que no descubriese el milagro, y así lo hice hasta agora.

Y aunque mochacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí:

"!Cuántas de éstas deben hacer estos burladores entre la inocente gente!"

Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé también hartas fatigas, aunque me daba bien de comer a costa de los curas y otros clérigos do iba a predicar.

Tratado Sexto

Cómo Lázaro se asentó con un capellán, y lo que con él pasó

Después desto, asenté con un maestro de pintar panderos para molelle los colores, y también sufrí mil males.

Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un día en la iglesia mayor, un capellán de ella me recibió por suyo. Y púsome en poder un asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé a echar agua por la ciudad. Éste fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida. Daba cada día a mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo lo demás, entre semana, de treinta maravedís.

Fueme tan bien en el oficio que al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja. De la cual compré un jubón de fustán viejo y un sayo raído de manga tranzada y puerta y una capa que había sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar. Desque me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase su asno, que no quería más seguir aquel oficio.

Tratado Septimo

Cómo Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaeció con él

Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil. Mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso. Mayormente, que una noche nos corrieron a mí y a mi amo a pedradas y a palos unos retraídos. Y a mi amo, que esperó, trajeron mal; mas a mí no me alcanzaron. Con esto renegué del trato.

Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa. Y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré. Que fue un oficio real, viendo que no hay nadie que medre sino los que le tienen.

En el cual el día de hoy vivo y resido a servicio de Dios y de vuestra merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia y declarar a voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance.

En el cual oficio un día que ahorcábamos un apañador en Toledo y llevaba una buena soga de esparto, conocí y caí en la cuenta de la sentencia que aquel mi ciego amo había dicho en Escalona, y me arrepentí del mal pago qué le di por lo mucho que me enseño. Que, después de Dios, él me dio industria para llegar al estado que ahora esto.

Hame sucedido tan bien, yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano. Tanto que en toda la ciudad el que ha de echar vino a vender o algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor, y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer. Y así me casé con ella, y hasta agora no estoy arrepentido.

Porque, allende de ser buena hija y diligente, servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda. Y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo, por las Pascuas su carne, y cuándo el par de los boidgos, las calzas viejas que deja. E hízonos alquilar una casilla par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa.



Mas malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué, y sí sé qué, de que venía mi mujer irle a hacer la cama y guisalle de comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad.

Aunque en este tiempo siempre he tenido alguna sospechuela y habido algunas malas cenas por esperalla algunas noches hasta las laudes, y aun más, y se me ha venido a la memoria lo que mi amo el ciego me dijo en Escalona estando asido del cuerno. Aunque de verdad siempre pienso que el diablo me lo trae a la memoria por hacerme malcasado, y no le aprovecha.

Porque, allende de no ser ella mujer que se pague destas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá. Que él me habló un día muy largo delante de ella, y me dijo: "Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas, nunca medrará. Digo esto porque no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir de ella... Ella entra muy a tu honra y suya. Y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho."

"Señor -le dije-, yo determiné de arrimarme a los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun, por más de tres veces me han certificado que, antes que comigo casase, había parido tres veces, hablando con reverencia de vuestra merced, porque está ella delante."

Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros. Y después tomóse a llorar y a echar maldiciones sobre quien comigo la había casado. En tal manera que quisiera ser muerto antes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca más en mi vida mentarle nada de aquello, y que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese, de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes.

Hasta el día de hoy, nunca nadie nos oyó sobre el caso; antes, cuando alguno siente que quiere decir algo della, le atajo y le digo:

"Mira: si sois amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar. Mayormente si me quieren meter mal con mi mujer. Que es la cosa del mundo que yo más quiero, y la amo mas que a mí. Y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco. Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo. Quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él."

Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Esto fue el mismo año que nuestro victorioso Emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos, como vuestra merced habrá oído. Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.

De lo que de aquí adelante me sucediere avisare a vuestra merced.

Fin



La parodia del héroe: El Quijote.

A partir de la conquista de América, España -convertida en el reino más poderoso de Europa- vive un momento de esplendor. Pero, pronto, sobreviene la crisis política y económica. Sin embargo, en el campo de las artes, el país se ha transformado en un verdadero centro cultural. Es este centro, nace la obra que cambiará el rumbo de la literatura: *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, del escritor Miguel de Cervantes Saavedra.

Este autor supo reflejar, en su obra, la angustia y la inestabilidad del hombre del siglo XVII. Muchos otros escritores de su tiempo también lo hicieron: su poesía y su teatro se estudiarán en el próximo capítulo. En este, por su parte, se verá cómo España pasa del Renacimiento al Barroco y cómo se desarrolla, entre ambos, el Manierismo. Formado en este último e influido por el Renacimiento, Cervantes da claros toques barrocos a su obra cumbre. Su protagonista no sólo puede verse como una imagen burlesca del viejo caballero andante, sino como un verdadero héroe que marca el camino de la ficción moderna.

Cervantes, un crítico de su época.

"A medio camino entre Felipe II y Felipe III, conocedor de la gloria del Imperio y los achaques de la decadencia, se erigen la vida y la obra (...) de Miguel de Cervantes. Frente al irracionalismo barroco, aún resuenan en los escritos cervantinos los últimos latidos del humanismo renacentista, ocultos, eso sí, bajo los velos de la Contrarreforma (...) Irónicamente sutil, Cervantes expresa mejor que nadie la angustiosa percepción de la crisis de España y ese repliegue interno hacia los valores deshumanizados del pasado que él achacaría en el Quijote a la acción de duques, curas, bachilleres (...) Al caminar por las tierras españolas, el caballero de la Mancha descubre el doloroso conflicto entre la realidad y la bambolla en el turbio ambiente de la decadencia y Alonso de Quijano (descubre) la lucha afirmativa del individuo contra una sociedad hostil, opresiva y alienante. Acometiendo al molino de viento- gigante del Imperio, vacío de contenido humanista, emerge el héroe cervantino que crea su propio mundo-refugio, alejado del real por agresivo, cerril y corrupto. Nace así la profunda humanidad de don Quijote"

España entre los siglos XVI y XVII

En 1605, el público conoció la primera parte de un libro que, enseguida, fue un suceso, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes (1547-1616). En 1615, apareció su segunda parte, que también disfrutó de un gran éxito.

Por las fechas, el contexto histórico de la obra es el del reinado de Felipe III (1598-1621). Sin embargo, su circunstancia pertenece al gobierno del anterior rey, Felipe II (1556-1598), padre de aquel. En efecto, fue justamente al final de este reinado cuando la novela comenzó a gestarse, sin descartar, por supuesto, que algunos de los acontecimientos, casi históricos están comprendidos en el siglo XVII.

El reinado de Felipe II

Felipe II heredó de su padre Carlos V un vasto y poderoso imperio. España y los territorios que le pertenecían (entre los principales, se hallaban los de Italia, América y Países Bajos); en cambio, el Imperio Germano fue entregado al tío de Felipe, Fernando. Felipe heredó también un ideal, producto de una época y de una particular historia (la Reconquista), que seguía, de algún modo, estando presente: la unidad imperial, el nuevo monarca también tuvo que encargarse de diversos problemas limítrofes y de una deteriorada economía que condujo al reino a varias bancarrotes.

El problema de la religión fue fundamental para Felipe, que deseaba la salvación de las almas y la defensa de la cristiandad, amenazada desde hacía siglos por los moros y, recientemente, con el advenimiento de la Reforma, por los protestantes. Para salvaguardar sus convicciones, se valió del poderoso instrumento de la Inquisición, que transformó su reinado al marcarlo con el signo de la intolerancia. Ideológicamente, se propagaron, durante este y el siguiente gobierno, las ideas de la Contrarreforma, respuesta de la Iglesia católica al Protestantismo, como un intento de hacer renacer la cultura tradicional cristiana (pureza en el clero- bastante corrompido entonces-, moral férrea e ideales ascéticos y místico), que abarcó varias páginas literarias.

En el plano político, España, por su misma grandeza, debió afrontar numerosos conflictos, entre los que se destacaron: la lucha contra el Protestantismo en los territorios de Flandes (con el apoyo de Francia); los enfrentamientos con Portugal (finalmente, anexado) y contra el Imperio Turco; y por último, la derrota de la Armada Invencible por los ingleses, lo que, en oposición a lo que se deseaba, marcó el comienzo de la decadencia del imperio hispánico.

En el interior del país, tampoco hubo tranquilidad: las ideas de la Reforma estaban penetrando peligrosamente a través de la frontera con Francia; y los moriscos, habitantes de la costa española, eran una fácil y temible puerta de acceso para los turcos. Todos estos problemas, sumada la deficiencia económica, contribuyeron a fortalecer una postura enérgica del rey. Las obras literarias reflejan reflejan a su modo, los momentos de tensión que se vivieron.



La decadente transición: Felipe III.

Después de Felipe, subió al trono su hijo, Felipe III. Durante su reinado, nuevos problemas se sumaron a las dificultades del período anterior. Hubo tres devastadoras pestes, consecuencia de la pérdida de las cosechas y del hambre que esto acarreó. Además, se redujo el caudal de plata y oro traída con los centros financieros e industriales de Europa.

Felipe III- que no había heredado el fuerte carácter de su padre- decidió, llevado en gran parte por su pereza, realizar dos cambios bastante desafortunados para su reinado. Uno de ellos fue colocar en un puesto clave, como privado del rey, a Francisco Gómez de Sandóval, duque de Lerma, el otro fue deshacerse de los honestos hombres de confianza de su antecesor.

El favorito del rey, quien realmente tomó las riendas del poder, distaba mucho de ser una persona con principios sólidos. Por el contrario, tiñó su gobierno de corrupción, llevado por su ambición desenfrenada de poder y riquezas. Además, reforzó la posición de la alta nobleza (que Felipe II había logrado someter), formando un círculo de cortesanos tan indolentes como él mismo. Carecía de un plan de gobierno y alejó a las mejores "cabezas" del país.

El distintivo de la política internacional del reinado de Felipe III fue el de la quietud, una política pacifista para tratar de reducir los gastos, que ya sobrepasan notoriamente a los ingresos. Sin embargo, fue una actitud errónea e inconveniente, pues no se tuvo en cuenta, o importó muy poco, el deterioro de la imagen que esto significó para la, entonces, potencia mundial que era España. Esta crisis condujo a que la política española se fraccionará en dos: por una parte, la España "oficial" (la de los hombres del gobierno) y, por otra, la España "tradicional", que estaba conformada por los hombres -algunos de ellos, escritores famoso- contrarios al poder oficialista.

La sociedad española del siglo XVII

Esta época de transición se originó en una grave crisis política, social y económica que generó angustia e inestabilidad en el hombre del siglo XVII, lo que lo hizo consciente del estado de decadencia en el que estaba viviendo. Sujeto a desigualdades sociales cada vez mayores, se desarrolló una estructura jerárquica muy definida.

1. De una parte, se encontraban la aristocracia, los nobles y el alto clero, que gozaban del respeto de sus súbditos y de la franquicia de no pagar impuestos;
 2. En el otro extremo, se encontraban la aristocracia, los pecheros (los que pagaban los impuestos), que eran pobres campesinos, arrieros, labradores, pastores, jornaleros, entre otros;
 3. Entre ambos estratos, se encontraba el estado llano (clérigos, estudiantes, comerciantes, etc.)
- No obstante, a pesar de la tajante división entre ricos y pobres, la clase pobre no era marginada. La marginación social se consideraba desde otro aspecto: el de la intolerancia religiosa, que hizo surgir el concepto de "limpieza de sangre" a favor de los "cristianos viejos", es decir, de quienes no tenían en su familia antecedentes de otra religión.

Guía de lectura:

1. Describan los problemas que heredó Felipe II junto con la corona española.
2. ¿Cuál fue el objetivo principal de la gestión de Felipe II? ¿Cómo se dispuso a lograrlo?
3. Describan en qué condiciones se encontraba el reino cuando subió al trono Felipe III.
4. ¿Cuáles fueron los desaciertos del reinado de Felipe III?
5. Determinen las características de la sociedad española del S XVII.

La cultura en la España de Cervantes

Desde el punto de vista histórico y social de la época, la novela de Cervantes se encuentra encasillada en un momento de transición. Lo mismo sucede -por lo menos, con la primera parte del Quijote- desde el punto de vista artístico. En efecto, esta obra se encuentra entre el Renacimiento, del cual Cervantes reelabora algunos géneros, y el Barroco, al que adhiere el autor posteriormente. Entre ambos movimientos, se halla el Manierismo como un estilo episódico, es decir, una corriente histórica de transición.

El Manierismo

La corriente manierista fue, ante todo, un fenómeno de una época turbulenta, pues surgió con los primeros brotes de la crisis religiosa europea, cuando los sueños de la "universalidad cristiana" comenzaron a resquebrajarse ante el avance de la Reforma de la Iglesia luterana. Cuando la Iglesia tomó conciencia de su situación, promovió la Contrarreforma, movimiento que encontró en el arte el mejor medio para la divulgación de su doctrina e ideales, nuevos y purificados. Estos fueron expresados, principalmente, en el arte manierista y alcanzaron su madurez durante el Barroco.

El Manierismo como movimiento de transición participó de variadas corrientes -gótica, renacentista y barroca incipiente- a las que readaptó y modificó según sus nuevos esquemas de valores. Surgió en el seno



del Renacimiento y se diferenció de él, porque interpretó de manera más persona, la Antigüedad clásica y la naturaleza, lo que le otorgó al movimiento un marcado **carácter anticlásico**.

Las formas manieristas son **complejas y carecen de homogeneidad**: por eso, generan confusión. En el campo arquitectónico, por ejemplo, el edificio que mejor representa este estilo es el monasterio de San Lorenzo de la Victoria, conocido como **El Escorial**, de cuya construcción estuvieron a cargo, primero, Juan Bautista Toledo y, luego, el famoso arquitecto Juan de Herrera.

La representación del hombre.

Hacia el final del Manierismo, se impusieron los preceptos del círculo artístico romano de la escuela de Miguel Ángel Buonarroti. Así, se privilegió la **monumentalidad de la figura humana**, la que se observa en esculturas de gran volumen. De esta representación del hombre, se sirvió la Iglesia para difundir su fe y sus ideales. La pintura también se transformó en un instrumento óptimo para transmitir las ideas del catolicismo por medio de imágenes que expresaran dolor y apasionamiento.

En la literatura, la **idea de desorden y desequilibrio** propia de las artes plásticas se presenta mediante el alma de los personajes. Así, don Quijote por ejemplo, tan pronto es loco como inmediatamente vuelve a la cordura y vive en una tensión permanente entre su fantasía y la realidad que trata de cambiar. Pero la novela de Cervantes no tiene solamente rasgos manieristas también aparecen en ella elementos propios del movimiento en el cual desembocó el Manierismo: el **Barroco**.

El Barroco

El rasgo que suele definir, en forma más acertada, al movimiento Barroco es la lucha de contrarios. La oposición de elementos genera una tensión en la obra que la aleja totalmente de la armonía y del equilibrio renacentista. No es casual que el juego de opuestos constituya un rasgo casi definitivo pues refleja las inquietudes existenciales por las que atravesaba el hombre del siglo XVII.

Los contrastes más utilizados en las obras barrocas son: vida-muerte; humano- divino; sueño-realidad; ilusión-desengaño; luz-sombra (en términos pictóricos) verdad-mentira; eternidad-temporalidad. En el *Quijote*, por la antítesis se presenta ya desde la famosa pareja de los protagonistas. Allí se destacan, también, otras contraposiciones: valentía-cobardía y espiritualidad-materialidad. Asimismo, es precisamente el carácter vacilante de estos personajes lo que les confiere una mayor humanidad.

El Barroco es también arte de lo artificial, pues coloca las ideas del arte por encima de la naturaleza que trata de embellecer, contrariamente a la simple imitación renacentista. Este efecto se logra por medio de la estilización, gracias al uso de recursos, como el hipérbaton, las metáforas, el color y la abundancia de figuras mitológicas.

No obstante, así como, por un lado, se embellece la naturaleza; por otro, el arte representa también lo feo y lo grotesco (introducidos ya con el Manierismo), aspectos relacionados con la visión realista de la vida en la que conviven lo bello y lo monstruoso. Así, por ejemplo, el pintor Diego Velázquez incluyó, en *Las meninas* una sirvienta enana junto a la princesa; y Cervantes ubicó, en el *Quijote*, personajes femeninos muy bonitos junto a otros que sobresalen por su vulgaridad y tosquerad.

Una introducción al *Quijote*

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha transita entre el ideal caballeresco que defiende su **protagonista y la realidad que se impone**; es decir, entre el idealismo manierista y el realismo barroco. Así, la novela de Cervantes ofrece un cuadro vivo de la sociedad del siglo XVII, entre sorprendentes contrastes. Sin embargo, la pintura del autor no es gratuita; tiene un propósito que se aclara en el prólogo de la primera parte: "...esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías...". Así, Cervantes ha creado una obra literaria para referirse, con ánimos combativos, a otras obras literarias, esto es, para **desprestigar los libros de caballerías** por su falta de verdad, su **inverosimilitud**, tan contraria a los ideales barrocos contrarreformistas.

Lo crítica a los libros de caballerías.

En la época de Cervantes, los libros de caballerías reflejaban, anacrónicamente, la pervivencia de un mundo heroico con leyes, vestimentas, divisiones jerárquicas y costumbres de la Edad Media, los cristianos caballeros medievales, combatían con monstruos, contra gigantes y toda clase de maleficios para reconocimiento de sus pares y el amor de su dama. No es extraño: se trataba de una literatura de **evasión**. En efecto, se huía de los conflictos por los que atravesaba el hombre del siglo XVII. Este género alcanzó su mayor difusión en el siglo XV con la aparición de la imprenta. Pero, desgraciadamente, el mero éxito llevó a numerosos autores a producir, a diestro y siniestro, **obras de pésima calidad**, llenas de **aventuras disparatadas**. Por eso, en contra de estas obras, nació una crítica literaria y moralizante.

Ningún juicio resultó tan original, certero y efectivo como lo fue el de Cervantes por medio de su *Quijote*, ya que el autor elaboró un **texto del mismo estilo** que el de los libros de caballerías, pero transformado por el recurso de la **parodia** (recurso que consiste en imitar con sentido burlesco). Así, en el



Quijote, se parodia al mismo protagonista, su caballo, su armadura, su amada, el escudero, el protocolo de armarse caballero, las aventuras, el supuesto autor y el estilo. Sería erróneo, de todos modos, simplificar esta novela como una gran parodia, pues la comicidad, que prevalece en un principio, se va desdibujando a medida que el personaje se ennoblecen y que sus ideales adquieran solidez.

La crítica de Cervantes a los libros de caballerías se realiza desde la misma construcción del texto. Este se compone de una **yuxtaposición de episodios**, cada uno de los cuales se desvía hacia otro nuevo. Las numerosas aventuras son presentadas en diversos planos, que otorgan a la composición una profundidad semejante a la de un cuadro barroco.

1. En un primer plano, Cervantes introduce un **autor ficticio** del *Quijote*, un historiador árabe llamado Cide Hamete Benengeli. Así, parodia otro recurso muy usado por los libros de caballerías en los que se presentaba a un misterioso autor, que había hallado un manuscrito de la obra en un lugar lejano y en circunstancias maravillosas.
2. En otro plano, aparece el **traductor del texto árabe**, cuya traducción, a su vez, recoge Cervantes, quien se presenta asimismo sólo como recopilador de esta obra. Dentro de ella, están las numerosas aventuras del hidalgo manchego (quien, paradójicamente, desea ser un personaje de novelas de caballerías).

Cervantes a su vez, critica las novelas pastoriles de la época, que eran extensos relatos protagonizados por jóvenes pastores (idealizados, ya que no se ocupaban en absoluto de tareas rurales) que narraban las penas de amor en el marco de una naturaleza apacible y perfecta. También se critica a las novelas sentimentales las cuales relataban historias de amor platónico y analizaban minuciosamente los sufrimientos de la pasión amorosa.

La primera parte del *Quijote*

La primera parte del *Quijote* fue escrita en 1605. La acción principal de la obra se conforma en primer lugar, por las malparadas aventuras de don Quijote y en segundo orden, a partir del séptimo capítulo, por las de la famosa pareja del caballero con su rústico escudero. Unidas al eje principal, se encuentran las historias secundarias en dos niveles:

1. **aquellas cuyos personajes participan, de alguna manera, del nivel de realidad de la historia principal**, la de don Quijote, y que son: a) las cuatro historias amorosas (la de Cardenio y Luscinda, Fernando y Dorotea, El Capitán Cautivo y Zoraida, y doña Clara y don Luis), unidas por la relación que mantienen entre sí los personajes, que se convierten en narradores de sus propias historias, y b) los relatos pastoriles, cuyo principal exponente es la desgraciada historia de Marcela y Grisóstomo;
2. **La historia del "Curioso impertinente"**, presentada como una ficción dentro de la ficción del *Quijote*, ya que se trata de una novela hallada en la venta donde se encuentran todos los personajes. Los personajes de la historia del "Curioso impertinente" no se relacionan con los de la historia principal, puesto que están presentados como una creación literaria que, de omitirse, no alteraría el relato central.

La segunda parte del *Quijote*

El plan narrativo que Cervantes trazó para la segunda parte de su novela, que escribió en 1615, cambió por varios motivos. Por un lado, pasaron diez años desde la aparición de la primera parte y, en consecuencia, se observa una **mayor maduración narrativa**, influída por las críticas, favorables y no tanto, acerca de la obra anterior. Por otra parte, la aparición de un *Quijote* apócrifo -de otro autor, Avellaneda, presentado como una continuación de la primera parte de la novela cervantina- modificó el plan textual que Cervantes había prefigurado en su anterior creación.

Las historias que se intercalan aquí, a diferencia de la primera parte, de 1605, son más breves y están más relacionadas con la acción principal de los personajes que intervienen en ellas, lo que indica una mayor maduración de estos. Como en la parte anterior, esta es una supuesta creación de Cide Hamete, pero con la diferencia de que los **protagonistas**, en este caso, saben que se encuentran dentro de una historia famosa, lo que realza el realismo de las nuevas aventuras.

La estructura de este segundo *Quijote* tiene otra característica destacable. En un momento, durante la estadía en el palacio de los duques, las **historias de Sancho y de don Quijote se bifurcan**, ambos personajes se separan. Por un lado, Sancho debe encargarse del gobierno de la isla de Barataría. De este modo, cumple un sueño que constituyó el principal motivo de la relación con su amo. Por otro lado, don Quijote permanece junto a los duques, asumiendo la defensa de la hija de la dueña Rodríguez. Luego, de un modo simbólico, la historia del caballero y de su fiel escudero vuelve a unirlos para reemprender el camino de sus aventuras.



Estructura del Quijote.

Primera parte:

52 capítulos.

Primera salida... capítulos 2 a 5

Segunda salida... capítulos 7 al 52

Aventuras... 13 (trece)

Episodios intercalados... 7 (siete)

Salidas	ca pí tu lo	Asunto	Aventuras quijotescas	Tiempo de la acción	Lugar de la acción	Episodios intercalados
Primera salida. Don Quijote	1 2 3 4 5	Presentación del hidalgo Salida. Llegada a la venta Armazón de caballería Regreso a la aldea	1) de los arrieros 2) de Andresillo 3) de los mercaderes	Menos de una semana		
	6	Escrutinio de la biblioteca				
	7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22	Aparición de Sancho Aparición de Cidi Hamete Discurso de la Edad de Oro Encuentro con unos cabreros Llegada a la segunda venta Bálsamo de Fierabrás Mantenimiento de Sancho 6) de los rebaños 7) del cuerpo muerto 8) de los batanes 9) del yelmo de Mambrino 10) de los galeotes	4) de los molinos de viento 5) del vizcaíno.	Narración itinerante por los campos de Montiel		1) Historia de Grisóstomo y Marcela
Segunda salida. Don Quijote y Sancho Panza	23 24 25 26 27 28 29 30 31	Encuentro con Cardenio en Sierra Morena Penitencia de D. Quijote Partida de Sierra Morena Reaparición de Andresillo		Quince días	En Sierra Morena	2) Historia de Cardenio y Luscinda 3) Historia de Dorotea y D. Fernando
	32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45 46	Llegada a la venta Arribo de Fernando y Luscinda La infanta Micomicona Discurso de las armas y las letras Otros sucesos en la venta Final de la aventura del yelmo de Mambrino Don Quijote, enjaulado	11) de los cueros de vino		En la venta de Juan Palomeque, el Zurdo	4) Novela de El curioso impertinente 5) Historia del cautivo 6) Historia de D. Clara y D. Luis
	47 48 49 50 51 52	Críticas de libros de caballerías y comedias del arte nuevo Criticas de libros de caballerías y comedias del arte nuevo	12) de los disciplinantes	Viaje de regreso	En la aldea	7) Historia de Leandra y Eugenio



Segunda parte:

74 capítulos

Tercera salida: capítulos 6 a 74

Aventuras: 10 (diez)

Episodios intercalados: 6 (seis)

Salidas	ca pi tu lo	Asunto	Aventuras quiijotescas	Episodios intercalados	Lugar de la acción	Tiempo
	1 2 3 4 5 6	Preparación para la tercera salida			En la aldea	
	7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29	Partida Llegada al Toboso Encantamiento de Dulcinea Encuentro con el Caballero del Bosque Diálogo de Sancho con el escudero Victoria de don Quijote Encuentro con el Caballero del Verde Gabán En casa del Caballero del Verde Gabán Rumbo a las bodas	1) de los carros de la muerte 2) el Caballero de los Espejos 3) de los leones 4) de la cueva de Montesinos 5) del retablo de maese Pedro 6) del barco encantado	1) Bodas de Camacho 2) Los rébuznadores	Narración itinerante desde Montiel hacia Zaragoza	Tres meses
	30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40 41	Llegada al castillo Escena del labrador Diálogo de Sancho con la duquesa Conversación sobre Dulcinea encantada La dueña dolorida Sancho y doña Rodriguez La condesa Trifaldi	7) de Clavileño		En el castillo de los duques	



Sali-das	ca-pí-tu-lo	Asunto	Aventuras quijotescas	Episodios intercalados	Lugar de la acción	Tiem-po
	↑	42 Consejos de don Quijote a Sancho para gobernar la ínsula 43 Sancho, gobernador, y don Quijote con los duques 44 Altisidora 45 Sancho en Barataria 46 Gobierno de Sancho 47 Envío de regalos a Teresa Panza 48 Gobierno de Sancho 49 Carta de Teresa Panza 50 Fin del gobierno de Sancho 51 Encuentro de Sancho con el morisco Ricote 52 Reencuentro de don Quijote y Sancho 53 Partida del castillo ducal				↑
		54 8) del duelo con Tosilos		3) Historia de la hija de doña Rodríguez 4) Historia de la hija de D. de la Llama	En el castillo de los duques	
Tercera salida. Don Quijote y Sancho Panza		55 56 57 58 Encuentro con los Arcades Conocimiento de la aparición del falso Quijote de Avellaneda 59 60 Encuentro con Roque Guinart	9) de los toros		Narración itinerante hacia Zaragoza	
		61 62 63 Visita a las galeras 64 Vencimiento de don Quijote		5) Historia de Claudia Jerónima 6) Historia de Ana Félix y D. Gregorio	Narración itinerante hacia Barcelona	Tres meses
	↓	65 66 Don Quijote encuentra a Tosilos Don Quijote decide hacerse pastor 67 68 Nuevamente con los duques Altisidora revive gracias a Sancho 70 Partida del castillo 71 Desencantamiento de Dulcinea Encuentro con un personaje del Quijote falso 72 Llegada a la aldea 73 74 Testamento y muerte	10) del Caballero de la Blanca Luna			Regreso a la aldea

Los caminos del Quijote. Los caminos del Quijote.

Miguel de Cervantes Saavedra.

(Versión de Ángeles Durini)



1.ª Parte

~I~

Que trata de cómo un hidalgo pobre llegó a ser don Quijote de la Mancha

En algún lugar de la Mancha.¹ de cuyo nombre no quiero acordarme,² vivía, hace ya algún tiempo, un hidalgo³ pobre, huesudo y flaco, que compartía su casa con su sobrina y una criada. Este hidalgo se llamaba Quijada; o, a lo mejor, Quesada; o, más bien, Quejana, y se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo libros de caballerías, en los que se contaban las aventuras de los caballeros andantes. Tenía dos amigos: el cura y el barbero del pueblo, con los que discutía sobre cuál de todos aquellos caballeros que aparecían en los libros⁴ era el más valiente. Pero, desde lejos, el que más leía estas historias era nuestro hidalgo. Tanto leyó que pronto se le llenó la cabeza de encantamientos, de batallas, de amores y de disparates y así, llegó a creer que todas aquellas invenciones que estaban en los libros eran verdad, hasta el punto de volverse loco.

Y cuando estuvo totalmente loco, pensó que él mismo debía ser armado caballero para salir por el mundo a buscar aventuras peligrosas que lo hicieran muy famoso.⁵

Entonces sacó de un baúl las armas que habían sido de su bisabuelo, las reparó y las limpió; fue a buscar a su caballo, que estaba casi tan flaco y tan huesudo como él, y pensó en un nombre que resultara apropiado para el compañero de un caballero. Finalmente, tras mucho pensar, lo llamó Rocinante. Luego buscó cómo llamarse a sí mismo; al cabo de ocho días, decidió llamarse don Quijote; nombre al que le agregó el de su lugar de origen - como solían hacer los caballeros-, con lo que dio en llamarse don Quijote de la Mancha. Ahora, solo le faltaba buscar una dama de quien enamorarse, porque le parecía que un caballero andante sin amores era como un árbol sin hojas y sin frutos. Finalmente, se decidió por una campesina que vivía en un lugar cercano, de quien había estado enamorado hacía algún tiempo y que nunca había llegado a enterarse de su amor. La campesina se llamaba Aldonza Lorenzo, pero él la llamó Dulcinea del Toboso, porque le sonaba como un nombre más parecido al de una princesa.

~II~

Donde se cuenta la manera en que don Quijote fue armado caballero

Una madrugada, don Quijote salió de su casa con todas sus armas y, sin que nadie lo viera, se montó en Rocinante y salió al campo. Anduvo todo el día hasta que, al anochecer,

descubrió una posada y creyó que era un castillo. Cuando llegó, el posadero lo hizo pasar y le sirvió la cena ayudado por dos chicas. Le trajeron un bacalao mal cocido y un pan mugriento, pero a don Quijote le pareció que la comida era un manjar y que el posadero era el señor del castillo. Una vez terminada la cena, le pidió al dueño del lugar que al día siguiente lo armara caballero. El posadero se dio cuenta de que don Quijote estaba loco y, para divertirse, decidió seguirle el juego. Entonces le dijo:

-Yo mismo, cuando era joven, fui caballero y sé muy bien lo que es andar por el mundo buscando aventuras. Desde hace algún tiempo, me instalé en este castillo y doy hospedaje a todos los caballeros que andan por los caminos. Otra cosa, ¿usted trae dinero?

-De ninguna manera -dijo don Quijote-. Nunca leí que un caballero andante llevara dinero. -claro que los caballeros andantes llevan dinero. Lo que pasa es que los escritores no escriben esas cosas en los libros, pero de todas maneras, además de dinero, los caballeros llevan camisas y ungüento para curarse las heridas después de una batalla. También llevan un escudero que los acompaña a todos lados y que se encarga de transportar las cosas.

Luego de escuchar los sabios consejos del hombre, don Quijote llevó las armas al patio y las puso dentro de una piletta que había allí, para cuidarlas hasta que le llegara la hora de ser armado caballero. Al rato llegó un arriero y, para poder darle de beber a su mula, sacó las armas de don Quijote del lugar en donde estaban. Este último se puso furioso, agarró su lanza y le dio un golpe tan fuerte al arriero en la cabeza que lo tiró al piso. Había vuelto a poner las armas en la piletta, cuando llegó otro arriero que también quería darle agua a su mula. Al acercarse este último y tomar las armas de don Quijote para sacarlas, nuestro hidalgo lo atacó con toda su furia gritando que todos eran unos traidores. Al ver lo que pasaba, la gente de la posada comenzó a arrojarle piedras. Tanto los insultó don Quijote que la gente se asustó y dejó de hacerla. Al ver esta situación, el posadero se acercó a él y, antes de que se produjera otro desastre, le dijo que ya era el momento de armarlo caballero, porque había velado sus armas por más de dos horas. Allí nomás, trajo un libro en el que hacía las cuentas de la posada, una vela, y llamó a las dos chicas. Le ordenó a don Quijote que se arrodillara, abrió el libro de cuentas y, leyendo como si rezara, alzó la mano y le dio un buen golpe con la espada en el cuello.

Terminada la ceremonia, le trajeron su caballo. Las chicas le ciñeron la espada, le pusieron las espuelas, y don Quijote se apuró por montar a Rocinante y para salir en



busca de aventuras, no sin antes haberse despedido del posadero agradeciéndole muchísimo que lo hubiera armado caballero. Tanto deseaba el hombre que se fuera de una buena vez que ni siquiera le pidió que pagara la cuenta.

~III~

De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la posada

Don Quijote salió de la posada tan contento de haber sido armado caballero que la alegría le reventaba las cinchas del caballo. Había decidido seguir los consejos del posadero y volver a su casa para buscar dinero y camisas blancas, antes de largarse por los caminos en busca de aventuras. Y, además, debía conseguir un buen escudero.

Al rato de andar, se cruzó con un grupo de comerciantes y, en cuanto los tuvo cerca, se puso en el medio del camino y alzó la voz:

-¡Deténganse! No los dejaré pasar hasta que no confiesen que la emperatriz Dulcinea del Toboso es la más hermosa de todas las doncellas.

Al ver su locura, el comerciante más pícaro le contestó: -Señor, nosotros no conocemos a la tal doncella, pero si usted nos muestra su retrato, diremos que es la más hermosa, aunque esta señora sea tuerta o tenga un ojo supurante.

-¡Dulcinea no es ni tuerta ni le supura ningún ojo, canalla! -gritó don Quijote muy enojado y arremetió con la lanza contra el mercader que había dicho semejante cosa de su amada. Tuvo mala suerte, porque Rocinante tropezó, y los dos, amo y caballo, rodaron por el suelo. Los mercaderes aprovecharon que don Quijote estaba tirado y lo patearon en las costillas hasta cansarse y luego se fueron.

Así lo dejaron a don Quijote, muy lastimado. Pero nuestro caballero no se quejaba, sino por el contrario, estaba contento: le había sucedido una desgracia propia de los caballeros andantes y, además, el error no lo había cometido él, sino su caballo.

Al rato pasó un vecino que lo reconoció y, al verlo en ese estado calamitoso, lo acomodó en su mula, ató las armas sobre Rocinante y lo condujo al pueblo.

Mientras tanto, en la casa, la sobrina, la criada, el cura y el barbero conversaban muy preocupados, porque hacía tres días que no sabían nada del caballero.

En eso sintieron ruido en la puerta; era el hombre que traía sobre la mula a don Quijote maltrecho. Los de la casa salieron a recibirlo, lo ayudaron a bajar del animal y lo acostaron sobre la cama. Don Quijote les decía que venía de luchar contra diez gigantes,

con tanta mala suerte que se había caído de su caballo. Al escuchar semejantes disparates, el cura se convenció de que debían quemar todos los libros que lo habían vuelto loco.

Al día siguiente, el cura y el barbero fueron a lo de don Quijote y, junto con la criada y con la sobrina, entraron en la habitación en donde estaban los libros. Desde allí, los arrojaron por la ventana que daba al patio para quemarlos.

~IV~

De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha

Mientras estaban en esa tarea, don Quijote se puso a gritar, y entonces todos fueron a ver qué le pasaba. Allí estaba nuestro hidalgo, dando cuchilladas por todas partes. Lo metieron de nuevo en la cama y le ordenaron que guardara reposo. Esa misma noche, la criada fue al patio y quemó todos los libros. También mandaron a tapiar la habitación en donde habían estado la biblioteca. Cuando don Quijote se levantó, quiso entrar allí pero no encontró la puerta. La criada y la sobrina le dijeron que un encantador había venido, envuelto en una nube, y se había llevado los libros, con habitación y todo.

Durante quince días, el caballero se quedó tranquilo.

Aprovechó ese tiempo para convencer a un vecino de que lo acompañara en sus aventuras cumpliendo el rol de escudero; para convencerlo, le prometió que el día en que ganara una isla en alguna aventura, lo nombraría su gobernador. Sancho Panza -así se llamaba el vecino- se entusiasmó con la promesa; decidió dejar a su mujer y a sus hijos y seguir a don Quijote.

Don Quijote consiguió un poco de dinero, reparó sus armas maltrechas y avisó a Sancho el día y la hora en que se pondrían en camino. Una noche, sin despedirse de sus familias, salieron sin que nadie los viera. El caballero montado en Rocinante, y Sancho, en su burro, anduvieron por el camino hasta asegurarse de que ya no los encontrarían.

~ V ~

Que trata de la jamás imaginada aventura de los molinos de viento

En eso, por el camino descubrieron a lo lejos treinta o cuarenta molinos de viento. -Aquí tenemos una aventura, Sancho -dijo don Quijote-. ¿Ves aquellos gigantes? Voy a luchar contra ellos y los voy a matar para que no ataquen a nadie.



-¿Qué gigantes? -preguntó Sancho.

-Aquellos que se ven allí, esos de los brazos largos.

-Señor, esos no son gigantes sino molinos de viento, y lo que usted llama brazos son las aspas.

-Ah, se ve que no sabes nada de aventuras. Si tienes miedo, quítate de mi paso.

Don Quijote espolgó a Rocinante para que lo llevara más rápido. Su escudero iba a los gritos para que frenara, pero era inútil. Cuando don Quijote llegó a donde estaban los molinos, se levantó un poco de viento y las aspas comenzaron a moverse. Don Quijote se encomendó a su Dulcinea y luego arremetió, con la lanza en alto, embistiendo al molino que tenía delante. Las aspas dieron la vuelta, movidas por el viento, e hicieron trizas la lanza de don Quijote. Caballo y caballero quedaron rodando por el campo. Sancho acudió a socorrerlo lo más rápido que lo pudo llevar su burro. Allí estaba de nuevo, don Quijote maltrecho, convencido de que el mismo encantador que se había llevado la habitación con los libros, ahora había convertido a los gigantes en molinos.

Sancho lo ayudó a levantarse y a subirse sobre Rocinante; tomaron el camino principal porque, según don Quijote, por allí pasaba mucha gente y podrían encontrar más aventuras.

~VI~

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la posada que él imaginaba ser castillo

Después de andar un buen rato, descubrieron una posada que don Quijote creyó que era un castillo y, aunque Sancho le dijera que no lo era, él insistía, y la discusión no tuvo fin hasta que llegaron al lugar. El posadero le preguntó a Sancho qué le había pasado a su amo que venía medio maltrecho. Sancho le dijo que no había sucedido nada de importancia. La mujer y la hija del posadero ayudaron a don Quijote y le curaron las heridas.

En la posada también trabajaba una mujer asturiana, llamada Maritornes. La joven era ancha de cara, no tenía cogote, su nariz chata, era tuerta, petisa y medio encorvada, pero a don Quijote le pareció que era la hija del señor del castillo y que se había enamorado de él. Ella fue la encargada de hacer las camas para los nuevos huéspedes, en una habitación en donde también dormía un arriero. Mientras hacía su tarea, don Quijote le explicaba lo que era ser un caballero andante. Ya se había hecho tarde y todos se habían ido a dormir, cuando el caballero la tomó de una muñeca, la sentó a su lado y le dijo que no podía

corresponder a su amor, porque estaba comprometido con Dulcinea del Toboso. Maritornes intentaba deshacerse de don Quijote; el arriero, que estaba durmiendo muy cerca, escuchó los forcejeos de la joven y, al ver que don Quijote no la dejaba ir, se levantó y le encajó un puñetazo en la cara, tan fuerte que le bañó la boca en sangre. Despues se subió encima de sus costillas y la cama se vino abajo. El ruido fue escuchado por el posadero que se acercó a los gritos. Al oír a su amo, Maritornes se apuró por meterse en la cama de Sancho que, al sentir aquel peso encima de él, pensó que era una pesadilla y se puso a dar puñetazos. Maritornes también comenzó a pegarle a Sancho. El arriero acudió a ayudar a la dama, y el posadero, cuando vio a su criada en el medio de la lucha, también se acercó para castigarla. Así que el arriero le daba a Sancho, Sancho a la chica, la chica a él y el posadero a la chica, hasta que se apagó la vela que había traído el posadero y todos se dieron contra todos.

A la mañana siguiente, después de esa noche tan agitada, don Quijote hizo una mezcla con aceite, vino, sal y romero: un supuesto bálsamo[»] que curaba los malestares y las heridas. Luego de haberlo tomado y de haber vomitado, el caballero y su escudero se prepararon para seguir camino. Don Quijote ensilló su caballo y se acercó al posadero para agradecerle las atenciones que había recibido en el castillo. El posadero le dijo que aquello no era un castillo, sino una posada y que debía pagar la cuenta. Don Quijote quedó muy asombrado de lo que el hombre le decía; no le pareció justo que le cobraran a un caballero andante y se retiró del lugar. Entonces el posadero se dirigió a Sancho para que le pagara, pero el escudero también se negó.

En esta ocasión, Sancho tuvo mala suerte, porque en la posada se encontraban varios hombres a los que les gustaba hacer bromas y que, al ver la escena, se le acercaron y lo bajaron del burro; lo subieron sobre una manta y comenzaron a levantarla en alto mientras gritaba a más no poder.

Los gritos llegaron a oídos de su amo, quien volvió a buscarlo. Y, de no haber estado tan enojado, se hubiera reído de verlo volar tan alto; pero como sí lo estaba, comenzó con los insultos. Los hombres siguieron haciendo volar hasta que se cansaron y, en cuanto lo dejaron, Maritornes le llevó una jarra con agua, pero Sancho le pidió vino. Luego de beber, salió de allí muy contento por no haber pagado. En realidad, habían pagado sus espaldas y sus alforjas.[»] ya que el posadero se había quedado con ellas, aunque Sancho todavía no se había dado cuenta debido al el mareo que tenía.



~VII~

De lo que le sucedió al famoso don Quijote en Sierra Morena

Caballero y escudero siguieron andando por el camino, hasta que un día se encontraron con cuatro guardias que custodiaban a unos presos. -¡Alto! -dijo Don Quijote apenas los vio-ó Esta gente no está aquí por su propia voluntad, sino que marchan obligados, por lo tanto, deben darles la libertad. Como los guardias se burlaron de don Quijote, el caballero sacó su lanza y comenzó a pelear; ocasión que aprovechó uno de los presos, el famoso ladrón llamado Ginés de Pasamonte para robar una escopeta y para apuntar a los guardias. Éstos salieron corriendo, y así los presos quedaron liberados. Entonces, Ginés, que era muy pícaro, guiñó un ojo al resto de los delincuentes y todos comenzaron a arrojarles piedras a don Quijote y a Sancho. No conformes con eso, antes de escapar, les robaron sus pertenencias. Y allí quedaron:

Sancho, medio desnudo, y don Quijote, muy triste.

Más tarde, el caballero montó a Rocinante, arrepentido de haber liberado a los presos, y Sancho lo hizo entrar en Sierra Morena, una montaña boscosa, para esconderse en el caso de que la justicia los buscara. Cuando estaban en el bosque, vieron pasar corriendo a un muchacho muy desgreñado y lo siguieron. Finalmente lo alcanzaron, y entonces el muchacho, algo sorprendido por la figura extraña de don Quijote, decidió conversar con ellos y les contó su historia:

-Mi nombre es Cardenio. Estaba muy enamorado de Luscinda y ella también me quería. Pero el duque Fernando, para quien yo trabajaba y con quien nos habíamos hecho muy amigos, me la robó. Antes de conocerla a Luscinda, Fernando había estado enamorado de una campesina llamada Dorotea, pero como era un Duque, sus padres no lo habían dejado casarse con ella. Entonces, cuando le presenté a Luscinda, aprovechando que yo había tenido que hacer un viaje, Fernando la pidió en matrimonio a sus padres, cosa que aceptaron enseguida porque él era muy rico. En ese momento, Luscinda me mandó un mensaje contándome todo. Llegué justo el día de la boda; entré medio escondido para ver la ceremonia y esperé que Luscinda hiciera algo, pero no lo hizo. Al final de la boda, se desmayó justo en el momento en que yo salía del lugar para internarme en esta sierra.

Cuando terminó de hablar, Cardenio salió corriendo. Al seguirlo, Don Quijote y Sancho entraron cada vez más en la montaña. Sancho comenzó a protestar porque quería volver, y entonces don Quijote le encomendó una misión:

-Ve hasta el pueblo de Dulcinea a llevarle una carta que ahora escribiré. Yo me quedaré haciendo penitencia" aquí, como acostumbran hacer los caballeros, mientras espero su respuesta. En doce años que la conozco, solo la vi cuatro veces y ella nunca me miró, porque su padre Lorenzo Corchuelo la tiene encerrada.

-¿La hija de Lorenzo Corchuelo es Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

-Esa es -afirmó don Quijote.

-La conozco muy bien -dijo Sancho-, tiene más fuerza que un muchacho. ¡Y yo que pensé que Dulcinea era una princesa! Pero déme usted la carta, que me voy. Don Quijote comenzó a escribirla y, al terminarla, se la leyó en voz alta a Sancho para que la aprendiera de memoria por si se le perdía. Sancho se montó en Rocinante para ir y volver más rápido.

~VIII~

Que trata del encuentro que tuvo Sancho y de la idea que tuvieron el cura y el barbero

Mientras don Quijote escribía el nombre de Dulcinea en la corteza de los árboles, Sancho buscaba el camino que lo llevaba al Toboso. En eso pasó por la puerta de la posada en donde lo habían manteado y no quiso entrar; justo en ese momento, salían de allí el cura y el barbero. Apenas vieron a Sancho, se dijeron el uno al otro:

-Dígame, ¿qué no es Sancho Panza, el que dijo la criada que se había ido con su señor como escudero? -Sí, es; y aquél es el caballo de don Quijote.

Entonces le preguntaron a Sancho por su amo, pero este les dijo que estaba ocupado en "cierta" parte y en "cierta" cosa de mucha importancia.

-Si no nos dices dónde está -dijo el barbero-, nos vamos a imaginar que lo has matado para robarle, porque vienes en su caballo.

-Yo no he matado a nadie. Mi amo quedó en la montaña porque quiso. Llevo una carta para su enamorada Dulcinea, que no es otra que la hija de Lorenzo Corchuelo. El cura y el barbero quisieron ver la carta, pero Sancho se dio cuenta de que se la había olvidado. Entonces intentó decirle de memoria para que el cura la transcribiera, pero se equivocaba todo el tiempo.

De pronto, al cura se le ocurrió una idea para hacerla volver a don Quijote: uno de ellos se disfrazaría de dama y el otro de su escudero, e irían a donde estaba para pedirle que



la liberara de un gigante. Para eso, don Quijote tendría que acompañar a la dama hasta donde ella lo llevase, que sería hasta su propia casa, y allí encontrarían algún remedio que lo curara de su locura. Al barbero le gustó la idea. La posadera los ayudó a buscar disfraces, y al rato salieron de la posada con la intención de ponérselos en el camino. Sancho los conducía mientras les contaba la historia de Cardenio, y los otros le daban indicaciones: Sancho debía decirle a don Quijote que había ido hasta la casa de Dulcinea, y que ella lo esperaba con los brazos abiertos.

Cuando llegaron al arroyo, el escudero les dijo que se disfrazaran y luego siguió camino; los otros dos quedaron a la espera de que Sancho trajera a don Quijote. En eso, escucharon a alguien que cantaba y que luego se ponía a llorar. Fueron a ver quién era y se encontraron con un muchacho que, por lo que había dicho Sancho, dedujeron que era Cardenio. Se pusieron a conversar; el cura iba a decirle unas palabras de consuelo, pero lo frenó otra voz que llegó a sus oídos. Alguien más se lamentaba.

~IX~

Sobre la nueva y agradable aventura que les sucedió al cura y al barbero en la sierra

Se levantaron y fueron a ver quién era el dueño de la voz y, detrás de una piedra, descubrieron a un muchacho que se estaba lavando los pies en el arroyo. Cuando el muchacho se quitó el sombrero, se soltaron unos cabellos muy largos y brillosos. Entonces se dieron cuenta de que el muchacho era, en realidad, una muchacha disfrazada, y salieron de su escondite para preguntarle quién era. Del susto, la muchacha salió corriendo, pero se tropezó.

-Deténgase, señora, que queremos ayudarla si lo necesita. Además, queremos saber por qué se viste de varón si es mujer.

Como vio que eran amables, la chica dejó de llorar y empezó a contar la historia de su vida:

-En Andalucía, mis padres trabajan y viven en el campo de un Duque que tiene dos hijos. Un día, me vio Fernando, el hijo menor del duque.

En cuanto escuchó el nombre de Fernando, Cardenio empezó a transpirar, pero se quedó quieto para seguir escuchando a la chica.

-Según lo que dijo, Fernando se enamoró de mí apenas me vio, pero mis padres me decían

que como él era un Duque, y mucho más rico que nosotros, nunca me iba a pedir en matrimonio. Pero una noche, se apareció en mi casa y me preguntó si quería casarme con él, aunque no volvió nunca más. Pocos días después, me contaron que se había casado con Luscinda, una chica muy hermosa de una ciudad vecina.

Cuando Cardenio escuchó el nombre de Luscinda, se puso a llorar, pero la muchacha siguió con su historia:

-Como esa noticia me dio mucha rabia, me fui hasta esa ciudad para tratar de encontrar a Fernando y para que me diera una explicación. En cuanto llegué y pregunté por la casa de Luscinda, la gente me contó lo que había pasado el día de la boda: apenas se había casado, Luscinda se desmayó; cuando le aflojaron el vestido para que tomara aire, encontraron un papel escrito con su letra que decía que no se podía casar, porque ya se había casado con Cardenio. Fernando se puso furioso y se fue; Luscinda les contó a los padres sobre Cardenio. También supe que Cardenio se hallaba en la boda y que salió de la ciudad desesperado, no sin antes dejar una carta en la que decía que se iba a un lugar en donde nadie lo pudiera encontrar. En cuanto pasaron unos días, también Luscinda desapareció.

Yo me propuse buscar a Fernando, ya que no se había casado, pero cuando escuché que se daría un premio a quien me encontrara, me escondí el cabello para parecer un varón y me metí en este bosque con la esperanza de que nadie me hallara.

~X~

Que trata de la hermosa Dorotea, y de cómo sacaron a don Quijote de la penitencia

La muchacha se calló; Cardenio se acercó y le preguntó si era la hermosa Dorotea.

-¿Quién es usted? ¿Cómo es que sabe mi nombre?

-le preguntó Dorotea, asombrada.

-Yo soy el desdichado Cardenio, a quien Luscinda llamó su esposo, y no la vay a dejar hasta que encontremos a Fernando y repare lo que ha hecho.

Dorotea estaba admirada. El cura les aconsejó que fueran con ellos a su aldea, que allí verían cómo buscar a Fernando o cómo llevar a Dorotea con sus padres, y ellos aceptaron. En eso llegó Sancho y dijo que don Quijote se encontraba flaco, amarillo y muerto de hambre, suspirando por Dulcinea, y que lo mejor sería que fueran todos para allá para ver cómo lo sacaban. El cura, entonces, contó lo que había planeado para hacer volver a don Quijote a su aldea. Dorotea se ofreció a hacerse pasar por princesa -aclaró que ella había



leído muchos libros de caballería, así que lo haría muy bien», y Sancho, embelesado por su belleza, preguntó al cura quién era ella.

-Esta hermosa señora -respondió el cura-, es la princesa Micomicona, heredera del trono del reino Micomicón,» y viene a pedirle a don Quijote, que se ha hecho muy famoso, que deshaga un agravio que le ha hecho un gigante.

Dorotea se acomodó en la mula; el barbero se puso una cola de buey como barba y le pidió a Sancho que los condujera hasta donde estaba don Quijote. El cura y Cardenio se quedaron esperando. En cuanto encontraron al caballero, Dorotea se bajó de la mula, se puso de rodillas delante de don Quijote y le pidió ayuda:

-Deberá matar a un gigante -aclaró Sancho- o Se lo pide la princesa Micomicona, que es a quien tiene allí delante, y quien viene del reino Micomicón.

Cuando don Quijote le prometió que la ayudaría, ella le rogó que la acompañara hasta su reino y que no se distrajera en ninguna otra aventura hasta no terminar con el traidor que le había usurpado el trono. Don Quijote quiso poner manos a la obra de inmediato, así que se pusieron en camino. En el arroyo, se encontraron con el cura y con Cardenio, y todos siguieron la marcha, mientras don Quijote le pedía a Dorotea que le contara bien de qué se trataba la cosa.

-Cuando mis padres murieron -dijo Dorotea-, el gigante Pandafilando me amenazó con sacarme del trono si yo no me casaba con él. Como yo no pensaba hacer eso, vine a España a buscar a un caballero andante que, según las profecías de mi padre, se llama don Azote o don Jigote.

-Don Quijote -aclaró Sancho.

-Eso es. Las profecías dicen que el caballero que matará al gigante será uno alto, flaco y con un lunar peludo debajo del hombro derecho.

Al escuchar lo del lunar, don Quijote quiso desnudarse para ver si lo tenía, pero Sancho le dijo que no era necesario; él sabía muy bien que tenía un lunar con esas características en la mitad del espinazo. A Dorotea le pareció suficiente prueba lo que dijo el escudero, más allá de dónde tuviera el lunar. Entonces don Quijote le contestó que se quedara tranquila, que él mataría al gigante.

Por el camino, nuestro caballero le preguntó a Sancho por su amada:

-¿Qué estaba haciendo Dulcinea cuando la fuiste a ver?

-Estaba limpiando trigo -respondió Sancho algo nervioso, ya que nunca había ido a verla. -

«Y qué te preguntó de mí?

-Ella no me preguntó nada -continuó mintiendo Sancha-. Pero yo le conté que usted se había quedado haciendo penitencia en las sierras, y ella me pidió que le dijera que se dejara de hacer disparates y que fuera lo más pronto posible al Toboso. Don Quijote le aseguró a Sancho que iría a verla apenas matara al gigante e instalara a la princesa Micomicona en su trono, y también le prometió que le daría la parte que le tocara como premio por su victoria.

Entonces el barbero gritó para que se detuvieran y comieran algo; Sancho se puso contento con la interrupción, porque ya estaba cansado de mentir tanto y tenía miedo de que su amo se diera cuenta.

~XI~

Donde se cuenta lo que sucedió en la posada

Al otro día, llegaron a la posada. Los recibieron muy bien y le prepararon una cama a don Quijote, que enseguida se fue a acostar, porque estaba deshecho. Los demás se quedaron hablando con el posadero sobre la locura de don Quijote y sobre los libros de caballería.

En eso, el posadero anunció que se acercaban cuatro hombres a caballo, con antifaces negros; una mujer vestida de blanco, también con la cara cubierta, y dos criados a pie. Al escucharlo, Dorotea se cubrió la cara y Cardenio corrió a esconderte en la habitación. En cuanto entraron, Dorotea se acercó a la joven para preguntarle si necesitaba algo, pero ella no contestó y suspiraba como si fuera a desmayarse.

-No se gaste en preguntarle nada -respondió el caballero, que parecía el más importante de los cuatro-, porque siempre responde con mentiras.

-¡Yo no digo mentiras! -protestó enojada la muchacha de blanco.

Cardenio escuchó la voz desde la habitación y gritó: -¡Válgame Dios! ¿De quién es esa voz?

La muchacha se sobresaltó y se levantó de la silla, dispuesta a ir a la habitación, pero el caballero la detuvo. Con este movimiento se le cayó el pañuelo que llevaba puesto en la cara, y también se cayó el antifaz que cubría al caballero. Al verlo, Dorotea dio un grito y se desmayó: había reconocido a Fernando. El cura le corrió el velo para ponerle agua, y allí Fernando vio su rostro y también la reconoció; casi se muere al verla. Cardenio salió de su escondite y se encontró con Fernando y con Luscinda. Todos permanecían mudos, sin



entender lo que sucedía. Dorotea despertó de su desmayo y miraba a Fernando. Fernando lo miraba a Cardenio, Cardenio a Luscinda y Luscinda a Cardenio. Al fin, Luscinda pudo hablar:

-Fernando, déjeme ir con mi verdadero esposo. El cielo lo ha puesto delante.

Dorotea dijo a Fernando:

-Aunque sea una humilde campesina, yo soy tu verdadera novia. Y seré tu verdadera esposa.

Fernando miraba a Dorotea, hasta que le dijo: -Querida Dorotea, lo que dices es cierto. Cardenio abrazó a Luscinda y Fernando abrazó a Dorotea. -Que vivan felices Luscinda y Cardenio, que yo rogaré al cielo vivir muchos años junto a mi Dorotea -terminó por decir, mientras contenía las lágrimas.

Luego Dorotea le contó a Fernando cómo había llegado hasta allí, y él le contó que había ido a buscar a Luscinda al monasterio^o en donde había estado encerrada y que la había sacado por la fuerza.

Sancho entró en la habitación de don Quijote para decirle que la princesa Micomicona era, en realidad, una muchacha llamada Dorotea. El caballero le respondió que todo lo que sucedía allí era cosa de encantamiento; se vistió y salió de la habitación. Fernando ya estaba al tanto de las locuras de don Quijote y quiso que Dorotea siguiera representando su papel. Así que, cuando don Quijote se acercó para decide lo que le había contado Sancho, la joven le aclaró que ella seguía siendo la princesa Micomicona. Entonces le propuso emprender la marcha al día siguiente, porque ya habían perdido mucho tiempo. Don Quijote se enojó con Sancho y Fernando tuvo que intervenir para que se calmara.

~ XII ~

Donde se sigue con la historia de la famosa princesa Micomicona

Esa noche, todos se disfrazaron para que el caballero no los reconociera y entraron en su habitación; se acercaron al hidalgo y le ataron las manos y los pies. Don Quijote se despertó sobresaltado, creyendo que esas figuras eran fantasmas. Luego trajeron una jaula que habían construido con palos y lo encerraron adentro de ella. Mientras lo llevaban en andas, el barbero, con voz temerosa, dijo:

-¡Oh, Caballero de la Triste Figura! Conviene que vayas en prisión para terminar más rápido la aventura contra el gigante. Ya ti, noble escudero, te digo que pronto se

cumplirán las promesas que te ha hecho tu buen señor. También te aseguro que tu salario te será pagado. Sancho, que había reconocido a los disfrazados, prefirió no decir nada a la espera de que fuera verdad lo del cobro de su salario; solo se inclinó y besó la mano de don Quijote. Después los hombres acomodaron la jaula sobre un carro tirado por bueyes.

Los posaderos, Fernando, Dorotea, Cardenio y Luscinda se despidieron de la comitiva. Los muchachos partieron, y luego salió don Quijote enjaulado, seguido por Sancho, por el cura y por el barbero.

~ XIII ~

De lo que le sucedió a don Quijote por el camino

En un alto que hicieron en el camino, sacaron a don Quijote de la jaula para que comiera con ellos. A lo lejos, venía una procesión. La gente traía una imagen de la Virgen, y don Quijote creyó que esa imagen era una señora real que llevaban a la fuerza aquellos hombres, entonces salió al galope sobre Rocinante para detenerlos. Los de la procesión largaron una carcajada, y uno de ellos empezó a pegarle con un palo. El caballero cayó al suelo y Sancho, al verlo tirado allí indefenso, le gritaba que lo dejara tranquilo, que era un pobre caballero encantado que no había hecho mal a nadie.

Como don Quijote no se movía, los hombres se asustaron y salieron corriendo. Sancho se tiró sobre el cuerpo, pensando que su amo estaba muerto y se puso a llorar. Pero don Quijote revivió y le pidió a su escudero que lo devolviera al carro encantado, porque él no podría subirse otra vez sobre Rocinante. Sancho, entonces, le propuso volver a la aldea y allí programar otra salida. El escudero pudo convencer a su amo, y los otros, contentos, ayudaron a meter de nuevo a don Quijote en la jaula.

Llegaron al pueblo un domingo al mediodía en el que la plaza estaba llena de gente. Todos se acercaban al carro y saludaban a don Quijote. Cuando este entró en la casa, la sobrina y la criada se pusieron muy contentas de verlo y enseguida lo recostaron sobre su cama. También acudió la mujer de Sancho, con muchas ganas de ver los regalos que su marido le habría traído, pero el escudero le dijo que todavía tendría que esperar para recibir algo. Antes de irse, el cura les recomendó a la sobrina y a la criada que cuidaran muy bien a don Quijote para que no se escapara de nuevo.

Hasta aquí llega la primera parte sobre las aventuras de don Quijote. El caballero hizo otra salida por los caminos, que le dio mucha fama, pero eso se contará en la segunda parte.



2.ª Parte

~I~

De las visitas que recibió don Quijote mientras recuperaba el juicio

Se cuenta, en el comienzo de la segunda parte de esta historia, que el cura y el barbero estuvieron casi un mes sin ver a don Quijote para no hacerle recordar las aventuras pasadas. Sin embargo, no por eso dejaron de visitar a su sobrina y a su ama que, en cuanto les comentaron que el hidalgo se hallaba más cuerdo, les dieron el permiso para hacerle su primera visita. Lo encontraron sentado en la cama y, apenas los vio, los saludó y conversó con ellos con mucho juicio; el cura, para comprobar la mejoría de don Quijote, comenzó a hablarle sobre libros de caballería. Enseguida, nuestro hidalgo se puso a comentar acerca de los caballeros andantes y se preguntaba si aquel era moreno o pelirrojo, o si el otro era alto o bajo. Al cura y al barbero les hacía gracia que su amigo describiera de esa manera a cada uno como si los hubiera visto.

En eso se escuchó un griterío: eran las mujeres que trataban de echar a Sancho que había venido de visita. Ellas le decían que tenía la culpa de que don Quijote hubiera salido a buscar aventuras, pero Sancho les aclaró que la cosa era al revés; que había sido don Quijote el que lo había convencido de salir de su casa, con la promesa de hacerla gobernador de una isla. El cura y el barbero se divertían mucho con la discusión, y don Quijote, al escuchar a su amigo, lo hizo pasar. Los otros saludaron y se fueron, con la sospecha de que en cualquier momento el hidalgo se escaparía de nuevo.

En cuanto se quedaron solos, don Quijote le dijo a Sancho con cierta tristeza:

-Me da mucha pena que digas que yo te saqué de tu casa cuando, en realidad, salimos juntos y juntos tuvimos las mismas aventuras.

Ahora dime qué es lo que has escuchado por ahí acerca de nosotros.

-Le contaré, pero no se enoje con lo que le diga.

-Claro que no me enojaré -le contestó don Quijote.

-La gente dice que usted está totalmente loco, y que yo soy un tonto. Pero si quiere saber todo lo que se dice de usted, puedo traer a alguien que se lo diga; anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar en Salamanca, y me contó que ya ha sido escrito un libro que cuenta nuestras aventuras: se llama El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. En él, además de a usted, me nombran a mí, a la señora Dulcinea del Toboso, y también figuran ciertas cosas que nos sucedieron cuando estábamos solos.

¿Cómo las pudo saber el historiador que las escribió?

-Seguro, Sancho, que el que las escribió debe de ser algún sabio encantador.

-No sé, pero si usted quiere que el estudiante de Salamanca venga a verlo, yo se lo traigo.

-Me gustaría muchísimo -respondió don Quijote.

-Entonces lo vaya buscar.

y Sancho se fue a buscar a Carrasco, para volver con él al poco rato.

~II~

De la charla que tuvieron los tres y de lo que pasó más tarde

El bachiller era amigo de hacer burlas; lo saludó a don Quijote como si en verdad fuera un caballero andante.

-¿Es verdad que escribieron mi historia? -le preguntó don Quijote, a lo que el bachiller respondió: -Claro que es verdad, señor; se han impreso más de doce mil libros y se han hecho un montón de traducciones. -Y dígame, señor bachiller, ¿qué hazañas más son las que más se ponderan en esta historia?

-Hay diferentes opiniones, pero una de las que más gusta es la aventura de los molinos de viento que a usted le parecieron gigantes.

-¿Y qué dicen de mí? -preguntó Sancho-. Por lo pronto, dicen que soy uno de los personajes principales.

-Lo que dicen de ti -respondió el bachiller-, es que eres un tanto crédulo en pensar que podría ser verdad que gobernaras una isla.

-Aún hay tiempo -dijo don Quijote.

-Apúrese, señor, que me vaya volver viejo de tanto esperar -dijo Sancho.

-Encomiéndalo a Dios, Sancho -dijo don Quijote.

Ya llegará el tiempo en que gobiernes. Señor bachiller, ¿el autor promete segunda parte?

-Sí, promete -respondió el bachiller.

-Que esté atento el señor historiador -dijo Sancho-, que yo y mi señor seguiremos con las aventuras. En realidad, ya tendríamos que estar de nuevo en campaña.

Cuando Sancho terminó de hablar, se escucharon unos relinchos de Rocinante. Don Quijote los tomó como de buen augurio y determinó que muy pronto saldrían otra vez. Le encargó al bachiller que no dijera nada para que los otros no molestaran. Carrasco así lo prometió (aunque sí le fue con el cuento al cura y, por su propio consejo, apoyó la salida



de don Quijote), y Sancho fue a preparar lo necesario para la partida. En ocho días, emprenderían el viaje. Sansón Carrasco le ofreció a don Quijote prestarle la armadura de un amigo. La criada y la sobrina, al escucharlo, le echaron maldiciones.

En cuanto pasaron los días acordados, sin que nadie los viese, salvo el bachiller que los acompañó un trecho, se pusieron en camino: don Quijote, sobre su Rocinante, y Sancho, sobre su burro, con las alforjas llenas y algo de dinero. Sansón les pidió que lo mantuviesen al tanto de sus aventuras y dio media vuelta; los otros siguieron camino al Toboso.

~III~

Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote cuando fue a ver a su señora

Dulcinea del Toboso

Después de andar toda la noche y parte del día siguiente, en cuanto se puso el sol, descubrieron la ciudad del Toboso. Esto alegró a don Quijote y entristeció a Sancho, que recordó que él nunca había visto la casa de Dulcinea, porque no le había llevado la carta que don Quijote le había encomendado cuando se encontraban en Sierra Morena. No sabía qué iba a hacer cuando su señor le ordenara que lo guiará hasta ella.

Pasadas algunas horas, entraron en el pueblo ya cuando todos dormían.

-Sancho, guíame hasta el palacio de Dulcinea- a lo mejor, la encontramos despierta -pidió don Quijote. -Señor -respondió Sancho-, no tiene un palacio sino una casa muy pequeña. Además, no es hora de visitas.

Sancho convenció al caballero de que buscaran un lugar en dónde pasar la noche. Al día siguiente, bien temprano, Él mismo saldría a buscar a Dulcinea. Cerca del pueblo, encontraron un bosque en donde se quedaron. Apenas amaneció, Sancho partió en su burro.

En cuanto se alejó, se bajó del animal, se sentó debajo de un árbol y se dijo a sí mismo: -¿Qué harás ahora, Sancho? ¿A dónde encontrarás a la princesa Dulcinea? ¿La has visto alguna vez? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás. Ahora bien: todas las cosas tienen remedio, menos la muerte. Mi amo está loco de **atar**, aunque yo estoy tan loco como él porque, como dice el refrán: "Dime con quién andas y te diré quién eres". Su locura le hace ver una cosa por otra, como cuando vio gigantes en vez de molinos; no será muy difícil hacerle creer que la primera campesina con la que me encuentre es la señora Dulcinea. Yo insistiré con que es ella, y pensará que un encantador le ha cambiado la

figura a su señora.

Sancho se quedó tranquilo con estos pensamientos y allí estuvo hasta la tarde, para que don Quijote pensara que había ido y vuelto del Toboso. Justo cuando se levanto para subir en su burro, vio que se acercaban tres campesinas en los suyos. Corrió a buscar a don Quijote; le dijo que se montara sobre Rocinante y que se apurara por ir a ver, porque Dulcinea, junto con dos doncellas, venía en su busca. Cuando salieron del bosque, don Quijote vio a tres campesinas, entonces le preguntó a Sancho a donde había visto a Dulcinea y a sus doncellas.

-¿Cómo a dónde? ¿No ve que son esas que vienen allí, resplandecientes como el sol del mediodía?

-Lo que yo veo, Sancho, son tres campesinas montadas en sus burros.

-¡Dios me libre del diablo! -respondió Sancho- o ¿Es posible que tres caballos blancos le parezcan tres burros? -Pues yo te digo, amigo Sancho, que yo veo tres burros, o, al menos, así me lo parece. .-

-¡Calle, señor! y venga a hacer la reverencia a su señora que ya se acerca.

Entonces Sancho se adelantó a recibir a las tres campesinas; se bajó del burro, tomó de las riendas al animal de una de ellas, se arrodilló y dijo:

-Reina, princesa y duquesa de la hermosura: reciba a su enamorado caballero, que allí está, hecho piedra, enmudecido por su presencia. Yo soy Sancho panza, su escudero, y él es don Quijote de la Mancha, también nombrado como el Caballero de la Triste Figura. Las mujeres se pusieron nerviosas al ver a esos caballeros tan raros y se mantuvieron calladas hasta que una de ellas dijo:

-Apártense del camino y déjennos pasar que estamos muy apuradas.

A lo que Sancho replicó:

-Oh señora del Toboso, ¿cómo no se enterece al ver arrodillado ante usted al más grande caballero?

Entonces otra de las dos dijo:

-Miren cómo estos señores se burlan de unas campesinas. Apártense del camino y déjennos tranquilas.

-Levántate, Sancho -dijo don Quijote-. El maligno encantador que me persigue me ha puesto cataratas en los ojos y ha transformado el rostro de mi amada en el de una campesina. Y sospecho que ella también me ve transformado a mí, para hacerme horrible



a sus ojos.

-Apártense de una vez -dijo una de las mujeres. Sancho se apartó, muy contento de que su plan hubiera salido bien. Las campesinas, entonces, se retiraron enojadas con don Quijote y con su escudero.

-Sancho, cómo me deben de odiar los encantadores que ni siquiera me dejaron ver a mi señora como es. Encima, la transformaron en una mujer muy fea y también le quitaron el buen olor, porque olía a ajo -dijo don Quijote, mientras Sancho contenía la risa. Despues siguieron camino y les sucedieron muchas cosas que s contarán en el capítulo siguiente.

~IV~

De la aventura con el bravo Caballero del Bosque

Don Quijote andaba triste por culpa de los encantadores que se habían burlado de él, y Sancho trataba de alegrarlo. Pasaron la noche debajo de unos árboles. Al poco tiempo de haberse quedado dormidos, un ruido despertó a don Quijote, que se levantó para ver quién venía: eran dos hombres a caballo. Estos se bajaron y se acomodaron en el suelo. Entonces nuestro hidalgo le dijo a su escudero:

-Sancho, date vuelta y allí verás tendido a un andante caballero; ahora saca su laúd⁴⁷ para cantar una canción. -Debe de ser un caballero enamorado -respondió Sancho luego de observarlo.

-No hay caballero que no lo sea -le dijo don Quijote.

Enseguida se escuchó una voz que comenzó a cantar: -ioh, la más hermosa mujer del mundo, Casildea de Vandalia. Todos los caballeros confiesan que eres la más hermosa; los del Norte y los del Sur, y también, los caballeros de la Mancha.

-Eso no -dijo don Quijote-, que yo soy de la Mancha y nunca podría confesar una cosa tan perjudicial para la belleza de mi señora; este caballero desvaría.

Cuando el Caballero del Bosque oyó que hablaban cerca de él, se puso de pie y los llamó:

-¿Quién anda allí? Pueden acercarse.

Don Quijote y Sancho así lo hicieron, y el caballero los invitó a sentarse. Enseguida lo reconoció a don Quijote como caballero andante y le preguntó si él también estaba enamorado. Don Quijote le respondió que sí y, mientras los dos caballeros se pusieron a conversar acerca de sus enamoradas, el escudero del Caballero del Bosque se acercó a Sancho y lo invitó a ir un poco más lejos para poder charlar tranquilos, mientras sus

señores se contaban las cuitas.

El Caballero del Bosque le dijo a don Quijote:

-Quiero que sepa que estoy enamorado de la hermosísima Casildea de Vandalia; ella me ha mandado a que recorra toda Europa y a que haga confesar a los caballeros que ella es la más hermosa. He vencido a muchos que se han atrevido a contradecirme, pero lo que más orgullo me da es haber vencido al famoso caballero don Quijote de la Mancha y haberle hecho confesar que mi Casildea es más hermosa que su Dulcinea. Al escucharlo, don Quijote se mantuvo tranquilo, pero le respondió:

-Seguramente habrá vencido a muchos caballeros; lo que me parece muy raro es que haya vencido a don Quijote. Lo más probable es que haya sido otro, a pesar de que no hay muchos que se le parezcan.

-¿Cómo me vaya a confundir? -dijo el Caballero del Bosque-. Claro que pelee contra don Quijote y que lo vencí. Es un hombre alto, con la cara flaca, su caballo se llama Rocinante, trae como escudero a Sancho Panza y está enamorado de Dulcinea del Toboso, antes llamada Aldonza Lorenzo, al igual que mi Señora, que por llamarse Casilda y ser de Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todo esto no basta para que me crea, aquí está mi espada.

-Tranquilo, caballero. El señor don Quijote es amigo mío y es como usted lo describe -respondió don Quijote-, pero como él tiene muchos enemigos encantadores, pudo haber sido que uno de ellos se haya hecho pasar por él. Pero aquí está el mismo don Quijote que confirmará con sus armas lo que acaba de decir.

-Esperemos la salida del sol para no pelear a oscuras

-dijo el del Bosque-. Como condición para nuestra batalla, el vencido deberá aceptar la voluntad del vencedor y tendrá que hacer lo que él le ordene.

Luego, los caballeros fueron a despertar a sus escuderos y les dijeron que tuvieran listos a los caballos para cuando saliera el sol, porque iba a haber una gran batalla. Como ya comenzaba a amanecer, fueron a buscar a los animales y, como se podía ver mejor, a Sancho le llamó la atención el tamaño enorme de la nariz del escudero del Caballero del Bosque. Como tremenda nariz le dio miedo, se subió a un árbol, ayudado por don Quijote. El Caballero del Bosque, también llamado de los Espejos -ya que traía una casaca con pequeños espejos-, estaba listo para arremeter, pero como vio que don Quijote estaba ayudando a su escudero a subirse al árbol, se frenó. Justo en ese momento, lo atacó



primero don Quijote, con tanta fuerza que lo tiró al suelo.

El Caballero del Bosque se quedó tan quieto que parecía muerto. Sancho se bajó del árbol, y su señor se bajó de Rocinante para ir a ver al herido y, cuando le quitaron el casco, vieron, con mucho asombro, el mismo rostro, la misma figura, el mismo aspecto que ... ¡el bachiller Sansón Carrasca!

-Mira, Sancho -dijo don Quijote-, lo que pueden hacer los encantamientos.

Sancho no dejaba de santiguarse y de pedir a su amo que le metiera la espada por la boca a ese que parecía el bachiller, así mataba al encantador. Don Quijote estaba a punto de hacerla, cuando lo frenaron los gritos del escudero del Caballero de los Espejos, quien aseguraba que ese era el auténtico bachiller Venía sin la nariz enorme; se le había caído y, en ese momento. Sancho lo reconoció como su vecino Tomé Cecial. '

En cuanto el de los Espejos volvió en sí, don Quijote le hizo confesar que Dulcinea era la más hermosa y que nunca habla vencido al caballero don Quijote de la Mancha. Luego de esto, se separaron. El Caballero de los Espejos y su escudero, de mal humor, y don Quijote y Sancho, muy contentos, se encaminaron a Zaragoza.

Esta aventura había sido planeada por el bachiller, junto con el cura y el barbero, antes de la partida de don Quijote. Lo que habían conversado entre los tres era que lo dejarían salir, ya que les había parecido imposible hacerle cambiar de idea, y que Sansón Carrasco saldría a su encuentro como caballero andante; entraría en batalla con él, le ganaría -cosa que les parecía fácil-, y entonces le ordenaría a don Quijote que volviera a su pueblo y que no saliera por dos años, mandato que cumpliría para no faltar a las leyes de caballería. Carrasco llevó como su escudero al vecino de Sancho Tomé Cecial, que se puso esa nariz para no ser reconocido.

La aventura resultó al revés, y el supuesto escudero terminó por volverse. El bachiller dejó que partiera, pero no sin antes decirle que se vengaría del Don Quijote

~V~

Donde se cuenta la gran aventura de la cueva de Montesinos

Por el camino, se hicieron amigos de unos estudiantes, y don Quijote les comentó que quería conocer la cueva de Montesinos una cueva de la que se contaban muchas maravillas. Uno de los estudiantes le dijo que un primo de él lo podía acompañar, porque era un gran lector de libros de caballería.

El estudiante fue a buscarlo, y el primo apareció montado en un burro, dispuesto a conducir a don Quijote a la famosa cueva. En una aldea que quedaba de camino compraron una soga muy larga y, al otro día a las dos de la tarde, llegaron al lugar. Ataron a don Quijote a la soga. Este dijo una oración y se dispuso a bajar, aunque primero tuvo que cortar con su espada las malezas que cubrían la abertura, de la cual salieron un montón de cuervos y de murciélagos. Una vez que vio que no aparecían más animales, comenzó a bajar mientras el primo y Sancho le daban soga. Don Quijote gritaba que le dieran más y más, y ellos de a poco se la iban tirando, hasta que la soga se acabó y dejaron de escucharlo. Esperaron media hora y comenzaron a recogerla sin sentir ningún peso, lo que les hizo pensar que don Quijote se había quedado dentro. Sancho se puso a llorar y tiraba de la cuerda con mucha prisa. En un momento, comenzaron a sentir peso nuevamente y, cuando terminaron de recoger la soga, vieron que allí estaba don Quijote, que se había quedado dormido. Lo tendieron en el suelo y lo despertaron, pero don Quijote no abría los ojos. Lo sacudieron y, al cabo de un rato, el caballero reaccionó como si se despertara de un sueño y dijo:

-Me han sacado de la vida más agradable que ningún humano haya vivido.

Sancho y el primo le pidieron que contara lo que había visto, pero antes don Quijote quiso comer algo, porque estaba muerto de hambre. El primo sacó las provisiones, y se sentaron los tres a comer. Cuando terminaron el caballero dijo:

-No se levanten y estén muy atentos.

Y comenzó a contar lo que le había sucedido en la cueva: -Cuando llegué a veinte metros de profundidad, hacia la derecha había un espacio en donde entraba un poco de luz, entonces me puse a caminar por allí; primero les grité que no me dieran más soga, pero no me debieron de oír, porque me seguían tirando, así que enrollé la cuerda, me senté en el rollo y me quedé dormido. En eso, me desperté en el más bello campo que había visto en mi vida. Un poco más allá, había un palacio con paredes de cristal, del que se abrieron dos grandes puertas, por las que salió un anciano que tenía una barba muy larga. Se acercó para abrazarme y me dijo: -Hace mucho tiempo que lo estamos esperando, caballero don Quijote de la Mancha. Los que estamos aquí queremos que cuente al mundo lo que encierra esta cueva. Yo soy Montesinos y le mostraré lo que hay aquí dentro. Entonces me condujo hasta el palacio, y en el trayecto nos cruzamos con varias personas que parecían estar encantadas. Montesinos me dijo que los había encantado Merlin y que todos



estaban esperando que, de alguna manera, yo los desencantara. ¿Cuánto tiempo estuve allí abajo?

-Poco más de una hora -respondió Sancho.

-Eso no puede ser, porque anocheció y amaneció tres veces. Debo de haber estado tres días.

-Como allá está todo encantado -dijo Sancho-, quizá lo que a nosotros nos parece una hora, allá son tres días. -Puede ser -dijo don Quijote.

-¿Y los encantados comen? -preguntó el primo.

-No comen -respondió don Quijote-, aunque les crecen las uñas, la barba y el cabello. -¿Y duermen? -preguntó Sancho.

-No. Al menos en los tres días que estuve con ellos, ninguno pegó un ojo, ni yo tampoco.

-Disculpe, señor, pero de todo lo que ha dicho, no le creo nada -dijo Sancho.

-¿Cómo no? -dijo el primo- o ¿El señor don Quijote estará diciendo mentiras?

-Yo no creo que mienta -respondió Sancho.

-Entonces, qué crees? -le preguntó don Quijote.

-Creo que Merlin o que cualquiera de los otros encantadores le metió en la cabeza todo lo que nos acaba de contar.

-Podría ser así, pero no lo es -dijo don Quijote-, porque todo lo que acabo de decir lo vi con mis propios ojos. Y también vi a tres campesinas que saltaban como cabras y, cuando me acerqué, reconocí a Dulcinea y a sus compañeras, las mismas que vimos a la salida del Toboso.

Cuando Sancho oyó decir esto, tuvo que contener la risa, porque sabía que había sido él mismo el que había inventado el encantamiento de la señora. Entonces le preguntó a su amo:

-¿Cómo es que reconoció a Dulcinea? ¿Le habló?

-La reconocí porque llevaba el mismo vestido que la otra vez que la vimos. Le hablé, pero no me respondió y salió corriendo. Quise perseguirla, pero Montesinos me dijo que ya era hora de volver a la superficie y que pronto me llegarían señales de cómo desencantar a los que allí estaban.

-¡Por Dios! -exclamó Sancho- o ¿Es posible que los encantadores hayan vuelto tan loco a mi señor? -Hablas de esa manera porque no sabes -dijo don Quijote-, pero ya te contaré más cosas de las que pasaron allí abajo, que te convencerán de que todo lo que dije es cierto.

~VI~

Del encuentro que tuvo don Quijote con una bella cazadora y de lo que pasó después

Un día, cuando nuestro caballero y su escudero salían de un bosque, se cruzaron con unos cazadores. Entre ellos, había una señora muy bien vestida a la que Sancho se le acercó para presentarle a su Amo. Al ponerse a conversar, la señora le dijo que ella conocía la historia del Caballero de la Triste Figura y que sabía que este estaba enamorado de Dulcinea del Toboso. Sancho corrió a contarle a don Quijote, y la señora corrió a contarle a su esposo; los dos habían leído la primera parte de las aventuras de don Quijote de la Mancha y tenían muchas ganas de conocerlo.

Don Quijote avanzó con su caballo y, cuando quiso bajarse de Rocinante, se enredó y quedó colgando de un pie con la cabeza para abajo. El Duque -el señor y la señora eran Duques- mandó a sus criados a ayudarlo. Finalmente, cuando don Quijote pudo acercarse, el Duque lo saludó con un abrazo y lo invitó a su castillo que, según dijo, era el lugar a donde invitaba a los caballeros andantes que se encontraba por los caminos. Entonces partieron hacia el castillo, y la Duquesa le pidió a Sancho que fuera junto a ella. El Duque se adelantó para explicar a los criados la manera en que tenían que tratar a don Quijote. Así, cuando llegaron, lo llamaban caballero andante y lo rociaban con perfume a medida que pasaba. Fueron muy bien cuidados en la casa de los Duques; Amos y criados seguían el juego de tratarlos como caballero y como escudero, y así los dos pasaron una temporada larga en aquella morada. La Duquesa conversaba mucho con Sancho, quien le contó que don Quijote le había prometido hacerla gobernador de una isla.

-El Duque no es caballero andante, pero no por eso deja de ser caballero -le dijo la Duquesa a Sancho-; él cumplirá la promesa de hacerla gobernador. Pero hablemos de don Quijote: ¿qué piensa usted de él?

-Lo que yo pienso del señor don Quijote es que es un loco de remate⁶⁰ -respondió Sancho-. Algunas veces, dice cosas muy sabias; pero otras, actúa como un tonto. Por eso me animo a decirle, por ejemplo, que una campesina es su amada Dulcinea, que luce así porque está encantada.

-Yo sé, de buena fuente, que la campesina que usted hizo pasar como Dulcinea frente a los ojos de don Quijote es realmente Dulcinea encantada -dijo la Duquesa-. Así que usted, buen Sancho, de creerse engañador pasó a ser el engañado.⁶¹

-Bien puede ser todo eso -respondió Sancho.



-Parece que los encantadores andan por aquí.

-Así debe de ser -dijo Sancho-o y yo que creí que la que había visto era una campesina. Pero si era Dulcinea, no es mi culpa; yo tengo muy buena fama como escudero, y si soy buen escudero, también seré buen gobernador.

-Vaya a descansar que después veremos cómo llegará a serlo -respondió la señora. La Duquesa fue a contarle a su marido lo que había charlado con Sancho, y entre los dos planearon hacerle una burla a don Quijote, que llegaría a ser muy famosa y que tendría estilo caballeresco.

~VII~

Que cuenta de cómo se desencantaría Dulcinea del Toboso

Uno de esos días, los Duques llevaron de caza a don Quijote y a su escudero. Cuando se encontraban en el bosque, comenzó a sonar una música y, al cabo de un rato, apareció un carro tirado por seis mulas cubiertas con lienzo blanco, y en cada una de ellas venía montado un hombre que llevaba una antorcha. En el carro, iba sentada en un trono una muchacha vestida de plata brillante y que traía el rostro cubierto con un velo transparente. Junto a ella, venía una figura tapada desde los pies hasta la cabeza con un manto negro. Cuando el carro llegó frente a don Quijote, cesó la música, la figura se destapó la cabeza y apareció la misma cara de la muerte. Don Quijote y Sancho se estremecieron. La muerte se presentó como el mago Merlin y dijo que, para desencantar a Dulcinea, Sancho debía darse tres mil trescientos azotes en el trasero.

-¿Qué tiene que ver mi trasero? -preguntó Sancho-. Si el señor Merlin no encuentra otra manera de desencantarla, la señora Dulcinea se irá a la tumba como está.

-Si tú no te das los azotes, te los daré yo -dijo enojado don Quijote.

-Así no vale -dijo el mago Merlin-, porque los azotes se los tiene que dar Sancho por su propia voluntad.

-¿Y por qué yo y no el señor? Él siempre la llama "mi vida, mi alma". ¿Azotarme, yo? Ni loco.

En cuanto Sancho terminó de hablar, la muchacha se levantó y se corrió el velo para dejar ver su cara; a todos les pareció hermosa. Con una voz algo extraña, dijo:

-Oh, mal escudero, tengo diecinueve años y me marchito debajo de la corteza de una campesina. Si ahora no lo parezco, es porque Merlin quiere que te enternezca mi hermosura. Deja de comer, que es lo único que haces, y ponme en libertad. Y si por mí no

lo quieres hacer, hazlo por ese caballero que está a tu lado, que tiene el alma atravesada en la garganta. Don Quijote se llevó las manos a la garganta y dijo:

-Por Dios, que Dulcinea ha dicho la verdad; aquí tengo el alma atravesada.

-¿Y, Sancho, qué dices? -preguntó la Duquesa.

-Lo que ya dije -respondió Sancho enojado-; de los azotes, nada.

-Amigo -dijo el Duque-, si no te das los azotes, no tendrás isla. Bueno sería que yo nombrase gobernador a alguien a quien no le importan ni las lágrimas de una muchacha ni los ruegos de los encantadores.

-Señor, ¿se me darían dos días para pensar? -preguntó Sancho.

-De ninguna manera -respondió Merlin-. Aquí y ahora tendrás que decidir. Termina de una vez; da el sí y déjate de embromar.

A lo que Sancho replicó:

-Digo que estoy contento de darme los tres mil trescientos azotes, siempre y cuando me los dé cuando yo quiera; también es condición que no esté obligado a sacarme sangre con los azotes y que, si algunos fueran suaves, también tendrían que ser tomados en cuenta. El señor Merlin deberá contarlos.

-Eso no será necesario, ya que, cuando llegues a los tres mil trescientos, la señora Dulcinea quedará desencantada y vendrá a buscarte para agradecerte -respondió Merlin.

-Acepto, entonces -dijo Sancho-, con las condiciones que han sido apuntadas.

Apenas consintió Sancho, comenzó a sonar de nuevo la música, y don Quijote se colgó de su cuello y le dio mil besos en la frente y en las mejillas. El carro empezó a irse mientras Dulcinea le hacía una gran reverencia a Sancho. Los Duques, alegres por el éxito de lo que habían planeado, se volvieron al castillo con el propósito de continuar con más burlas.

~VIII~

Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la condesa Trifaldi

En la casa del Duque había un mayordomo que fue el que actuó de Merlin y el que armó toda la aventura con la ayuda de un peón, al que puso en el papel de Dulcinea. Una tarde en la que se encontraban en el jardín, entraron doce doncellas y, detrás de ellas, venía una señora; todas llevaban el rostro cubierto.

-Señores poderosos -dijo la dama-o He venido hasta aquí porque ando buscando al valiente caballero don Quijote de la Mancha y a su escudero, Sancho Panza.



Don Quijote se levantó y dijo:

-Yo soy don Quijote de la Mancha y estoy dispuesto a ayudarla, respetable dama.

-Yo soy la duquesa Trifaldi y vengo del reino de Candaya.⁶³ A mi cuidado estaba la infanta Antonomasia que, al crecer, se enamoró del caballero Clavija y consintió en ser su esposa. Pero él era solo un caballero, mientras que ella era la heredera del trono. Entonces, para castigar el atrevimiento de don Clavija, apareció el gigante Malambruno, montado en un caballo de madera. El gigante era un encantador y convirtió a la infanta en una mona de bronce, y a don Clavijo, en un cocodrilo de metal. Entre los dos dejó un cartel que decía:

Estos atrevidos se quedarán con estas formas hasta que aparezca el famoso caballero de la Mancha para librarme una batalla contigo

El gigante también quiso castigar a todas las doncellas del palacio, y entonces comenzamos a sentir que se nos abrían los poros de las caras y que nos picaban como con puntas de agujas. Tocamos nuestros rostros con las manos y... La condesa Trifaldi y las doncellas se levantaron el velo de la cara, y los demás pudieron ver que los rostros tenían barba. Todos quedaron pasmados.

-¡Me pelaré la barba si no consigo pelar las tuyas! -exclamó don Quijote.

-Gracias, caballero -dijo la condesa Trifaldi-. Malambruno dijo que cuando encontrara al caballero de la Mancha, él enviaría un caballo de madera para buscarlos a él y a su escudero. El caballo vuela muy rápido, así que llegará antes de que se haga de noche.

-¿Y cómo se llama ese caballo? -quiso saber Sancho.

-Se llama Clavileño el Alígero, por ser de leño y tener una clavija en la frente que, al moverla, hace ir por donde uno quiera.

-El nombre me gusta -dijo Sancho-, pero pensar que tengo que subir a él es pedirle peras al olmo. Apenas puedo andar en mi asno y quieren que vuele sobre unas ancas⁶⁴ de madera.

-Es que si usted no va, no podremos hacer nada -se lamentó la Trifaldi.

-Yo solamente soy un escudero; mi señor puede ir solo, y yo me quedaré aquí con la Duquesa, mi señora. -Sancho hará lo que yo le mande, señora Trifaldi -aseguró don Quijote.

-¡Gigante Malambruno! -exclamó la Trifaldi-. Envíanos a Clavileño para que nuestra desdicha se acabe.

El lamento de la condesa hizo llorar a todos; también a Sancho, que, en su corazón, juró que acompañaría a su señor hasta el fin del mundo.

~IX~

De la llegada de Clavileño y del fin de esta aventura

Al llegar la noche, entraron cuatro salvajes vestidos de verde que llevaban sobre sus hombros un gran caballo de madera; lo pusieron en el suelo y uno de ellos invitó al caballero a subirse. Indicaron que el que se montara debía ir con los ojos tapados, y que cuando el caballo relinchara, sería señal de que el viaje había terminado. Luego de muchas protestas y de que les hubieran vendado los ojos, Sancho subió con don Quijote. Al caballero le tocó la clavija y, en cuanto la tocó, todos los presentes le dijeron que anduvieran con cuidado porque ya se encontraban muy alto. Les hacían aire con fuelles⁶⁵ para que creyeran que era el viento, y quemaban montoncitos de paja para que les diera calor y para que pensaran que estaban volando cerca del sol. Después prendieron fuego la cola de Clavileño, que tenía cohetes que hacían ruido y, al tronar los cohetes, don Quijote y Sancho fueron a dar al suelo, medio chamuscados.

En cuanto les destaparon los ojos, vieron que las criadas y que la Condesa se habían retirado, y que el resto de la gente se hacía la desmayada. A un lado del jardín, vieron una lanza clavada en el suelo con una nota que decía que el caballero de la Mancha había triunfado en la aventura con sólo intentarla; que la barba de las criadas ya había desaparecido, y que Antonomasia había vuelto a su estado normal.

Poco a poco reaccionaron los desmayados, el Duque abrazó a don Quijote, y la Duquesa le preguntó a Sancho cómo le había ido en el viaje.

-Yo sentí que íbamos por una región de fuego; aparté un poco el pañuelo de los ojos y vi que la tierra no era mayor que un grano de mostaza, y que los hombres que andaban sobre ella no eran más grandes que una avellana -respondió Sancho.

-Pero entonces un solo hombre habría de cubrir toda la tierra -dijo la Duquesa.

-Tenga en cuenta que volábamos por encantamiento

-replicó Sancho-, así que podía ver la tierra y a todos los hombres que por ella andaban.

-Yo no espié -dijo don Quijote-, pero me parece que, por lo que dice, Sancho miente o sueña.

-Ni miento ni sueño -respondió Sancho.

Entonces don Quijote se acercó al oído de Sancho y le dijo claramente:

-Sancho, túquieres que todos te crean lo que has visto en el cielo, y yo quiero que tú me creas lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no digo más.



~X~

De los consejos que le dio don Quijote a Sancho antes de ser gobernador y de cómo Sancho comenzó a gobernar

Los Duques quedaron muy contentos con la aventura de la Condesa y quisieron hacer más. Un día, el Duque le dijo a Sancho que se preparara para ser gobernador, porque los isleños lo estaban esperando. Al día siguiente, partiría para la isla. Cuando don Quijote se enteró, le dio unos cuantos consejos que, según dijo, eran para adornar su alma. Entre otras cosas, le dijo que obedeciera a Dios, porque así sería sabio y no se equivocaría en sus decisiones. También le aconsejó que fuera humilde y justo, con el pobre y con el rico, y que actuara con la razón y no con la pasión. Y para adornar el cuerpo, el caballero le aconsejó que se cortara las uñas y que fuera limpio; que no comiera ni ajo ni cebolla y que lo hiciera con la boca cerrada. Además, agregó que bebiera poco y que no eructara. Sancho escuchó los consejos con atención y procuró conservarlos en la memoria.

Luego condujeron a Sancho a donde iba a ser su isla. Mucha gente lo acompañó en el camino. Iba montado en un caballo y, detrás, venía su burro muy bien adornado. Por fin llegó a un lugar en donde vivían mil vecinos; le dijeron que se llamaba la isla Barataria. Salieron todos a recibirla y tocaron las campanas. Después le hicieron algunas ridículas ceremonias y le entregaron las llaves del pueblo; lo condujeron al sillón de mando y enseguida comenzó su gobierno. El mayordomo del Duque, que lo había acompañado, le dijo que debería resolver algunos conflictos entre sus gobernados. Entonces entraron dos hombres: un campesino y un sastre. El sastre decía que le había prestado diez monedas de oro al campesino, y que este nunca se las había devuelto. El campesino, a su vez, decía que sí se las había devuelto y, mientras lo afirmaba, le entregaba al sastre un bastón que tenía en la mano, quien se lo devolvía sin entender la situación,

Sancho pensó por un momento; pidió el bastón y se lo entregó al sastre, diciéndole que su deuda ya estaba pagada. Pero este protestó, ya que el bastón no valía diez monedas de oro. Entonces Sancho mandó a que rompieran el bastón, y allí estaba el dinero. El nuevo gobernador explicó que por esa razón el campesino decía que ya le había devuelto las monedas, porque le había entregado su bastón. Todos quedaron maravillados de cómo Sancho había resuelto el caso.

De esa manera, Sancho fue resolviendo con sabiduría cada problema que le presentaban. Pero no todo le resultó fácil; sobre todo, a la hora de comer. Cada vez que lo

sentaban frente a una mesa llena de manjares, se ponía a su lado un médico que, en cuanto le acercaban un plato, lo tocaba con su vara y entonces lo retiraban. Sancho no entendía por qué el médico no lo dejaba comer en paz, hasta que este le dijo:

-Yo soy el médico de los gobernadores de esta ciudad y cuido de su salud; mi trabajo es dejarlo comer sólo aquello que le conviene. Mandé quitar el plato de fruta porque me pareció que estaba demasiado húmeda, y el otro lo mandé quitar porque me pareció que estaba demasiado caliente. Así fueron pasando los días, y el gobernador se sentía muerto de hambre.

La séptima noche de su gobierno, Sancho se hallaba en la cama, muy cansado y dispuesto a dormir, cuando escuchó un ruido muy fuerte de campanas y de voces. Se levantó para ver qué pasaba y se encontró con un montón de personas que venían trayendo espadas.

-¡Tome las armas, señor gobernador, que han entrado enemigos y nos tiene que ayudar y que hacer de guía!

Sancho aceptó, pero le pusieron una armadura tan pesada que no podía moverse. Entonces lo llevaron en andas hasta que se cayó, y los otros le pasaron por encima. Los burladores gritaban y hacían como que luchaban. Cuando terminó la supuesta batalla, Sancho pidió que le sacaran la armadura y se fue en silencio a buscar a su burro; lo desató y dijo que volvería a su antigua libertad, que él no había nacido para gobernador.

El médico le pidió que no se fuera, que lo iba a dejar comer lo que quisiera, pero no lo hizo cambiar de opinión. Así que lo dejaron ir y le ofrecieron acompañarlo; pero lo único que Sancho quería era un poco de cebada para su burro, y pan y queso para él. Después se abrazaron para despedirse y todos quedaron asombrados por su firme determinación.

~XI~

Sobre la despedida del castillo de los Duques y sobre las cosas que les sucedieron en el camino

Antes de llegar a la casa de los Duques, Sancho se encontró con don Quijote, que había ido a dar una vuelta por el campo. Juntos, llegaron al castillo y Sancho dio cuenta de todo lo sucedido en su gobierno al Duque: había aclarado dudas, había mediado entre los gobernados y siempre había estado muerto de hambre por culpa del médico de la corte, así que volvía al servicio de don Quijote. Los Duques lo abrazaron y lamentaron que



hubiera dejado tan pronto su gobierno; la Duquesa ordenó a los criados que lo trataran bien y que le dieran de comer.

Don Quijote les pidió permiso a los Duques para partir, porque le pareció que ya era tiempo de buscar nuevas aventuras. Ellos accedieron con gran tristeza y, el día en que se iban, salieron todos a despedirlos. El mayordomo, que había hecho de la condesa Trifaldi, le dio doscientas monedas de oro a Sancho sin que don Quijote se diera cuenta. Una doncella de la corte, llamada Altisidora, cantó una canción de amor al caballero, y don Quijote dijo que él no tenía la culpa de que la chica se hubiera enamorado de él. La Duquesa le dijo que apurara su partida antes de que otras muchachas también se le enamoraran. Así que, luego de hacer una reverencia a los Duques y al resto, don Quijote tiró de las riendas de Rocinante y, seguido de Sancho arriba de su burro, salió del castillo rumbo a Zaragoza.

Por el camino, se encontraron con unas muchachas muy hermosas, que les contaron que se habían hecho pastoras y que vivían en aquel bosque junto con otra gente, importante y rica, que había creado un pueblo de pastores. Los demás se fueron acercando y varios de ellos los reconocieron porque habían leído el libro que contaba sus aventuras. Siguieron camino y, mientras descansaban junto a un arroyo, don Quijote le pidió a Sancho que terminara de una buena vez con los azotes, así Dulcinea se desencantaba; Sancho prometió que se los daría después de dormir.

Más tarde, llegaron a una posada y Sancho se puso muy contento de que don Quijote no la confundiera con un castillo. Esa noche decidieron cambiar el rumbo y pensaron que, al día siguiente, en vez de dirigirse a Zaragoza, irían a Barcelona.¹¹ Por el camino se hicieron amigos de unos ladrones que estaban al mando de un tal Roque Guinart, quien les dijo que tenía un amigo en Barcelona que los recibiría muy bien, ya quien le envió una carta para anunciarle la llegada del famoso caballero y de su escudero.

~XII~

De su entrada en Barcelona y de la aventura de la cabeza encantada

Anduvieron varios días camino a Barcelona, hasta que en la víspera de San Juan, cuando se hizo de día, vieron el mar, al que nunca habían visto. Les pareció inmenso; mucho más grande que las lagunas que conocían. Desde unos barcos que se encontraban en la playa, empezaron a sonar trompetas y a disparar cañones con estruendo. Enseguida aparecieron

unos caballeros que reconocieron a don Quijote: eran los amigos de Roque, quienes los condujeron a la ciudad, a la casa de un caballero muy rico.

Este caballero se llamaba Antonio Moreno y estaba con muchas ganas de que don Quijote hiciera alguna locura. En una habitación, guardaba la escultura de una cabeza, y le dijo a don Quijote que había sido hecha por uno de los mayores encantadores que había y que tenía la virtud de responder a cualquier pregunta que se le hiciese. Por la noche, se reunieron con la mujer de don Antonio y con unas amigas de ella, que hicieron bailar a don Quijote hasta dejarlo muy cansado.

Al día siguiente, se volvieron a reunir para hacer la experiencia con la cabeza encantada. Una de las mujeres le preguntó qué tenía que hacer para ser hermosa, y la cabeza le contestó que tenía que ser honesta. Así fueron preguntando uno por uno hasta que le tocó el turno a don Quijote, que le preguntó si lo que le había sucedido en la cueva de Montesinos había sido verdad y si los azotes de Sancho servirían para desencantar a Dulcinea. Sobre la cueva de Montesinos, la cabeza respondió que había mucho para decir, y que el desencanto de Dulcinea llegaría en el momento debido. Sancho quiso saber si gobernaría otra vez, si vería de nuevo a su mujer y a sus hijos y si dejaría de ser escudero algún día. La cabeza le respondió que gobernaría en su casa, que vería a su mujer ya sus hijos si volvía a su pueblo, y que para dejar de ser escudero solo debía renunciar. Don Quijote se quedó muy contento con la cabeza, pero no así Sancho, que no había pensado que diría cosas tan obvias.

La cuestión es que don Antonio había mandado a fabricar la cabeza a imitación de una que había visto en Madrid. La cabeza y el pie sobre el que se sostenía eran huecos. A su vez, estaba apoyada sobre una mesa que daba a un escondite que se encontraba debajo, en donde alguien se podía ocultar; en esta ocasión, un sobrino de don Antonio había sido el que había dado las respuestas.

~XIII~

Que trata de la aventura que más pesadumbre le dio a don Quijote

Una mañana en que don Quijote estaba caminando por la playa, vio venir hacia él a un caballero de punta en blanco, que en su escudo traía pintada una luna resplandeciente. Cuando estuvo cerca, el caballero le dijo a don Quijote:

-Famoso Caballero don Quijote de la Mancha: yo soy el Caballero de la Blanca Luna y



vengo a luchar contigo para hacerte reconocer que mi dama es más hermosa que tu Dulcinea. Si yo venzo, quiero que vuelvas a tu aldea y que estés allí por lo menos un año, sin tomar las armas. Y si tú vences, serán tuyas mis armas y mi caballo, y tu fama crecerá.

Don Quijote quedó asombrado y respondió: -Caballero de la Blanca Luna, de cuya fama nunca he oído hablar: yo te haré jurar que jamás has visto a Dulcinea, porque si la hubieras visto, te habrías dado cuenta de que no hay belleza que se pueda comparar con la de ella. Elige el campo en donde quieras luchar.

Todos los que estaban allí pensaron que era una burla de don Antonio, pero este, ni bien se enteró, dijo que no tenía idea de quién era el nuevo caballero. Cuando llegó al lugar del combate, los dos caballeros ya estaban listos. Dieron carrera a sus caballos y se encontraron con sus lanzas. El caballo del de la Blanca Luna era más rápido y chocó contra don Quijote y contra Rocinante, que cayeron al suelo. El Caballero de la Blanca Luna dijo que había vencido y le recordó a don Quijote la promesa de volver a su pueblo de dejar las armas por un año. Luego se fue al galope hacia la ciudad. Don Antonio lo siguió para averiguar quién era.

Los demás levantaron a don Quijote, le descubrieron el rostro y vieron que estaba blanco; Rocinante no se podía mover. Sancho estaba triste y no sabía qué decir ni qué hacer. Trajeron una silla para transportar a don Quijote y todos quedaron con ganas de saber quién era aquel Caballero de la Blanca Luna que tan mal había dejado a don Quijote. Don Antonio lo encontró en una posada de la ciudad; conversaron y el caballero le dijo:

-Ya sé que quiere saber quién soy. Soy el bachiller Sansón Carrasco y vengo del mismo pueblo que don Quijote; todos los que lo conocemos estamos preocupados por su locura. Tramé este asunto para hacerlo volver a su casa. Hace tres meses, tuvimos un encuentro en el que me hice llamar el Caballero de los Espejos, con la intención de pelear y de vencerlo, para poder ordenarle que volviera a su casa, pero me venció él a mí. Don Quijote siguió su camino y yo quedé lastimado y humillado, así que volví para vengarme. Y como él es tan puntilloso con las reglas de caballería andante, cumplirá con su palabra. Le suplico que no le diga quién soy, para que vuelva a su casa y recupere el juicio.

-Señor, Dios le perdone lo que acaba de hacer --dijo don Antonio-- querer volver cuerdo al loco más gracioso que ha y en el mundo. Ojalá nunca sane. Con su salud, no solo perderemos sus gracias, sino las de Sancho, pero, de todas maneras, no diré nada. Don Antonio y el bachiller se despidieron. Carrasco se volvió a su pueblo, y don Quijote estuvo

seis días enfermo y triste en la cama; Sancho intentaba alegrarlo.

Luego de que don Antonio regresara, don Quijote y Sancho partieron. Don Quijote iba desarmado, y Sancho, a pie, porque el burro cargaba con las armas.

~XIV~

De lo que sucedió a don Quijote y Sancho yendo a su aldea

Al salir de Barcelona, pasaron por el sitio en donde don Quijote había caído, entonces dijo: -Cuando se cumpla un año, volveré al ejercicio de las armas. Vamos, camina, amigo Sancho. -Señor -respondió Sancho-, éno sería mejor dejar las armas colgadas en algún árbol, así me puedo montar en el burro?.

Don Quijote no aceptó y siguieron caminando. Pasaron la noche en medio del campo, y don Quijote le pidió a Sancho que terminara con los azotes de una buena vez pero este dijo que los golpes no tenían nada que ver con el encantamiento. Cuando pasaron por el lugar en donde se habían encontrado con las pastoras, dijo don Quijote:

-En este campo nos encontramos con las pastoras; éno te gustaría que nos convirtiéramos en pastores? Yo me llamaría pastor Quijotiz, y tú, pastor Pancino; andaríamos por los campos, cantando y bebiendo de las fuentes.

-¡Qué buena idea! El bachiller y el barbero van a querer seguimos y hacerse pastores como nosotros. Y, a lo mejor, el cura también.

-El bachiller Sansón Carrasco podría llamarse pastor Sansonino o pastor Carrascón; el barbero Nicolás, Miculosa, y al cura no sé qué nombre le podríamos poner. Ya sé; podría llamarse pastor Curiambro. La pastora de quien me enamoraría se seguiría llamando Dulcinea, ya que es un nombre tanto de pastora como de princesa.

-La mía podría llamarse Teresona, que le vendría bien por su gordura y por el nombre propio que tiene, que es Teresa. Aunque no me parecería muy bien que el cura tuviera pastora... -Por Dios, Sancho, qué bien la pasaríamos.

Así siguieron soñando con ser pastores hasta la hora de la cena. Luego Sancho se quedó dormido, y don Quijote permaneció en vela. Después de unos días, don Quijote volvió a insistir para que Sancho se diera los azotes y le dijo que, a cambio, tomara todo el dinero



que quisiera. Sancho se entusiasmó, fijó un precio, y esa misma noche, en medio del bosque y después de la cena, comenzó a dárselos. Después de seis azotes, Sancho dejó de pegarse en la espalda y empezó a golpear a los árboles, mientras suspiraba para hacer como que le dolía. Cuando iba por los mil azotes, el mismo don Quijote le pidió que no se diera más y lo tapó con su propia capa para que no tuviera frío. A la noche siguiente, Sancho terminó su penitencia de la misma manera en que la había empezado: pegándole a los árboles. Don Quijote estaba ansioso por que se hiciera de día para ver a su Dulcinea desencantada.

Siguieron camino, subieron una cuesta y desde allí pudieron ver su aldea. Entonces bajaron la cuesta y entraron en su pueblo.

XV~

De la entrada de don Quijote y de Sancho en su aldea

Se encontraron con el cura y con el bachiller Sansón Carrasca, con quienes se abrazaron, y fueron juntos hasta la casa de don Quijote. La criada y la sobrina lo esperaban en la puerta, en donde también estaban Teresa Panza y Sanchica, la hija de Sancho Panza. Después de abrazarse, Sancho y su familia se fueron a su casa y don Quijote les contó al cura y al bachiller la forma en que había sido vencido y la obligación que tenía de no salir por un año de la aldea. También les contó que durante ese año pensaba hacerse pastor y que estaban invitados a seguirlo. Les aclaró que ya cada uno tenía su nombre, y el cura quiso saberlos. Cuando el caballero los dijo, se asustaron de su nueva locura, pero, por no contradecirlo, se ofrecieron a acompañarlo y a componer poemas pastoriles.

Luego de que el cura y el barbero se hubieran ido, la sobrina y la criada le dijeron que ya era viejo para hacerse pastor. Mientras hablaban, don Quijote las interrumpió y les pidió que lo llevaran a la cama, porque no se sentía bien.

XVI~

De la enfermedad, del testamento y de la muerte de don Quijote

Durante seis días, don Quijote no pudo levantarse de la cama por la fiebre que tenía. El cura, el bachiller y el barbero lo visitaban seguido, y Sancho no se apartaba de su lado; pensaban que estaba así por no haber podido ver a su Dulcinea desencantada. Pero el

médico vino a verlo y le dijo que atendiese la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. La sobrina, la criada y Sancho comenzaron a llorar como si estuviera muerto, y don Quijote pidió que lo dejaran solo porque quería dormir. Después de seis horas, se despertó y los llamó:

-¡Bendito sea el poderoso Dios! Tengo el juicio claro, sin las sombras de las lecturas de los libros de caballería. No quiero ser un loco hasta la muerte ni dejar ese recuerdo en la memoria de todos. Ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, enemigo de los caballeros andantes.

Todos creyeron que lo atacaba una nueva locura, entonces el bachiller le dijo:

-¿Justo cuando nos enteramos de que Dulcinea está desencantada? ¿Ahora que estamos a punto de ser pastores? Por favor, señor, déjese de cuentos.

-Señores, dejen las burlas -dijo don Quijote-, que siento que me estoy muriendo a toda prisa. Mientras el cura me confiesa vayan a buscar a un escribano que vaya hacer mi testamento.

Se miraron unos a otros, desconcertados de que se hubiera vuelto cuerdo tan rápido, aunque también, por esa razón, se dieron cuenta de que realmente se estaba muriendo. El cura hizo salir a todos y lo confesó; el bachiller trajo al escribano. Delante de este, don Quijote dijo que el dinero se lo dejaba a Sancho, porque se lo debía; que las tierras se las dejaba a su sobrina y que a la criada le pagaría los sueldos que se le debían apenas se pudiera. Le prohibió a la sobrina casarse con cualquiera que supiera sobre libros de caballería, bajo la amenaza de perder la herencia si así lo hacía. Después se desmayó y, luego de tres días, murió.

El cura le pidió al escribano que diese testimonio de que Alonso Quijano, más comúnmente llamado don Quijote de la Mancha, había muerto de muerte natural.

Este fin tuvo el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, al que el autor no quiso ubicar del todo, por dejar que todos los pueblos de la Mancha, en el futuro, se pelearan por tenerlo como suyo.

Fin del Quijote.



Provincia de Tierra del Fuego.
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



COLEGIO PROVINCIAL
DR. ERNESTO GUEVARA

Trabajo práctico “El Quijote”

Las tres salidas del caballero andante

A pesar de que la novela consta de dos partes, la primera publicada en 1605 y la segunda en 1615, muchos estudiosos de la obra de Cervantes han coincidido en que los principios organizadores que articulan la obra completa son las "salidas" o viajes que emprenden don Quijote y Sancho en busca de aventuras, y los regresos a la aldea manchega de "cuyo nombre" el narrador "no quiere acordarse".

Revisen las dos partes del texto y luego completen la información sobre cada una de las salidas.

Primera parte

Primera salida: Abarca desde el capítulo 1, en el que Alonso Quijano decide vivir la vida como caballero andante, hasta el capítulo

Segunda salida: Comienza en el capítulo..... y termina en el Don Quijote es acompañado por, su fiel

Segunda parte

Tercera salida: Comienza en el capítulo II y continúa hasta el..... Sancho y don Quijote parten hacia con el objetivo de

Para revisar las aventuras del Caballero de la Triste Figura

a- Relean los capítulos I, II Y III Y respondan en sus carpetas. ,.

1. ¿Quiénes "arman caballero" a don Quijote? ¿Por qué?
2. ¿Cuál fue su primera aventura? ¿Fue exitosa? ¿Por qué?
3. ¿Cómo justifica Alonso, frente a su sobrina y a sus amigos (el cura y el barbero), las heridas que trae cuando regresa a la casa?

b- Relean los capítulos que abarcan la segunda salida y determinen si las siguientes afirmaciones son verdaderas o falsas. Justifiquen oralmente la opción elegida.

- En la Sierra Morena, tiene lugar la aventura de los molinos de viento.
- Don Quijote le pide a Sancho que le lleve una carta a Dulcinea, pero Sancho la pierde en el camino.
- Dorotea se hace pasar por la princesa Micomicona para sacar a don Quijote de su penitencia.
- Los jóvenes enamorados se reencuentran; Dorotea se reúne con Cardenio, y Fernando y Luscinda se van juntos y felices.
- Con la complicidad de los jóvenes enamorados, el cura, el barbero y el propio Sancho, disfrazados, convencen a don Quijote de que si va a prisión, sus luchas serán exitosas.
- Lo llevan al pueblo en una jaula. Toda la gente se acerca y lo saluda. Don Quijote cree que se trata de un encantamiento.



Provincia de Tierra del Fuego.
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



- c- Unan con flechas los nombres de los personajes que aparecen en la segunda parte con un elemento significativo para cada uno de ellos en la historia.

Bachiller Sansón Carrasco"

El mago Merlin y el desencantamiento de Dulcinea

Sancho y el mayordomo del Duque"

La isla de Barataria

La duquesa Trifaldi,

La cabeza encantada

Montesinos.

El Caballero de la Blanca Luna

Don Antonio Moreno, de Barcelona

Una cueva profunda y oscura

Los Duques

Clavileño, el caballo alígero

d- Respondan en la carpeta.

1. ¿Cómo es el encuentro entre don Quijote y Dulcinea del Toboso?

2. ¿Por qué para don Quijote la cueva de Montesinos fue una gran experiencia?

e- Elijan los adjetivos que mejor califiquen el gobierno de Sancho en la isla Barataria. Justifiquen la elección.

Exitoso - aventurero - desequilibrado - justo - problemático

f- Busquen y definan los conceptos locura y cordura.

1- ¿Cómo aplican estos conceptos a los personajes de don Quijote y de Sancho? Expliquen.

g- Relean el último capítulo de la segunda parte y luego expliquen el significado del siguiente fragmento.

"Bendito sea el poderoso Dios! Tengo el juicio claro, sin las sombras de las lecturas de los libros de caballería. No quiero ser un loco hasta la muerte ni dejar ese recuerdo en la memoria de todos." (Capítulo XVI, página 79)

El gran juego de la parodia

Para comprender mejor el juego paródico establecido por Cervantes, entre la novela y otras formas literarias populares en su tiempo, recuerden que la parodia es un proceso por el cual se crea un texto B (parodiante) que modifica el texto A (parodiado) en cuanto a los personajes, al estilo o al tema. El efecto humorístico proviene de la inversión: si el texto A produce miedo, el texto B deberá producir risa. Por eso, la lectura del texto paródico produce diversión solo por comparación con el texto parodiado.

• Lean los siguientes fragmentos de textos parodiados por Cervantes.

TEXTO PARODIADO 1

La novela de caballerías:

Amadís de Gaula (anónimo, 1508)

Cuando el Doncel del Mar [Amadís de Gaula] estuvo curado de sus heridas se puso de nuevo en camino con Candalín, que nunca se apartaba de él. Era un domingo de res de abril y entraron por una floresta llena de pájaros y flores. Se acordó de su amada y comenzó a decir: -¡Ay doncel del mar! ¿Cómo has osado poner tu corazón en quien vale más que las otras en bondad, hermosura y linaje? Iba tan embargado en su dolor, que no vio que un caballero armado oísu lamentación y se le paraba delante.

-Caballero -le dijo- quiero que me digáis quién es dama para amarla yo, ya que vos no sois dignos de tan alta y hermosa señora.

Inmediatamente, Amadís se aprestó al combate. La lanza del caballero saltó en pedazos por el aire. El doncel del mar le acertó de lleno y dio con él y con su caballo en tierra. El caballo quiso huir, pero Amadís lo tomó y entregádosele al caballero, le dijo: -Tomad, señor, y no queráis saber nada de nadie contra su voluntad.

Capítulo. IX. "En la Corte del Rey Perión" Amadís de Gaula.

Buenos Aires, Losada, 1963 (fragmento).



- a. Subrayen en el fragmento los elementos propios de la novela de caballerías.
 - b. Expliquen qué elementos del episodio de *Amadís de Caula* aparecen parodiados en la novela de Cervantes.
- Ejemplifiquen con fragmentos de *Los caminos del Quijote*.

TEXTO PARODIADO 2 La novela pastoril:

Diana de Jorge de Montemayor (1559)

Pues llegando el pastor Sirena a los verdes y deleitosos prados, que el caudaloso río Ezla, con sus aguas va regando, le vino a la memoria el gran contentamiento de que en algún tiempo allí gozado había, siendo tan señor de su libertad, como entonces sujeto a quien sin causa lo tenía sepultado en las tinieblas de su olvido. Consideraba aquel dichoso tiempo que por aquellos prados y hermosa ribera apacentaba su ganado, poniendo los ojos en solo el interés que de traer/e bien apacentado se le seguía; y las horas que le sobraban gastaba el pastor en solo gozar del suave olor de las doradas ~ores [...] hasta que el crudo amor tomó aquella posesión de su libertad, que el suele tomar de los que más libres se imaginan.

Venía, pues, el triste Sirena los ojos hechos fuentes, el rostro mudado, y el corazón tan hecho a sufrir desventuras, que si la fortuna le quisiera dar algún contento, fuera menester buscar otro corazón nuevo para recibir/e. El vestido era de un sayal tan áspero como su ventura, un cayado en la mano, un zurrón del brazo izquierdo colgando.

Arrimóse al pie de una haya, comenzó a tendersus ojos por la hermosa ribera hasta que llegó con ellos al lugar donde primero había visto la hermosura, gracia, honestidad de la pastora Diana, aquella en quien Naturaleza sumó todas las perfecciones que por muchas partes había repartido.

Libro I En: www.cervantesvirtual.com

- c. ¿Qué elementos de la novela pastoril se mencionan en el fragmento anterior?
- d. Comparen las características de este fragmento con los elementos de la literatura pastoril, mencionados en el capítulo XIII de la segunda parte, y expliquen el efecto humorístico buscado por Cervantes.

Producciones quijotescas

- Imaginen nuevas aventuras para los personajes cervantinos, variando el contexto histórico en que se desarrollan, pero manteniendo sus perfiles psicológicos.
- "La aventura de don Quijote y Sancho en el subterráneo de una ciudad contemporánea".
- "Aventuras en las galaxias". Don Quijote y Obi-Wan Kenobi, el caballero jedi, viajan en una nave intergaláctica para pelear, cada uno con sus correspondientes armas, en la batalla de Naboo.

Don Quijote y Sancho, escritores

- Elijan una de las siguientes propuestas para elaborar textos desde el punto de vista de los protagonistas de la novela.
- Redactar la carta que don Quijote le escribió a Dulcinea y que Sancho perdió.
- Escribir el testamento en donde don Quijote expresa su última voluntad.
- Escribir un conjunto de leyes dictadas por Sancho como gobernador de la isla de Barataria.

Mi vida después del Quijote

- Elijan una de las siguientes propuestas para continuar la historia desde la mirada de otros personajes.
 - Sancho, con el dinero heredado, se convierte en posadero.
 - Aldonza Lorenzo decide cambiar de vida: quiere dejar de ser campesina y abandonar el Toboso para siempre.
 - La sobrina de Alonso Quijano se enamora del Bachiller Sansón Carrasco y se casa con él, contradiciendo los deseos de su tío.

Locos por los libros

Imaginen que, en la actualidad, una adolescente, a la manera de Alonso Quijano, pierde la razón y se cree personaje de un libro. Elijan una de las siguientes propuestas para elaborar una historia que pueda ser narrada en distintos formatos.

- a. Una jovencita de quince años, fanática de los personajes magos de las novelas de Harry Potter, cree ser como Hermione Granger. Narren las posibles aventuras que podría vivir en el universo mágico y las que



podría vivir en el mundo "no mágico" o muggle.

b. Un adolescente argentino se fascina tanto con las historias de vampiros que decide imitar a Edward Cullen, el pálido chico vampiro protagonista *Crepúsculo*. Está convencido de que tiene su fuerza, su velocidad, y de que no debe exponerse al sol.

NEOCLASICISMO

Francia en el siglo XVII

En el siglo XVI, el país más poderoso desde el punto de vista político era España. Pero **en el siglo XVII, el centro de la escena se desplazó a Francia**. Y mientras que en las tierras de Cervantes y de Góngora brillaba el Barroco, en Francia, se inició un nuevo movimiento cultural que se extendió hasta el siglo XVIII: el Clasicismo. Este movimiento, de raíz renacentista, estableció como ley primordial la imitación de los textos clásicos de la Antigüedad grecolatina, a los que consideró estéticamente perfectos.

La herencia del Renacimiento trajo como consecuencia **un predominio de la razón** que, en la época clásica, halló fundamento en las teorías del filósofo René Descartes, punto de partida de la filosofía moderna. Su conocida frase "Pienso, por lo tanto existo" indica que la razón es la **actividad humana por excelencia**. En su *Discurso del método*, Descartes afirma que, para llegar a la verdad, hay que descartar todas las opiniones adquiridas sin sentido crítico y reconstruir, mediante el uso sistemático de la razón, los modos de conocimiento. Así, en esta época, la razón guió no solamente las ciencias, sino también, todas las ramas del arte.

El absolutismo

En el período clásico, la forma de gobierno fue la **monarquía absoluta**. ¿En qué consistía el absolutismo? **En el ejercicio del poder en forma ilimitada, sin restricción alguna**. Los reyes afirmaban que su poder provenía directamente de Dios; también, que debían utilizarlo para mantener la justicia y para proteger a los desposeídos, hecho que pocas veces sucedía. La voluntad del rey regía sobre las vidas y haciendas de los súbditos, actitud que provocó numerosas rebeliones populares.

Los reyes contaron, a veces, con **ministros lúcidos y poderosos**, como el cardenal Richelieu durante el reinado de Luis XIII, y el cardenal italiano Mazarino, mientras reinó Luis XIV. Uno de los principales objetivos de Richelieu fue imponer, definitivamente, la autoridad del rey y convertirlo en el más poderoso de Europa. Además, tanto Richelieu como Mazarino procuraron, en política exterior, la ruina de España - imperio que, enfrentado con Francia, fue perdiendo, en efecto, sus territorios-.

El apogeo del Clasicismo se vivió durante el reinado de Luis XIV quien, en la segunda mitad del siglo XVII, convirtió a su corte y a Francia en un brillante centro impulsor de cultura y de refinamiento.

Una muestra perfecta de este último rasgo lo constituye el **Palacio de Versalles**, cercano a París y rodeado de magníficos jardines. El Palacio, de influencia barroca, fue construido por los mejores arquitectos del momento, cuando la corte de Luis XIV se asentaba allí. Su trazado geométrico expresa el afán de armonía y el lujo que caracterizaron ese reinado. Alrededor de la residencia real, la alta aristocracia construyó también sus propias mansiones, y hoy el conjunto conforma la ciudad de Versalles.

Sin embargo, a la grandeza de esta ciudad y a la ostentación de las clases privilegiadas, se oponía la **desgracia del pueblo francés**, despojado de todo poder, escaso de recursos y sometido a excesivos impuestos para sostener la monarquía, situación que motivó graves desórdenes sociales.

Francia en el siglo XVIII

Durante el siglo XVII, Francia fue el reino más poderoso del continente europeo. Pero ese poderío pronto terminó. Tras morir Luis XIV, el gobierno pasó a manos de su sobrino, el príncipe Felipe de Orleans, quien estableció una política por entero contraria a la absolutista y centralizadora de su tío. En 1723, la regencia de Felipe de Orleans terminó, y asumió el trono Luis XV, bisnieto de Luis XIV.

El nuevo rey intentó imponer una política autoritaria que lo volvió totalmente impopular, hecho que desató una **crisis que desembocó, por último, en el reinado de su nieto y sucesor, Luis XVI**. Con este último monarca en el trono, el **colapso económico y la irracionalidad del régimen agravaron el descontento de la población**.

En 1789, cuando Luis XVI decidió establecer impuestos para la aristocracia, los nobles convocaron a los Estados Generales, es decir, a una reunión de todos los "estados" (el clero, los nobles, los campesinos y la burguesía). Como el rey interrumpió las deliberaciones, los campesinos y burgueses formaron una Asamblea, que tuvo numerosos enfrentamientos con el monarca. Finalmente, en medio de una situación



económica insostenible, el pueblo de París tomó la cárcel de la Bastilla -símbolo del poder absoluto y de las injusticias del sistema- y comenzó así la **Revolución Francesa**, que impuso en la conciencia de la humanidad la igualdad de todas las personas.

La Ilustración

El espíritu de la Revolución Francesa se había ido gestando al amparo de **una nueva forma de pensar**, nacida en Francia, en el siglo XVIII y que afectó a todas las áreas de la cultura. Esta forma de pensar se llamó **Ilustración** y se basó, sobre todo, **en la divulgación y en la aplicación práctica de los grandes principios de las ciencias**, que habían alcanzado un desarrollo notable en el siglo anterior.

El instrumento fundamental para la divulgación de las ideas de la Ilustración fue la *Enciclopedia* o el *Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*, cuyo primer tomo se publicó en 1751. Dirigida por el filósofo y escritor francés Denis Diderot, la *Enciclopedia* estaba integrada por diferentes artículos en los que se condensaban los conocimientos de las distintas disciplinas. Para su redacción, contó con la colaboración de destacados pensadores, como Jean-Jacques Rousseau y François Marie Arouet (conocido como Voltaire), escritor de gran influencia, quien combatió sin tregua contra la intolerancia y contra el fanatismo.

Los ilustrados creían en la idea del **progreso de la humanidad** y le dieron al pensamiento racional un lugar preponderante. Impulsaron avances en el pensamiento filosófico y en las Ciencias Naturales, y explicaron el universo en términos de causas y de efectos naturales. Ejemplo de esos avances lo dio, entre otros, el fundador de la Química moderna, Antonio Lavoisier, quien determinó las propiedades del oxígeno y explicó con certeza el fenómeno de la combustión y el proceso de la respiración. Otro revolucionario de la ciencia fue el inglés Isaac Newton, descubridor de los principios de la gravitación universal y de la descomposición de la luz, quien, además, estableció las leyes del movimiento.

GUIA DE LECTURA

1. En el siglo XVII, Descartes destacó la importancia de la razón como la actividad humana por excelencia. ¿En qué hechos y actitudes de este siglo y el siguiente se observa el predominio de la razón? justifiquen su respuesta.
2. Expliquen de qué manera se gestó la Revolución Francesa.
3. Resuman las ideas de la Ilustración. ¿Qué importancia revistió esta nueva forma de pensar? Justifiquen su respuesta.

Las características del Clasicismo.

El **Clasicismo** fue el movimiento cultural que se desarrolló entre los siglos XVII y XVIII en Francia. Se caracterizó por un afán de equilibrio, de claridad, de elegancia, una intención didáctica y el ajuste a reglas estrictas. Estas particularidades lo diferenciaron del Barroco, el movimiento artístico de origen español inmediatamente anterior.

El Barroco que, dentro de sus desmesuras, mantuvo un equilibrio, fue seguido de una época de extrema exageración que provocó, precisamente, la reacción del Clasicismo. A partir de este, los franceses mantuvieron, durante varios siglos, un espíritu selecto y normativo, aunque el **apego a las rígidas normas clásicas impidió que los artistas pudieran crear con absoluta libertad**.

A continuación se observan las reglas del Clasicismo en comparación con las del Barroco.

BARROCO

- Sentimientos ambiguos.
- En artes plásticas, confusión de figuras y colores.
- No existe una distinción clara entre el fondo y la superficie.
- Abigarramiento de personajes y de episodios.
- Predominio de lo sensorial y de los sentimientos.
- Descripción de escenas vulgares junto con la expresión de sentimientos elevados.
- Extremado individualismo.

CLASICISMO

- Extrema claridad en la expresión.
- Hay siempre una figura central, o dos en simetría.
- Figuras con bordes nítidos, bien distinguidas del fondo.
- Una sola acción sin episodios complicados.
- Se destaca un predominio de la lógica y de la razón.
- Se observa un cuidado especial en el uso del lenguaje, hay contención al expresar emociones.
- Uniformidad e intención didáctica.

Una de las características primordiales del Clasicismo fue su **espíritu didáctico y el apego a ciertas normas que indicaban qué era lo correcto en materia de arte**. El poeta y crítico francés Nicolás Boileau (1636-1711), a quien Luis XIV nombró historiógrafo de la corte en 1677, escribió un largo poema



didáctico titulado *Arte poética*, en el cual estableció la normativa de uso obligatorio entre los artistas clásicos. Las normas asentadas por Boileau son las siguientes:

- lo útil debe unirse a lo agradable;
- la literatura debe evitar lo artificio y complicado, y ser simple y transparente; además, tiene que guiar según la lógica;
- el artista ha de mantener una actitud ética, y no trabajar por el lucro;
- el arte debe reproducir la naturaleza humana.

En cuanto al **teatro**, por oposición a los principios adoptados en el Barroco, Boileau y otros críticos decidieron que **las obras debían atenerse a las tradicionales tres unidades: de acción** (la obra debía representar un hecho único sin derivaciones ni exceso de personajes); **de lugar** (la trama debía sucederse con un mínimo cambio de escenario) y **de tiempo** (era ideal que la acción transcurriera en el lapso de un día). La poesía, por su parte, debía seguir los cauces clásicos antiguos pero, asimismo, *debía* potenciar las posibilidades de la lengua francesa, que recibió de esa forma un impulso enriquecedor.

La cultura en el período clásico.

El Clasicismo tuvo su época de esplendor durante el reinado de Luis XIV. En su afán de alcanzar la fama, este rey se ocupó de otorgar importantes beneficios a artistas, poetas y hombres de ciencia, pero no por amor al arte, sino para que inmortalizaran la historia de su reinado. Así, no sólo se rodeó de celebridades literarias, sino que otorgó subsidios y pensiones para escritores y pintores de distintos lugares de Francia e, incluso, del extranjero.

Durante el reinado anterior, el cardenal Richelieu, ministro de Luis XIII, ya se había ocupado de impulsar las artes por medio de las tertulias literarias y de la fundación, en 1635, de la **Academia de la Lengua Francesa**, consagrada a fomentar los estudios literarios y a dictar las reglas sobre el buen decir y escribir. En 1672, Luis XIV se declaró protector de la Academia Francesa y, así, acercó un poco más la literatura al trono. Con el apoyo de su ministro Jean Baptiste Colbert, más tarde, se fundaron también **una academia de pintura, otra de arquitectura y una tercera de música**.

El teatro clásico francés.

Como ya se mencionó, el teatro francés de esta época debió responder a ciertas normas establecidas por la Academia Francesa, las que se resumen en el "sistema de las tres unidades": **unidad de acción, de lugar y de tiempo**. En la Grecia clásica, el filósofo griego Aristóteles (384-322 a. C.) había descripto este sistema, el cual se impuso en el siglo XVII, con el peso de una ley a la que se debía acatar; aunque fuera necesario sacrificarse para ello, la libertad creativa.

Los defensores de este sistema sostenían que el respeto por las unidades daba verosimilitud a los hechos representados, lo cual contribuía a la comprensión del público. Pero **los autores consideraban que estas limitaciones empobrecían sus obras y les restaban interés**.

Moliere rivalizó en varias oportunidades con Boileau, cuyas reglas llegó a criticar duramente. Por otra parte, su sentido crítico no se quedó allí: el dramaturgo lo puso en práctica en su obra teatral. Así, se propuso **"corregir los vicios de los hombres"** por medio de la **comedia**, género cuyo fin es provocar risa, divertir o sorprender con desenlaces felices. De este modo, la comedia, un género considerado menor, **fue elevada por Moliere al rango de la tragedia** (género cuya finalidad consiste en conmover al espectador mediante la representación de experiencias penosas).

Jean Baptiste Poquelin (Moliere)

Nació el 15 de enero de 1622 en París, hijo de un tapicero. En 1643 forma parte de la compañía de los Béjart, familia de actores profesionales; en 1662 se casó con una joven de la familia, Armande Béjart. La compañía actuó en París hasta 1645 e inició un recorrido por Francia durante trece años. Famoso en su época por el revuelo que despertaron sus sátiras acerca de la corrupción de la sociedad francesa. Su obra fue prohibida en los teatros; Molière fue motejado como el "demonio en sangre humana", por la iglesia católica; el estado francés le cerró sus puertas y destruía sus posters. Finalmente en el año 1669, el Rey Luis XVI le permitió presentar sus obras en público. En 1659, estrenó *Las preciosas ridículas*. *Tartufo*, la tradicional obra de Molière, sátira que fue acusada de impía que saritiza la hipocresía de la religión. Esta versión fue prohibida por la iglesia católica y Molière escribió dos versiones más de la obra, en 1666; en 1669 Molière escribe y produce la tercera versión de *Tartufo*, que es la versión que hoy conocemos. Durante estos años, Molière escribió siete de sus grandes obras, incluido "El Don Juan", en 1666,





Provincia de Tierra del Fuego.
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



considerada por muchos su Pieza Maestra; El Misántropo, en 1666, El Avaro, en 1668; y Gentilhombre Burgués, en 1670. El rey prohibió su representación pública durante cinco años. El misántropo (1666) trata sobre un hombre de elevados principios incapaz de ver los defectos de la joven de la que está enamorado. Otras obras El médico a palos (1666), sátira sobre la profesión médica y su última comedia El enfermo imaginario (1673), en torno a un hipocondríaco. Irónicamente, pocos días después del estreno, en plena representación, Molière se sintió indisposto y falleció al cabo de unas horas, el 17 de febrero de 1673.



Las preciosas ridículas.

Jean Baptiste Poquelin Moliere.

Comedia en un acto. Estrenada en París en 1669.

Personajes:

LA GRANGE

DU CROISY

GORGIBUS, *probó burgués*

MADELÓN, *hija de Gorgibus*.

CATHOS, *sobrina de Gorgibus*.

MAROTTE, *sirvienta de las preciosas ridículas*

EL MARQUÉS DE MASCARILLA, *criado de La Grange*.

EL VIZCONDE DE JODELET, *criado de Du Croisy*.

PORADORES DE LITERA.

La escena, en París, en casa de GORGIBUS.

Acto único

Escena I

LA GRANGE y DU CROISY.

DU CROISY.- ¿Señor La Grange?

LA GRANGE.- ¿Qué?

DU CROISY.- Miradme un poco, sin reíros.

LA GRANGE.- ¿Y bien?

DU CROISY.- ¿Qué decís de nuestra visita? ¿Estáis muy satisfecho de ella?

LA GRANGE.- A vuestro juicio, ¿tenemos motivo para estarlo los dos?

DU CROISY.- No del todo, en verdad.

LA GRANGE.- En cuanto a mí, os confieso que me tiene completamente escandalizado. ¿Se ha visto nunca a dos bachilleras provincianas hacerse más desdeñosas que estas y a dos hombres tratados con más desprecio que nosotros? Apenas si han podido decidirse a ordenar

que nos dieran unas sillas. No he visto jamás hablarse tanto al oído como hacen ellas, bostezar tanto, restregarse tanto los ojos y preguntar tantas veces: «¿Qué hora es?». No han contestado más que sí o no a todo cuanto hemos podido decirles. ¿Y no confesaréis, en fin, que aun cuando hubiéramos sido las últimas personas del mundo, no podía tratársenos peor de lo que lo han hecho?».

DU CROISY.- Paréceme que tomáis la cosa muy a pecho.

LA GRANGE.- La tomo, sin duda, y de tal suerte, que quiero vengarme de esta impertinencia. Sé lo que ha motivado ese desprecio. El estilo precioso no solo ha infestado París, sino que también se ha extendido por las provincias, y nuestras ridículas doncellas han absorbido su buena dosis. En una palabra: sus personas son una mezcolanza de preciosas y de coquetas. Ya veo lo que hay que ser para que le reciban a uno bien; y si me hacéis caso, les prepararemos una juguete que les hará ver su necedad y podrá enseñarles a conocer un poco mejor el mundo.

DU CROISY.- ¿Y cómo, pues?

LA GRANGE.- Tengo cierto criado, llamado Mascarilla, que pasa, en opinión de muchas gentes, por una especie de cultilocuento, pues no hay nada más asequible hoy en día que la cultilocuencia. Es un maníático a quien se le ha metido en la cabeza alardear de hombre distinguido. Se precia, por lo regular, de galante y de poeta, y desdeña a los otros criados, hasta llamarlos bestias.

DU CROISY.- ¿Y qué pretendéis que haga?

LA GRANGE.- ¿Qué pretendo que haga? Es preciso... Mas salgamos antes de aquí.

Escena II

GORGIBUS, DU CROISY y LA GRANGE.

GORGIBUS.- Qué, ¿habéis visto a mi sobrina y a mi hija? ¿Marcha bien el negocio? ¿Cuál es el resultado de esta visita?

LA GRANGE.- Eso es cosa que podréis saber mejor por ellas que por nosotros. Todo cuanto podemos deciros es que os expresamos nuestro agradecimiento por el favor que nos habéis dispensado y seguimos siendo vuestros muy humildes servidores.

DU CROISY.- Vuestros muy humildes servidores.

GORGIBUS.- (Solo.) ¡Oiga! Parece que salen disgustados de aquí. ¿De dónde podrá provenir su descontento? Hay que enterarse de lo que es, ¡Hola!

Escena III



GORGIBUS y MAROTTE.

MAROTTE.- ¿Qué deseáis, señor?

GORGIBUS.- ¿Dónde están vuestras amas?

MAROTTE.- En su aposento.

GORGIBUS.- ¿Qué hacen?

MAROTTE.- Pomada para los labios.

GORGIBUS.- Ya es demasiado unto; decidles que bajen.

Escena IV

GORGIBUS, solo

GORGIBUS.- Esa bribonas parécenme que tienen ganas de arruinarme con su pomada. No veo por todas partes más que claras de huevo, leche virginal y mil otros chismes que no conozco. Han consumido, desde que estamos aquí, la grasa de una docena de cerdos, cuando menos, y vivirían cuatro criados, a diario, con las pezuñas de carnero que emplean.

Escena V

MADELÓN, CATHOS y GORGIBUS.

GORGIBUS.- ¿Es muy necesario, realmente, hacer tanto gasto para engrasaros el hocico? Decidme, por favor: ¿Qué habéis hecho a esos caballeros que los he visto salir con tanta frialdad? ¿No os había recomendado que los recibieraís como personas a quienes quería yo daros por maridos?

MADELÓN.- ¿Y qué estima, padre mío, queréis que hagamos de la conducta irregular de esas gentes?

GORGIBUS.- ¿Qué tenéis que decir de ellas?

MADELÓN.- ¡Linda galantería la suya! ¡Cómo! ¿Empezar lo primero por el casamiento?

GORGIBUS.- ¿Y por dónde quieras entonces que empiecen? ¿Por el concubinato? ¿No es una conducta de la que tenéis motivo para estar satisfechas, y tanto vosotras dos como yo? ¿Hay nada más de agradecer que eso? Y ese lazo sagrado al que aspiran, ¿no es prueba de la honradez de sus intenciones?

MADELÓN.- ¡Ah, padre mío, lo que decís es propio del último burgués! Me avergüenza oíros hablar de ese modo y debiera's haceros enseñar el aire elegante de las cosas.

GORGIBUS.- No necesito ni aire ni canción. Te digo que el matrimonio es una cosa santa y sagrada, y que es obrar como gente honrada empezar por eso.

MADELÓN.- ¡Dios mío! Si todo el mundo se os semejase, se acabaría muy pronto una novela! Bonita cosa si Ciro se casara lo primero con Mandané y Aroncio contrajera casamiento, sin dificultad, con Clelia.

GORGIBUS.- ¿Qué me viene a contar esta?

MADELÓN.- Padre mío, aquí está mi prima, que os dirá igual que yo: que el matrimonio no debe nunca llegar sino después de las otras aventuras. Es preciso que un amante, para ser agradable, sepa declamar los bellos sentimientos, exhalar lo tierno, lo delicado y lo ardiente, y que su esmero consista en las formas. Primero, debe ver en el templo o en el paseo, o en alguna ceremonia pública, a la persona de la que esté enamorado, o si no, ser llevado fatalmente a casa de ella por un pariente o un amigo y salir de allí todo soñador o melancólico. Esconderá cierto tiempo su pasión hacia el objeto amado, haciéndole, sin embargo, varias visitas, donde no deje de sacar a colación un tema galante que espolee a las personas de la reunión. Llegado el día, la declaración debe hacerse generalmente en la avenida de algún jardín, mientras la compañía se ha alejado un poco, y esta declaración ha de ir seguida de un pronto enojo, que se revele en nuestro rubor y que aleje durante un rato al amante de nuestra presencia. Luego, encuentra medios de apaciguarnos, de acostumbrarnos insensiblemente al discurso de su pasión, de obtener de nosotras esa confesión tan desagradable. Después de esto vienen las aventuras, los rivales que se atraviesan ante una inclinación arrraigada, las persecuciones de los padres, los celos cimentados en falsas apariencias, las quejas, las desesperaciones, los raptos y todo lo demás. He aquí cómo se ejecutan las cosas dentro de las maneras elegantes, y con esas reglas, de las que no se podría prescindir en buena galantería. Mas el llegar de buenas a primeras a la unión conyugal, hacer al amor tan solo al concertar el contrato matrimonial y empezar justamente la novela por la cola, os repito, padre mío, que no hay nada más vulgar que ese proceder, y me dan náuseas solo de pensar en eso.

GORGIBUS.- ¿Qué diablo de jerigonzas estoy oyendo? Eso es, realmente, gran estilo.

CATHOS.- En efecto, tío; mi prima da en el quid de la cosa. ¡El medio de recibir bien a gentes que son completamente chabacanas en galanterías! Estoy por apostar que no han visto nunca el mapa de la Ternura, y que los Dulces Billetes, las Atenciones Delicadas, las Esquelas Galantes y los lindo Versos, son tierras desconocidas para ellos. ¿No veis que su persona entera revela eso y que carecen de ese aire que da a primera vista una buena opinión de la gente? Venir de visita amorosa con una pierna toda lisa, un sombrero desprovisto de plumas, una cabeza de cabellera irregular y una chupa que padece indigencia de cintas. ¡Dios mío! ¿Qué amantes son esos? ¡Qué sobriedad de atavíos y qué sequedad de conversación! No se pueden



soportar ni resistir. He notado asimismo que sus valonas no son de buena procedencia, y que falta medio pie largo para que sus calzas sean lo suficientemente anchas.

GORGIBUS.- Creo que están locas las dos; no logro entender nada de esta jerga. Cathos, y tú, Madelón..

MADELÓN.- ¡Oh, por favor, padre mío. prescindid de estos nombres raros y llamadnos de otro modo!

GORGIBUS.- ¡Cómo! ¿Esos nombres raros no son los vuestros de pila?

MADELÓN.- ¡Dios mío, qué vulgar sois! Uno de mis asombros es que hayáis podido tener una hija tan espiritual como yo. ¿Se ha dicho jamás en estilo distinguido, Cathos o Madelón? y no me confesaréis que bastaría con uno de estos nombres para desacreditar la más bella novela de mundo.

GORGIBUS.- Escuchad: basta solo con una palabra. No consiento en modo alguno que llevéis otros nombres que los que fueron dados por vuestros padrinos y madrinas, y en cuanto a esos señores de que se trata, conozco sus familias y sus bienes, y quiero que os dispongáis a aceptarlos por maridos. Me canso de teneros a mis espaldas, y la custodia de dos doncellas es una carga demasiado pesada para un hombre de mi edad.

CATOS.- Por lo que a mí se refiere, todo cuanto puedo deciros es que encuentro el matrimonio una cosa completamente molesta. ¿Cómo puede sufrirse el pensamiento de acostarse con un hombre totalmente desnudo?

MADELÓN.- Permitid que respiremos un poco el alto mundo de París, adonde acabamos de llegar. Dejadnos forjar a gusto la trama de nuestra novela y no apresuréis tanto su final.

GORGIBUS.- (Aparte.) No cabe duda, están locas. (Alto.) Repito que no entiendo nada de todas esas pamplinas; quiero ser amo absoluto, y para cortar toda clase de discursos, o estás casadas las dos muy pronto, o, ia fe mía!, que seréis monjas; lo juro de verdad.

Escena VI

CATHOS y MADELÓN.

CATHOS.- ¡Dios mío, querida, qué clavada tiene tu padre la forma en la material! ¡Qué obtusa es su inteligencia y qué oscura está su alma!

MADELÓN.- ¿Qué quieres, querida? Me abochorno por él. Me cuesta trabajo convencerme que yo pueda ser realmente hija suya, y creo que, un buen día, alguna aventura vendrá a revelarme un origen más ilustre.

CATHOS.- Sería muy de creer, y tiene todas las apariencias de ello; en cuanto a mí, cuando me contemplo...

Escena VII

CATHOS, MADELÓN y MAROTTE

MAROTTE.- Ahí está un lacayo que pregunta si estás en casa; dice que su amo desea venir a veros.

MADELÓN.- Aprended, necia, a expresaros con menos vulgaridad; decid: «Ahí está un imprescindible que pregunta si os encontráis en adecuación de estar visibles».

MAROTTE.- ¡Diantre! No entiendo latín y no he aprendido como vos la filosofía en el Gran Círculo.

MADELÓN.- ¡Impertinente! ¡No hay modo de sufrir esto! ¿Y quién es el amo de ese lacayo?

MAROTTE.- Le ha llamado el marqués de Mascarilla.

MADELÓN.- ¡Ah querida mía, un marqués! Sí; id a decir que se nos puede ver. Es, sin duda, un ingenio que habrá oído hablar de nosotras.

CATHOS.- Seguramente, querida.

MADELÓN.- Hay que recibirlle en esta sala baja mejor que en nuestro aposento. Aviemos un poco nuestros cabellos, por lo menos, y mantengamos nuestra reputación. ¡Pronto!, traednos aquí el consejo de las Gracias.

MAROTTE.- ¡Por vida de...! No sé que animal es ese; hay que hablar en cristiano si queréis que os entienda.

CATHOS.- Traednos el espejo, ignorante, y guardaos mucho de mancillar su luna con la interposición de vuestra imagen. (*Vase.*)

Escena VIII

MASCARILLA y dos PORTEADORES DE LITERA.

MASCARILLA.- ¡Hola, porteadores, hola! ¡Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya! Paréceme que estos bergantes tienen el propósito de destrozarme a fuerza de chocar contra los muros y el empedrado.

PRIMER PORTEADOR.- ¡Pardiez! Es que la puerta resulta estrecha. También habéis querido que entrásemos hasta aquí.

MASCARILLA.- Ya lo creo. ¿Querríais, ganapanes, que expusiera la robustez de mis plumas a las inclemencias de la estación lluviosa y que fuera a hundir mis zapatos en el barro? Vamos, quitad vuestra litera de aquí.

SEGUNDO PORTEADOR.- Pagadnos, si os place, señor.

MASCARILLA.- ¿Eh?



SEGUNDO PORTEADOR.- Digo, señor, que nos deis dinero, si gustáis.

MASCARILLA.- (**Dándole un bofetón.**) ¿Cómo, pícaro, pedís dinero a una persona de mi calidad?

SEGUNDO PORTEADOR.- ¿Es así como se paga a la pobre gente? ¿Y vuestra calidad nos dará de comer?

MASCARILLA.- ¡Ah, ah! ¡Ya os enseñaré a conoceros! ¡Atreverse este canalla a burlarse de mí!

PRIMER PORTEADOR.- (**Cogiendo uno de los varales de la litera.**) Vamos, pagadnos prontamente.

MASCARILLA.- ¡Cómo!

PRIMER PORTEADOR.- Digo que quiero el dinero, sin dilación.

MASCARILLA.- Es razonable.

PRIMER PORTEADOR.- Pronto, pues.

MASCARILLA.- ¡Diantre! Tú hablas como hay que hacerlo; pero el otro es un bribón que no sabe lo que dice. Ten: ¿Estás contento?

PRIMER PORTEADOR.- No; no estoy contento; habéis dado un bofetón a mi camarada, y...
(Alzando su varal.)

MASCARILLA.- Poco a poco. Ten: ahí va, por el bofetón. Se consigue todo de mí por las buenas. Id y volved a recogerme dentro de un rato para ir al Louvre y asistir a la entrada del rey en el lecho.

Escena IX

MAROTTE y MASCARILLA.

MAROTTE.- Señor, dentro de un momento vendrán mis amas.

MASCARILLA.- Que no se apresuren; estoy aquí instalado cómodamente para esperar.

MAROTTE.- Ya llegan.

Escena X

MADELÓN, CATHOS, MASCARILLA y MAROTTE.

MASCARILLA.- (**Después de haber saludado.**) Señoras mías, os sorprenderá, sin duda, la osadía de mi visita; mas vuestra reputación os acarrea este mal negocio, y el mérito posee para mí tan poderosos encantos, que corro tras él por todas partes.

MADELÓN.- Si perseguis el mérito, no debéis cazar en nuestras tierras.

CATHOS.- Para ver mérito en nosotras es preciso que lo hayáis aportado vos mismo.

MASCARILLA.- ¡Ah! Alego falsedad en vuestra palabra. La fama pone justamente de manifiesto lo que valéis, y vais a dar pique, repique y capote a todo cuanto hay de galante en París.

MADELÓN.- Vuestra deferencia lleva demasiado adelante la liberalidad de sus alabanzas, y mi prima y yo nos guardamos muy bien de tomar en serio la benevolencia de vuestra lisonja.

CATHOS.- Querida, habría que ofrecer sillas.

MADELÓN.- ¡Marotte!

MAROTTE.- Señora.

MADELÓN.- Pronto; acarreadnos aquí las comodidades para la conversación.

(Sale MAROTTE.)

MASCARILLA.- Mas, ¿habrá, al menos, aquí seguridad para mí?

CATHOS.- ¿Qué teméis?

(Vuelve MAROTTE con un sillón y sale de nuevo.)

MASCARILLA.- Algún robo de mi corazón, cualquier asesinato de mi franqueza. Veo aquí ojos que tienen aspecto de ser muy malas piezas, de atacar a las libertades y de tratar a un alma como el Turco al Moro. ¡Cómo, diablo! No bien se les acerca uno, se ponen en mortífera guarda. ¡Ah! Desconfío, a fe mía. Y voy a poner pies en polvorosa o exijo garantía burguesa de que no me harán ningún daño.

MADELÓN.- Querida mía, es un carácter jovial.

CATHOS.- Ya veo que es realmente un Amílcar.

MADELÓN.- No temáis nada; nuestros ojos no tienen malos propósitos y vuestro corazón puede descansar con tranquilidad en su probidad.

CATHOS.- Mas, por favor, caballero, no seáis inexorable con este sillón que os tiende los brazos hace un cuarto de hora; satisfaced un tanto el deseo que tiene de abrazaros.

MASCARILLA.- (**Después de haberse atusado la cabellera y dado unos toques a sus cañones.**) Pues bien, señoras mías, ¿qué decís de París?

MADELÓN.- ¡Ay! ¿Y qué podríamos decir? Habría que ser antípoda de la razón para no confesar que París es el gran mostrador de las maravillas, el centro del buen gusto, del ingenio y de la galantería.



MASCARILLA.- Por mi parte, afirmo que, fuera de París, no hay salvación para las personas de probidad.

CATHOS.- Es un verdad irrebatible.

MASCARILLA.- Está un poco embarrado, pero tenemos la litera.

MADELÓN.- En verdad que la litera es un atrincheramiento maravilloso contra las injurias del barro y del mal tiempo.

MASCARILLA.- ¿Recibís muchas visitas? ¿Qué ingenio os frecuenta?

MADELÓN.- ¡Ay! No somos aún conocidas; mas estamos en camino de serlo, y tenemos un amiga particular que nos ha prometido aportarnos aquí todos esos señores de la Compilación de Obras Escogidas.

CATHOS.- Y a algunos otros que nos han mencionado también como árbitros soberanos de las bellas cosas.

MASCARILLA.- Yo serviré vuestros deseos mejor que nadie; todos ellos me visitan, y puedo decir que no me levanto nunca sin media docena de ingenios alrededor.

MADELÓN.- ¡Ah Dios mío! Os quedaremos agradecidas hasta lo sumo si nos hacéis esa merced, ya que, en fin, es preciso tratar conocimiento con todos esos señores si quiere una pertenecer al gran mundo. Ellos son los que ponen en movimiento la reputación en París, y ya sabéis que hay algunos cuyo solo trato basta para daros fama de inteligente, aunque no hubiera otra cosa. Mas, por mi parte, lo que pienso, especialmente, es que, por medio de esas visitas espirituales, se informa una de ciertas cosas que hay que saber necesariamente, y que son esenciales a un espíritu escogido. Con ellos se conocen a diario las pequeñas noticias galantes, las lindas relaciones en prosa y verso. Se sabe a punto fijo que aquel ha compuesto la más bella obra del mundo sobre tal tema; que tal otro ha escrito la letra de tal aire; que éste ha hecho un madrigal sobre un goce; que el de más allá ha compuesto unas estancias sobre un infidelidad; que el caballero tal escribió anoche una sextilla a la señorita cuál, cuya respuesta le ha enviado ella esta mañana alrededor de las ocho; que tal autor ha formulado tal proyecto; que aquel otro está en la tercera parte de su novela, y que éste tiene sus obras en las prensas. Eso es lo que da realce en las reuniones, y si se ignoran es cosas, no daría yo un sueldo por el ingenio que pueda tenerse.

CATHOS.- En efecto, encuentro que es enaltecer el ridículo el que una persona se jacte de talento y no sepa hasta la menor cuarteta que hace cotidianamente; y, por mi parte, me sentiría altamente sonrojada en caso de que vinieran a preguntarme si había yo visto algo nuevo y fuera negativa mi respuesta.

MASCARILLA.- En verdad es afrentoso no ser los primeros en saber todo cuanto se hace; pero no os inquietéis: quiero fundar en vuestra casa una academia del buen tono, y os prometo que no se hará un solo verso en París que no sepáis de memoria antes que todos los demás. Por mi parte, tal como me veis, me aplico a ello un poco cuando quiero, y veréis circular por las bellas callejas de París, cual muestras de mi estilo, doscientas canciones, otros tantos sonetos, cuatrocientos epigramas y más de mil madrigales, sin contar los enigmas y los retratos.

MADELÓN.- Os confieso que me desvivo furiosamente por los retratos; no encuentro nada tan galante como eso.

MASCARILLA.- Los retratos son difíciles y requieren un profundo ingenio; y ya veréis algunos de mi estilo que no os disgustarán.

CATHOS.- Yo, por mi parte, adoro con frenesí los enigmas.

MASCARILLA.- Eso ejercita el ingenio, y esta misma mañana he hecho cuatro, que os daré a resolver.

MADELÓN.- Los madrigales son agradables cuando están bien hechos.

MASCARILLA.- Son mi habilidad especial, y me dedico ahora a escribir en madrigales toda la historia romana.

MADELÓN.- ¡Ah! Será realmente algo de una perfecta belleza; me reservaré un ejemplar, cuando menos, si la hacéis imprimir.

MASCARILLA.- Os prometo reservároslos a cada una y de los mejor encuadrados. Ello está por debajo de mi condición; mas lo hago solamente para dar a ganar a los libreros que me persiguen.

MADELÓN.- ¡Me imagino que será un gran placer verse impresos!

MASCARILLA.- Sin duda. Mas, a propósito, tengo que repetiros una improvisación que hice ayer en casa de una duquesa amiga mía, a quien fui a visitar, pues soy endemoniadamente hábil en improvisaciones.

CATHOS.- La improvisación es precisamente la piedra de toque del ingenio.

MASCARILLA.- Escuchad, pues.

MADELÓN.- Somos todo oídos.

MASCARILLA.- ¡Oh, Oh!, no estaba atento; mientras os miro, sin vil pensamiento. Vuestros ojos furtivos, róbanme el corazón. ¡Al ladrón, al ladrón, al ladrón, al ladrón!

CATHOS.- ¡Ah, Dios mío! Es llegar al más alto grado de la galantería.

MASCARILLA.- Todo cuanto hago tiene un aire de soltura; no huele a pedante.

MADELÓN.- Está a más de dos mil leguas de ello.



MASCARILLA.- ¿Habéis observado ese principio? ¡Oh, oh! Es extraordinario. ¡Oh, oh! como un hombre que cae de pronto en la cuenta. ¡Oh, oh! Es la sorpresa, ¡Oh, oh!

MADELÓN.- Sí; encuentro admirable ese ioh, oh!

MASCARILLA.- Parece que no es nada.

CATHOS.- ¡Ah, Dios mío! ¿qué decís? Estas son cosas que no tienen precio.

MADELÓN.- Sin duda, y mejor preferiría haber hecho es «ioh, oh!» que un poema épico.

MASCARILLA.- ¡Voto a bríos! Tenéis un gusto excelente.

MADELÓN.- ¡Vaya! No lo tengo del todo malo.

MASCARILLA.- Pero ¿no admiráis también ese «no estaba atento», «no estaba atento», no lo advertía? Manera natural de hablar; «no estaba atento, mientras os miro, sin vil pensamiento», mientras inocentemente, sin malicia ni impureza, como un pobre carnero «os miro», es decir, me complazco en contemplarlos, os observo, os examino; «vuestros ojos, furtivos...» ¿Qué os parece esa palabra «furtivos»? ¿No está bien escogida?

CATHOS.- Perfectamente bien.

MASCARILLA.- «Furtivos», es decir, obrando a escondidas; parece como si fuera una gato que acaba de coger un ratón; «furtivos»...

MADELÓN.- No puede haber nada mejor.

MASCARILLA.- «Róbanme el corazón». Me lo arrebatan, me lo quitan. «¡Al ladrón, al ladrón, al ladrón, al ladrón!»

MADELÓN.- Preciso es confesar que eso tiene un tono espiritual y galante.

MASCARILLA.- Quiero repetiros el aria que he compuesto sobre eso.

CATHOS.- ¿Habéis aprendido música?

MASCARILLA.- ¿Yo? En absoluto.

CATHOS.- ¿Y cómo puede realizarse eso?

MASCARILLA.- La gente de calidad lo sabe todo sin haber aprendido nunca nada.

MADELÓN.- Seguramente, querido.

MASCARILLA.- Escuchad, a ver si el aria es de vuestro agrado: «¡Tra, lara, la, lala, la!» La brutalidad de la estación ha ultrajado furiosamente la delicadeza de mi voz, mas no importa; tarareo a la soldadesca. (Canta.) «¡Oh, oh! No estaba atento...»

CATHOS.- ¡Ah!, aya un aria apasionada. ¿No provoca la muerte?

MADELÓN.- Hay cromatismo en eso.

MASCARILLA.- ¿No encontráis bien expresado el pensamiento en la canción? «¡Al ladrón!...» Y luego, como si se gritara muy fuerte: «Al, al, al, al, al ladrón». Y súbitamente, como una persona sin aliento: «¡Al ladrón!».

MADELÓN.- Eso es saber la entraña de las cosas, la verdadera entraña, la entraña de la entraña. Todo es maravilloso, os lo aseguro; me entusiasman el aria y la letra.

CATHOS.- No he visto nunca nada de tal vigor.

MASCARILLA.- Todo cuanto hago se me ocurre espontáneamente, sin estudio.

MADELÓN.- La Naturaleza os ha tratado como una verdadera madre apasionada, y sois su hijo mimado.

MASCARILLA.- ¿En qué empleáis el tiempo?

CATHOS.- En nada absolutamente.

MADELÓN.- Hemos estado hasta ahora en un ayuno espantoso de diversiones.

MASCARILLA.- Me ofrezco para llevaros uno de estos días a la comedia, si queréis, ya que van a representar una nueva, y me agradaría que la viésemos juntos.

MADELÓN.- No podemos negarnos.

MASCARILLA.- Mas os pido que aplaudáis como es debido cuando estemos allí, pues me he comprometido a hacer triunfar la obra, y el autor ha venido a rogármelo esta misma mañana. Es costumbre aquí que vengan los autores a nosotros, las personas de calidad, a leernos sus obras nuevas y a conseguirles fama, iy ya podéis imaginaros si, cuando decimos nosotros algo, se atreve el patio a contradecirnos! Por mi parte, soy muy cumplidor, y cuando prometo a algún poeta, grito siempre: «¡Esto es hermoso!», antes que estén encendidas las candilejas.

MADELÓN.- No tenéis que decírmelo. París es un lugar admirable. Pasan en él, a diario, cien cosas que se ignoran en provincias por muy espiritual que pueda una ser.

CATHOS.- Con esto basta; y que estamos enteradas, será un deber nuestro alzar la voz como es debido ante todo lo que digan.

MASCARILLA.- No sé si me equivocaré; mas tenéis todo el aspecto de haber hecho alguna comedia.

MADELÓN.- ¡Bah! Pudiera ocurrir algo de lo que decís.

MASCARILLA.- ¡Ah!, a fe mía. Habrá que verla. Entre nosotros, he escrito una que quiero hacer representar.

CATHOS.- ¡Vaya! ¿Y a qué comediantes la entregaréis?

MASCARILLA.- ¡Linda pregunta! A los grandes comediantes; solo ellos son capaces de dar valor a las cosas; los otros son unos ignorantes, que recitan como si hablasen; no saben hacer sonar los versos y detenerse en el buen momento. ¿Y cómo se podría saber dónde se halla el bello verso, si el comediante no se detiene en él y no nos advierte así que hay que provocar el murmullo?



Provincia de Tierra del Fuego.
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



CATHOS.- En efecto, hay maneras de hacer percibir a los oyentes las bellezas de una obra, y las cosas solo valen lo que se las hace valer.

MASCARILLA.- ¿Qué os parecen estas prendas menores? ¿Las encontráis congruentes con el traje?

CATHOS.- Por completo.

MASCARILLA.- ¿Está bien escogida la cinta?

MADELÓN.- Furiosamente bien. Es puro Perdrigeon.

MASCARILLA.- ¿Qué decís de mi encañonado?

MADELÓN.- Tiene un aspecto soberbio.

MASCARILLA.- Puedo alabarre al menos de que tiene una cuarta larga más que todos los que se fabrican.

MADELÓN.- Hay que confesar que no he visto nunca llevar a tan alto grado la elegancia del atavío.

MASCARILLA.- Fijad un poco en estos guantes la reflexión de vuestro olfato.

MADELÓN.- Huelen rabiosamente bien.

CATHOS.- No he respirado nunca un olor tan bien acondicionado.

MASCARILLA.- ¿Y éste? (Da a oler sus cabellos.)

MADELÓN.- Es de verdadera calidad: lo sublime se siente deliciosamente afectado por él.

MASCARILLA.- ¿No me decís nada de mis plumas? ¿Cómo las encontráis?

CATHOS.- Espantosamente bellas.

MASCARILLA.- ¿No sabéis que me cuesta un luis de oro cada pluma? Tengo la manía de proveerme generalmente de todo lo más bello.

MADELÓN.- Os aseguro que simpatizamos vos y yo. Tengo una delicadeza furiosa por todo lo que uso; y desde mi pelo hasta mis calcetines, no puedo tolerar nada que no provenga de una mano maestra.

MASCARILLA.- (Con bruscas exclamaciones.) ¡Ay, ay, ay! ¡Con cuidado! ¡Maldita sea! Señoras mías, está muy mal tratar así; tengo que quejarme de vuestro proceder, no es honrado.

CATHOS.- ¿Qué sucede? ¿Qué os pasa?

MASCARILLA.- ¡Cómo! ¡Las dos al mismo tiempo contra mi corazón! ¡Atacarme a derecha y a izquierda! ¡Ah! Eso es opuesto al derecho de gentes; no es igual la partida, y voy a gritar que me matan.

CATHOS.- Hay que confesar que dice las cosas de una manera especial.

MADELÓN.- Tiene un estilo de una expresión admirable.

CATHOS.- Sentís más miedo que daño, y vuestro corazón grita antes de que lo destrocen.

MASCARILLA.- ¡Cómo, diablo!... Está destrozado desde la cabeza a los pies.

Escena XI

CATHOS, MADELÓN, MASCARILLA y MAROTTE.

MAROTTE.- Señora, quieren veros.

MADELÓN.- ¿Quién?

MAROTTE.- El vizconde de Jodelet.

MADELÓN.- ¿El vizconde de Jodelet?

MAROTTE.- Sí, señora.

CATHOS.- ¿Le conocéis?

MASCARILLA.- Es mi mejor amigo.

MADELÓN.- Hacedle entrar prontamente.

(Sale MAROTTE.)

MASCARILLA.- Hace algún tiempo que no nos hemos visto y me encanta esta aventura.

CATHOS.- Hele aquí.

Escena XII

CATHOS, MADELÓN, JODELET, MASCARILLA y MAROTTE.

MASCARILLA.- ¡Ah, vizconde!

JODELET.- (Mientras se abrazan.) ¡Ah, marqués!

MASCARILLA.- ¡Cuánto me complace verte!

JODELET.- ¡Qué alegría me da encontrarte aquí!

MASCARILLA.- Abrázame otra vez, te lo ruego.

MADELÓN.- (A CATHOS.) Mi buena prima, empezamos a ser conocidas; he aquí el gran mundo que acude ya a visitarnos.

MASCARILLA.- Señoras mías, permitid que os presente a este caballero; a fe mía que es digno de que le conozcáis.

JODELET.- Justo es venir a rendiros lo que se os debe; y vuestros encantos exigen sus derechos señoriales sobre toda clase de personas.

MADELÓN.- Eso es llevar vuestra cortesía hasta los últimos límites de la lisonja.

CATHOS.- Este día debe quedar señalado en nuestro almanaque como un día muy feliz.



MADELÓN.- (A MAROTTE.) Vamos, mocita, ¿Hay que repetiros siempre las cosas? ¿No veis que hace falta un sillón más?

MASCARILLA.- No os extrañe ver así al vizconde; acaba de salir de una enfermedad que le ha dejado el rostro pálido como veis.

(MAROTTE entra con un sillón y vuelve a salir.)

JODELET.- Son los frutos de las vigilias en la Corte y de las fatigas en la guerra.

MASCARILLA.- ¿No sabéis, señoras, que estáis viendo en el vizconde a uno de los hombres más esforzados del siglo? Es un valiente de pelo en pecho.

JODELET.- No me cedéis en nada, marqués; ya sabemos también lo que sabéis hacer.

MASCARILLA.- Ciento es que ya nos hemos encontrado los dos en la refriega.

JODELET.- Y en sitios donde hacía mucho calor.

MASCARILLA.- (Mirando a CATHOS y a MADELÓN.) Sí; pero no tanto como aquí. ¡Ay, ay, ay!

JODELET.- Nuestra amistad se forjó en la guerra, y la primera vez que nos vimos mandaba él un regimiento de caballería en las galeras de Malta.

MASCARILLA.- Es cierto; pero vos estabais, sin embargo, en ese punto antes de ocuparlo yo, y recuerdo que no era yo más que simple oficial aún, cuando ya mandabais vos dos mil caballos.

JODELET.- La guerra es una cosa muy bella; mas, a fe mía, la Corte recompensa hoy muy mal a alas gentes de servicio como nosotros.

MASCARILLA.- Lo cual hace que quiera yo ahorcar el uniforme.

CATHOS.- Yo, por mi parte, siento una furiosa ternura por los hombres de espada.

MADELÓN.- También yo los amo; mas quiero que el ingenio de realce a la bravura.

MASCARILLA.- ¿Te acuerdas, vizconde, de aquella media luna que arrebatamos a los enemigos en el sitio de Arrás?

JODELET.- ¡No tengo más remedio que recordarlo, pardiez! Fui herido allí en la pierna por una granada, y tengo aún las señales. Tocad un poco, por favor; así comprenderéis qué herida fue aquella.

CATHOS.- (Después de haberle tocado el sitio.) En verdad que es grande la cicatriz.

MASCARILLA.- Prestadme un instante vuestra mano y tocad esta: aquí precisamente detrás de la cabeza. ¿Lo notáis?

MADELÓN.- Sí; noto algo.

MASCARILLA.- Es un mosquetazo que recibí en la última campaña que hice.

JODELET.- (Descubriendo su pecho.) He aquí otra herida que me atravesó de parte a parte en el ataque de Gravelinas.

MASCARILLA.- (Poniendo la mano en el botón de sus calzones.) Voy a mostráros una rabiosa llaga.

MADELÓN.- No es necesario; lo creemos sin verla.

MASCARILLA.- Son las huellas honrosas que revelan lo que uno es.

CATHOS.- No dudamos de lo que sois.

MASCARILLA.- Vizconde, ¿tienes ahí tu carroza?

JODELET.- Sí, ¿para qué?

MASCARILLA.- Llevaríamos a pasear a estas damas fuera de puertas y les haríamos un regalo.

MADELÓN.- No podemos salir hoy.

MASCARILLA.- Traigamos violines para danzar.

JODELET.- ¡A fe mía!, está bien pensado.

MADELÓN.- A eso sí accedemos; pero haría falta algún incremento de compañía.

MASCARILLA.- ¡Hola! ¡Champaña, Picard, Bourguignon, Cascarilla! ¡Al diablo todos los lacayos! Estoy seguro de que no hay en Francia un caballero peor servido que yo. Esos canallas me dejan siempre solo.

MADELÓN.- ¡Marotte!

(Entra MAROTTE.)

Decid a las gentes del señor que vayan a buscar unos violines, y haced que vengan esos señores y esas damas de aquí cerca para poblar la soledad de nuestro baile.

(MAROTTE se va.)

MASCARILLA.- Vizconde, ¿qué dices de estos ojos?

JODELET.- ¿Y qué te parecen a ti, marqués?

MASCARILLA.- Pues yo digo que les va a costar trabajo a nuestras libertades sacar de aquí las bragas enjutas. Al menos, por mi parte, experimento extrañas sacudidas, y mi alma pende de un hilo.

MADELÓN.- ¡Qué natural es todo lo que dice! Expresa las cosas del modo más agradable del mundo.

CATHOS.- En verdad, hace un furioso derroche de ingenio.



MASCARILLA.- Para mostráros que es verdad, voy a haceros una improvisación ahora mismo. (**Medita.**)

CATHOS.- Os conjuro con toda la devoción de mi alma a que nos hagáis oír algo que haya sido compuesto para nosotras.

JODELET.- Desearía yo hacer otro tanto; mas me encuentro un poco molesto de la vena poética por la cantidad de sangrías que he practicado en ella estos días pasados.

MASCARILLA.- ¿Qué diablos pasa? Hago siempre bien el primer verso; pero me cuesta trabajo componer los demás. A fe mía, esto es quizá harto apresurado; os haré despacio una improvisación, que os parecerá la más bella del mundo.

JODELET.- Tiene un ingenio endemoniado.

MADELÓN.- Y galanura y estilo florido.

MASCARILLA.- Dime, vizconde: ¿Hace mucho tiempo que no has visto a la condesa?

JODELET.- Hace más de tres semanas que no la he visitado.

MASCARILLA.- ¿No sabes que el duque ha venido a verme esta mañana y ha querido llevarme al campo a correr un ciervo con él?

Escena XIII

MADELÓN, CATHOS, MASCARILLA, JODELET y MAROTTE.

MAROTTE.- Ya están listos los violines.

MADELÓN.- Muy bien. Decidles que ya pueden comenzar a tocar.

MASCARILLA.- (**Bailando él solo, como preludio.**) ¡La, la, la, la, la, la, la!

MADELÓN.- Tiene un talle muy elegante.

CATHOS.- Y aspecto de danzar primorosamente.

MASCARILLA.- (**Sacando a MADELÓN a bailar.**) Mi franqueza va a danzar la corriente lo mismo que mis pies. A compás, violines, a compás. ¡Oh, qué ignorantes! No hay manera de bailar con ellos. ¡Que el diablo os lleve! ¿No sabéis tocar llevando el compás? ¡La, la, la, la, la, la!

Con brío. ¡Oh violines de pueblo!

(Los cuatro bailan en medio de la escena.)

JODELET.- (**Después del baile. Jadeando.**) ¡Hola! No apresuréis tanto el compás, que acabo de salir de una enfermedad.

Escena XIV

DU CROISY, LA GRANGE, CATHOS, MADELÓN, JODELET, MASCARILLA y MAROTTE.

LA GRANGE.- (**Con un palo en la mano.**) ¡Ah, bergantes! ¿Qué hacéis aquí? Hace tres horas que os buscamos.

MASCARILLA.- (**Al sentirse golpeado.**) ¡Ay, ay, ay! ¡No me habíais dicho que los golpes estarían incluidos también!

JODELET.- ¡Ay, ay, ay!

LA GRANGE.- ¡Es muy de vuestro estilo, infame, querer dárosla de hombre importante!

DU CROISY.- Esto nos enseñará a conoceros.

Escena XV

MADELÓN.- ¿Qué quiere decir esto?

JODELET.- Es una apuesta

CATHOS.- ¡Cómo, dejaros pegar de ese modo!

MASCARILLA.- ¡Dios mío! No he querido darme por entendido porque soy violento y me hubiera enfurecido.

MADELÓN.- ¡Soportar una afrenta así, en nuestra presencia!

MASCARILLA.- No es nada; dejémoslo ahí. Nos conocemos desde hace largo tiempo, y entre amigos no va uno a ofenderse por tan poca cosa.

Escena XVI

LA GRANGE.- (**Pegándole.**) A fe mía, bergante, no os reiréis de nosotros, os lo prometo.

MADELÓN.- ¿Qué osadía es esta de venir a perturbarnos así en nuestra casa?

DU CROISY.- ¡Cómo, señoras mías! ¡Vamos a tolerar que nuestros lacayos sean mejor recibidos que nosotros, que vengan a hacerlos el amor a costa nuestra y a disponer el baile?

MADELÓN.- ¿Vuestros lacayos?

LA GRANGE.- Sí, nuestros lacayos. Y no es ni bonito ni honesto pervertirlos como estabais haciendo.

MADELÓN.- ¡Oh, cielos, qué insolencia!

LA GRANGE.- Mas no sacarán partido de nuestras ropas para daros dentera, y si queréis amarles será, a fe mía, por sus lindos ojos. Pronto, desnudaos sin dilación.

JODELET.- (**Mientras se desnuda.**) ¡Adiós nuestro boato!

MASCARILLA.- (**Quitándose la ropa.**) He aquí el marquesado y el vizcondado por los suelos.



DU CROISY.- ¡Ah, pícaros! ¿Tenéis la osadía de entrar en competencia con nosotros? Iréis a buscar en otro sitio con qué haceros agradables a los ojos de vuestras bellezas, os lo aseguro.

LA GRANGE.- Es ya demasiado esto de suplantarnos y de hacerlo además, con nuestros propios indumentos.

MASCARILLA.- ¡Oh fortuna, qué inconstancia la tuya!

DU CROISY.- Pronto, quitaos hasta menor prenda.

LA GRANGE.- Que se lleven todas esas ropas, daos prisa.

(MAROTTE recoge las ropas y sale de escena con ellas.)

Y ahora, señoras, en el estado en que se encuentran podéis proseguir vuestros amores con ellos hasta que os plazca; os dejamos en completa libertad de hacerlo, y os aseguramos, el señor y yo, que no nos sentiremos nada celosos por ello.

(Salen LA GRANGE y DU CROISY.)

Escena XVII

MADELÓN, CATHOS, JODELET, MASCARILLA y MAROTTE.

CATHOS.- ¡Ah, qué sinvergüenza!

MADELÓN.- Me muero de despecho

MAROTTE.- (Entrando. A MASCARILLA.) ¿Qué es esto? ¿Quién va a pagar a los violines?

MASCARILLA.- Preguntad al señor vizconde.

MAROTTE.- (A JODELET.) ¿Quién le dará el dinero?

JODELET.- Preguntad al señor marqués.

Escena XVIII

GORGIBUS, MADELÓN, CATHOS, JODELET, MASCARILLA y MAROTTE.

GORGIBUS.- (Entrando.) ¡Ah bribones, en buen apuro nos ponéis por lo que veo! Y acabo de enterarme de lindas cosas, realmente, por esos caballeros que salen.

MADELÓN.- ¡Ah padre mío, nos han gastado una broma sangrienta!

GORGIBUS.- ¡Sí! es una broma sangrienta, resultado de vuestra impertinencia, infames! Les ha ofendido el trato que les habéis dado, y sin embargo, desdichado de mí, tengo que tragarme la afrenta.

MADELÓN.- Juro que tomaremos venganza de ello o que moriré en el intento. Y vosotros, bergantes, ¿osáis permanecer aquí después de vuestra insolencia?

MASCARILLA.- ¡Tratar de este modo a un marqués! Así es el mundo: la menor desgracia hace que nos desprecien aquellos que nos querían. Vamos, camarada; vamos a buscar fortuna a otra parte; bien veo que aquí no se ama más que la vana apariencia, y que no se considera nada a la virtud totalmente desnuda.

Escena XIX

GORGIBUS, MADELÓN, CATHOS y MAROTTE.

MAROTTE.- Señor, los violines pretenden cobrar por su trabajo.

GORGIBUS.- (Yendo hacia MAROTTE.) Sí, sí. Voy a pagarles, y aquí tenéis la moneda con que quiero hacerlo.

(MAROTTE se va corriendo.)

Y vosotras, tunantas, no sé qué me detiene para no trataros de igual modo; vamos a servir de mofa y de irrisión a todo el mundo. Esto es lo que habéis conseguido con vuestras extravagancias. Id a esconderos, miserables; id a esconderos para siempre.

(MADELÓN y CATHOS salen corriendo.)

Y vosotros, causantes de su locura, necios desatinos, perniciosas diversiones de los espíritus ociosos, novelas, versos, canciones y sonetos, iasí se os lleven todos los diablos!

FIN



ROMANTICISMO

Al iniciarse el siglo XIX, en Europa, se consolida la burguesía como clase social, se producen grandes avances científicos y tecnológicos, nace el proletariado urbano y surge la expresión de la nacionalidad. En el terreno del arte, se impone el racionalismo de los iluministas franceses, y la normativa clásica de Boileau se observa, en la pintura, con el Neoclasicismo.

Pero, al mismo tiempo, aparecen nuevos movimientos que llevan el signo de la época: el Romanticismo y el Realismo. Ambos están ligados a la burguesía como clase social dominante; los dos, cada uno a su modo, buscan reivindicar los valores humanos. Así, el Romanticismo crea voces poéticas soñadoras, llenas de melancolía, apagadas a la naturaleza, que se afirman en el sufrimiento y en la desolación. El Realismo, en cambio, corriente que se consolida en la segunda mitad del siglo XIX, escapa del idealismo de los románticos y procura pintar, en las páginas literarias, la realidad social por medio de héroes desposeídos y marginados.

Entre dos modos de ver la realidad

"El útil término 'romántico' [...] no se empleó sino hasta que posteriormente los últimos historiadores literarios Victorianos volvieron los ojos a los primeros años del siglo XIX. Desde entonces, la palabra se ha referido no sólo a un período cultural, tanto en Inglaterra como en el continente europeo, sino a un tipo de arte que es eterno y recurrente, considerado por lo general en alguna clase de oposición al arte llamado clásico o neoclásico. El término se remonta a una forma literaria, el romance, narración maravillosa suspendida hasta cierto punto entre el mito y la representación naturalista".

Bloom, Harold. *La Compañía Visionaria. Niltiam Blake*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 1999.

"Cuando entre once y doce de la noche, encontraba a un obrero y su mujer que volvían juntos del Ambigu-Comique, me entretenía en seguirlos [...]. Escuchando a aquellas gentes, yo podía compartir su vida, sentía sus harapos sobre mi espalda, caminaba con los pies en sus zapatos agujereados; sus deseos, sus necesidades, todo ello pasaba a mi alma, si no es que mi alma pasaba a la suya".

Balzac, Honoré de, citado en: *El siglo m. Romanticismo y Realismo. Historia de la literatura Mundial. Capítulo Universal*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969.

- Lean el fragmento seleccionado de Harold Bloom, que se encuentra bajo el título "Entre dos modos de ver la realidad". De acuerdo con este texto y con los principios del Clasicismo expuestos en el capítulo anterior, esbozen las características que ha de tener el arte romántico de este período.
- Honoré de Balzac (1799-1850) fue uno de los primeros escritores franceses que cultivó el Realismo. Determinen los rasgos de su literatura a partir del fragmento que se transcribe bajo el título "Entre dos modos de ver la realidad".

La sociedad europea de principios del siglo XIX

El comienzo del siglo XIX en Europa se caracterizó por una serie de transformaciones sociales que tuvieron consecuencias tanto de orden político como cultural: la consolidación de la burguesía, el apogeo de los avances científicos y tecnológicos, el surgimiento del proletariado urbano, la expansión imperialista y la expresión de la nacionalidad.

Con la Revolución Francesa producida en 1789, es decir, hacia finales del siglo XVIII, ascendió al poder una nueva clase social: la burguesía, lo que originó una redistribución del poder que estaba en manos de la nobleza. Esta revolución repercutió en toda Europa, y sus principios y proclamas se extendieron mucho más allá del ámbito en que se había producido.

Los progresos científicos y tecnológicos que comenzaron a perfilarse con la nueva clase social emergente llegaron, en el siglo XIX, a su apogeo. Así tuvo lugar un gran desarrollo industrial, una tecnificación en la producción que transformó profundamente la estructura económica de Europa.

Asimismo, una de las modificaciones más destacables fue que la organización de las comunidades cambió. Su conducción se trasladó a las ciudades, y la producción agraria perdió importancia y quedó relegada al papel de proveedora de materias primas, que fueron procesadas en los grandes núcleos urbanos.

Pero mientras la nueva clase social emergente, la burguesía, se consolidaba y enriquecía, surgía de manera paralela otra clase social: el proletariado, integrado por obreros que estaban sujetos a condiciones de vida indignas, sin leyes que protegieran su trabajo y con jornadas laborales agobiantes, de las que no eran excluidos ni siquiera los niños.



Mientras las grandes ciudades florecían por la gran concentración de gente y, en consecuencia, por el consumo siempre creciente, el medio rural se hacía cada vez más pobre. De esta forma, la consolidación de la sociedad burguesa llevaba en sí misma, paradójicamente, el germen de su propia destrucción.

La expansión imperialista

La tecnología permitió la producción a gran escala y, de esta forma, la acumulación de capitales por parte de muchos Estados europeos, entre los que se destacan Francia y el Reino Unido. La consecuencia inmediata de este fenómeno fue el deseo de expansión de los Estados más ricos, más allá de sus propios límites territoriales; es decir, el desarrollo de un imperialismo necesario para encontrar nuevos productos que, ahora, se elaboraban en una escala superior a las posibilidades de consumo local. La supremacía europea se consolidó así en diversas partes del mundo (por ejemplo, el Reino Unido y Francia se aseguraron sus colonias en el África).

Paralelamente a la expansión imperialista, se gestó un ansia de rebelión en los pueblos sometidos tanto dentro del continente europeo como fuera de él. Fue a principios del siglo XIX, por ejemplo, cuando tuvo lugar la gesta emancipadora del Nuevo Mundo, es decir, de las colonias españolas en América. Pero también se sublevaron muchos pueblos europeos sometidos. Surgió, de este modo, el fenómeno que puede ser considerado uno de los más importantes del siglo XIX: el origen de las nacionalidades.

La expresión de la nacionalidad.

Pese a la vocación imperialista de Napoleón, puede decirse que sus ejércitos tuvieron una influencia decisiva en la difusión de los principios de la Revolución Francesa, que proclamaban libertad, igualdad, fraternidad y que desdenaban el poder del clero y de la aristocracia para reivindicar el de la burguesía. Hasta su derrota definitiva en 1815, en la batalla de Waterloo, Napoleón se dedicó a expandir estos principios que constituyan un fermento revolucionario. Por lo tanto, los pueblos oprimidos, estimulados por estas consignas, trataron de liberarse de quienes los sojuzgaban, luchando por su independencia o por su unidad. Esta lucha tuvo diversos focos.

- La mayor tensión se concentró en torno a Rusia, Prusia y Austria, que eran países dominantes y opresores, y en torno a Francia e Inglaterra, que apoyaron los movimientos revolucionarios, aunque estos países no carecían de disturbios interiores.
- Alemania e Italia, dos pueblos con una larga tradición cultural, asistieron al resurgimiento de un fuerte sentimiento nacional que se concretó en la segunda mitad del siglo.
- Los países escandinavos encontraron un motivo de unidad en el rescate de sus tradiciones folclóricas.
- En Europa Central, la lucha por la nacionalidad adquirió un fuerte tinte político contra la dominación de los turcos.
- Los polacos, que recién pudieron conseguir su emancipación en el siglo XX, vieron renacer, sin embargo, durante los inicios del siglo XIX, un fuerte sentimiento nacional.
- Los checos y los eslovacos, bajo el dominio de la corona de Austria, demostraron su deseo de unificarse; mientras que los húngaros intentaron separarse violentamente de Austria.
- Los Países Bajos se transformaron en Estados independientes, y surgió Suiza como una entidad política autónoma.

La expresión de la nacionalidad.

Hasta que el origen de un intenso sentimiento nacional dio lugar a luchas por la independencia y por la unidad, el timón cultural lo comandaba Francia. Casi toda Europa reflejó la influencia de la cultura francesa. El francés era la lengua obligada de todo aquel que, en esa época, se considerara "culto" y, aun, las expresiones locales evidenciaban un marcado afrancesamiento. Casi ningún país se sustraía a esta tendencia.

Con relación a la filosofía, se imponía el racionalismo de los iluministas franceses, cuyas ideas tanto habían influido en la Revolución de 1789. Tanto la poesía como la expresión dramática estaban influidas por la normativa clásica; es decir, por la perceptiva de la Antigüedad grecolatina, que había sido rescatada por Nicolás Boileau en el siglo XVII. Pero el terreno en el que se observó, sobre todo, esta influencia -con el nombre de Neoclasicismo- fue la pintura.

Como sucede habitualmente, todos los nuevos movimientos culturales que surgieron en la primera mitad del siglo XIX lo hicieron en oposición a los preceptos del período anterior. En este caso, los nuevos conceptos estéticos constituyeron una negación del Clasicismo y del Neoclasicismo.

GUIA DE LECTURA

1. Enumeren las transformaciones políticas y sociales más destacadas que se produjeron en Europa a principios del siglo XIX. ¿Cuál fue la importancia de la Revolución Francesa en dichas transformaciones?
2. ¿Por qué surgieron fuertes sentimientos nacionales? Indiquen cuáles fueron las consecuencias políticas de estos sentimientos en los distintos pueblos europeos.
3. Describan la situación cultural de Europa en el comienzo del siglo XIX.



4. ¿Qué se entiende por Neoclasicismo? Indiquen cuál es la fuente fundamental de inspiración de este movimiento.

El romanticismo

Durante la primera mitad del siglo XIX, surgieron dos corrientes que tuvieron una influencia decisiva en la historia de la literatura y del arte, y que se oponían de manera terminante a los principios clásicos. Estos movimientos fueron el **Romanticismo** y el **Realismo**, cada uno de los cuales tiene características particulares y una raíz común, ya que ambos poseen una vinculación estrecha con el origen de la burguesía como clase social dominante. En consecuencia, los dos movimientos reivindican, a su manera, los valores del hombre que adquiere dignidad humana a través de una búsqueda personal.

La **dimensión heroica del hombre**, por lo tanto, ha sufrido un desplazamiento: ya no se encuentra en la dignidad abstracta de los héroes clásicos, sino **en las individualidades de las personas comunes**. De este modo, tanto los sentimientos gozosos, como el amor, hasta los padecimientos de las clases pobres adquirieron un carácter trascendente.

El Romanticismo se difundió por casi toda Europa. Su epicentro, sin embargo, estuvo en Alemania y en Inglaterra. El movimiento *Sturm und Drang* ("Tormenta e ímpetu") nucleó a los jóvenes románticos de diferentes regiones de Alemania en torno a la figura de Johann Wolfgang Goethe (1749-1832). **Estos jóvenes defendían los derechos del corazón y del sentimiento en contra de los rígidos imperativos de la razón** y alertaron contra uno de los peligros del hombre moderno: la deshumanización a que puede llevarlo la tecnología que lo aleja de la naturaleza. Un discípulo tardío de este movimiento fue Friedrich Schiller (1759-1805).

Inglaterra se caracterizó por el surgimiento de seis grandes poetas: William Blake (1757-1827), William Wordsworth (1770-1850), Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), Lord George Byron (1778-1824), Percy Shelley (1792-1722) y John Keats (1795-1821), que revolucionaron, con sus innovaciones, el panorama de la poesía. Pero los románticos ingleses también cultivaron el ensayo, género en el que se destacó Thomas de Quincey (1785-1859) y la prosa histórica, en la cual brilló Sir Walter Scott (1771-1832).

El artista héroe rebelde

El Romanticismo quebró los principios clásicos para instaurar una concepción más libre del quehacer artístico. De este modo, el artista comenzó a ser considerado como alguien capaz de romper las normas vigentes tanto en el orden creativo como social. Sus propios sentimientos se impusieron, entonces, sobre la preceptiva rígida, lo cual supuso un triunfo de su carácter individual de creador. Poco a poco, se fue consolidando la **imagen del artista como bohemio**, es decir, como alguien capaz de mantenerse al margen de los criterios de la comunidad a la que pertenece, de rechazarlos e, incluso, de socavar sus cimientos por medio de la creación de una obra que sólo responda a su propia interioridad, a sus propios deseos e instintos, sin tener que atenerse en absoluto a normativas impuestas desde el exterior.

El bohemio se transformó, de este modo, en una suerte de héroe negativo; es decir, en alguien cuyo valor radicaba, precisamente, en la oposición a los valores instituidos. Esta nueva concepción del artista es, con ciertas modificaciones, la que ha permanecido hasta hoy.

Las características de la creación romántica.

La producción romántica tiene ciertos rasgos comunes.

1. La imposición del sentimiento sobre la razón. Según la visión romántica, el creador debía dar crédito sólo a sus sentimientos, dejar hablar al corazón. Si la concepción neoclásica había estado teñida por el absoluto dominio de la razón y, en consecuencia, del equilibrio y la medida, el Romanticismo propuso liberarse de esa tiranía y abrir las compuertas de la sensibilidad. Por eso, suele decirse vulgarmente que alguien es romántico cuando está enamorado, cuando es sentimental o cuando tiene ideales que condicen más con sus propios principios o dictados interiores que con el materialismo que impera en la sociedad.

2. La libertad de la forma. Dado que la forma era considerada un medio de expresión de la subjetividad, no podía sino adaptarse a los requerimientos de esta y moverse libremente según las necesidades del creador. Para los neoclásicos, la forma era una expresión de la razón y podía representarse a través de una forma fija. Por el contrario, los románticos legitimaron el **impulso, el desorden, el desborde y la desmesura como parte sustancial de su estética**.

3. El culto del yo. Dado que la subjetividad era la verdadera protagonista del arte romántico, el **yo, lugar de la subjetividad por excelencia, adquirió también un papel protagónico**. Toda aventura de la subjetividad, es decir, toda expresión del yo más íntimo, tenía un costado heroico. El amante, por ejemplo, era un héroe que llevaba a cabo hazañas silenciosas: tolerar la manifestación amorosa con la misma entrega y resignación con que se tolera una enfermedad, entregarse al tormento de la pasión, sufrir afrontas y desengaños de la amada. La heroicidad era entendida como la lucha de la individualidad con un sentimiento interior o con una fuerza exterior -la pobreza, la desgracia, por ejemplo- que genera una intensa desdicha.



4. El paisaje exterior como expresión de la interioridad. Para la estética romántica, el paisaje en que se desarrollan los acontecimientos no era una realidad exterior al individuo, sino más bien una proyección de su propia interioridad: **el paisaje reflejaba sus estados de ánimo, sus emociones.** Los cielos tormentosos, los claroscuros, los escenarios desolados y, a veces, terroríficos, constituyán la expresión de las tormentas y de los abismos interiores del ser humano.

5. La revalorización de la Edad Media. Así como el Neoclasicismo re-valorizó la Antigüedad grecolatina, el Romanticismo rescató la Edad Media como fuente de inspiración, retomando sus temas y procedimientos artísticos. De allí provienen el gusto por lo pintoresco, lo folclórico, la expresión popular y la concepción del amor de los románticos.

6. El gusto por lo exótico. El rescate de las tradiciones folclóricas, una actitud acorde con el origen del sentimiento nacional, hizo que los románticos les dieran valor también a culturas que, para los europeos, resultaban exóticas. Así, la literatura romántica abunda en "japonerías" y "chinerías", a través de las cuales los escritores hacen irrumpir en el orden establecido **mundos extraños, misteriosos e idealizados.**

GUÍA DE LECTURA

1. ¿De qué modo surge el movimiento romántico? ¿A qué otro movimiento se opone y de qué forma?
2. ¿Qué países europeos fueron el epicentro del surgimiento del Romanticismo?
3. Determinen cuál era la concepción que el movimiento romántico tenía del artista. ¿Por qué esta concepción revoluciona la historia de la literatura?
4. Establezcan en qué medida esa concepción del artista se acerca o se aleja de la concepción actual. Fundamenten su opinión.
5. Determinen la importancia del "yo" en el movimiento romántico.
6. Sinteticen las características que definen el Romanticismo.

¿Qué es la poesía para los poetas españoles románticos?

Bécquer lo define así: "Hay una poesía magnífica y sonora; una poesía hija de la meditación y del arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, que se mueve con una cadenciosa majestad, habla a la imaginación, completa sus cuadros y la conduce a su antojo por un sendero desconocido, seduciéndola con su armonía y su hermosura. Hay otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con la palabra y huye, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía.

La primera tiene un valor dado: es la poesía de todo el mundo.

La segunda carece de medida absoluta, adquiere las proporciones de la imaginación que impresiona; puede llamarse la poesía de los poetas.

La primera es una melodía que nace, se desarrolla, acaba y se desvanece.

La segunda es un acorde que se arranca de un arpa, y se quedan las cuerdas vibrando con un zumbido armonioso.

Cuando se concluye aquélla, se dobla la hoja con una suave sonrisa de satisfacción.

Cuando se acaba ésta, se inclina la frente cargada de pensamientos sin nombre. La una es el fruto de la unión del arte y de la fantasía.

La otra es la centella inflamada que brota al choque del sentimiento y la pasión."

LEYENDAS DE BECQUER. ANÁLISIS

Las leyendas de Bécquer siguen el mismo esquema narrativo propuesto por Propp.

En las leyendas, el personaje principal, que siempre es masculino, recibe un estímulo (situación inicial) que lo ha de impulsar a transgredir la prohibición.

Leyenda

Los ojos verdes

La ajorca de oro

Rayo de luna

La corza blanca

El beso

El monte de las ánimas

El Gnomo

El Miserere

Situación Inicial

Búsqueda del ciervo que escapa hacia la fuente

Deseo de complacer a la amada. Búsqueda del amor ideal. Alusión al misterio de las corzas Visión de la estatua. Pérdida del lazo de Beatriz Referencia a los gnomos. Búsqueda de un nuevo Miserere



Prohibición

En las leyendas la prohibición se refiere siempre al hecho de acercarse o permanecer en un ámbito geográfico determinado y preciso durante la noche.

De este modo, como señala Acutis, en *Los ojos verdes*, *La corza blanca* y *El gnomo*, la prohibición se centra en un ámbito pequeño: fuentes o ruinas en donde habitan espíritus malignos:

“—¡Oh, no! dijo el montero— ¡Líbreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trasgo, demonio o mujer que habita en sus aguas tiene los ojos de ese color. Yo os juro por lo que más améis en la tierra a no volver a la fuente de los Álamos. Un día u otro os alcanzará su venganza y espiaréis, muriendo, el delito de haber encenegado sus ondas.”

El segundo tipo de prohibición abarca las leyendas *El rayo de luna*, *El monte de las ánimas* y *El Miserere*. Aquí la prohibición tiene como fin resguardar al héroe de adentrarse en las ruinas que tiempo atrás fueron escenario de asesinatos, razón por la cual las almas de aquellos que murieron violentamente siguen habitando el lugar.

En el caso de *El monte de las ánimas*, el círculo geográfico se agranda, abarcando todo el monte.

En las leyendas *La ajorca de oro* y *El beso* la prohibición tiene un carácter implícito: la imposibilidad de penetrar y violar lugares sagrados.

Deseo

Ante la prohibición, el héroe quiere obtener lo que se encuentra en el sitio vedado. En *El beso*, el soldado se enamora de una estatua que se encuentra en una iglesia abandonada. En el caso de *El monte de las ánimas* es diferente, puesto que la intención del héroe no es en sí la de tomar algo del lugar prohibido sino la de complacer a su enamorada.

Infracción

Al no ser acatada la primera orden (no ir al sitio prohibido, por ejemplo) el héroe se convierte en infractor. Fernando, en *Los ojos verdes*, se interna en el bosque; Marta, en *El Gnomo* llega a la fuente: “Mientras su hermana atraída, como por encanto, se inclinaba al borde de la fuente para oír mejor...”

Castigo

El héroe recibe su castigo.

Los héroes en las leyendas becquerianas. El mundo medieval.

Bécquer ubica la acción de sus leyendas en la Edad Media, siguiendo los preceptos del movimiento romántico, que busca con ello asociarse y evadirse en tiempo y espacio y así negar la realidad que lo acecha.

Esta elección tempo-espacial no es fortuita, ya que el hombre medieval tiene innumerables puntos de contacto con el romántico.

Ambos hacen girar su vida en torno de la mujer y aunque activo guerrero el primero, melancólico y pasivo el segundo, los dos se unen en un mismo ideal: la mujer de sus sueños, imagen de pureza y perfección. Esta es la razón por la que Bécquer, conocedor del espíritu medieval, toma como eje de sus acciones a este tipo de hombre, convirtiéndolo en el héroe por antonomasia de sus leyendas.

Como ya hemos señalado, el autor eleva la figura del hombre medieval a la categoría de héroe. Sin embargo, si nos propusiéramos hacer un "identikit" de los personajes, nuestro trabajo se complicaría, y los que nosotros podemos reconocer como tales se dan sólo indirectamente a través de la lógica de las acciones.

En este plano todo lo que sirve para describir al personaje apunta a sus estados anímicos, más que a sus características físicas. En *El rayo de luna*, por ejemplo, Manrique, que curiosamente es poeta y lleva el mismo nombre que el gran lírico del siglo XV a quien Bécquer tanto admirara, vive en un mundo de tinieblas y soledad. Su vida está rodeada por un halo de misterio y superstición y provoca en el lector esa inseguridad fatal que dan los personajes que apenas se vislumbran y sobre los cuales nada podemos saber en concreto.

Este enfoque acerca a Bécquer al plano pictórico. Sus descripciones son rapidísimas pinceladas que recién cobran la fisonomía de cuadro cuando el lector finaliza su lectura. Y son justamente esas pinceladas las que crean el clima de sugerencia buscada.

La mujer, factor desencadenante de la leyenda

En todos los casos el plano que sobresale es el que tiende a descubrirla fisonomía de la amada.

Todas ellas reúnen características similares que tienen que ver con el ideal femenino del hombre romántico: pequeñas, delgadas, rabinas, de ojos claros (azules o verdes) y poseedoras de un rostro angelical:



"Es tu mejilla temprana
rosa de escarcha cubierta,
en que el camino de los pétalos
se ve al través de las perlas.

Y, sin embargo,
sé que te quejas
porque tus ojos
crees que lo afean
Pues no lo creas;
que parecen tus pupilas,
húmedas, verdes e inquietas,
tempranas hojas de almendro,
que al soplo del aire tiemblan."

Personajes secundarios

Todos ellos, monteros y servidores, son el nexo entre sus señores y el peligro. Ellos son los que directa o indirectamente enfrentan a sus héroes con el riesgo; los que los ponen en antecedentes, los que celosamente vigilan lo que ocurre.

Su poder es fundamental en la obra. Son, sin proponérselo, el elemento o factor desencadenante y a la vez los custodios de sus amos. Recordemos la función de aquel que informa sobre la existencia de un nuevo miserere y permite de este modo que el héroe tenga acceso a él.

RIMAS DE BÉCQUER. EL PORQUÉ DE UN TÍTULO

Llama nuestra atención el hecho de que tres siglos antes otro poeta español, Lope de Vega, englobara su obra lírica bajo el título de *Rimas*.

Gerardo Diego en su prólogo a las Rimas de Lope de Vega recae su atención en el título de la obra, diciendo:

"Palabra muy sugestiva para nosotros, modesta en su apariencia, técnica y abstracta y, sin embargo, delicadamente musical e inocentemente alusiva a otra especie de rima que no es la de la palabra con la palabra, sino la del verbo con el sentimiento. Yo no sé si Lope se imaginaba lo que de alcance y profecía romántica preludiaba ese bautizo de sus libros en honda armonía con la poesía misma que en ellos nos regala, tan vivida, sentida y entrañada con el lector, tan esencialmente romántica ya. Decimos tañemos 'rima' y en seguida irradia una onda musical de la cuerda herida, vuela un pájaro que se había posado 'de la rima en la rama' "

Esta exacta definición de lo que engloba el trabajo de Lope es aplicable a las *Rimas* de Bécquer. Ambos poetas parecen que hubieran encontrado en la sencillez formal y profundidad conceptual los elementos básicos del poetizar y haciendo gala de humildad hubieran decidido reunirías bajo el nombre más sencillo, bajo el título que rindiera honor a uno de los elementos básicos de la poesía: la rima.

Una nueva clasificación de las Rimas

Las Rimas de Bécquer, por su complejidad temática han sido tema de estudio de gran cantidad de críticos que intentaron clasificarlas o, si se prefiere, reorganizarlas, ya sea desde un punto de vista temático o formal. Sin embargo, todos estos trabajos no pasaban de ser una mera enumeración que poco aportaba al problema que de por sí planteaban las rimas.

José Pedro Díaz, en su obra *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y obra*, rompe con la tradición al presentar un enfoque diferente que, por su criterio fundamentalmente pedagógico y por la claridad formal, no parece la más adecuada interpretación que sobre este lema se haya presentado hasta el momento.

Por estas razones hemos decidido incluirlo en nuestro estudio para ponerlo así a consideración de profesores y alumnos.

Díaz divide la producción lírica de Bécquer en tres partes o estructuras primarias, siguiendo el modo en que los diferentes temas son trazados.

Esta clasificación apunta a un estadio pre-literario y no simplemente formal:

Canto. Es la poesía que más se acerca al sentido poético. A través de un motivo único el poeta deja ver la manifestación interior y profunda, no manejada por lo racional:

"Yo, en fin, soy ese espíritu,
desconocida esencia,
perfume misterioso,
de que es vaso el poeta."

Su estructura formal nos remite a las canciones medievales y al cantar de los trovadores gallegos.



Estampa. A este grupo pertenecen la mayoría de las Rimas. En ellas parece encontrarse una perfecta descripción de un cuadro. Esle segundo grupo permite subdividirse en:

a) Parábola:

"¡Ay! —pensé—. ¡Cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,

b) Representación alegórica:

" Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte. ¡Oh, ven; ven tú!"^m

c) Escenas de amor:

"Asomaba a sus ojos una lágrima y a mi labio una frase de perdón; habló el orgullo y se enjugó su llanto, y la frase en mis labios expiró."

d) Estampas románticas plenas:

"A contemplarlo en la desierta plaza
nos paramos los dos;
y 'Ese —me dijo— es el cabal emblema de mi constante amor'."

e) Sensibilidad plástica:

"Las ropas desceñidas, desnudas las espadas, en el dintel de oro de la puerta dos ángeles velaban."

f) Gusto por lo español:

"Cuando me lo contaron sentí el frío de una hoja de acero en las entrañas; me apoyé contra el muro, y un instante la conciencia perdí de dónde estaba."

Siguiendo este mismo criterio podríamos señalar un segundo momento o dirección, donde lo tradicional popular se une con el elemento lírico:

"Cansado del combate
en que luchando vivo
alguna vez me acuerdo con envidia
de aquel rincón oscuro y escondido.

Creando una situación dramática: "Sobre la falda tenía el libro abierto; en mi mejilla tocaban sus rizos negros; no veíamos las letras.

Sentencia. Aquí su pensamiento alcanza, a través de la lírica, su máxima expresión. Parte, como señala Díaz, de una situación inicial o punto de partida (elemento abstracto) a través del cual llega a una situación personal:

"Es un sueño la vida, pero un sueño febril que dura un punto; cuando de él se despierta, se ve que todo es vanidad y humo..."

Otras veces el tema planteado suscita una reflexión como corolario:

"Cuando volvemos las fugaces horas del pasado a evocar, temblando brilla en sus pestañas negras una lágrima pronta a resbalar."

Se presenta sin ningún tipo de referencia anterior:

"Fingiendo realidades con sombra vana,
delante del Deseo va la Esperanza;
y sus mentiras, como el Fénix,
renacen de sus cenizas."^m

Versificación

Bécquer utiliza en la obra poética la rima asonante, siguiendo los pasos de los poetas populares españoles y de los romances medievales.

Su poesía pierde toda complejidad de tipo formal para desarrollar intensamente una temática de corte intimista.

Descartados los elementos externos (que ciñen de alguna manera la obra del poeta), Bécquer centra su trabajo en dos elementos fundamentales. El primero, al que ya hemos hecho alusión (rima asonante), y el segundo, la métrica.



Es la suya una métrica esencial y sencilla, donde el único elemento que la complica es la fusión del mundo de las ideas (amor, dolor) con el de la forma.

De esta manera llegamos a la misma conclusión que señala Martín Alonso en su libro ya citado: "La estructura de las *Rimas* se condensa en tres conceptos: eurritmia, ""ritmo interior"" y eufonía concentrada"¹.

En cuanto al tipo de métrica usado, Bécquer trabaja con versos libres. Fundamentalmente utiliza el endecasílabo, heptasílabo, octosílabo y hexasílabo. Este último también en su forma de dodecasílabo compuesto.

Bécquer da mayor preponderancia al uso del verso endecasílabo en su unión con el hectasílabo, lo que crea un clima musical a su obra. Sin embargo, es con el octosílabo, verso de raíces populares, donde el autor parece encontrar el molde justo para expresar su sentir.

En cuanto al tratamiento métrico no hay grandes innovaciones; su trabajo es el de un artesano que conoce como nadie la materia prima con la que crea.

Quizá la única originalidad que le es reconocida sea la del particular uso del ritmo interior y la división en hemistiquios de los versos, a los que acuña con asonancias interiores. Esta asonancia parece tener su paralelo en el movimiento impresionista y en el sentir simbolista.

E	YO DEL POETA *	
S	Subjetivismo	
Q	Individualismo *	
U	Exaltación del sentimiento	
E	REBELDÍA	
M		
A	POLÍTICA *	* ESTÉTICA
D	- Liberal	- Libertad en la forma
E	- Nacional	- Libertad temática
	*	
R	EVASIÓN	
E	- Fantasía exagerada	
C	- Cristianismo	
A	- Tiempo: vuelta a la	
P	Edad Media	
1	- Espacio: gusto por lo	
T	oriental y americano	
U	REVOLUCIÓN EN LA OBRA DE ARTE	
L		
A	BÚSQUEDA DE NUEVOS GÉNEROS LITERARIOS	
C	TEMAS	
1	- Novela histórica y sentimental	- El amor
ó	- Leyenda	- Lo fantástico
	- Cuento	- La muerte
	- Vaudeville	- Lo terrorífico
	- Artículo de costumbre	- Lo heroico

Los ojos verdes
[Leyenda. Texto completo]
Gustavo Adolfo Bécquer

Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir cualquier cosa con este título. Hoy, que se me ha presentado ocasión, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado a capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tal cuales ellos eran: luminosos, transparentes como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano. De todos modos, cuenta con la imaginación de mis lectores para hacerme comprender en este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algún día.



I

-Herido va el ciervo..., herido va... no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de esos lentiscos han flaquéado sus piernas... Nuestro joven señor comienza por donde otros acaban... En cuarenta años de montero no he visto mejor golpe... Pero, ipor San Saturio, patrón de Soria!, cortadle el paso por esas carrascas, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados, y hundid a los corceles una cuarta de hierro en los ijares: éno veis que se dirige hacia la fuente de los Álamos y si la salva antes de morir podemos darlo por perdido?

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, y las voces de los pajés resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros, se dirigió al punto que Iñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más a propósito para cortarle el paso a la res.

Pero todo fue inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó a las carrascas, jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducía a la fuente.

-¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! -gritó Iñigo entonces-. Estaba de Dios que había de marcharse. Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles dejaron refunfuñando la pista a la voz de los cazadores.

En aquel momento, se reunía a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

-¿Qué haces? -exclamó, dirigiéndose a su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos-. ¿Qué haces, imbécil? Ves que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque. ¿Crees acaso que he venido a matar ciervos para festines de lobos?

-Señor -murmuró Iñigo entre dientes-, es imposible pasar de este punto.

-¡Imposible! ¿Y por qué?

-Porque esa trocha -prosiguió el montero- conduce a la fuente de los Álamos: la fuente de los Álamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes. ¿Cómo la salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Fiera que se refugia en esta fuente misteriosa, pieza perdida.

-¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánima en manos de Satanás, que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves?... ¿Lo ves?... Aún se distingue a intervalos desde aquí; las piernas le fallan, su carrera se acorta; déjame..., déjame; suelta esa brida o te revuelvo en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue a la fuente? Y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitadores. ¡Sus, Relámpago! ¡sus, caballo mío! Si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán. Iñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecían inmóviles y consternados. El montero exclamó al fin:

-Señores, vosotros lo habéis visto; me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerlo. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí en adelante, que pruebe a pasar el capellán con su hisopo.

II

-Tenéis la color quebrada; andáis mustio y sombrío. ¿Qué os sucede? Desde el día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegasteis a la fuente de los Álamos, en pos de la res herida, diríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos. Ya no vais a los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Sólo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta para enderezarlos a la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo, en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren? Mientras Iñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con un cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalar sobre la pulimentada madera, el joven exclamó, dirigiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

-Iñigo, tú que eres viejo, tú que conoces las guaridas del Moncayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo a las fieras, y en tus errantes excursiones de cazador subiste más de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado, por acaso, una mujer que vive entre sus rocas?

-¡Una mujer! -exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.



-Sí -dijo el joven-, es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero ya no es posible; rebosa en mi corazón y asoma a mi semblante. Voy, pues, a revelártelo... Tú me ayudarás a desvanecer el misterio que envuelve a esa criatura que, al parecer, sólo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El montero, sin despegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarse junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos... Éste, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

-Desde el día en que, a pesar de sus funestas predicciones, llegué a la fuente de los Álamos, y, atravesando sus aguas, recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de soledad.

Tú no conoces aquel sitio. Mira: la fuente brota escondida en el seno de una peña, y cae, resbalándose gota a gota, por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas, que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reúnen entre los céspedes y, susurrando, susurrando, con un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno a las flores, se alejan por entre las arenas y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, saltan, y huyen, y corren, unas veces con risas; otras, con suspiros, hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa, para estancarse en una balsa profunda cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo allí es grande. La soledad, con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la Naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

Cuando al despuntar la mañana me veías tomar la ballesta y dirigirme al monte, no fue nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, no; iba a sentarme al borde de la fuente, a buscar en sus ondas... no sé qué, iuna locura! El día en que saltó sobre ella mi Relámpago, creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña..., muy extraña..: los ojos de una mujer.

Tal vez sería un rayo de sol que serpenteó fugitivo entre su espuma; tal vez sería una de esas flores que flotan entre las algas de su seno y cuyos cálices parecen esmeraldas...; no sé; yo creí ver una mirada que se clavó en la mía, una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos. En su busca fui un día y otro a aquel sitio.

Por último, una tarde... yo me creí juguete de un sueño...; pero no, es verdad; le he hablado ya muchas veces como te hablo a ti ahora...; una tarde encontré sentada en mi puesto, vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto..., sí, porque los ojos de aquella mujer eran los ojos que yo tenía clavados en la mente, unos ojos de un color imposible, unos ojos...

-¡Verdes! -exclamó Iñigo con un acento de profundo terror e incorporándose de un golpe en su asiento. Fernando lo miró a su vez como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y de alegría:

-¿La conoces?

-¡Oh, no! -dijo el montero-. ¡Líbreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta estos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trasgo, demonio o mujer que habita en sus aguas tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro por lo que más améis en la tierra a no volver a la fuente de los álamos. Un día u otro os alcanzará su venganza y expiaréis, muriendo, el delito de haber encenagado sus ondas.

-¡Por lo que más amo! -murmuró el joven con una triste sonrisa.

-Sí -prosiguió el anciano-; por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el Cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor, que os ha visto nacer.

-¿Sabes tú lo que más amo en el mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dio la vida y todo el cariño que pueden atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¡Mira cómo podré dejar yo de buscarlos!

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Iñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío:

-¡Cúmplase la voluntad del Cielo!

III

-¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a estos lugares ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre.



El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su margen.

Sobre una de estas rocas, sobre la que parecía próxima a desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba, temblando, el primogénito Almenar, de rodillas a los pies de su misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Y uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se removieron como para pronunciar algunas palabras; pero exhalaron un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

-¡No me respondes! -exclamó Fernando al ver burlada su esperanza-. ¿Querrás que dé crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh, no!... Háblame; yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

-O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante; un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebato de amor:

-Si lo fuese..., te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más de ella.

-Fernando -dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música-, yo te amo más aún que tú me amas; yo, que desciendo hasta un mortal siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la Tierra; soy una mujer digna de ti, que eres superior a los demás hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas, incorpórea como ellas, fugaz y transparente: hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues. Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes lo premio con mi amor, como a un mortal superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender mi caso extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por una fuerza desconocida, se aproximaba más y más al borde de la roca.

La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

-¿Ves, ves el límpido fondo de este lago? ¿Ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales..., y yo..., yo te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio y que no puede ofrecerte nadie... Ven; la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de lino...; las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles; el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven..., ven.

La noche comenzaba a extender sus sombras; la luna rielaba en la superficie del lago; la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... Ven, ven... Estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. Ven... y la mujer misteriosa lo llamaba al borde del abismo donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso..., un beso...

Fernando dio un paso hacia ella..., otro..., y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve..., y vaciló..., y perdió pie, y cayó al agua con un rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose hasta expirar en las orillas.

RIMA XXXVIII

Los suspiros son aire y van al aire.
Las lágrimas son agua y van al mar.
Dime, mujer, cuando el amor se olvida,
¿sabes tú adónde va?

RIMA IV

No digáis que, agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira;
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.



Mientras las ondas de la luz al beso
palpitén encendidas,
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista,
mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías,
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista,
mientras la humanidad siempre avanzando
no sepa a dó camina,
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma,
sin que los labios rían;
mientras se llore, sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;
mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan,
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran,
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira,
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas,
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

RIMA LIII

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres...
iesas... no volverán!.

Volverán las tupidas madreselvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde aún más hermosas
sus flores se abrirán.

Pero aquellas, cuajadas de rocío
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer como lágrimas del día...
iesas... no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;
tu corazón de su profundo sueño



tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido...; desengáñate,
así... no te querrán!

RIMA XII

Porque son, niña, tus ojos
verdes como el mar, te quejas;
verdes los tienen las náyades,
verdes los tuvo Minerva,
y verdes son las pupilas
de las hurías del Profeta.

El verde es gala y ornato
del bosque en la primavera;
entre sus siete colores
brillante el Iris lo ostenta,
las esmeraldas son verdes;
verde el color del que espera,
y las ondas del océano
y el laurel de los poetas.

Es tu mejilla temprana
rosa de escarcha cubierta,
en que el carmín de los pétalos
se ve al través de las perlas.

Y sin embargo,
sé que te quejas
porque tus ojos
crees que la afean,
pues no lo creas.

Que parecen sus pupilas
húmedas, verdes e inquietas,
tempranas hojas de almendro
que al soplo del aire tiemblan.

Es tu boca de rubíes
purpúrea granada abierta
que en el estío convida
a apagar la sed con ella,

Y sin embargo,
sé que te quejas
porque tus ojos
crees que la afean,
pues no lo creas.

Que parecen, si enojada
tus pupilas centellean,
las olas del mar que rompen
en las cantábricas peñas.

Es tu frente que corona,
crespo el oro en ancha trenza,
nevada cumbre en que el día
su postrera luz refleja.



Y sin embargo,
sé que te quejas
porque tus ojos
crees que la afean:
pues no lo creas.

Que entre las rubias pestañas,
junto a las sienes semejan
broches de esmeralda y oro
que un blanco armiño sujetan.

*

Porque son, niña, tus ojos
verdes como el mar te quejas;
quizás, si negros o azules
se tornasen, lo sintieras.

EL REALISMO

Se denominó Realismo a la corriente literaria posromántica que floreció en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, a la luz de cambios sociales y de nuevas concepciones filosóficas.

El realismo literario intenta superar el subjetivismo romántico con la observación directa y objetiva de la realidad, para lo cual el escritor toma una posición impersonal, como un cronista omnisciente y minucioso que registra y analiza ambientes, costumbres, personajes y conflictos. En la obra literaria aparece el mundo humano y material con sus lacras, bajezas e hipocresías. El escritor suele mostrar su sentido ético, que cuestiona la sociedad en que vive. El lenguaje es usado con cuidado y el estilo resulta sobrio y eficaz.

El género novelístico. La sociedad europea burguesa de mediados del siglo XIX, que buscaba reflejar su contemporaneidad a través de la técnica realista, encontró en el género novelístico una vía ideal de expresión. La novela, que florece de manera extraordinaria a partir de esta época, ya no se basa sobre la anécdota ni sobre el enredo de la acción, sino que se ocupa de la tensión dinámica entre el individuo y la sociedad.

Las obras tratan temas de la vida cotidiana, conflictos morales que caracterizarán la psicología del hombre contemporáneo. Es por esto que la novela realista y la naturalista inician el camino de la novela moderna. Los personajes pertenecen a la vida cotidiana.

CARACTERÍSTICAS GENERALES

- **Observación.** La observación pasa a ser la facultad más estimada en el arte; se deshechan la imaginación y el sentimiento (del romanticismo) y la razón (del neoclasicismo); esta observación se aplica a todo el contorno que rodea al escritor (hombres, lugares, costumbres, sociedad, cosas) y se aprovechan sus datos como materia literaria.
- **Regionalismo.** Los novelistas y cuentistas se interesan por la realidad de cada región, y la novela no es uniforme en todo un país.
- **Costumbrismo.** La descripción de costumbres de los individuos o clases sociales interesa vivamente a los artistas, y ellos son tomados como protagonistas individuales y no como figuras representativas o símbolos de clases.
- **Ampliación del repertorio de personajes.** Se amplía la serie de personajes que interesan a la literatura, incorporando a las figuras comunes, vulgares, feas o viciosas que no revisten el carácter de héroes, prototipos o modelos; en general pertenecen a la clase media o baja.
- **Contemporaneidad.** Se desarrollan temas de la época y el momento, con olvido de los temas históricos o antiguos.
- **Ausencia de voluntarismo y de sentimentalismo.** Los personajes actúan en las novelas y cuentos según las motivaciones de la vida real, aún cuando sean subalternas o mezquinas.
- **Acción natural.** Las obras se centran en torno a una acción, carácter, costumbres o persona, que logran un desarrollo y un desenlace natural, de acuerdo con la psicología o las circunstancias, y no como el arbitrario o el designio del autor.
- **Finalidad extraliteraria o tesis.** Aunque no todas, muchas obras tienen un fin social o ideológico o encierran una tesis.



- Prosa y novela. No existió prácticamente realismo en poesía, y dentro de la prosa, los géneros más cultivados fueron la novela y el cuento.
- **Descripción y narración.** Fueron los dos procedimientos técnicos más empleados por los escritores.
- **Literatura de la clase media.** Tantos los autores como los lectores pertenecen generalmente a la clase media; no se escribe ahora para minorías aristocráticas o académicas, sino para el público en general.

Naturalismo: características literarias.

Hacia 1870 aparece en la literatura europea un movimiento literario derivado del realismo, llamado Naturalismo, que intenta reflejar la realidad a través de los métodos de observación y análisis de las ciencias naturales. El más importante teórico del movimiento es el novelista francés Emilio Zola.

El Naturalismo utilizando las teorías científicas de la herencia biológica y de la influencia del medio sobre el hombre, conocidas como determinismo, se complace en exhibir personajes degradados por la enfermedad y la miseria en ambientes sórdidos y marginales. De acuerdo con estas teorías el hombre no es totalmente libre, sino que está sujeto o determinado desde su nacimiento a realizar, inexorablemente, un destino regido por el fatalismo de dos factores que lo condicionan: la herencia biológica y el medio social.

Los escritores naturalistas consideran que el instinto, la emoción o las condiciones sociales y económicas rigen la conducta humana, rechazando el libre albedrío y adoptando en gran medida el determinismo biológico de Charles Darwin y el económico de Karl Marx.

En Hispanoamérica, el naturalismo aparece en la novela hacia 1880 en una corriente que busca sobre todo analizar los problemas étnicos y sociales a través de la conducta de los personajes.

Se caracteriza en estas zonas por la objetividad relativa en la descripción minuciosa y precisa de ambientes, con preferencia del bajo fondo urbano y rural, aunque también se describen ambientes burgueses y aristocráticos. Tanto las clases superiores como las inferiores no son sino estratificaciones de una misma especie humana: el hombre desvalido e ignorante. Domina, pues, un espíritu amargo y pesimista: el desafío a las leyes de la herencia biológica precipita a los protagonistas en el fracaso. Estos personajes representan a todo un grupo social, no poseen individualidad.

El Naturalismo en Hispanoamérica es una nueva posibilidad de interpretar la sociedad y de describir lo esencial de cada país. Hay un momento dentro del Naturalismo en que los escritores hispanoamericanos están fuertemente comprometidos con la tierra, lo telúrico, la búsqueda de un vínculo original. Es decir, cualquiera que sea el tema, el escenario es la geografía del continente: la pampa, la llanura, la selva, el río, la montaña, la sabana, el desierto, la costa, etc...

Las problemáticas sociales que explican la aparición de la tendencia naturalista en Europa (la creciente industrialización, la lucha de clases, los asuntos de índole política, económica y moral), también valen para Hispanoamérica. Sin embargo, aquí se incorporan ciertas temáticas genuinas, como la oposición entre el elemento autóctono y el extranjero, las diferencias raciales, el enfrentamiento del hombre con la naturaleza, la situación de los suburbios en las grandes ciudades, el caciquismo o la inestabilidad política.

Posee, además, una Narrativa de Tesis: fiel testimonio de las circunstancias históricas, ambientales, políticas y raciales: valor de documento histórico. Pero, aunque se base en hechos y conflictos reales, la narrativa naturalista, para ser tal, tanto la europea como la hispanoamericana, concibe a sus personajes como empujados por un ciego determinismo que rige los actos de éstos y que se quiere explicar, antes que por el clásico "fatum" de la tragedia antigua, por leyes de herencia y por circunstancias ambientales.

En la novela, en concreto, nos encontramos con una técnica de orientación realista que la narrativa naturalista hace propia: la descripción minuciosa y detallista del entorno se fundamenta en la capacidad de observación y significa una valoración de la realidad circundante con afán de verosimilitud.

Se produce, pues, un auge de la novela experimental (observación-experimentación).

Características.

- La novela tiene un carácter documental en la pintura de ambientes sociales observados con minuciosidad y prefiere la descripción de personajes de bajo fondo o de la sociedad burguesa en medios de corrupción.
- Los personajes están determinados por la herencia o el medio. El narrador, entonces, se limita a presentar en cuadros sombríos los aspectos negativos de la vida de esos personajes con el afán de ofrecer los conflictos de la existencia humana.
- El anhelo científico de expresar la verdad como en un análisis de laboratorio conduce al más crudo realismo, sin desechar los aspectos más íntimos o repugnantes de los instintos naturales.
- Fundamento filosófico. La psicología es sólo un capítulo de la fisiología; los caracteres son temperamentos; el ambiente físico presiona sobre el destino de las personas, y la historia de las naciones



está sometida al determinismo. Estas ideas provienen del positivismo francés, de Darwin, Schopenhauer y otros pocos filósofos.

➤ Recurso a la ciencia experimental y positiva. Claude Bernard había demostrado que la simple experiencia no es lo mismo que la experimentación científica metódicamente provocada, y que lo que interesa conocer no es por qué suceden los fenómenos, sino cómo. Esto mismo debe suceder en la literatura, o sea, mostrar sistemáticamente cómo suceden los hechos.

➤ La novela debe ser experimental. La novela debe pasar del estado de ciencia de la observación al estado de ciencia de la experimentación, mediante este proceso literario:

- a. una observación sobre un hecho social o individual.
- b. se inventa una situación para controlar esta observación
- c. se verifica esta hipótesis, en función del relato o de la integra.
- d. el desenlace debe ser el resultado de esa experimentación.

En otras palabras, la técnica de la creación de una novela consiste en tomar un hecho o un individuo (un alcohólico, por ejemplo), colocarlo en distintos ambientes sociales, verlo actuar, estudiar el mecanismo por medio del cual los factores externos operan sobre él, apuntar imparcialmente estas modificaciones, y concluir la novela en la forma natural en que terminaría el caso en la realidad, sin concesiones a la imaginación ni al sentimiento ni a las propias ideas.

➤ Pesimismo. La visión de la vida de los naturalistas es pesimista; el hombre no es libre, pues depende de su temperamento, de sus instintos, de su fisiología, de la clase social a la cual pertenece, de sus enfermedades y de su pobreza; la metafísica es una quimera, la religión una ensueño y los sentimientos una ilusión; la república deberá ser naturalista o no será nada.

➤ Preferencia por lo anormal. Los personajes más interesantes para la literatura deben ser los anormales, neuróticos, viciosos empedernidos, enfermos, inmorales, perdidos, pobres; los ambientes donde actúan deben ser los naturales a su condición, hospicios, hospitales, tabernas, etc.

➤ Detallismo descriptivo y narrativo. El naturalismo se complace en la descripción minuciosa de lugares y personajes, y lo mismo hace con la narración, porque cree que esta minuciosidad contribuye a explicar la razón de la conducta de los personajes, justifica el desenlace de la trama y crea un atractivo estético más.

Diferencias entre el realismo y el Naturalismo.

Ambos movimientos intentaron reflejar la realidad tal como era. Sin embargo, el Realismo manifestó los intereses de una capa social más definida: la burguesía en ascenso. En cambio, el naturalismo mostró a las clases más desfavorecidas, intentando explicar las causas de los conflictos sociales. El realismo fue un movimiento optimista, que creyó en el progreso y en la posibilidad de las personas de elegir su vida; el Naturalismo fue fundamentalmente pesimista y manifestó la imposibilidad de escapar del determinismo y de los condicionamientos sociales que dirigen el accionar humano.

LECTURA DE "EL VIEJO" Guy de Maupassant.

Guy de Maupassant

Nació en 1850 en la zona de Normandía (norte de Francia) por lo que los temas y personajes de esa región están presentes constantemente en su obra. Su formación literaria debe mucho a Gustave Flaubert quien fue su consejero imponiéndole la precisión y la dificultad del credo realista. Sus cuentos tienden a la pintura verdadera de ambientes, de costumbres, de los tipos más diversos, provenientes del mundo rural, de burgueses y de empleados. Seleccionando los trazos más característicos, crea con remarcable sobriedad y gran simplicidad de estilo, el color, el tono, el aspecto, el movimiento de la vida misma. Con este escritor, el cuento del siglo XIX alcanza su más alto nivel, a través de la precisión estructural finamente elaborada dentro del realismo naturalista. Murió en París en 1893.



El viejo.

Templada sol de otoño, filtrándose por las grandes hayas que se alzaban junto a la cuneta, bañaba el patio de la alquería. Bajo el césped roído por las vacas, la tierra, impregnada aún de la reciente lluvia, se hundía bajo el peso de los pies con ruido de agua; y los árboles cargados de manzanas sembraban sus frutos de color verde pálido sobre el verde oscuro de la hierba.

Cuatro terneras, atadas en línea, pacían y mugían volviendo la cabeza hacia la casa, y las aves, dando una nota de color, escarbaban el suelo, agitaban las alas, cacareaban, mientras los dos gallos cantaban sin cesar, buscaban gusanos para sus gallinas, y las llamaban cloqueando vivamente.



La valla se abrió, y un hombre que tendría cuarenta años pero que por lo menos aparentaba sesenta, arrugado, torcido, andando lentamente con paso que sus grandes zuecos llenos de paja hacían más pesado todavía, entró en el patio. Sus brazos, exageradamente largos, colgaban a ambos lados de su cuerpo, y cuando se fue acercando a la casa, un perrillo amarillento que estaba atado al tronco de un peral enorme, junto a un tonel que le servía de perrera, meneó la cola y se puso a ladear dando muestras de alegría. El hombre gritó.

-¡Calla, Finot!

y el perro calló.

Una campesina salió de la casa. Su cuerpo huesoso, ancho y aplastado, se dibujaba bajo la chambra de lana que le ceñía el talle. Una falda gris muy corta le llegaba hasta la mitad de las piernas, que cubrían medias azules, y también llevaba grandes zuecos llenos de paja. Una cofia entonces amarillenta pero que en otros tiempos había sido blanca, cubría algunos cabellos pegados al cráneo, y su rostro moreno, enjuto, feo y desdentado, mostraba esa fisonomía salvaje y brutal que con frecuencia caracteriza a la gente del campo.

El hombre preguntó: -¿Cómo va?

La mujer respondió:

-El cura dice que está agonizando y que no pasará la noche.

y los dos entraron en la casa. Después de haber cruzado la cocina entraron en la habitación, pequeña y oscura, iluminada por la luz que entraba por un ventanillo ante el cual colgaba un harapo de percal normando. Las grandes vigas del techo, ennegrecidas por el tiempo y por el humo, cruzaban la habitación de parte a parte, sosteniendo el delgado pavimento del granero por el que corrían, día y noche, verdaderas manadas de ratas.

El piso, desigual y húmedo, parecía graso, y en el fondo, la cama formaba una mancha vagamente blanca. Ruido ligero, ronco, una respiración dura, que silbaba como un estertor y producía un gorgoteo semejante al del agua en una bomba rota, salía de aquel lecho tenebroso donde agonizaba un viejo, el padre de la campesina.

El hombre y la mujer se acercaron y miraron al moribundo con mirada plácida y resignada.

El yerno dijo:

-Por esta vez, todo ha concluido; ni siquiera llegará a la noche.

-Así ronca desde el mediodía- contestó la mujer.

y luego se callaron. El padre tenía los ojos cerrados, el rostro de color de tierra, y estaba tan flaco que parecía de madera. La entreabierta boca daba paso al aliento desigual y duro, y a cada aspiración, la sábana, de tela gris, se alzaba sobre su pecho.

El yerno, después de un largo silencio, dijo:

-No hay nada más que dejarlo acabar, pues no podemos hacer nada. De todos modos, es una contrariedad pues el tiempo es bueno y mañana convendría cortar las calzas.

Su mujer se inquietó al oír esto y, después de haber reflexionado unos instantes, murmuró:

-Ya que se tiene que morir, no lo enterraremos hasta el sábado, y mañana podrás dedicarte a las calzas.

-Sí, pero mañana será preciso que invite para el entierro, y para ir de Tourville a Manechot necesito cinco o seis horas.

La mujer se quedó pensativa por espacio de dos o tres minutos y luego dijo:

-No son más que las tres y podrías empezar esta tarde a recorrer la parte de Tourville. Como apenas tiene para unas horas, puedes decir que ha muerto.

El hombre se quedó algo perplejo pensando las consecuencias y las ventajas de la idea. Al fin dijo:

-Bueno, pues voy.

Se disponía a marcharse, pero después de un instante de vacilación volvió para añadir:

-Puesto que no tienes nada que hacer, prepáralo todo y haz cuatro docenas de morcillas para los que vengan al entierro. Preciso será darles algo. El horno lo encenderás con la leña que hay en el cobertizo. Está seca.

Salió de la habitación, entró en la cocina, sacó del armario un pan de seis libras del que cortó una rebanada con mucho cuidado, y recogiendo en la palma de la mano las migas que habían caído sobre la mesa, se las metió en la boca para que no se perdiese nada. Tomó luego un poco de manteca salada, la extendió sobre el pan con la punta de su cuchillo, y se puso a comer lentamente, como lo hacía todo.

Luego cruzó el patio, hizo callar al perro que ladraba de nuevo, y llegando al camino por un sendero, se alejó en dirección a Tourville.

Al quedarse sola, la mujer se puso a trabajar. Abrió un saco de harina y empezó a amasar la pasta para las tortas dándole vueltas y más vueltas hasta que la convirtió en una bola amarillenta que dejó a un lado, encima de la mesa.

Fue luego a buscar manzanas, y para no estropear el árbol se encaramó en una banqueta: escogió las frutas con cuidado para sólo arrancar las maduras, y fue colocándose las en el delantal.

Desde el camino, una voz le gritó: -¡Eh!

Volvió la cabeza y vio a un vecino, el alcalde, que volvía de cuidar sus tierras, y le respondió:



-¿Qué se le ofrece?

-y el padre, ¿cómo está?

-Casi muerto. El sábado a las siete es el entierro porque las calzas dan prisa.

-Entendido y buena suerte -replicó el vecino- Que lo pase usted bien.

Y correspondiendo a la fineza, la mujer gritó: -Gracias; lo mismo digo.

Y continuó recogiendo manzanas.

Al entrar en la casa fue a ver a su padre creyendo que ya lo encontraría muerto, pero desde la puerta oyó el monótono estertor, y juzgando inútil acercarse a la cama, empezó a preparar las tortas.

Una a una fue envolviendo las manzanas en una hoja de fina pasta, y las alineó al borde de la mesa. Cuando hubo hecho cuarenta y ocho bolas, descolgó las morcillas y luego empezó a preparar la cena. Colgó el puchero para hacer cocer patatas, y pensó que estaba de más encender el horno pues tenía todo el día siguiente para terminar los preparativos.

Su marido, cuando volvió a eso de las cinco, preguntó desde la puerta:

-¿Ha muerto?

- Todavía no. Sigue roncando.

Fueron a verlo, y encontraron al viejo en el mismo estado que horas antes. Su ronca respiración, entonces regular como el movimiento de un reloj, ni se había apresurado ni disminuido. Se repetía por segundos, y sólo variaba de tono según el aire que había entrado en sus pulmones.

Su yerno lo miró y dijo:

-Acabarán sin darse cuenta de ello, como una vela...

Entraron en la cocina, y sin decir palabra se pusieron a comer. Cuando hubieron engullido la sopa comieron una tostada con manteca y, lavados los platos, volvieron a la habitación del agonizante.

La mujer, que llevaba en la mano una lamparilla fumosa, la paseó por delante del rostro de su padre. Y seguramente, si no hubiese respirado, se le hubiera creído muerto.

La cama de los campesinos estaba oculta al otro extremo de la habitación, en una especie de nicho; y se acostaron sin hablar, apagaron la luz y cerraron los ojos. Y muy pronto dos ronquidos distintos, profundo uno y agudo el otro, acompañaron el continuo estertor del moribundo.

Por el granero corrían las ratas.

Cuando el marido despertó, al despuntar el alba, su suegro vivía aún. Inquieto por la resistencia del viejo, sacudió a su mujer y le dijo:

-Oye, Filomena, no quiere acabar. ¿Qué opinas?

Ella, que tenía fama de pensar con acierto, respondió: -Es seguro que no concluirá el día. No hay que temer nada pues el alcalde no se opondrá a que se lo entierre mañana, como no se opuso a que se enterrase al padre de los Renard que murió en tiempo de siembra. La evidencia del razonamiento lo convenció y se fue al campo.

A mediodía el viejo no había muerto aún, y los hombres que se había alquilado para la recolección de calzas fueron en masa a contemplar al anciano que tan agarrado estaba a la vida. Y cuando cada uno hubo dado su parecer, volvieron a su trabajo.

A las seis, cuando volvieron, el padre respiraba todavía; y el yerno se asustó:

-y qué hacemos ahora, Filomena, qué hacemos? -dijo.

Ella tampoco sabía qué pensar. Fueron a ver al alcalde, y éste prometió que cerraría los ojos y daría el permiso para que se lo enterrase al día siguiente. También se comprometió, todo por complacer a Chicot, a conseguir que se firmase el acta de defunción con fecha anterior, y así, el hombre y la mujer se fueron tranquilos.

Se acostaron y durmieron como la víspera, uniendo sus ronquidos sonoros al estertor, más débil a cada momento, del anciano.

Cuando despertaron, vivía aún. Entonces se miraron aterrados. De pie, junto al lecho del padre, lo contemplaban con desconfianza, como si les estuviese gastando una broma pesada, engañándolos, contrariándolos por gusto, y casi le guardaban rencor por el tiempo que les hacía perder.

El yerno preguntó:

-Bueno, y ahora qué hacemos?

Ella, que tampoco lo sabía, contestó: -Es una contrariedad!

y como no se podía avisar a los invitados que iban a llegar de un momento a otro, decidieron esperarlos para referirles lo ocurrido.

A eso de las siete aparecieron los primeros: las mujeres, vestidas de negro, con la cabeza cubierta con enorme capucha, y muy triste la cara; los hombres, cohibidos con sus chaquetas de paño, avanzaban de a dos y hablaban de sus asuntos.

Chicot y su mujer los recibieron entre desolados y confundidos, y los dos a un tiempo abordaron al primer grupo y se pusieron a llorar. Explicaban su aventura y referían su situación, ofreciendo sillas, agitándose, excusándose y queriendo probar que otros hubieran hecho lo mismo en su caso; y hablaban tanto, que ni siquiera dejaban tiempo a los otros para que les contestasen.

Iban de un lado a otro repitiendo:



-Nunca lo hubiéramos creído. ¡Parece mentira que dure tanto!

Los invitados, sin saber qué decir y contrariados como quien pierde una ceremonia esperada, se sentaban o permanecían de pie sin acertar con lo que debían hacer. Algunos quisieron irse, pero Chicot los obligó a quedarse diciendo:

-De todos modos tomaremos algo. Teníamos comida preparada y hay que aprovecharla.

Al oír estas palabras todos los rostros se iluminaron. El patio se iba llenando, y los que habían llegado primero daban la noticia a los que venían después. Se hablaba bajo, pero la idea de tomar algo alegraba a todo el mundo.

Las mujeres entraron para ver al moribundo. Al llegar junto a la cama se persignaban, murmuraban una oración y luego salían. Los hombres, con menores deseos de contemplar el espectáculo, miraban por la ventana.

La mujer de Chicot explicaba la agonía:

-Hace dos días que está así, ni más ni menos. ¿Verdad que parece una bomba de agua?

Cuando todos hubieron visto al agonizante, se pensó en la colación, pero como no cabían en la cocina, se sacó

una mesa al patio. Las cuatro docenas de manzanas vestidas, dispuestas en dos grandes platos, y una pirámide enorme de morcillas, atraían todas las miradas, y pronto los brazos se extendieron con cierta precipitación que envolvía el temor de que no hubiese bastantes para todos. Pero aún quedaron cuatro.

Chicot, con la boca llena, dijo:

-Si el padre nos viese, sufriría lo indecible, pues le gustaban mucho.

Un campesino muy gordo y muy jovial contestó: -Ya no comerá más. A cada uno su turno.

Esta reflexión, lejos de tristecer a los invitados, pareció que los alegraba, pues les correspondía el turno y ellos eran los que comían.

La mujer de Chicot, desolada al pensar en el gasto, iba al cillero constantemente para buscar sidra; los jarros se sucedían a los jarros y todos se vaciaban.

De pronto, una campesina vieja que se había quedado junto al moribundo, retenida por el miedo de que aquello le sucediera pronto, apareció en la ventana y gritó con voz aguda:

-¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

Todos callaron y las mujeres se pusieron en pie con presteza para ir a verlo.

Efectivamente, había muerto. El estertor había cesado, y los hombres, algo molestos, se miraron. Aún no habían concluido las morcillas ... ¡También había sido poco oportuno para escoger el momento!

Los Chicot ya no lloraban, y ya que había lanzado el último suspiro, estaban tranquilos y repetían:

-Si nosotros sabíamos que no podía durar, pero si se hubiese decidido esta noche, no hubiera molestado inútilmente a tanta gente.

En fin, todo había concluido. Se decidió que se lo enterraría el lunes, y que con este motivo volverían a comer manzanas y morcillas.

Los invitados se fueron hablando del suceso, contentos a pesar de todo por haberlo presenciado, y también por haber tomado un refrigerio.

Y cuando el hombre y la mujer se quedaron solos, ella, con el rostro contraído, murmuró:

-¡Y tendré que hacer otras cuatro docenas de manzanas y que descolgar morcillas! ¡Si hubiese muerto esta noche!

Y el marido, más resignado, contestó: -Eso no ocurre todos los días...

Guy de Maupassant en *Cuentos*, C.EAL, Buenos Aires, 1971

El siglo XX

En el siglo XX, el mundo se vio envuelto en una serie de profundos cambios: dos guerras mundiales y otros conflictos bélicos que determinaron la modificación de los límites geográficos; espectaculares avances científicos y técnicos (que si bien ampliaron el conocimiento del hombre, también le trajeron aparejados graves peligros: guerra nuclear, contaminación ambiental, deshumanización); ebullición de ideologías; múltiples ismos artísticos y literarios. El neocapitalismo se expandió y desembocó en la sociedad de consumo que trajo como consecuencia nuevas formas de alienación. Se crean falsas necesidades por la presión de la publicidad que exige trabajar más y genera frustración cuando no se logra acceder a lo que ofrece el mercado. La literatura expresa distintas actitudes:

- angustia** frente a un mundo deshumanizado que como dijo Kafka "corrompe y degrada al hombre", convirtiéndolo en "cosas, más que en criaturas vivas" y lo lleva "nadie sabe dónde".
- cuestionamiento social y político** en la literatura comprometida.
- esteticismo** que no es huida de la realidad sino una forma de rebeldía manifestada a través del aislamiento del mundo por parte del escritor y la autonomía de su arte.

Recordemos que con el **Romanticismo** surgió el rechazo del artista a la sociedad burguesa. El choque con el mundo y



el inconformismo modelaron la sensibilidad romántica y lo condujeron a la angustia, la marginación y la soledad. Luego, con el **Realismo**, el escritor adoptó una actitud crítica frente a la realidad que con el **Naturalismo** llega a la agresión antiburguesa. En la misma época surgió "el arte por el arte" en el que el artista negaba la realidad mediocre y se refugiaba en la belleza y el misterio rechazando también el mundo burgués. En el **siglo XX**, al consolidarse la sociedad capitalista, el escritor continuó con la postura crítica y angustiada frente a un mundo que ponía en riesgo la condición humana. Esta inquietud existencial se verá reflejada en escritores como Pirandello, Kafka, Jarry y Orwell, entre otros.

Este mundo oscuro, contradictorio, es expresado de una forma también oscura y desconcertante. Por eso la literatura contemporánea, en la mayoría de los casos, presenta dificultad para el lector medio. Éste debe abandonar el rol pasivo frente a mensajes claramente expresados y adoptar un rol activo para poder recorrer el laberinto expresivo. El escritor se preocupa por el lector tanto como por sus personajes. La literatura actual es una "obra abierta" como afirma Umberto Eco pues no se presenta como acabada y perfecta sino que propone al lector múltiples posibilidades de interpretación. El lector disfruta descifrando y completando el sentido propuesto por el autor.

La narrativa

Tanto en Europa como en América, se produjo una renovación de la narrativa en el siglo XX. Entre los que la iniciaron pueden citarse el checoslovaco Kafka, el francés Proust, el irlandés Joyce y el norteamericano Faulkner. En Hispanoamérica se destacaron Borges, Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, Carpentier, Asturias, Onetti y Rulfo.

La novela tradicional sufrió una profunda renovación tanto en la acción como en los personajes, la construcción y la escritura. Alejo Carpentier afirmó: "Todas las grandes novelas de nuestra época comenzaron por hacer exclamar al lector: ¡Esto no es una novela!".

Principales innovaciones en la novela

- Presentación de un **mundo inquietante, inestable, inhumano** que somete y degrada al hombre. Tal es el caso de Kafka, precursor de la denuncia de la deshumanización.
- El **realismo pierde fuerza** para dar cabida a lo **imaginativo, lo onírico, lo irracional**.
- El **desorden cronológico** en la narración de la historia: *flash back* o "saltos atrás" por influencia del montaje cinematográfico.
- Generalmente es una "novela abierta", es decir, el **desenlace está ausente**.
- El narrador omnisciente tiende a desaparecer. El narrador puede adoptar un **punto de vista único o múltiple**, ya sea que enfoque la historia desde un solo personaje o desde diversos personajes. Los diversos enfoques pueden dar interpretaciones distintas y hasta contradictorias de un mismo hecho.
- Utilización de **todas las personas narrativas**, con especial proliferación de la segunda persona. En el caso de *Cinco horas con Mario* el 'tú' es un personaje al que se dirige el narrador.
- Disminución del diálogo y surgimiento- de otros procedimientos como el **monólogo interior** que consiste en reproducir en primera persona los pensamientos de un personaje tal como si surgieran de su conciencia o de su subconciencia: pensamientos, recuerdos, percepciones, asociaciones libres de ideas, pulsiones subconscientes. Para expresar esto se utiliza una sintaxis dislocada, elipsis, juegos verbales, etc.

Introducción de **otros tipos de textos** como los periodísticos, la necrológica que figura al comienzo de *Cinco horas Con Mario*, los anuncios publicitarios, etc.

- Ausencia de puntuación, uso de distintos tipos de letras.
- La preocupación por el contenido ha ido cediendo al **interés por la forma, la escritura y la óptica de la novela**.
- El lector ya no es más un receptor pasivo sino que debe colaborar para recomponer el mundo narrado. Hené-Marie Alliéres afirma: "La novela se conviene en un puzzle qué exige del lector un **esfuerzo activo -de reconstrucción**. No se nos entrega de una vez todas las piezas de ese puzzle: el novelista se las va sirviendo al lector, poco y como al azar".
- Presencia de Utopía (un mundo perfecto) y de contra utopía (mundos destruidos por los adelantos tecnológicos o el mal uso de los recursos naturales) También por destrucción gracias a los robots.



Rebelión en la granja.

Argumento

Los animales que vivían en la granja del señor Jones estaban descontentos con la vida que llevaban por lo que planearon una rebelión a instancias de los cerdos. Una noche echaron a los dueños y se apoderaron de la granja.

Establecieron una serie de reglas que debían ser estrictamente respetadas y las anotaron en una pared. Los cerdos poco a poco, se hicieron cargo de la administración, mientras que los animales trabajaban con entusiasmo pues era para ellos mismos.

La revolución resultó un éxito. Pero los cerdos dirigentes se pelearon; Napoleón se convirtió en dictador y usaba a los perros como sus guardias. Expulsó a Snowball de la granja. Los cerdos empezaron a comportarse cada vez más como humanos. Napoleón era el que más abusaba por ser el líder de los animales, y se quedaba con la mejor comida. Los cerdos manipularon los mandamientos para adjudicarse una serie de privilegios.

Los animales trabajaban mucho alentados por las falsas promesas de los cerdos. Pero los años pasaron, y los animales de la Granja vivían cada vez peor. Napoleón utilizaba un látigo para controlarlos. Borraron los siete mandamientos del Viejo Major o los cambiaron según su conveniencia. Finalmente, los cerdos se aliaron con los granjeros vecinos, vistiéndose e imitándolos en todo.

Los animales, parecían no darse cuenta de que la revolución había fracasado, y que vivían igual o peor que antes, debido a la codicia y el egoísmo de los cerdos.

Introducción

GEORGE ORWELL

George Orwell, cuyo verdadero nombre era Eric Blair, nació en la ciudad de Bengala, en la India, en 1903, y falleció en Londres, en 1950. De origen escocés, estudió en Inglaterra, pero regresó a la India, donde formó parte de la policía imperial. En 1928 volvió a Europa. Vivió en París, ciudad en la que llevó una dura existencia; luego se trasladó a Londres y allí trabajó como maestro de escuela y en una librería. Aquellos años serían descritos en su primer libro *Mis años de miseria en París y Londres*, en el que se marca la tendencia social que caracteriza toda la obra, de Orwell.

En 1934 publicó sus dos primeras novelas: *Días birmanos* y *La hija del cura*, esta última sobre la vida inglesa. Dos años después editó otras dos obras: la novela *Mantén en alto la aspidistra* y *El camino del muelle Wigan*, libro en que describe los efectos de la depresión y examina las perspectivas del socialismo en Inglaterra.

Orwell fue siempre socialista, pero extremadamente crítico. Participó en la guerra civil española,

donde fue herido. Durante su convalecencia escribió *Homenaje a Cataluña*, obra en que ataca a los comunistas de inspiración soviética, por su política partidista y monopólica, a la que atribuye las causas de la derrota. Con la novela *Subir en busca del aire* volvió al tema de la vida social inglesa. Es la última obra que publicó antes de la Segunda Guerra Mundial, en la que no pudo intervenir por su débil salud. En 1943 ingresó a la redacción del diario *Tribune* y colaboró también en el *Observer*. De esta época datan la mayoría de sus ensayos.

En 1946 publicó *La granja de los animales*. Es una animada sátira del régimen soviético, con la que alcanzó éxito internacional. En 1949 apareció su novela de anticipación, *1984*, en la que presenta un cuadro del mundo futuro, en una prolongación ideal de la línea del comunismo soviético llevado a sus más desoladoras consecuencias.

En opinión de algunos de sus críticos, la importancia de Orwell reside principalmente en la franqueza y clarividencia con que trata los problemas de política social.

Prólogo

REBELIÓN EN LA GRANJA: VIAJE DE IDA Y VUELTA por Miguel Arteche

Aunque *La granja de los animales* ("Animal Farm") es un apólogo, esto es, un relato falso, de pura invención, su atractivo reside en que lo inventado, aquello que se descubre, aparece siempre ceñido a lo cotidiano. Como en otras fábulas, en ésta los animales hablan. No sólo hablan, asumen, además, las funciones que en una granja cumplen los hombres.

Jones, el granjero, va a su cama a dormir la borrachera de cerveza. Apaga la luz. Apenas lo ha hecho, todos los animales de esta granja inglesa se alborotan. El Viejo Mayor, cerdo premiado, gordo,



sabio y benevolente, ha tenido un extraño sueño en la noche anterior, y desea comunicarlo a los otros animales.

Este, el sueño de un cerdo, es el gozne de plata sobre el cual gira en 180 grados la narración: es la puerta encontrada súbitamente en ese muro donde no hubo jamás una puerta; es el puente que permite entrar en el cuarto prohibido; es el ropero (recordemos la saga de Narnia) que da paso a otro tiempo y otros espacios; es el cuerno que suena en el silencio de la noche para anunciar la llegada de otro reino. "Y ahora, camaradas, dice el Viejo Cerdo Mayor, contaré mi sueño de anoche. No estoy

en condiciones de describirlos. Era una visión, continua, de cómo será la Tierra cuando el Hombre

haya desaparecido (...) El hombre es el único enemigo real que tenemos (...). Eliminad tan sólo al Hombre, y el producto de nuestro trabajo será propio(...). Todos los hombres son enemigos, afirma. Todos los animales son camaradas". Poco después el Viejo Cerdo Mayor muere, no sin antes entonar un himno, "cantado por los animales de épocas remotas", para que las Bestias rompan sus cadenas. Jones, luego, es expulsado de la granja por los animales, y los cerdos, que se supone son los más inteligentes, toman a su cargo el trabajo de enseñar y organizar a los demás. Los cerdos asumen el control total de la granja. Bajo su dirección trabajan sin descanso, y obedecen como esclavos, perros, gallinas, ovejas, vacas, patos, caballos, gansos, una gata, un cuervo, ratas, conejos, y hasta un gallo trompetero que más tarde anunciará con sonoros quiquiriquíes la llegada del dictador. Animales que sólo caminan sobre cuatro patas, "pues todo lo que camina sobre dos pies es un enemigo, y lo que camina sobre cuatro patas o tenga alas es un amigo". Esta es la consigna. Como toda revolución que comienza, lo hace con hermosas promesas; entre ellas, el vademécum de una ideología; y, en este caso, sus siete mandamientos.

Escrita durante la Segunda Guerra Mundial, entre 1943 y 1944, mientras Orwell trabajaba en la BBC de Londres, y publicada en 1945, esto es, al término de esa guerra, La granja de los animales parece situarse sobre una línea que arranca de Tomás Moro, pasa por Swift, y toca, en nuestros días, al

Huxley de Un mundo feliz ("Brave New World"), y 1984. Es la utopía, es decir, "ese proyecto de imposible realización". Sólo que La granja está muy cerca de ciertos proyectos totalitarios que fueron posibles en esos años.

Como toda obra que esconde diversos planos, esta fábula es, por una parte, un "cuento" cruel y despiadado, y por otra un libro que pueden leer los niños, como leen el Gulliver de Swift. Pues si el Gulliver es en el fondo una descarnada sátira contra la sociedad inglesa, y puede también leerse como una novela de aventuras, La granja se apoya también en la circunstancia de su tiempo, la dictadura de un paranoico ávido de sangre y poder: Stalin. Sin embargo, cuando se llega a la última página de ella se desprende una conclusión aún más terrible que la misma realidad.

Al revés de lo que sucede en 1984, cuyo estilo sufre de alguna laxitud y se extiende innecesariamente, en La granja todo está tramado como un mecanismo de relojería que funciona con espléndida naturalidad. Esta es una manera de hacer verosímil lo que en ella ocurre. Casi no cuenta la ideología del autor, e incluso marcha a contrapelo de ella. El espacio físico del relato, si lo comparamos con el que hay en 1984, está acotado por la precisión de lo que se narra, la línea recta de lo que se cuenta, y, sobre todo, la progresión que mediante sutiles toques desnuda poco a poco esa nueva clase corrupta de los cerdos.

Cuando todo termina, el arco se cierra justamente en el extremo contrario. "La revolución", aseguraba Chesterton, "es la parábola que describe un móvil para volver al punto de partida". La revolución se suele morder la cola. Lo que se había prometido no sólo no se cumple sino que se cumple al revés: se termina por hacer lo que no se debía hacer; se prohíbe lo que antes se permitía; se torna amigo el enemigo, y el enemigo, amigo; los mandamientos son manipulados, y quedan reducidos sólo a uno; se inventa el terror, y a la vez se cae bajo el dominio del terror. En La granja domina, además de la sátira, la ironía, y hasta el humorismo. Napoleón, sucesor del Viejo Cerdo, ha asumido todo el poder. ("Su cola se había puesto rígida, y se movía nerviosamente de lado a lado, señal de su intensa actividad mental".) Este cerdo piensa tanto como la gata que charla con algunos gorriones. ("Les estaba diciendo que todos los animales eran ya camaradas y que cualquier gorrión que quisiera podía posarse sobre sus garras; pero los gorriones mantuvieron la distancia".) El Viejo había afirmado, perentoriamente, que "ningún cerdo debe vivir en una casa, dormir en una cama, vestir ropas, beber alcohol, fumar tabaco, recibir dinero, ocuparse del comercio, pues todas las costumbres del Hombre son malas; ningún animal debe tiranizar a



sus semejantes. Débil o fuerte, agregaba, listo o ingenuo, somos todos hermanos. Ningún animal debe matar a otro animal. Todos los animales son iguales".

Pero Napoleón y sus cerdos secuaces, más los mastines de su guardia pretoriana, terminan por hacer, y por ordenar que se haga, justamente lo contrario. Napoleón irá a vivir en la casa del granjero Jones; vestirá sus ropas, beberá su whisky, fumará su tabaco, recibirá dinero, tiranizará a los otros animales, algunos de los cuales serán ejecutados. Aquí no hay redención ni trasmundo que abra la esperanza a otro espacio, ese que el cuervo Moses promete: cuervo mentiroso y cobarde que tal vez Orwell inventa como una caricatura de alguna clase sacerdotal. ("Pretendía conocer la existencia de un país misterioso llamado Monte Caramelo, al que iban los animales cuando morían..."). Todos son engañados, salvo Benjamín, el burro, que ha visto pasar muchas aguas y no cree en "pájaros preñados".

Parece paradójico, en fin, que este burro escéptico sea el más sabio de los animales. Ayer todos los animales "eran iguales"; hoy "todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros". Ayer izábase la bandera verde en cuyo campo estaban dibujadas el asta y la pata; hoy sólo se levanta una bandera verde sin asta y sin pata. La ayer Granja Manor, a la cual los cerdos dieron el nombre de Granja de los Animales, vuelve a llamarse Granja Manor. Es evidente, para los cerdos, que animales y hombres pueden convivir.

Cuando cerdos y hombres, en el último párrafo del libro, terminan por almorzar, brindar y engañarse mutuamente en la casa que fue del granjero, "los animales (que se encontraban afuera) miraron del cerdo al hombre, y del hombre al cerdo, y nuevamente del cerdo al hombre; pero ya era imposible discernir quién era quién".

Capítulo I

El señor Jones, dueño de la Granja Manor, cerró por la noche los gallineros, pero estaba demasiado borracho para recordar que había dejado abiertas las ventanillas. Con la luz de la linterna bailoteando de un lado a otro cruzó el patio, se quitó las botas ante la puerta de atrás, se sirvió una última copa de cerveza del barril que estaba en la cocina y se fue derecho a la cama, donde ya roncaba la señora Jones.

En cuanto se apagó la luz en el dormitorio, comenzó el alboroto en toda la granja. Durante el día se corrió la voz de que el Viejo Mayor, el cerdo premiado, había tenido un sueño extraño durante la noche anterior y deseaba comunicárselo a los demás animales.

Habían acordado reunirse todos en el granero principal para que el señor Jones no pudiera molestarles. El Viejo Mayor (así le llamaban siempre, aunque fue presentado en la exposición bajo el nombre de WillingdonBeauty), era tan altamente estimado en la granja, que todos estaban dispuestos a perder una hora de sueño para oír lo que él tuviera que decirles.

En un extremo del granero principal, sobre una especie de plataforma elevada, Mayor ya se encontraba situado en su cama de paja, bajo una linterna que pendía de una viga. Tenía doce años de edad y últimamente se había puesto bastante gordo, pero aún era un cerdo majestuoso de aspecto sabio y benevolente, a pesar de que nunca le habían limado los colmillos. Hacía rato que habían comenzado a llegar los demás animales y a colocarse cómodamente, cada cual a su manera. Primero arribaron los tres perros, Bluebell, Jessie y Pincher, y luego los cerdos, que se arrellanaron en la paja delante de la plataforma. Las gallinas, se posaron en el alfíizar de las ventanas, las palomas revolotearon hacia las vigas, las ovejas y las vacas se echaron detrás de los cerdos y se dedicaron a rumiar. Los dos caballos de tiro, Boxer y Clover, entraron juntos, caminando despacio y posando con gran cuidado sus enormes cascos peludos, por temor de que algún animalito pudiera hallarse oculto en la paja. Clover era una yegua corpulenta, entrada en años y de aspecto maternal, que no había logrado recuperar la silueta después de su cuarto potrillo. Boxer era una bestia enorme, de unos dieciocho palmos de altura y tan fuerte como dos caballos comunes juntos. Una mancha blanca a lo largo del hocico le daba un aspecto estúpido, y por cierto no era muy inteligente, pero sí respetado por todos dada su entereza de carácter y su tremendo poder de trabajo. Despues de los caballos llegaron Muriel, la cabra blanca, y Benjamín, el burro. Benjamín era el animal más viejo y de peor genio de la granja. Rara vez hablaba, y cuando lo hacía, generalmente era para hacer alguna observación cínica; podía decir, por ejemplo, que Dios le había dado una cola para espantar las moscas, pero que él hubiera preferido no tener ni cola ni moscas. Era el único de los animales de la granja que jamás reía. Si se le preguntaba por qué, contestaba que nunca encontraba motivo para hacerlo. Sin embargo, sin admitirlo abiertamente, sentía afecto por Boxer; los dos pasaban, generalmente, el domingo, juntos en el pequeño prado detrás de la huerta, pastoreando hombro a hombro, sin hablarse.



Apenas se echaron los dos caballos cuando un grupo de patitos que habían perdido a la madre entró al granero piando débilmente y yendo de un lado a otro en busca de un lugar donde no hubiera peligro de que los pisaran. Clover formó una especie de pared con su gran pata delantera y los patitos se anidaron allí durmiéndose enseguida. A última hora, Mollie, la bella y tonta yegua blanca que tiraba del coche del señor Jones, entró cadenciosamente mascando un terrón de azúcar. Se colocó delante, coqueteando con su nivea crin a fin de atraer la atención hacia los moños rojos con que había sido trenzada. La última en aparecer fue la gata, que buscó, como de costumbre, el lugar más cálido, acomodándose finalmente entre Boxer y Clover; allí ronroneó a gusto durante el desarrollo del discurso de Mayor, sin oír una sola palabra de lo que éste decía.

Ya estaban presentes todos los animales, excepto Moses, el cuervo amaestrado, que dormía sobre una percha detrás de la puerta trasera. Cuando Mayor vio que estaban todos y esperaban atentos, aclaró su voz y comenzó:

- Camaradas: vosotros os habéis enterado ya del extraño sueño que tuve anoche. De eso hablaré enseguida. Primero tengo que decir otra cosa. Yo no creo, camaradas, que esté mucho más con vosotros y antes de morir, estimo mi deber transmitiros la sabiduría adquirida. He vivido muchos años; dispuse de bastante tiempo para meditar mientras he estado a solas en mi pocilga y creo poder afirmar que entiendo la naturaleza de la vida en este mundo tan bien como cualquier otro animal viviente. Respecto a eso deseo hablaros.

- Veamos camaradas: ¿cuál es la realidad de esta vida nuestra? Mirémosla de frente: nuestras vidas son miserables, laboriosas y cortas. Nacemos, nos suministran la comida necesaria para mantenernos y a aquellos de nosotros capaces de hacerlo nos obligan a trabajar hasta el último aliento de nuestras fuerzas; y en el preciso instante en que nuestra utilidad ha terminado, nos matan con una残酷za espantosa. Ningún animal en Inglaterra conoce el significado de la felicidad o la holganza desde que cumple un año de edad. No hay animal libre, en Inglaterra. La vida de un animal es la miseria y la esclavitud; ésa es la pura verdad.

Pero ¿es eso realmente parte del orden de la naturaleza? ¿Es acaso porque esta tierra nuestra es tan pobre que no puede proporcionar una vida decorosa a todos sus

habitantes? No, camaradas; mil veces no. El suelo de Inglaterra es fértil, su clima es bueno; es capaz de dar comida en abundancia a una cantidad mucho mayor de animales que la que actualmente la habita. Solamente nuestra granja puede mantener una docena de caballos, veinte vacas, centenares de ovejas; y todos ellos viviendo con una comodidad y dignidad que en estos momentos están casi fuera del alcance de nuestra imaginación. ¿Por qué, entonces, continuamos en esta miseria condición? Porque los seres humanos nos arrebatan casi todo el fruto de nuestro trabajo. Ahí está, camaradas, la solución de todos nuestros problemas. Está todo involucrado en una sola palabra: Hombre. El Hombre es el único enemigo real que tenemos. Quitar al Hombre de la escena y el motivo originario de nuestra hambre y exceso de trabajo será abolido para siempre."

"El Hombre es el único ser que consume sin producir. No da leche, no pone huevos, es demasiado débil para tirar del arado y su velocidad ni siquiera le permite atrapar conejos. Sin embargo, es dueño y señor de todos los animales. Los hace trabajar, les devuelve el mínimo necesario para mantenerlos con vida y lo demás se lo guarda para él. Nuestro trabajo labra la tierra, nuestro estiércol la abona y, sin embargo, no existe uno de nosotros que posea algo más que su simple pellejo. Vosotras, vacas, que estáis aquí ¿cuántos miles de litros de leche habéis dado este último año? ¿Y qué se ha hecho con esa leche que debía servir para criar terneros robustos?. Hasta la última gota ha ido a parar a las gargantas de nuestros enemigos. Y vosotras, gallinas, ¿cuántos huevos habéis puesto este año y cuántos pollitos han salido de esos huevos?. Todo lo demás ha ido a parar al mercado para producir dinero para Jones y su gente. Y tú, Clover, ¿dónde están esos cuatro potrillos que has tenido, que debían ser el sostén y solaz de tu vejez?. Todos fueron vendidos al año; no los volverás a ver jamás. Como recompensa por tus cuatro criaturas y todo tu trabajo en el campo ¿qué has tenido, exceptuando tus magras raciones y un pesebre?"

"Ni siquiera nos permiten alcanzar el fin natural de nuestras miserias vidas. Por mí no me quejo, porque he sido uno de los afortunados. Llevo doce años y he tenido más de cuatrocientas criaturas. Ese



es el destino natural de un cerdo. Pero ningún animal se libra del cruel cuchillo al final. Vosotros, jóvenes cerdos que estáis sentados delante, cada uno de vosotros va a chillar por su vida ante el cuchillo dentro de un año. A ese horror llegaremos todos: vacas, cerdos, gallinas, ovejas; todos. Ni siquiera los caballos y los perros tienen mejor destino. Tú, Boxer, el mismo día en que tus grandes músculos pierdan su fuerza, Jones te venderá al descuartizador, quien te cortará el pescuezo y te hervirá para los perros de caza. En cuanto a los perros, cuando están viejos sin dientes, Jones les ata un ladrillo al pescuezo y los ahoga en la laguna más cercana."

"¿No resulta entonces de una claridad meridiana, camaradas, que todos los males de nuestras vidas provienen de la tiranía de los seres humanos?. Eliminad tan sólo al Hombre y el producto de nuestro trabajo será propio. Casi de la noche a la mañana nos volveríamos ricos y libres. Entonces, ¿qué es lo que debemos hacer? ¡Trabajar noche y día, con cuerpo y alma, para destruir a la raza humana!. Ese es mi mensaje, camaradas: ¡Rebelión! Yo no sé cuándo vendrá esa rebelión; quizás de aquí a una semana o dentro de cien años; pero sí sé, tan certamente como veo esta paja bajo mis patas, que tarde o temprano se hará justicia. Fijad la vista en eso, camaradas, durante los pocos años que os quedan de vida! Y, sobre todo, transmitid mi mensaje a los que vendrán después, para que las futuras generaciones puedan proseguir la lucha hasta alcanzar la victoria."

"Y recordad, camaradas: vuestra voluntad jamás deberá vacilar. Ningún argumento os debe desviar. Nunca escuchéis cuando os digan que el Hombre y los animales tienen un destino común; que la Prosperidad de uno es también de los otros. Son mentiras. El Hombre no sirve los intereses de ningún ser, exceptuando el suyo. Y entre nosotros, los animales, que haya perfecta unidad, perfecta camaradería en la lucha. Todos los hombres son enemigos. Todos los animales son camaradas."

En ese momento hubo una tremenda conmoción. Mientras Mayor estaba hablando, cuatro grandes ratas habían salido de sus cuevas y estaban sentadas sobre sus cuartos traseros, escuchándolo. Los perros las divisaron repentinamente y sólo merced a una precipitada carrera hasta sus cuevas lograron las ratas salvar sus vidas. Mayor levantó su pata para imponer silencio.

- Camaradas, dijo, aquí hay un punto que debe ser aclarado. Los animales salvajes, como los ratones

y los conejos, ¿son nuestros amigos o nuestros enemigos? Pongámoslo a votación.

"Yo planteo esta pregunta a la asamblea: ¿son camaradas las ratas?"

Se pasó a votación inmediatamente, decidiéndose por una mayoría abrumadora que las ratas eran camaradas. Hubo solamente cuatro disidentes: los tres perros y la gata, que, como se descubrió luego, había votado por ambas tendencias. Mayor continuó:

- Me resta poco que deciros. Simplemente insisto: recordad siempre vuestro deber de enemistad hacia

el Hombre y su manera de ser. Todo lo que camine sobre dos pies es un enemigo. Lo que camine sobre cuatro patas o tenga alas, es un amigo. Y recordad también que en la lucha contra el Hombre, no debemos llegar a pareceremos a él. Aun cuando lo hayáis vencido, no adoptéis sus vicios. Ningún animal debe vivir en una casa, dormir en una cama, vestir ropas, beber alcohol, fumar tabaco, recibir dinero ni ocuparse del comercio. Todas las costumbres del Hombre son malas. Y, sobre todas las cosas, ningún animal debe tiranizar a sus semejantes. Débil o fuerte, listo o ingenuo, somos todos hermanos. Ningún animal debe matar a otro animal. Todos los animales son iguales.

"Y ahora, camaradas, os contaré mi sueño de anoche. No estoy en condiciones de describirlo a vosotros. Era una visión de cómo será la Tierra cuando el Hombre haya desaparecido. Pero me trajo a la memoria algo que hace tiempo había olvidado. Muchos años atrás, cuando yo era lechón, mi madre y las otras cerdas acostumbraban a ensayar una vieja canción de la que sólo sabían la melodía y las primeras tres palabras. Conocía esa tonada en mi infancia, pero ya hacía tiempo que la había olvidado. Anoche, sin embargo, volvió a mí en el sueño. Y más aún, las palabras de la canción también; son palabras que, tengo la certeza, fueron cantadas por los animales de épocas remotas y luego olvidadas durante muchas generaciones. Os cantaré esa canción ahora, camaradas. Soy viejo y mi voz es ronca, pero cuando os haya enseñado la tonada, podréis cantar mejor para vosotros mismos. Se llama Bestias de Inglaterra. El Viejo Mayor aclaró su garganta y comenzó a cantar. Tal como había dicho, su voz era ronca, pero lo hizo bastante bien; era una tonada excitante, algo entre Clementina y La Cucaracha. La letra decía así:

I

iBestias de Inglaterra, Bestias de Irlanda,
animales del valle y de la selva,



Sobre vuestro futuro prodigioso
prestad oído a mis alegres nuevas!

II

Tarde o temprano arribará la hora
en la que el Hombre derrocado sea,
y las fecundas tierras de Bretaña
sólo serán pobladas por las Bestias.

III

Rotos caerán los aros torturantes
de la nariz, y rodarán por tierra
los látigos de tétricos chasquidos
y oxidados el freno y las espuelas.

IV

La cebada y el heno perfumados,
la remolacha, el trébol y la avena
toda la cornucopia de Natura
será ese día solamente nuestra

V

Más fresca será el agua y transparente
en los hermosos campos de Inglaterra,
y más suave la brisa, el día glorioso
en que las Bestias rompan sus cadenas.

VI

Para ese día trabajemos todos,
aunque muramos antes que amanezca;
vacas y gansos, pavos y caballos,
todos deben sumarse a esta empresa.

VII

iBestias de Inglaterra, Bestias de Irlanda,
animales del valle y de la selva
sobre vuestro futuro prodigioso
iprestad oído a mis alegres nuevas!

El ensayo de esta canción puso a todos los animales en un estado de salvaje excitación. Casi antes deque Mayor hubiera finalizado, ellos comenzaron a cantarla. Hasta el más estúpido ya había retenido la melodía y parte de la letra, y con ayuda de los más inteligentes, como los cerdos y los perros, aprendieron la canción en pocos minutos. Y luego, después de varios ensayos preliminares, toda la granja estalló en Bestias de Inglaterra, en tremendo unísono. Las vacas la mugieron, los perros la ladraron, las ovejas la balaron, los caballos la relincharon, los patos la parparon. Estaban tan encantados con la canción, que la repitieron cinco veces seguidas y habían continuado toda la noche, si no los hubieran interrumpido.

Desgraciadamente, el alboroto despertó al señor Jones, el cual saltó de la cama creyendo que habíaun zorro en los corrales. Tomó la escopeta, que estaba permanentemente en un rincón del dormitorio, y descargó un tiro en la oscuridad. Los perdigones se incrustaron en la pared, del granero y la asamblea se levantó precipitadamente. Cada cual huyó hacia su lugar de reposo. Las aves saltaron a sus perchas, los animales se acostaron en la paja y en un santiamén estaban todos durmiendo.

Capítulo II

Tres noches después, el Viejo Mayor murió apaciblemente mientras dormía. Su cadáver fue enterradoal pie de un árbol de la huerta. Eso sucedió a principios de marzo. Durante los tres meses siguientes hubo mucha actividad secreta. A los animales más inteligentes de la serranía el discurso de Mayor les había hecho ver la vida desde un ángulo totalmente nuevo. Ellos no sabían cuándo ocurriría la rebelión que pronosticara Mayor; no tenían motivo para creer que aconteciera durante el transcurso de sus propias vidas, pero vieron claramente que era su deber prepararse para ella. El trabajo de enseñar y organizar a los demás recayó naturalmente sobre los cerdos, a quienes se reconocía en general como los más inteligentes de los animales. Los más destacados entre ellos eran dos cerdos jóvenes que se llamaban Snowball y Napoleón, a quienes el señor Jones estaba criando para vender. Napoleón era un verraco grande de aspecto feroz; el único cerdo de raza Berkshire que había en la granja; parco en el hablar, tenía fama de salirse con la suya. Snowball era más vivaracho que Napoleón, tenía mayor facilidad de palabra y era ingenioso, pero lo consideraban de carácter más débil. Los demás puerco



machos de la granja eran muy jóvenes. El más conocido entre ellos era un pequeño gordito que se llamaba Squealer, de mejillas muy redondas, ojos vivos, movimientos ágiles y voz chillona. Era un orador brillante, y cuando discutía algún asunto difícil tenía una forma de saltar de lado a lado y mover la cola, que era en cierta manera muy persuasiva. Los demás decían que Squealer era capaz de cambiar lo negro en blanco.

Estos tres habían elaborado, a base de las enseñanzas del Viejo Mayor, un sistema completo de pensamientos al que dieron el nombre de Animalismo. Varias noches por semana, cuando el señor Jones dormía, celebraban reuniones secretas en el granero, durante las cuales exponían los principios del Animalismo a los demás. Al comienzo encontraron mucha estupidez y apatía. Algunos animales hablaron del deber de lealtad hacia el señor Jones, a quien llamaban "Amo", o hacían observaciones elementales como: "el señor Jones nos da de comer"; "Si él no estuviera nos moriríamos de hambre".

Otros formulaban preguntas tales como: "¿Qué nos importa a nosotros lo que va a suceder cuando estemos muertos?", o bien: "Si esta rebelión se va a producir de todos modos, ¿qué diferencia hay si trabajamos para ella o no?", y los cerdos tenían gran dificultad en hacerles ver que eso era contrario al espíritu del Animalismo. Las preguntas más estúpidas fueron hechas por Mollie, la yegua blanca. La primera que dirigió a Snowball, fue la siguiente:

- ¿Habrá azúcar después de la rebelión?
- No, respondió Snowball firmemente. No tenemos medios para fabricar azúcar en esta granja. Además, tú no necesitas azúcar. Tendrás toda la avena y el heno que quieras.
- ¿Y se me permitirá seguir usando cintas en la crin? insistió Mollie.
- Camarada, dijo Snowball, esas cintas que tanto te gustan son el símbolo de tu esclavitud. ¿No entiendes que la libertad vale más que esas cintas?

Mollie asintió, pero daba la impresión de que no estaba muy convencida.

Los cerdos tuvieron una lucha aún mayor para contrarrestar las mentiras que difundía Moses, el cuervo amaestrado. Moses, que era el favorito del señor Jones era espía y chismoso, pero era también un orador muy hábil. Pretendía conocer la existencia de un país misterioso llamado Monte Caramelo, al que iban todos los animales cuando morían. Estaba situado en algún lugar del cielo, "un poco más allá de las nubes", decía Moses. En Monte Caramelo era domingo siete veces por semana, el trébol estaba en sazón

todo el año y los terrones de azúcar y las tortas de lino crecían en los cercos. Los animales odiaban a Moses porque era chismoso y no hacía ningún trabajo, pero algunos creían lo del Monte Caramelo y los cerdos tenían que argumentar mucho para persuadirlos de la inexistencia de tal lugar.

Los discípulos más leales eran los caballos de tiro Boxer y Clover. Ambos tenían gran dificultad en formar su propio juicio, pero una vez que aceptaron a los cerdos como maestros absorbían todo lo que se les decía y lo transmitían a los demás animales mediante argumentos sencillos. Nunca faltaban las citas secretas en el granero y encabezaban el canto Bestias de Inglaterra con que siempre se daba término a las reuniones.

Pero sucedió que la rebelión se llevó a cabo mucho antes y más fácilmente de lo que ellos esperaban. En años anteriores el señor Jones, a pesar de ser un amo duro, fue un agricultor capaz, pero últimamente había adquirido algunos vicios. Se había desanimado mucho después de perder bastante dinero en un pleito, y comenzó a beber más de la cuenta. Durante días enteros permanecía en su sillón en la cocina, leyendo los diarios, bebiendo y, ocasionalmente, dándole a Moses cortezas de pan mojado con cerveza. Sus hombres eran perezosos y deshonestos, los campos estaban llenos de malezas, los edificios requerían arreglos, los cercos estaban descuidados y mal alimentados los animales.

Llegó junio y el heno estaba casi listo para ser cosechado. El día de San Juan, que era sábado, el señor Jones fue a Willingdon y se emborrachó de tal manera en la taberna El León Colorado que no volvió a la granja hasta el mediodía del domingo. Los peones habían ordeñado las vacas de madrugada y luego se fueron a cazar conejos, sin preocuparse de dar de comer a los animales.

Cuando volvió, el señor Jones se fue a dormir inmediatamente en el sofá de la sala, tapándose la cara con el periódico, de manera que al anochecer los animales aún estaban sin comer. Finalmente, éstos no resistieron más. Una de las vacas rompió de una cornada la puerta del depósito de forrajes y los animales empezaron a servirse solos de los arcones. Justamente en ese momento se despertó el señor Jones. De inmediato él y sus cuatro peones se hicieron presentes con látigos, azotando a diestra y siniestra. Eso superaba a cuento los hambrientos animales podían soportar. Unánimemente, aunque nada



por el estilo había sido planeado con anticipación, se abalanzaron sobre sus atormentadores. En forma repentina, Jones y sus peones se encontraron recibiendo empellones y patadas desde todos los costados. Habían perdido el dominio de la situación. Nunca habían visto a los animales portarse de esa manera, y esa inopinada insurrección de bestias a las que estaban acostumbrados a pegar y maltratar como querían, los aterrorizó hasta hacerles perder la cabeza. A poco abandonaron todo intento de defensa y escaparon. Un minuto después, los cinco disparaban a toda carrera por el sendero rumbo a la puerta principal con los animales persiguiéndolos triunfalmente.

La señora Jones miró por la ventana del dormitorio, vio lo que sucedía, metió precipitadamente algunas cosas en un bolsón y se escabulló de la granja por otro camino. Moses saltó de su perchero y aleteó tras ella, graznando en alta voz. Mientras tanto, los animales habían perseguido a Jones y sus peones hasta la carretera y cerraron el portón estrepitosamente tras ellos. Y así, casi sin darse cuenta de lo que ocurría, la rebelión se había llevado a cabo triunfalmente: Jones había sido expulsado y la Granja Manor era de ellos.

Durante los primeros minutos los animales apenas si podían creer en su buena fortuna. Su primera acción fue galopar todos juntos alrededor de los límites de la granja, como para asegurarse de que ningún ser humano se escondía en ella; luego volvieron a la carrera hacia los edificios para borrar los últimos vestigios del odiado reino de Jones. Irrumpieron en el cuarto de los enseres que se hallaba en un extremo del establo; los frenos, los anillos, las cadenas de los perros, los crueles cuchillos con los que el señor Jones acostumbraba a castrar a los cerdos y corderos, fueron todos arrojados al pozo.

Las riendas, los cabestros, las anteojeras, los denigrantes morrales fueron tirados al fuego en el patio, donde en ese momento se estaba quemando basura. Igual destino tuvieron los látigos. Todos los animales saltaron de alegría cuando vieron arder los látigos. Snowball también tiró al fuego las cintas que generalmente adornaban las colas y crines de los caballos en los días de feria.¹¹

-Las cintas, dijo, deben considerarse como ropas, que son el distintivo de un ser humano. Todos los animales deben ir desnudos.

Cuando Boxer oyó esto, tomó el sombrerito de paja que usaba en verano para impedir que las moscas le entraran en las orejas y lo tiró al fuego con todo lo demás. En

muy poco tiempo los animales habían destruido todo lo que podía hacerles recordar al señor Jones. Entonces Napoleón los llevó nuevamente al depósito de forraje y les sirvió una doble ración de maíz a cada uno, con dos bizcochos para cada perro. Luego cantaron Bestias de Inglaterra del principio al fin siete veces y después de eso se acomodaron para la noche y durmieron como nunca lo habían hecho anteriormente.

Pero se despertaron al amanecer como de costumbre y, acordándose repentinamente del glorioso acontecimiento, salieron todos juntos a la pradera. A poca distancia de allí había una loma desde donde se dominaba casi toda la granja. Los animales llegaron apresuradamente a la cumbre y miraron a su alrededor a la clara luz de la mañana. Sí, era de ellos: todo lo que podían ver era suyo. En el éxtasis de ese pensamiento, brincaban por todos lados, se arrojaban al aire en grandes saltos de alegría.

Se revolcaban en el rocío, arrancaban bocados del dulce pasto de verano, ceceaban levantando terrones de tierra negra y aspiraban su fuerte aroma. Luego hicieron un recorrido de inspección por toda la granja y miraron con muda admiración la tierra de labrantío, el campo de heno, la huerta, la laguna. Era como si nunca hubieran visto esas cosas anteriormente, y apenas podían creer que todo era de ellos.

Regresaron entonces a los edificios de la granja y, vacilantes, se pararon en silencio ante la puerta de la casa. También era suya, pero tenían miedo de entrar. Un momento después, sin embargo, Snowball y Napoleón embistieron la puerta con el hombro y los animales entraron en fila india, caminando con el mayor cuidado por miedo de estropear algo. Fueron de puntillas de una habitación a la otra, recelosos de alzar la voz, contemplando con una especie de temor reverente el increíble lujo que allí había: las camas con sus colchones de plumas, los espejos, el sofá, la alfombra de Bruselas, la litografía de la Reina Victoria que estaba colgada encima del hogar de la sala. Iban bajando la escalera cuando se dieron cuenta de que faltaba Mollie. Al volver, los demás descubrieron que ésta se había quedado en el mejor dormitorio. Había tomado un pedazo de cinta azul de la mesa de tocador de la señora Jones y, apoyándola sobre su hombro, se estaba admirando en el espejo como una tonta. Los otros se lo reprocharon severamente y salieron. Sacaron unos jamones colgados en la cocina y les dieron sepultura; el barril de cerveza fue destrozado mediante una coz de Boxer, y no se tocó nada más en la casa. Allí mismo se resolvió por unanimidad que la casa sería conservada como museo. Estaban todos de acuerdo en que jamás debería vivir allí animal alguno.



Los animales tomaron el desayuno, y luego Snowball y Napoleón los reunieron a todos otra vez.

- Camaradas, dijo Snowball, son las seis y media y tenemos un día largo ante nosotros. Hoy debemos comenzar la cosecha del heno. Pero hay otro asunto que debemos resolver primero.

Los cerdos revelaron entonces que durante los últimos tres meses habían aprendido a leer y escribir mediante un libro elemental que perteneciera a los chicos de la señora Jones y que había sido tirado a la basura. Napoleón mandó traer unos tarros de pintura blanca y negra y los llevó hasta el portón que daba al camino principal. Luego Snowball (que era el que mejor escribía) tomó un pincel entre los dos nudillos de su pata delantera, tachó Granja Manor de la vara superior de la tranquera y en su lugar pintó Granja Animal. Ese iba a ser el nombre de la granja en adelante. Despues todos volvieron a los edificios donde Snowball y Napoleón mandaron buscar una escalera que hicieron colocar contra la pared trasera del granero principal. Ellos explicaron que mediante sus estudios de los últimos tres meses habían logrado reducir los principios del Animalismo a Siete Mandamientos. Esos Siete Mandamientos serían inscritos en la pared; formarían una ley inalterable por la cual deberían regirse en adelante todos los animales de la Granja Animal. Con cierta dificultad (porque no es fácil para un cerdo mantener el equilibrio sobre una escalera), Snowball trepó y puso manos a la obra con la ayuda de Squealer, que, unos peldaños más abajo, le sostenía el tarro de pintura. Los Mandamientos fueron escritos sobre la pared alquitranada con letras blancas y grandes que podían leerse a treinta yardas de distancia. La inscripción decía así:

LOS SIETE MANDAMIENTOS

- 1 Todo lo que camina sobre dos pies es un enemigo
- 2 Todo lo que camina sobre cuatro patas, o tenga alas, es un amigo.
- 3 Ningún animal usará ropa.
- 4 Ningún animal dormirá en una cama
- 5 Ningún animal beberá alcohol
- 6 Ningún animal matará a otro animal
- 7 Todos los animales son iguales

El letrero estaba escrito muy nítidamente y, exceptuando que en vez de "pies" decía "peis" y una de las "S" estaba al revés, la ortografía era buena. Snowball lo leyó en alta voz para los demás. Todos los animales asintieron con inclinación de cabeza demostrando su total conformidad, y los más inteligentes empezaron en seguida a aprenderse de memoria los Mandamientos.

-Ahora, camaradas, gritó Snowball tirando el pincel, ¡al henar! Impongámonos el compromiso de honor de terminar la cosecha en menos tiempo del que tardaban Jones y sus hombres.

Pero en ese momento las tres vacas, que desde un rato antes parecían estar intranquilas, empezaron amugir muy fuerte. Hacía veinticuatro horas que no habían sido ordeñadas y sus ubres estaban casi reventando. Despues de pensar un rato, los cerdos mandaron traer unos baldes y ordeñaron a las vacas con regular éxito, pues sus patas se adaptaban bastante bien a esa tarea. Al instante había cinco baldes de espumante leche cremosa a la cual miraban muchos de los animales con sumo interés.

-¿Qué se hará con toda esa leche?, preguntó alguien.

-Jones a veces empleaba una parte en nuestra comida, dijo una de las gallinas.

-¡No os preocupéis por la leche, camaradas! expuso Napoleón, colocándose delante de los baldes. Eso ya se arreglará. La cosecha es más importante. El camarada Snowball os guiará. Yo os seguiré dentro de unos minutos. ¡Adelante, camaradas! El heno os espera.

Los animales se fueron hacia el campo de heno para empezar la cosecha, y, cuando volvieron al anochecer, comprobaron que la leche había desaparecido.

Capítulo III

Cómo trabajaron y sudaron para poder guardar el heno! Pero sus esfuerzos fueron recompensados, pues la cosecha resultó mejor de lo que esperaban. A veces el trabajo era duro; los utensilios habían sido diseñados para seres humanos y no para animales y representaba una gran desventaja el hecho de que ningún animal pudiera usar las herramientas, ya que lo obligaban a pararse sobre sus patas traseras. Pero los cerdos eran tan listos que encontraron solución a cada dificultad. En cuanto a los caballos, conocían cada palmo del campo y, en realidad, entendían el trabajo de segar y rastrillar mejor que Jones y sus hombres. Los cerdos en verdad no trabajaban, pero dirigían y supervisaban a los demás. A causa de sus conocimientos superiores, era natural que ellos



asumieran el mando. Boxer y Clover enganchaban los arneses a la segadora o a la rastra (en aquellos días, naturalmente, no hacían falta frenos o riendas) y marchaban firmemente por el campo con un cerdo caminando detrás y diciéndoles: "Arre, camarada" o "Atrás, camarada", según el caso. Y todos los animales, incluso los más humildes, laboraron para cortar el heno y amontonarlo. Hasta los patos y las gallinas trabajaban yendo de un lado a otro, todo el día al sol, transportando manojitos de heno en sus picos. Al final terminaron la cosecha invirtiendo dos días menos de lo que generalmente tardaban Jones y sus peones. Además, era la cosecha más grande que se había visto en la granja. No hubo desperdicio alguno; las gallinas y los patos con su vista penetrante habían levantado hasta el último tallo. Y ningún animal de la granja había robado ni siquiera un bocado.

Durante todo el verano el trabajo anduvo como sobre rieles. Los animales eran felices como jamás habían concebido que podrían serlo. Cada bocado de comida resultaba un exquisito manjar, ya que era realmente su propia comida, producida por ellos y para ellos y no repartida en pequeñas porciones y de mala gana por su amo. Como ya no estaban los inservibles y parasitarios seres humanos, había más comida para todos. Se tenían más horas libres también, a pesar de la inexperiencia de los animales. Claro que se encontraron con muchas dificultades. Por ejemplo, más adelante, cuando cosecharon el maíz, tuvieron que pisarlo al estilo antiguo y eliminar los desperdicios soplando, pues la granja no tenía desgranadora, pero los cerdos con su inteligencia y Boxer con sus músculos tremendos los sacaban siempre de apuros. Todos admiraban a Boxer. Había sido un gran trabajador aun en el tiempo de Jones, pero ahora aparecía más bien ser tres caballos que uno; en algunos días determinados parecía que todo el trabajo descansaba sobre sus poderosos hombros. Tiraba y empujaba de la mañana hasta la noche y siempre donde el trabajo era más duro. Había concertado con un gallo que éste lo despertara media hora antes que a los demás, y efectuaba algún trabajo voluntario donde más hacía falta, antes de empezar la tarea de todos los días. Su respuesta para cada problema, para cada revés, era: "¡Trabajare más fuerte!". Él la había adoptado como un lema personal.

Pero cada uno actuaba conforme a su capacidad. Las gallinas y los patos, por ejemplo, ganaron cincobúshels de maíz durante la cosecha levantando los granos perdidos. Nadie robó, nadie se quejó por su ración; las discusiones, peleas y envidias que forman parte natural de la vida cotidiana en los días de

antaño, habían desaparecido casi por completo. Nadie eludía el trabajo, o casi nadie. Mollie, en verdad, no era muy buena para levantarse por la mañana, y tenía la costumbre de dejar el trabajo temprano aduciendo que tenía una piedra en la pata.

Y el comportamiento de la gata era algo raro. Pronto se notó que cuando había tarea que hacer, a lagata no la encontraban. Desaparecía durante horas enteras, y luego se presentaba a la hora de la comida o al anochecer, cuando cesaba el trabajo, como si nada hubiera ocurrido. Pero siempre tenía tan excelentes excusas y ronroneaba tan afablemente, que era imposible dudar de sus buenas intenciones. El viejo Benjamín, el burro, parecía que no había cambiado desde la rebelión. Hacía su trabajo con la misma obstinación y lentitud que antes, nunca eludiéndolo pero nunca ofreciéndose tampoco para ninguna tarea extra. No daba su opinión sobre la rebelión o sus resultados. Cuando se le preguntaba si no era más feliz ahora que no estaba Jones, él se reducía a contestar: "Los burros viven mucho tiempo. Ninguno de ustedes ha visto un burro muerto". Y los demás debían conformarse con tan enigmática respuesta.

Los domingos no se trabajaba. El desayuno se tomaba una hora más tarde que de costumbre, y después tenía lugar una ceremonia que se cumplía todas las semanas sin excepción. Primero se enarbola la bandera. Snowball había encontrado en el desván un viejo mantel verde de la señora Jones y había pintado sobre el mismo, en blanco, un asta y una pata. Este era izado en el mástil del jardín todos los domingos por la mañana. La bandera era verde, explicó Snowball, para representar los campos verdes de Inglaterra, mientras que el asta y la pata significaban la futura República de los Animales, que surgiría cuando finalmente lograran derribar totalmente a la raza humana. Después deizar la bandera todos los animales se dirigían en tropel al granero principal para una asamblea general, la que se conocía como la Reunión. Allí se planeaba el trabajo de la semana siguiente y se planteaban y debatían las resoluciones. Los cerdos eran los que siempre proponían las resoluciones. Los otros animales entendían cómo debían votar, pero nunca se les ocurrían ideas propias. Snowball y Napoleón eran, sin duda, los más activos en los debates. Pero se notó que estos dos nunca estaban de acuerdo; ante cualquier sugerición que hacía uno, podía descontarse que el otro se opondría a ella. Hasta cuando se resolvió, a lo que no habría podido oponerse nadie, reservar el campito de detrás de la huerta como hogar de descanso para los animales que ya no estaban en condiciones de



trabajar, hubo un violento debate con referencia a la edad de retiro correspondiente a cada clase de animal. La Reunión siempre terminaba con la canción Bestias de Inglaterra, y la tarde la dedicaban al esparcimiento.

Los cerdos hicieron del cuarto de los enseres su cuartel general. Todas las noches estudiaban herrería, carpintería y otros oficios necesarios en los libros que habían traído de la casa. Snowball también ocupó de organizar a los otros animales en lo que denominaba Comités de Animales. Era incansable para eso. Formó el Comité de producción de huevos para las gallinas, la Liga de las colas limpias para las vacas, el Comité para reeducación de los camaradas salvajes (el objeto de éste era domesticar las ratas y los conejos), el Movimiento pro lana más blanca para las ovejas, y varios otros, además de organizar clases de lectura y escritura. En general, esos proyectos resultaron un fracaso. El ensayo de domesticar a los animales salvajes, por ejemplo, falló casi inmediatamente. Siguieron portándose prácticamente igual que antes, y cuando eran tratados con generosidad se aprovechaban de ello. La gata se incorporó al Comité para la reeducación y actuó mucho en él durante algunos días. Cierta vez la vieron sentada en la azotea charlando con algunos gorriones que estaban fuera de su alcance. Les estaba diciendo que todos los animales eran ya camaradas y que cualquier gorrión que quisiera podía posarse sobre su garra; pero los gorriones mantuvieron la distancia.

Las clases de enseñanza primaria, sin embargo, tuvieron gran éxito. Para el otoño casi todos los animales, en mayor o menor grado, tenían alguna instrucción. En lo que respecta a los cerdos, ya sabían

leer y escribir perfectamente. Los perros aprendieron la lectura bastante bien, pero no les interesaba leer otra cosa que los Siete Mandamientos. Muriel, la cabra, leía un poco mejor que los perros, y a veces, por la noche, acostumbraba hacerlo para los demás de los pedazos de diarios que encontraba en la basura. Benjamín leía tan bien como cualquiera de los cerdos, pero nunca ejercitaba su talento.

Por lo que él sabía, dijo, no había nada que valiera la pena leer. Clover aprendió el abecedario completo, pero no podía armar las palabras. Boxer no pudo pasar de la letra D. Podía trazar en la tierra A, B, C, D, con su enorme pata, y luego se quedaba parado

mirando absorto las letras con las orejas hacia atrás, moviendo a veces la melena, tratando de recordar lo que seguía, sin lograrlo jamás. En varias ocasiones, en verdad, logró aprender E, F, G, H, pero cuando lo hizo se descubrió que había olvidado A, B, C y D. Finalmente decidió conformarse con las cuatro letras, y solía escribirlas una o dos veces al día para, refrescar la memoria. Mollie se negó a aprender otra cosa que las seis letras que componían su nombre. Las formaba con mucha pulcritud con pedazos de ramas, y luego las adornaba con una flor o dos y caminaba a su alrededor admirándolas.

Ningún otro animal de la granja pudo llenar más allá de la letra A. También se descubrió que los animales más estúpidos, como las ovejas, gallinas y patos, eran incapaces de aprender de memoria los Siete Mandamientos. Después de mucho meditar, Snowball declaró que los Siete Mandamientos podían, en efecto, reducirse a una sola máxima, a saber: "¡Cuatro patas sí, dos pies no!" Esto, dijo contenía el principio esencial del Animalismo. Quien lo hubiera entendido a fondo estaría asegurado contra las influencias humanas. Las aves la objetaron al principio pues les pareció que también ellas tenían dos patas, pero Snowball demostró que no era así.

- Las alas de un pájaro, dijo, son órganos de propulsión y no de manipulación. Por lo tanto, deben considerarse como patas. La característica que distingue al hombre es la "mano", el instrumento con el cual hace todo el mal.

Las aves no entendieron la extensa perorata de Snowball, pero aceptaron su explicación y hasta los animales más humildes comenzaron a aprender la nueva máxima de memoria. "Cuatro patas sí, dos pies no", fue inscrita sobre la pared del fondo del granero, encima de los Siete Mandamientos y con letras más grandes. Cuando la aprendieron de memoria, a las ovejas les encantó esta máxima y muchas veces echadas en el campo empezaban todas a balar "Cuatro patas sí, dos pies no", "Cuatro patas sí, dos pies no", y seguían así durante horas enteras, sin cansarse.

Napoleón no se interesó por los comités de Snowball. Dijo que la educación de los jóvenes era más importante que cualquier cosa que pudiera hacerse por aquellos que ya eran adultos. Sucedió que Jessie y Bluebell habían aumentado de familia, poco después de la cosecha de heno, incorporando a la granja, entre ambas, nueve cachorros robustos. Tan pronto como fueron destetados, Napoleón los separó de las madres diciendo que él se haría cargo de su educación. Se los llevó a un desván al que sólo se podía llegar por una



escalera desde el granero y allí los mantuvo en tal reclusión que el resto de la granja pronto se olvidó de su existencia.

El misterio del destino de la leche se aclaró pronto. Se mezclaba todos los días en la comida de los cerdos. Las primeras manzanas ya estaban madurando, y el pasto de la huerta estaba cubierto de la

fruta caída de los árboles. Los animales creyeron, como cosa natural, que éstas serían repartidas equitativamente; un día, sin embargo, apareció la orden de que todas las manzanas caídas de los árboles debían ser recolectadas y llevadas al granero para consumo de los cerdos. A raíz de eso, algunos de los otros animales comenzaron a murmurar, pero en vano. Todos los cerdos estaban de acuerdo en este punto, hasta Snowball y Napoleón. Squealer fue enviado para dar las explicaciones necesarias.

- Camaradas, gritó, vosotros no supondréis, me imagino, que nosotros los cerdos estamos haciendo esto con un espíritu de egoísmo y de privilegio. Muchos de nosotros, en realidad, tenemos aversión a la leche y las manzanas. A mí personalmente no me agradan. Nuestro único objeto al tomar estas cosas es preservar nuestra salud. La leche y las manzanas (esto ha sido demostrado por la ciencia, camaradas) contienen sustancias absolutamente necesarias para el bienestar del cerdo. Nosotros, los cerdos, somos trabajadores del cerebro. Toda la administración y organización de esta granja depende de nosotros. Día y noche estamos velando por vuestra felicidad. Por vuestro bien tomamos esa leche y comemos esas manzanas. ¿Sabéis lo que ocurriría si los cerdos fracasáramos en nuestro deber? ¡Jones volvería! Sí, ¡Jones volvería! Seguramente, camaradas, exclamó Squealer casi suplicante saltando de lado a lado y moviendo la cola, seguramente no hay ninguno entre vosotros que deseé la vuelta de Jones.

Ahora bien, si había algo de lo cual estaban completamente seguros los animales, era que no querían la vuelta de Jones. Contra cuanto se presentaba bajo esa posibilidad, no tenían nada que aducir. La importancia de preservar la salud de los cerdos era demasiado evidente. De manera que se decidió sin más discusión que la leche y las manzanas caídas de los árboles (y también la cosecha principal de manzanas cuando éstas maduraran) debían reservarse para los cerdos solamente.

Capítulo IV

Hacia fines del verano la noticia de lo sucedido en la Granja Animal se había difundido por casi todo el condado. Todos, los días Snowball y Napoleón enviaban bandadas de palomas con instrucciones de mezclarse con los animales de las granjas vecinas, contarles la historia de la rebelión y enseñarles la canción Bestias de Inglaterra.

Durante la mayor parte de ese tiempo Jones permanecía en la taberna El León Colorado, en Willingdon, quejándose a cualquiera que deseara escucharle de la monstruosa injusticia que había sufrido al ser arrojado de su propiedad por una banda de animales inútiles. Los otros granjeros simpatizaban con él, en principio, pero al comienzo no le dieron mucha ayuda. Por dentro, cada uno pensaba secretamente si no podría en alguna forma transformar la mala fortuna de Jones en beneficio propio.

Era una suerte que los dueños de las dos granjas que lindaban con Granja Animal estuvieran siempre enemistados. Una de ellas, que se llamaba Foxwood, era una granja grande, anticuada y descuidada, cubierta de arboleda, con sus campos de pastoreo agotados y sus cercos en un estado lamentable. Su propietario, el señor Pilkington, era un agricultor indolente que pasaba la mayor parte del tiempo pescando o cazando, según la estación. La otra granja, que se llamaba Pinchfield, era más chica y mejor cuidada. Su dueño, un tal Frederick, era un hombre duro, astuto, siempre metido en pleitos y que tenía fama de tacaño. Los dos se odiaban tanto que era difícil que se pusieran de acuerdo, ni aun en defensa de sus propios intereses. Ello no obstante, ambos estaban asustados por la rebelión de la Granja Animal y ansiosos por evitar que sus animales llegaran a saber algo de lo ocurrido. Al principio aparentaban reírse y desdeñar la idea de los animales administrando su propia granja. "Todo el asunto estará terminado en quince días", se decían. Afirmaban que los animales en la Granja Manor (insistían en llamarla Granja Manor; no podían tolerar el nombre de Granja Animal) se peleaban de continuo entre sí y terminarían muriéndose de hambre. Pasado un tiempo, cuando fue evidente que los animales no perecían de hambre, Frederick y Pilkington cambiaron de tono y empezaron a hablar de la terrible maldad que, florecía en la Granja Animal. Difundieron el rumor de que los animales practicaban el canibalismo, se torturaban unos a otros con herraduras calentadas al rojo y despreciaban el matrimonio. "Ese es el resultado de rebelarse contra las leyes de la Naturaleza", sosténían Frederick y Pilkington.



Sin embargo, nunca se dio mucha fe a esos cuentos. Rumores acerca de una granja maravillosa donde los seres humanos habían sido eliminados y los animales administraban sus propios asuntos, continuaron circulando en forma vaga y falseada, y durante todo ese año se extendió una ola de rebeldía en la comarca. Toros que siempre habían sido dóciles, se volvieron repentinamente salvajes; ovejas que rompían los cercos, devoraban el trébol; vacas que volcaban los baldes cuando las ordeñaban; caballos de caza que se negaban a saltar los cercos que lanzaban a sus jinetes por el aire. Además, la melodía y hasta la letra de Bestias de Inglaterra eran conocidas por doquier. Se había difundido con una velocidad asombrosa. Los seres humanos no podían contener su furor cuando oían esta canción, aunque aparentaban considerarla simplemente ridícula. No podían entender, decían, cómo hasta los animales mismos se atrevían a cantar algo tan despreciable. Cualquier animal que fuera sorprendido cantándola, era azotado en el acto. Sin embargo, la canción resultó irreprimible. Los mirlos la silbaban en los cercos, las palomas la arrullaban en los álamos, se introdujo en el ruido de las fraguas y en el tañido de las campanas de las iglesias. Y cuando los seres humanos la escuchaban, temblaban secretamente, pues oían en ella una profecía de su futura perdición.

A principios de octubre, cuando el maíz había sido cortado y parte del mismo ya trillado, una bandadade palomas cruzó el cielo a toda velocidad y descendió, muy excitada, en el patio de Granja Animal. Jones y todos sus obreros, con media docena más de hombres de Foxwood y Pinchfield, habían entrado por el portón y se aproximaban por el sendero hacia la casa. Todos esgrimían palos, exceptuando a Jones, quien venía adelante con una escopeta en la mano. Evidentemente, iban a tratar de reconquistar la granja.

Eso hacía tiempo que estaba previsto y se habían adoptado las precauciones necesarias. Snowball que estudiara en un viejo libro, hallado en la casa, las campañas de Julio César, estaba a cargo de las operaciones defensivas. Dio las órdenes rápidamente, y en contados minutos cada animal ocupaba su puesto.

Cuando los seres humanos se acercaron a los edificios de la granja, Snowball lanzó su primer ataque. Todas las palomas, eran unas treinta y cinco, volaban sobre las cabezas de los hombres y los ensuciaban desde el aire; y mientras los hombres estaban ocupados

en eso, los gansos, escondidos detrás del cerco, los acometieron picoteándoles las pantorrillas furiosamente. Pero eso era una mera escaramuza con el propósito de crear un poco de desorden, y los hombres ahuyentaron fácilmente a los gansos con sus palos. Snowball lanzó su segunda línea de ataque: Muriel, Benjamín y todas las ovejas, con Snowball a la cabeza, avanzaron embistiendo y empujando a los hombres desde todos lados, mientras que Benjamín se volvió y comenzó a distribuir coches con sus patas traseras. Pero nuevamente los hombres, con sus palos y sus botas claveteadas, fueron demasiado fuertes para ellos; y repentinamente, al oírse el chillido de Snowball, que era la señal para retirarse, todos los animales dieron media vuelta y se metieron por el portón al patio.

Los hombres lanzaron un grito de triunfo. Vieron, es lo que se imaginaron, a sus enemigos en fuga y corrieron tras ellos en desorden. Eso era precisamente lo que Snowball quería. Tan pronto como estuvieron dentro del patio, los tres caballos, las tres vacas y los demás cerdos, que habían estado al acecho en el establo de las vacas, aparecieron repentinamente por detrás de ellos, cortándoles la retirada. Snowball dio la señal para la carga. El mismo acometió a Jones. Este lo vio venir, apuntó con su escopeta e hizo fuego. Los perdigones dejaron su huella sangrienta en el lomo de Snowball, y una oveja cayó muerta. Sin vacilar un instante, Snowball lanzó su cuerpo contra las piernas de Jones, que fue a caer sobre una pila de estiércol mientras la escopeta se le escapó de las manos. Pero el espectáculo más aterrador lo ofrecía Boxer, encabritado sobre sus miembros traseros y pegando con sus enormes patas herradas. Su primer golpe lo recibió en la cabeza un mozo de la caballeriza de Foxwood, quedando tendido exánime en el barro. Al ver ese cuadro varios hombres dejaron caer sus palos e intentaron disparar. Pero los cogió el pánico y, al momento, los animales los estaban corriendo por todo el patio. Fueron corneados, pateados, mordidos, pisados. No hubo ni un animal en la granja que no se vengara a su manera. Hasta la gata saltó repentinamente desde una azotea sobre la espalda de un vaquero y le clavó sus garras en el cuello, haciendo gritar horriblemente. En el momento en que se presentó un claro para la salida, los hombres se alegraron de poder escapar del patio y salir como un rayo hacia el camino principal. Y así, a los cinco minutos de la invasión, se hallaban en retirada ignominiosa por la misma vía de acceso, con una bandada de gansos ciscando tras ellos y picoteándoles las pantorrillas durante todo el camino.



Todos los hombres se habían ido, menos uno. Allá en el patio, Boxer estaba empujando con la pata almozo de caballeriza que estaba boca abajo en el barro, tratando de darle vuelta, el muchacho no se movía.

- Está muerto, dijo Boxer tristemente. No tenía intención de hacer esto. Me olvidé de que tenía herraduras. ¿Quién va a creer que no hice esto adrede?

- Nada de sentimentalismos, camarada, gritó Snowball, de cuyas heridas aún manaba sangre. La guerra es la guerra. El único ser humano bueno es el que ha muerto.

- Yo no deseo quitar una vida, ni siquiera humana, repitió Boxer con los ojos llenos de lágrimas.

- ¿Dónde está Mollie? -inquirió alguien.¹⁹

Efectivamente, faltaba Mollie. Por un momento se produjo una gran alarma; se temió que los hombres la hubieran lastimado de alguna forma, o incluso que se la hubiesen llevado consigo. Al final, sin

embargo, la encontraron escondida en su corral, en el establo, con la cabeza enterrada en el heno del pesebre. Se había escapado tan pronto como sonó el tiro de la escopeta. Y, cuando los otros retornaron de su búsqueda, se encontraron con que el mozo de caballeriza, que en realidad sólo estaba aturdido, ya se había repuesto y había huido.

Los animales se congregaron muy exaltados, cada uno contando a voz en cuello sus hazañas en labatalla. Enseguida se realizó una celebración improvisada de la victoria. Se izó la bandera y se cantó varias veces Bestias de Inglaterra, y luego se le dio sepultura solemne a la oveja que murió en la acción, plantándose un oxiacanto sobre su sepulcro. En dicho acto Snowball pronunció un discurso, recalmando la necesidad de que todos los animales estuvieran dispuestos a morir por Granja Animal, si fuera necesario.

Los animales decidieron unánimemente crear una condecoración militar: Héroe Animal, Primer Grado, que les fue conferida en ese mismo instante a Snowball y Boxer. Consistía en una medalla de bronce (en realidad eran unos adornos de bronce para caballos que habían encontrado en el cuarto de los enseres), que debía usarse los domingos y días de fiesta. También se creó la Orden Héroe Animal Segundo Grado, que le fue otorgada póstumamente a la oveja muerta.

Se discutió mucho el nombre que debía dársele a la batalla. Al final se la llamó la Batalla del Establo de las Vacas, pues fue allí donde se realizó la emboscada. La escopeta del señor Jones fue hallada en el barro y se sabía que en la casa había proyectiles. Se

decidió emplazar la escopeta al pie del mástil, como si fuera una pieza de artillería, y dispararla dos veces al año; una vez, el cuatro de octubre, aniversario de la Batalla del Establo de las Vacas, y la otra, el día de San Juan, aniversario de la rebelión.

Capítulo V

A medida que el invierno se aproximaba, Mollie se volvió más y más fastidiosa. Llegaba tarde al trabajo todas las mañanas con el pretexto de que se había quedado dormida, quejándose de dolencias misteriosas, aun cuando su apetito era excelente. Con cualquier excusa se escapaba del trabajo para ir al bebedero, donde se quedaba parada mirando su reflejo en el agua como una tonta. Pero también había rumores de algo más serio. Un día que Mollie entraba alegremente al patio, meneando su larga cola y mascando un tallo de heno, Clover la llamó a un lado.

- Mollie, le dijo, tengo algo muy serio que decirte. Esta mañana te vi mirando por encima del cerco que separa a Granja Animal de Foxwood. Uno de los hombres del señor Pilkington estaba parado al otro lado del cerco. Yo estaba a cierta distancia, pero estoy casi segura de que vi esto: él te estaba hablando y le permitías que te acariciara el hocico. ¿Qué significa eso, Mollie?

- ¡El no lo hizo! ¡Yo no estaba! ¡No es verdad!, gritó Mollie, empezando a hacer cabriolas y a patear el suelo.

- ¡Mollie! Mírame en la cara. ¿Puedes darme tu palabra de honor de que ese hombre no te estaba acariciando el hocico?

- ¡No es verdad!, repitió Mollie, pero no podía mirar a la cara a Clover, y al instante tomó las de Villadiego, huyendo al galope hacia el campo.

A Clover se le ocurrió algo. Sin decir nada a nadie, se fue a la pesebrera de Mollie y revolvió la paja con su pata. Escondida bajo la paja había una pequeña pila de terrones de azúcar y varios montones de cintas de distintos colores. Tres días después Mollie desapareció. Durante varias semanas no se supo nada respecto a su paradero; luego las palomas informaron que la habían visto al otro lado de Willingdon. Estaba entre las varas de un coche elegante pintado de rojo y negro, que se encontraba parado ante una taberna. Un hombre gordo, de cara colorada, con pantalones a cuadros y polainas, que parecía un tabernero, le estaba acariciando el hocico y dándole de comer azúcar. El pelaje



de Mollie estaba recién cortado, y ella llevaba una cinta escarlata en la melena. "Daba la impresión de que estaba a gusto", dijeron las palomas. Ninguno de los animales volvió a mencionar a Mollie.

En enero hizo muy mal tiempo. La tierra parecía de hierro y no se podía hacer nada en el campo. Serealizaron muchas reuniones en el granero principal; los cerdos se ocuparon en formular planes para la temporada siguiente. Se llegó a aceptar que los cerdos, que eran manifiestamente más inteligentes que los demás animales, resolverían todas las cuestiones referentes al manejo de la granja, aunque sus decisiones debían ser ratificadas por mayoría de votos. Este arreglo habría andado bastante bien a no ser por las discusiones entre Snowball y Napoleón. Estos dos estaban siempre en desacuerdo en cada punto donde era posible que hubiera discrepancia. Si uno de ellos sugería sembrar un mayor número de hectáreas con cebada, con toda seguridad que el otro iba a exigir un mayor número de hectáreas con avena, y si uno afirmaba que tal o cual terreno estaba en buenas condiciones para el repollo, el otro decía que servía únicamente para nabos. Cada uno tenía sus partidarios y se registraron debates violentos. En las reuniones Snowball a menudo convencía a la mayoría por sus discursos brillantes, pero Napoleón era superior para obtener apoyo fuera de las sesiones. Un éxito especial logró con las ovejas. Últimamente éstas tomaron la costumbre de balar "Cuatro patas sí, dos pies no" en cualquier momento, y muchas veces interrumpían así la Reunión. Se notó que esto ocurría frecuentemente en momentos decisivos de los discursos de Snowball. Este había hecho un estudio profundo de algunos números atrasados de Granjero y Cabañero que encontrara en la casa, y estaba lleno de planes para efectuar innovaciones y mejoras. Hablaba como un erudito sobre zanjas de desague, ensilaje y abono básico, habiendo elaborado un complicado esquema para que todos los animales dejaran caer su estiércol directamente en los campos, cada día en un lugar distinto, con el fin de ahorrar el trabajo de acarreo. Napoleón no presentó ningún plan propio, pero decía tranquilamente que los de Snowball quedarían en nada, y parecía aguardar algo. Pero de todas sus controversias, ninguna fue tan enconada como la que tuvo lugar con respecto al molino de viento.

En la larga pradera, cerca de los edificios, había una pequeña loma que era el punto más alto de la granja. Después de estudiar el terreno, Snowball declaró que ése era el lugar indicado para un molino

de viento, con el cual se podía hacer funcionar una dinamo y suministrar fuerza motriz para la granja. Esta daría luz para los corrales de los animales y los calentaría en invierno, y también haría funcionar una sierra circular, una desgranadora, una cortadora y una ordeñadora eléctrica. Los animales nunca habían oído hablar de esas cosas (porque la granja era anticuada y contaba sólo con la maquinaria más primitiva), y escuchaban asombrados a Snowball mientras les describía cuadros de maquinarias fantásticas que harían el trabajo por ellos mientras pastaban tranquilamente en los campos o perfeccionaban sus mentes mediante la lectura y la conversación.

En pocas semanas los planos de Snowball para el molino de viento habían sido completados. Los detalles técnicos provenían principalmente de tres libros que habían pertenecido al señor Jones: Milcosas útiles que realizar para la casa, Cada hombre, su propio albañil y Electricidad para principiantes. Como estudio utilizó Snowball un cobertizo que en un tiempo se había usado para incubadoras y tenía un piso liso de madera, apropiado para dibujar. Se encerraba en él durante horas enteras.

Mantenía sus libros abiertos con una piedra y, empuñando un pedazo de tiza, se movía rápidamente de un lado a otro, dibujando línea tras línea y profiriendo pequeños chillidos de entusiasmo. Gradualmente sus planos se transformaron en una masa complicada de manivelas y engranajes que cubrían más de la mitad del suelo, y que los demás animales consideraron completamente indescifrable, pero muy impresionante. Todos iban a mirar los planos de Snowball por lo menos una vez al día.

Hasta las gallinas y los patos lo hicieron y tuvieron sumo cuidado de no pisar los trazos con tiza. Únicamente Napoleón se mantenía a distancia. El se había declarado en contra del molino de viento desde el principio. Un día, sin embargo, llegó en forma inesperada para examinar los planos. Caminó pesadamente por allí, observó con cuidado cada detalle, olfateando en una o dos oportunidades; después se paró un rato mientras los contemplaba de reojo; luego, repentinamente, levantó la pata, hizo aguas sobre los planos y se alejó sin decir palabra.

Toda la granja estaba muy dividida en el asunto del molino de viento. Snowball no negaba que construir significaría un trabajo difícil. Tendrían que sacar piedras de la cantera y con ellas levantar paredes, luego fabricar las aspas y después de eso necesitarían dinamos y cables (cómo se obtendrían esas cosas, Snowball no lo decía). Pero sosténía que todo podría hacerse en un año. Y en adelante, declaró, se ahorraría tanto trabajo que los



animales sólo tendrían que laborar tres días por semana. Napoleón, por el contrario, sostenía que la gran necesidad del momento era aumentar la producción decomestibles, y que si perdían el tiempo con el molino de viento se morirían todos de hambre. Los animales se agruparon en dos facciones bajo los lemas: "Vote por Snowball y la semana de tres días" y "Vote por Napoleón y el pesebre lleno". Benjamín era el único animal que no se alistó en ninguna de las dos facciones. Se negó a creer que habría más abundancia de comida o que el molino de viento ahorraría trabajo. "Con molino o sin molino, dijo, la vida seguiría como siempre lo fue, es decir, un desastre."

Aparte de las discusiones referentes al molino, estaba la cuestión de la defensa de la granja. Se comprendía perfectamente que aunque los seres humanos habían sido derrotados en la Batalla del Establo de las Vacas, podrían hacer otra tentativa, más resuelta que la anterior, para volver a capturar la granja y restablecer al señor Jones. Tenían aún más motivo para hacerlo, pues la noticia de la derrota se difundió por los alrededores y había puesto a los animales más revoltosos que nunca. Como de costumbre, Snowball y Napoleón estaban en desacuerdo. Según Napoleón, lo que debían hacer los animales era procurar la obtención de armas de fuego y adiestrarse en su manejo. Snowball opinaba que debían mandar más y más palomas y fomentar la rebelión entre los animales de las otras granjas.

Uno argumentaba que si no podían defenderse estaban destinados a ser conquistados; el otro argüía que si había rebeliones en todas partes no tendrían necesidad de defenderse. Los animales escuchaban primeramente a Napoleón, luego a Snowball, y no podían decidir quién tenía razón; a decir verdad, siempre estaban de acuerdo con el que les estaba hablando en ese momento.

Al fin llegó el día en que Snowball completó sus planes. En la Reunión del domingo siguiente se iba aponer a votación si se comenzaba o no a construir el molino de viento. Cuando los animales estaban reunidos en el granero principal, Snowball se levantó y, aunque de vez en cuando era interrumpido por los balidos de las ovejas, expuso sus razones para defender la construcción del molino. Luego Napoleón se levantó para contestar. Dijo tranquilamente que el molino de viento era una tontería y que él

aconsejaba que nadie lo votara, sentándose enseguida; habló apenas treinta segundos, y parecía indiferente en cuanto al efecto que había producido. Ante esto Snowball se puso de pie de un salto, y gritando para poder ser oído a pesar de las ovejas que nuevamente habían comenzado a balar, se desató en una exhortación apasionada a favor del molino de viento. Hasta entonces los animales estaban divididos más o menos por igual en sus simpatías, pero en un momento la elocuencia de Snowball los había seducido. Con frases ardientes les pintó un cuadro de cómo podría ser Granja Animal cuando el vil trabajo fuera quitado de las espaldas de los animales. Su imaginación había ido mucho más allá de las desgranadoras y las guadañadoras. La electricidad, dijo, podría mover las trilladoras, los arados, las rastras, los rodillos, las segadoras y las atadoras, además de suministrar a cada establo su propia luz eléctrica, agua fría y caliente, y un calentador eléctrico. Cuando dejó de hablar, no quedaba duda alguna sobre el resultado de la votación. Pero justo en ese momento se levantó Napoleón y echando una extraña mirada de reojo hacia Snowball, emitió un chillido agudo como nunca le habían oído articular anteriormente.

Acto seguido se escuchó afuera un terrible ladrido y nueve enormes perros, que llevaban puestos collares armados con clavos, entraron corriendo al granero. Se lanzaron directamente hacia Snowball, quien saltó de su lugar justo a tiempo para eludir sus feroces colmillos. En un instante estaba al otro lado de la puerta y ellos tras él. Demasiado asombrados y asustados para hablar, todos los animales se agolparon en la puerta para observar la persecución. Snowball iba a toda carrera a través de la pradera larga que conducía a la carretera. Corría como sólo puede hacerlo un cerdo, pero los perros le pisaban los talones. De repente patinó y pareció seguro que éstos ya lo tenían. Luego se puso de nuevo en pie, corriendo más veloz que nunca; después los perros ganaron terreno nuevamente. Uno de ellos iba a cerrar sus mandíbulas sobre la cola de Snowball, pero éste la sacó justo a tiempo. Entonces hizo un esfuerzo supremo y por escasos centímetros, logró meterse por un agujero en el cerco y no se le vio más.

Silenciosos y aterrizados, los animales volvieron al granero. También los perros regresaron dandobrincos. Al principio nadie podía imaginarse de dónde provenían esas bestias, pero el problema fue



clarado enseguida; eran los Cachorros que Napoleón había quitado a sus madres y criara en privado. Aunque no estaban completamente desarrollados todavía, eran perros inmensos y fieros como lobos.

No se alejaban de Napoleón. Se observó que le meneaban la cola como los otros perros acostumbraban hacerlo con el señor Jones.

Napoleón, con los canes tras él, subió entonces a la plataforma donde anteriormente estuvo Mayor cuando pronunciara su discurso. Anunció que desde ese momento se habían terminado las reuniones de los domingos por la mañana. Eran innecesarias, dijo, y hacían perder tiempo. En lo futuro todas las cuestiones relacionadas con el manejo de la granja serían resueltas por una comisión especial de cerdos, presidida por él. Estos se reunirían en privado y luego comunicarían sus decisiones a los demás. Los animales aún se reunirían los domingos por la mañana para saludar la bandera, cantar Bestias de Inglaterra y recibir sus órdenes para la semana; pero no habría más debates.

Si la expulsión de

Snowball les produjo una gran impresión, este anuncio consternó a los animales. Algunos de ellos habrían protestado de encontrar los argumentos apropiados. Hasta Boxer estaba un poco aturdido.

Apuntó sus orejas hacia atrás, agitó su melena varias veces y trató con ahínco de ordenar sus pensamientos; pero al final no se le ocurrió nada que decir. Algunos de los cerdos mismos, sin embargo, fueron más expresivos. Cuatro jóvenes puercos de la primera fila emitieron agudos gritos de desaprobación, y todos ellos se pararon de golpe y comenzaron a hablar al mismo tiempo. Pero, repentinamente, los perros que estaban sentados alrededor de Napoleón dejaron oír unos profundos gruñidos amenazadores y los cerdos se callaron, volviéndose a sentar. Entonces las ovejas irrumpieron con un tremendo balido de "¡Cuatro patas sí, dos pies no!" que continuó durante casi un cuarto de hora y

puso fin a cualquier intento de discusión.

Luego Squealer fue enviado por toda la granja para explicar la nueva disposición a los demás.

-Camaradas, dijo, espero que todos los animales presentes se darán cuenta y apreciarán el sacrificio que ha hecho el camarada Napoleón al tomar este trabajo adicional sobre sí mismo. ¡No se crean, camaradas, que ser jefe es un placer! Por el contrario, es una honda

y pesada responsabilidad. Nadie estima más firmemente que el camarada Napoleón el principio de que todos los animales son iguales. Estaría muy contento de dejarles tomar sus propias determinaciones. Pero algunas veces podrían ustedes adoptar decisiones equivocadas, camaradas, ¿y dónde estaríamos entonces nosotros? Supónganse que ustedes se hubieran decidido seguir a Snowball, con sus disparatados molinos; Snowball, que, como sabemos ahora, no era más que un criminal...

- Él peleó valientemente en la Batalla del Establo de las Vacas, dijo alguien.

- La valentía no es suficiente, afirmó Squealer. La lealtad y la obediencia son más importantes. Y en cuanto a la Batalla del Establo de las Vacas, yo creo que vendrá el día en que nos cercioraremos de que el papel desempeñado por Snowball ha sido muy exagerado. ¡Disciplina, camaradas, disciplina férrea! Esa es la consigna para hoy. Un paso en falso, y nuestros enemigos estarían sobre nosotros. Seguramente, camaradas, que ustedes no desean el retorno de Jones.

Nuevamente este argumento resultó irrefutable. Claro está que los animales no querían que volviera Jones; si la realización de los debates, los domingos por la mañana, podía implicar su regreso, entonces debían suprimirse los debates. Boxer, que había tenido tiempo de coordinar sus ideas, expresó la opinión general diciendo: "Si el camarada Napoleón lo dice, debe estar bien." Y desde ese momento adoptó la consigna: "Napoleón siempre tiene razón", además de su lema particular: "Trabajare más fuerte". Para entonces el tiempo había cambiado y comenzó la roturación de primavera. El cobertizo donde Snowball dibujara los planos del molino de viento, fue clausurado y se suponía que los planos fueron borrados del suelo. Todos los domingos, a las diez de la mañana, los animales se reunían en el granero principal a fin de recibir las órdenes para la semana. El cráneo del Viejo Mayor, ya sin rastros de carne, había sido desenterrado de la huerta y colocado sobre un poste al pie del mástil, junto a la escopeta. Después de izar la bandera, los animales debían desfilar en forma reverente al lado del cráneo antes de entrar al granero. Ahora no se sentaban todos juntos, como acostumbraban hacerlo anteriormente. Napoleón, con Squealer y otro cerdo llamado Mínimus, que poseía un don extraordinario para componer canciones y poemas, se sentaban sobre la plataforma, con los nueve perros formando un semicírculo alrededor, y los otros cerdos sentados tras ellos. Los demás animales se colocaron enfrente, en el cuerpo principal del granero.



Napoleón les leía las órdenes para la semana en un áspero estilo militar, y después de cantar una sola vez Bestias de Inglaterra, todos los animales se dispersaban.

El tercer domingo después de la expulsión de Snowball, los animales se sorprendieron un poco al oír Napoleón anunciar que, después de todo, el molino de viento sería construido. No dio ninguna explicación por haber cambiado de parecer, pero simplemente advirtió a los animales que esa tarea adicional significaría un trabajo muy duro; tal vez sería necesario reducir sus raciones. Los planos, sin embargo, habían sido preparados hasta el menor detalle. Una comisión especial de cerdos estuvo trabajando sobre los mismos durante las últimas tres semanas. La construcción del molino, con otras mejoras, demandaría, según se esperaba, dos años.

Esa noche, Squealer les explicó privadamente a los otros animales que en realidad Napoleón nunca había estado en contra del molino. Por el contrario, fue él quien abogó por el mismo, al principio, y el plano que dibujara Snowball sobre el suelo del cobertizo de incubadoras, en verdad fue robado de los papeles de Napoleón. El molino de viento era realmente una creación propia de Napoleón. "¿Por qué entonces, preguntó alguien, se mostró él tan firmemente contra el molino?" Aquí Squealer puso cara astuta. "Eso, dijo, fue sagacidad del camarada Napoleón. Él había aparentado oponerse al molino, pero simplemente como una maniobra para deshacerse de Snowball, que era un sujeto peligroso y de mala influencia. Ahora que Snowball había sido eliminado, el plan podía llevarse adelante sin su interferencia. "Eso, dijo Squealer, era lo que se llama táctica." Repitió varias veces "¡Táctica, camaradas, táctica!", saltando y moviendo la cola con una risita alegre. Los animales no tenían certeza del significado de la palabra, pero Squealer habló tan persuasivamente y los tres perros, que casualmente se hallaban allí, gruñeron en forma tan amenazante, que aceptaron su explicación sin más preguntas.

Capítulo VI

Durante todo ese año los animales trabajaron como esclavos. Pero eran felices en su tarea; no escatimaron esfuerzo o sacrificio, pues bien, sabían que todo lo que ellos hacían era para su propio beneficio y para los de su especie que vendrían después, y no para unos cuantos seres humanos rapaces y haraganes.

Durante toda la primavera y el verano trabajaron sesenta horas por semana, y en agosto Napoleón anunció que también tendrían que trabajar los domingos por la tarde. Ese

trabajo era estrictamente voluntario, pero el animal que no concurriera vería reducida su ración a la mitad. Aun así, fue necesario dejar varias tareas sin hacer. La cosecha fue algo menos abundante que el año anterior, y dos lotes que debían haberse sembrado con nabos a principios del verano, no lo fueron porque no se terminaron de arar a tiempo. Era fácil prever que el invierno siguiente sería duro.

El molino de viento presentó dificultades inesperadas. Había una buena cantera de piedra caliza en lagranja, y se encontró bastante arena y cemento en una de las dependencias, de modo, que tenían a mano todos los materiales para la construcción. Pero el problema que no pudieron resolver al principio los animales fue el de cómo romper la piedra en pedazos de tamaño apropiado. Aparentemente no había forma de hacer eso, excepto con picos y palancas de hierro, que ellos no podían usar, porque ningún animal estaba en condiciones de pararse sobre sus patas traseras. Después de varias semanas de esfuerzos inútiles, se le ocurrió a uno la idea adecuada: utilizar la fuerza de la gravedad. Inmensas piedras, demasiado grandes para utilizarlas como estaban, se hallaban por todas partes en el fondo de la cantera. Los animales las amarraban con sogas, y luego todos juntos, vacas, caballos, ovejas, cualquiera que pudiera agarrar la soga, hasta los cerdos a veces colaboraban en los momentos críticos, las arrastraban con una lentitud desesperante por la ladera hasta la cumbre de la cantera, de donde las dejaban caer por el borde, para que se rompieran abajo en pedazos. El trabajo de transportar la piedra una vez rota era relativamente sencillo. Los caballos llevaban los trozos en carretas, las ovejas las arrastraban una a una, y hasta Muriel y Benjamín se acoplaban a un viejo sulky y hacían su parte. A fines de verano habían acumulado una buena provisión de piedra, y comenzó entonces la construcción, bajo la supervisión de los cerdos.

Pero era un proceso lento y laborioso. Frecuentemente les ocupaba un día entero de esfuerzo agotador arrastrar una sola piedra hasta la cumbre de la cantera, y a veces, cuando la tiraban por el borde, no se rompía. No hubieran podido lograr nada sin Boxer, cuya fuerza parecía igualar a la de todos los demás animales juntos. Cuando la piedra empezaba a resbalar y los animales gritaban desesperados al verse arrastrados por la ladera hacia abajo, era siempre Boxer el que se esforzaba con la soga y lograba detener la piedra. Verlo tirando hacia arriba por la pendiente, pulgada tras pulgada, jadeante, clavando las puntas de sus cascos en la tierra, y sus enormes costados sudados, llenaba a



todos de admiración. Clover a veces le advertía que tuviera cuidado y no se esforzara demasiado, pero Boxer

jamás le hacía caso. Sus dos lemas, "Trabajare más fuerte" y "Napoleón siempre tiene razón", le parecían suficiente respuesta para todos los problemas. Se había puesto de acuerdo con el gallo para que éste lo despertara tres cuartos de hora más temprano por la mañana, en vez de media hora. Y en sus ratos libres, con los cuales contaba poco en esos días, se iba solo a la cantera, juntaba un montón de pedazos de piedra y lo arrastraba por sí mismo hasta el sitio del molino.

Los animales no estuvieron tan mal durante todo ese verano, a pesar del rigor de su trabajo. Si no disponían de más comida de la que habían dispuesto en el tiempo de Jones, de todas maneras no tenían menos. La ventaja de alimentarse a sí mismos y no tener que mantener también a cinco extravagantes seres humanos, era tan grande, que se habría necesitado numerosos fracasos para sobrepasarla. Y en muchas situaciones el método animal de hacer las cosas era más eficiente y ahorraba trabajo.

Algunas tareas, como por ejemplo extirpar las malezas, se podían hacer con una eficiencia imposible para los seres humanos. Y, además, dado que ningún animal robaba, no fue necesario hacer alambradas para separar los campos de pastoreo de la tierra cultivable, lo que economizó mucho trabajo en la conservación de los cercos y cierrros. Sin embargo, a medida que avanzaba el verano, se empezó a sentir la escasez imprevista de varias cosas. Había necesidad de aceite, parafina, clavos, bizcochos para los perros y hierro para las herraduras de los caballos, nada de lo cual se podía producir en la granja. Más adelante también habría necesidad de semillas y abonos artificiales, además de varias herramientas y, finalmente, la maquinaria para el molino de viento. Ninguno podía imaginar cómo se iban a obtener esos artículos.

Un domingo por la mañana, cuando los animales se reunieron para recibir órdenes, Napoleón anunció que había decidido adoptar un nuevo sistema. En adelante, Granja Animal iba a negociar con las granjas vecinas; y no, por supuesto, con un propósito comercial, sino simplemente con el fin de obtener ciertos materiales que hacían falta con urgencia. "Las necesidades del molino figuran por encima de todo lo demás", afirmó. En consecuencia estaba tomando las medidas necesarias para vender una parva de heno y parte de la cosecha de trigo de ese año, y más adelante, si necesitaban más dinero, tendrían que obtenerlo mediante la venta de huevos, para los cuales siempre había compradores en

Willingdon. "Las gallinas, dijo Napoleón, debían recibir con agrado este sacrificio como aporte especial a la construcción del molino".

Nuevamente los animales se sintieron presa de una vaga inquietud. "Jamás tener trato alguno con los seres humanos; nunca dedicarse a comerciar; nunca usar dinero", ésto fueron éstas las primeras resoluciones adoptadas en aquella reunión triunfal, después de haber expulsado a Jones? Todos los animales recordaron haber aprobado tales resoluciones, o por lo menos, creían recordarlo. Los cuatro jóvenes cerdos que habían protestado cuando Napoleón abolió las reuniones, levantaron sus voces tímidamente, pero fueron silenciados inmediatamente con un tremendo gruñido de los perros. Entonces, como de costumbre, las ovejas irrumpieron con su "¡Cuatro patas sí, dos pies no!" y la turbación

momentánea fue allanada. Finalmente, Napoleón levantó la pata para imponer silencio y anunció que ya había decidido todos los arreglos. No habría necesidad de que ninguno de los animales entrara en contacto con los seres humanos, lo que sería altamente indeseable. Tenía la intención de tomar todo el peso sobre sus propios hombros. Un tal señor Whymper, un comisionista que vivía en Willingdon, había accedido a actuar de intermediario entre Granja Animal y el mundo exterior, visitaría la Granja todos los lunes por la mañana para recibir sus instrucciones. Napoleón finalizó su discurso con su grito acostumbrado de "¡Viva la Granja Animal!", y después de cantar Bestias de Inglaterra, despidió a los animales.

Luego Squealer dio una vuelta por la granja y tranquilizó a los animales. Les aseguró que la resolución prohibiendo comerciar usando dinero nunca había sido aprobada, ni siquiera sugerida. Era pura imaginación, probablemente atribuible a mentiras difundidas por Snowball. Algunos animales aún tenían cierta duda, pero Squealer les preguntó astutamente: "¿Están seguros de que eso no es algo que han soñado, camaradas? ¿Tienen constancia de tal resolución? ¿Está anotada en alguna parte?" Y puesto que era cierto que nada de eso existía por escrito, los animales quedaron convencidos de que estaban equivocados.

Todos los lunes el señor Whymper visitaba la granja como se había convenido. Era un hombre bajito, astuto de patillas anchas, un comisionista en pequeña escala, pero lo suficientemente listo como pararse cuenta, antes que cualquier otro, que Granja Animal iba a necesitar un corredor y que las comisiones valdrían la pena. Los animales observaban



su ir y venir con cierto temor, y lo eludían en todo lo posible. Sin embargo, la escena de Napoleón, sobre sus cuatro patas, dándole órdenes a Whymper, que se paraba sobre dos pies, despertó su orgullo y los reconcilió en parte con la nueva situación. Sus relaciones con la raza humana no eran como habían sido antes. Los seres humanos, por su parte, no odiaban menos a Granja Animal ahora que estaba prosperando; al contrario, la odiaban más que nunca. Cada ser humano tenía por seguro que, tarde o temprano, la granja iba a declararse en quiebra, y sobre todo, que el molino de viento sería un fracaso. Se reunían en las cantinas y se demostraban los unos a los otros por medio de diagramas que el molino estaba destinado a caerse o, si se mantenía en pie, que jamás funcionaría. Y, sin embargo, contra sus deseos, llegaron a tener cierto respeto por la eficacia con que los animales estaban administrando sus propios asuntos. Uno de los síntomas de eso fue que empezaron a llamar a Granja Animal por su verdadero nombre y dejaron de pretender que se llamaba Granja Manor. También desistieron de apoyar a Jones, el cual había perdido las esperanzas de recuperar su granja y se fue a vivir a otro lugar del condado. Exceptuando a Whymper, aún no existía contacto alguno entre Granja Animal y el mundo exterior, pero circulaban constantes rumores de que Napoleón iba a celebrar definitivamente un convenio comercial con el señor Pilkington, de Foxwood, o con el señor Frederick, de Pinchfield; pero nunca se hacía notar con los dos simultáneamente.

Fue más o menos en esa época cuando los cerdos, repentinamente, se mudaron a la casa de la granja y establecieron allí su residencia. Otra vez los animales creyeron recordar que se había aprobado una resolución contra eso en los primeros tiempos, y de nuevo Squealer pudo convencerlos de que no era así. Resultaba absolutamente necesario, dijo él, que los cerdos, que eran el cerebro de la granja, contaran con un lugar tranquilo para trabajar. También era más apropiado para la dignidad del líder (porque últimamente había comenzado a referirse a Napoleón con el título de "líder") que viviera en una casa en vez de un simple chiquero. No obstante, algunos animales se molestaron al saber que los cerdos no solamente comían en la cocina, usaban la sala como lugar de recreo, sino que también dormían en las camas. Boxer lo pasó por alto, como de costumbre, con un "¡Napoleón siempre tiene razón!", pero Clover, que creyó recordar una disposición definida contra las camas, fue hasta el extremo del granero e intentó descifrar los Siete Mandamientos, que estaban allí inscritos. Pero al comprobar que sólo podía leer las letras individualmente, trajo a Muriel.

-Muriel, le dijo, léeme el Cuarto Mandamiento. ¿No dice algo respecto a no dormir nunca en una cama?

Con un poco de dificultad, Muriel lo deletreó.

- Dice: Ningún animal dormirá en una cama "con sábanas", anunció finalmente.

Lo curioso era que Clover no recordaba que el Cuarto Mandamiento mencionara sábanas; pero comofiguraba en la pared, debía haber sido así. Y Squealer, que pasaba en ese momento por allí, acompañado de dos o tres perros, pudo colocar todo el asunto en su verdadero lugar.

- Vosotros habéis oído ya, camaradas, dijo, que nosotros los cerdos dormimos ahora en las camas de la casa. ¿Y por qué no? No suponíais seguramente que hubo alguna vez una disposición contra las camas. Una cama quiere decir simplemente un lugar para dormir. Una pila de paja en un establo es una cama, juzgado correctamente. La resolución fue contra las sábanas, que son un invento de los seres humanos. Hemos quitado las sábanas de las camas de la casa y dormimos entre mantas. ¡Y ya lo creo que son camas muy cómodas! Pero no son más de lo que necesitamos, puedo afirmaros, camaradas, considerando todo el trabajo cerebral que tenemos hoy en día. No querréis privarnos de nuestro reposo, ¿verdad, camaradas? No querréis tenernos tan cansados como para no cumplir con nuestros deberes. Sin duda, ninguno de ustedes deseará que vuelva Jones.

Los animales lo tranquilizaron inmediatamente respecto a ese punto y no se habló más del asunto de que los cerdos dormían en las camas de la casa. Y cuando, unos días después, se anunció que en adelante los cerdos se levantarían por la mañana una hora más tarde que los demás animales, tampoco hubo queja alguna al respecto.

Cuando llegó el otoño, los animales estaban cansados, pero contentos. Habían tenido un año duro ydespués de la venta de parte del heno y del maíz, las provisiones de víveres no fueron tan abundantes, pero el molino lo compensó todo. Estaba ya semiconstruido. Después de la cosecha tuvieron una temporada de tiempo seco y despejado, y los animales trabajaron más duramente que nunca, opinando que bien valía la pena correr de aquí para allá todo el día con bloques de piedra si así podían levantar las paredes un pie más de altura. Boxer hasta salía a veces de noche y trabajaba una hora o dos por su cuenta a la luz de la luna. En sus ratos libres los animales daban vueltas y vueltas alrededor del molino semiterminado, admirando la fortaleza y la



perpendicularidad de sus paredes y maravillándose de que ellos alguna vez hubieran podido construir algo tan importante. Únicamente el viejo Benjamín se negaba a entusiasmarse con el molino, aunque, como de costumbre, insistía en su enigmática afirmación de que los burros vivían mucho tiempo.

Llegó noviembre, con sus furiosos vientos del sudoeste. Tuvieron que parar la construcción porque había demasiada humedad para mezclar el cemento. Al fin vino una noche en que el ventarrón fue tan violento que los edificios de la granja se mecieron sobre sus cimientos y varias tejas fueron despegadas del tejado del granero. Las gallinas se despertaron cacareando de terror, porque todas habían soñado, simultáneamente, que oían el estampido de un cañón a lo lejos. Por la mañana los animales salieron de sus casillas y se encontraron con el mástil derribado y un olmo, que estaba al pie de la huerta, arrancado como un rábano. Apenas notaron esto cuando un grito de desesperación brotó de

la garganta de cada animal. Un cuadro terrible saltaba a la vista. El molino estaba en ruinas. De consuno se abalanzaron hacia el lugar. Napoleón, que rara vez se apresuraba a caminar, corría a la cabeza de todos ellos. Sí, allí yacía el fruto de todos sus esfuerzos, arrasado hasta sus cimientos; las piedras, que habían roto y trasladado tan empeñosamente, estaban desparramadas por todas partes.

Incapaces al principio de articular palabra, no hacían más que mirar tristemente las piedras caídas en desorden. Napoleón andaba de un lado a otro en silencio, olfateando el suelo de vez en cuando. Su cola se había puesto rígida y se movía nerviosamente de lado a lado, señal de su intensa actividad mental. Repentinamente se paró como si hubiera tomado una decisión.

-Camaradas, dijo con voz tranquila, ¿sabéis quién es responsable de esto? ¿Sabéis quién es el enemigo que ha venido durante la noche y echado abajo nuestro molino? ¡Snowball! rugió repentinamente con voz de trueno. ¡Snowball ha hecho esto! De pura maldad, creyendo que iba a arruinar nuestros planes y vengarse por su ignominiosa expulsión, ese traidor se arrastró hasta aquí al amparo de la oscuridad y ha destruido nuestro trabajo de casi un año. Camaradas, en este momento y lugar yo sentencio a muerte a Snowball. Recompensaré con la Orden Héroe Animal, segundo grado y medio búshel de manzanas al animal que lo traiga muerto. Todo un búshel al que lo capture vivo.

Los animales quedaron horrorizados al comprobar que Snowball pudiera ser culpable de tamaña acción. Hubo un grito de indignación y todos comenzaron a idear la manera de atrapar a Snowball, si alguna vez llegaba a volver. Casi inmediatamente se descubrieron las pisadas de un cerdo en el pasto y a poca distancia de la loma. Estas pudieron seguirse algunos metros, pero parecían llevar hacia un agujero en el cerco. Napoleón las olió bien y declaró que eran de Snowball. Opinó que Snowball probablemente había venido desde la dirección de la Granja Foxwood.

- ¡No hay más tiempo que perder, camaradas! gritó Napoleón una vez examinadas las huellas. Hay trabajo que realizar. Esta misma mañana comenzaremos a rehabilitar el molino y lo reconstruiremos durante todo el invierno, con lluvia o buen tiempo. Le enseñaremos a ese miserable traidor que él no puede deshacer nuestro trabajo tan fácilmente. Recordad, camaradas, no debe haber ninguna alteración en nuestros planes, los que serán cumplidos. ¡Adelante, camaradas! ¡Viva el molino de viento!

¡Viva Granja Animal!

Capítulo VII

Ese invierno se presentó muy crudo. El tiempo tormentoso fue seguido de granizo y nieve y luego de una helada fuerte que duró hasta mediados de febrero. Los animales se arreglaron como pudieron para la reconstitución del molino, pues sabían bien que el mundo exterior les estaba observando y que los envidiosos seres humanos se regocijarían y obtendrían el triunfo si no terminaban la obra a tiempo.

Rencorosos, los seres humanos, pretendieron no creer que fue Snowball quien había destruido el molino; afirmaron que se derrumbó porque las paredes eran demasiado delgadas. Los animales sabían que eso no era cierto. A pesar de ello, se decidió esta vez construir las paredes de un metro de espesor en lugar de medio metro como antes, lo que implicaba juntar una cantidad mucho mayor de piedras. Durante largo tiempo la cantera estuvo totalmente cubierta por una capa de nieve y no se pudo hacer nada. Se progresó algo durante el período seco y frío que vino después, pero era un trabajo cruel y los animales no podían sentirse optimistas como la vez anterior. Siempre tenían frío y generalmente también hambre. Únicamente Boxer y Clover jamás perdieron el ánimo. Squealer pronunció discursos magníficos referentes al placer del servicio y la dignidad



del trabajo, pero los otros animales encontraron más inspiración en la fuerza de Boxer y su infalible grito: "¡Trabajaré más fuerte!"

En enero escaseó la comida. La ración de maíz fue reducida drásticamente y se anunció que, en compensación, se iba a otorgar una ración suplementaria de papas. Pero luego se descubrió que la mayor parte de la cosecha de papas se había helado por no haber sido cubierta suficientemente. Los tubérculos se habían ablandado, descolorido, muy pocos eran comibles. Durante días enteros los animales no tuvieron con qué alimentarse, excepto paja y remolacha. El espectro del hambre parecía mirarlos cara a cara.

Era fundamentalmente necesario ocultar eso al mundo exterior. Alentados por el derrumbamiento del molino, los seres humanos estaban inventando nuevas mentiras respecto a Granja Animal. Otra vez se decía que todos los animales se estaban muriendo de hambre y enfermedades, que se peleaban continuamente entre sí y habían caído en el canibalismo y el infanticidio. Napoleón conocía bien las desastrosas consecuencias que acarrearía el descubrimiento de la verdadera situación alimentaria, y decidió utilizar al señor Whymper para difundir una impresión contraria. Hasta entonces los animales tuvieron poco o ningún contacto con Whymper en sus visitas semanales; ahora, sin embargo, unas cuantas bestias seleccionadas, en su mayor parte ovejas, fueron instruidas para que comentaran casualmente, al alcance de su oído que las raciones habían sido aumentadas. Además, Napoleón ordenó que se llenaran hasta el tope con arena los depósitos casi vacíos de los cobertizos y luego fueran cubiertos con lo que aún quedaba de los cereales y forrajes. Mediante un pretexto adecuado, Whymper fue conducido a través de esos cobertizos, permitiéndosele echar un vistazo a los depósitos. Fue engañado, y continuó informando al mundo exterior que no había escasez de alimentos en Granja Animal.

Sin embargo, a fines de enero era evidente la necesidad de obtener más cereales de alguna parte. En esos días, Napoleón rara vez se presentaba en público; pasaba todo el tiempo dentro de la casa, cuyas puertas estaban custodiadas por canes de aspecto feroz. Cuando aparecía, era en forma ceremoniosa, con una escolta de seis perros que lo rodeaban de cerca y gruñían si alguien se aproximaba demasiado. Ya ni se le veía los domingos por la mañana, sino que daba sus órdenes por intermedio de algún otro cerdo, generalmente Squealer. Un domingo por la mañana, Squealer anunció que las gallinas que comenzaban a poner nuevamente, debían entregar sus huevos. Napoleón había aceptado,

por intermedio de Whymper, un contrato por cuatrocientos huevos semanales. El precio de éstos alcanzaría para comprar suficiente cantidad de cereales y comida para que la granja pudiera subsistir hasta que llegara el verano y las condiciones mejorasen.

Cuando las gallinas oyeron esto levantaron una gran gritería. Habían sido advertidas con anterioridad que sería necesario ese sacrificio, pero no creyeron que en realidad ocurriría esto. Estaban preparando sus nidos para la empolladura de primavera y protestaron expresando que quitarles los huevos era un crimen. Por mera vez desde la expulsión de Jones había algo que se asemejaba una rebelión. Dirigidas por tres pollas Black-Minorca, las gallinas hicieron un decidido intento por frustrar los deseos de Napoleón. Su método fue volar hasta las vigas y poner allí sus huevos, que se hacían pedazos en el suelo. Napoleón actuó rápidamente, y sin piedad. Ordenó que fueran suspendidas las raciones de las gallinas y decretó que cualquier animal que le diera aunque fuera un grano de maíz a una gallina, sería castigado con la muerte. Los perros tuvieron cuidado de que las órdenes fueran cumplidas. Las gallinas resistieron durante cinco días, luego capitularon y volvieron a sus nidos. Nueve gallinas murieron mientras tanto. Sus cadáveres fueron enterrados en la huerta y se comunicó que habían muerto de coccidiosis. Whymper no se enteró de este asunto y los huevos fueron debidamente entregados; el camión de un almacenero acudía semanalmente a la granja para llevárselos.

Durante todo este tiempo no se tuvo señal de Snowball. Se rumoreaba que estaba oculto en una de las granjas vecinas: Foxwood o Pinchfield. Napoleón mantenía mejores relaciones que antes con los otros granjeros. Resultaba que en el patio había una pila de madera para construcción colocada allí hacía diez años, cuando se había talado un bosque de hayas. Estaba en buen estado y Whymper aconsejó a Napoleón que la vendiera; tanto el señor Pilkington como el señor Frederick se mostraban ansiosos por comprarla. Napoleón estaba indeciso entre los dos, incapaz de adoptar una resolución. Se notó que cuando parecía estar a punto de llegar a un acuerdo con Frederick, se decía que Snowball estaba escondido en Foxwood, y cuando se inclinaba hacia Pilkington, se afirmaba que Snowball se encontraba en Pinchfield.

Repentinamente, a principios de primavera, se descubrió algo alarmante. ¡Snowball frecuentaba en secreto la granja por las noches! Los animales estaban tan alterados que apenas podían dormir en sus



corrales. Todas las noches, se decía, él se introducía al amparo de la oscuridad y hacia toda clase de daños.

Robaba el maíz, volcaba los baldes de leche, rompía los huevos, pisoteaba los semilleros, roía la corteza de los árboles frutales. Cuando algo andaba mal, se acostumbró atribuírselo a Snowball. Si serompía una ventana o se tapaba un desagüe, era cosa segura que alguien diría que Snowball durante la noche lo había hecho, y cuando se perdió la llave del cobertizo de los comestibles, toda la granja estaba convencida de que Snowball la había tirado al Pozo. Cosa curiosa, siguieron creyendo esto aun después de encontrarse la llave extraviada debajo de una bolsa de harina. Las vacas declararon unánimemente que Snowball se deslizó dentro del establo y las ordeñó mientras dormían. También se dijo que los ratones, que molestaron bastante ese invierno, estaban en connivencia con Snowball.

Napoleón dispuso que se hiciera una amplia investigación acerca de las actividades de Snowball. Consu séquito de perros salió de inspección por los edificios de la granja, siguiéndole los demás animales

a prudente distancia. Cada tantos pasos, Napoleón se paraba y olía el suelo buscando rastros de las pisadas de Snowball, las que, dijo él, podía reconocer por el olfato. Estuvo olfateando en todos los rincones, en el granero, en el establo de las vacas, en los gallineros, en la huerta de legumbres y encontró rastros de Snowball en casi todos lados. Adhiriendo el hocico al suelo husmeaba profundamente varias veces, y exclamaba con terrible voz: "¡Snowball! ¡El ha estado aquí! ¡Lo huelo perfectamente!", y al escuchar la palabra "Snowball" todos los perros dejaban oír unos gruñidos horribles y mostraban sus colmillos.

Los animales estaban terriblemente asustados. Les parecía que Snowball era una especie de maleficio invisible, infestando el aire alrededor y amenazándolos con clase de peligros. Al anochecer, Squealerlos reunió a todos, y con el rostro alterado les anunció que tenía noticias serias que comunicarles.

¡Camaradas, gritó Squealer, dando unos saltitos nerviosos, se ha descubierto algo terrible! ¡Snowball se ha vendido a Frederick, de la Granja Pinchfield y en este momento debe estar conspirando para atacarnos y quitamos nuestra granja! Snowball hará de guía cuando comience el ataque. Pero hay

algo peor aún. Nosotros habíamos creído que la rebelión de Snowball fue motivada simplemente por su vanidad y su ambición. Pero estábamos equivocados, camaradas. ¿Sabéis cuál era la verdadera razón? ¡Snowball estaba de acuerdo con Jones desde el comienzo mismo! Fue agente secreto de Jones todo el tiempo. Esto ha sido comprobado por documentos que dejó abandonados y que ahora hemos descubierto. Para mí esto explica mucho, camaradas: éno hemos visto nosotros mismos cómo él intentó, afortunadamente sin éxito, provocar nuestra derrota y aniquilamiento en la Batalla del Establo de las Vacas?

Los animales quedaron estupefactos. Esta era una maldad mucho mayor que la destrucción del molino por Snowball. Pero tardaron varios minutos en comprender su significado. Todos ellos recordaron, o creyeron recordar, cómo habían visto a Snowball encabezando el ataque en la Batalla del Establo de las Vacas, cómo él los había reunido y alentado en cada revés, y cómo no vaciló un solo instante, aun cuando los perdigones de la escopeta de Jones le hirieron en el lomo. Al principio resultó un poco difícil entender cómo combinaba esto con el hecho de estar él de parte de Jones. Hasta Boxer, que rara vez hacia preguntas, estaba perplejo. Se acostó, acomodó sus patas delanteras debajo de su pecho, cerró los ojos, y con gran esfuerzo logró ordenar sus pensamientos.

- Yo no creo eso, dijo, Snowball peleó valientemente en la Batalla del Establo de las Vacas. Yo mismo lo vi. ¿Acaso no le otorgamos inmediatamente después la condecoración Héroe Animal, primer grado?

- Ese fue nuestro error, camarada. Porque ahora sabemos, figura todo escrito en los documentos secretos que hemos encontrado, que en realidad él nos arrastraba hacia nuestra perdición,

- Pero estaba herido, alegó Boxer. Todos lo vimos sangrando.

- ¡Eso era parte del acuerdo!, gritó Squealer. El tiro de Jones solamente lo rasguñó. Yo os podría mostrar esto, escrito de su puño y letra, si vosotros pudierais leerlo. El plan era que Snowball, en el momento crítico, diera la señal para la fuga dejando el campo en poder del enemigo. Y casi lo consigue. Diré más, camaradas: lo hubiera logrado a no ser por nuestro heroico líder, el camarada Napoleón. ¿Recordáis cómo, justo en el momento que Jones y sus hombres llegaron al patio, Snowball repentinamente se volvió y huyó, y muchos animales lo siguieron? ¿Y recordáis también que justamente en ese momento, cuando cundía el pánico y parecía que estaba todo perdido, el camarada Napoleón



saltó hacia delante con el grito "¡Muera la Humanidad!", y hundió sus dientes en la pierna de Jones? Seguramente os acordáis de eso, camaradas, exclamó Squealer, saltando de lado a lado.

Como Squealer describió la escena tan gráficamente, les pareció a los animales que lo recordaban. De cualquier modo, sabían que en el momento crítico de la batalla se había vuelto para huir. Pero Boxeraún estaba algo indeciso.

- Yo no creo que Snowball fuera un traidor al comienzo, dijo finalmente. Lo que ha hecho desde entonces es distinto. Pero yo creo que en la Batalla del Establo de las Vacas él fue un buen camarada.

- Nuestro líder, el camarada Napoleón, anunció Squealer, hablando lentamente y con firmeza, ha manifestado categóricamente, camaradas, que Snowball fue agente de Jones desde el mismo comienzo; sí, y desde mucho antes que se pensara siquiera en la Rebelión.

- ¡Ah, eso es distinto!, gritó Boxer. Si el camarada Napoleón lo dice, debe ser así.

- ¡Ese es el verdadero espíritu, camarada! gritó Squealer, pero se notó que lanzó a Boxer una mirada

maligna con sus relampagueantes ojillos. Se volvió para irse, luego se detuvo y agregó en forma impresionante: Yo le advierto a todo animal de esta granja que tenga los ojos bien abiertos, porque tenemos motivos para creer que algunos agentes secretos de Snowball están al acecho entre nosotros en este momento!

Cuatro días después, al atardecer, Napoleón ordenó a los animales que se congregaran en el patio. Cuando estuvieron todos reunidos, Napoleón salió de la casa, luciendo sus dos medallas (porque recientemente se había nombrado él mismo Héroe Animal, primer grado y Héroe Animal, segundo grado), con sus nueve enormes perros brincando alrededor, y emitiendo gruñidos que produjeron escalofríos a los animales. Todos ellos se recogieron silenciosamente en sus lugares, pareciendo saber de antemano que iba a ocurrir algo terrible.

Napoleón se quedó observando severamente a su auditorio; luego emitió un gruñido agudo. Inmediatamente los perros saltaron hacia delante, agarraron a cuatro de los cerdos por las orejas y los arrastraron, chillando de dolor y terror, hasta los pies de Napoleón. Las orejas de los cerdos estaban sangrando; los perros habían probado sangre y por unos instantes parecían enloquecidos. Ante el asombro de todos, tres de ellos se

abalarzaron sobre Boxer. Este los vio venir y estiró su enorme pata, paró a uno en el aire y lo aplastó contra el suelo. El perro chilló pidiendo misericordia y los otros dos huyeron con el rabo entre las piernas. Boxer miró a Napoleón para saber si debía aplastar al perro matándolo o si debía soltarlo. Napoleón pareció cambiar de semblante y le ordenó bruscamente que soltara al perro, con lo cual Boxer levantó su pata y el can huyó magullado y gimiendo.

Pronto cesó el tumulto. Los cuatro cerdos esperaban temblando y con la culpabilidad escrita en cada surco de sus semblantes. Napoleón les exigió que confesaran sus crímenes. Eran los mismos cuatro cerdos que habían protestado cuando Napoleón abolió las reuniones de los domingos. Sin otra exigencia, confesaron que habían estado clandestinamente en contacto con Snowball desde su expulsión, habían colaborado con él en la destrucción del molino y convinieron en entregar Granja Animal al señor Frederick. Agregaron que Snowball había admitido, en confianza, que él era agente secreto del señor Jones desde muchos años atrás. Cuando terminaron su confesión, los perros, sin perder tiempo, les desgarraron las gargantas y con voz terrible, Napoleón preguntó si algún otro animal tenía algo que confesar.

Las tres gallinas, que fueron las cabecillas del conato de rebelión por los huevos, se adelantaron y declararon que Snowball se les había aparecido en un sueño, incitándolas a desobedecer las órdenes de Napoleón. También ellas fueron destrozadas. Luego un ganso se adelantó confesando que ocultó seis espigas de maíz durante la cosecha del año anterior y que se las había comido de noche. Luego una oveja admitió que hizo aguas en el bebedero, instigada a hacerlo, dijo ella, por Snowball y otras dos ovejas confesaron que asesinaron a un viejo carnero, muy adicto a Napoleón, persiguiéndole alrededor de una fogata cuando tosía. Todos ellos fueron ejecutados allí mismo. Y así continuó la serie de confesiones y ejecuciones, hasta que una pila de cadáveres yacía a los pies de Napoleón y el aire estaba impregnado con el olor de la sangre, lo cual era desconocido desde la expulsión de Jones.

Cuando terminó esto, los animales restantes, exceptuando los cerdos y los perros, se alejaron juntos. Estaban estremecidos y se sentían desdichados. No sabían qué era más espantoso: si la traición de los animales que se conjuraron con Snowball o la cruel represión que acababan de presenciar. Antaño



hubo muchas veces escenas de matanza igualmente terribles, pero a todos les parecía mucho peor ahora, al suceder esto entre ellos mismos. Desde que Jones había abandonado la granja, ningún animal mató a otro animal. Ni siquiera un ratón. Llegaron a la pequeña loma donde estaba el molino semiconstruido y, de común acuerdo, se recostaron todos como si se agruparan para calentarse: Clover,

Muriel, Benjamín, las vacas, las ovejas y toda una bandada de gansos y gallinas: todos, en verdad, exceptuando el gato, que había desaparecido repentinamente justo antes de que Napoleón ordenara a los animales que se reunieran. Durante algún tiempo nadie habló. Únicamente Boxer permanecía de pie. Se movía impaciente de un lado para otro, golpeando su larga cola negra contra los costados y emitiendo de cuando en cuando un pequeño relincho de extrañeza. Finalmente, dijo: "No comprendo.

Yo no hubiera creído que tales cosas pudieran ocurrir en nuestra granja. Eso se debe seguramente a algún defecto nuestro. La solución, como yo la veo, es trabajar más fuerte. Desde ahora me levantaré una hora más temprano todas las mañanas". Y se alejó con su trotar pesado en dirección a la cantera. Una vez allí, juntó dos carradas de piedras y las arrastró hasta el molino antes de acostarse.

Los animales se acurrucaron alrededor de Clover, sin hablar. La loma donde estaban acostados les ofrecía una amplia perspectiva a través de la campiña. La mayor parte de Granja Animal estaba a la vista: la larga pradera, que se extendía hasta la carretera, el campo de heno, el bebedero, los campos arados donde se erguía el trigo nuevo, tupido y verde y los techos rojos de los edificios de la granja con el humo elevándose sinuosamente de sus chimeneas. Era un claro atardecer primaveral. El pasto y los cercos florecientes estaban dorados por los rayos del sol poniente. Nunca había parecido la granja, y con cierta sorpresa se acordaron que era su propia granja, cada pulgada era de su propiedad, un lugar tan codiciado. Mientras Clover miraba barranco abajo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Si ella hubiera podido expresar sus pensamientos, hubiera sido para decir que a eso no era a lo que aspiraban cuando emprendieron, años atrás, el derrocamiento de la raza humana. Esas escenas de terror y matanza no eran lo que ellos soñaron aquella noche cuando el Viejo Mayor, por primera vez, los incitó a rebelarse. Si ella misma hubiera concebido un cuadro del futuro, habría sido el de una sociedad de animales liberados del hambre y del látigo, todos iguales, cada uno trabajando de acuerdo con su capacidad; el fuerte

protegiendo al débil, como ella protegiera a esos patitos perdidos con su pata delantera la noche del discurso de Mayor. En su lugar, ella no sabía por qué habían llegado a un estado tal que nadie se atrevía a decir lo que pensaba, en el que perros feroces y gruñones merodeaban por doquier y donde uno tenía que ver cómo sus camaradas eran despedazados después de confesarse autores de crímenes horribles. No había intención de rebeldía o desobediencia en su mente.

Ella sabía que, aun como se presentaban las cosas estaban mucho mejor que en los días de Jones y que, ante todo, era necesario evitar el regreso de los seres humanos. Sucediera lo que sucediera permanecería leal, trabajaría fuerte, cumpliría las órdenes que le dieran y aceptaría las directivas de Napoleón. Pero aun así, no era eso lo que ella y los demás animales, añoraran y para lo que trabajaran tanto. No era para eso que construyeron el molino ni hicieron frente a las balas de Jones. Tales eran sus pensamientos, aunque le faltaban palabras para expresarlos.

Al final, presintiendo que eso sería en cierta forma un sustituto para las palabras que ella no podía encontrar, empezó a cantar Bestias de Inglaterra. Los demás animales, alrededor, la imitaron y cantaron tres veces, con mucho sufrimiento, lenta y tristemente, como nunca lo hicieran.

Apenas habían terminado de repetirlo por tercera vez cuando se acercó Squealer, acompañado de dos perros, con el aire de quien tiene algo importante que decir. Anunció que por un decreto especial del camarada Napoleón se había abolido Bestias de Inglaterra. Desde ese momento quedaba prohibido cantar dicha canción.

Los animales quedaron asombrados.

- ¿Por qué? gritó Muriel.

- Ya no hace falta, camarada, dijo Squealer secamente. Bestias de Inglaterra fue el canto de la Rebelión. Pero la Rebelión ya ha terminado. La ejecución de los traidores esta tarde fue el acto final. El enemigo, tanto exterior como interior, ha sido vencido. En Bestias de Inglaterra nosotros expresamos nuestras ansias por una sociedad mejor en lo futuro. Pero esa sociedad ya ha sido establecida. Realmente esta canción ya no tiene objeto.

Aunque estaban asustados, algunos de los animales hubieran protestado, pero en ese momento las ovejas comenzaron su acostumbrado balido de "Cuatro patas sí, dos pies



"no", que duró varios minutos y puso fin a la discusión. Y de esa forma no se escuchó más Bestias de Inglaterra. En su lugar Mínimus, el poeta, había compuesto otra canción que comenzaba así:

Granja Animal, Granja Animal

iNunca por mí sufrirás algún mal!

y esto se cantó todos los domingos por la mañana después de izarse la bandera. Pero, por algún motivo, a los animales les pareció que ni la letra ni la música estaban a la altura de Bestias de Inglaterra.

Capítulo VIII

Algunos días más tarde, cuando ya había desaparecido el terror producido por las ejecuciones, algunos animales recordaron, o creyeron recordar, que el Sexto Mandamiento decretaba: Ningún animal matará a otro animal. Y aunque nadie quiso mencionarlo al alcance del oído de los cerdos o, de los perros, existía la sensación que las matanzas que habían tenido lugar no concordaban con aquello. Clover pidió a Benjamín que le leyera el Sexto Mandamiento, y cuando Benjamín, como de costumbre, dijo que se negaba a entremeterse en esos asuntos, ella instó a Muriel. Muriel le leyó el Mandamiento. Decía así: Ningún animal matará a otro animal "sin motivo". Por una razón u otra, las dos últimas palabras se les habían ido de la memoria a los animales. Pero comprobaron que el Mandamiento no fue violado; porque, evidentemente, hubo buen motivo para matar a los traidores que se aliaron con Snowball.

Durante ese año los animales trabajaron aún más duro que el año anterior. Reconstruir el molino, con paredes dos veces más gruesas que antes, y concluirlo para una fecha determinada, además del trabajo en la granja, era una tarea tremenda. A veces les parecía que trabajaban más horas y no comían mejor que en la época de Jones. Los domingos por la mañana Squealer, sujetando un papel largo con una pata, les leía listas de cifras demostrando que la producción de toda clase de víveres había aumentado en un doscientos por ciento, trescientos por ciento o quinientos por ciento, según el caso.

Los animales no vieron motivo para no creerle, especialmente porque no podían recordar con claridad cómo eran las cosas antes de la Rebelión. Aun así, preferían a veces contar con menos cifras y más comida.

Todas las órdenes eran emitidas por intermedio de Squealer o uno de los otros cerdos. Napoleón

mismo no era visto en público, sino, cuando mucho, una vez cada quince días. Cuando aparecía estaba acompañado no solamente por su comitiva de perros, sino también por un gallo negro que marchaba delante y actuaba como una especie de trompetero, dejando oír un sonoro cacareo antes que hablara Napoleón. Hasta en la casa, se decía, Napoleón ocupaba aposentos separados de los demás.

Comía solo, con dos perros para servirlo, y siempre utilizaba la vajilla que había estado en la vitrina de cristal de la sala. También se anunció que la escopeta sería disparada todos los años en el cumpleaños de Napoleón, igual que en los otros dos aniversarios. Napoleón no era ya mencionado simplemente como "Napoleón". Se le nombraba siempre en forma ceremoniosa como "nuestro líder, camarada Napoleón", y a los cerdos les gustaba inventar para él títulos como "Padre de todos los animales", "Terror de la humanidad", "Protector del rebaño de ovejas", "Amigo de los patitos", y otros por el estilo. En sus discursos, Squealer hablaba, con lágrimas que rodaban por sus mejillas, de la sabiduría de Napoleón, la bondad de su corazón y el profundo amor que sentía por todos los animales en todas partes, especialmente por las desdichadas bestias que aún vivían en la ignorancia y la esclavitud en otras granjas. Se había hecho costumbre atribuir a Napoleón toda proeza afortunada y todo golpe de suerte. A menudo se oía que una gallina le decía a otra: "Bajo la dirección de nuestro líder, camarada Napoleón, yo he puesto cinco huevos en seis días", o dos vacas, mientras saboreaban el agua del bebedero, solían exclamar: "Gracias a nuestro líder, camarada Napoleón, ¡qué rico sabor tiene esta agua!" El sentimiento general de la granja estaba bien expresado en un poema titulado *Camarada Napoleón*, escrito por Mínimus, y que decía así:

iAmigo de los huérfanos y del desheredado!
iSeñor de la pitanza, que enciendes de pasión
mi alma cuando posas, imponente y airado
como el sol, tu mirada, en el cielo azulado
ivaliente camarada, glorioso Napoleón!
Dador de lo que aspiran tus dóciles criaturas,
la barriga repleta, paja para el colchón,
y sueño descansado, sin dolor ni amarguras,



gracias a tus desvelos y propias desventuras
ivaliente camarada, glorioso Napoleón!
El hijo que tuviera, si Dios me diera un hijo
apenas chiquitito, antes de ser lechón
con lealtad a quererte le enseñaré, de fijo,
y a chillarte entusiasta, mi tierno cachorrito:
¡Valiente camarada, glorioso Napoleón!

Napoleón aprobó este poema y lo hizo inscribir en la pared del granero principal, en el extremo opuesto a los Siete Mandamientos. Sobre el mismo había un retrato de Napoleón, de perfil, pintado por Squealer con pintura blanca.

Mientras tanto, por intermedio de Whymper, Napoleón estaba ocupado en negociaciones complicadas con Frederick y Pilkington. La pila de madera aún estaba sin vender. De los dos, Frederick era el que estaba más ansioso por obtenerla, pero no quería ofrecer un precio razonable. Al mismo tiempo corrían rumores insistentes de que Frederick y sus hombres estaban conspirando para atacar Granja Animal y destruir el molino, cuya construcción había provocado en él una envidia furiosa. Se sabía que Snowball aún estaba al acecho en la Granja Pinchfield. A mediados del verano los animales se alarmaron al oír que tres gallinas confesaron haber tramado, inspiradas por Snowball, un complot para asesinar a Napoleón. Fueron ejecutadas inmediatamente y se tomaron nuevas precauciones para la seguridad de Napoleón. Cuatro perros cuidaban su cama durante la noche, uno en cada esquina, y un joven cerdo llamado Pinkeye fue designado para probar todos sus alimentos antes de que el líder los comiera, por temor a que estuvieran envenenados.

Más o menos en esa época se divulgó que Napoleón había convenido en vender la pila de madera al señor Pilkington; también debía celebrarse un contrato formal para el intercambio de ciertos productos entre Granja Animal y Foxwood. Las relaciones entre Napoleón y Pilkington, aunque conducidas únicamente por intermedio de Whymper, eran casi amistosas. Los animales desconfiaban de Pilkington, como ser humano, pero lo preferían mucho más que a Frederick, a quien temían y odiaban al mismo tiempo. Cuando estaba finalizando el verano y la construcción del molino llegaba a su término, los rumores de un inminente ataque traicionero iban en aumento. Frederick, se decía, tenía intención

de traer contra ellos veinte hombres, todos armados con escopetas, y ya había sobornado a los magistrados y a la policía, para que, en caso de que pudiera obtener los títulos de propiedad de Granja Animal, aquéllos no hicieran preguntas. Además, se filtraban de Pinchfield algunas historias terribles respecto a las cruelezas de que hacía objeto Frederick a los animales. Había azotado hasta la muerte a un caballo, mataba de hambre a sus vacas, había acabado con un perro arrojándolo dentro de un horno, se divertía de noche con riñas de gallos, atándoles pedazos de hojas de afeitar a los espolones. La sangre les hervía de rabia a los animales cuando se enteraron de las cosas que se hacían con sus camaradas y algunas veces clamaron para que se les permitiera salir y atacar en masa la Granja Pinchfield, echar a los seres humanos y liberar a los animales. Pero Squealer les aconsejó que evitaran los actos precipitados y que confiaran en la estrategia de Napoleón.

Sin embargo, el resentimiento contra Frederick continuó en aumento. Un domingo por la mañana,

Napoleón se presentó en el granero y explicó que en ningún momento había tenido intención de vender la pila de madera a Frederick; él consideraba por debajo de su dignidad tener trato con bribones de esa calaña. A las palomas, que aún eran enviadas para difundir noticias referentes a la Rebelión, les fue prohibido pisar Foxwood y también fueron impelidas a abandonar su lema anterior de "Muerte a la Humanidad" reemplazándola por "Muerte a Frederick". A fines de verano fue puesta al descubierto una nueva intriga de Snowball. Los campos de trigo estaban llenos de maleza y se descubrió que en una de sus visitas nocturnas, Snowball mezcló semillas de cardos con las semillas de trigo. Un ganso, cómplice del complot, había confesado su culpa a Squealer y se suicidó inmediatamente ingiriendo unas bayas tóxicas. Los animales se enteraron también de que Snowball nunca había recibido, como muchos de ellos creyeron hasta entonces, la Orden de Héroe Animal, primer grado. Eso era simplemente una leyenda difundida poco tiempo después de la Batalla del Establo de las Vacas por Snowball mismo. Lejos de ser condecorado, fue censurado por demostrar cobardía en la batalla. Una vez más algunos animales escucharon esto con cierta perplejidad, pero Squealer logró convencerlos de que sus recuerdos estaban equivocados.

En el otoño, mediante un esfuerzo tremendamente agotador, porque la cosecha tuvo que realizarse casi al mismo tiempo, se concluyó el molino de viento. Aún faltaba



instalar la maquinaria y Whymper negociaba su compra, pero la construcción estaba terminada. A despecho de todas las dificultades, a pesar de la inexperiencia, de herramientas primitivas, de mala suerte y de la traición de Snowball, el trabajo había sido terminado puntualmente en el día debido! Muy cansados pero orgullosos, los animales daban vueltas y vueltas alrededor de su obra maestra, que les pareció a su juicio aún más hermosa que cuando fuera levantada por primera vez. Además, el espesor de las paredes era el doble de

lo que había sido antes. ÍÚnicamente con explosivos sería posible derrumbarlo esta vez! Y cuando recordaban cómo trabajaron, el desaliento que habían superado y el cambio que produciría en sus vidas cuando las aspas estuvieran girando y las dinámicas funcionando, cuando pensaban en todo esto, el cansancio desaparecía y brincaban alrededor del molino, profiriendo gritos de triunfo. Napoleón mismo, acompañado por sus perros y su gallo, se acercó para inspeccionar el trabajo terminado; personalmente felicitó a los animales por su proeza y anunció que el molinoería llamado Molino Napoleón.

Dos días después los animales fueron citados para una reunión especial en el granero. Quedaron estupefactos cuando Napoleón les anunció que había vendido la pila de madera a Frederick. Los carros de Frederick comenzarían a llevársela. Durante todo el período de su aparente amistad con Pilkington, Napoleón en realidad había estado de acuerdo, en secreto, con Frederick. Todas las relaciones con Foxwood fueron cortadas; se habían enviado mensajes insultantes a Pilkington. A las palomas se les comunicó que debían evitar Granja Pinchfield y que modificaran su lema de "Muerte a Frederick" por "Muerte a Pilkington". Al mismo tiempo, Napoleón aseguró a los animales que los rumores de un ataque inminente a Granja Animal eran completamente falsos y que las noticias respecto a las cruelezas de Frederick con sus animales habían sido enormemente exageradas. Todos esos rumores probablemente habían sido originados por Snowball y sus agentes. Ahora parecía que Snowball no estaba, después de todo, escondido en la Granja Pinchfield y que, en realidad, nunca en su vida estuvo allí; residía, con un lujo extraordinario, según decían, en Foxwood y, en verdad, había sido un protegido de Pilkington durante muchos años.

Los cerdos estaban extasiados por la astucia de Napoleón. Mediante su aparente amistad con

Pilkington forzó a Frederick a aumentar su precio en doce libras. Pero la superioridad de la mente de

Napoleón, dijo Squealer, se demostró por el hecho de que no se fió de nadie, ni siquiera de Frederick. Este había querido anticipar por la madera algo que se llama cheque, el cual, al parecer, era un pedazo de papel con la promesa de pagar por lo escrito en el mismo. Pero Napoleón fue demasiado listo para él. Había exigido el pago en papeles auténticos de cinco libras, que debían abonarse antes de retirar la madera. Frederick ya los había pagado y el importe que abonara alcanzaba justamente para comprar la maquinaria para el molino de viento.

Mientras tanto la madera era llevada con mucha prisa. Cuando ya había sido totalmente retirada, se efectuó otra reunión especial en el granero para que los animales pudieran inspeccionar los billetes de banco de Frederick. Sonriendo beatíficamente y luciendo sus dos condecoraciones, Napoleón reposaba en su lecho de paja sobre la plataforma, con el dinero al lado suyo, apilado con esmero sobre un plato de porcelana de la cocina de la casa. Los animales desfilaron lentamente a su lado y lo contemplaron hasta el hartazgo. Boxer estiró la nariz para oler los billetes y los delgados papeles se movieron y crujieron ante su aliento.

Tres días después se registró un terrible alboroto. Whymper, extremadamente pálido, llegó a toda velocidad por el camino montado en su bicicleta, la tiró al suelo en el patio y entró corriendo. Enseguida se oyó un sordo rugido de ira desde el aposento de Napoleón. La noticia de lo ocurrido se difundió por la granja como fuego. ¡Los billetes de banco eran falsos! ¡Frederick había obtenido la madera gratis!

Napoleón reunió inmediatamente a todos los animales y con terrible voz pronunció la sentencia de muerte contra Frederick. Cuando fuera capturado, dijo, Frederick debía ser hervido vivo. Al mismo tiempo les advirtió que después de ese acto traicionero debía esperarse lo peor. Frederick y su gente podrían lanzar su tan largamente esperado ataque en cualquier momento. Se apostaron centinelas en todas las vías de acceso a la granja. Además, se enviaron cuatro palomas a Foxwood con un mensaje conciliatorio, con el que se esperaba poder restablecer las buenas relaciones con Pilkington.

A la mañana siguiente se produjo el ataque. Los animales estaban tomando el desayuno cuando los



vigías entraron corriendo con el anuncio de que Frederick y sus secuaces ya habían pasado el portón de acceso. Los animales salieron audazmente para combatir, pero esta vez no alcanzaron la victoria fácil que obtuvieron en la Batalla del Establo de las Vacas. Había quince hombres, con media docena de escopetas, y abrieron fuego tan pronto como llegaron a cincuenta metros de los animales. Estos no pudieron hacer frente a las terribles explosiones y los punzantes perdigones y, a pesar de los esfuerzos de Napoleón y Boxer por reagruparlos, pronto fueron rechazados. Unos cuantos de ellos estaban heridos. Se refugiaron en los edificios de la granja y espiaron cautelosamente por las rendijas y los agujeros en los nudos de la madera. Toda la pradera grande, incluyendo el molino de viento, estaba en manos del enemigo. Por el momento hasta Napoleón estaba sin saber qué hacer. Paseaba de acá para allá sin decir palabra, con su cola rígida contrayéndose nerviosamente. Se lanzaban miradas ávidas en dirección a Foxwood. Si Pilkington y su gente los ayudaran, aún podrían salir bien. Pero en ese momento las cuatro palomas que habían sido enviadas el día anterior volvieron, portadora una deellas de un trozo de papel de Pilkington. Sobre el mismo figuraban escritas con lápiz las siguientes palabras: "Se lo tienen merecido".

Mientras tanto, Frederick y sus hombres se detuvieron junto al molino. Los animales los observaron, y un murmullo de angustia brotó de sus labios. Dos de los hombres esgrimían una palanca de hierro y un martillo. Iban a echar abajo el molino de viento. ¡Imposible!, gritó Napoleón. Hemos construido las paredes demasiado gruesas para eso. No las podrán echar abajo ni en una semana. ¡Coraje, camaradas!

Pero Benjamín estaba observando con insistencia los movimientos de los hombres. Los dos del martillo y la palanca de hierro estaban abriendo un agujero cerca de la base del molino. Lentamente, y con un aire casi divertido, Benjamín agitó su largo hocico.

- Ya me parecía, dijo. ¿No ven lo que están haciendo? Enseguida van a poner pólvora en ese agujero.

Los animales esperaban aterrorizados. Era imposible aventurarse fuera del refugio de los edificios.

Después de varios minutos se vio a los hombres corriendo en todas direcciones. Luego se oyó un estruendo ensordecedor. Las palomas se arremolinaron en el aire y todos los animales, exceptuando a

Napoleón, se echaron a tierra y escondieron sus caras. Cuando se incorporaron nuevamente, una enorme nube de humo negro flotaba en el lugar donde estuviera el molino de viento. Lentamente la brisa la alejó. ¡El molino había dejado de existir!

Al ver esta escena, los animales recuperaron su coraje. El miedo y la desesperación que sintieron momentos antes fueron ahogados por su ira contra tan vil y despreciable acto. Lanzaron una potente gritería clamando venganza, y sin esperar otra orden atacaron en masa y se abalanzaron sobre el enemigo. Esta vez no prestaron atención a los crueles perdigones que pasaban sobre sus cabezas como granizo. Fue una batalla enconada y salvaje. Los hombres hicieron fuego una y otra vez, y cuando los animales llegaron a la lucha cuerpo a cuerpo, los golpearon con sus palos y sus pesadas botas. Una vaca, tres ovejas y dos gansos murieron y casi todos estaban heridos. Hasta Napoleón, que dirigía las operaciones desde la retaguardia, fue herido en la cola por un perdigón. Pero los hombres tampoco salieron ilesos. Tres de ellos tenían las cabezas rotas por patadas de Boxer; otro fue cornreado en el estómago por una vaca; a uno casi le arrancan los pantalones Jessie y Bluebell, y cuando los nueve perros guardaespaldas de Napoleón, a quienes él había ordenado que hicieran un rodeo por detrás del cerco, aparecieron repentinamente por el flanco de los hombres, ladrando ferozmente, el pánico se apoderó de éstos. Vieron que corrían peligro de ser rodeados. Frederick gritó a sus hombres que escaparan mientras aún podían, y enseguida el enemigo cobarde huyó a toda velocidad. Los animales los persiguieron hasta el fondo del campo y lograron darles las últimas patadas cuando cruzaban el cerco de púas.

Habían vencido, pero estaban fatigados y sangraban. Lentamente y renqueando volvieron hacia la granja. El espectáculo de los camaradas muertos que yacían sobre el pasto, hizo llorar a algunos. Y durante un rato se detuvieron desconsolados y en silencio en el lugar donde antes estuviera el molino. Sí, ya no estaba; casi hasta el último rastro de su labor había desaparecido! Incluso los cimientos estaban parcialmente destruidos. Y para reconstruirlo no podrían esta vez, como antes, utilizar las piedras caídas. Hasta ellas desaparecieron. La fuerza de la explosión las arrojó a cientos de yardas de distancia. Era como si el molino nunca hubiera existido.



Cuando se aproximaron a la granja, Squealer, que inexplicablemente estuvo ausente durante la lucha, vino saltando hacia ellos, meneando la cola y rebosando de alegría. Y los animales oyeron, desde la dirección de los edificios de la granja, el solemne estampido de una escopeta.

- ¿A qué se debe ese disparo? preguntó Boxer.

- ¡Es para celebrar nuestra victoria! gritó Squealer.

- ¿Qué victoria?, exclamó Boxer. Sus rodillas estaban sangrando, había perdido una herradura, tenía rajado el casco y una docena de perdigones incrustados en una pata trasera.

- ¿Qué victoria, camarada? ¿No hemos arrojado al enemigo de nuestro suelo, el suelo sagrado de

Granja Animal?

- Pero han destruido el molino. ¡Y nosotros hemos trabajado durante dos años para construirlo! ¿Qué importa? Construiremos otro molino. Construiremos seis molinos si queremos. No apreciáis, camarada, la importancia de lo que hemos hecho. El enemigo estaba ocupando este suelo que pisamos. ¡Y ahora, gracias a la dirección del camarada Napoleón, hemos reconquistado cada pulgada del mismo!

- Entonces, ¿hemos recuperado nuevamente lo que teníamos antes? preguntó Boxer.
- Esa es nuestra victoria, agregó Squealer.

Entraron renqueando al patio. Los perdigones bajo la piel de la pata de Boxer le ardían dolorosamente. Veía ante sí la pesada labor de reconstruir el molino desde los cimientos y, en su imaginación, se preparaba para la tarea. Pero por primera vez se le ocurrió que él tenía once años de edad y que tal vez sus poderosos músculos ya no fueran lo que habían sido antes.

Pero cuando los animales vieron flamear la bandera verde, sintieron disparar nuevamente la escopeta, siete veces fue disparada en total, y escucharon el discurso que pronunció Napoleón, felicitándolos por su conducta, les pareció que, después de todo, habían logrado una gran victoria. Los muertos en la batalla recibieron un entierro solemne. Boxer y Clover tiraron del carro que sirvió de coche fúnebre y Napoleón mismo encabezó la comitiva. Durante dos días enteros se efectuaron festejos. Hubo canciones, discursos y más disparos de escopeta y se hizo un obsequio especial de una manzana para

cada animal, con dos onzas de maíz para cada ave y tres bizcochos para cada perro. Se anunció que la Batalla sería llamada del Molino y que Napoleón había creado una nueva condecoración, la Orden del Estandarte Verde, que él se otorgó a sí mismo. En el regocijo general se olvidó el infortunado incidente de los billetes de banco.

Unos días después los cerdos hallaron un cajón de whisky en el sótano de la casa. Había sido pasadísimo alto en el momento de ocupar el edificio. Esa noche se oyeron desde la casa canciones en voz alta, donde, para sorpresa de todos, se entremezclaban los acordes de Bestias de Inglaterra. A eso de las nueve y media se vio a Napoleón, luciendo una vieja galera del señor Jones, salir por la puerta trasera, galopar alrededor del patio y desaparecer adentro nuevamente. Pero, por la mañana, reinaba un silencio profundo en la casa. Ni un cerdo se movía. Eran casi las nueve cuando Squealer hizo su aparición, caminando lenta y displicentemente; sus ojos estaban opacos, la cola le colgaba débilmente y tenía el aspecto de estar seriamente enfermo. Reunió a los animales y les dijo que tenía que comunicarles malas noticias. ¡El camarada Napoleón se estaba muriendo!

Las muestras de dolor se elevaron en un solo grito unánime. Se colocó paja en todas las entradas de la casa y los animales caminaban de puntillas. Con lágrimas en los ojos se preguntaban unos a otros qué harían si perdieran a su líder. Se difundió el rumor de que Snowball, a pesar de todo, había logrado introducir veneno en la comida de Napoleón. A las once salió Squealer para comunicar otro anuncio. Como último acto sobre la Tierra, el camarada Napoleón emitía un solemne decreto: el hecho de beber alcohol sería castigado con la muerte.

Al anochecer, sin embargo, Napoleón parecía estar mejor, a la mañana siguiente Squealer pudo decirles que se hallaba en vías de franco restablecimiento. Esa misma noche Napoleón estaba en pie y al otro día se supo que había ordenado a Whymper que comprara en Willingdon algunos folletos sobre la elaboración y destilación de bebidas. Una semana después Napoleón ordenó que el campo detrás de la huerta, destinado como lugar de pastoreo para animales, retirados del trabajo, fuera arado. Se dijo que el campo estaba agotado y era necesario cultivarlo de nuevo, pero pronto se supo que Napoleón tenía intención de sembrarlo con cebada.



Más o menos por esa época ocurrió un incidente raro que casi nadie entendió. Una noche, a eso de las doce, se oyó un fuerte estrépito en el patio, y los animales salieron corriendo de sus corrales. Era

una clara noche de luna. Al pie de la pared del granero principal, donde figuraban inscritos los Siete Mandamientos, se encontraba una escalera rota en dos pedazos. Squealer, momentáneamente aturdido, estaba tendido al lado, y muy a mano había una linterna, un pincel y un tarro volcado de pintura blanca. Los perros inmediatamente formaron un círculo alrededor de Squealer, y lo escoltaron de vuelta a la casa en cuanto pudo caminar. Ninguno de los animales lograba entender lo que significaba eso, excepto el viejo Benjamín, que movía el hocico con aire de entendimiento aparentando comprender, pero sin decir nada.

Pero unos cuantos días después Muriel, que estaba leyendo los Siete Mandamientos, notó que había otro de ellos que los animales recordaban en mala forma. Ellos creían que el Quinto Mandamiento decía: Ningún animal beberá alcohol, pero pasaron por alto dos palabras. Ahora el Mandamiento expresaba: Ningún animal beberá alcohol "en exceso".

Capítulo IX

El casco malherido de Boxer tardó mucho en sanar. Habían comenzado la reconstrucción del molino al día siguiente de terminarse los festejos de la victoria. Boxer se negó a tomar ni siquiera un día franco, e hizo cuestión de honor el no dejar ver que estaba dolorido. Por las noches le admitía reservadamente a Clover que el casco le molestaba mucho. Clover lo curaba con emplastos de hierbas, que preparaba mascándolas, y tanto ella como Benjamín, pedían a Boxer que trabajara menos. "Los pulmones de un caballo no son eternos", le decía ella. Pero Boxer no le hacía caso. Sólo le quedaba aún, dijo él, una verdadera ambición: ver el molino bien adelantado antes de llegar a la edad de retirarse.

Al principio, cuando se formularon las leyes de Granja Animal, se fijaron las siguientes edades para jubilarse: caballos y cerdos a los doce años, vacas a los catorce, perros a los nueve, ovejas a los siete y las gallinas y los gansos a los cinco. Se establecieron pensiones liberales para la vejez. Hasta entonces ningún animal se había retirado, pero últimamente la discusión del asunto fue en aumento. Ahora que el campo detrás de la huerta quedó

destinado para la cebada, circulaba el rumor de que alambrarían un rincón de la pradera larga convirtiéndolo en campo de pastoreo para animales jubilados. Para caballos, se decía, la pensión sería de cinco libras de maíz por día y, en invierno, quince libras de heno, con una zanahoria o posiblemente una manzana los días de fiesta. Boxer iba a cumplir los doce años a fines del verano del año siguiente.

Mientras tanto, la vida seguía dura. El invierno fue tan frío como el anterior, y la comida aún más escasa. Nuevamente fueron reducidas todas las raciones, exceptuando las de los cerdos y las de los perros. "Una igualdad demasiado rígida en las raciones explicó Squealer, sería contraria a los principios del Animalismo". De cualquier manera, no tuvo dificultad en demostrar a los demás que, en realidad, no estaban faltos de comida, cualesquiera fueran las apariencias. Ciertamente, fue necesario hacer un reajuste de las raciones (Squealer siempre hablaba de un "reajuste", nunca de una "reducción"), pero comparado con los tiempos de Jones, la mejoría era enorme. Leyéndoles las cifras con voz chillona y rápida, les demostró detalladamente que contaban con más avena, más heno, más nabo del que tenían en el tiempo de Jones, que trabajaban menos horas, que el agua que bebían era de mejor calidad, que vivían más años que una mayor proporción de criaturas sobrevivía la infancia y que tenían más paja en sus corrales y menos pulgas. Los animales creyeron todo lo que dijo. En verdad, Jones y lo que él representaba casi se habían borrado de sus memorias. Ellos sabían que la vida era dura y áspera, que muchas veces tenían hambre y frío, y generalmente estaban trabajando cuando no dormían. Pero, sin duda, fue peor en los viejos tiempos. Sentíanse contentos de creerlo así. Además, en aquellos días fueron esclavos y ahora eran libres, y eso representaba mucha diferencia, como Squealer no dejaba de señalarles.

Había muchas bocas más que alimentar. En el otoño las cuatro cerdas tuvieron crías simultáneamente amamantando entre todas treinta y una cochinitas. Los jóvenes cerdos eran manchados, y como Napoleón era el único verraco en la granja, fue posible adivinar su origen paterno. Se anunció que más adelante, cuando se compraran ladrillos y maderas, se construiría una escuela en el jardín. Mientras tanto, los lechones fueron educados por Napoleón mismo en la cocina de la casa. Hacían su gimnasia en el jardín, y se les disuadía de jugar con los otros animales jóvenes. En esa época, se implantó también la



regla que cuando un cerdo o cualquier otro animal se encontraban en el camino, el segundo debía hacerse a un lado; y asimismo que los cerdos de cualquier categoría, iban a tener el privilegio de usar cintas en la cola los domingos.

La granja tuvo un año bastante próspero, pero aun andaban escasos de dinero. Faltaba adquirir los ladrillos, arena y cemento para la escuela e iba a ser necesario ahorrar nuevamente para la maquinaria del molino. Se requería, además, petróleo para las lámparas, velas para la casa, azúcar para la mesa de Napoleón (prohibió esto a los otros cerdos, basándose en que los hacía engordar) y todos los repuestos corrientes, como herramientas, clavos, hilos, carbón, alambre, hierro viejo y bizcocho para los perros. Una parva de heno y una parte de la cosecha de papas fueron vendidas y el contrato de huevos se aumentó a seiscientos por semana, de manera que ese año las gallinas apenas empollaron suficientes pollitos para mantener las cifras al mismo nivel. Las raciones, rebajadas en diciembre, fueron disminuidas nuevamente en febrero, y se prohibieron las internas en los corrales para economizar petróleo. Pero los cerdos parecían estar bastante cómodos en realidad, aumentaban de peso. Una tarde, a fines de febrero, un tibio, rico y apetitoso aroma, como jamás habían percibido los animales, llegó al patio, transportado por la brisa, desde la casita donde se elaboraba cerveza, en desuso en los tiempos de Jones, y que se encontraba más allá de la cocina. Alguien dijo que era el olor de la cebadahirviendo. Los animales husmearon hambrientos el aire y se preguntaban si se les estaba preparando una masa caliente para la cena. Pero no apareció ninguna masa caliente, y el domingo siguiente se anunció que desde ese momento toda la cebada sería reservada para los cerdos. El campo detrás de la huerta ya había sido sembrado con cebada. Y pronto se supo que todos los cerdos recibían una ración de una pinta de cerveza por día, y medio galón para el mismo Napoleón, que siempre se la servía en la sopera del juego guardado en la vitrina de cristal.

Pero si bien no faltaban penurias que aguantar, en parte estaban compensadas por el hecho de que la vida tenía mayor dignidad que antes. Había más canciones, más discursos, más procesiones. Napoleón ordenó que vez por semana se hiciera algo denominado Demostración Espontánea, cuyo objeto era celebrar las luchas y triunfos de Granja Animal. A la hora indicada los animales abandonaban sus tareas y marchaban por los límites de la granja en formación militar, con los cerdos a la cabeza, luego los caballos, las vacas, las ovejas y después las aves. Los perros iban a los flancos y a la cabeza de

todos marchaba el gallo negro de Napoleón. Boxer y Clover llevaban siempre una bandera verde marcada con el asta y la pezuña y el encabezamiento: "¡Viva el Comandante Napoleón!" Luego venían recitales de poemas compuestos en honor de Napoleón y un discurso de Squealer dando los detalles de los últimos aumentos en la producción de alimentos, y en algunas ocasiones se disparaba un tiro de escopeta. Las ovejas eran las más aficionadas a las Demostraciones Espontáneas, y si alguien, se quejaba (como lo hacían a veces algunos animales, cuando no había cerca cerdos ni perros) alegando que se pierde el tiempo y se aguanta un largo plantón en el frío, las ovejas lo silenciaban infaliblemente con un tremendo: "¡Cuatro patas sí, dos pies no!" Pero, a la larga, a los animales les gustaban esas celebraciones. Resultaba satisfactorio el recuerdo de que, después de todo, ellos eran realmente sus propios amos y que todo el trabajo que efectuaban era en beneficio propio. Y así, con las canciones, las procesiones, las listas de cifras de Squealer, el tronar de la escopeta, el cacareo del gallo y el flamear de la bandera, podían olvidar que sus barrigas estaban vacías, al menos por algún tiempo.

En abril, Granja Animal fue proclamada República, y se hizo necesario elegir un Presidente. Había un solo candidato: Napoleón, que resultó elegido por unanimidad. El mismo día se reveló que se habían descubierto nuevos documentos dando más detalles referentes a la complicidad de Snowball con Jones. Parecía que Snowball no sólo trató de hacer perder la Batalla del Establo de las Vacas mediante una estratagema, como suponían antes los animales, sino que estuvo peleando abiertamente a favor de Jones. En realidad, fue él quien dirigió las fuerzas humanas y arremetió en la batalla con las palabras "¡Viva la Humanidad!" Las heridas sobre el lomo de Snowball, que varios animales aún recordaban haber visto, fueron infligidas por los dientes de Napoleón.

A mediados del verano, Moses, el cuervo, reapareció repentinamente en la granja, tras una ausencia de varios años. No había cambiado nada, continuaba sin hacer trabajo alguno y se expresaba igual que siempre respecto al Monte Caramelo. Solía pararse sobre un poste, batía sus negras alas y hablaba durante horas a cualquiera que quisiera escucharlo. "Allá arriba, camaradas, decía señalando solemnemente el cielo con su pico largo, allá arriba, justo detrás de esa nube oscura que ustedes pueden ver, allá está situado Monte Caramelo, esa tierra feliz, donde nosotros, pobres animales descansaremos para siempre de nuestras labores". Hasta sostenía que estuvo allí en uno de sus vuelos a gran altura y había visto los campos semipermanentes de trébol y las tortas de



semilla de lino y los terrones de azúcar creciendo en los cercos. Muchos de los animales le creían. Actualmente, razonaban ellos, sus vidas no eran más que hambre y trabajo; éno resultaba, entonces, correcto y justo que existiera unmundo mejor en alguna parte? Una cosa difícil de determinar era la actitud de los cerdos hacia Moses. Todos ellos declaraban desdeñosamente, que sus cuentos respecto a Monte Caramelo eran mentiras y, sin embargo, le permitían permanecer en la granja, sin trabajar, con una pequeña ración de cerveza por día.

Después de habersele curado el casco, Boxer trabajó más fuerte que nunca. En verdad, todos los animales trabajaron como esclavos ese año. Aparte de las faenas corrientes de la granja y la reconstrucción del molino, estaba la escuela para los cerditos, que se comenzó en marzo. A veces las largas horas de trabajo con insuficiente comida eran difíciles de aguantar, pero Boxer nunca vaciló. En nada de lo que él decía o hacía se exteriorizaba señal alguna de que su fuerza ya no fuese la de antes. Únicamente su aspecto estaba un poco cambiado; su pelaje era menos brillante y sus ancas parecían haberse contraído. Los demás decían que Boxer se restablecería cuando apareciera el pasto de primavera; pero llegó la primavera y Boxer no engordó. A veces, en la ladera que lleva hacia la cima de lacantera, cuando esforzaba sus músculos contra el peso de alguna piedra enorme, parecía que nada lo mantenía en pie, excepto su voluntad de continuar. En dichas ocasiones se veía que sus labios formulaban las palabras "Trabajará más fuerte"; voz no le quedaba. Nuevamente Clover y Benjamín le advirtieron que cuidara su salud, pero Boxer no prestó atención. Su duodécimo cumpleaños se aproximaba. No le importaba lo que iba a suceder con tal que se hubiera acumulado una buena cantidad de piedra antes de que él jubilara.

Un día de verano, al anochecer, se difundió rápidamente por la granja el rumor de que algo le había sucedido a Boxer. Se había ido solo a arrastrar un montón de piedras hasta el molino. Y, en efecto, el rumor era verdad. Unos minutos después dos palomas llegaron a todo vuelo con la noticia: "¡Boxer ha caído! ¡Está tendido de costado y no se puede levantar!"

Aproximadamente la mitad de los animales de la granja salieron corriendo hacia la loma donde estaba el molino. Allí yacía Boxer, entre las varas del carro, el pescuezo estirado, sin poder levantar la cabeza. Tenía los ojos vidriosos y sus costados estaban

cubiertos de sudor. Un hilillo de sangre le salía por la boca. Clover cayó de rodillas a su lado.

- ¡Boxer! gritó, ¿cómo te sientes?

- Es mi Pulmón dijo Boxer, con voz débil. No importa. Yo creo que podrán terminar el molino sin mí. Hay una buena cantidad de piedra acumulada. De cualquier manera, sólo me quedaba un mes más. A decir verdad, estaba esperando la jubilación. Y como también Benjamín se está poniendo viejo, tal vez le permitan retirarse al mismo tiempo, y así seremos compañeros.

- Debemos obtener ayuda inmediatamente, reclamó Clover. Corra alguien a comunicarle a Squealer lo que ha sucedido.

Todos los animales corrieron inmediatamente hacia la casa para darle la noticia a Squealer. Solamente Clover se quedó, y Benjamín, que se acostó al lado de Boxer y, sin decir palabra, espantaba las moscas con su larga cola. Al cuarto de hora apareció Squealer, demostrando alarma y sumo interés. Dijo que el camarada Napoleón, enterado con la mayor aflicción de esta desgracia que había sufrido uno de los más leales trabajadores de la granja, estaba realizando gestiones para enviar a Boxer a un hospital de Willingdon para su tratamiento. Los animales se sintieron un poco intranquilos al oír esto.

Exceptuando a Mollie y Snowball, ningún otro animal había salido jamás de la granja, y no les agradaba la idea de dejar a su camarada enfermo en manos de seres humanos. Sin embargo, Squealer los convenció fácilmente de que el veterinario en Willingdon podía tratar el caso de Boxer más satisfactoriamente que en la Granja. Y media hora después, cuando Boxer se repuso un poco, lo levantaron con cierta dificultad, y así logró volver, renqueando, hasta su pesebrera, donde Clover y Benjamín le habían preparado una confortable cama de paja.

Durante los dos días siguientes, Boxer permaneció echado. Los cerdos habían enviado una botella grande del remedio rosado que encontraron en el botiquín del cuarto de baño, y Clover se lo administraba a Boxer dos veces al día después de las comidas. Por las tardes permanecía en la pesebrera conversando con él, mientras Benjamín le espantaba las moscas. Boxer manifestó que no lamentaba lo que había pasado. Si se reponía, podría vivir



unos tres años más, y pensaba en los días apacibles que pasaría en el rincón de la pradera grande. Sería la primera vez que tendría tiempo libre, para estudiar y perfeccionarse. Tenía intención, dijo, de dedicar el resto de su vida a aprender las veintidós letras restantes del abecedario.

Sin embargo, Benjamín y Clover sólo podían estar con Boxer después de las horas de trabajo, y a mediodía llegó el carro para llevárselo. Los animales estaban trabajando, eliminando las malezas de los nabos bajo la supervisión de un cerdo, cuando fueron sorprendidos al ver a Benjamín venir al galope desde la casa, rebuznando con todas sus fuerzas. Nunca habían notado a Benjamín tan excitado; en verdad, era la primera vez que alguien lo veía galopar. "¡Pronto, pronto!, gritó. ¡Vengan enseguida! ¡Se están llevando a Boxer!" Sin esperar órdenes del cerdo, los animales abandonaron el trabajo y corrieron hacia los edificios de la granja. Efectivamente, en el patio había un carro cerrado con letreros en los costados, tirado por dos caballos, y un hombre de aspecto taimado en el asiento del conductor. La pesebrea de Boxer estaba vacía. Los animales se agolparon junto al carro.

- ¡Adiós, Boxer!, gritaron a coro, iadiós!

- ¡Tontos! ¡Estúpidos! exclamó Benjamín saltando alrededor de ellos y pateando el suelo con sus cascos menudos. ¡Tontos! ¿No veis lo que está escrito en los lados de ese carro?

Eso apagó a los animales y se hizo el silencio. Muriel comenzó a deletrear las palabras. Pero Benjamín la empujó a un lado y en medio de un silencio sepulcral leyó:

- "Alfredo Simmonds, matarife de caballos y fabricante de cola, Willingdon. Comerciante en cueros y harina de huevos. Se suministran perreras". ¿No entienden lo que significa eso? ¡Lo llevan al descuartizador!

Los animales lanzaron un grito de horror. En ese momento el conductor fustigó a los caballos y el

carro partió del patio a un trote ligero. Todos los animales lo siguieron, gritando. Clover se adelantó al frente. El carro comenzó a tomar velocidad. Clover intentó galopar, pero sus pesadas patas sólo alcanzaron medio galope.

- ¡Boxer!, gritó ella. ¡Boxer! ¡Boxer!

Y justo en ese momento, como si hubiera oído el alboroto afuera, la cara de Boxer, con la mancha blanca en el hocico, apareció por la ventanilla trasera del carro.

¡Boxer!, gritó Clover con terrible voz. ¡Boxer! ¡Sal de ahí! ¡Sal pronto! ¡Te llevan hacia la muerte!

Todos los animales se pusieron a gritar: "¡Sal de ahí, Boxer, sal de ahí!", pero el carro ya había tomado velocidad y se alejaba de ellos. No se supo si Boxer entendió lo que dijo Clover. Pero un instante

después su cara desapareció de la ventanilla y se sintió el ruido de tamboreo de cascos dentro del carro. Estaba tratando de abrirse camino a patadas. En otros tiempos, unas cuantas coces de los cascos de Boxer hubieran hecho añicos el carro. Pero, desgraciadamente, su fuerza lo había abandonado; y al poco tiempo el ruido de los cascos, se hizo débil y se apagó. En su desesperación los animales comenzaron a apelar a los dos caballos que tiraban del carro para que se detuvieran. "¡Camaradas, camaradas!, gritaron, ¡No llevéis a vuestro propio hermano hacia la muerte!" Pero las estúpidas bestias, demasiado ignorantes para darse cuenta de lo que ocurría, echaron atrás las orejas y aceleraron el paso. La cara de Boxer no volvió a aparecer por la ventanilla. Era demasiado tarde cuando a alguien se le ocurrió adelantarse para cerrar el portón; en un instante el carro salió y desapareció por el camino. Boxer no volvió a ser visto. Tres días después se anunció que había muerto en el hospital de Willingdon, no obstante recibir toda la atención que se podía dispensar a un caballo. Squealer anunció la noticia a los demás. Él había estado presente, dijo, durante las últimas horas de Boxer.

- ¡Fue la escena más conmovedora que jamás haya visto!, expresó Squealer, levantando una pata para enjuagar una lágrima. Estuve al lado de su cama hasta el último instante. Y al final, casi demasiado débil para hablar, me susurró que su único pesar era morir antes de haberse terminado el molino. "Adelante camaradas, murmuró. Adelante en nombre de la Rebelión. ¡Viva Granja Animal! ¡Viva el camarada Napoleón! ¡Napoleón siempre tiene razón!" Esas fueron sus últimas palabras, camaradas.

Aquí el porte de Squealer cambió repentinamente. Permaneció callado un instante, y sus ojillos lanzaron miradas de desconfianza de un lado a otro antes de continuar.

Había llegado a su conocimiento, dijo, que un rumor disparatado y malicioso circuló cuando se llevaron a Boxer. Algunos animales notaron que el carro que transportó a Boxer llevaba la inscripción "Matarife de caballos", y sacaron precipitadamente la conclusión de que ése era, en realidad, el destino de Boxer. Resultaba casi increíble, dijo Squealer, que un animal pudiera ser tan estúpido. Seguramente, gritó indignado, agitando la cola y



saltando de lado a lado, seguramente ellos conocían a su querido líder, camarada Napoleón, mejor que eso. Pero la explicación, en verdad, era muy sencilla. El carro fue anteriormente propiedad del descuartizador y había sido comprado por el veterinario, que aún no había borrado el nombre anterior. Así fue como surgió el error.

Los animales quedaron muy aliviados al escuchar esto. Y cuando Squealer continuó dándoles más detalles gráficos del lecho de muerte de Boxer, la admirable atención que recibió y las costosas medicinas que pagara Napoleón sin fijarse en el costo, sus últimas dudas desaparecieron y el pesar que sintieran por la muerte de su camarada fue mitigado por la idea de que, al menos, había muerto feliz. Napoleón mismo apareció en la reunión del domingo siguiente y pronunció una breve oración a la memoria de Boxer. No era posible traer de vuelta los restos de su lamentado camarada para ser enterrados en la granja, pero había ordenado que se confeccionara una gran corona con los laureles del jardín de la casa, para ser colocada sobre la tumba de Boxer. Y pasados unos días los cerdos pensaban realizar un banquete conmemorativo en su honor. Napoleón finalizó su discurso recordándoles los dos lemas favoritos de Boxer: "Trabajará más fuerte" y "El camarada Napoleón tiene razón siempre", lemas, dijo, que todo animal haría bien en adoptar para sí mismo.

El día fijado para el banquete, el carro de un almacenero vino desde Willingdon y descargó un grancajón de madera. Esa noche se oyó el ruido de cantos bullangueros, seguidos por algo que parecía una violenta disputa que terminó a eso de las once con un tremendo estrépito de vidrios. Nadie se movió en la casa antes del mediodía siguiente y se corrió la voz de que, en alguna forma, los cerdos se habían agenciado dinero para comprar otro cajón de whisky.

Capítulo X

Pasaron los años. Las estaciones llegaron y se fueron; las cortas vidas de los animales pasaron volando. Llegó una época en que ya no había nadie que recordara los viejos días anteriores a la Rebelión, exceptuando a Clover, Benjamín, Moses el cuervo, y algunos cerdos.

Muriel había muerto; Bluebell, Jessie y Pincher habían muerto. Jones también murió: falleció en un hogar para borrachos en otra parte del condado. Snowball fue olvidado. Boxer estaba olvidado asimismo, excepto por los pocos que lo habían tratado.

Clover era ya una yegua vieja y gorda, con las articulaciones endurecidas y con tendencia al reuma. Ya hacía dos años que había cumplido la edad para retirarse, pero en realidad ningún animal se había jubilado. Hacía tiempo que no se hablaba de apartar un rincón del campo de pastoreo para animales jubilados. Napoleón era ya un cerdo maduro, de unos ciento cincuenta kilos. Squealer estaba tan gordo que tenía dificultad para ver más allá de sus narices. Únicamente el viejo Benjamín estaba más o menos igual que siempre, exceptuando que el hocico lo tenía más canoso y, desde la muerte de Boxer, estaba más malhumorado y taciturno que nunca.

Había muchos más animales que antes en la granja, aunque el aumento no era tan grande como se esperaba en los primeros años. Nacieron numerosos animales, para quienes la Rebelión era una tradición casi olvidada, transmitida de palabra; y otros, que habían sido adquiridos, jamás oyeron hablar de semejante cosa antes de su llegada. La granja poseía ahora tres caballos, además de Clover. Eran bestias de prestancia, trabajadores de buena voluntad y excelentes camaradas, pero muy estúpidos. Ninguno de ellos logró aprender el alfabeto más allá de la letra B. Aceptaron todo lo que se les contó respecto a la rebelión y los principios del Animalismo, especialmente por Clover, a quien tenían un respeto casi filial; pero era dudoso que hubieran entendido mucho de lo que se les dijo.

La Granja estaba más próspera mejor organizada, hasta había sido ampliada con dos franjas de tierras compradas al señor Pilkington. El molino quedó terminado al fin, y la granja poseía una trilladora, un elevador de heno propios, agregándose también varios edificios. Whymper se había comprado un coche. El molino, sin embargo, no fue empleado para producir energía eléctrica. Se utilizó para moler maíz y produjo una excelente utilidad en efectivo. Los animales estaban trabajando mucho en la construcción de otro molino más: cuando éste estuviera terminado, según se decía, se instalarían allí los dinamos. Pero los lujos con que Snowball hiciera soñar a los animales, las pesebreras con luz eléctrica y agua caliente y fría, y la semana de tres días, ya no se mencionaban. Napoleón había censurado estas ideas por considerarlas contrarias al espíritu del Animalismo. La verdadera felicidad, dijo él, consistía en trabajar mucho y vivir frugalmente.



De algún modo parecía como si la granja se hubiera enriquecido sin enriquecer a los animales mismos: exceptuando, naturalmente, los cerdos y los perros. Tal vez eso se debiera en parte a que había tantos cerdos y tantos perros. No era que esos animales no trabajaran su manera. Existía, como Squealer nunca se cansaba de explicarles, un sinfín de labor en la supervisión y organización de la granja. Gran parte de este trabajo tenía características tales que los demás animales eran demasiado ignorantes para concebirlo. Por ejemplo, Squealer les dijo que los cerdos tenían que realizar un esfuerzo enorme todos los días acerca de unas cosas misteriosas llamadas "legajos", "informes", "actas" y "memorándum". Se trataba de largas hojas de papel que tenían que ser llenadas totalmente con escritura, y tan pronto estaban así cubiertas eran quemadas en el horno. Esto era de suma importancia para el bienestar de la granja, señaló Squealer. Pero de cualquier manera, ni los cerdos ni los perros producían nada comible mediante su propio trabajo; había muchos de ellos, y siempre tenían buen apetito.

En cuanto a los otros, su vida, por lo que ellos sabían, era lo que fue siempre. Generalmente tenían hambre, dormían sobre paja, bebían de la laguna, trabajaban en el campo; en invierno sufrían los efectos del frío y en verano de las moscas. A veces los más viejos entre ellos esforzaban sus turbias memorias y trataban de determinar si en los primeros días de la Rebelión, cuando la expulsión de Jones aún era reciente, las cosas fueron mejor o peor que ahora. No alcanzaban a recordar. No había con qué comparar su vida presente, no tenían en qué basarse, exceptuando las listas de cifras de Squealer que, invariablemente, demostraban que todo mejoraba más y más. Los animales no encontraron solución al problema; de cualquier forma, tenían ahora poco tiempo para especular con estas cosas. Únicamente el viejo Benjamín manifestaba recordar cada detalle de su larga vida y saber que las cosas nunca fueron, ni podrían ser, mucho mejor o mucho peor; el hambre, la opresión y el desengaño eran, así dijo él, la ley inalterable de la vida.

Y, sin embargo, los animales nunca abandonaron sus esperanzas. Más aún, jamás perdieron, ni por un instante, su sentido del honor y el privilegio de ser miembros de Granja Animal. Todavía era la única granja en todo el condado, ien toda Inglaterra!, poseída y manejada por animales. Ninguno, ni el más joven, ni siquiera los recién llegados, traídos desde granjas a diez o veinte millas de distancia, jamás dejó de maravillarse de ello. Y cuando sentían tronar la escopeta y veían la bandera verde ondeando al tope del

mástil, sus corazones se hinchaban de orgullo inagotable, la conversación y siempre giraba en torno a los heroicos días de antaño: la expulsión de Jones, la inscripción de los Siete Mandamientos, las grandes batallas en que los invasores humanos fueron derrotados. Ninguno de los viejos ensueños había sido abandonado. La República de los Animales que Mayor pronosticaba, cuando los campos verdes de Inglaterra no fueran hollados por pies humanos, todavía era su creencia. Algun día llegaría; tal vez no fuera pronto, quizá no sucediera durante la existencia de la actual generación de animales, pero vendría. Hasta la canción Bestias de Inglaterra era seguramente tarareada a escondidas, aquí o allá; de cualquier manera era un hecho que todos los animales de la Granja la conocían, aunque ninguno se hubiera atrevido a cantarla en voz alta. Podría ser que sus vidas fueran penosas y que no todas sus esperanzas se vieran cumplidas; pero tenían conciencia de no ser como otros animales. Si pasaban hambre, no lo era por alimentar a tiránicos seres humanos; si trabajaban mucho, al menos lo hacían para ellos mismos. Ninguno caminaba sobre dos pies. Ninguno llamaba a otro "amo". Todos los animales eran iguales.

Un día, a principios de verano, Squealer ordenó a las ovejas que lo siguieran, y las condujo hacia un pedazo de tierra no cultivada en el otro extremo de la granja, cubierto por retoños de abedul. Las ovejas pasaron todo el día allí comiendo las hojas bajo la supervisión de Squealer. Al anochecer, él volvió a la casa, pero, como hacía calor, les dijo a las ovejas que se quedaran donde estaban. Al final permanecieron allí toda la semana y en ese lapso los demás animales no las vieron para nada. Squealer permanecía con ellas durante la mayor parte del día. Dijo que les estaba enseñando una nueva canción, para lo cual se necesitaba el aislamiento.

Una tarde placentera, al poco tiempo de haber vuelto las ovejas, los animales ya habían terminado detrabajar y regresaban hacia los edificios de la granja, se oyó desde el patio el relincho aterrorizado de un caballo. Alarmados, los animales se detuvieron bruscamente. Era la voz de Clover. Relinchó de nuevo y todos se lanzaron al galope entrando precipitadamente en el patio. Entonces observaron lo que Clover había visto. Era un cerdo caminando sobre sus patas traseras.

Sí, era Squealer. Un poco torpemente, como si no estuviera del todo acostumbrado a sostener su gran volumen en esa posición, pero con perfecto equilibrio, estaba paseándose por el patio. Y un rato después, por la puerta de la casa apareció una larga fila de cerdos, todos



caminando sobre sus patas traseras. Algunos lo hacían mejor que otros, si bien uno o dos andaban un poco inseguros, dando la impresión de que les hubiera gustado el apoyo de un bastón, pero todos ellos dieron con éxito una vuelta completa por el patio. Finalmente, se oyó un tremendo ladrido de los perros y un agudo cacareo del gallo negro, y apareció Napoleón en persona, erguido majestuosamente, lanzando miradas arrogantes hacia uno y otro lado y con los perros brincando alrededor. Llevaba un látigo en la mano.

Se produjo un silencio de muerte. Asombrados, aterrorizados, acurrucados unos contra otros, los animales observaban la larga fila de cerdos marchando lentamente alrededor del patio. Era como si el mundo se hubiese vuelto patas arriba. Llegó un momento en que pasó la primera impresión y, a pesar de todo, a pesar de su terror a los perros y de la costumbre adquirida durante muchos años, de nunca quejarse, nunca criticar, podían haber emitido alguna palabra de protesta. Pero justo en ese instante, como obedeciendo a una señal, todas las ovejas estallaron en un tremendo balido: "¡Cuatro patas sí, dos patas mejor! ¡Cuatro patas sí, dos patas mejor! ¡Cuatro patas sí, dos patas mejor!"

Esto continuó durante cinco minutos sin parar. Y cuando las ovejas callaron, la oportunidad para protestar había pasado, pues los cerdos entraron nuevamente en la casa. Benjamín sintió que un hocico le rozaba el hombro. Se volvió. Era Clover. Sus viejos ojos parecían más apagados que nunca. Sin decir nada, le tiró suavemente de la crin y lo llevó hasta el extremo del granero principal, donde estaban inscritos los Siete Mandamientos. Durante un minuto o dos estuvieron mirando la pared alquitranada con sus blancas letras.

- La vista me está fallando, dijo ella finalmente. Ni aun cuando era joven podía leer lo que estaba ahí escrito. Pero me parece que esa pared está cambiada. ¿Están igual que antes los Siete Mandamientos,

Benjamín?

Por primera vez Benjamín consintió en quebrar su costumbre y leyó lo que estaba escrito en el muro.

Allí no había nada, excepto un solo Mandamiento. Este decía:

TODOS LOS ANIMALES SON IGUALES, PERO ALGUNOS SON MÁS IGUALES QUE OTROS

Después de eso no les resultó extraño que al día siguiente los cerdos que estaban supervisando el trabajo de la granja llevaran todos látigo en la mano. No les pareció raro enterarse de que los cerdos se habían comprado una radio, estaban gestionando la instalación de un teléfono y se habían suscrito a

John Bull, Tit-Bits y el Daily Mirror. No les resultó extraño cuando vieron a Napoleón paseando por el jardín de la casa con una pipa en la boca; no, ni siquiera cuando los cerdos sacaron la ropa del señor Jones de los roperos y se la pusieron. Napoleón apareció con una chaqueta negra, pantalones y polainas de cuero, mientras que su favorita lucía el vestido de seda que la señora Jones acostumbraba a usar los domingos. Una semana después, por la tarde, cierto número de coches llegó a la granja.

Una delegación de granjeros vecinos había sido invitada para realizar una inspección. Recorrieron la granja y expresaron gran admiración por todo lo que vieron, especialmente el molino. Los animales estaban escardando el campo de nabos. Trabajaban casi sin despegar las caras del suelo y sin saber si debían temer más a los cerdos o a los visitantes humanos. Esa noche se escucharon fuertes carcajadas y canciones desde la casa. El sonido de las voces entremezcladas despertó repentinamente la curiosidad de los animales. ¿Qué podía estar sucediendo allí, ahora que, por primera vez, animales y seres humanos estaban reunidos en igualdad de condiciones?

De común acuerdo se arrastraron en el mayor silencio hasta el jardín de la casa. En la entrada se detuvieron, un poco asustados, pero Clover avanzó resueltamente y los demás la siguieron. Fueron de puntillas hasta la casa, y los animales de mayor estatura espiaron por la ventana del comedor. Allí, alrededor de una larga mesa, estaban sentados media docena de granjeros y media docena de los cerdos más eminentes, ocupando Napoleón el sitio de honor en la cabecera. Los cerdos parecían encontrarse en las sillas completamente a sus anchas. El grupo estaba jugando una partida de naipes, pero había dejado el juego un momento, sin duda para brindar. Una jarra grande estaba pasando de mano en mano y los vasos se llenaban de cerveza una y otra vez.

El señor Pilkington, de Foxwood, se puso en pie, con un vaso en la mano. Dentro de un instante, expresó, iba a solicitar un brindis a los presentes. Pero, previamente, se consideraba obligado a decir unas palabras.

Era para él motivo de gran satisfacción, dijo, y estaba seguro que también, para todos los asistentes, comprobar que un largo periodo de desconfianza y desavenencias



Ilegaba a su fin. Hubo un tiempo, no es que él o cualquiera de los presentes, compartieron tales sentimientos, pero hubo un tiempo en que los respetables propietarios de Granja Animal fueron considerados, él no diría con hostilidad, sino con cierta dosis de recelo por sus vecinos humanos. Se produjeron incidentes infortunados, eran corrientes las ideas equivocadas. Se creyó que la existencia de una granja poseída y manejada por cerdos era en cierto modo anormal y que podría tener un efecto perturbador en el vecindario. Demasiados granjeros supusieron, sin la debida investigación, que en dicha granja prevalecía un espíritu de libertinaje e indisciplina. Habían estado preocupados respecto a las consecuencias que ello acarrearía a sus propios animales o aun sobre sus empleados humanos. Pero todas estas dudas ya estaban disipadas. El y sus amigos acababan de visitar Granja Animal y de inspeccionar cada pulgada con sus propios ojos, éy qué habían encontrado? No solamente los métodos más modernos, sino una disciplina y un orden que debían servir de ejemplo para todos los granjeros de todas partes. Él creía que estaba en lo cierto al decir que los animales inferiores de Granja Animal hacían más trabajo y recibían menos comida que cualquier animal del condado. En verdad, él y sus colegas visitantes observaron muchos detalles que pensaban implantar en sus granjas inmediatamente.

Quería terminar su discurso, dijo, recalando nuevamente el sentimiento amistoso que subsistía, y quedebía subsistir, entre Granja Animal y sus vecinos. Entre los cerdos y los seres humanos no había, y no debería haber, ningún choque de intereses de cualquier especie. Sus esfuerzos y sus dificultades eran idénticos. ¿No era el problema de los obreros el mismo en todas partes? Aquí se puso de manifiesto que el señor Pilkington se disponía a contar algún chiste bien preparado, pero por un instante lo dominó tanto la risa que no pudo articular palabra. Después de sofocarse un rato, durante el cual sus diversas papadas, enrojecieron, logró expresarse:
- ¡Si bien ustedes tienen que lidiar con sus animales inferiores, dijo, nosotros tenemos nuestras clases inferiores!
Esta broma los hizo desternillarse de risa; y el señor Pilkington nuevamente felicitó a los cerdos por

las magras raciones, las largas horas de trabajo y la falta general de trato blando que observara en

Granja Animal. Y ahora, dijo finalmente, iba a pedir a los presentes que se pusieran de pie y se cercioraran de que sus vasos estaban llenos.

- Señores, concluyó el señor Pilkington, señores, les propongo un brindis: ¡Por la prosperidad de Granja Animal!

Hubo un vitoreo entusiasta y un golpear de pies y patas. Napoleón estaba tan complacido, que dejó su lugar y dio la vuelta a la mesa para chocar su vaso contra el del señor Pilkington antes de vaciarlo. Cuando terminó el vitoreo, Napoleón, que permanecía de pie, insinuó que también él tenía que decir algunas palabras.

Como en todos sus discursos, Napoleón fue breve y al grano. El también, dijo, estaba contento deque el período de desavenencias llegara a su fin. Durante mucho tiempo hubo rumores propagados, él tenía motivos para creer que por algún enemigo maligno, de que existía algo subversivo y hasta revolucionario entre su punto de vista y el de sus colegas. Se les atribuyó la intención de fomentar la rebelión entre los animales de las granjas vecinas. ¡Nada podía estar más lejos de la verdad! Su único deseo, ahora y en el pasado, era vivir en paz y mantener relaciones normales con sus vecinos. Esta granja que él tenía el honor de controlar, agregó, era una empresa cooperativa. Los títulos de propiedad, que estaban en su poder, pertenecían a todos los cerdos en conjunto.

El no creía, dijo, que aún quedaran rastros de las viejas sospechas, pero se acababan de introducir ciertos cambios en la rutina de la granja que tendrían el efecto de promover aún más la confianza.

Hasta entonces los animales de la granja tenían una costumbre algo tonta de dirigirse unos a otros como "camarada". Eso iba a ser suprimido. También existía una modalidad muy rara, cuyo origen era desconocido: la de desfilar todo los domingos por la mañana ante el cráneo de un cerdo clavado en un poste del jardín. Eso también iba a ser eliminado, y el cráneo ya fue enterrado. Sus visitantes habían observado asimismo la bandera verde que ondeaba al tope del mástil. En ese caso, seguramente notaron que el



asta y la pezuña blanca con que estaba marcada anteriormente fueron eliminados. En adelante, sería simplemente una bandera verde.

Tenía que hacer una sola crítica al magnífico y amistoso discurso del señor Pilkington. El señor

Pilkington hizo referencia en todo momento a Granja Animal. No podía saber, naturalmente, porque

él, Napoleón, ahora lo anunciaría por primera vez, que el nombre Granja Animal había sido abolido.

Desde ese momento la granja iba a ser conocida como Granja Manor, el cual, creía, fue su nombre

verdadero y original.

- Señores, concluyó Napoleón, os voy a proponer el mismo brindis de antes, pero en otra forma, llenad los vasos hasta el borde. Señores, éste es mi brindis: ¡Por la prosperidad de Granja Manor!

Se repitió el mismo cordial vitoreo de antes y los vasos fueron vaciados de un trago. Pero a los animales que desde fuera observaban la escena les pareció que algo raro estaba ocurriendo. ¿Qué era lo que se había alterado en los rostros de los cerdos? Los viejos y apagados ojos de Clover pasaron rápida y alternativamente de un rostro a otro. Algunos tenían cinco papadas, otros tenían cuatro, aquéllos tenían tres. Pero qué era lo que parecía diluirse y transformarse? Luego; finalizados los aplausos, los concurrentes tomaron nuevamente los naipes y continuaron la partida interrumpida, alejándose los animales en silencio.

Pero no habían dado veinte pasos cuando se pararon bruscamente. Un alboroto de voces venía desde la casa. Corrieron de vuelta y miraron nuevamente por la ventana. Sí, se estaba desarrollando una

violenta discusión: gritos, golpes sobre la mesa, miradas penetrantes y desconfiadas, negativas furiosas. El origen del conflicto parecía ser que tanto Napoleón como el señor Pilkington habían jugado simultáneamente un as de espadas cada uno. Doce voces estaban gritando enfurecidas, y eran todas iguales. No existía duda de lo que sucediera alas caras de los cerdos. Los animales de afuera miraron del cerdo al hombre, y del hombre al cerdo, y nuevamente del cerdo al hombre; pero ya era imposible discernir quién era quién.



"LAS VANGUARDIAS"

Contexto histórico y cultural

Desde el punto de vista histórico, el primer tercio del siglo XX se caracteriza por grandes tensiones y enfrentamientos entre las potencias europeas. Además de la I Guerra Mundial (1914-1918), tendrá lugar la Revolución Soviética (octubre de 1917), abriendo esperanzas para un régimen económico diferente para el proletario y para los sectores más desfavorecidos de la sociedad. Tras los felices años 20 (los "años locos"), época de desarrollo y prosperidad económica, vendrá el gran desastre de la bolsa de Wall Street (1929) y volverá una época de recesión y conflictos que, unidos a las difíciles condiciones impuestas a los vencidos de la Gran Guerra, provocarán la gestación de los sistemas totalitarios (fascismo y nazismo) que conducirán a la II Guerra Mundial.

Desde el punto de vista cultural, es una época dominada por las transformaciones y el progreso científico y tecnológico (la aparición del automóvil y del avión, el cinematógrafo,...). El principal valor será, pues, el de la modernidad, o substitución de lo viejo y caduco por lo nuevo y original. En el aspecto literario, era precisa una profunda renovación que superase al romanticismo, al realismo, al simbolismo y el impresionismo precedentes. De esta voluntad de ruptura con lo anterior, de lucha contra el sentimentalismo, de la exaltación del inconsciente, de lo racional, de la libertad, de la pasión y del individualismo nacerán las vanguardias en las primeras décadas del siglo XX.

Los movimientos vanguardistas

Se denomina vanguardia a una serie de tendencias en las artes plásticas y en la literatura, que tuvieron lugar en las primeras décadas del siglo XX en Europa.

El término vanguardias proviene del francés *avant-garde*, un término del léxico militar que designa a la parte más adelantada del ejército, la que confrontará antes con el enemigo, la "primera línea" de avanzada en exploración y combate. Metafóricamente, en el terreno artístico la vanguardia es, pues, la "primera línea" de creación, la renovación radical en las formas y contenidos para, al mismo tiempo que se sustituyen las tendencias anteriores, enfrentarse con lo establecido, considerado obsoleto.

El término se refiere al impulso bélico de estos movimientos, cuyos representantes se consideraban ubicados en puestos de avanzada en el campo del arte, que se había transformado en un campo de batalla. Los vanguardistas querían romper con las normas impuestas y exigían una total libertad para poder así lograr "una nueva expresividad" desprendidos de todo academicismo.

Los movimientos vanguardistas en general no tuvieron gran duración y se caracterizaron por estar formados por pequeños grupos de artistas que se organizaban alrededor de un fundador, quien redactaba un manifiesto donde declaraba sus principios fundamentales.

Estos movimientos artísticos renovadores, en general dogmáticos, se produjeron en Europa en las primeras décadas del siglo XX donde tuvieron su auge, y se extendieron al resto del mundo, principalmente América del Norte, Centroamérica y América del Sur.

En España e Hispanoamérica, el vanguardismo reacciona contra el modernismo, cuyas innovaciones resultan insuficientes y caducas a ojos de los vanguardistas.

Esta época, entre el momento de la pre - guerra y fines de la década del 30, es conocida también como el período de los "ISMOS".

Los rasgos vanguardistas

Características

Vanguardia significaba innovar o liberar la cantidad de reglas y estamentos que ya estaban establecidos por los movimientos anteriores; por eso se dice que la única regla del vanguardismo era no respetar ninguna regla.

La característica primordial del vanguardismo es la libertad de expresión, y la actitud provocadora que se manifiesta de manera peculiar en cada uno de los géneros literarios y de la siguiente manera:

- en la narrativa, se diversifica la estructura de las historias, abordando temas hasta entonces prohibidos y desordenando todos los parámetros del texto narrativo.
- en la poesía se rompe con toda estructura métrica y se da más valor al contenido.
- en el teatro se producen también cambios.

Los cambios que produce el vanguardismo no afectan sólo a la literatura. Otras artes sufrieron cambios radicales. En la arquitectura se desecha la simetría para dar paso a la asimetría; en la pintura se rompe con las líneas, con las formas y con los colores neutros y se rompe la perspectiva para darle paso al grabado desordenado y ampuloso. En la escultura aparecen las figuras amorfas que cada quien interpreta según su



forma de percibirlo, en la danza desaparecen todos los aditamentos y vestuarios clásicos para utilizar de mejor forma la expresión corporal. En la música al igual que en la literatura es donde se produce los cambios más radical

Si bien los diferentes ismos (cubismo, expresionismo, dadaísmo, ultraísmo, suprerealismo) tienen sus propias características, hay ciertos rasgos comunes.

- **Ruptura con los preceptos académicos y con las normativas:** quieren crear un arte nuevo y, por lo tanto, consideran que las normas "esclavizan" al creador.
- **Valoración de lo irracional** como modo de percepción del mundo.
- **Feísmo:** el arte vanguardista quiere provocar una reacción en el lector o espectador, y no se conforma con una actitud pasiva. Para lograr ese efecto se vale de lo desagradable y disonante.
- **Arte no figurativo:** esta en contra de un arte imitativo de lo externo. Encuentran en las palabras, en sus sonidos y significados, un valor extraordinario no explotado hasta ese momento, por medio del cual el artista crea un "nuevo mundo" autosuficiente.
- **Nueva disposición gráfica:** las palabras se distribuyen en el papel con total libertad. Los vanguardistas suprimen, si lo consideran necesario, signos de puntuación y partículas de enlace (coordinantes y preposiciones).
- **Existe un deseo de aunar todas las artes:** literatura, pintura, música, etc., por eso, un poema puede adquirir, a través de la distribución original de las palabras, la forma del objeto descrito. Estos poemas se llaman "caligramas o ideogramas". La palabra caligrama (bello dibujo) es de origen griego. Con ella se designan poemas en donde las palabras forman un dibujo que se relaciona con su contenido.
- **El poeta/artista/arquitecto vanguardista es inconformista**, ya que el pasado no le sirve, tiene que buscar un arte que responda a esta novedad interna que el hombre está viviendo, apoyándose en la novedad original que se lleva dentro.
- **En la poesía se juega constantemente con el símbolo.**
- **Las reglas tradicionales de la versificación,** necesitan una mayor libertad para expresar adecuadamente su mundo interior.
- **Reacciona contra el modernismo** y los imitadores de los maestros de esta corriente, existe una conciencia social que los lleva a tomar posiciones frente al hombre y su destino.
- **Nuevos temas**, lenguaje poético, revolución formal, desaparición de la anécdota, proposición de temas como el anti-patriotismo.
- **El punto de vista del narrador** es múltiple.

Los principales ismos europeos.

Algunos rasgos de los principales "ISMOS" europeos prefiguran las tendencias que más adelante tendrán lugar en América.

- **Cubismo:** El cubismo fue un movimiento artístico desarrollado principalmente en Francia entre 1907 y 1914, teniendo como principales fundadores a Pablo Picasso, Georges Braque y Juan Gris. El cubismo trata las formas de la naturaleza por medio de figuras geométricas, representando todas las partes de un objeto en un mismo plano. Es considerada la primera vanguardia ya que rompe con el último estatuto renacentista vigente a principios del siglo XX, la perspectiva. La representación del mundo pasaba a no tener ningún compromiso con la apariencia real de las cosas. Además es un avance pues el arte acepta su condición de arte, y permite que esta condición se vea en la obra, es decir es parte intrínseca de la misma.. El término cubismo fue acuñado por el crítico francés Louis Vauxcelles, quien interpretó así a la utilización de cubos en el arte de Pablo Picasso y Georges Braque, en cierta medida de una forma peyorativa pesar de ser pintura de vanguardia los géneros que se pintan no son vanguardistas, y entre ellos se encuentran sobre todo bodegones, naturalezas muertas y retratos. Picasso y Braque crean dos tendencias del cubismo, la primera es la analítica, en donde la pintura es casi monocroma. Los colores en este momento no interesaban pues lo importante eran los diferentes puntos de vista y la geometrización, no el cromatismo. En este período se incluye otro tipo de cubismo, el hermético. Estas obras parecen casi abstractas por la cantidad de puntos de vista representados, de este modo la imagen representada era casi imposible de ver, a no ser por algunos objetos como una pipa, o letras de periódico, que permiten distinguir lo que se está representando. El cubismo hermético se llevó tan lejos, que con miedo de caer en la abstracción, se transformó en lo que se conoce como el segundo período que es el cubismo Sintético. El cubismo sintético lo inició Braque al poner papel collé pegado directamente en la pintura. Picasso y Braque comenzaron a poner periódicos y esto evolucionó en lo que es hoy en día el collage. Estas obras son más sencillas y parecen estar ensambladas. El cubismo es esencial como movimiento pues da pie al resto de las vanguardias europeas del siglo XX. Fue el francés Apollinaire quien lo adaptó en la literatura. Busca recomponer la realidad mezclando imágenes y conceptos al azar. Una de sus aportaciones fue el calígrafo.



- **Dadaísmo:** se origina en Zurich, en 1916, fundado por Tristan Tzara, quien declara: "Dada no significa nada". Los dadaístas planteaban la negación de todo arte, cultivaban la burla sarcástica y el juego. Fue una rebelión contra la guerra y contra toda idea e institución reconocidas. Se extendió hasta 1922 donde finalmente se funde con el Superrealismo.
- **Superrealismo** (también llamado surrealismo): movimiento fundado por Andrés Breton en 1924, en Francia. Los superrealistas consideran que lo onírico (el ámbito de los sueños) y lo inconsciente tiene gran importancia, ya que revelan las regiones ocultas de la realidad. Propusieron la libre asociación del pensamiento en el acto creativo, lo que se llamó "la escritura automática" sin el control de la razón, concebida a semejanza de la técnica de asociación libre ideada por Freud para liberar el subconsciente y descubrir sus irregularidades.
- **Ultraísmo:** se origina en España con Rafael Cansinos Sáenz. Los ultraístas pretendían lograr una síntesis de todos los "ismos" (ultra: más allá) y su deseo era renovar. Jorge Luis Borges tomó contacto con este grupo y defendió sus ideas en la Argentina.
- **Creacionismo:** (Chile, con Vicente Huidobro y Francia, con Paul Reverdy, 1918). Sustentaban la idea de que el poeta no debe imitar a la naturaleza, sino que debe crearla.

EL TEATRO.

CARACTERÍSTICAS DEL TEATRO

La dramática constituye uno de los principales géneros literarios. Presenta, de manera directa, uno o varios conflictos a través de uno o varios personajes que desarrollan sobre la escena el argumento gracias, fundamentalmente, al diálogo. El teatro o dramática se presenta ante los posibles receptores de dos maneras: mediante la actuación de los actores sobre un escenario delante del público o a través de la lectura de la obra como si se tratase, por ejemplo, de una novela. De todos modos, las obras teatrales están concebidas para ser representadas, y cualquier lectura personal no es más que un ejercicio incompleto, ya que hemos de prescindir de elementos tales como la música, la iluminación, el movimiento de los actores...

- Características del género dramático:

Así, este género literario cuenta con las siguientes características básicas:

- Los autores dramáticos deben contar una historia en un lapso de tiempo bastante limitado, con lo que no se pueden permitir demoras innecesarias.
- El hilo argumental debe captar la atención del público durante toda la representación. El recurso fundamental para conseguirlo consiste en establecer, cada cierto tiempo, un momento culminante o *clímax* que vaya encaminando la historia hacia el desenlace.
- El teatro es una mezcla de recursos lingüísticos y espectaculares, o lo que es lo mismo, el texto literario se suma, como un elemento más, a los elementos escénicos pertinentes para conseguir un espectáculo completo.
- Aunque podamos leer una obra de teatro, los personajes que intervienen en ella han sido concebidos por el autor para ser encarnados por actores sobre un escenario.
- La acción se ve determinada por el diálogo y, a través de él, se establece el conflicto central de la obra.
- El autor queda oculto detrás del argumento y los personajes. Si leemos una obra teatral, observaremos que de vez en cuando aparecen indicaciones sobre cómo debe ser el escenario o cómo deben actuar los personajes. Estas instrucciones se denominan *acotaciones*. Por lo demás, los sentimientos del autor, sus ideas y opiniones se encuentran diluidos en la amalgama de personajes y ambientes que forman una obra de teatro.

A partir de estas características generales, los elementos que otorgan personalidad propia a este género son los siguientes:

Acción: Son todos los acontecimientos que suceden en escena durante la representación relacionados con la actuación y las situaciones que afectan a los personajes. Dicho de otro modo, la acción es el argumento que se desarrolla ante nuestros ojos cuando asistimos a una representación teatral. Este argumento suele estar dividido en actos o partes (también denominados *jornadas*). La antigua tragedia griega no se dividía en actos, sino en *episodios* (de dos a seis) separados entre sí por las intervenciones del coro. A partir del teatro romano se generalizó la división en cinco actos, hasta que Lope de Vega (1562-1635) redujo la acción a tres actos, división que llega hasta hoy. Si dentro de un acto se produce un cambio de espacio, entonces se ha producido un cambio de cuadro, con lo que dentro de un acto puede haber distintos cuadros según los espacios que aparezcan. Por otra parte, cada vez que un personaje sale de la escena, o bien



cuando se incorpora uno nuevo, se produce una nueva escena. Un acto constará de tantas escenas como entradas y salidas de personajes haya.

Personajes: Son quienes llevan a cabo la acción dramática a través del diálogo. Debido a las limitaciones espacio-temporales de una obra teatral, es difícil que podamos asistir a una caracterización psicológica profunda de todos los personajes, por lo que sólo son analizados con detenimiento los protagonistas. Los personajes se suelen valer de la mímica o los gestos como complemento al discurso. Estas expresiones fisonómicas o gestos suelen obedecer a las acotaciones del autor, aunque en algunas representaciones es el director de escenografía el que dicta los movimientos de los actores, en ocasiones, de manera distinta a las acotaciones. Con la eclosión del teatro durante el Siglo de Oro (XVI-XVII), aparecen una serie de personajes o tipos característicos que representan actitudes o comportamientos ideales, tales como el galán, la dama, el padre o hermano de la dama, el gracioso como contraste al galán, el criado/criticón o el soldado presumido y fanfarrón. A partir del Romanticismo no podemos hablar de tipos determinados, sino de personajes que evolucionan ante los ojos del espectador.

Tensión dramática: Es la reacción que se produce en el espectador ante los acontecimientos que están ocurriendo en la obra. Los autores buscan el interés del público mediante la inclusión de momentos culminantes al final de cada acto, lo cual contribuye a que se mantenga la atención hasta el desenlace. La tensión dramática pone en juego recursos como el avance rápido de la acción justo después de la presentación, de modo que se pone inmediatamente en marcha el conflicto; momentos que van retardando el desenlace, con lo que el interés aumenta, y el denominado anticlímax, cuando el conflicto que presenta la acción llega a un desenlace inesperado o no previsto.

Tiempo: No es fácil el tratamiento del tiempo en una obra dramática, ya que ésta se desarrolla ante los ojos del espectador y las posibilidades que ofrece una novela, por ejemplo, son prácticamente infinitas en comparación con una obra teatral. Hemos de tener en cuenta que, por un lado, está el tiempo de la representación, es decir, lo que dura la obra teatral (dos o tres horas, habitualmente). En ese tiempo se debe desarrollar una acción determinada, que puede durar lo mismo que la representación, o más, con lo que los personajes deberán hacer referencia al tiempo que transcurre (prolepsis), denominado tiempo aludido. Así, hemos de diferenciar entre tiempo de la representación, tiempo de la acción y tiempo aludido. Como hemos dicho arriba, las obras se suelen dividir en actos o jornadas. Normalmente, si se produce algún salto temporal, éste estará situado entre dos actos, y serán los personajes los encargados de informar, mediante sus palabras, del tiempo que ha transcurrido con respecto al acto anterior. Aristóteles, en el siglo IV a. C., estableció en su *Poética* unas sencillas técnicas que ayudaban a evitar los saltos espaciotemporales: se trata de la regla de las tres unidades, según la cual la acción de una obra dramática sólo se podrá desarrollar en un día (unidad de tiempo), en un único espacio (unidad de lugar) y con un solo hilo argumental, sin acciones secundarias (unidad de acción). Lope de Vega rompe con estas reglas tan estrictas y el teatro del Romanticismo (XIX), siguiendo las directrices de Lope en su *Arte nuevo de hacer comedias*, consagrará la ruptura definitiva con la *Poética* de Aristóteles.

Diálogo: Las conversaciones que los personajes mantienen entre sí hacen que la acción avance. Estas conversaciones se pueden producir entre dos o más personajes. En algún momento, un personaje, apartándose del resto o desviando su mirada, puede hacer un comentario en voz alta, destinado al público, que no es oído por el resto de personajes. Este recurso se denomina *aparte*. Mediante los *apartes* los personajes realizan reflexiones en voz alta, hacen comentarios malintencionados o declaran un pensamiento que puede ser de utilidad para el desarrollo de la acción. La finalidad de los *apartes* es la de informar al público. Por otra parte, uno de los recursos más característicos del teatro es el monólogo: discurso que un personaje, normalmente solo sobre el escenario, pronuncia para sí mismo a modo de pensamiento o reflexión, aunque en realidad el receptor último es el público. Suele tener un carácter lírico y reflexivo y una extensión considerable. El monólogo más famoso de nuestra literatura es el que pronuncia Segismundo en *La vida es sueño*, de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681). Hoy en día el término *monólogo* se ha puesto de moda gracias a las intervenciones que ciertos humoristas realizan sobre un escenario ante el público. Por último, en el teatro clásico grecolatino solía aparecer un coro que, en ciertos momentos de la representación, era tomado por la voz de la conciencia del personaje, el narrador o una comunidad de personas. Este personaje colectivo solía poner el punto final a cada uno de los episodios en los que estaban divididas las obras dramáticas.

Acotación: Se trata de aclaraciones que el autor de la obra teatral realiza sobre cómo debe ser el decorado, cómo se tienen que mover los personajes, qué gestos deben hacer... Son orientaciones que intentan clarificar la comprensión de la obra, por lo cual, aunque aparezcan ante nuestros ojos cuando leemos una obra dramática (normalmente entre paréntesis o con letra cursiva), no pueden ser pronunciadas durante una representación.

Elementos caracterizadores: Para que el argumento de una obra sea creíble, los directores teatrales suelen recurrir a recursos auxiliares que contribuyan al espectáculo: un vestuario acorde con la época en la que se sitúa la obra, música de fondo o de acompañamiento (con la misma finalidad que la banda sonora de una película), iluminación adecuada a cada momento y una escenografía adaptada a la obra en cuestión, que suele estar al cargo del director de escena. En el teatro medieval estos recursos eran casi inexistentes,



con lo que los espectadores debían utilizar más su imaginación para la contemplación de una obra teatral. Durante el Siglo de Oro, con la representación en corrales de comedias, los autores se debían valer de dos o tres puertas al fondo del escenario y un primer piso con ventanas y un balcón. Poco a poco el teatro se fue desarrollando y fue precisamente Calderón de la Barca quien más contribuyó al desarrollo de los efectos más o menos especiales y de la escenografía. Hoy en día la representación depende, en cuanto a su escenografía, del director de escena, que puede concebir un escenario minimalista, es decir, con los mínimos recursos, o bien una representación clásica, esto es, lo más realista posible.

El espectáculo: Ya en Egipto, en el año 3000 a. C., se representaba el nacimiento del monarca y su coronación, con claras implicaciones simbólico-religiosas. Grecia y su teatro fueron el detonante del gran desarrollo que posteriormente alcanzaría. Nació asociado al culto de Dionisos (Baco en la mitología latina) y tenía una finalidad laudatoria y formativa. Se trataba de una mezcla de danza, canto y recitación protagonizada por pocos personajes sobre la escena, acompañados por un coro. Los actores llevaban máscaras para amplificar la voz y *coturnos*, una especie de zapatos con grandes suelas para permitir que los espectadores más alejados pudieran asistir con comodidad a la representación.

- **Géneros dramáticos:** Dentro de este teatro, los tres géneros mayores eran:

- La tragedia: protagonizada por personajes de alta categoría social que se ven arrastrados por la fatalidad a graves conflictos entre sí, a través de un lenguaje esmerado y cuidado. La tragedia griega se caracteriza por el horror, la desgracia y la muerte. El protagonista suele ser el héroe, que actúa con el decoro suficiente de acuerdo a las normas establecidas. Suele representar un ideal de comportamiento humano. Contra este héroe se encuentra el antagonista, que puede ser un solo hombre o un conjunto de circunstancias contrarias a la voluntad del protagonista. El conflicto suele desembocar en la catástrofe, en la fatalidad. Las obras están regidas por las tres unidades (acción, lugar y tiempo). Los espectadores, ante la contemplación de una tragedia, se solidarizan y sufren con el protagonista, con lo que llegan a la catarsis (liberación).

- El drama satírico o tragicomedia: suele tratar un tema legendario, aunque con efectos cómicos protagonizados, fundamentalmente, por el coro. Los dioses no intervienen en la vida de los hombres y puede haber más de una acción al mismo tiempo. Se encuentra a medio camino entre la tragedia y la comedia: no se evitan las situaciones cómicas, pero tampoco el desenlace trágico.

- La comedia: se basa en la ridiculización y denuncia desenfadada de costumbres y problemas cotidianos. Los protagonistas suelen ser personas normales que sufren en escena, aunque siempre desde un punto de vista cómico. Se busca la risa, por lo que el desenlace es feliz, desenfadado y alegre, sin olvidar la ironía.

- **Subgéneros dramáticos:**

- Auto sacramental: obras de tema religioso que cuentan con un solo acto en verso. Los personajes son alegóricos (la Muerte, el Pobre, el Rico, la Hermosura, el Mundo...). Este género vive su apogeo durante el siglo XVII, gracias, sobre todo, a Calderón de la Barca. Se solían representar durante el día del Corpus.

- Sainete: pieza corta (uno o dos actos) de carácter cómico y costumbrista, que puede estar escrita en verso o prosa.

- Paso: obra breve con finalidad cómica concebida para ser representada en los entreactos de las obras mayores. Su creador fue Lope de Rueda (s. XIV).

- Entremés: breve pieza teatral que se representaba en los entreactos de las obras mayores. Tiene un carácter cómico y representa un ambiente popular. La acción y los personajes del entremés suelen ser más complejos que en el paso, de mayor simplicidad técnica. Uno de los mejores autores de entremeses es Miguel de Cervantes (1547-1616).

- Farsa: obra cómica, breve, y sin otra finalidad que la de hacer reír. Suele tener un marcado carácter satírico y se caracteriza por la exageración de las situaciones.

Teatro de vanguardia o teatro del siglo XX

El teatro del siglo XX sufrió una significativa transformación al romper violentamente con las convenciones del teatro tradicional (espacio, tiempo y personajes), que brindaba al espectador una ilusión de realidad basándose en la "naturalidad": los decorados reflejaban fielmente los ambientes y los actores y espectadores debían vivir como real lo que sucedía en el escenario. Estas convenciones fueron dejadas de lado de manera diferente según los distintos "ismos" de los movimientos de vanguardia que revolucionan la escena europea. Estos hacen hincapié en el carácter imaginario de la representación y, por consiguiente, en la necesidad de desprenderse de la reproducción verista de la realidad.

El teatro **simbolista**, cuyos representantes más destacados fueron Maeterlinck y Paul Claudel, creaba atmósferas poéticas y misteriosas e intentaba trascender la realidad. El **expresionista** la distorsionaba pues su finalidad era movilizar la sensibilidad del espectador con intención de protesta y acentuaba la teatralidad tanto de lo escenográfico como de la interpretación. Pirandello, uno de sus representantes, muestra una visión de la vida



Provincia de Tierra del Fuego.
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

como una burla trágica.

El **dadaísmo** y el **surrealismo** presentaban tanto en los textos como en los recursos escénicos lo insólito, lo ilógico, lo onírico y lo delirante. El francés Alfred Jarry fue para ellos un modelo y su obra *Ubú Rey* de 1896, ilógica, violenta y destructiva, provocó un gran escándalo en su estreno.

Otros representantes renovadores del teatro europeo de entreguerras fueron al alemán Bertold Brecht en cuyo teatro predomina lo racional, lo dialéctico y lo político en donde el espectador es invitado a la reflexión y a la crítica. Con él se inicia la línea del **teatro social y político** que llega hasta nuestros días. Con otra postura, el francés Antonin Artaud introdujo en el escenario **lo mágico y lo irracional**. Consideraba al teatro mucho más que literatura; el texto era sólo un elemento que se podía utilizar, modificar y combinar con otros tan importantes como las luces, los sonidos, la danza, etc. Afirmaba: "Queremos resucitar un espectáculo total, en que el teatro sabrá tomar del cine, del music-hall, del circo y de la misma vida lo que siempre le perteneció". Además se proponía acabar con la pasividad del espectador intentando sacudirlo y provocarlo obligándolo a participar para que de ese modo pudiera liberarse, purgarse, en el sentido de la catarsis griega.

Después de la segunda guerra mundial surge el **teatro del absurdo** que presenta al hombre perdido en un mundo alienante en el que se percibe la angustia frente al tiempo, la muerte, la nada y los personajes se debaten en la soledad, en la incomunicación y la sensación de vacío simbolizando lo absurdo de la existencia. El teatro del absurdo se caracteriza por tramas que parecen carecer de significado, diálogos repetitivos, con frases sin sentido, banal es, y falta de secuencia dramática que a menudo crean una atmósfera onírica. No se habla de la realidad sino que se la hace sentir a través de situaciones ilógicas y acciones incoherentes. Entre sus máximos representantes podemos citar al francés Eugene Ionesco y al irlandés Samuel Beckett.

Con el **teatro experimental** el vanguardismo llega a su máxima expresión. El espectáculo logra primacía sobre lo literario. El autor desaparece y su obra sólo es un punto de partida que el director teatral recrea libremente. Nacen las "creaciones colectivas" en las que el director y los actores parten de una idea e improvisan un texto que va variando en cada representación. Los elementos plásticos y sonoros como las luces, la expresión corporal, la danza, proyecciones de películas, las canciones, etc. y técnicas de otros espectáculos como el circo, el cine mudo, tienen tanta o más importancia que el texto. Surge una nueva relación con los espectadores quienes participan intercambiando opiniones con los actores o interviniendo en el desarrollo de la acción. Se rompe así la tradicional separación entre el escenario y la sala de teatro. Los actores se mezclan con los espectadores y el espacio teatral se traslada a lugares no convencionales como las fábricas o la calle. La renovación no se reduce sólo a lo técnico; algunos se enrolan en la línea de Bertold Brecht y promueven el debate político y social; otros siguen a Artaud y presentan un espectáculo centrado en lo ritual, ceremonial o lúdico intentando lograr la liberación individual o colectiva. Dentro de esta línea, el polaco Grotowsky es uno de los más destacados. En los Estados Unidos el teatro "underground" intenta transformar totalmente al hombre y a la cultura.



Antígona. Bertolt Brecht

Personajes

Dos hermanas

Un soldado de la SS.

Antígona

Ismena

Creonte

Hemón

Tiresias

Guardias

Los ancianos de Tebas

Mensajeros

Doncellas, criadas.

PRÓLOGO.

Amanece. Dos hermanas salen del refugio antiaéreo y entran en su casa.

HERMANA PRIMERA: Cuando subimos del refugio nuestro barrio ardía en el claroscuro del alba y las llamas iluminaban nuestra casa, que se conservaba intacta. Algo llamó la atención de mi hermana.

HERMANA SEGUNDA: ¿Quién abrió nuestra puerta?

HERMANA PRIMERA: Sin duda el estrépito de las bombas.

HERMANA SEGUNDA: ¿De dónde vienen esos rastros de pasos en el polvo?

HERMANA PRIMERA: De alguien que se guareció en el refugio.

HERMANA SEGUNDA: ¿Y esa bolsa, en el rincón?

HERMANA PRIMERA: ¿Hay algo ahí que no había antes? Siempre es mejor que advertir que una cosa que estaba ya no está.

HERMANA SEGUNDA: ¡Pan y un trozo de jamón!

HERMANA PRIMERA: Lo que contiene esa bolsa es totalmente inofensivo,

HERMANA SEGUNDA: Hermana, ¿quién estuvo aquí?

HERMANA PRIMERA: ¿Cómo quieras que lo sepa? Alguien que quiso ofrecernos un buen desayuno. HERMANA SEGUNDA: ¡Ya sé! ¡Oh, qué alegría! Hermana, nuestro hermano ha

regresado.

HERMANA PRIMERA: Nos abrazamos, llenas de gozo; nuestro hermano estaba en la guerra, pero la suerte lo acompañaba. Cortamos el pan y el jamón y nos pusimos a comer.

HERMANA SEGUNDA: Sírvete más: tu trabajo en la fábrica es duro.

HERMANA PRIMERA: No tanto como el tuyo.

HERMANA SEGUNDA: ¿Cómo habrá venido?

HERMANA PRIMERA: Con su unidad.

HERMANA SEGUNDA: "Dónde estaré en este momento?

HERMANA PRIMERA: Donde se está combatiendo.

HERMANA SEGUNDA: ¡Oh!

HERMANA PRIMERA: No es cierto: no están combatiendo. No oímos nada.

HERMANA SEGUNDA: No debí preguntar.

HERMANA PRIMERA: No quise afligirte. Nos quedamos calladas; luego, del Otro lado de la puerta, alguien lanzó un grito espantoso, que nos paralizó.

Grito desgarrador afuera.

HERMANA SEGUNDA: Hermana, han gritado. Vamos a ver,

HERMANA PRIMERA: ¡Quédate sentada! Quien quiere ver, es visto... No tratamos de ver qué había sucedido ante nuestra puerta. Tampoco seguimos comiendo. Sin miramos, nos levantamos para ir al trabajo, como todas las mañanas. Mi hermana preparó la merienda, yo llevé la bolsa de nuestro hermano al armario en el que guardamos sus cosas. Creí que se me paralizaba el corazón: de la perchita colgaba su uniforme. ¡Hermana, ya no está con los que combaten! Se escapó, ya no está en la guerra.

HERMANA SEGUNDA: Otros visten aún el uniforme, él no.

HERMANA PRIMERA: lo habían enviado a la muerte.

HERMANA SEGUNDA: Pero él no quería morir.

HERMANA PRIMERA: Vio un pequeño agujero y pensó: esta es la ocasión.

HERMANA SEGUNDA: Y por el agujero se escapó. Que me atrapen si pueden, pensó.

HERMANA PRIMERA: Otros visten aún ese uniforme, pero él no.

HERMANA SEGUNDA: Él ya no está en la guerra.

HERMANA PRIMERA: Y nos echamos a reír, estábamos felices: nuestro hermano ya no combatía la suerte lo acompañaba. Después alguien lanzó un grito terrible.

Grito desgarrador afuera.

HERMANA SEGUNDA: Hermana, ¿quién grita ante nuestra puerta?

HERMANA PRIMERA: Otra vez están torturando.



HERMANA SEGUNDA: Hermana, deberíamos Ir a ver.

HERMANA PRIMERA: ¡Quédate aquí! y no fuimos a ver qué había ocurrido. Esperamos un momento y llegó la hora de ir al trabajo. Abrí la puerta y vi. ¡Hermana, hermana, no salgas! Nuestro hermano está ahí, afuera. ¡Ah, cómo nos engañamos! [Está ahí] colgado de un clavo en la pared! Mi hermana salió y lanzó un grito.

HERMANA SEGUNDA: ¡Lo colgaron! Él fue quien gritó pidiendo ayuda. Un cuchillo, dame un cuchillo para cortar la cuerda. Voy a descolgarlo, voy a llevado adentro para calentado, para devolverle la vida.

HERMANA PRIMERA: Dame ese cuchillo. Tus esfuerzos serán vanos, nuestro hermano no puede revivir. Si nos ven junto a él correremos la misma suerte.

HERMANA SEGUNDA: Déjame. Cuando lo colgaron, no di un paso.

HERMANA PRIMERA: Fue a abrir la puerta, en el umbral había un SS.

Entra un soldado de la SS

EL SS.: Ya le arreglé las cuentas. Y ustedes, ¿quiénes son? Lo atrapé frente a esta puerta, Salía de aquí. Lógicamente, tengo que deducir que ustedes conocen a ese individuo, ese cobarde que traidorón a su país.

HERMANA PRIMERA: No conocemos a ese hombre.

EL SS.: Y' ésa, ¿qué quiere hacer con su cuchillo?

HERMANA PRIMERA: Miré a mi hermana. Para liberar a su hermano y devolverle la vida, ¿iría a buscar la muerte? Él tenía un solo deseo: vivir.

FRENTE AL PALACIO DE CREONTE

Amanece.

ANTÍGONA (*junta polvo en un cántaro de hierro*): Hermana, Ismena brote gemelo surgido de la prosapia de Edipo, ¿conoces algún infierno, algún dolor o tormento que el dios de la Tierra no nos haya impuesto? Una larga guerra nos arrebató, junto con muchos otros, a nuestro hermano Etéocles. Joven murió, por seguir al tirano. Polínice, más joven aún, viendo al hermano destrozado por los cascotes de las cabalgaduras, gime de dolor y huye de la batalla cruel. Porque el dios de los combates no a todos favorece por igual. El fugitivo, en su precipitada huida, cruza los arroyos de Dirceo. Con alivio ve a Tebas, la de las siete puertas, cuando Creonte, que desde atrás vigila la batalla, alcanza al guerrero lo ve cubierto de fraterna sangre y lo mata. ¿Sabes qué otro dolor viene ahora a abrumar a esta estirpe de Edipo casi extinta?

ISMENA: Antígona, no he salido a la plaza. Ninguna noticia de los seres queridos, placentera

o dolorosa, ha llegado hasta mí. Nada sé que me haga más feliz ni más desdichada.

ANTÍGONA: Óyelo entonces de mis labios. Yo veré si, en la desgracia, tu corazón deja de latir, o si palpita con más fuerza.

ISMENA: Tú, que juntas ese polvo, ¿qué pensamientos pasan por tu mente?

ANTÍGONA: Óyeme bien: Nuestros hermanos, llevados a la guerra de Creonte contra la lejana Argos, esa guerra en busca del metal de sus minas, muertos uno y otro, no reposarán juntos bajo la tierra. Porque el que no huyó de la batalla, Etéocles, dicen que será coronado y sepultado según la tradición. El Cuerpo de Polinice, en cambio, que murió de una muerte miserable, han dicho en la ciudad que no recibirá sepultura. Se ha ordenado no verter lágrimas por él, ni enterrarlo, para que sea pasto de las aves rapaces. Y aquel que osare infringir las órdenes, será lapidado. Ahora dime ¿qué piensas hacer tú?

ISMENA: ¿Quieres ponerme a prueba? ¿Qué pretendes de mí?

ANTÍGONA: Que me ayudes.

ISMENA: ¿En qué empresa temeraria?

ANTÍGONA: A enterrar su cuerpo.

ISMENA: ¿A él, de quien la ciudad reniega?

ANTÍGONA: ¡A él, a quien la ciudad ha traicionado!

ISMENA: ¡A él, que osó rebelarse!

ANTÍGONA: Sí, mi hermano, y también hermano tuyo.

ISMENA: Hermana, te prenderán y nada podrás alegar en tu defensa.

ANTÍGONA: Nada, salvo mi fidelidad.

ISMENA: Infeliz, ¿tratas acaso de reunirnos bajo tierra a todos los de la estirpe de Edipo? ¡Olvida el pasado!

ANTÍGONA: Eres joven y has visto aún poca crueldad. Ese pasado, que tú quieras que olvide, jamás permitirá que sea olvidado.'

ISMENA: Ten en cuenta que somos mujeres: no podemos luchar contra los hombres. Nuestras débiles fuerzas nos obligan a obedecer, para no sufrir. Sólo me queda pedir a los muertos, a quienes sólo la tierra opriñe, que me perdonen; ya que por la fuerza me someten, sigo al que manda. Porque realizar actos inútiles es signo de escaso saber.

ANTÍGONA: No insistiré. Sigue al que manda y haz lo que ordena. Yo, en cambio, seguiré lo que exige la costumbre, y daré sepultura a mi hermano. Si muero en la empresa, ¿qué me importa? Sosegada estaré al lado de los que reposan en paz. Pero habré cumplido un sagrado menester. Mil veces prefiero complacer a los que están abajo que a los de arriba. Pues es abajo donde moraré para siempre. Tú, vive, soportando tu vergüenza.



ISMENA: Antígona, amarga experiencia es sufrir una vergüenza atroz. Mas la sal de las lágrimas no es infinita, y tampoco ellas surcarán eternamente las mejillas. El filo del arma puede dar felicidad al que muere, pero el que queda sufrirá y no tendrá sosiego en la desgracia; clama, y no puede dejar de gemir. Sin embargo, por encima de su llanto, oirá el canto de los pájaros, y a través de las lágrimas que manan de sus ojos, volverá a ver los viejos olmos y los techos familiares que forman su patria.

ANTÍGONA: Te odio. ¿Te atreves a mostrarme, desvergonzada, los restos de un pesar ya superado? En la pradera desnuda aún yace carne de tu carne, expuesta y las aves de rapiña. Pero para ti, eso ya es el pasado!

ISMENA: Simplemente, no tengo valor para rebelarme, es algo superior a mis fuerzas. ¡Ay! ¡Cuánto miedo siento por ti!

ANTÍGONA: No necesito que te aflijas por mí! Arrastra tu miserable vida, pero deja al menos que yo haga lo necesario para honrar a aquel de los míos que ha sido deshonrado. No tengo miedo, y espero que sabré morir aunque la que me espera sea una muerte terrible.

ISMENA: Vé, lleva tu polvo. Tus palabras son insensatas, pero están impregnadas de cariño por los seres que te son queridos.

Sale Antígona con el jarro. Ismena entra en el palacio, Entran los ancianos de Tebas.

Los ANCIANOS: Rica en botín, la victoria ha llegado. Asegurado está el poder de Tebas. Concluida la guerra infiusta, iolvidad el pasado! ¡Cantad coros en todos los templos y entonad los himnos de la victoria hasta que apunte el díal! ¡Venid! ¡Que Tebas, radiante en su gloria, entre en la ronda báquica! Pero he aquí que aquel que nos ha dado la victoria, Creonte, hijo de Meneceo, viene apresuradamente. Nos ha convocado a nosotros, los Ancianos, para anunciar, sin duda, el retorno de los guerreros.

Creonte sale del palacio.

CREONTE: Ciudadanos, haced saber a todos que Argos ya no existe. La cuenta está saldada. De once ciudades, las que quedan en pie son las menos. Se dice de Tebas: ¡Tu suerte iguala a la de la madre que da mellizos a luz! La desgracia no te sojuzga, por el contrario, ella misma sucumbe ante tu entereza. ¡La sed de tu espada se sació al primer intento, mas no por ello dejó de beber! Tebas, tú has tendido en duro lecho al pueblo de Argos. Sin ciudad y sin tumbas yacen en los campos aquellos que te ofendieron, y tú observas el sitio que albergó sus ciudades. Sólo ves a los perros cuyos ojos brillan satisfechos. Allí se reúnen los nobles buitres. Van de cadáver en cadáver, y tan opíparo es el festín que ya no podrán levantar vuelo.

Los ANCIANOS: ¡Señor! El prodigioso cuadro que nos pintas gustará a la ciudad si viene acompañado de algo más: los carros de guerra, recorriendo las calles, trayendo a nuestros

hijos. **CREONTE:** ¡Pronto será, amigos, pronto! Pero pensemos primero en nuestros asuntos. No vengo todavía a colgar la espada en el templo. Os he hecho llamar, a vosotros y a nadie más, por dos razones. Primero, porque sé que VOSOTROS, que no escatimáis al dios de la guerra las ruedas que su carro necesita para aplastar al enemigo, vosotros, que no reclamaréis la sangre que vuestros hijos han vertido en el campo de batalla, cuando llegue la hora de hacer las cuentas, me diréis que las bajas de Tebas no superan las que sufrió otras veces. Sé también que Tebas, salvada nuevamente, correrá, generosa como siempre, a recibir al guerrero y enjugar el sudor de su frente, sin tener en cuenta si es el sudor de la batalla, o el frío sudor del miedo, mezclado con el polvo de la huida. Por lo tanto, y estoy seguro que me aprobaréis, he dado a los restos de Etéocles, muerto por la patria, una tumba cubierta de coronas. Ordené en cambio que el cobarde Polinice que, siendo de mi sangre y de la sangre de Eréocles, fue amigo del pueblo de Argos, yazga sin sepultura, como yace ese pueblo. Como él, fue un enemigo, el mío y el de Tebas, Por ello quiero que nadie llore su suerte, y que no tenga tumba, que ninguno se apiade de su cuerpo y que sea devorado por las aves y los perros. Porque aquel que más que a la patria ama su vida, sólo merece mi desprecio. Pero el hombre que ama a su ciudad, esté vivo o muerto, gozará de mi estima. Espero que aprobaréis mis decisiones.

Los ANCIANOS: Las aprobamos.

CREONTE: Cuidad que mis órdenes se cumplan.

Los ANCIANOS: ¡Confiad esa misión a otros más jóvenes!

CREONTE: No es eso lo que os pido. Ya hay guardias apostados junto al cadáver.

Los ANCIANOS: ¿Acaso quieres que montemos guardia junto a los vivos?

CREONTE: Hay quienes no están de acuerdo con mis órdenes.

Los ANCIANOS: Nadie hay aquí tan necro que quiera morir.

CREONTE: Abiertamente no, por cierto. Pero muchos menean tanto la cabeza que terminará por caérseles. Ahora es necesario, más que nunca, limpiar la ciudad...

Entra un guardia.

GUARDIA: Señor, vengo sin aliento para darte una noticia urgente. No pregunes por qué no llegué antes. No sé si mi pie iba demasiado rápido para mi cabeza o si mi cabeza retenía al pie. ¿Adónde vas?, me preguntaba deteniéndome, ¿Tendrás aún que caminar mucho tiempo bajo el sol sin tomar aliento? Con todo, seguía avanzando.

CREONTE: ¿Por qué te cuesta tanto hablar? ¿Estás sofocado O vacilas?

GUARDIA: Nada oculto. Me pregunto por qué no he de decir lo que no he hecho, y que, por añadidura, desconozco, pues en verdad no sé quién fue el autor. Sería injusto juzgar



severamente a quien ignora algo hasta tal punto.

CREONTE: ¡Cuántas precauciones tomas! Eres emisario de tu propio delito, mas diríase, al oírte, que has realizado una proeza digna de una corona de laureles.

GUARDIA: ¡Señor! Has encomendado a tu guardia una gran misión, pero las grandes misiones son una pesada carga.

CREONTE: Habla entonces, y sigue tu camino.

GUARDIA: Hablaré. Alguien sepultó al muerto. Alguien que luego escapó, cubrió su cuerpo con fino polvo, para que los buitres no pudieran divisarlo.

CREONTE: ¿Qué dices? ¿Quién ha osado?

GUARDIA: Lo ignoro. No había indicios de que se hubiera utilizado la pala o el pico. El suelo estaba liso, ningún carro había pasado por allí. Nada que permitiera señalar al culpable. No había una tumba, sólo una leve capa de polvo, como si, por miedo a tus órdenes, hubiese sido desparramado furtivamente. Tampoco había huellas de fieras ni de perros que hubiesen arrastrado el cadáver para despedazarlo. Cuando despuntó el día y descubrimos lo que había ocurrido, comenzamos a disputar terriblemente. Y fue a mí a quien la suerte designó para esta infiusta misión. Yo sé que a nadie place ser el portador de malas noticias.

Los ANCIANOS: Creonte, hijo de Meneceo, éy si hubiese sido obra de los dioses?

CREONTE: No aumentéis mi ira diciendo que los dioses favorecen a ese cobarde que, fríamente, permitió que fueran profanados sus templos y quemadas las ofrendas. No, hay quienes en esta ciudad no están conformes contigo. Murmuran, y se niegan a inclinar la cerviz bajo el yugo. Son ellos, bien lo sé, quienes por medio de sobornos corrompieron a los centinelas. Porque de todas las instituciones ninguna es tan nefasta como el oro. Ciudades enteras sucumben ante su brillo. Los hombres abandonan sus hogares y son capaces de cualquier perfidia. Oyeme bien, si no me traes al culpable, al autor terrenal, vivo y atado a una tabla, confeso de su delito, te colgaré, y, con la soga al cuello, entraráς en la morada de los muertos. Así conoceréis de dónde es Icíro sacar provecho y aprenderéis que no todo puede ser fuente de ganancias.

GUARDIA: Señor, es cierto que los hombres como yo tienen mucho que temer. Demasiados caminos pueden conducidos a la muerte. No me siento temeroso a causa del dinero. No digo que he recibido oro, no lo digo, pero si tú lo crees, prefiero dar vuelta dos veces mi bolsa, para que compruebes si hay algo en ella. Será mejor que contradecirte, porque podría despertar tu ira. Lo que temo es que, buscando al culpable, me encuentre con una cuerda en torno de mi cuello. Porque las manos encumbradas suelen tener para nosotros más cuerdas que dinero. Estoy seguro de que lo comprenderás.

CREONTE: ¿Te propones hablarme con enigmas?

GUARDIA: El muerto pertenecía a las altas esferas y ha de tener amigos en las altas esferas.

CREONTE: Pues atrápalo por el talón, si no puedes alcanzarlos más arriba. Ya sé que hay descontentos aquí como allí. Más de uno se mostrará lleno de alegría por mi victoria. Temeroso, se apresurará a cenirse los laureles, pero yo sabré reconocerlo.

Entra en el palacio.

GUARDIA: ¡Qué lugar malsano, aquel en que los poderosos luchan contra los poderosos! Yo aún estoy vivo y me asombro.

Sale.

Los ANCIANOS: Hay multitud de cosas prodigiosas, pero, de todas, la más prodigiosa es el hombre. Porque él, en aladas naves surca el mar, cuando en invierno furioso brama el huracán, la sagrada, la inagotable tierra, él la fatiga año tras año con el arado, ayudado por las yuntas de bueyes. Acecha y vence a la aligerá especie de las aves y a las bestias feroces. y a los seres que habitan en la profundidad salada de! Ponto los domina sabiamente, él, el hombre industrioso. Con artimañas caza la presa que duerme y vaga en las colinas. Pone lasbridas al noble corcel de espesas crines, unce al yugo el indómito toro, habitante de la llanura. Ha aprendido el discurso certero y el etéreo vuelo del pensamiento. Erige un orden y lo impone en las ciudades. Sabe defenderse contra la furia de los elementos desencadenados. Conocedor de todas las cosas, experto en pocas, a nada llega. Siempre sabe qué hacer, jamás se desorienta. Todo es posible para él, pero tiene fijado un límite. Porque quien quiere traspasarlo, se convierte en enemigo de sí mismo. Así como doblega al toro, doblega a sus semejantes, y les obliga a inclinar la cerviz, mas ellos le arrancan las entrañas. Cuando se eleva, lo logra pisoteando implacablemente a los demás. Solo, es incapaz de saciar su hambre, y, sin embargo, altos muros levanta en torno de su casa. ¡Que esos muros sean destruidos! ¡Que se abran los techos para que entre la lluvia! El hombre no tiene en cuenta lo que es realmente humano, y así, se convierte para sí mismo en un monstruo prodigioso. ¿Querrán los dioses ponerme a prueba? No puedo negar que es ella, pues la reconozco. Antígona, hija desdichada del desdichado Edipo, ¿qué ocurre? ¿Por qué te traen? ¿Has infringido acaso las leyes del Estado?

Entra el guardia trayendo a Antígona.

GUARDIA: Es ella. Ella lo hizo. La apresamos cuando sepultaba el cadáver. Pero ¿dónde está Creonte?

Los ANCIANOS: Precisamente, ahí sale de la casa.

Creonte sale del palacio.

CREONTE: ¿Por qué traes a ésta? ¿Dónde la has apresado?



GUARDIA: Fue ella quien lo enterró. Ahora lo sabes todo.

CREONTE: Tus palabras son claras, pero ¿la viste tú mismo?

GUARDIA: Sí, echaba tierra sobre el cadáver, desafiando tus órdenes. Cuando se tiene suerte, es fácil hablar con claridad.

CREONTE: Infórmame sobre los hechos.

GUARDIA: Las cosas ocurrieron así. Cuando me alejé de tu vista, tras haber recibido rus terribles amenazas, quitamos el polvo del cadáver. Los despojos ya estaban en descomposición y despedían un fuerte hedor. Fuimos a sentarnos en una colina cercana para respirar aire puro. Decidimos que aquel que se durmiera recibiría unos codazos en las costillas. De repente, sentimos como si los ojos se nos salieran de las órbitas. Un viento cálido levantó del suelo un torbellino de polvo; llenó la llanura, ocultó el valle, arrancó el follaje de los árboles y oscureció el cielo. Nos frotamos los ojos y la vimos. Gemía con voz entrecortada, como el ave que vuelve al nido y lo encuentra vacío, sin su cría. Sollozando, vio el cuerpo descubierto y volvió a cubrirlo con polvo, que tres veces derramó con su jarra de hierro. Nos precipitamos sobre ella, la sujetamos, pero no dio muestras de temor. La acusamos de lo que acababa de hacer y de lo que había hecho anteriormente. Nada negó. Estaba ante mí, amable y triste al mismo tiempo.

CREONTE: ¿Reconoces haberlo hecho o lo niegas?

ANTÍGONA: No lo niego. Reconozco que lo hice.

CREONTE: Contéstame sin rodeos: ¿sabías lo que se había promulgado en toda la ciudad respecto de este muerto?

ANTÍGONA: -Lo sabía. ¿Cómo ignorado? Tus órdenes eran claras y precisas.

CREONTE: ¿Osaste infringir mis leyes?

ANTÍGONA: Porque eran leyes tuyas, las leyes de un mortal. Un mortal puede infringirlas y yo, como tú, soy mortal, sólo un poco más que tú. Si muero antes de tiempo, creo incluso que saldré ganando. Para quien como yo soporta tantos males, la muerte es una ventaja. Mas si dejase sin sepultura al hijo de mi madre mi pesar no tendría límites. Morir, en cambio, no me causa pena ni temor los dioses no quieren ver sin tumba al que yace sin vida. Si tú crees que soy una insensata porque temo su ira y no la ruya, es que, quizás, has perdido la razón.

Los ANCIANOS: Áspero renace en la hija el áspero carácter del padre. No ha aprendido a someterse a la desdicha.

CREONTE: El hierro más duro pierde su tenacidad cuando es expuesto al calor de la fragua. Es un hecho que puede verse a diario. Ella, sin embargo, se complace en violar las leyes establecidas. Más no es ésta su única osadía. Desoída la ley, se muestra satisfecha, ríe y se jacta de haberlo hecho. ¡Cuánto detesto a quien, sorprendido en un acto ilícito, lo presenta

como un hecho admirable! Sin embargo, a la que me ha ofendido y es de mi sangre, no quiero condenarla así, siendo yo de su sangre. Responde a mi pregunta: lo que hiciste a escondidas, ahora ha sido descubierto. ¿Aceptarías decir -evitándote un severo castigo- que lo lamentas?

Antígona calla.

CREONTE: ¿Por qué eres tan obstinada?

ANTÍGONA: Porque creo en la eficacia del ejemplo.

CREONTE: ¿El ejemplo? Estás en mis manos.

ANTÍGONA: ¿Qué más puedes hacerme que enviarme a la muerte?

CREONTE: Nada más, tu muerte me basta.

ANTÍGONA: ¿Qué esperas entonces? De tus palabras ninguna me agrada ni me agradará jamás. Nunca seré como tú lo deseas. Otros me están agradecidos por lo que he hecho.

CREONTE: ¿Crees que hay otros que ven las cosas como tú?

ANTÍGONA: También Otros tienen ojos y están atónitos.

CREONTE: ¿No tienes vergüenza de arribuirles esa opinión?

ANTÍGONA: ¿No corresponde acaso honrar a los de su propia sangre?

CREONTE: También es de tu sangre aquel que murió por la patria.

ANTÍGONA: Sí, de la misma sangre. Vástago de la misma estirpe.

CREONTE: Para ti, el que prefirió salvar su vida vale tanto como el otro?

ANTÍGONA: No era tu esclavo y sigue siendo mi hermano.

CREONTE: No hay duda, puesto que a tus ojos ser sacrílego o no es la misma cosa.

ANTÍGONA: No es lo mismo morir por tí que morir por la patria.

CREONTE: ¿No estamos en guerra acaso?

ANTÍGONA: ¡Sí, tu guerra!

CREONTE: Por nuestra patria.

ANTÍGONA: Por la conquista de una tierra extranjera. No te bastaba reinar sobre mis hermanos en tu propia patria, en esta hermosa Tebas. No te bastaba gobernar en paz. Tuviste que llevados a la lejana Argos para dominar también allí, también sobre ellos. A uno 10 convertiste en verdugo de la pacífica Argos. Al otro le invadió el terror y ahora lo exhibes, pobre cuerpo despedazado, para aterrorizar a los nuestros.

CREONTE: A nadie que estime su propia vida le aconsejo que haga tuyas estas palabras.

ANTÍGONA: y yo os suplico que me ayudéis en mi aflicción: ayudándome a mí os ayudaréis a vosotros mismos. Porque el hombre sediento de poder nunca podrá apagar su sed y deberá beber cada vez más. Ayer fue mi hermano. Hoy soy yo.

CREONTE: ¿Quién te ayudará?... Estoy esperando.



Los ancianos callan.

ANTÍGONA: Calláis, entonces aceptáis. Nadie lo olvidará.

CREONTE: Ya véis que lo que quiere es dividirnos en nuestra propia casa.

ANTÍGONA: Reclamas la unión, pero vives de la discordia.

CREONTE: ¿Conque aquí vivo de la discordia y también sin duda en los campos de Argos?

ANTÍGONA: Sin duda. Cuando se emplea la violencia contra otros pueblos, también se recurre a ella contra el propio.

CREONTE: Creo que con tu bondad no vacilarías en ofrecerme a los buitres. ¿No importaría entonces que Tebas, desunida, cayera en manos de un poder extranjero?

ANTÍGONA: Los que gobiernan siempre agitan la misma amenaza: que la ciudad, desunida, caerá en manos del extranjero. Nosotros inclinamos la cerviz y les ofrecemos víctimas. Es entonces cuando la ciudad, debilitada, cae en manos extranjeras y se convierte en rico botín.

CREONTE: ¿Te atreves a decir que yo entrego la ciudad al extranjero?

ANTÍGONA: Ella misma se arroja en sus garras, al inclinar la cerviz ante ti. Porque el hombre que inclina la cerviz no ve el peligro que se cierne sobre él. ¡Sólo ve la tierra y ella, ay, lo recibirá!

CREONTE: ¡Injuria a la patria, desventurada, injuria a la tierra!

ANTÍGONA: Te equivocas. Fatiga y dolor, eso es la tierra. Ni ella ni la casa constituyen la patria. La patria no es el lugar donde se vierte el sudor, ni la Gasa que se desmorona envuelta en llamas, ni el sitio donde el hombre inclina la cerviz. No. Eso no es lo que el hombre llama patria.

CREONTE: y a ti la patria ya no te llama su hija, ya no te reconoce. Te arroja de su seno; como a una cosa inmunda, que contamina todo, que todo lo envilece.

ANTÍGONA: ¿Quién es el que me arroja? Desde que tú gobiernas, el número de hombres que habita en la ciudad ha disminuido, y seguirá disminuyendo. ¿Por qué vienes solo? Cuando partiste, erais muchos.

CREONTE: ¿Qué pretendes insinuar?

ANTÍGONA: ¿Dónde están los mancebos y los hombres? ¿Nunca más volverán?

CREONTE: ¡Escuchad cómo miente! Todos saben que están en el campo de batalla, para destruir los últimos restos del enemigo. Por eso demoran su regreso.

ANTÍGONA: Sí, para cometer todos los crímenes. Para sembrar el terror y para que sus padres no los reconozcan cuando, finalmente, sean derribados como animales feroces.

CREONTE: ¡Ahora blasfema y ultraja a los muertos!

ANTÍGONA: Hombre estúpido, es inútil tratar de convencerte,

Los ANCIANOS: Oh, desgracia, el dolor la hace delirar. No tengas en cuenta sus palabras.

CREONTE: ¿Acaso he callado alguna vez el precio de la victoria?

Los ANCIANOS: ¡Pero tú, insensata, no olvides en tu dolor la gloriosa victoria de Tebas!

CREONTE: ¡Ella no desea que el pueblo de Tebas ocupe los palacios de Argos! Preferiría ver a Tebas en ruinas.

ANTÍGONA: Sería mejor para nosotros estar en medio de las ruinas de nuestra ciudad, sería más seguro que ocupar contigo las casas del enemigo.

CREONTE: Por fin lo ha dicho, y vosotros lo habéis oído. No respeta ley alguna, como el huésped que, a punto de partir y sabiendo que nadie quiere volver a vedo, destruye con saña el lecho hospitalario.

ANTÍGONA: Sólo tomé lo que es mío, y tuve que ocultarme para hacerlo,

CREONTE: Sólo ves lo que te concierne, pero el orden divino del Estado, eso no lo ves.

ANTÍGONA: Tal vez sea divino, pero preferiría que fuera humano, Creonre, hijo de Meneceo.

CREONTE: ¡Vete ya! Te has convertido en nuestra enemiga y también serás la enemiga de los que moran abajo, como ese cobarde que fue despedazado es el enemigo de ellos.

ANTÍGONA: ¡Quién sabe! Tal vez allí rijan otras leyes.

CREONTE: Aun muerto, el enemigo jamás será un amigo.

ANTÍGONA: Es verdad. Pero yo no nací para odiar, sino para amar.

CREONTE: Vé entonces a amar a los que están bajo la tierra. La gente de tu especie nada tiene que hacer aquí. .

Entra Ismena.

Los ANCIANOS: Aquí viene Ismena, la hermosa Ismena, amante de la paz. El llanto enrojece su rostro acogojado.

CREONTE: Ah, tú, que sigilosa te deslizas por la casa como una víbora. He criado a dos monstruos, dos víboras gemelas. Acércate y respóndeme: ¿participaste en el entierro? ¿O eres inocente?

ISMENA: Si mi hermana consiente, sí, soy culpable. Participé en el hecho y acepto el castigo.

ANTÍGONA: No lo consiento. Ella no quiso ayudarme. Yo no la llevé conmigo.

CREONTE: ¡Decididlo entre vosotras! No voy a detenerme en nimiedades.

ISMENA: No me avergüenza la desdicha de mi hermana y le pido que acepte compartirla conmigo. ANTÍGONA: Por los que moran en las profundidades subterráneas y son testigos de nuestras acciones: no quiero a la que sólo ama de palabra. No siempre el corazón está dispuesto a rebelarse, pero tal vez lo esté para morir. No intentes, en una muerte común, compartir mi suerte. Mi muerte bastará.



ISMENA: Muy severa es mi hermana, pero te amo. Faltando tú, ¿a quién podría amar en la tierra? ANTÍGONA: Ama a Creonre. Yo os abandono.

ISMENA: ¿Te complaces acaso en hacerme sufrir?

ANTÍGONA: Quizás yo también sufro, quizás quiero reservar para mí todo el dolor.

ISMENA: Lo que te propuse sigue en pie.

ANTÍGONA: Está bien. Pero ya tomé mi decisión.

ISMENA: Falté a la lealtad que te debía. Ahora, ya nada soy para ti, ¿verdad?

ANTÍGONA: No desesperes. Tú vives. Mi alma, en cambio, está muerta. Lo único que anhelo es servir a los muertos.

CREONTE: Os digo que estas mujeres están locas, una desde hace un raro, la otra desde siempre.

ISMENA: No puedo vivir sin ella.

CREONTE: No se hable más de ella. Ya no existe.

ISMENA: La que vas a matar es la prometida de tu hijo.

CREONTE: Hay otros campos donde se puede arar. Prepárate a morir. Pero quiero que sepas cuándo será: icuando Tebas, embriagada de gozo, se disponga a celebrar, con danzas báquicas, la victoria! Llévate a estas mujeres.

El guardia sale con las mujeres y entra en la casa. Creonte ordena a su guardaespaldas entregar la espada.

UN ANCIANO (*recibiendo la espada*): Tú que te aprestas a celebrar la victoria, no pisotees demasiado el suelo, no lo pisotees allí donde florece: Oh, poderoso, aquel que te ha irritado, haz que te alabe.

OTRO ANCIANO (*entrega a Creonte la máscara de Baco*): No lo precipites tan bajo que termines perdiéndolo de vista. Porque cuando ha llegado al fondo, el que no tiene nada, nada teme. liberado de toda vergüenza, aterrorizado y terrible, el que fue abandonado y rechazado se yergue. Libre ya de sus ataduras, recuerda su antigua vida y se rebela.

Los ANCIANOS: Muchas veces, una pequeña causa basta para colmar la medida. El sueño de los hombres agotados y sin edad no dura siempre. El tiempo de la miseria ciega tiene un fin. Lentas y fugaces, las lunas suceden a las lunas y la desdicha aumenta sin cesar y se extingue la última luz que alumbraba a la última raíz de la estirpe de Edipo. Los grandes edificios, cuando se derrumban, arrastran en su caída a todo lo que les rodea. Así, cuando los furiosos vientos de Tracia encrespan las aguas tenebrosas y saladas del mar Póntico y atacan a una simple cabaña, se agitan los abismos submarinos, se levantan las arenas que el viento dispersa, y toda la costa, bajo el embate de las olas, gime y se lamenta. Aquí llega Hemón, el más joven de tus

hijos. Su rostro sombrío denota el pesar de perder a la joven Antígona y de ver frustrada su boda.

Entra Hemón.

CREONTE: Hijo, según dicen algunos, vienes ante mí por amor a esa muchacha, y no es al soberano a quien quieras ver, sino al padre. Si así fuera, vienes en vano. A mi regreso de la batalla, en la que obtuvimos la victoria gracias al sacrificio de los que derramaron su sangre, encontré a ésa, y sólo a ésa, en toda la ciudad, en flagrante delito de desobediencia, renegando de nuestra victoria, ocupada solamente en asuntos personales. ¡y qué asuntos!

HEMÓN: Sin embargo, ese asunto me trae y deseo que no disguste al padre la voz familiar de aquél que de él desciende cuando informe al soberano acerca de los desagradables rumores que circulan. CREONTE: Ciertamente, el que engendra hijos insolentes s610 habrá engendrado para sí grandes disgustos y, para sus enemigos, motivo de regocijo. Los platos amargos irritan el paladar; lo mejor es, pues, suprimirlos.

HEMÓN: Muchas son las cosas que diriges. Pero si prefieres escuchar s610 palabras complacientes no pierdas el tiempo. ¡Como un hombre que ya no quiere manejar el timón, suelta el velamen y navega a la deriva! Ante tu solo nombre el pueblo tiembla. Si se avecinara el más terrible temporal te informarían, a lo sumo, que sopla una leve brisa. Pero los lazos de parentesco tienen la ventaja de permitimos actuar con desinterés y sin temor. Lo que se nos adeuda más de una vez no 10 reclamamos, pero a veces podemos oír la verdad de boca de un pariente, pues, viiniendo de é~ dominamos la ira, que es mala consejera. El valiente Megareo, mi hermano, ha combatido en Argos y aún no ha vuelto. A mí me corresponde, pues, hablar. Debes saber que en la ciudad reina un profundo malestar.

CREONTE: y tú debes saber que si los míos se corrompen seré como un hombre que alimenta a sus propios enemigos. Enemigos indecisos, que no se conocen, que no logran reagruparse, y que están desunidos hasta en el descontento: éste se queja de los impuestos, aquél del servicio militar. Gracias a mi autoridad y al Poder de la espada yo los mantengo unidos y al mismo tiempo separados. Pero si hay una vacilación entre los que gobiernan, si éstos se muestran indecisos y desunidos, entonces cualquiera estará pronto para tomar las riendas que se les han escapado de la mano. Hablo, pero quiero oír al hijo, al que yo he engendrado, al que he puesto al frente de mis mejores hombres. HEMÓN: Ante todo es preciso respetar la verdad. ¿No se dice acaso: la palabra es un hierro impuro que es necesario templar en el yunque de la verdad? A aquella que quiso salvar de los perros hambrientos el cuerpo del hermano, la ciudad la aprueba. Mas no por eso deja de reprobar el proceder del muerto,



CREONTE: No es suficiente. Para mí ese es debilidad. No basta que lo que está podrido sea separado del cuerpo. No, es preciso proclamado públicamente, para que quienes se dejan corromper lo sepan de una vez por todas. Mi mano mostrará que es implacable. Tú, sin embargo, que nada sabes del asunto, propones ingenuamente: "No estés tan seguro, observa a tu alrededor, acepta lo que dicen los otros, habla su idioma." Como si el que gobierna pudiera conducir tantos cuerpos a una meta común con un oído cobarde y tembloroso.

Los ANCIANOS: Querer imponer un castigo cruel exige muchos esfuerzos.

CREONTE: Conducir el arado y levantar la tierra también exige esfuerzos.

Los ANCIANOS: Pero una orden indulgente con poco esfuerzo logra mucho.

CREONTE: Hay órdenes de todo tipo. Mas ¿quién las da? Eso es lo importante.

HEMÓN: Aunque no fuese tu hijo, diría: tú.

CREONTE: y aun si me fuera impuesto dar órdenes, lo haría nuevamente a mi modo.

HEMÓN: A tu modo, siempre que el modo sea correcto.

CREONTE: Ignorando lo que yo sé, ¿cómo podrías juzgar? ¿Eres mi amigo, sea cual fuere mi acritud?

HEMÓN: Quisiera que actuases de tal modo que pudiera ser tu amigo; que no dijeras que sólo tú tienes razón y ningún otro la tiene. Porque el hombre que cree poseer una inteligencia, una elocuencia, un talento superiores a los de todos los demás, cuando penetraramos en lo más hondo de su ser, descubrimos que está totalmente vacío. Pero el hombre que no teme aprender de los otros y no se obstina en sus juicios, ése es un sabio y no tiene por qué avergonzarse. Cuando los torrentes, engrosados por las tempestades, se precipitan, los árboles que se doblegan conservan sus ramas y reverdecen bajo el calor del sol. Pero aquellos que se resisten son arrastrados por la corriente .. También, cuando sopla el viento 'huracanado, la embarcación que no quiere arriar sus velas zozobra, y termina por hundirse.

Los ANCIANOS: Cede, cuando los dioses intervienen. Aquí estamos, vacilando, nosotros que somos humanos; concédenos ese cambio y vacila con nosotros.

CREONTE: y que los caballos guíen el carro en lugar del cochero. ¿Es eso lo que queréis?

HEMÓN: Cuando husmean el hedor de la carroña que asciende del muladar, los caballos podrían encabritarse, espantados por el lugar adonde se los quiere conducir por la fuerza, y precipitarse en el barranco con carro y cochero. La amenaza que se oculta en la paz preocupa ya a la ciudad en la guerra y la llena de inquietud.

CREONTE: Ya no hay guerra. De todos modos, gracias por la información.

HEMÓN: Algunos me han confiado; y muchos lo sospechan, Que lo que te propones al preparar ya el festín de la victoria es la eliminación sangrienta de todos los que una vez

despertaron tu cólera. CREONTE: ¿Quién te lo ha dicho? Revelándolo tendrás mucho más mérito que siendo el portavoz de aquellos que confían sus sospechas de modo harto sospechoso.

HEMÓN: Olvídalos.

Los ANCIANOS: Dicen que la' más preciada virtud de los que mandan es saber olvidar. Deja que 10 pasado siga perteneciendo al pasado.

CREONTE: Soy demasiado viejo para olvidar con facilidad. Pero, si yo te 10 pidiera, ¿no podrías olvidar a aquella por la que tanto te expones? Porque todos los que desean mi ruina murmuran que tú eres el cómplice de esa mujer, su defensor.

HEMÓN: Defiendo la justicia donde sea.

CREONTE: Sí, y donde sea fácil escapar.

HEMÓN: Me ofendes, pero no por eso dejaré de temer por ti.

CREONTE: Temes que tu lecho permanezca vacío.

HEMÓN: Esto es lo que yo llamaría una estupidez, si no proviniera de mi padre.

CREONTE: y yo diría que lo que has dicho es una insolencia, si no proviniera del esclavo de una mujer.

HEMÓN: Prefiero ser esclavo de una mujer que esclavo tuyo.

CREONTE: Por fin lo has confesado y ya no puedes retractarte.

HEMÓN: Ni pienso hacerla. Tú pretendo decir codo lo que quieras y no escuchar a nadie.

CREONTE: Así es. Ahora veré, y no te presentes más ante mi vista. Llevaos de aquí a esta ralea, y pronto.

HEMÓN: Me voy, no tiembles: ya no verás a nadie erguirse ante ti.

Hemón sale.

Los ANCIANOS: Señor, el hombre que acaba de partir, temblando de cólera, es tu hijo menor.

CREONTE: No por eso salvará de la muerte a las mujeres.

Los ANCIANOS: ¿Acaso piensas hacer morir a ambas?

CREONTE: A la que no intervino, no. Tienes razón.

Los ANCIANOS: y a la otra, ¿qué muerte le preparas?

CREONTE: Mientras los míos muevan los pies cadenciosamente al ritmo de las danzas báquicas, la culpable será conducida a la agreste quebrada donde no existe rastro de vida humana y será encerrada viva en el fondo de la roca, con el mijo y el vino que se debe a los muertos, como si ya estuviera sepultada. Así lo dispongo, para que la desonra no caiga sobre la ciudad



Creonte sale hacia la ciudad.

Los ANCIANOS: Veo ante mí como un montón de nubes blancas. Ha llegado la hora en que la hija de Edipo, en su habitación, se prepara para su último viaje y oye, en la lejanía, a Baco. El dios llama a los suyos, y nuestra ciudad, sedienta de placeres, le responde con alegre frenesí, Grande es la victoria e irresistible Baco cuando se acerca a los hombres atormentados y les tiende el licor del olvido. Lejos arroja la ciudad el manto de luto que cosía en honor de sus hijos, y corre a embriagarse en la orgía báquica.

Los ancianos toman las máscaras de Baco.

¡Dios de los placeres carnales, dios eternamente vencedor! Tú siembras la discordia entre los que están ligados por la sangre. Nadie puede rechazarte, porque el hombre que ose hacerte frente está perdido de antemano: bajo tu influjo pierde el dominio de sí mismo, se debate bajo el yugo de la autoridad y te prepara nuevas cervices, ese hombre que ya no teme el sopló cálido de las minas de sal, ni el frágil barquichuelo sobre las olas negras y agitadas. ¡Dios de los deseos de la carne Dios siempre vencedor! Tú mezclas las diferentes razas y las sometes a una misma ley. Pero tu brazo no conoce la violencia ni está hecho para devastar la tierra. Pacífico, está unido desde los orígenes al destino de las grandes alianzas y pacíficamente te acompaña la belleza divina.

Entra Antígona, conducida por el guardián y seguida por doncellas.

UN ANCIANO: Pero ahora yo mismo pierdo la serenidad y no puedo contener el fluir de las lágrimas.

Antígona va a recibir las ofrendas fúnebres: el mijo y el vino.

ANTÍGONA: Ciudadanos de la patria, miradme emprender mi último camino y contemplar por última vez la luz del sol. ¿Es cierto que nunca 10 volveré a ver? El dios de la muerte, que a todos nos abrazará alguna vez, me conduce viva a las riberas del Aqueronte. No habrá bodas para mí, ni cantos nupciales, porque prometida soy del Aqueronte.

Los ANCIANOS: Pero te diriges a la morada de los muertos, acompañada de loas y de gloria. No has sucumbido a la enfermedad que consume ni a la afrenta del hierro que esclaviza. Por propia voluntad, libremente, desciendes viva al mundo de los muertos.

ANTÍGONA: ¡Ay! ¡Se burlan de mí! ¡De mí, que aún no estoy muerta, de mí, en quien aún alienta la vida! [Patria mía, y vosotros, hombres poderosos de mi ciudad! Algun día daréis testimonio de estas crueles leyes que me arrojan a una caverna bajo tierra, tumba insólita, sin que puedan llorarme aquellos a quienes amo. No seré compañera ni de las sombras ni de los mortales, en ese lugar donde no reina ni la vida ni la muerte.

Los ANCIANOS: Cuando se desafía al poder, éste no puede ceder. Para él, el hombre que sólo

obedece a su ira es un hombre corrupto.

ANTÍGONA: ¡Oh, padre mío! ¡Oh, madre infeliz! Hacia vosotros voy ahora, maldita, sin haber conocido la dicha del himeneo. ¡Oh, hermano mío, qué dulce era vivir a tu lado! Tú ya no existes. Yo vivo todavía, y voy a reunirme contigo en las tinieblas.

UN ANCIANO (*pone frente a Antígona una bandeja con mijo*): Dánae, encerrada tras rejas de hierro, se vio privada de la luz del cielo, y sumida en la oscuridad debió sufrir pacientemente. Era no obstante de encumbrada estirpe, y para fecundada el divino Zeus se trocó en lluvia de oro. Ella, contando el fluir de las horas, esperaba el momento del alumbramiento.

ANTÍGONA: Penosa fue, según dicen, la muerte, en la cima del monte Sípilo, de aquella que venía de Frigia y era hija de Tántalo. Su cuerpo se volvió rugoso y cual la hiedra, abrazó a la eterna roca. Cuentan los hombres que el invierno jamás la abandona y hace brotar de sus ojos lágrimas de limpia nieve. Los dioses me preparan la misma tumba.

UN ANCIANO (*coloca frente a Antígona una jarra de vino*): Pero ella era de origen divino y diosa a su vez. Nosotros, en cambio, somos mortales e hijos de mortales. Es cierto que sucumbes, pero con dignidad, como mueren las víctimas divinas.

ANTÍGONA: Os lamentáis, como si ya estuviese muerta. Alzais los ojos hacia el cielo azul y no osáis mirarme al rostro. Sin embargo, realicé un acto sagrado, para cumplir un deber sagrado

Los ANCIANOS: El hijo de Driante profería furiosas imprecaciones contra el rigor de su suerte, y fue encerrado por Dionisos en una prisión de piedra. Enloquecido y titubeando en las tinieblas, el hombre de palabra insolente aprendió a conocer al dios.

ANTÍGONA: También vosotros deberíais tener en cuenta las imprecaciones contra la suerte y tomar ejemplo, en vez de lloriquear, vosotros que estáis ciegos.

Los ANCIANOS: Junto a las rocas calcáreas, allí donde van a morir los dos mares) a la orilla del Bósforo y cerca de la ciudad, el dios de la Guerra vio cómo la lanza perforó los ojos de los dos hijos de Fineo. Oscuridad tremenda reinó luego en las órbitas de esos ojos de águila. La fuerza del destino es infinita. Ni la riqueza, ni el espíritu guerrero, ninguna fortaleza puede eludida. ANTÍGONA: Os suplico, no habléis del destino. Yo 10 conozco. Hablad de él, del hombre que, siendo yo inocente, me condena. ¡A él preparadle un destino! ¡Ah, infortunados, no creáis que podréis evitarle! Otros cuerpos, destrozados, yacerán sin tumba, por millares, en torno de aquel que no tuvo sepultura. Vosotros que empujáis a Creonte a llevar la guerra a tierra extraña, sabed que ganará aún muchas batallas, mas la última os devorará. Vosotros clamáis por el botín, pero los carros que regresen no vendrán rebosantes sino vacíos. Pienso en



lo que habréis de ver y os compadezco. ¡Oh, Tebas, patria mía! ¡Fuentes dirceas que manáis en estas suaves colinas **por** donde pasan los carros de la guerra! ¡Oh, praderas! Me opriñe la garganta pensar en lo que os espera. Tú diste el ser a monstruos y **en** polvo te convertirás. Decid a los que preguntén por Antígona que la habéis visto buscar refugio en la muerte.

Antígona parte con el guardián.

Los ANCIANOS: Volvió la espalda y salió con paso firme, como si fuese ella quien conducía al guardián. Cruzó la plaza, en la que ya se levantaban las féreas columnas de la victoria. Apretó el paso, y desapareció. Pero ella también había probado el pan cocido en los hornos oscuros. Tranquila y segura permanecía a la sombra de las torres que encerraban desgracia, sin una protesta, hasta el día en que la sangre volvió a derramarse en el hogar de Lábdaco. Manos ensangrentadas repartieron la muerte entre los suyos y éstos no la recibían sino que la arrancaban. ¡Sólo después la hallamos, temblando de cólera, consagrada al bien! El frío glacial la despertó. Pero hasta tanto no se agotó el último resto de paciencia y no se hubo consumado el último crimen, la hija de Edipo el ciego no arrancó de sus ojos la venda corroída por el tiempo para contemplar el abismo. Ahora Tebas, también ciega, danza y se embriaga con el licor de la victoria, ese licor preparado con cientos de hierbas, en las tinieblas. Aquí llega Tiresias, el adivino ciego. ¿Vendrá a traernos noticias alarmantes? ¿Que la discordia reina en la ciudad, y está a punto de estallar la rebelión?

Entra Tiresias, llevado de la mano por un niño y seguido de Creonte.

Tiresias: Despacio, hijo, despacio, camina sin seguir el ritmo de la danza. Tú- eres el guía. Más el que guía no debe seguir a Baco. Quien levanta el pie demasiado alto no puede evitar la caída. No vayas a chocar tampoco contra las columnas de la victoria. ¡La ciudad grita victoria, la ciudad está llena de locos! El ciego sigue al que ve, mas al que no ve le sigue alguien más ciego aún.

Creonte (que lo ha seguido haciendo burla): ¿Qué pasa, qué murmuras, viejo decrepito, respecto de la guerra?

Tiresias: Digo que tú, loco, danzas antes de la victoria.

Creonte: Viejo obstinado, tú ves 10 que no existe, pero las columnas erigidas a tu alrededor, éas no las ves.

Tiresias: No las veo. Y nada perturba mi razón. Por ello vengo, amigos míos. Porque a las hojas verdes del laurel tampoco las reconozco hasta que, secas, crujen llevadas por el viento. O bien cuando las muerdo y siento un gusto amargo, y digo: es el laurel.

Creonte: Las fiestas no te placen. Cada vez que celebramos alguna nos hablas de cosas horribles.

Tiresias: Es que he visto cosas horrendas. Escuchad cuáles son los presagios sobre la suerte de Tebas, ebria de una victoria prematura, y ensordecida **por** el inmenso clamor de las rondas báquicas. Estaba yo sentado en el sitio donde se reúnen las aves ando, de repente, resonó en el aire un rumor terrible. Atacándose con sus garras, las aves rapaces se desgarraban entre sí. Atemorizado, corrí hacia los altares y los hice encender a toda prisa. No hubo uno solo que diera una llama alta y clara. Sólo se elevaba un humo que olía a grasa rancia y la carne de los muslos chirriaba dejando los huesos al descubierto.

Los ANCIANOS: ¡Mal presagio en día de victoria!

Tiresias: He aquí el sentido funesto de esos desórdenes incomprensibles. Tú, Creonte, eres el culpable del mal que aqueja a la ciudad. Porque los altares y los hogares fueron profanados por los perros y las aves de rapiña, que se saciaron con el cadáver del hijo de Edipo. Por ello ya no se oye a una sola ave cuyo grito sea un presagio de felicidad. Todas han comido la grasa de un hombre muerto. ¡Semejante humo no es grato a los dioses! ¡Inclínate ante el muerto, ante el que ya no existe!

Creonte: ¡Tus pájaros, anciano, vuelan según tu conveniencia! Lo sé. También volaron para mí y tal como me convenía. No soy del todo lego en el negocio y en el arte de la adivinación: no soy avaro. Llena tus cofres con el ámbar de Cerdeña y el oro de la India, mas has de saber que no haré sepultar a ese cobarde, y que no temo las amenazas del cielo. Bien sé que ningún hombre tiene poder sobre los dioses. Pero también sé que los mortales, aun los más poderosos, pueden sufrir una muerte miserable, cuando de sus bocas salen palabras indignas para obtener una ventaja.

Tiresias: Soy demasiado viejo para interesarme en lo poco de vida que me testa.

Creonte: Nadie es tan viejo que no deseé envejecer un poco más.

Tiresias: Lo sé. Y sé aún algo más.

Los ANCIANOS: Habla, Tiresias. Señor, escuchemos al adivino.

Creonte: Habla, dí lo que quieras, pero déjate de regatear. Los adivinos aman el oro.

Tiresias: He oído decir que los tiranos suelen ofrecerlo.

Creonte: Cuando se es ciego, se muerde la moneda y se dice: es de buena ley.

Tiresias: Guárdate tu oro, porque en la guerra nadie sabe qué podrá salvar: u oro, sus hijos, su poder...

Creonte: la guerra ha terminado.

Tiresias: ¿De verdad? ¿Puedo hacerte una pregunta? a que, como tú dices, nada sé; tengo que preguntar. Afirmas que no puedo ver el futuro. Me vuelvo, pues, hacia el pasado y el presente. Es ésta, al final y al cabo, una manera de mostrar *mi* habilidad de adivino, aunque en



verdad lo que yo veo es 10 que cualquier niño puede ver. Las columnas de la victoria son muy delgadas, muy poco bronce contienen. Yo digo: ¿Es porque se fabrican aún muchas espadas? Se cosen pieles para el ejército. Yo digo: ¿Se 10 prepara para pasar un nuevo otoño? Se pone a secar pescado: ¿es que debemos esperar una campaña de invierno?

Los ANCIANOS: Eso era antes de la victoria. Suponemos que todos esos preparativos se han detenido, que los carros del botín llegarán de Argos cargados de bronce y de pescado.

TIRESIAS: Hay guardias a montones; nadie sabe si lo que custodian es mucho o poco. En tu casa, en vez de perdonar, como es habitual después de un negocio afortunado, reina un gran desacuerdo. Se dice que Hemón, tu hijo, se marchó trastornado de tu casa porque ordenaste que arrojaran a Antígona, su prometida, al fondo de una roca. Lo ordenaste porque ella quería sepultar a Polinice, a quien diste muerte cuando se rebeló contra ti, porque tu guerra le arrebató a su hermano Etéocles. Cruelmente, te has enredado en tu残酷. Como el oro no me ha estupidizado por completo, te hago una segunda pregunta: ¿Por qué eres tan cruel, Creonte, hijo de Meneceo? Vaya ayudarte a responder: ¿Es quizás porque te falta bronce para tu guerra? ¿Qué hecho cometiste, qué locura o maldad, que ahora te obliga a seguir cometiendo maldades y actos insensatos?

CREONTE: ¡Canalla! ¡Juegas un doble juego!

TIRESIAS: Como tu manera de decir las cosas. ¡Peor sería decirlas a medias! Ya tengo la respuesta y esta respuesta tiene doble sentido: quiero decir que nada se me ha contestado. Sumo cero más cero y digo: cuando las cosas van mal se pide a gritos un gran hombre. Éste acude y se produce la ruina. La guerra ya no puede detenerse y va de mal en peor. El pillaje lleva al pillaje, el rigor incita al rigor, el exceso exige el exceso, y finalmente no queda nada. Yo he mirado hacia atrás y a mi alrededor. Vosotros mirad hacia adelante y temblad. Guíame, hijo mío.

Sale Tiresias, guiado por el niño.

Los ANCIANOS: Señor, si mis cabellos no hubiesen sido blancos, lo serían ahora. Ese hombre ha dicho cosas terribles, pero más terribles son las que ha callado.

CREONTE: Entonces, ¿por qué preocuparse por lo que no se dijo?

Los ANCIANOS: Creonte, hijo de Meneceo, ¿cuándo regresarán los varones a esta ciudad desprovista de hombres? Creonte, hijo de Meneceo, ¿cómo va la guerra en la que estás empeñado?

CREONTE: Ya que ese hombre, insidiosamente, sacó a relucir la cuestión, os digo: la guerra a la que la aviesa Argos nos ha arrastrado, no ha concluido ni anda bien. Cuando proclamé la paz, poco faltaba para concluir. Lo poco que faltaba, faltaba por la traición de Polinice. Pero él y la

que lo lloraba han sido castigados.

Los ANCIANOS: Tampoco eso ha concluido. Porque se ha alejado de ti aquel que guiaba lo mejor de tu ejército, Hemón, el menor de tus hijos.

CREONTE: Ya no lo necesito. Que permanezca lejos de mi vista y de la vuestra aquel que me abandonó por una mezquina historia de alcoba. Aún combate para mí mi hijo Megareo, arrojando sobre las temblorosas murallas de Argos, en incontenibles ataques, a la juventud tebana,

Los ANCIANOS: No es inagotable esa juventud. Creonte, hijo de Meneceo, siempre te hemos seguido, El orden reinaba en la ciudad, Nos protejías de los enemigos que nos atacaban en nuestra propia casa, de esa gente rapaz que nada posee y que sólo sirve para hacer la guerra y redujiste a silencio a todos esos charlatanes que sólo saben gritar y llenarse el estómago, que viven de la discordia y que, en la plaza del mercado, gritan porque se les paga o porque no se les paga. Hoy vuelven a vociferar y lo que dicen es inquietante. Hijo de Meneceo, ¿no has emprendido una acción demasiado arriesgada?

CREONTE: Cuando me puse en marcha contra Argos, ¿quién me 'envió? Por vuestra indicación, el metal de la espada fue a buscar el metal de la montaña. Porque Argos es rica en metal.

Los ANCIANOS: y también en espadas, según parece. Más de una vez escuchamos informes alarmantes, pero los desecharmos porque confiábamos en ti. Nada tomamos en cuenta, nos tapamos los oídos por miedo a tener que temblar y cerramos los ojos cada vez que apretabas las riendas con más fuerza. Una vez más, es necesario, será la última, decías, una batalla más. Pero ahora comienzas a regatear con nosotros igual que con el enemigo. Tu残酷 te hace llevar una doble guerra. CREONTE: ¡La vuestra!

Los ANCIANOS: ¡La tuyas!

CREONTE: Cuando Argos haya sido vencida, volverá a ser la vuestra, ¿no? ¡Basta! Los discursos de la rebelde os desquiciaron y habéis tomado partido por ella.

Los ANCIANOS: La hermana tenía sin duda el derecho de sepultar al hermano.

CREONTE: El comandante tenía sin duda el derecho de castigar al traidor.

Los ANCIANOS: Invocar un derecho contra otro con la intención de oprimirnos arrojará al abismo. CREONTE: La guerra crea un nuevo derecho.

Los ANCIANOS: Pero vive del antiguo y si no se le da el alimento que necesita, se devora a sí misma.

CREONTE: ¡Os hartáis de carne, pero el sangriento delantal del carníero os repugna! Os he dado madera de sándalo para vuestras casas, y en ellas no penetraba el ruido de las espadas. Esa madera viene de Argos! Hasta ahora nadie me ha devuelto las bandejas de bronce que he



traído de allí, pero inclinados sobre ellas, os enfurecéis. Criticáis mis cruelezas y os quejáis de mi dureza. Estoy acostumbrado a una cólera mucho mayor cuando no llega el botín.

Los ANCIANOS: ¡Hasta cuándo Tebas estará privada de sus hombres?

CREONTE: Hasta que sus hombres conquisten a la rica Argos.'

Los ANCIANOS: Llámalo, desventurado, antes que perezcan todos.

CREONTE: ¡Con las manos vacías? ¡Esa orden tendréis que confirmarla bajo juramento!

Los ANCIANOS: ¡Con las manos vacías, o sin manos, llama a todos los que aún viven!

CREONTE: Ciertamente, no bien Argos haya caído, los llamaré. Mi primogénito, Megareo, os los traerá. Mas tened cuidado de que las puertas no sean demasiado bajas y que no convengan solamente a los hombres pequeños. Porque esos hombres de gran talla serían capaces de echar abajo con sus espaldas el portón de un palacio aquí, la puerta de la cámara del tesoro allá. ¡Podría ser que la alegría de veras fuera tan grande que, al estrecharas las manos, os destrozaran las muñecas y os arrancaran los brazos! y cuando en su ímpetu os estrechen contra sus corazas, itened cuidado de que no os rompan las costillas! Porque en ese día de gozo veréis más espadas desnudas que en los días infiustos de abatimiento y desesperación. Más de un vencedor titubeante ha sido coronado con cadenas y ha danzado con rodillas que flaqueaban.

Los ANCIANOS: Miserable! ¿Nos amenazas con nuestros propios hombres? ¿Quieres acaso arrojados contra nosotros?

CREONTE: Hablaré de ello con mi hijo Megareo.

Entra un mensajero que viene del campo de batalla.

MENSAJERO: ¡Señor! Prepárate para recibir un golpe terrible. Soy mensajero de infiustas nuevas. ¡Detén los festejos! ¡Demasiado pronto creíste en la victoria! Tu ejército ha sido derrotado por Argos y huye en desbandada. Tu hijo Megareo ya no existe. Destrozado, yace en suelo argiano. Tras haber castigado a Polinice y ahorcado públicamente a muchos guerreros que desaprobaban tu proceder, volviste a Tebas. Inmediatamente, Megareo, tu primogénito, lanzó a sus hombres de nuevo contra el -enemigo sin darles tiempo para reponerse de sus pérdidas y de su fatiga; apenas podían alzar contra el pueblo de Argos las armas aún empapadas en sangre tebana. Muchos hombres volvían el rostro hacia Megareo, quien deseando inspirarles más temor que el enemigo, los azuzaba quizás con demasiada rudeza. Sin embargo, la suerte favoreció al principio a los nuestros. Basta empuñar nuevamente la espada para tomarle gusto a la lucha, y la sangre, sea la propia o la ajena, siempre tiene el mismo olor, un olor que sube a la cabeza y embriaga. Lo que no logra la valentía, lo logra el temor. Pero también importan el terreno, los pertrechos y los alimentos. El pueblo de Argos, señor,

recurrió a mil astucias. Combatieron las mujeres y ayudaron los niños. Desde lo alto de los techos comidos por el fuego, las ollas, en las que desde hacía mucho tiempo no se había cocido alimento alguno, caían sobre nosotros, llenas de agua hirviendo. Las casas que aún se mantenían intactas eran incendiadas, como si nadie pensara habitadas algún día. Muebles y utensilios se convirtieron en armas y pertrechos. Y tu hijo seguía empujándonos hacia el centro de la ciudad, pero la ciudad, devastada, se convirtió en tumba. Todo estaba envuelto en llamas y la humareda nos cegaba. Huyendo del fuego y buscando al enemigo, chocamos tebanos contra tebanos y nadie podría decir qué mano abatió a tu hijo. La flor de Tebas, lo mejor de sus fuerzas, todo fue aniquilado. Tebas misma no podrá resistir mucho tiempo. Por todos los caminos llega el pueblo de Argos, con sus hombres y sus carros. Yo los vi. Y el que los ha visto puede estar feliz de ser arrebatado por la muerte.

El mensajero muere.

Los ANCIANOS: ¡Ay de nosotros!

CREONTE: ¡Megareo! ¡Hijo mío!

Los ANCIANOS: No pierdas el tiempo con lamentos. ¡Reúne a la guardia!

CREONTE: ¡Reúne a la nada! ¡Con un colador!

Los ANCIANOS: Tebas festeja embriagada la victoria en tanto que el enemigo se acerca empuñando sus armas. Para engañarnos nos entregaste tu espada. Acuérdate de tu otro hijo. Llama ahora al más joven!

CREONTE: ¡Sí! ¡Hemón, mi hijo menor! ¡Ven en nuestra ayuda, que todo se desmorona! Olvida lo que dije.

Cuando tenía todo el poder en mis manos no era dueño de mis pensamientos.

Los ANCIANOS: Corre a la prisión de piedra y suelta a la que cubrió el cadáver. ¡Deja a Antígona en libertad!

CREONTE: Si lo hago, ¿me apoyaréis? No exigisteis nada, pero habéis aceptado todo. También vosotros estáis comprometidos.

Los ANCIANOS: ¡Vé!

CREONTE: ¡Hachas! ¡Hachas!

Sale Creonte.

Los ANCIANOS: ¡Detened las danzas!

Golpeando los címbalos:

Oh, dios de la Alegría, tú que eres el orgullo de los arroyos que Cadmos amaba, ven pronto si deseas ver a tu ciudad por última vez. Ven antes de que caiga la noche, antes de que tu ciudad haya desaparecido. Aquí vivías, dios de la Alegría, a orillas de las aguas heladas del Ismenos,



en esta Tebas donde nacieron las Ménades. El humo del sacrificio, ese hermoso humo que se eleva por encima de los techos, te saludaba. ¡Ah! ¿Tendrás que ver las casas devoradas por las llamas, el humo que asciende de los incendios, las nubes negras en el cielo? Los que ya se creían instalados por mil años en lejanas tierras no tendrán mañana, no tienen hoy más que la piedra para reposar su cabeza. Otrora, dios de la Alegría, te sentabas al lado de los amantes en las márgenes del Cócito y en los bosques de Castalia. Entrabas en las fraguas y, sonriendo, probabas con el pulgar el filo de las espadas. Caminabas a través de Tebas al compás de cantos inmortales, en aquellos días en que las calles estaban de fiesta. ¡Ah, el hierro desgarra la mano que lo empuña y el brazo pierde su vigor! la violencia exige un milagro y la clemencia un poco de sabiduría. El enemigo tantas veces vencido amenaza ahora nuestros palacios y muestra a las siete puertas sus fauces erizadas de jabalinas sangrientas. No partirá hasta haberlas llenado con nuestra sangre. Pero allí se acerca una doncella a través del torbellino de los fugitivos. Seguramente trae un mensaje de Hemón, a quien el padre puso al frente de la guardia.

Entra una doncella mensajera.

MENSAJERA: ¡Oh, derrumbe imprevisto! ¡Oh, última espada, espada rota! Hernón ha muerto por su propia mano. Yo lo vi, lo que sucedió antes lo sé de boca de los que fueron con Creonte a la pradera donde yacía el pobre cuerpo de Polinice, destrozado por los perros, silenciosamente lo lavaron, y acostaron sobre ramas frescas lo que quedaba de él, luego, erigieron cuidadosamente un pequeño montículo de tierra patria. El rey, adelantándose a los otros, se acercó a la roca que encerraba la tumba. Nosotras, las servidoras, estábamos en la puerta. Una de nosotras oye gemidos lacerantes que vienen de la cámara subterránea. Presta, corre a informar al rey. Él se apresura y la voz triste y quejumbrosa llega a sus oídos, cada vez más nítida. A pocos pasos de la roca lanza un grito al ver el cerrojo arrancado del muro y con esfuerzo, como para convencerse, dice: "Esa no es la voz de Hemón, la voz de mi hijo." Obedeciendo sus órdenes miramos en el fondo de la tumba y los vemos, a ella, Antígona, ahorcada, con una cuerda de lino en torno del cuello, y Hemón, a sus pies, llorando la muerte de su prometida, la ruina de su amor, el crimen de su padre. El rey lo ve, se adelanta y dice: "Sal, hijo mío, te lo imploro de rodillas." Fríamente, sin contestar, el hijo clava en él la mirada. En sus manos reluce la espada de dos filos, y la vuelve contra el padre. Este, asustado, lo esquiva y la espada se hunde en el vacío. El hijo, de pie y en silencio, lentamente, clava el hierro en su propia carne, y cae sin pronunciar una palabra. El muerto reposa junto al muerto. El frío himeneo será celebrado en las cámaras del mundo subterráneo. Pero he aquí que llega el rey en persona.

Los ANCIANOS: Nuestra ciudad, tanto tiempo dirigida, ha quedado sin guía. Está perdida. El

tirano ha fracasado. Se acerca, apoyándose en las mujeres, y lleva en sus manos el bello resultado de su locura.

Entra Creonte, llevando el manto de Hemón.

CREONTE: Mirad lo que traigo. Es su manto. Creí que traería una espada. Mi hijo ha muerto de una muerte prematura. ¡Una batalla más y Argos habría sucumbido! Pero el valor, la voluntad de luchar hasta lo último, todo se volvió contra mí. Es el fin de Tebas. Tebas debe morir, morirá conmigo, será aniquilada y abandonada a los buitres. Es mi voluntad.

Creonte sale con las doncellas.

Los ANCIANOS: Giró sobre sí mismo y se marchó. Llevando en sus manos una tela manchada de sangre, lo que quedaba de la familia de Lábdaco, se dirigió a la ciudad cuya caída era inminente. Nosotros 10 seguimos, lo seguimos en la muerte. El puño que nos dominaba fue cortado para que no volviera a golpear. Pero aquella que vio y predijo todo sólo pudo ser una ayuda para el enemigo, 1 enemigo que ahora nos exterminará. El tiempo es demasiado corto y todo es destino. Nadie puede vivir 10 suficiente para conocer días felices, días fáciles, para soportar el crimen con paciencia y adquirir sabiduría con la edad.

Fin.



Provincia de Tierra del Fuego.
Antártida e Islas del Atlántico Sur.

Lengua y literatura

1º Polimodal

Prof: Andrade Jessica. Subiabre Paula.



COLEGIO PROVINCIAL
DR. ERNESTO GUEVARA